

Manuela Marín

Un exilio español: los liberales en Tánger (1823-1826)

Un nuevo texto para su estudio



Iberia & Berbería • Universidad de Oviedo

Un exilio español: los liberales en Tánger
(1823-1826)
Un nuevo texto para su estudio



SEMINARIO DE ESTUDIOS ÁRABO-ROMÁNICOS
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

IBERIA & BERBERÍA

Dirigida por Juan Carlos Villaverde Amieva

COMITÉ CIENTÍFICO

Sadok Boubaker (Universidad de Túnez)
Mercedes García-Arenal (CCHS - CSIC, Madrid)
Helena de Felipe (Universidad de Alcalá)
José Alberto Tavim (Universidad de Lisboa)
Bernard Vincent (EHESS, París)
Gerard Wieggers (Universidad de Amsterdam)

VOLUMEN 3

MANUELA MARÍN

UN EXILIO ESPAÑOL:
LOS LIBERALES EN TÁNGER

(1823-1826)

UN NUEVO TEXTO PARA SU ESTUDIO



OVIEDO • 2022



Reconocimiento-No Comercial-Sin Obra Derivada (by-nc-nd): No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.



Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento – Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el licenciador:
Marín, M. (2022) *Un exilio español: los liberales en Tánger (1823-1826)*.
Un nuevo texto para su estudio. Ediuno. Universidad de Oviedo.
La autoría de cualquier artículo o texto utilizado del libro deberá ser reconocida complementariamente.



No comercial – No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Sin obras derivadas – No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

© 2022 Universidad de Oviedo
© La autora
Diseño: Garabica, Sear & Cía.
Composición: GAPMEDIA, S. L.

Algunos derechos reservados. Esta obra ha sido editada bajo una licencia Reconocimiento-No comercial-Sin Obra Derivada 4.0 Internacional de Creative Commons.

Se requiere autorización expresa de los titulares de los derechos para cualquier uso no expresamente previsto en dicha licencia. La ausencia de dicha autorización puede ser constitutiva de delito y está sujeta a responsabilidad.

Consulte las condiciones de la licencia en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

La presente obra ha sido sometida a evaluación externa y aprobada por la Comisión de Publicaciones de acuerdo con el Reglamento de la Universidad de Oviedo.



Esta Editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo
ISNI: 0000 0004 8513 7929
Edificio de Servicios - Campus de Humanidades
33011 Oviedo - Asturias
985 10 95 03 / 985 10 59 56
servipub@uniovi.es
publicaciones.uniovi.es
<https://publicaciones.uniovi.es/>

ISBN: 978-84-18324-34-5
DL AS 18-2022

Para Pepe, por todo el tiempo

I

Introducción

La historia de España es pródiga en exilios y destierros, breves algunos; otros, de tan larga duración que sus protagonistas dejaron en ellos su vida o perdieron la esperanza del retorno. Había precedentes: cuando, en la Edad Media, el avance de los reinos cristianos empezó a socavar el territorio de al-Ándalus a partir de la conquista de Toledo (1085), se inició un proceso de desalojo de las élites andalusíes que abandonaban sus lugares de residencia para evitar someterse a un poder político no musulmán y que, sobre todo a partir de las grandes conquistas del siglo XIII, se instalaron progresivamente, ya en el reino de Granada, ya en el norte de África y otras regiones del mundo árabe-islámico (atrás quedaron quienes conformaron las poblaciones llamadas «mudéjares» de los reinos castellano y aragonés)¹.

¿Se debería llamar exiliados a estos andalusíes que se vieron expulsados por la fuerza de sus lugares de origen? O, como ocurrió más adelante ¿habría que hablar de «expulsados», como lo fueron los judíos en 1492 y los moriscos entre 1609 y 1613? Y a los jesuitas, expulsados de España (como de otros países europeos) en el siglo XVIII, ¿ha de llamárseles igualmente exiliados?

¹ MARÍN, «Des migrations forcées: les savants d'al-Andalus face à la conquête chrétienne».

Es esta una cuestión terminológica que abarca realidades muy semejantes, aunque no exactamente iguales: los vencidos o perseguidos por sus opiniones o sus adscripciones étnicas, políticas o religiosas, deben ser extirpados, antes o después, del cuerpo social. El desencadenante del proceso puede ser una conquista, una guerra, o una legislación *ad hoc*; los así señalados deberán abandonar su territorio so pena de amenazas múltiples y a veces letales. En la Edad Media y la Moderna no se habla de exilios, sino de expulsiones, traumáticas pero necesarias para la salud general de la sociedad y de todos sus miembros.

Tampoco se hablaba estrictamente de exilio a comienzos del siglo XIX, considerado por muchos como el gran siglo de los exilios en España, provocados no ya (o no solamente) por razones étnicas y religiosas, sino sobre todo políticas y consecuencia en su mayor parte de las numerosas guerras civiles de la centuria². El exilio de que se tratará en estas páginas no fue de los más extendidos en el tiempo, aunque se incluye en otro de mayor amplitud: el de los liberales que dejaron España en 1823 y sólo pudieron volver con garantías de libertad tras el decreto de amnistía firmado por la reina regente María Cristina en 1832 y la muerte de Fernando VII (1833).

Tras el breve interludio del trienio liberal (1820-1823), la restauración absolutista de Fernando VII (lámina I), apoyada por la intervención militar francesa, obligó a numerosos españoles a abandonar el suelo patrio y refugiarse en países donde su vida no corriera peligro a causa de sus opiniones políticas o de su actividad pública durante el trienio. Tampoco se llamaron a sí mismos exiliados, sino «emigrados», como lo habían hecho los franceses que huían de la Revolución a finales del siglo XVIII.

² Además de la bibliografía citada más adelante, véanse a este respecto FUENTES, «Imagen del exilio y del exiliado en la España del siglo XIX»; ARNABAT, «El exilio cotidiano: sociedad, violencia y guerra civil en el siglo XIX español», y CAÑAS FORJA y VIGUERA RUIZ, «Forja de identidades tras el cruce de fronteras liberales y carlistas en el exilio europeo del siglo XIX (1814-1872)».

Este gran exilio liberal de 1823 no era el primero del siglo XIX en España: venía precedido por el de los afrancesados tras la salida de España de José I (1813) y la restauración absolutista de 1814, que incluyó asimismo a los partidarios de la constitución de 1812³. Sin embargo, el de 1823 tuvo una repercusión mucho mayor, en parte debido a la presencia entre los exiliados de numerosos escritores, periodistas o científicos que continuaron su actividad intelectual en los países de acogida y que mantuvieron una constante labor de propaganda anti-fernandina –por no mencionar la llevada a cabo por militares y políticos exiliados–. Los estudios sobre este exilio liberal tienen ya una larga tradición, y continúan produciendo aportaciones notables para su conocimiento, como podrá observarse después en la bibliografía citada a este respecto. Ha sido sobre todo el exilio liberal en Londres el que mayor número de investigaciones ha suscitado, y el que, por tanto, mejor se conoce; la capital británica era una caja de resonancia para quienes, como los emigrados españoles, buscaban no sólo acogida material sino también política. La causa de los liberales no era únicamente hispánica; por el contrario, lo que caracteriza a este exilio es su transversalidad y sus conexiones ideológicas en Europa y en América.

El texto que se edita aquí retrata, aunque de manera fragmentaria, una parte de ese exilio liberal, que tiene la particularidad de haberse desarrollado en la ciudad marroquí de Tánger. Quien lo escribe –su nombre se desconoce– pertenecía probablemente a la facción «exaltada» del liberalismo del trienio y mantenía una feroz oposición tanto a la monarquía de Fernando VII como al clero. Poco más se sabe de él: su relato no es una autobiografía, ni contiene, en lo que de él se ha conservado, nada semejante a los «Recuerdos de una emigración» de otro ilustre exiliado liberal, Antonio Alcalá Galiano. Este texto es, sobre todo y principalmente, una proclama contra el rey absoluto,

³ LÓPEZ TABAR, «El exilio de los afrancesados: reflexiones en torno al real decreto de 30 de mayo de 1814».

que probablemente se escribió con la intención de ser publicado y contribuir así, desde el exilio, a la batalla propagandística en torno a su figura y su política; para eso se contaba con una red de contactos y publicaciones en Europa y América, bien establecida y que tuvo un notable éxito en sus propósitos.

Lo que sí ofrece este texto es un cierto «retrato de grupo», una imagen colectiva de los refugiados españoles en Tánger; mucho después, eso pretendió hacer Vicente Llorens con los exiliados que, tras la Guerra Civil, como él mismo, hallaron refugio en Santo Domingo⁴. Quizá no fuera ése su propósito y, desde luego, carece de los detalles necesarios para considerarlo poco más que un esbozo de lo que hubiera podido ser un auténtico «retrato»; aun así, describe con fuerza y emoción los peligros que acechaban al grupo y sus reacciones ante ellos y da cuenta de las ocupaciones que llenaban su tiempo.

A las luchas internas, plaga inevitable de ésta como de otras emigraciones políticas, se refiere este texto muy de pasada. Toda la atención del autor se centra en la amenaza exterior, la que supondría su entrega a los representantes del gobierno español. En ese sentido, el texto tiene un componente narrativo muy notable –y una retórica nada desdeñable. Los personajes a que presta mayor atención son los que tienen un papel determinante en la secuencia de acciones que terminará con su abandono de Tánger y su búsqueda de otros países de acogida.

Entre esos personajes destaca indudablemente el gobernador de la ciudad, que se convierte en el protector de los exiliados ante las presiones del gobierno español; a él está dedicado el texto, en cuyo título aparece su nombre. El gobernador, por otra parte, recibe órdenes del sultán para no entregar a los emigrados; es por tanto todo el aparato de poder marroquí el que se enfrenta al rey absoluto. Esta circunstancia se convertirá en un arma de propaganda contra el gobierno

⁴ LLORENS, *Memorias de una emigración (Santo Domingo, 1939-1945)*, pág. 77.

español: en publicaciones de la emigración se subraya que en la carta del sultán al gobernador de Tánger se le ordena que proteja «hasta el último extremo a sus *hijos* y particularmente al *alcaide de Tarifa*», es decir, a los españoles y al coronel Valdés. El redactor de la noticia no puede por menos de concluir que el mundo está al revés: lo que pasa en Tánger debería pasar en Madrid y viceversa, cuando lo que ocurre es que «los gobiernos de la *culta* Europa niegan un asilo a las víctimas de la llamada *legimitidad*, [y los emigrados] hallan entre los *bárbaros* africanos una acogida [*sic*] tan afectuosa»⁵.

Es posible que la protección de los gobernantes marroquíes suscitara una mayor curiosidad por el país en el que se habían refugiado; o quizá fuera, como dice en algún momento el autor del texto, una manera de ocupar las horas de ocio, que no podrían llenarse con los recursos habituales de una ciudad europea. El caso es que una parte del texto (que, desgraciadamente, no se ha conservado completo) lo compone una descripción de Marruecos y sus habitantes, sus costumbres y su gobierno y administración, entre otras cosas. Esta descripción tiene interés para la historia de los libros de viaje españoles a Marruecos y la construcción de la imagen del país y sus habitantes entre las élites culturales españolas.

En líneas generales, el estudio que sirve de introducción a la edición del texto se divide en dos grandes áreas: la primera se dedica a presentar las circunstancias del exilio liberal en Tánger y sus protagonistas, tanto los propios emigrados como los personajes con quienes se relacionan en la ciudad, principalmente los cónsules extranjeros, pero también el bajá y otros funcionarios marroquíes. El conflicto que opone a los exiliados con el cónsul español enviado por el gobierno de Fernando VII constituye el núcleo narrativo del texto, en el que representan un papel importante tanto el cónsul español como el francés, y se ofrece al lector como un episodio de la lucha de los

⁵ «Refugiados en Tánger», artículo publicado en *El Español Constitucional*, V, 1824, páginas 81-82, y fechado en Gibraltar, 7 de octubre.

liberales españoles contra la reacción absolutista. En su conjunto, este relato pone en juego un espacio territorial, el del estrecho de Gibraltar (lámina II), que implica la existencia de relaciones múltiples entre sus dos orillas: no sólo entre España y Marruecos como estados soberanos, sino también con la fortaleza del Peñón y su guarnición; y, más allá, con el ámbito transatlántico representado por los corsarios colombianos y las emergentes repúblicas americanas. En el texto del ms. que se edita, ese espacio está poblado por gentes de toda clase y condición, que asoman intermitentemente en sus páginas: marinos que aseguran el tráfico de mercancías y de correos entre las costas española y marroquí, renegados, alcaides, funcionarios marroquíes, cónsules, vicecónsules e intérpretes, misioneros, judíos, comerciantes, contrabandistas, etc.

En la segunda parte de este estudio se presenta la descripción de Tánger y del imperio de Marruecos a la que el autor del ms. dedicó parte de su tiempo libre en la ciudad. Ese texto tiene escasos precedentes en la literatura española sobre Marruecos de la época contemporánea: sólo cabe citar, en ese sentido, los *Viajes* de Domingo Badía/Ali Bey (1803-1804) y la *Ligera ojeada o breve idea del imperio de Marruecos en 1822*, de Tomás de Comín. Por otra parte, y aunque no sean tampoco muy abundantes, existen otras descripciones o relatos de viaje escritos por autores occidentales entre finales del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX que constituyen, junto con las obras citadas, un marco de referencia al que pertenece, con sus singularidades, la descripción del autor del ms., por lo cual se les dedica atención particular y se utilizan para contrastar y/o ampliar la perspectiva del texto estudiado.

Tanto el relato del exilio liberal tangerino como la descripción de la ciudad y de la sociedad marroquí de la época mantienen una retórica personal que dibuja escenas y personajes con fuertes contrastes y utiliza un amplio repertorio de descalificaciones. Es, en suma, un relato partidario, que no vacila en cubrir de improperios al enemigo y ensalzar al amigo hasta extremos a veces llamativos, como ocurre

con su mitificación del bajá de Tánger, Ū Mīmūn. Aun así, bajo el tono exaltado que lo caracteriza, el autor del ms. retrata con sincero énfasis las circunstancias vitales del refugiado, la experiencia del exilio y la constante amenaza del ocio sin empleo, la angustia de la espera y la dificultad de sobrevivir en tierra extraña.

Se trata, en definitiva, de un texto que representa un doble testimonio: personal y colectivo en tanto que relato de un exilio concreto y sus circunstancias; pero también, retrato de un país extranjero con los ojos de un viajero de su tiempo. Ambas miradas son indisociables y se condicionan la una a la otra, transitando sobre los puntos fuertes de su narración: la lucha contra el despotismo y sus representantes, la dureza del exilio, la protección de «un moro liberal». En el centro de este relato se sitúa la cuestión del asilo político, inesperadamente obtenido de un soberano que, como todos los gobernantes musulmanes de su época, pertenecía al universo del despotismo oriental construido por la Ilustración europea. Ese «mundo al revés» sorprende y socava prejuicios bien asentados (aunque otros permanezcan inmutables); así se aprende que la acogida a los refugiados se sostiene sobre principios religiosos. La observación directa de algunos aspectos de la sociedad marroquí permite establecer conexiones con el pasado andalusí de la historia de España y aun con la España contemporánea: todo un descubrimiento que se irá repitiendo y convirtiéndose en tema tipificado en la literatura española sobre Marruecos del siglo XIX y parte del XX.

De casi todo ello hablaba, con su fina perspicacia y elegante prosa Vicente Llorens, al recordar su propia emigración en Santo Domingo; libro que ha guiado en parte la redacción de estas páginas, que tanto han aprovechado de la lectura de su magistral estudio sobre el exilio liberal en Inglaterra. De un alcance incomparablemente menor, el de los liberales españoles en Tánger, hasta ahora no muy conocido, podrá, espero, servir para recordar una breve página de la historia de los exilios españoles y su engarce con la de Marruecos.

I. MARRUECOS, REFUGIO DEL EXILIO LIBERAL ESPAÑOL

El exilio de los liberales españoles tras la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis en 1823 y la restauración absolutista de Fernando VII ha sido objeto de una larga serie de estudios, inaugurados por el ya clásico de Vicente Llorens⁶. Acuciados por la amenaza de la prisión y la pena de muerte, muchos españoles que se habían destacado por sus ideas y su compromiso con el gobierno del trienio liberal o que habían formado parte del ejército que se enfrentó a los expedicionarios franceses trataron de escapar hacia horizontes más clementes y salvar sus vidas de la persecución absolutista. Muchos se dirigieron a Inglaterra; otros hallaron refugio en Francia, Bélgica, Italia, Portugal, Estados Unidos o países de la América hispana⁷.

Tras la rendición de Cádiz el 3 de octubre de 1823 ante las tropas francesas, Gibraltar atrajo a numerosos oficiales de la guarnición gaditana y del ejército constitucional y a liberales que huían de las represalias absolutistas, impulsadas por Fernando VII y que llegaron a merecer la censura de sus aliados franceses⁸. Se trataba de un lugar de paso: la mayoría de los refugiados, entre los que se hallaban destacados políticos constitucionales, se embarcó en cuanto fue posible para Inglaterra o hacia puertos mediterráneos y americanos⁹. La estancia en Gibraltar tenía dificultades: el pequeño núcleo urbano no tenía capacidad para absorber el flujo creciente de emigrados y, por otra parte, el gobierno inglés trataba de mantener una posición neutral

⁶ *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra 1823-1834*.

⁷ Véanse el extenso y detallado estudio de SIMAL, *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*; SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio. La emigración política en Francia en la crisis del Antiguo Régimen*, e IDEM, «El exilio liberal en tiempos de Fernando VII».

⁸ SÁNCHEZ MANTERO, «Gibraltar, refugio de liberales exiliados», e IDEM, «Los refugiados políticos»; GARCÍA LEÓN, «Gibraltar y la causa liberal española durante el reinado de Fernando VII».

⁹ SÁNCHEZ MANTERO, «Gibraltar, refugio de liberales exiliados», pág. 84.

ante las autoridades españolas y los ocupantes franceses¹⁰. Aun así, los refugiados se organizaron de acuerdo con algunos habitantes del Peñón para atender a quienes se encontraban en situación más precaria o que carecían de medios para pagar su pasaje desde Gibraltar. Pío Baroja imaginó vívidamente lo que pudo ser la experiencia de algunos refugiados –Eugenio de Aviraneta, Bernardo de Borja Tarriús y José Moreno de Guerra– que coinciden en una posada gibraltareña y que deciden, ante la incertidumbre de un porvenir dudoso en Inglaterra, trasladarse al cercano Tánger¹¹.

La mayor parte de los estudios sobre el exilio liberal de 1823 dedican muy escasa atención a quienes se refugiaron en Tánger; lo más usual es que se haga simplemente mención de ese destino, sin detenerse en las circunstancias que rodearon la estancia forzosa en el norte de África de un grupo de exiliados políticos de cierta entidad. Llama la atención que, en el estudio más reciente y amplio sobre el exilio liberal, el nombre de Tánger se traiga a colación únicamente para mencionar la estancia allí de Aviraneta y sus andanzas posteriores por el Mediterráneo oriental, todo lo cual, como bien indica el autor, procede únicamente de los textos novelados de Baroja, cuya fiabilidad histórica es muy discutible¹². Desde luego, la emigración liberal a Inglaterra, e incluso a Francia, tuvo repercusiones de mucha mayor importancia; pero la omisión –prácticamente sistemática– de

¹⁰ *Ibidem*, págs. 81-82. FUENTES («Geografía del liberalismo español en la década ominosa: emigración política y exilio interior», pág. 313) calcula en 853 el número de los liberales que se refugiaron en Gibraltar.

¹¹ PÍO BAROJA, *Memorias de un hombre de acción. Los contrastes de la vida*, págs. 76-81. Aunque POSAC JIMÉNEZ («Tánger refugio de los liberales españoles durante los primeros años de la década absolutista (1823-1826)», pág. 232) afirma que, según Baroja, los tres refugiados fueron detenidos en Gibraltar por unos policías que, «sin darles ninguna explicación, los llevaron a bordo de un falucho que iba a hacerse a la mar y los dejaría en Tánger», el relato de Baroja describe cómo los policías llevaron a los españoles al puerto por carecer de la «boleta de residencia»; desde allí Aviraneta organizó el traslado a Tánger pagando a un patrón inglés. La biografía de Borja Tarriús en el *Diccionario Biográfico Español* no menciona su estancia en Tánger.

¹² SIMAL, *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, págs. 225-226.

la presencia de un grupo de exiliados liberales en Marruecos a partir de 1823, entre los cuales se contaron personalidades de cierta importancia, no deja de sorprender y hace reflexionar sobre la marginalidad de las relaciones hispano-marroquíes en el área de estudios sobre la España contemporánea en los inicios del siglo XIX.

Han sido, por tanto, quienes han trabajado de forma específica sobre la historia de Marruecos o de sus relaciones con España los que se han ocupado de este tema, que, como se verá después, pone en juego toda una serie de conexiones históricas que van mucho más allá de la anécdota particular de los personajes implicados en ellas. Jean-Louis Miège inició este camino en 1957, en una época en que la historia de los refugiados políticos en Marruecos estaba, como él mismo observa, por hacer, y cuyas informaciones básicas era necesario buscar en fuentes de muy diverso carácter¹³. A ellas se dirigió Miège para establecer un panorama aproximativo pero imprescindible, en el que aparecían en primer lugar exiliados franceses producto de la Revolución y los sucesivos cambios políticos que alteraron definitivamente la historia de Francia a comienzos del siglo XIX; a ellos seguían en importancia, a los ojos del autor, los españoles que huyeron de las represiones absolutistas de 1814 y 1823. De esta última, Miège identificó una media docena de nombres, enjaretados en una nómina que contiene los de otros refugiados italianos y franceses y a los que se añaden una veintena de soldados anónimos: por primera vez, aun cuando con ligeros errores de lectura, se establece una relación de los exiliados españoles en Tánger, con datos que proceden de los archivos franceses¹⁴.

Miège basó su investigación en esos documentos y, en parte, en los del Archivo Histórico Nacional. A este último fondo documental recurrió más adelante, y con mayor amplitud, María Dolores Posac, en un artículo que constituye una relevante aportación al tema que

¹³ MIÈGE, «Les réfugiés politiques à Tanger, 1796-1875».

¹⁴ *Ibidem*, págs. 135-136.

aquí se trata, puesto que presenta una lectura de la correspondencia consular que amplía notablemente los hallazgos de Miège¹⁵.

A estos fondos archivísticos debe añadirse un documento ciertamente excepcional para la historia de Tánger a comienzos del siglo XIX, rescatado por el propio Miège en el Archivo Nacional de los Países Bajos (Nationaal Archief) en La Haya. Se trata del *Diario* de Abraham Bendelac (1755-1846), cónsul interino de Holanda en Tánger, que cubre detalladamente el periodo entre 1821 y 1829. El documento, escrito en un español que denota influencias del árabe marroquí y la haquitía, fue traducido al francés por Miège, que lo publicó con una abundante anotación¹⁶.

Abraham Bendelac pertenecía a una familia judía procedente, según Miège, de los Países Bajos, que habría llegado a Tánger a finales del siglo XVII o comienzos del XVIII¹⁷; como muchos otros judíos tangerinos, ejerció de secretario y truchimán en un consulado. Sus orígenes familiares debieron de ponerlo en relación con el de Holanda. El cónsul general entre 1815 y 1827, Charles Nijssen, residía con frecuencia en Mahón y Marsella, debido a sus precarias

¹⁵ Véase más arriba, pág. 11. Más recientemente, POSAC JIMÉNEZ ha publicado otro artículo sobre el mismo tema en el que presenta un panorama cronológico algo más amplio («El éxodo español en Marruecos durante la primera mitad del siglo XIX»). A pesar de su título, el trabajo de VILAR, «La emigración liberal en el norte de África», se ocupa casi exclusivamente de Argelia y sólo menciona de pasada a Tánger.

¹⁶ MIÈGE, *Chronique de Tanger 1820-1830. Journal de Bendelac*. Sobre el idioma empleado en la redacción del *Diario*, LEVY, «Le journal de Bendelac: analyse de la langue du document». MIÈGE califica su traducción de «abreviada y aligerada» (abregée et allégée) (MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 11). La correspondencia del cónsul portugués durante este periodo puede consultarse, en traducción al árabe, en AL-MANŞŪRĪ, *Al-‘Alāqāt al-magribiyya al-burtugāliyya (1790-1844)*, vol. II. A partir de aquí, el *Diario* se citará de dos maneras: como «MIÈGE, *Journal de Bendelac*» se entenderán las referencias a la introducción o las notas de MIÈGE; como «*Journal de Bendelac*», las referencias al texto propiamente dicho.

¹⁷ Otros autores afirman que se trata de una familia tetuaní, véase BROWN, *Crossing the Strait. Morocco, Gibraltar and Great Britain in the 18th and 19th centuries*, pág. 146. Sobre la rama tetuaní de esta familia, RUIZ ORSATTI, «Tetuán hace medio siglo», y MUBĀRAK, «Min al-ġāliya al-hulandiyya bi-Tiṭwān. ‘Āilat bn Dalak al-yahūdiyya (1827-1899)».

condiciones de salud, y Bendelac actuó como cónsul interino hasta la muerte de Nijssen en 1827, cuando fue sustituido por Jean F. Fraissinet¹⁸. Dejó constancia de ello de forma exhaustiva en su *Diario*, que Miège considera una fuente fiable y cuyas informaciones son a menudo confirmadas por los archivos consulares. Comparte esa opinión Ramón Lourido, que utilizó el *Diario* de Bendelac para reconstruir la biografía del franciscano Pedro Martín del Rosario¹⁹.

A pesar de ello, la riqueza de información que contiene este documento no ha sido tan aprovechada como merece, sobre todo si se tiene en cuenta la escasez de fuentes para el estudio del periodo que cubre²⁰. Entre otras cosas, y para el tema que aquí se presenta, Bendelac amplía y detalla las dos cuestiones que, según Miège, estuvieron en esa época en el eje de las relaciones de Marruecos con España, Francia e Inglaterra: la de los refugiados liberales españoles y la de los corsarios colombianos²¹. Como se verá más adelante, ambas cuestiones también estuvieron relacionadas entre sí.

A toda la documentación referida, debe añadirse un texto que, hasta donde he podido comprobar, no ha sido utilizado por ninguno de los historiadores que se han ocupado del exilio liberal en Marruecos, y cuya edición y estudio constituyen el objeto de este libro. De él trataré a continuación.

¹⁸ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 12. Véase el inventario de la correspondencia consular en esa época: SIGMOND, *Inventaris van het archief van het Nederlandse Consulaat-General te Tanger, 1815-1830*, págs. 11-16, sobre Nijssen, y pág. 17, sobre Abraham Ben-Delaq («waar-nemend consul general», cónsul interino).

¹⁹ LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos».

²⁰ Se hace uso del *Diario* de Bendelac en el trabajo, no bien estructurado, de BEN EL FASSI, «Marruecos y la Gran Colombia. El imperio cherifiano en la estrategia militar y diplomática del libertador Simón Bolívar», cuyo autor sigue fielmente el texto de Bendelac a partir de la pág. 99, aunque el sistema de citas de su trabajo puede despistar al lector. Utilizan asimismo la obra de Bendelac: SCHROETER, *The Sultan's Jew*, y FERNÁNDEZ-DAZA ÁLVAREZ, «Francisco Fernández Golfín, los años del exilio (1823-1831)».

²¹ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 27.

2. UN NUEVO TEXTO PARA LA HISTORIA DE LOS LIBERALES
EN MARRUECOS: «MEMORABLE TRIUNFO
DEL INVICTO SIDY MAHOMED O-MIMON»

Así empieza el título de un manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional (Madrid) y que reza, en toda su extensión, como sigue: *Memorable triunfo del invicto Sidy Mahomed O-mimon, insigne protector de los europeos liberales refugiados en África y digno bajá de Tánger* (lámina III). Su signatura es AFR/14499 y perteneció a la antigua «Sección de África», creada, como es sabido, a partir de la donación de la biblioteca de Tomás García Figueras, a la que luego se añadieron otros fondos similares²².

El manuscrito, que mide 25 x 20 cms, está encuadernado y consta de 126 folios, con numeración alterna a lápiz, que debe de haber sido añadida por quienes procedieron a su ordenación y encuadernación. Aunque escrito en el mismo tipo de papel, se compone de tres partes diferenciadas por la mano del escribano.

El primero de ellos es quien se ocupó de la mayor parte del texto, de 1r a 90r (lámina IV). La caja mide 23 x 15 cms. El interlineado es de 2,3 cms, que disminuye a 1,3 cms a partir de 15r y vuelve a 2,3 de 45r a 90r.

El segundo copista cubre de 91r al 103r (lámina V). La caja es la misma que la del primero y el interlineado, de 1 cm.

En cuanto al tercer copista, le corresponden los folios 105r a 126r (lámina VI). Ocupa una caja de 20,7 x 14,7 cms y mantiene el interlineado de 1 cm.

El ms. está trunco en tres ocasiones, la primera en 44r. El folio 44v está en blanco. El folio 44r se interrumpe en la línea 6, en mitad de una frase; el texto continúa en 45r. Parece tratarse del mismo copista, aunque no puede descartarse por completo que fuera otro, con una

²² Véase <http://www.bne.es/es/Colecciones/Africa/> (consultado 4 marzo 2017).

caligrafía muy similar. Los folios 52r y 56r están en blanco, sin que haya solución de continuidad en el texto.

El ms. se vuelve a truncar en 90r; a partir de 91r interviene el segundo copista. Los folios 103v, 104r y 104v están en blanco.

Los primeros folios del ms. (1v-13v.) están dedicados a una exposición detallada del plan de la obra, dividida en tres capítulos, con una serie de párrafos cuyo número varía. El capítulo primero se compone de 20 párrafos, el segundo de 7 y el tercero, de 20. El meticuloso desarrollo del sumario permite comprobar, al compararlo con el texto de que se dispone en la actualidad, que existen algunas lagunas importantes en su desarrollo: en el capítulo primero faltan los párrafos 16 a 20 y, en el segundo, el párrafo 7. Son muy de lamentar estas lagunas, sobre todo la primera de ellas, tanto por su amplitud como por tratar de una serie de sucesos que determinaron la suerte de los emigrados españoles, como puede comprobarse en el sumario. La segunda laguna, aunque más breve, afecta también a temas importantes: la descripción de Tánger, usos y costumbres de sus habitantes y detalle de ceremonias y observancias religiosas.

Aunque ambas lagunas interrumpen la continuidad del texto, no es difícil, por otra parte, observar su coherencia interna. El plan diseñado en el sumario inicial se siguió escrupulosamente, en las partes conservadas, sin que se observen alteraciones en su desarrollo. Es posible, por otro lado, que las partes perdidas no llegaran siquiera a ser copiadas, si es que el resto lo fue, de una recensión anterior; el estado actual del ms., obra de tres manos diferentes, y la ubicación de las lagunas, al final de los dos primeros capítulos, apoyaría esta hipótesis.

El anónimo autor del texto fecha su redacción en Londres, en agosto de 1826 (fol. 1r); los hechos que relata cubren el periodo que va desde finales de 1823 hasta los días 21 y 22 de febrero de 1826²³. El

²³ Los primeros emigrados que abandonaron Tánger, camino de Gibraltar, lo hicieron el 7 de febrero, pero la mayoría salió de la ciudad a partir del 31 de marzo de 1826 (POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 241, y «El éxodo español en Marruecos», pág. 54).

ms. abarca, por tanto, la totalidad del tiempo pasado en Marruecos por la mayor parte de los exiliados liberales.

La lengua utilizada, el español, tiene algunas características similares a las descritas por Simon Levy respecto al *Diario* de Bendelac. En la edición se ha actualizado la ortografía, pero la empleada en el texto desvela, por ejemplo, la alternancia entre /s/ y /θ/ típica de las hablas andaluzas, arcaísmos varios y otras peculiaridades propias del idioma en las primeras décadas del siglo XIX²⁴.

Una vez descritos los aspectos formales del texto, hora es de examinar otras cuestiones relacionadas con su contenido, las fuentes utilizadas por su redactor y las interrogantes que plantea su autoría.

El título del manuscrito explicita cuál era la voluntad del autor: hacer público lo que consideraba «memorable triunfo» del bajá de Tánger, que había protegido a los liberales españoles exiliados en la ciudad y les había concedido en ella un refugio seguro contra la persecución de que habían sido objeto en España. Y, de hecho, la personalidad del bajá, Muḥammad Ū Mīmūn al-Garwānī, planea sobre todo el texto como decidido protector de los derechos de los exiliados, a los que defiende de los perversos ataques a que son sometidos por parte de sus enemigos²⁵. De manera que la figura de Ū Mīmūn se convierte en el eje narrativo del texto, interviniendo en los momentos adecuados para salvaguardar a los refugiados de quienes los persiguen o, si es necesario, para aplastar a estos últimos con el peso de su autoridad.

Ahora bien, si la representación de Ū Mīmūn se reviste de un carácter de gran significado simbólico, el objetivo principal de la obra es la narración de las vicisitudes de los liberales exiliados en

²⁴ En apéndice a la edición (págs. 579-582) consignamos las formas modificadas del ms., según el criterio que hemos adoptado.

²⁵ En el ms., el nombre del bajá de Tánger aparece como Mahomed O-Mimon. El prefijo O/U, en textos franceses OU, corresponde al «Ibn» del sistema onomástico árabe («hijo de»), adoptado por los bereberes autóctonos; véase SABIR, *Taknarit. Diccionario Español-Amasigh Amasigh-Español*, pág. 121.

Tánger, a las cuales se dedica una gran porción del relato conservado. En este sentido, se trata de un «retrato de grupo», en el que aparecen muy escasas individualidades, pero cuyos miembros se exponen a los mismos peligros y sufren las consecuencias de una común e injusta persecución. Se constituyen, así, en un protagonista colectivo del que apenas emerge alguna personalidad distintiva, como ocurre con José Moreno de Guerra. Si el autor se esconde bajo el calificativo de «amigo» de Ū Mīmūn al presentar su obra, parece querer ocultar igualmente las identidades de quienes le acompañaron en el exilio tangerino y que en su mayoría pasaron a Inglaterra en 1826, acrecentando el número de exiliados liberales residentes allí.

El relato del exilio se complementa con los capítulos dedicados a la descripción de su tierra de acogida. Se ha indicado antes que la parte consagrada a Tánger es, precisamente, una de las que se han perdido; no obstante, se ha conservado una amplia disertación general sobre Marruecos, así como digresiones sobre algunos reinados de los sultanes alawíes; en particular, Muley Ismā'īl (1672-1727), Sīdī Muḥammad b. °Abd Allāh (1757-1790) y Muley Sulaymān (1792-1822); más brevemente se trata de Muley al-Yazīd (1790-1792) y de Muley °Abd al-Raḥmān (1822-1859), este último, el soberano reinante durante el episodio del exilio liberal en Tánger y sobre el cual se vierten algunas apreciaciones personales del autor (lámina VII).

Los dos niveles que se entrelazan en el manuscrito –el relato de acción, las persecuciones a que se enfrentan los exiliados, las luchas que mantienen por evitar ser entregados al gobierno español y, en paralelo, la descripción del país que los ha acogido– corresponden a un estilo de narración de viajes común en su época, cuando la experiencia personal constituía un hilo conductor al que se añadían amplias digresiones sobre la sociedad que visitaban. Médicos, espías, cautivos o emigrados escriben, en las primeras décadas del siglo XIX, sobre un Marruecos en el que han venido a parar, a veces, por circunstancias totalmente involuntarias, pero que suscita su interés. A la hora de escribir sus testimonios personales, la mayoría

de estos viajeros –y, hasta cierto punto, el autor del ms. puede considerarse uno de ellos– recurren tanto a la experiencia vivida como a lecturas de quienes les habían precedido o a tratados histórico-geográficos que daban cuenta de los conocimientos acumulados sobre Marruecos²⁶.

El autor del manuscrito dispone de un similar repertorio de fuentes. Lógicamente, las peripecias de los exiliados liberales, que no fueron pocas, se narran desde el punto de vista de uno de sus protagonistas, directamente implicado en los hechos y que hace de su relato un arma de combate y propaganda contra el régimen absolutista de Fernando VII. También se muestra como testigo presencial de algunos hechos sin directa relación con la emigración liberal: así, cuando describe la sequía y la hambruna de 1825, una de las más devastadoras de la historia marroquí²⁷. Del mismo modo, registra otros hechos como la llegada a Tánger de un ministro del sultán a finales de ese año, una excavación en busca de minerales, o los resultados de sus observaciones en los alrededores de la ciudad²⁸.

En un momento dado de su narración, al ocuparse de los ocios que distraían a los emigrados de su obligada inactividad, afirma el autor que «en la grotesca Tánger alimentábamos el veneno de la forzada confinación leyendo historiadores y viajeros»²⁹. Sin embargo, no sólo no menciona cuáles fueron estas lecturas, sino que, en todo el texto, la única autoridad a que se refiere *nominatim* es la de Ali

²⁶ Véase la excelente síntesis de THOMSON, *Barbary and Enlightenment. European Attitudes towards the Maghreb in the 18th Century*; aunque centrada especialmente en Argelia y Túnez, ofrece un detallado repertorio de las imágenes construidas sobre el Mágreb en la literatura europea del siglo de las luces y su influencia en los primeros decenios del XIX.

²⁷ Sobre esta catástrofe natural y sus consecuencias, MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 374; BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, London, pág. 68; IBN ZAYDĀN, *Ithāf al-ām al-nās bi-ḡamāl aḥbār ḥādirat Miknās*, V, pág. 124; MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe, II*, pág. 39; AL-BAZZĀZ, *Ta'riḥ al-awbi'a wa-l-maḡā'āt bi-l-Magrib fi l-qarnayn al-tāmin wa-l-tāsi'* 'aṣar, págs. 119-123; ABITBOL, *Histoire du Maroc*, pág. 292.

²⁸ *Memorable triunfo*, fols. 94r, 89v y 18v-20r, respectivamente.

²⁹ *Memorable triunfo*, fol. 102r.

Bey, a quien llama así y no por su verdadero nombre, Domingo Badía y Leblích³⁰.

El autor del ms. menciona en dos ocasiones al famoso viajero³¹; ahora bien, llama la atención que los dos asuntos por los que lo cita –los ingresos del estado marroquí y la calidad de los caballos del país– hayan sido igualmente utilizados por otro autor español cuya obra debió de consultar el del ms. que nos ocupa. Se trata de Tomás de Comín, cuyo relato fue, muy probablemente, el que inspiró al autor del ms. no sólo las citas de Ali Bey –tomadas de Comín y no directamente del original– sino también otros temas que presentan notables coincidencias entre ambos textos.

Antes, sin embargo, de detenerse en esa comparación textual, es indicado dedicar cierta atención a Tomás de Comín, uno de los escasos autores españoles que se ocuparon de Marruecos en las primeras décadas del siglo XIX³², y que, en lo que aquí nos concierne, debió de ser la fuente principal de una parte del texto objeto de edición y estudio en estas páginas.

Sorprendentemente, aunque Comín sea bastante conocido, y citado, entre quienes se ocupan de la historia de las relaciones hispano-marroquíes en la primera mitad del siglo XIX, su figura no parece haber atraído hasta ahora la atención de los investigadores; hasta donde he podido averiguar, no existe un estudio monográfico sobre quien fue un notable representante de la administración colonial

³⁰ La historia de la autoría de los viajes de Ali Bey es compleja: en la primera edición, en francés, sólo figuraba este seudónimo. Tras varias ediciones sucesivas (en inglés e italiano), la primera europea en la que se desveló la personalidad del autor fue la alemana de 1816, de forma un tanto subrepticia; en español, fue la de 1836 la primera en la que figuró Badía como responsable del texto (ALMARCEGUI, *Ali Bey y los viajeros europeos a Oriente*, págs. 191 y sigs.).

³¹ *Memorable triunfo*, fols. 61v y 70r.

³² GUASTAVINO GALLENT, «La bibliografía hispano-africana en el siglo XIX», sólo cita a Comín (tras Ali Bey, pero sin dar su nombre aunque sí el título de su obra) y un texto sobre grandes solemnidades en Ceuta para conmemorar la jura del rey de la Constitución (1820). La omisión del nombre de Comín se debe, sin duda, a que el ejemplar de la primera edición de su libro que se conserva en la Biblioteca Nacional no menciona ese dato.

española en el Pacífico y América, un alto funcionario implicado en la acción española en Marruecos y, finalmente, un cualificado miembro de la burguesía comercial y política de la España de su época.

Los pocos datos que he podido reunir sobre Comín lo sitúan, en primer lugar, en Manila, como administrador de la Real Compañía de Filipinas; vivió en la colonia durante ocho años, según él mismo dice en la introducción a su *Estado de las islas Filipinas en 1810*, publicado en 1820³³. Desde el Pacífico arribó a Acapulco en 1811; desde ese año y hasta 1817 permaneció en México; estaba «libre de cargos y de personales compromisos» y se dedicó a recorrer el país, «haciendo largos altos en las grandes poblaciones, y copiando con la posible diligencia noticias locales durante viaje tan dilatado». Con todo ello publicó, mucho después, un nuevo libro, *Apuntes de un viajero o cartas familiares escritas durante la insurrección del reino de Méjico en 1811, 12, 13 y 14*³⁴.

En 1820, las Cortes del periodo liberal trataron (de nuevo) sobre la conveniencia de ceder a Marruecos los llamados «presidios menores» (los peñones de Vélez y Alhucemas y Melilla), a cambio de una compensación económica. El gobierno comisionó al cónsul en Tánger y a Tomás de Comín para negociar el tratado correspondiente, que no llegó a formalizarse por la oposición del cónsul británico y la postura algo reticente del sultán, Muley Sulaymān, que quizá esperaba obtener más concesiones españolas y dio largas al asunto. Quienes se han ocupado de este tema no han especificado si Comín llegó a

³³ La investigación actual considera a COMÍN «uno de los más inteligentes observadores de la realidad del Archipiélago» (FRADERA, *Filipinas, la colonia más peculiar*, págs. 133-134). Sobre la Compañía de Filipinas, DÍAZ-TRECHUELO, *La Real Compañía de Filipinas*, y VALLEJO GARCÍA-HEVIA, «Campomanes y la Real Compañía de Filipinas: sus vicisitudes de organización y funcionamiento (1790-1797)». La obra de COMÍN sobre Filipinas se tradujo muy pronto al inglés y fue publicada en Londres, en 1821 (con traducción e introducción de WILLIAM WALTON).

³⁴ A la introducción de esta obra pertenecen los textos entrecomillados. El libro se publicó, sin indicación de lugar, en 1843. Existe una reedición de 1996, con introducción de la investigadora mexicana Virginia Guedea.

trasladarse a Tánger, aunque parece verosímil que lo hiciera³⁵. En todo caso, su *Ligera ojeada o breve idea del imperio de Marruecos* se sitúa en 1822, y las cartas que componen la obra, dirigidas al literato y político Manuel José Quintana (1772-1857), están fechadas entre el 31 de julio y el 15 de diciembre de 1822³⁶; nada se dice en ninguna de ellas sobre los motivos de la estancia de su autor en Marruecos.

Muchos años después de esta incursión en el ámbito marroquí, el nombre de Tomás de Comín aparece en las elecciones al Senado de 1843, a las que se presentó por la circunscripción de Alicante. El diario conservador *El Herald*, al hacerse eco de esta convocatoria electoral, vaticinaba el fracaso de Comín, «tanto porque sus padres eran ingleses y comerciantes en esta, como porque se han levantado muchas animosidades contra él que lo suponen de la comisión secreta encargada de terminar en esa corte el tratado de algodones con los ingleses»³⁷. Tomás de Comín sí consiguió su escaño en el Senado³⁸; para tomar posesión, tuvo que presentar, como los demás candidatos, la documentación que garantizaba la posesión de bienes suficientes.

³⁵ Sobre todo esto, BECKER, *España y Marruecos. Sus relaciones diplomáticas durante el siglo XIX*; CASTEL, *La actividad de España en Marruecos desde principios del siglo XIX hasta la paz de Tetuán de 1860 (1800-1860)*, págs. 11-12; MARTÍN CORRALES, «El patriotismo liberal español contra Marruecos (1814-1848). Antecedentes de la guerra de África de 1859-60», pág. 15 y LOUREIRO SOUTO, *Los conflictos por Ceuta y Melilla: 600 años de controversias*, pág. 242. Castel y Martín Corrales identifican al cónsul miembro de esta comisión como Blas de Mendizábal que, sin embargo, había dejado el puesto en 1816. En 1820 el cónsul era su sobrino, Cenón de Orué y Mendizábal (FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 20). El nombre de Tomás de Comín aparece también como miembro de la comisión enviada en 1820 a Buenos Aires para parlamentar con los insurgentes americanos, aunque al parecer no pasó de Río de Janeiro; véase MARTÍNEZ RIAZA, «Para reintegrar la nación». El Perú en la política negociadora del Trienio liberal con los *disidentes* americanos, 1820-1824», pág. 655. De ello se hace eco el traductor inglés del *Estado de las islas Filipinas* (pág. xi de su introducción).

³⁶ La primera edición de la obra es de 1825; aquí se ha utilizado la de Madrid, 1995.

³⁷ *El Herald* (Madrid), 22 de febrero de 1843. En efecto, DÍAZ MARÍN («Actividades y estrategias económicas de la burguesía alicantina en los años cuarenta del siglo XIX», pág. 157), sitúa esta elección en el contexto de las negociaciones con Gran Bretaña a propósito del arancel.

³⁸ *El Herald* (Madrid), 8 de marzo de 1843.

En su caso, «más de 40 000 reales de vellón de renta anual procedente del capital que por su vida tiene impuesto en el Banco de Inglaterra»³⁹.

En efecto, el padre de Tomás de Comín era Juan Comín o Comyn (que de las dos formas se encuentra escrito su apellido), comerciante británico asentado en Alicante, donde también fue cónsul de Portugal, en el último tercio del siglo XVIII⁴⁰. Los vínculos con Inglaterra se mantuvieron en la siguiente generación, y quizá no sólo en el plano monetario, lo que explicaría en parte la rápida traducción al inglés de la obra de Comín sobre Filipinas.

El prefacio de esa traducción muestra que su autor, William Walton, tenía una disposición muy favorable hacia las «nuevas Cortes» españolas de 1820⁴¹. Por otra parte, la composición de la *Ligera ojeada* sobre Marruecos, en forma de cartas dirigidas a Manuel José Quintana, prohombre liberal y prestigioso poeta, si bien podría considerarse un artificio literario, no deja de manifestar una afinidad intelectual y política que tuvo larga vida: pocos años antes de la muerte de Quintana, en 1857, Comín aparece citado por el sobrino del poeta como uno de sus asiduos contertulios⁴². En esos años, cuando Comín publica su libro sobre México, sus comentarios sobre «el mal deseado Fernando» parecen haber sido escritos tras la restauración absolutista de 1814, en la que el rey subió al trono «en hombros de cortesanos y acompañado de verdugos»⁴³.

³⁹ Véase el expediente personal de Comín en el Senado (www.senado.es, consultado 20 marzo 2017).

⁴⁰ ABASCAL *et alii*, *Antonio Valcárcel Pío de Saboya, Conde de Lumières (1748-1802)*, Madrid-Alicante, 2009, pág. 77, n. 270.

⁴¹ WALTON tradujo igualmente la obra de ANTONIO PUIGBLANCH sobre la Inquisición, *The Inquisition Unmasked, Being a Historical Account of that Tremendous Tribunal Founded on Authentic Documents* (1816); véase MUÑOZ SEMPERE, *La Inquisición española como tema literario: política, historia y ficción en la crisis del Antiguo Régimen*, págs. 136-139.

⁴² Véase la biografía que le dedicó su sobrino, M. J. QUINTANA, *Obras inéditas*. Madrid, 1872, págs. XXVI-XXII.

⁴³ COMÍN, *Apuntes de un viajero o cartas familiares escritas durante la insurrección del reino de Méjico*, pág. 10.

A pesar de la escasez de las noticias reunidas sobre Tomás de Comín, es posible trazar un perfil de su personalidad que lo muestra como un acomodado miembro de la burguesía comercial de su tiempo, con cargos de importancia en la administración colonial (Filipinas) y con una presencia activa en las relaciones de España y Marruecos –sin olvidar su estancia en México; alguien que puede definirse como liberal y con contactos en Inglaterra, donde tanta importancia tuvo el exilio de los constitucionalistas españoles y, finalmente, con relaciones en el ámbito político e intelectual. Publicada en 1825, su obra sobre Marruecos pudo ser consultada por el autor del manuscrito que nos ocupa bien en Tánger, bien en Inglaterra, donde quizá hubiese circulado entre los exiliados, que se hicieron eco de algunos de los acontecimientos que afectaron a los que se habían refugiado en Tánger.

Ya se ha mencionado como muy probable que las citas que el autor del ms. hace de los viajes de Ali Bey provengan, en realidad, de las que a su vez realizó Tomás de Comín en su libro. Pero además hay una serie de coincidencias temáticas entre ambos textos que merecen ser tenidas en cuenta, ya que parecen señalar hacia el uso de la *Ligera ojeada* como fuente de información del anónimo autor sobre Marruecos.

En uno de los ejemplos más notables de estas coincidencias, Comín se refiere así a las manufacturas textiles de Fez:

«Fez se distingue también por la celebridad de sus jaiques de seda, algodón y lana, cuyos últimos tejidos, sin dejar de ser fuertes, compiten en finura y transparencia con los mejores crespones y gasas; y, asimismo, por la excelencia de sus pañuelos y fajas de seda, gorros encarnados (que es renglón de importancia y de universal consumo), babuchas o chinelas de tafilete, obras de talabartería, alfombras, lienzos crudos, armas blancas y de chispa, loza, bujías y varias otras menudencias»⁴⁴.

⁴⁴ COMÍN, *Ligera ojeada o breve idea del imperio de Marruecos en 1822*, págs. 75-76.

Es fácil reconocer parte del léxico y las ideas de este párrafo en el que el autor del manuscrito dedica al mismo tema:

«Fez es célebre por la finura y transparencia de los jaiques, de lana, algodón y seda, que llaman la atención de los extranjeros, no menos que los pañuelos y fajas de seda. Los gorros encarnados, este renglón de consumo universal, antigua manufactura toledana, los turbantes, los tafiletos, las graciosas babuchas o chinelas, los tapices y cojines, las obras finas de talabartería, las platerías de mayor lujo, las cererías, y la reunión de todos los artífices, artesanos y fabricantes de conocida habilidad y crecidos fondos, le dan la preferencia sobre Marruecos»⁴⁵.

Aunque no se trata de una copia literal, la relación entre ambos textos es indiscutible. Podrían, no obstante, haber utilizado los dos autores una fuente común; pero hasta el momento no me ha sido posible identificarla y, en todo caso, este texto, que hubiera podido servir de piedra de toque para ello, no figura en las fuentes que Comín cita entre las suyas⁴⁶.

El autor del manuscrito no sigue el desarrollo narrativo de Comín, omite mucho de lo que éste cuenta y hace sus propias aportaciones a la descripción de Marruecos. Aun así, coincide con Comín en otros casos, ciertamente llamativos, porque no siempre se trata de temas que aparezcan en la literatura sobre Marruecos de la época. Es lo que ocurre con el infanticidio, que ambos autores califican de «horrendo crimen» que suele quedar impune; la acusación a Muley Sulaymān de hipocresía y afectada santidad, a la par que se le acusa de rapiña y avaricia, habiendo conseguido acumular un enorme tesoro; sobre

⁴⁵ *Memorable triunfo*, fol. 74r-v. Como era usual en su tiempo, Comín se refiere como «Marruecos» a la ciudad de Marrakech.

⁴⁶ Las que nombra son, en primer lugar, el famoso geógrafo de origen danés CONRAD MALTE-BRUN (1755-1826), cuyas obras tuvieron una gran difusión en toda Europa; cita además a JAMES G. JACKSON (da el título de su obra en español, *Noticia general de Marruecos en 1809*); GRABERG DI HEMSÖ (*Lezioni elementari de Cosmographia* (1819) y *Précis de la littérature historique du Moghrib ul-Acsa* (1820) (de esta obra hace un pequeño extracto titulado *Noticia de los principales escritores de las cosas de África y Marruecos*); COCHELET y su *Naufrage du brick français «La Sophie»* (1821); ROBERT ADAMS (aunque no parece haber leído el relato de su naufragio), los *Viajes* de ALI BEY y la *Chrestomatie arabe* de SILVESTRE DE SACY.

el mismo sultán, el hallazgo de una carta oculta en su turbante, tras su muerte, en la que nombraba heredero a Muley ʿAbd al-Rahmān; o, finalmente, el intercambio de cartas entre Luis XVI y Muley Muḥammad que ambos autores califican de «célebre» y que, como señala Comín, se había publicado en la no menos célebre crestomatía del orientalista francés Silvestre de Sacy, en 1806⁴⁷.

No se sabe qué otras fuentes, además de la obra de Comín, pudo utilizar el autor del ms. En el panorama de la literatura europea sobre Marruecos en los años finales del siglo XVIII y comienzos del XIX figura una serie notable de textos, pero su comparación con el que ahora se edita no ha ofrecido nada similar a lo que se acaba de señalar respecto a Tomás de Comín. Los temas comunes con esta literatura (como el despotismo del sultán, el fanatismo musulmán, la sensualidad de los hombres o la sumisión de las mujeres) pertenecen a un repertorio común que se expresa de forma similar, sin que ello suponga una relación intertextual explícita.

Éste podría haber sido el caso, por ejemplo, de la obra de Joseph de Sagarra (1724-1784) o la de Louis de Chénier (1722-1796). El primero fue autor de un *Compendio de la historia de la España Transfretana* (Barcelona, 1766)⁴⁸, en el que se pueden localizar dos temas también tratados por el autor del manuscrito: la supuesta utilización del largo cerco de Ceuta por Muley Ismāʿīl como lugar al que enviar a sus enemigos interiores para así procurar su muerte, o la referencia a la vida aventurera del barón de Ripperdá y su incorporación a la sociedad marroquí⁴⁹. Del mismo modo, algunas de las

⁴⁷ Véanse, respectivamente, COMÍN, *Ligera ojeada*, págs. 26, 72-73, 83, 117, 177 y 144; *Memorable triunfo*, fols. 96r-v, 93v, 34r, 61r-v, 35v y 93r.

⁴⁸ Existe una reimpresión reciente, Málaga, 2003. Sobre este autor, véase lo que dice su descendiente, el novelista y dramaturgo JOSEP MARIA DE SAGARRA, en sus *Memorias*, páginas 60-67.

⁴⁹ SAGARRA Y BALDRICH, *Compendio de la historia de la España Transfretana*, II, página 480 y págs. 490-501; *Memorable triunfo*, fols. 40v y 15v, respectivamente. El texto de Sagarra sobre Ripperdá es muy extenso y elaborado, adquiriendo en ocasiones tintes novelescos que, si bien son acordes con la figura del personaje, carecen de verosimilitud. Sobre Johan

cuestiones tratadas por Louis de Chénier, que fue cónsul de Francia en Marruecos entre 1767 y 1782 y cuya obra gozó de amplia difusión, son objeto de atención por el autor del manuscrito; por ejemplo, el abuso de los placeres sensuales como una de las causas principales de la decadencia de la sociedad marroquí, o el lamentable estado de las ciencias y las letras, cuyos gloriosos precedentes, como es el caso de Averroes, han sido olvidados por completo⁵⁰. Como se trata de dos de los más difundidos tópicos en la literatura de la época (que tendrían, más adelante, una larga vida), no es fácil situar a Chénier como fuente directa del autor del manuscrito. Lo mismo ocurre con temas mucho más concretos, compartidos por ambos textos: la mala calidad de los caballos magrebíes (que, como se ha visto, aparece también en el relato de Ali Bey); el almacenamiento de grano en los silos subterráneos, llamados por Chénier –y por muchos otros autores europeos– «matamores»⁵¹; los tatuajes en forma de cruz de supuesto origen cristiano, o el elevadísimo número de hijos que se atribuía al sultán ‘alawí Muley Ismā‘īl⁵². Todas estas coincidencias, sin embargo, no bastan para señalar a Chénier como una fuente directa del autor del manuscrito, aunque tampoco pueda descartarse por completo que hubiera tenido a su alcance la obra del cónsul francés⁵³. Sólo cabe suponer que, de ser así, fuera uno de los libros consultados durante su estancia en Tánger, como lo pudieron ser los de otros historiadores y viajeros a los que, como ya se ha dicho, recurrió para distraer los ocios de la emigración forzosa en Marruecos.

Willem, barón de Ripperdá (1680-1737) y su relación con Marruecos, FAROUK, «Le baron de Ripperda ancien ministre de Philippe V au Maroc 1731-1737».

⁵⁰ CHÉNIER, *Recherches historiques sur les Maures et histoire de l'empire de Maroc*, III, págs. 191-192 y 171; *Memorable triunfo*, 60v, 91r.

⁵¹ Del árabe *maṭmūra*, pl. *maṭāmīr*, de donde procede el español «mazmorra».

⁵² CHÉNIER, *Recherches historiques*, págs. 138, 218-219, 108 y 420; *Memorable triunfo*, fols. 69v-70r, 63r-v, 17r y 74r-75v, respectivamente. Se volverá sobre estos temas más adelante.

⁵³ Sobre Chénier, LEBEL, *Les voyageurs français du Maroc*, págs. 91-104. La correspondencia de Chénier ha sido editada, véase CHÉNIER, *Un chargé d'affaires au Maroc. La correspondance du consul Louis Chénier 1767-1782*.

Si las fuentes empleadas por el autor del manuscrito son de improbable identificación, más aún lo es la cuestión de su autoría, que no ha sido posible descifrar con un mínimo de seguridad. La misma incertidumbre rodea a los escasos elementos que el texto en sí ofrece para intentar situar a su autor.

Es así como se refiere éste a un acontecimiento que presencié y que tuvo lugar en Ceuta en 1789, cuando gracias a Melchor de Mesa, «quizás el marinero más práctico y atrevido de la compañía de mar de aquella plaza»⁵⁴, un navío de guerra español consiguió salir indemne de las lajas que dificultaban la navegación a la altura del castillo de Santa Catalina⁵⁵. El incidente se produjo poco antes del asedio de Ceuta por parte del ejército de Mulay al-Yazīd, en el inicio de su reinado; aunque el autor del manuscrito no se refiere expresamente a esta circunstancia, su relato de los hechos le sirve para hacer una amplia digresión acerca de la personalidad de Melchor de Mesa, en la cual también aparece el almirante Barceló⁵⁶. Ambos fueron figuras sobresalientes de la marina de su tiempo, habiendo iniciado su carrera como patrones de jabeque⁵⁷; gracias al arrojo y audacia de sus acciones contra el corso en el Mediterráneo, consiguieron incorporarse a la

⁵⁴ *Memorable triunfo*, fols. 78v-79r.

⁵⁵ VILAR, *Ceuta en el siglo XIX a través de su cartografía histórica y fuentes inéditas*, pág. 63, reproduce la descripción de las fortificaciones de Ceuta por LUCAS CARO (*Historia de Ceuta*, ed. y notas J. L. Gómez Barceló, Ceuta, 1989), en la que se cita el castillo de Santa Catalina como referencia a un plano de la ciudad de 1802.

⁵⁶ Antonio Barceló (1717-1797) se distinguió en la lucha contra los corsarios argelinos y estuvo al mando de dos expediciones contra Argel en 1784 y 1784-1785; véanse CONROTTE, *España y los países musulmanes durante el ministerio de Floridablanca*, pág. 161, y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, *Antonio Barceló. Mucho más que un gran corsario*. Sobre el asedio de Ceuta de 1790, CARMONA PORTILLO, «Acción conjunta mar y tierra para levantar un cerco en los años finales del siglo XVIII», que también se ocupa del almirante Barceló (pág. 164, n. 14). Carmona menciona el papel de Melchor de Mesa en este asedio, al mando del jabeque correo (pág. 158). Acerca del corso desde Ceuta en esa época, véase MARTÍN CORRALES, «Ceuta en el siglo XVIII. De presidio a ciudad portuaria sin puerto», págs. 107-109.

⁵⁷ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 50, n. 22: navío de tres mástiles y velas latinas, muy utilizado en aguas marroquíes, junto al místico y la faluca, sobre todo para el trayecto entre Gibraltar y Tánger. Es voz de origen árabe (*šabbāk*; *DLE*, s. v. : «esquife para pescar con redes»).

oficialidad de la Marina de guerra. A Barceló se refiere el autor del manuscrito de pasada, al mencionar que Melchor de Mesa sirvió a sus órdenes; de este último da muchos más detalles. En ese mismo contexto, el autor del ms. se refiere a otro marino español, Bruno de Ezeta, que estaba al mando de la flota en Algeciras y que confió a Mesa el difícil encargo de traer desde Málaga un convoy que consiguió evadir la vigilancia de las patrullas inglesas en el Estrecho⁵⁸.

La carrera profesional de Melchor de Mesa en la marina española parece haber sido bien conocida por el autor del ms., que indica también cómo su radio de acción se limitó al Mediterráneo occidental y a alguna incursión en Canarias, de la que no da detalles⁵⁹. Es notable que estos tres marineros mencionados por el autor del ms. y de los cuales parece haber conocido personalmente a Melchor de Mesa, estuvieran relacionados en mayor o menor medida con el corso español en el Mediterráneo occidental, fenómeno que conoció repuntes significativos de actividad durante todo el siglo XVIII y cuyas consecuencias condicionaron negativamente la evolución económica y social de la costa norteafricana⁶⁰.

Nada se sabe, por otra parte, de cuáles pudieron ser las razones que explicaban la presencia del anónimo autor en Ceuta en 1789 y

⁵⁸ Sobre Bruno de Eceta/Heceta/Hezeta (1744-1809), marino bilbaíno de quien se recuerda sobre todo su expedición (1775) a la costa noroeste de Norteamérica (actual estado de Washington), véase GONZÁLEZ-RIPOLL NAVARRO, *Bajo pólvora y estrellas. Churruca y otros marineros vascos de la Ilustración*, págs. 91-97 (donde se menciona que «sirvió en buques destinados al corso en el Mediterráneo», pág. 93).

⁵⁹ El límite geográfico que marca el texto para las acciones marítimas de Melchor de Mesa era Barcelona, a donde llevó al general Urrutia desde Algeciras (allí fue comandante general en 1783). Sobre José Ramón de Urrutia (1739-1803), cuyo retrato, pintado por Goya, se conserva en el Museo del Prado, BEERMAN, «¿Quién era el General que Goya retrató?».

⁶⁰ Véanse sobre ello MARTÍN CORRALES, «Aproximación al estudio del corsarismo español en el litoral norteafricano en el siglo XVIII»; OCAÑA TORRES, *El corso marítimo español en el Estrecho de Gibraltar (1700-1802)*, y AL-DAHĀNĪ, *Al-Magrib wa-maḍīq Ġabal Tāriq 1684-1815. Muḥāwala li-fahm 'alāqāt al-Magrib bi-mağāli-hi l-baḥrī*, págs. 188-212. Sobre apresamientos de barcos ingleses por corsarios españoles, RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, «Los desconocidos corsarios del Estrecho 1799-1801».

su posible amistad con Melchor de Mesa. Pero una nueva referencia de carácter personal en su texto permite situarlo en un entorno militar: se trata de su comentario sobre «la chusma de monopolistas que entraron en la península con el ejército francés» en 1823, «cuyas especulaciones de compras y reventas de todo género de abastos a los comisarios e intendentes cómplices en la malversación observamos de cerca»⁶¹. En principio, podría deducirse de estas dos alusiones del autor del ms. que se trataría de un militar, miembro quizá de alguna guarnición del sur de España cuando tuvo lugar la expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis.

No pasa esto de ser una suposición. Lo que sí se observa es que el autor del ms. conocía de primera mano las oscuras maniobras efectuadas por algunos miembros del ejército francés para obtener no sólo un aprovisionamiento eficaz de las tropas, sino también pingües beneficios en las operaciones que de ello se derivaban. En particular, parece que alude el autor del ms. a las actividades del «intendente» (*munitionnaire*) del ejército francés Victor Ouvrard, sobrino del famoso financiero francés Gabriel Ouvrard⁶². Estas referencias a la malversación en España se añaden a la descripción de otras maniobras similares realizadas en Tánger por el entonces cónsul francés, Sourdeau, sobre lo que se volverá más adelante.

Otras indicaciones dispersas por el texto sugieren que el autor del ms. era andaluz o al menos había vivido en Andalucía lo suficiente como para asimilar voces y costumbres propias de esa región. Incluso cabría pensar en que se tratase de un hacendado rural, por la familiaridad con la que se expresa acerca de las labores y productos del campo. Al describir las técnicas agrícolas utilizadas por

⁶¹ *Memorable triunfo*, fols. 32v-33r.

⁶² La intervención del financiero Ouvrard será la causa de un escándalo de grandes proporciones que terminaría por llevarlo a prisión y, en último término, a la ruina. Véase LA PARRA, *Los Cien Mil Hijos de San Luis. El caso del primer impulso liberal en España*, página 49. PÍO BAROJA hizo de Ouvrard uno de los personajes secundarios de su novela *La canóniga (Memorias de un hombre de acción, 5. Los recursos de la astucia)*.

los marroquíes, afirma el autor que «como las labores se reducen a pequeñas suertes, desconocen la trilla con yeguas»⁶³, práctica usual en Andalucía⁶⁴. En otra reveladora indicación, asegura que en Marruecos se emplea, para segar, una especie de delantal de cuero como el que utilizan los andaluces para esas labores agrícolas⁶⁵. Usa también el autor del ms. algún término característico de las hablas andaluzas, como «alcaucil» (por «alcachofa») y «murcelina»⁶⁶.

Con independencia del origen y profesión del autor del ms., su texto contiene testimonios que apuntan a un nivel cultural elevado, como se trasluce en las citas literarias o históricas que lo esmaltan con cierta regularidad. Algunas se relacionan con la Biblia, como las relativas a Oseas, David y Urías, o Esaú y Jacob⁶⁷; pero la mayoría proceden de la cultura clásica grecolatina que formaba parte esencial de la educación en esa época. El autor del ms. cita una famosa frase de la *Eneida* de Virgilio (al que no nombra expresamente) en el primer

⁶³ *Memorable triunfo*, fol. 63r.

⁶⁴ Así se hace constar, en una adición de los editores, en la edición de 1818 de la *Agricultura general* de GABRIEL ALONSO DE HERRERA, I, pág. 106. Un texto algo anterior afirma que, excepto en Granada, se trilla con yeguas en toda Andalucía: RODRÍGUEZ MOHEDANO, *Historia literaria de España*, VIII, pág. 1551, n. 1 (comentarios a Columela).

⁶⁵ *Memorable triunfo*, fol. 64r. Se trata del llamado «zamarrón», que el *DLE* registra como voz típica de Andalucía.

⁶⁶ *Memorable triunfo*, fol. 75v. «Murcelina» aparece en una crónica reciente sobre la vendimia en Jerez, en la que se recomienda tapar un lebrillo con «un cuadrante de murcelina, limpio y soleado como el jaspe»; debe ser, por tanto, una variante de «muselina» (www.lavozdigital.es/jerez/20081213/vina-mosto-binomio-ideal-20081212.html, consultado 18 octubre 2016); también en un documento notarial sevillano de 1745 se menciona una corbata de murcelina (JUNQUERA MARTÍNEZ y MORALA, «Léxico de origen italiano en documentos notariales del Siglo de Oro», pág. 220). El término no está recogido en ALCALÁ VENCESLADA, *Vocabulario andaluz*, ni en ALVAR EZQUERRA, *Tesoro léxico de las hablas andaluzas*. Sobre la ortografía usada en el ms., que como ya se ha dicho, parece desvelar igualmente un origen andaluz, véase más adelante, el anexo a la edición, págs. 583-586.

⁶⁷ *Memorable triunfo*, fols. 40v, 99r y 101r. La figura de Oseas se introduce en unas reflexiones no muy positivas sobre los judíos marroquíes; la mención a David y a Urías se utiliza en el contexto del ataque y cerco de Ceuta por Muley Ismā'īl. Los judíos de la época del autor habrían heredado, de las contiendas de Esaú y Jacob, su carácter litigioso, obstinado e insubordinado.

párrafo de su texto: *Una salus victis nullam sperare salutem* («La única salvación para los vencidos es no esperar salvación alguna»), que se solía utilizar para los casos en que toda esperanza parecía estar vedada a los derrotados⁶⁸. En una segunda cita textual se registra un proverbio latino (*Vir bene vestitus pro vestibus esse peritus // Creditur a mille quamvis idiota sit ille*⁶⁹), cuyo mensaje se recuerda, aunque más sucintamente, en «el hábito no hace al monje».

El mundo clásico aparece también en referencias a personajes como Aristóteles y Ovidio, al que se evoca entre «los bárbaros sármatas»⁷⁰; a un rey y guerrero como Pirro, y a figuras mitológicas tales como Deucalión y el diluvio, que lo acerca a la imagen de Noé, la diosa Astrea, cuya balanza segada por el alfanje demuestra el desorden de la justicia que se imparte en Marruecos, o Vulcano y su fragua⁷¹. Añádanse, para terminar este breve repaso, dos comparaciones que hace el autor del ms. entre, por un lado, la «morisca cabalgada» de las celebraciones nupciales marroquíes y la «solemne conducción de la esposa a la casa del esposo usada por los romanos» y, por otro, entre las unidades del ejército marroquí y sus correspondientes divisiones en el romano, aunque no deja de señalar que el valor y disciplina del segundo son muy superiores al primero⁷². Al mismo ámbito cultural pertenece la alusión a la famosa caballería nómada de la antigüedad clásica, que el autor considera prueba de que «el África de los desiertos fue y es madre fecunda de excelentes caballos»⁷³.

El manejo de referencias procedentes de la cultura clásica no sorprende en una persona culta de la época del autor del ms. Mucho

⁶⁸ Véase, por ejemplo, REIMANN, *Franziska Linkerhand*, pág. 39 (sobre el derrumbe final del régimen nazi y sus consecuencias para los alemanes).

⁶⁹ *Memorable triunfo*, fol. 98r. DE-MAURI, 5000 *Proverbi e motti latini*, pág. 4 (que lo traduce: «A chi è benvestito molti fan credito, e lo giudicano sapiente benchè sia un idiota»).

⁷⁰ *Memorable triunfo*, fols. 20r y 102r.

⁷¹ *Ibidem*, fols. 20r, 102r, 110r, 88r, 100v, 90v y 72r, respectivamente.

⁷² *Ibidem*, fols. 95v y 52v.

⁷³ *Ibidem*, fol. 70r.

menos frecuentes son las dedicadas al imperio bizantino o a los visigodos de Hispania: en el primer caso, se trata del general Belisario (505-565) y del emperador Honorio «el imbécil» (r. 395-423). No extrañará que este último vaya emparejado con Rodrigo «el perdido»; ambos soberanos son ejemplo de conductas reprobables y de ser responsables de la desintegración de sus reinos⁷⁴.

Tampoco abundan las referencias a textos de autores más tardíos. De pasada se cita a Averroes y Avicena, considerados ambos como comentaristas de Aristóteles y cuya fama –basada en las traducciones latinas de sus obras filosóficas y médicas– les hace aparecer a menudo como representantes de la época más floreciente de la cultura árabe-islámica⁷⁵.

En cuanto a autores modernos, la cosecha es igualmente muy escasa, y no siempre se puede asegurar la identidad de los citados, que hay que presumir a través de alusiones a veces oscuras. No es ése el caso de Cervantes, que aparece en el texto a través de su más genial creación, el Caballero de la Triste Figura, «batiendo molinos de viento»⁷⁶. En cambio, sí se recurre al nombre de Maquiavelo (bajo la lectura «Machiabelo»), aunque sea más bien para censurar sus doctrinas y la práctica política de su modelo Fernando II de Aragón, engañador y codicioso; los aforismos del pensador florentino son calificados por el autor del ms. de «execrables»⁷⁷.

La evocación de las tristezas del exilio hace que el autor recuerde «la vehemente pena que sentía en Francia el amigo de las musas, pintando su tristísima despedida de la soberbia Roma»⁷⁸; podría referirse a alguno de los poemas del renacentista francés Joachim du Bellay

⁷⁴ *Ibidem*, fols. 112r y 112v.

⁷⁵ *Ibidem*, fols. 91v-92r. Ambos son calificados de «metafísicos».

⁷⁶ *Ibidem*, fol. 45 r.

⁷⁷ *Ibidem*, fols. 9r, 97r, 110r, 110v. Véanse MIRETE NAVARRO, «Maquiavelo y la recepción de su teoría del estado en España (siglos XVI y XVII)», y ARBULU BERTUREN, «Las primeras traducciones manuscritas y editadas de *Il principe*».

⁷⁸ *Memorable triunfo*, fol. 102v.

(1522-1560), escritos precisamente tras su vuelta de la ciudad y que fueron muy citados y difundidos.

En cuanto a autores contemporáneos suyos, el autor del ms. debió de conocer la obra de Juan Antonio Llorente (1756-1823), cuyos libros sobre la inquisición tuvieron gran difusión durante el trienio constitucional. De uno de ellos, los *Anales de la Inquisición de España*, publicado en 1812, parece proceder la anécdota sobre Torquemada, el «fanático inquisidor» que, «sorprendiendo a Fernando el Católico con un crucifijo debajo del manto, le dijo: “Judas vendió a este Señor por treinta dineros y vos lo vais a revender por treinta mil ducados”. Esta era la suma ofrecida por los judíos, que halagaba la codicia del precursor de los déspotas extranjeros y detenía el decreto de la expulsión»⁷⁹.

Hay otras alusiones a autores contemporáneos de quien escribe el ms. Parece evidente que el «ilustre aristócrata de la Gran Bretaña»⁸⁰ a quien atribuye amplia reflexión sobre el cautiverio no puede ser otro que Lord Byron, cuyo poema «The Prisoner of Chillon», publicado en 1816, podría ser el texto a que se alude. De ser así, el autor del ms. habría leído el poema de Byron en su lengua original, o quizá en alguna de las traducciones francesas que pronto empezaron a circular por Europa y que sirvieron de base, a su vez, para las traducciones españolas que se publicaron a partir de 1830⁸¹.

Más difusa resulta una posible referencia a François-René de Chateaubriand (1768-1848): el autor del ms. utiliza, para subrayar

⁷⁹ *Ibidem*, fol. 97r. El mismo relato, en LLORENTE, *Anales de la Inquisición de España*, I, págs. 181-182, que cita como fuente al jesuita Antonio Possevino (1533-1611) y su obra *Apparatus Sacer*. Esta escena no aparece en la obra más conocida de LLORENTE, la *Historia crítica de la Inquisición en España*, publicada primero en París, 1817 y luego en Madrid, 1822. La historicidad de la anécdota parece cuando menos dudosas; véase PÉREZ, *Los judíos en España*, pág. 189. Sobre Llorente, DUFOUR, *Juan Antonio Llorente en France (1813-1822)*.

⁸⁰ *Memorable triunfo*, fol. 45v.

⁸¹ Sobre las primeras traducciones de Byron al español, PEGENAUTE, «El corsario de Byron en la traducción de Teodoro Llorente y Vicente W. Querol (1863)», <http://www.cervantes-virtual.com/nd/ark:/59851/bmcg46j8> (consultado 25 junio 2017).

el estado de decadencia a que ha llegado la sociedad marroquí, una comparación extrema; de seguir así, afirma, poco faltará para que sus miembros se confundan con los «salvajes del Canadá»⁸². Esta alusión podría derivar de la muy popular novela de Chateaubriand, *Atala*, que se había publicado en 1801 y cuya traducción española apareció en 1803, seguida de muchas ediciones posteriores⁸³. Completa la breve nómina de autores franceses nombrados o aludidos en el texto una referencia al «sabio Benjamin de la Francia» y sus ideas sobre revoluciones y reacciones; sin duda se trata de Benjamin Constant (1767-1830), cuyas teorías políticas sentaron los principios de la ideología liberal en Europa⁸⁴.

En resumen, el perfil individual que dibuja este rastreo de sus referencias culturales muestra a alguien educado en el estudio de la antigüedad clásica, con conocimientos variados de otros contextos históricos y con lecturas que lo sitúan en los campos del romanticismo y el liberalismo europeos y españoles. Muchos de los emigrados a Inglaterra o Francia encajan en esta caracterización, nada extraña en quienes unían un claro compromiso político contra el absolutismo monárquico y una vinculación más o menos ardorosa con los valores culturales y literarios del romanticismo naciente. Algunos indicios apuntan a que debió de tratarse de un liberal «exaltado», no sólo por su relación con Moreno de Guerra, sino también por su feroz anticlericalismo e, incluso, por su alusión a la popular «canción patriótica» del *Trágala*⁸⁵.

Encajar este retrato sin nombre entre los de quienes se sabe con certeza que se refugiaron en Tánger no es tarea fácil. En principio,

⁸² *Memorable triunfo*, fols. 16r-v.

⁸³ GINÉ JANER, «“Atala” de Chateaubriand en la traducción de Pascual Genaro Ródenas (1803)», http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/atala-de-chateaubriand-en-la-traduccin-de-pascual-genaro-rdenas-1803-0/html/01d19f68-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html (consultado 4 octubre 2016).

⁸⁴ Véase SÁNCHEZ-MEJÍA RODRÍGUEZ, «Benjamin Constant en España (1820-1825)».

⁸⁵ Sobre la cual, LA PARRA, «La canción del *Trágala*. Cultura y política popular en el inicio de la revolución liberal en España».

la persona más indicada para ser tenida como autor del ms. es Juan Jacinto López, periodista gaditano cuya presencia entre el grupo de los liberados emigrados a Marruecos está atestiguada por la documentación consular⁸⁶. Por su parte, Alberto Gil Novales reconstruyó sus actividades periodísticas y literarias en Cádiz, sobre todo –aunque también vivió en Madrid⁸⁷. López había estado refugiado en Portugal en la etapa absolutista anterior a 1820, y allí se había casado con una portuguesa, perteneciente a la familia Colaço, una de cuyas ramas se había asentado en Tánger tiempo atrás⁸⁸; gracias a esta conexión, López se trasladó a la ciudad al abandonar Cádiz y fue acogido en la casa del cónsul portugués, tío de su esposa⁸⁹.

Juan Jacinto López, periodista y escritor, ardiente partidario de las posturas liberales, afincado en Cádiz (aunque no se sabe si también

⁸⁶ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 316, n. 50 y AL-MANŞŪRĪ, *Al-‘Alāqāt al-magribiyya al-burtugāliyya*, II, pág. 364, n.º 1.

⁸⁷ GIL NOVALES, «López, Juan Jacinto María (siglo XIX)», <http://www.mcnbiografias.com/app-bio/do/show?key=lopez-juan-jacinto-maria> (consultado 30 junio 2017), e IDEM, *Diccionario biográfico de España (1808-1833). De los orígenes del liberalismo a la reacción absolutista*, II, págs. 1731-1732; también, con citas de textos de López, SÁNCHEZ HITA, «La restauración del absolutismo y el obligado silencio de la prensa liberal. Los casos de *El Redactor General* (15-VI-1811/18-V-1814), *La Abeja Española* (12-IX-1812/31-VIII-1813) y *El Duende de los Cafés* (1-VIII-1813/14-V-1814)», *El Argonauta español* [En ligne], 13 | 2016, mis en ligne le 30 janvier 2016, consulté le 11 février 2017. URL : <http://argonauta.revues.org/2379>. Otros documentos de archivo a propósito de la llegada a Tánger de Juan Jacinto López se citan en FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 21.

⁸⁸ MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 47, señala los lazos que unían a la familia Colaço con prósperos comerciantes de Cádiz, como los irlandeses Macnamara. Los Colaço formaron una auténtica dinastía de cónsules portugueses en Marruecos, desde finales del siglo XVIII hasta finales del XIX; durante la crisis de los liberales españoles en Tánger, el cónsul portugués era Jorge José Colaço (1783-1859), que lo fue, con una breve interrupción, desde 1816 hasta 1841 (VON KEMNITZ, *Portugal e o Magrebe (séculos XVIII/XIX). Pragmatismo, inovação e conhecimento nas relações diplomáticas*, págs. 308-315). Véase también RUIZ ORSATTI, «Una familia de tangerinos notables. Alejandro Rey Colaço».

⁸⁹ Así lo afirma el propio cónsul en uno de sus informes al duque de Palmela, entonces secretario de Estado de Portugal (AL-MANŞŪRĪ, *Al-‘Alāqāt al-magribiyya al-burtugāliyya*, II, págs. 356-357, n.º 25). Sin embargo, MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 316, n. 50, dice que se trataba de una prima de Colaço.

originario de la ciudad o su región), pudo haber conocido a José Moreno de Guerra, con quien compartía muchas características vitales y a quien el autor del ms. concede una importancia significativa al ocuparse de él con un detalle que escatima al resto de sus compañeros de exilio. El estilo del ms., por otro lado, parece corresponder en gran parte a las características retóricas de la prensa «exaltada» del periodo liberal, corriente política a la que se adscribía Moreno de Guerra. Todo ello haría de López un candidato preferente a la autoría del texto, si no fuera porque no hay constancia de que, al abandonar Tánger, se refugiara en Inglaterra, desde donde se escribe el documento que nos ocupa. Tampoco se conoce si había estado en Ceuta en 1789, como parece ser el caso del autor del ms.

Con los datos que he podido manejar, la posible autoría del ms. sigue siendo una incógnita. Moreno de Guerra salió de Tánger y desde Gibraltar se embarcó hacia Filadelfia; murió en una travesía posterior hacia Inglaterra. Del resto de los emigrados residentes en Tánger, ningún otro, hasta donde me ha sido posible averiguarlo, resulta un candidato verosímil para adjudicarle el texto.

II

Los refugiados en Tánger

La población europea que residía en Tánger no era muy numerosa en las primeras décadas del siglo XIX. Como en otros lugares de la costa marroquí donde estaban autorizados a residir, los «cristianos» eran pocos y en su mayoría se dedicaban al comercio o trabajaban al servicio de los cónsules extranjeros. Se ha calculado que, en 1811, la población extranjera de Tánger apenas sobrepasaba las 200 personas, cifra que cayó casi a la mitad en 1815, probablemente debido al impacto de las epidemias y hambrunas que tuvieron graves consecuencias para la economía y el comercio de Marruecos¹.

Por otro lado, la presencia de refugiados europeos no era un hecho nuevo en Tánger. El autor del ms. alude (sin dar detalles, como tiene por costumbre), a los «expatriados ultras [que] fueron con humanidad recibidos en el imperio»², es decir, a quienes huyeron de España durante el trienio liberal³. Con anterioridad (en 1796), habían llegado a Tánger franceses que huían de las consecuencias de la Revolución y, luego, prisioneros de guerra de la misma nacionalidad que, durante

¹ MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, págs. 27, y Brown, *Crossing the Strait*, págs. 58-59.

² *Memorable triunfo*, fol. 15v.

³ No he podido encontrar, en los numerosos estudios sobre el exilio español consultados, referencias al de los absolutistas durante esos años en Tánger.

la guerra de la Independencia, fueron llevados a los pontones de Cádiz, de donde escaparon a Marruecos en un número que se ha evaluado en 200⁴.

A estos europeos empujados hacia el sur del Mediterráneo por los avatares históricos de las primeras décadas del siglo XIX, hay que añadir otros refugiados que han dejado una huella más leve en la documentación escrita y cuya trayectoria obedece a motivaciones individuales y alejadas, hasta cierto punto, de las circunstancias político-militares: evadidos de los presidios españoles en Marruecos, contrabandistas, aventureros varios, desertores o fugitivos de la justicia, muchos de ellos españoles, encontraban en Tánger un espacio seguro; no era raro que algunos se convirtieran al islam y se integrasen en la sociedad marroquí, como sucedió en el caso del antes mencionado barón de Ripperdá.

Tras los refugiados franceses de la guerra de la Independencia, la siguiente oleada es la de los liberales españoles en 1823. A finales de ese año, cuenta el autor del ms., hubo entre los que se encontraban en Gibraltar quienes decidieron pasar a Tánger y acogerse a la protección del emperador de Marruecos⁵. En ningún momento indica el anónimo autor el número de los componentes de esta expedición o las circunstancias en que se hizo y, menos aún, los nombres de quienes la integraban. Para ampliar esta parquedad de informaciones es preciso recurrir a otras fuentes, tanto los documentos de archivo utilizados por quienes se han ocupado de este tema, como el *Diario de Bendelac*, que contiene muchos datos al respecto.

⁴ MIÈGE, «Les réfugiés politiques à Tanger», págs. 131-133, y *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 26 (donde eleva su número a 300). El destino de los prisioneros franceses de la batalla de Bailén, encerrados en los pontones de Cádiz y llevados más tarde a la isla de Cabrera, se reconstruye en la novela *Les prisonniers de Cabrera. L'exil forcé des soldats de Napoleon*, de MICHEL PEYRAMAURE, París, 2009. Véase también POSAC MON, «Proyección en Marruecos de la guerra de la Independencia (1808-1814)».

⁵ *Memorable triunfo*, fol. 15v.

No hay constancia exacta de cuál fue el número total de los liberales españoles refugiados en Tánger. Miège los calcula en unos 70⁶; por su parte, Lourido afirma que en los tres o cuatro últimos meses de 1823 llegaron a Tánger cerca de 150 «constitucionalistas», de manera que los europeos de Tánger llegaron a ser entonces 240⁷. Se conocen los nombres de una parte de estos refugiados, recuperados a través de la correspondencia de los cónsules y el *Diario* de Bendelac⁸; del resto, en número que, como se puede observar, no cabe calibrar con precisión, muy poco se sabe, aunque el mismo Bendelac, en sus cuidadosas anotaciones cotidianas, deja constancia de algunas de sus idas y venidas.

La primera mención que hace Bendelac de la llegada de refugiados liberales corresponde al 31 de octubre de 1823, cuando arribó a Tánger una faluca inglesa procedente de Cádiz, de la cual desembarcaron cuatro pasajeros portugueses, un español y su mujer, todos «constitucionales»⁹. Las cosas se precipitaron en los primeros días de noviembre, cuando el cónsul español (Cenón de Orué) escribió al sultán el 9 de ese mes, para solicitarle que autorizase la estancia de los españoles que estaban llegando a Tánger a la espera de que la

⁶ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 235.

⁷ LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», págs. 178 y 180. POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», no se pronuncia al respecto, aunque cita la lista de los diez considerados más peligrosos por el gobierno absolutista (páginas 234-235).

⁸ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 234. Esta lista elaborada por MIÈGE incluye los nombres de algunos no españoles que participaron en la guerra contra la invasión francesa de 1823 (bien identificados por su trayectoria anterior) o de residentes en Tánger, como el cónsul Orué y un tal Ysquierdo, que se unieron a los refugiados liberales llegados de España. Añade además MIÈGE otros nombres que denotan un origen probablemente italiano o francés, y que hacen elevar su lista hasta los 35; en total, los nombres que pueden catalogarse como españoles no pasan de los 26.

⁹ *Journal de Bendelac*, pág. 207. Así reza la anotación de esa fecha, pero sólo el 6 de noviembre, el cónsul español, según Bendelac (pág. 208), pidió autorización al bajá de Tetuán para que desembarcaran en Tánger este refugiado y su esposa, comprometiéndose a que abandonarían la ciudad en el plazo de dos semanas.

situación en España se estabilizase¹⁰. Es posible que fuera por estas fechas cuando llegara a Tánger el autor del ms., junto con otros huidos que trataban de escapar de la amenaza absolutista tras la rendición de Cádiz a principios de octubre y que habían recalado primero en Gibraltar¹¹. La respuesta del sultán, autorizando que las familias que se refugiaron en sus dominios pudieran quedarse allí hasta la resolución de los problemas españoles, fue, según Bendelac, muy rápida¹²; sin embargo, y como se verá más adelante, otras fuentes manifiestan cierta indecisión al respecto por parte de las autoridades marroquíes. Cuando el 6 de enero de 1824 llega un barco desde Gibraltar con seis pasajeros, dos ingleses y cuatro españoles constitucionales que pretenden instalarse en Tánger, el administrador de la aduana ‘Abd al-Raḥmān ‘Aš‘āš no les permite hacerlo sin el permiso del sultán¹³; esta escueta referencia del *Diario* de Bendelac parece indicar que era necesaria una autorización expresa del majzén para la acogida de los refugiados¹⁴.

La situación debió de normalizarse pronto, no obstante, porque la llegada de otros refugiados no se interrumpió, aunque sólo se señalen,

¹⁰ *Journal de Bendelac*, pág. 210.

¹¹ SIMAL, *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, pág. 191.

¹² *Journal de Bendelac*, pág. 210.

¹³ *Ibidem*, pág. 239. El personaje marroquí a que se refiere BENDELAC pertenecía a la familia tetuaní de los ‘Aš‘āš, que dieron una serie de gobernadores y altos funcionarios a la administración marroquí. Este ‘Abd al-Raḥmān fue depuesto de su cargo poco después y el 5 de febrero de 1824 salió hacia Tetuán para retornar a la vida privada, por orden del sultán (*Journal de Bendelac*, pág. 244). Según BENDELAC, el mismo administrador de la aduana había participado en una importante reunión en la alcazaba con el bajá y los cónsules europeos, que tuvo lugar el 21 de noviembre de 1823 (*ibidem*, pág. 215). SCHROETER (*The Sultan's Jew*, pág. 105, donde llama Muḥammad al administrador de la aduana) explica el contenido de esta reunión, en la que se informó del nombramiento de Meir Macnin como embajador del sultán ante las potencias europeas, así como de otros privilegios comerciales que se le concedían. Véase más adelante lo relativo a este importante personaje judío en el Marruecos de esos años.

¹⁴ Más datos sobre la familia ‘Aš‘āš, uno de cuyos miembros era gobernador de Mogador/Essaouira en 1826, en BUFFA, *Travels through the Empire of Morocco*, pág. 23, y BEAULIER, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 228. Véase asimismo MIÈGE, BENABOUD y ERZINI, *Tétouan, ville andalouse marocaine*, pág. 77.

en las fuentes disponibles, las de quienes tenían cierta notoriedad. En agosto de 1823 llegó a Tánger José Moreno de Guerra¹⁵. También está documentada la fecha de llegada del coronel Francisco Valdés (lámina VIII) y algunos miembros de la fracasada expedición constitucionalista contra Tarifa: según Bendelac, el 20 de agosto de 1824 arribó a Tánger una barca de contrabandistas de Gibraltar en la que viajaban Valdés y 11 de los oficiales que habían escapado de Tarifa¹⁶.

Esta expedición, bien conocida y estudiada hoy en día, causó gran alarma en España¹⁷. La represión contra los liberales derrotados se agudizó y se promulgaron nuevas leyes destinadas a cortar de raíz cualquier intento futuro de rebelión en la Península¹⁸. Valdés había

¹⁵ GIL NOVALES, *Diccionario biográfico*, II, pág. 2086. POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 232, basándose en Pío Baroja (*Memorias de un hombre de acción. Los contrastes de la vida*, pág. 76) da la fecha de la primavera de 1824. Pero la credibilidad histórica de los textos narrativos de Baroja es muy relativa, como ya hizo notar el propio GIL NOVALES, *Las sociedades patrióticas (1820-1823). Las libertades de expresión y de reunión en el origen de los partidos políticos*, I, pág. XVI.

¹⁶ *Journal de Bendelac*, pág. 289. Con anterioridad (3 de agosto, pág. 283), Bendelac había anotado la llegada desde Gibraltar de la faluca del patrón Atalaya, con las noticias del inicio de la expedición de Valdés contra Tarifa. El número de los que llegaron con Valdés oscila en los estudios contemporáneos. MIÈGE («Les réfugiés politiques à Tanger», pág. 136), se refiere a los 24 seguidores de Valdés que lo acompañaban; CASTELLS (*La utopía insurreccional del liberalismo. Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*, pág. 99) afirma que Valdés logró escapar de Tarifa con otros cincuenta y llegar con ellos a Tánger. Lourido, que sigue fielmente a Bendelac, se limita a mencionar la cifra que se ha aceptado aquí (LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», pág. 181). El 23 de agosto, el cónsul portugués, Jorge José Colaço, informaba a su gobierno de la expedición contra Tarifa y la llegada de los emigrados (AL-MANŞŪRĪ, *Al-^cAlāqāt al-magribiyya al-burtugāliyya*, II, página 354, n.º 15).

¹⁷ Véase el testimonio de uno de los militares que participaron en ella, MARIANO LINARES, *Manifiesto de las operaciones militares en la plaza de Tarifa en el mes de agosto de 1824*. Entre la bibliografía moderna, POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», páginas 232-233, e IDEM, «Dos versiones contradictorias sobre el ataque del coronel Francisco Valdés a Tarifa», en 1824; SÁNCHEZ MANTERO, «Los refugiados políticos», págs. 38-39; CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo*, págs. 84 y sigs; GARCÍA LEÓN, «Gibraltar y la causa liberal española durante el reinado de Fernando VII», págs. 73-75; GIL NOVALES, *Diccionario biográfico*, III, págs. 3085-3086.

¹⁸ SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, pág. 265.

salido de Gibraltar, donde se había refugiado como otros muchos militares. Al frente de un grupo relativamente numeroso de voluntarios consiguió apoderarse momentáneamente de Tarifa el 3 de agosto de 1824¹⁹. La reacción del ejército francés de ocupación y las tropas españolas bajo el mando de José O'Donnell dio pronto al traste con una operación que desde su inicio estaba destinada al fracaso²⁰. Ello no impidió que se organizaran otras muy semejantes –y abocadas al mismo fin– en las costas del sur y levante peninsulares, siguiendo un esquema insurreccional bien identificado por Irene Castells. Entre ellas, cabe destacar la dirigida contra Marbella por el italiano Marconchini el mismo año de 1824, como lo fue la de Pablo Iglesias en Almería o, algo más tarde, la de los hermanos Fernández Bazán en la costa alicantina en 1826. A todas ellas hay referencias en el ms.²¹.

Se trata de alusiones no siempre muy explícitas; el nombre de Valdés o el de Iglesias, por ejemplo, no se mencionan expresamente. Pero se detecta sin dificultad la conmoción que produjo la llegada de los «prófugos» de las expediciones «de Málaga, Marbella y Almería»²². El autor del ms. refleja con precisión y algo de inevitable retórica las esperanzas a que había dado lugar la toma de Tarifa, tanto como

¹⁹ BENDELAC da un número exagerado, que cifra en 600 (*Journal de Bendelac*, pág. 283); más probable es que se acercase a los 60.

²⁰ El autor del ms. se refiere a O'Donnell como «bárbaro extranjero (...) que debiera haber expiado sus crímenes en infame patíbulo» (*Memorable triunfo*, fol. 21v). José O'Donnell (1768-1836), hermano del capitán general de Andalucía Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, era en ese momento comandante del Campo de Gibraltar. Los liberales que no pudieron escapar a Marruecos, tras la toma de Tarifa, fueron llevados a Algeciras y ejecutados tras un juicio sumarísimo. Véanse GARCÍA LEÓN, «Gibraltar y la causa liberal española durante el reinado de Fernando VII», págs. 73-74, y BERNAD MORALES, «Francisco Valdés: notas para la biografía de un revolucionario romántico mostoleño», *Actas del Cuarto Congreso del Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid «Jiménez de Gregorio»*, www.franciscobernad.es (consultado 13 julio 2017).

²¹ CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo*, págs. 28-29 y 64. No se mencionan aquí las expediciones posteriores (la más famosa de las cuales fue la de Torrijos en 1831) por sobrepasar el marco cronológico de la redacción del ms.

²² *Memorable triunfo*, fol. 2r.

el fundado temor a su desastre final, subrayado por el sonido de los cañonazos que llegaban desde allí a la cercana Tánger, donde los refugiados de primera hora aguardaban ansiosos el desenlace de la temeraria operación militar²³.

Los que pudieron huir de Tarifa fueron el coronel Valdés y, entre otros, dos de sus oficiales más destacados, Mariano Linares y Rafael Frías²⁴. Ninguno de estos nombres se menciona en el ms.; tampoco lo es el de Marconchini²⁵. En cambio, sí aparece el de un personaje secundario pero fundamental en la huida desde Tarifa: el patrón Borrasca, al que el autor del ms. se refiere como «perteneciente a las expediciones de Tarifa y Almería»²⁶ y que fue quien trasladó a los fugados hasta Tánger²⁷.

No parece que fuera fácil la incorporación de estos refugiados al asilo brindado por las autoridades marroquíes a quienes los habían precedido. Las informaciones de Bendelac y del autor del ms. coinciden plenamente: a los recién llegados no se les admitió de inmediato y fue gracias a las gestiones de un patriota (¿alusión al propio autor del ms.?), al compromiso del cónsul Orué y a la protección que les ofreció el cónsul norteamericano como se consiguió finalmente que el bajá de Tánger les autorizara a residir en la ciudad²⁸.

²³ *Ibidem*, fols. 20v-21r.

²⁴ SÁNCHEZ MANTERO, «Los refugiados políticos».

²⁵ MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 136, lo cita como «Menconchino».

²⁶ *Memorable triunfo*, fol. 22r.

²⁷ FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 46, da el nombre de este personaje como Francisco Cubello y afirma que era considerado en Gibraltar como uno de los revolucionarios «más exaltados, perjudiciales y temibles». Como Francisco Cubells es citado por GARCÍA CAMPRA, «Pablo Iglesias González», *Diccionario Biográfico de Almería*, <http://www.dipalme.org/Servicios/IEA/edba.nsf/xlecturabiografias.xsp?ref=244> (consultado 13 julio 2017) y por GIL NOVALES, *Diccionario biográfico*, I, pág. 823.

²⁸ *Memorable triunfo*, fol. 20r. El autor del ms. alaba la buena predisposición del bajá de Tánger hacia los refugiados, en línea con su glorificación del personaje; BENDELAC, por su parte, observa que el bajá sólo los admitió tras el ofrecimiento de Mullowny, el cónsul norteamericano (*Journal de Bendelac*, pág. 278). MIÈGE, en nota a esta entrada del *Diario*, explica la actitud de Mullowny por interés crematístico, ya que tenía negocios con los liberales, y

Aunque se tratará luego de esta cuestión, no está de más observar ahora cómo la afluencia de refugiados liberales a Tánger estaba sometida a una cierta oscilación en la postura de las autoridades marroquíes o, al menos, a una indecisión a la hora de admitirlos. Ello no obsta para que siguieran llegando, tal como registra Bendelac en su *Diario*: el 21 de agosto, un día después de haberlo hecho el barco que traía a Valdés, arribó a Tánger una faluca con otros cinco liberales; el 22 de agosto, otra faluca que naufragó cerca del cabo Espartel traía a 21 «cristianos» huidos de Tarifa²⁹. En total, por tanto, habrían llegado a Tánger 38 escapados de la malhadada expedición.

Una empresa igualmente desastrosa contra una ciudad costera andaluza fue la de Almería, que se había confiado a Pablo Iglesias González. La mayor parte de quienes participaron en ella, incluido el propio Iglesias, fueron ejecutados pocos días después del fracaso de su aventura³⁰. Los que pudieron escapar se refugiaron en Gibraltar. El 19 de octubre de 1824 llegó a Tánger desde Gibraltar Francisco Delgado, que había sido segundo de Iglesias en Almería; lo acompañaban, según Bendelac, otros dos liberales españoles³¹. Poco después, el 22 de octubre, registra Bendelac la llegada de Marconchini con otro refugiado³². A partir de estas fechas, el *Diario* del vicecónsul holandés no vuelve a mencionar llegadas de refugiados españoles, aunque sí sus salidas.

Éstas se produjeron a partir de 1825. El seis de enero de ese año, el cónsul portugués informaba a su gobierno que quedaban en Tánger

por su enemistad con el cónsul francés, pero no documenta la primera de estas afirmaciones. Véase también LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», pág. 180. CASTELLS (*La utopía insurreccional del liberalismo*, pág. 99) dice que fue el cónsul británico quien ofreció protección a Valdés y sus acompañantes.

²⁹ *Journal de Bendelac*, págs. 290-291.

³⁰ GARCÍA CAMPRA, «Pablo Iglesias González».

³¹ *Journal de Bendelac*, pág. 308.

³² *Ibidem*, pág. 309. Según MIÈGE, en nota a esta información de Bendelac, el acompañante de Marconchini era el militar Miguel López Baños (1789-1861), que había sido capitán general de Navarra en 1821 y ministro de la Guerra en 1822. Véase GIL NOVALES, *Diccionario biográfico*, II, págs. 1744-1745.

unos veinte liberales emigrados, sin contar a algunas mujeres y niños. En ese número Colaço cita expresamente a Valdés, López Baños, Marconchini y al excónsul Orué³³. Más adelante, Bendelac señala que el 1 de abril de ese año el coronel Valdés y dos de los oficiales que con él se hallaban en el consulado británico, Mariano Linares y Rafael Frías, con los que había llegado a Tánger, aprovecharon la oscuridad de la noche para huir en barco. Valdés consiguió alcanzar Inglaterra, mientras que sus dos compañeros se dirigieron hacia Buenos Aires³⁴. En septiembre de 1825, anota Bendelac la salida de López Baños hacia Gibraltar, en un místico de contrabandistas³⁵; entradas posteriores de su *Diario* se refieren a la salida de dos liberales (uno de ellos llamado Rafael) el 14 de noviembre y a la de Francisco Delgado el 11 de diciembre, esta vez en un balandro inglés³⁶.

Es posible que el autor del ms. aluda a la fuga de Delgado, aunque no lo menciona por su nombre. Bendelac da más detalles: al tener noticia de su salida, el cónsul español (entonces Alejandro Briarly) envió al intérprete del consulado para que interceptara el barco en el que viajaba Delgado, de manera que éste tuvo que desembarcar en Tánger; enterado el bajá de los hechos, hizo encarcelar al jefe de la guardia del puerto que había permitido la acción del intérprete consular³⁷. El autor del ms., por su parte, afirma que el bajá había autorizado el viaje de un innominado liberal español que deseaba reunirse en Gibraltar con su familia, pero que el cónsul observó

³³ AL-MANŠŪRĪ, *Al-ʿAlāqāt al-magribiyya al-burtugāliyya*, II, pág. 363, n.º 1.

³⁴ *Journal de Bendelac*, pág. 355 y n. 68. En la edición/traducción de MIÈGE, se menciona a los dos oficiales que escaparon con Valdés como «don Trias» y «don Linarès». Tras intentar desembarcar en Gibraltar, lo que no les fue permitido, Valdés tuvo que esperar a conseguir pasaje para Inglaterra (SÁNCHEZ MANTERO, «Los refugiados políticos», págs. 38-39). Véase POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 239 (donde se señala también la salida de Merconchini, su esposa y su hijo, en mayo). Sobre la actuación de Valdés tras su salida de Tánger, LLORENS, *Liberales y románticos*, págs. 121-131.

³⁵ *Journal de Bendelac*, pág. 392. López Baños hizo el viaje con un tal «Don Jaymes».

³⁶ *Ibidem*, págs. 404 y 410.

³⁷ *Ibidem*, pág. 410.

desde la azotea de su residencia la maniobra de salida del refugiado y ordenó su persecución. Como consecuencia, el liberal tuvo que volver a Tánger –de donde no debía de haberse alejado mucho–, pero el bajá lo hizo llevar a su presencia y, advertido de lo sucedido, reconvino al cónsul por su acción³⁸. Las coincidencias de este relato, más amplio que el de Bendelac y que aquí se ha resumido mucho, aunque sin precisiones cronológicas ni de otro tipo, con el del vicecónsul holandés hacen pensar que se refieren al mismo caso, el de Francisco Delgado. Finalmente, y según Bendelac, éste pudo abandonar Tánger pocos días después de su fallida aventura, trasladándose por tierra con otros tres viajeros ingleses a Tetuán, donde terminaría por embarcar hacia Gibraltar³⁹.

Las noticias sobre salidas de Tánger en el *Diario* de Bendelac continúan, más espaciadamente, en fechas sucesivas: el 17 de diciembre lo hizo un tal Benuya, en una barca sarda⁴⁰; más tarde, en febrero de 1826, abandonaron la ciudad otros exiliados. Francisco López lo hizo en dirección a Gibraltar en una faluca inglesa; el mismo día salió, según Bendelac, José Moreno de Guerra, en un barco inglés que iba a Londres⁴¹. Debió de ser por esas fechas, como ya se ha señalado, cuando el autor del ms. abandonó Tánger.

Este goteo de salidas, controladas o consentidas por las autoridades marroquíes, se señala en el *Diario* del vicecónsul holandés sobre todo cuando se trata de personas que habían tenido un papel relevante en la emigración española en Tánger. Junto a ellas, es indudable que dejaron la ciudad muchos otros cuyos nombres no se han conser-

³⁸ *Memorable triunfo*, fol. 114r.

³⁹ *Journal de Bendelac*, pág. 412. No obstante, la misma fuente (pág. 421) afirma que el 5 de febrero de 1826, un bergantín inglés salió de Tánger llevando entre otros personajes a Francisco Delgado. Esta última fecha y circunstancia son las que proporciona también POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 241.

⁴⁰ *Ibidem.*, pág. 411. Es la única mención que he encontrado de este personaje, cuyo apellido puede haber sido deformado en el texto de Bendelac, como sucede con otros más reconocibles.

⁴¹ *Ibidem*, pág. 425.

vado o incluso aquéllos de los que sólo se conoce ese dato y que han dejado únicamente esa leve huella en los textos que se ocupan de la emigración liberal en Tánger. En cualquier caso, parece evidente que entre los últimos meses de 1825 y los primeros de 1826 la colonia de exiliados españoles redujo considerablemente su número.

Hubo alguna notable excepción. Francisco Fernández Golfín dejó Tánger el 9 de octubre de 1826 en una faluca inglesa que transportaba a otros seis pasajeros de esa nacionalidad y que, según Bendelac, habían estado visitando Tánger⁴². Golfín había sido una de las figuras más señaladas de la emigración tangerina, junto al coronel Valdés o Moreno de Guerra, aunque el ms. no lo menciona y ni siquiera alude a él. Golfín volvió después en varias ocasiones a Tánger y participó en las actividades de los exiliados liberales en contra del régimen absolutista de Fernando VII; finalmente, murió fusilado como miembro de la fallida expedición de Torrijos en 1831⁴³.

Otros exiliados permanecieron aún más tiempo en Tánger, como sucedió con el médico Gaspar Mateos, cuya presencia está atestiguada en Tánger en 1835, y con Bernardo de Borja Tarriús (1778-1848) y Francisco Soria, que esperaron para volver a España a la amnistía de 1833⁴⁴. Ambos habrían pasado, por tanto, unos diez años en Tánger,

⁴² *Ibidem*, pág. 455. FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín, los años del exilio (1823-1831)», pág. 48.

⁴³ GIL NOVALES, *Diccionario biográfico*, I, pág. 1061; FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín, los años del exilio (1823-1831)», págs. 76-81, y GARCÍA LEÓN, «Francisco Fernández Golfín», *Diccionario Biográfico Español* (www.rab.dbe.es, consultado 20 mayo 2020).

⁴⁴ Mateos aparece en un despacho del cónsul Beramendi de ese año (Archivo Histórico Nacional, Estado leg. 5825, Antonio de Beramendi a Francisco Martínez de la Rosa, 4 de marzo de 1835; agradezco este dato a Eloy Martín Corrales); sobre Borja Tarriús y Soria, véase *Journal de Bendelac*, pág. 425, n. 23; MIÈGE, *ibidem*, pág. 234, afirma que Francisco Soria era exministro del gobierno español, pero no aparece registrado por URQUIJO GOITIA, *Diccionario biográfico de los ministros españoles en la Edad Contemporánea (1808-2000)*, www.humanidades.cchs.csic.es/ib/paginas/jrug/diccionario/ministros/index.htm (consultado 14 septiembre 2017), donde sí está incluido Borja Tarriús, como vicepresidente de la Junta Provisional Gubernativa en 1820. Ya se ha visto que Pío Baroja se ocupa de este liberal en su obra literaria, presentándolo como amigo de Aviraneta, quien lo describe como hombre sapientísimo, masón, cuyo carácter

periodo de una duración verdaderamente excepcional, y que hace suponer que encontrarían allí medios de subsistencia suficientes para no verse precisados a huir hacia Inglaterra, como hicieron la mayor parte de quienes abandonaron el puerto marroquí en años anteriores, y también un ambiente que les resultara acogedor. La descripción que hace Baroja del carácter de Borja Tarriús, si es que responde a la realidad, explicaría su decisión de permanecer en Tánger: se trataría de una persona de recursos intelectuales muy diversos y de una gran capacidad de adaptación al medio. Como luego se verá, Borja Tarriús fue contratado por el cónsul de Suecia como profesor de sus hijos, circunstancia a la que alude el autor del ms. al hacer constar, al final de su texto, que a dos de los tres emigrados que permanecieron en Tánger les sostenía «la notoria beneficencia del cónsul sueco con dos jóvenes»⁴⁵. En cuanto a Francisco Soria, nada se sabe de su perfil humano, pero cabe recordar que en Marruecos encontraron acogida, en el siglo XIX, muchos españoles que huían de la miseria económica, el ejército, el penal o la persecución política, integrándose en la sociedad marroquí con menos dificultades de las que se podrían imaginar.

Esta aproximación al número y permanencia en Marruecos de los exiliados liberales no estaría completa si no se dedicase cierta atención a algunos liberales extranjeros que se incorporaron a la lucha hispana contra el absolutismo fernandino. De los tres más conocidos, Antonio Marconchini, Frédéric Guillaume de Vaudoncourt y Claude-François Cugnet de Montarlot, sólo este último es mencionado en el ms. De Marconchini⁴⁶, teniente coronel italiano, se conoce una expresiva semblanza procedente de un informe policial francés, según el cual se trataba, en 1830, de

e intereses son en todo opuestos a los de Moreno de Guerra (BAROJA, «El niño de Baza», en *Los contrastes de la vida*, págs. 75-76). Véase GIL NOVALES, *Diccionario biográfico*, I, pág. 456.

⁴⁵ *Memorable triunfo*, fols. 125v-126r.

⁴⁶ En MIÈGE, «Les réfugiés politiques à Tanger», pág. 136, aparece citado como «Mencincino».

«un hombre de cincuenta y cinco a sesenta años; moreno, de tez muy colorada, cinco pies y siete pulgadas, aspecto extranjero, serio, de una exaltación delirante; no sabe más que algunas palabras de francés; su valor le ha hecho llamar *el terror de los realistas* españoles. Salvaje, lamenta no haber perdido la vida en España»⁴⁷.

Marconchini había participado en las acciones militares contra la expedición francesa en España de 1823 y, con posterioridad, en la realizada contra Marbella en 1824, como se ha apuntado antes. En septiembre de 1825, informes diplomáticos españoles comunicaban sus planes de invasión de Galicia a partir de Portugal⁴⁸.

Frédéric Guillaume de Vaudoncourt (1772-1845)⁴⁹, general del imperio francés de Napoleón I, tras su participación en la breve revolución italiana del Piamonte en 1821 pasó a España, donde mantuvo relación con Rafael del Riego, al que al parecer previno contra los planes de su compatriota Cugnet, que pretendía organizar un ataque contra Francia desde el norte de España. Lo que interesa aquí de Vaudoncourt es, no sólo su desconfianza hacia Cugnet, sino que mantuvo estrecha relación con Moreno de Guerra, muy presente, como se ha ido viendo, en el círculo de los emigrados descrito por el autor del ms.⁵⁰ Vaudoncourt, como otros militares de su época, fue autor de varias obras de historia militar, a las que debe añadirse una colección de cartas sobre su experiencia en la España del trienio liberal⁵¹.

⁴⁷ NÚÑEZ DE ARENAS, «Españoles fuera de España. La expedición de Vera en 1830 (según documentos inéditos de Policía)», pág. 653.

⁴⁸ HUGO, *Histoire de la Campagne d'Espagne en 1823*, II, págs. 145 y sigs.; CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo*, pág. 64; SIMAL, *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, págs. 313 y 347. Bendelac registra en su *Diario* (pág. 309) la llegada a Tánger desde Gibraltar de Marconchini el 22 de octubre de 1824 y, más adelante (pág. 321), un viaje suyo a Rabat en compañía de Valdés, sobre cuyas motivaciones no da información.

⁴⁹ MIÈGE lo cita como «Vaudincourt» («Les réfugiés politiques à Tanger», pág. 136).

⁵⁰ Sobre Vaudoncourt, GIL NOVALES, *Diccionario biográfico*, III, pág. 3123, y SIMAL, *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, págs. 155-156.

⁵¹ *Letters on the Internal Political State of Spain during the Years 1821, 22 & 23, Extracted from the Private Correspondence of the Author by GGDV*. Curiosamente, no se conserva ejemplar alguno de esta obra en la Biblioteca Nacional de Francia, aunque sí en la de España.

El autor del ms., que no se ocupa de estos dos personajes, a pesar de haber compartido con ellos algún tiempo de su exilio, sí menciona varias veces a Cugnet de Montarlot; en todas ellas, anteceden a su apellido los calificativos de «infeliz» o «desgraciado»⁵², en alusión a su trágica muerte y, posiblemente, como expresión de simpatía hacia sus ideas.

Claude-François Cugnet (1778-1824) es un personaje relativamente bien conocido de la historiografía sobre la revolución francesa y la lucha contra los absolutismos europeos⁵³. Interesa destacar aquí, sobre todo, sus relaciones con los liberales españoles y otros grupos como los comuneros, tanto durante el trienio liberal como durante el exilio en Tánger. Militar en los ejércitos de la República francesa y bien introducido en la masonería, Cugnet (que añadió a su nombre el de la pequeña ciudad donde había nacido, Montarlot les Champlitte) se refugió en España huyendo de la persecución política de su país en 1820. Durante el periodo del trienio liberal mantuvo una actividad política notable: intentó, como se ha visto, propiciar una invasión de Francia desde las regiones pirenaicas; entró en contacto estrecho con Rafael del Riego, entonces capitán general de Aragón, y trabajó relaciones con grupos de liberales entre los que se contaba Manuel Bertrán de Lis, otro de los escasos nombres propios mencionados por el autor del ms⁵⁴.

⁵² *Memorable triunfo*, fols. 21v, 98v y 123v.

⁵³ El estudio más completo sobre su vida y sus ideas es el de NAGY, «Un conspirateur républicain-démocrate sous la restauration: Claude-François Cugnet de Montarlot. Origine de l'élaboration d'une culture révolutionnaire». Véanse también CAILLÉ, *Le consulat de Tanger (des origines à 1830)*, pág. 102; CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo*, págs. 89-90; SIMAL, *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, pág. 419; FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», págs. 26-27 y 30-32, y SIMAL, *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, pág. 156.

⁵⁴ Miembro de una importante familia valenciana, Manuel Bertrán de Lis perteneció a la sociedad comunera de la Santa Hermandad. Refugiado en Gibraltar, pasó a Inglaterra en 1826 (CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo*, pág. 79, n. 3 y págs. 89-90; SÁNCHEZ MANTERO, «Gibraltar, refugio de liberales exiliados», pág. 92; SIMAL, *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, pág. 191). Hay quien afirma que Bertrán de Lis mantuvo con-

Cugnet de Montarlot, refugiado en Tánger, continuó desde allí su actividad en pro de superar las divisiones entre masones, comuneros y otros grupos antiabsolutistas, con la fundación de la sociedad secreta de la orden del Sol, que pasó luego a llamarse «Légion de la Liberté Européenne, ordre du Soleil», con la cual pretendía crear una «Santa Alianza de los pueblos». De inspiración vagamente cristiana y mística, el utopismo revolucionario característico de ese periodo, tan filantrópico como político, hizo de Cugnet una figura de gran atractivo, pero de escasa influencia real. Desde Tánger participó en los preparativos para las expediciones contra Tarifa y Almería, uniéndose a esta última. Tras la derrota de las fuerzas liberales, Cugnet y otros treinta miembros del grupo expedicionario fueron fusilados el 24 de agosto de 1824.

No es de extrañar que la personalidad de Cugnet atrajera la atención de Pío Baroja, para quien se trataba de un «francés aparatoso que creía que todas las cosas se resuelven con frases oportunas y atrevidas. Era valiente, declamador y entusiasta de la libertad y de la gloria. Le gustaba repetir en sus discursos esta frase: *Ubi Libertas ibi Patria* (donde está la Libertad está la Patria)»⁵⁵. Describe asimismo Baroja sus lazos con revolucionarios españoles, su propósito de formar una liga de los pueblos contra el despotismo, su creación de sociedades secretas y, finalmente, su presencia en España y en Tánger, así como su trágico final y el de muchos de sus compañeros del ataque a Tarifa y Almería. Por encima de la novelada reconstrucción histórica, lo

tactos con los colombianos para llevar a cabo acciones de corso contra España; véase SERRANO MANGAS, «La armada española frente a la oleada de corsarios colombianos de 1826», y GÁMEZ DUARTE, *Del uno al otro confín. España y la lucha contra el corso insurgente hispanoamericano (1812-1828)*, pág. 287. Sobre la familia Bertrán de Lis en Madrid y Valencia y sus conexiones con el liberalismo, PÉREZ GARZÓN, *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño*, págs. 225-232, y RAMÍREZ ALEDÓN, «El compromiso valenciano con el liberalismo. Entre la defensa del orden constitucional y los «intereses materiales» (1808-1874)». Véanse también RUIZ JIMÉNEZ, *El liberalismo exaltado. La Confederación de comuneros españoles durante el trienio liberal*, y GIL NOVALES, *Diccionario biográfico*, I, pág. 407.

⁵⁵ BAROJA, *Memorias de un hombre de acción. Los caminos del mundo*, págs. 171-172.

que sobresale en el retrato barojiano de Cugnet es su caracterización como revolucionario exaltado, dispuesto a usar de cualquier medio para conseguir su objetivo: destruir el «Trono y el Altar» y levantar contra ellos a los pueblos de Europa. Todo ello realza una imagen de sacrificio por un ideal que se trasluce en las lamentaciones del autor del ms. por su triste y desgraciado final.

La huella de estos personajes extranjeros en el texto del ms., sin ser sobresaliente, apunta hacia el carácter internacionalista del liberalismo europeo de la época, en el que confluyen movimientos de lucha contra el despotismo personificado en la Santa Alianza, porosidad de las sociedades secretas o utopías que trascienden los límites de los nacionalismos emergentes⁵⁶. Como sucedería poco más de un siglo después, durante la Guerra Civil española, italianos, portugueses o franceses acudieron a España, convertida en refugio del ideal liberal que había que defender de la agresión extranjera, apoyada en los reaccionarios locales. El autor del ms., consciente de que el triunfo de los Cien Mil Hijos de San Luis no afectaba únicamente a España –como tampoco lo sería la derrota de la II República– sitúa su relato en un contexto europeo se muestra, en líneas generales y en esos años, claramente contrario a los ideales del liberalismo. El ms., como luego se verá, añade el territorio americano al espacio de libertades en lucha contra el absolutismo y, en un alarde de optimismo histórico, se dirige al reinante Jorge IV de Inglaterra para proponerle una alianza hispano-anglo-portuguesa creadora de un nuevo orden dispuesto a ocupar y liberar los territorios africanos sometidos al más duro despotismo...⁵⁷

El conjunto de los exiliados liberales reflejado por el autor del ms. es, como se ha indicado anteriormente, mucho más un retrato

⁵⁶ SIMAL, «Exilio y liberalismo internacional, 1814-1833. Una propuesta de interpretación», *Seminario de investigación. Departamento de Historia Contemporánea (UCM)* 29 de marzo 2011 (https://www.ucm.es/data/cont/media/ww/pag-13888/juan_luis_simal.pdf) (consultado 28 de julio de 2021)

⁵⁷ *Memorable triunfo*, fols. IIIV-III2r.

colectivo que una presentación de individualidades. Tan sólo se mencionan, de forma expresa, dos nombres propios de entre ese conjunto: el del médico Gaspar Mateos y el de José Moreno de Guerra. De éste, cuyo nombre ya ha aparecido en estas páginas, se ofrecen, por otra parte, diversas e importantes informaciones sobre su actividad en Tánger y sus relaciones personales en la ciudad y en Gibraltar. Se conforma así una imagen personalizada, que añade datos a lo que ya se sabía sobre este personaje, liberal de la «facción» exaltada, político y publicista. Un rápido resumen de la biografía de Moreno de Guerra (1777-¿1826?) lo muestra como un acaudalado propietario cordobés que también se dedica al comercio de vinos y aceites y que en 1818 se refugió por primera vez en Gibraltar huyendo de la persecución absolutista. Su periodo de mayor actividad política coincide con el trienio liberal, durante el cual fue regidor en Cádiz y diputado por Córdoba; al mismo tiempo lleva a cabo una importante labor editorial y publicística, entre la que destaca su *Manifiesto a la nación española* (1822). Como se ha visto más arriba, tras la derrota de las fuerzas constitucionalistas en 1823, consiguió huir a Gibraltar –de nuevo– y de allí, pasar a Tánger. Ese mismo año volvió a Gibraltar y se trasladó a Filadelfia y más tarde a México. Murió, al parecer, en su travesía de vuelta a Inglaterra⁵⁸.

⁵⁸ Véanse GIL NOVALES, *Diccionario biográfico*, II, págs. 2080-2086; POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 231; BLANCO VALDÉS, *Rey, corte y fuerza armada en los orígenes de la España liberal, 1808-1823, index* (sobre su actividad parlamentaria); BEN EL FASSI, «Marruecos y la Gran Colombia», pág. 100; ESPINO JIMÉNEZ, «Prensa y liberalismo radical en el Cádiz de las Cortes: la actividad periodística de José Moreno de Guerra». El dato sobre su muerte en la travesía de Tánger a Liverpool lo da LE BRUN, *Retratos políticos de la revolución de España*, pág. 17, y *Vida de Fernando Séptimo, rey de España*, pág. 341, y así ha sido repetido hasta que GIL NOVALES lo desmintió. LE BRUN se define en las portadas de sus obras como ciudadano de Estados Unidos, intérprete del gobierno de la república de Pensilvania, autor y traductor. Se ha propuesto que LE BRUN fuera un seudónimo utilizado por el periodista, liberal exaltado, Fermín Mejía, exiliado en Estados Unidos (según ROMERA, *Ilustración y literatura en Ciudad Real*, citado por SIMAL, «Fernando VII, “el tirano de España”: liberales exiliados contra la monarquía borbónica», pág. 839).

En el ms., Moreno de Guerra aparece en acción, mostrando a los lectores del texto su habilidad para conquistar voluntades, luchar contra la amenaza de la opresión y hacerse con alianzas poderosas para conseguir sus fines. Se presenta ante las autoridades marroquíes como cónsul de Guatemala en Gibraltar e intenta mostrarles las ventajas que reportaría a Marruecos el reconocimiento de la independencia de las repúblicas americanas y el establecimiento de lazos comerciales con ellas; para el autor del ms., Moreno de Guerra actuaba así «pagando el tributo de la gratitud al gobierno de la nueva patria que lo había adoptado»⁵⁹. Ha de recordarse que ya en 1810 Moreno de Guerra se había manifestado a favor de la independencia de las colonias americanas⁶⁰; en todo caso, su acción en ese sentido en Marruecos tiene repercusiones de otro carácter, que se tratarán más adelante, al hilo del episodio del corsarismo colombiano.

En las páginas dedicadas a Moreno de Guerra, el autor del ms. asume el papel de testigo presencial de los hechos, o, al menos, de quien ha oído de su protagonista un relato fidedigno. Así se explicaría cómo reproduce conversaciones entre Moreno de Guerra y el bajá Ū Mīmūn, en las que éste manifiesta su confianza y apoyo al español en sus tratos políticos y comerciales⁶¹. En ellos tuvo también parte significativa Edward Tripland, comerciante inglés de origen judío establecido en Gibraltar, que figura en varias ocasiones en el relato del ms., donde se le llega a calificar de «benemérito» inglés (también intervino en las negociaciones con los colombianos). No duda el autor del ms. en calificar a Moreno de Guerra de «monstruo de la revolución», aunque tampoco oculta sus deficiencias como conspi-

⁵⁹ *Memorable triunfo*, fol. 106v. Moreno de Guerra había viajado a Centroamérica, donde permaneció unos siete meses (octubre de 1823 — abril de 1824); durante su estancia en las Provincias Unidas de Centroamérica (con capital en Guatemala) consiguió ser nombrado cónsul en Gibraltar; la ciudadanía le sería concedida más adelante (ESPINO JIMÉNEZ, «Prensa y liberalismo radical en el Cádiz de las Cortes», págs. 123-124).

⁶⁰ GIL NOVALES, *Las sociedades patrióticas (1820-1823)*, I, págs. 19-20.

⁶¹ *Memorable triunfo*, fols. 119v y 121v.

rador: dejó al alcance del cónsul de España papeles y documentos importantes que lo comprometían, a él y quizá a otros⁶².

La preponderancia de Moreno de Guerra en el ms. contrasta con el silencio que cubre el resto de los nombres de los refugiados españoles en Tánger; ni siquiera figuras tan destacadas como Valdés aparecen en él, a no ser de refilón y para lamentar el fracaso de su empresa. Quizá habría de explicarse esta ausencia por falta de afinidades políticas –o personales– con algunos de los emigrados más significados. Los lazos que unían al autor del ms. con Moreno de Guerra son, por el contrario, evidentes, y explican la atención que le dedica y que es sólo menor de la que merecen el bajá de Tánger o los cónsules de España y de otros países, que tuvieron un papel decisivo en la peripecia vital de los emigrados liberales.

I. LA VIDA EN TÁNGER DE LOS REFUGIADOS LIBERALES

Uno de los aspectos más notables del texto del ms. es que su autor proporciona una visión desde dentro de lo que fue la vida en Tánger de los refugiados liberales. Hasta ahora, el estudio de esta emigración se había tenido que hacer sobre la base de los informes y correspondencia consulares, tanto de los cónsules españoles como de otros presentes en Tánger en esos años. Si bien esa documentación es imprescindible, un texto como el que aquí se presenta ofrece la posibilidad, descartada naturalmente por los redactores de correspondencia oficial, de adentrarse en la vida cotidiana de los refugiados y de plantear, al hilo de esa información, que no deja de ser escasa, las cuestiones que afectaron a unos refugiados obligados a abandonar brusca y violentamente sus lugares de origen. Muchos de ellos, si no todos, sabían que la vuelta a casa era imposible mientras Fernando VII siguiera reinando y que se exponían a perder la vida si lo intentaban;

⁶² *Ibidem*, fol. 109v.

su exilio carecía de un horizonte próximo de liberación. Como tantos otros refugiados que los habían precedido históricamente, o con los que compartían el tiempo que les tocó vivir, los liberales españoles debieron adaptarse por fuerza a unas sociedades que les eran extrañas y cuya lengua y costumbres no comprendían. Se crearon así, entre ellos, lazos de relación inexistentes hasta entonces en muchos casos, o se reforzaron los que ya existían, de manera que se pudieran encarar las dificultades de la nueva situación con el apoyo mutuo que se prestaban entre sí. Sin embargo, y debido a las características de esta emigración, provocada por razones políticas y una derrota militar, no faltaron tampoco disensiones internas entre los emigrados y ataques entre unos y otros grupos, que reproducían los que habían dividido el panorama político español durante el trienio liberal.

La sensación de inestabilidad e incertidumbre que afecta a los refugiados en sus primeros tiempos de exilio la define muy bien Alcalá Galiano, que hablaba por experiencia propia:

«En la vida del desterrado alternan y se mezclan las penas con las ilusiones, el interés que a todos liga con las pasiones que los desunen hasta llegar a producir entre ellos odios acerbos, y las preocupaciones respecto a lo pasado con las que engendra lo presente, y se preparan para lo futuro»⁶³.

Es quizá esa inquietud por el porvenir –tanto como por el presente– la que juega un papel determinante en la decisión de dejar un testimonio escrito sobre el exilio que conjure sus fantasmas⁶⁴. Así, la motivación principal del autor del ms. es la reivindicación política del liberalismo y, al mismo tiempo, lanzar una serie de duros ataques contra Fernando VII y sus representantes consulares. El texto del ms. ofrece, en ese sentido, la descripción de una batalla –incruenta– contra

⁶³ ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, pág. 362.

⁶⁴ La bibliografía sobre «la literatura del exilio» o «el exilio en la literatura» es enorme y aquí sólo es posible mencionar algún título, como *Exile in Literature*, ed. M.-I. Lagos-Pope; *Écritures de l'exil*, ed. A. Giovannoni, o el volumen monográfico de *Migraciones y Exilios*, 3 (2012), sobre «Exilio e historia literaria».

todos ellos, con su correlato de movimientos tácticos y estratégicos, alianzas, emboscadas y golpes de mano.

A las divisiones internas de los refugiados se refiere el autor del ms. de forma general, cuando atribuye a «los malhadados trabajos de ciertas personas» las disensiones que causaron, entre otras cosas, la derrota de las expediciones contra Tarifa, Marbella y Almería. Considera el autor que la discordia era un «mal añojo, naufragio de los constitucionales»⁶⁵, pero lanza su crítica de una forma muy general, sin hacer ninguna precisión sobre el grupo de los refugiados de Tánger. Tan sólo podría incluirse en esa categoría a uno de ellos, que naturalmente no nombra, al que califica de «liberal vocinglero y servil malvado», que había ganado la amistad del cónsul español Briarly y se paseaba tranquilamente por Cádiz⁶⁶. Es la única defección a la que se refiere el texto, aunque es muy posible que hubiera otras.

De otra clase, pero íntimamente ligada a la idea del abandono del grupo y por tanto de la solidaridad en la que se fundaba, la defección podía tomar la forma de conversión al islam. A los renegados alude el autor del ms. en una ocasión, en la que acusa al cónsul Briarly de sobornar a «famélicos renegados»⁶⁷; claro es que esta frase no implica que se tratase de liberales conversos al islam. Pero otras fuentes indican que así sucedió en más de una ocasión: los documentos de archivo consultados por Miège mencionan la conversión de ocho refugiados de Tarifa el 22 de agosto de 1824 y la de otros seis el 18 de agosto de 1830, así como a un Ángel Pérez, llegado a Marruecos en 1823 y que, tras su conversión, llegó a ejercer como médico de la familia real marroquí⁶⁸. Bendelac también se refiere, en su *Diario*, a la conver-

⁶⁵ *Memorable triunfo*, fol. 20v; véase también fol. 102v.

⁶⁶ *Ibidem*, fols. 94r-v. Podría referirse a un tal Lyons, que aparece en un despacho de Briarly de enero de 1825 como agente del general O'Donnell (POSAC JIMÉNEZ, *Tánger refugio de los liberales*, pág. 237, y FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 38).

⁶⁷ *Memorable triunfo*, fol. 114v.

⁶⁸ Algunos detalles más y la referencia a sus fuentes, en MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, III, pág. 121 y n. 1. En esta misma nota, cita MIÈGE un texto del marqués de Custine, quien refiere

sión de siete (en lugar de ocho) liberales escapados de Tarifa el 22 de agosto de 1824 y cuya faluca naufragó en la costa tangerina; fueron los guardias del cabo Espartel quienes los socorrieron y llevaron a Tánger⁶⁹. Ninguno de estos casos es reflejado por el autor del ms.; tampoco la advertencia que varios refugiados españoles hicieron al cónsul francés, Sourdeau, cuando solicitaron su protección ante la amenaza de ser trasladados a Larache, el 22 de febrero de 1825; si no los acogía en el consulado, se convertirían al islam⁷⁰.

Es probable que los pocos refugiados que huían de la represión absolutista y se convirtieron al islam lo hicieran presionados por sus circunstancias personales o el deseo de asegurarse frente a una eventual entrega a España por parte de las autoridades marroquíes: se trataba de una posibilidad nada lejana y que, en el caso de la emigración de 1823, sólo se conjuró por la intervención decidida del sultán y el bajá de Tánger. En otras circunstancias, los tratados firmados entre España y Marruecos en 1767 y 1799 (y vigentes hasta 1859-1860) preveían que los perseguidos por la justicia española (delincuentes o evadidos de los presidios norteafricanos) que se encontrasen en territorio marroquí serían entregados a los cónsules españoles, a no ser que declarasen su voluntad de convertirse al islam⁷¹.

cómo un informante le había dicho que los constitucionales españoles poblaban de renegados el imperio de Marruecos. Custine trata esa información con muchísimas precauciones, porque proviene de un supuesto conspirador irlandés, en contacto con liberales emigrados en París y Londres, y cuyo carácter le inspira muy poca confianza; sobre esta persona da muy pocos datos, fuera de su apellido, Boyd, y de la referencia al año en que se produce su encuentro, 1831 (CUSTINE, *L'Espagne sous Ferdinand VII*, vol. III, págs. 268-292). Se trata, por tanto, de Robert Boyd (1805-1831), que tras una breve carrera militar dedicó su fortuna y su esfuerzo personal a apoyar la lucha de los liberales españoles contra Fernando VII; fue ejecutado junto al general Torrijos y sus compañeros de expedición en las playas de Málaga el 11 de diciembre de 1831. Su tumba está en el cementerio inglés de Málaga (GRICE-HUTCHINSON, *El cementerio inglés de Málaga y otros estudios*).

⁶⁹ *Journal de Bendelac*, pág. 291.

⁷⁰ *Ibidem*, pág. 340. Sourdeau les aseguró que les protegería y consideraría como franceses mientras estuvieran en su casa.

⁷¹ MARÍN, *Testigos coloniales. Españoles en Marruecos (1860-1956)*, págs. 544-545; en general sobre renegados españoles en el siglo XIX, *ibidem*, págs. 523 y sigs.

El silencio del autor del ms. sobre la conversión al islam de algunos de los liberales refugiados en Tánger puede deberse a la incomodidad cierta que habría producido esta decisión entre el resto de los exiliados; es también posible que quienes la tomaron carecieran de relevancia social y sus acciones no se considerasen dignas de ser plasmadas por escrito. En este sentido, es interesante observar que el texto del ms. contiene referencias a dos famosos renegados, a los que concede un tratamiento muy diferente. El primero, el barón de Ripperdá (1680-1737), es utilizado, como se ha dicho más arriba, en tanto que ejemplo de «la buena fe de los musulmanes en dar hospitalidad y seguro asilo a los desgraciados»⁷²; pero que viviera cómodamente en Tetuán se atribuye tan sólo a esta generosa disposición, sin mencionar la conversión del barón al islam. Del segundo, en cambio, se destaca su condición: el nombre de Antonio Piloti, del que se tratará más adelante, va siempre precedido del epíteto de renegado, cuando no se le llama «apóstata», «pérfido» o «infame». Todo lo cual se explica porque Piloti aparece en el relato del ms. como figura prominente del bando de los enemigos de los liberales; pero la pesada carga semántica del apelativo de «renegado», en el que resuenan la apostasía, la traición y la infamia, no se aplica a quien, como Ripperdá, también había cruzado el umbral identitario de la adscripción religiosa.

A priori, el desconocimiento de la lengua hablada en el país de asilo era uno más, aunque no el menor, de los problemas a los que se enfrentaban refugiados como los que se establecieron en Tánger en 1823. Es también Alcalá Galiano quien describe con agudeza la realidad de esta cuestión:

«Hasta la necesidad de aprender la lengua de los naturales de la tierra donde se vive, grande para quien tiene que estar en perpetuo trato y roce con ellos, se hace mucho menor para gentes que, salvo en unos pocos negocios de la vida, encuentran con quienes comunicar sus pensamientos y afectos en la lengua propia. Así es que, de los emigrados españoles, pocos aprendieron de la lengua inglesa más que algunas voces de ellos no bien pronunciadas; y de

⁷² *Memorable triunfo*, fol. 15v.

estos pocos, los más se ciñeron a aprenderla para la conversación o la lectura de los periódicos»⁷³.

En efecto: la mayoría de los refugiados se relacionaban preferentemente entre sí y no les era muy necesario el conocimiento de la lengua local, en nuestro caso el árabe y sus variantes marroquíes. No parece que el autor del ms. tuviera ni siquiera cierta familiaridad con el breve repertorio de voces que cualquier extranjero llega a dominar si su estancia se alarga y que, en la literatura de viajes por Marruecos, esmaltan a veces la narración con la intención no declarada de ilustrar las capacidades lingüísticas del relator. En cualquier caso, Tánger era ya, a comienzos del siglo XIX, la ciudad más cosmopolita de Marruecos, puesto que era allí donde residían los representantes consulares de los países extranjeros, y desde donde se mantenía un activo comercio y estrechas relaciones con la plaza de Gibraltar y otros puertos mediterráneos o atlánticos. Como consecuencia, el panorama lingüístico tangerino era, a la llegada de los refugiados liberales, de una notable diversidad; entre las varias lenguas utilizadas corrientemente en Tánger, el español tenía un lugar importante, que habría de ampliarse notablemente en tiempos posteriores, con el progresivo incremento de una población emigrante instalada en la ciudad por motivos preferentemente económicos⁷⁴. En el plano lingüístico, por tanto, la adaptación a la nueva sociedad no ofrecía demasiadas dificultades, que en cualquier caso se suavizaban gracias a los intérpretes.

No faltan las alusiones a los truchimanes en el texto del ms., e incluso se identifica por su nombre a algunos de ellos. El más importante, por la repercusión de sus acciones en la vida de los refugiados,

⁷³ ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, pág. 375. El propio Alcalá Galiano manejaba con fluidez el inglés, lo mismo que otro exiliado en Londres de quien se hablará más adelante, José Joaquín de Mora.

⁷⁴ AMZID, *Les traces de la langue espagnole dans le Nord du Maroc, ancienne zone espagnole: le cas de Tanger*, págs. 209-218, da una lista de palabras de origen español en el árabe dialectal de Tánger.

es el franciscano fray Pedro Martín del Rosario (1771-1854), cuya vida se conoce con detalle gracias al estudio de Ramón Lourido⁷⁵. El juicio del autor del ms., muy negativo, sobre su actuación, se considerará más adelante; ahora se tendrá en cuenta su papel como intérprete del consulado de España en Tánger.

Pedro Martín Arjona, en religión Pedro Martín del Rosario, fue enviado a Marruecos, junto con su compañero José Cordero de la Cruz, en 1800; allí debían ambos dedicarse al estudio del árabe, en una escuela que a tal efecto se había creado en la misión franciscana de la ciudad⁷⁶. En ella estudiaron con fray Patricio de la Torre, intérprete del consulado, hasta su vuelta a España en 1804⁷⁷. José Cordero murió joven, pero Pedro Martín amplió notablemente sus conocimientos de árabe y sustituyó a fray Patricio de la Torre como intérprete, al menos a partir de 1806, aunque al parecer, de forma officiosa⁷⁸. En junio de 1822, el entonces cónsul, Cenón de Orué, solicitó del ministro de Estado que se nombrase a fray Pedro vicecónsul, pero este nombramiento no llegó a hacerse realidad⁷⁹. A pesar de ello, la relación entre el franciscano y el consulado fue intensa, y refleja la necesidad que tenían los representantes diplomáticos de contar con intérpretes de confianza si no querían recurrir a los traductores judíos. Fray Pedro se dedicó también a recoger materiales para la redacción de una gramática y un diccionario que no llegaron a publicarse; posi-

⁷⁵ LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos».

⁷⁶ Sobre la presencia de los franciscanos en Marruecos, CASTELLANOS, *Apostolado seráfico en Marruecos*; FERNÁNDEZ ROMERAL, *Los franciscanos en Marruecos*; STACHERA, *Franciscanos y sultanes en Marruecos*, y CASTRILLO LARRIBA, *Los franciscanos y el colonialismo español en Marruecos. José María Lerchundi y Francisco María Cervera (1877-1926)*.

⁷⁷ Véase JUSTEL CALABOZO, *El toledano Patricio de la Torre, monje escurialense, arabista y vice-cónsul en Tánger*, págs. 86 y sigs., donde se aclara que, aunque fue nombrado vicecónsul, nunca llegó a recibir el documento que lo acreditase; hubo un informe del cónsul González Salmón que desaconsejaba ese nombramiento por tratarse de un fraile, que como tal no debía inmiscuirse en asuntos políticos.

⁷⁸ LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», pág. 157.

⁷⁹ *Ibidem*, pág. 169.

blemente las circunstancias de su salida de Tánger, expulsado por el bajá, causaron la pérdida de esos documentos⁸⁰.

A partir de agosto de 1822, según Bendelac, fray Pedro Martín se quedó solo al frente de la misión; el día 9 de ese mes abandonaron Tánger los otros cuatro franciscanos que allí residían⁸¹. Sin embargo, el autor del ms., en una de sus feroces diatribas contra los frailes franciscanos, afirma claramente que había dos en la misión de Tánger durante su estancia en la ciudad⁸². En cualquier caso, es indudable que se había producido una reducción progresiva de los miembros de las misiones franciscanas en las primeras décadas del siglo XIX y el gobierno constitucional había suprimido en 1821 las cantidades que se les destinaban, de manera que la situación de los franciscanos en Tánger se fue haciendo cada vez más precaria.

Los cónsules españoles dispusieron, por tanto, de intérpretes propios de su misma nacionalidad, lo que no ocurría en el caso de las demás representaciones extranjeras en Tánger. De hecho, cuando Jean-Edouard Sourdeau fue nombrado cónsul por Luis XVIII en 1814, solicitó los servicios de fray Pedro Martín para que fuera su intérprete ante el sultán en la ceremonia de su presentación, ya que en esos momentos el consulado francés no tenía intérprete propio⁸³. Fray Pedro tuvo un papel relevante en las relaciones entre los cónsules español y francés, tanto como entre el cónsul español y los gobernadores de Tánger, ejerciendo un papel no sólo religioso, como correspondía a su condición, sino también diplomático. Contra esta doble función se pronuncia en términos muy duros el autor del ms.,

⁸⁰ Sobre los papeles de Pedro Martín del Rosario (lámina IX) y su destino, LEJARZA, «Nuestro pasado en el Mogreb», pág. 159; SÁEZ, «Escuelas de árabe y arabistas franciscanos», y MOSCOSO GARCÍA, «El estudio del árabe marroquí en España durante el siglo XIX. La obra de Manuel Bacas Merino», pág. 270; IDEM, «El P. Pedro Martín del Rosario, intérprete, traductor, profesor de árabe y autor de una gramática y un diccionario de árabe marroquí perdido y probablemente encontrado por el P. Lerchundi. Tánger, 1800-1824».

⁸¹ *Journal de Bendelac*, pág. 113.

⁸² *Memorable triunfo*, fol. 30r («...los dos espantajos que quedan en Tánger»).

⁸³ LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», pág. 163.

que acusa a fray Pedro de intervenir activamente en contra de los refugiados liberales y en pro de la política de los gobiernos borbónicos de España y Francia.

En una escena descrita animadamente por el autor del ms., el bajá hace saber a Moreno de Guerra, ya entrada la noche, que desea verlo con premura, y le previene para que acuda a la alcazaba con un intérprete (lámina X)⁸⁴. Como se ve a continuación en el texto, el bajá quería comunicar al español noticias de importancia para ambos y mantener con él una larga conversación, de la que el autor del ms. ofrece una parte sustancial. Como para entonces fray Pedro Martín había sido ya expulsado de Tánger por orden del bajá, cabe suponer que Moreno de Guerra recurrió a un intérprete judío; lo mismo había hecho el cónsul español al perder al traductor franciscano⁸⁵.

Eran, en efecto, los judíos de Tánger –como lo fueron en otros lugares de Marruecos– quienes se habían ocupado históricamente de la labor de intermediación lingüística. El autor del ms. se refiere a ello expresamente, al afirmar que la mayoría de los judíos tangerinos, de muy escasos medios de fortuna, «se dedican a servir de intérpretes y criados en las casas de los cónsules», o trabajan como esportilleros para los comerciantes locales⁸⁶. No mucho antes, el vicecónsul de Suecia y cónsul de Cerdeña en Tánger, Graberg di Hemsö, presentaba un panorama similar: los judíos que residen en los puertos (es decir, en los abiertos al comercio exterior, como Tánger o Essauira) son mercaderes, artesanos e intérpretes; es a través de ellos como se tratan los asuntos

⁸⁴ *Memorable triunfo*, fol. 121v. Esta imagen de la alcazaba fue localizada (BNE, antigua sección «África», signatura actual Afrfot.LF/96) y dada a conocer por Bernabé López García en su edición del volumen *Recuerdos de Tánger*, que incluye el ms. de *Cartas Marroquíes* de Antonio Almagro Cárdenas y de la colección de fotografías que lo acompaña: Tánger (Litografía), 2018, pág. 74. Reproducimos dicha fotografía por cortesía de Bernabé López García.

⁸⁵ *Journal de Bendelac*, pág. 410.

⁸⁶ *Memorable triunfo*, fol. 99r. Sobre la historia de los judíos en Marruecos en esta época, HIRSCHBERG, *A History of the Jews in North Africa*, págs. 188-326; KENBIB, *Juifs et musulmans au Maroc 1859-1948*, e IDEM, *Juifs et musulmans au Maroc. Des origines à nos jours*.

políticos entre los europeos y las autoridades marroquíes⁸⁷. En esos años, en los que Bendelac dejaba en su *Diario* un registro detallado de las relaciones internacionales del puerto de Tánger, otros dos judíos tangerinos, al menos, eran intérpretes en los consulados de Dinamarca y Suecia⁸⁸. A ellos hay que añadir el nombre de Abensur, varias veces mencionado por el autor del ms.

Se refiere a este personaje el anónimo autor apodándole «el tragador». Tal como se deduce por el contexto, en el que se trata de un litigio entre ricos judíos, Abensur resultó muy beneficiado de oscuras transacciones de contrabando en las que habría intervenido el cónsul francés, Sourdeau⁸⁹. Pero Isaac Abensur, junto a estas actividades, era intérprete del consulado inglés, del que llegó a ser vicecónsul, como le había sucedido a Bendelac en el holandés. Pertenece a una conocida familia de origen sefardí establecida primero en Tetuán y luego en Tánger, cuyos miembros llegaron con el tiempo a obtener la nacionalidad inglesa, en premio a los largos y continuados servicios prestados⁹⁰. Como otros intérpretes, e incluso cónsules, Abensur no sólo ejercía ese papel de intermediario lingüístico, sino que aprovechaba sus muchos contactos entre europeos y marroquíes para hacer provechosos negocios e intervenir, bajo cuerda, en tratos y conspiraciones de las que esperaba sacar beneficio, como la que supuestamente se organizó para tomar Ceuta con la colaboración de los liberales refugiados en Marruecos⁹¹.

⁸⁷ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio geografico, e statistico dell'impero di Marocco*, págs. 89-90. Graberg di Hemsö abandonó Tánger en 1822.

⁸⁸ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, págs. 17-18.

⁸⁹ *Memorable triunfo*, fols. 110r-v.

⁹⁰ LAREDO, *Memorias de un viejo tangerino*, pág. 95; MIÈGE, *Journal de Bendelac*, página 110, n. 45. Isaac Abensur fue intérprete de Edward Drummond-Hay en su presentación como cónsul inglés ante el sultán en 1829 (PENNEL, «Meeting the Sultan: Personal Encounters with the Commander of the Faithful», pág. 23).

⁹¹ FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 24, con cita de un despacho del cónsul español Briarly. Véase POSAC JIMÉNEZ, «Frustrados intentos para incorporar la ciudad de Ceuta a la causa liberal (1824-1828)», págs. 105-119, que, aunque da por cierta esa

Era consciente el autor del ms. de las dificultades que ofrecía la interpretación y traducción del árabe y sus variantes. Menciona, a este propósito, que «el actual idioma de los árabes, así como el de los griegos, ha degenerado en obscuro e informe dialecto, que dista mucho de sus primitivas lenguas, de modo que se requiere paciencia, prolijo estudio y conocimiento exacto de la sintaxis, términos genuinos, modismos anticuados y palabras provinciales y extrañas para poseerlas con perfección»⁹². No es esta descripción exclusiva de nuestro autor; pocos años antes, Badía afirmaba en su relato de viajes que «el idioma se halla en un punto extremo de degradación (...) a veces los mismos naturales no se entienden entre sí; finalmente les cuesta inmenso trabajo leer un papel, que por lo común no sabe descifrarlo sino el mismo que lo ha escrito»⁹³. La diglosia entre el árabe marroquí y el árabe llamado «clásico» (o por los arabistas españoles del siglo XVIII, «erudito») desconcertaba a muchos observadores externos, que pronto captaban la dificultad de manejar los dos registros lingüísticos, hablado y escrito, tan diferentes en la misma lengua⁹⁴.

A este respecto, debe señalarse que, según Graberg di Hemsö, a los judíos les estaba «prohibido leer y escribir árabe, porque no son dignos de entender el Corán»⁹⁵; sin embargo, el autor del ms. desmiente esta afirmación al referirse al «hebreo Omimon, profesor y maestro del árabe culto»⁹⁶; tanto era así que era capaz de descifrar los pasajes de las órdenes del sultán que resultaban de difícil comprensión para el bajá y los talbes⁹⁷. Este mismo personaje, nos informa

conspiración, admite que los despachos de Briarly sobre ella se basaban en rumores que el cónsul utilizó para presentarse como «salvador» de la patria.

⁹² *Memorable triunfo*, fol. 92r.

⁹³ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 218.

⁹⁴ MARÍN, «¿Un empeño imposible? Aprender árabe en España para entenderse en Marruecos (siglos XIX-XX)».

⁹⁵ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 90.

⁹⁶ *Memorable triunfo*, fol. 92v.

⁹⁷ Denominación castellanizada del árabe *tālib*, pl. *talaba*, bien definida en DOMÍNGUEZ, *Diccionario Nacional, Gran Diccionario Clásico de la Lengua Española (1746-47)*, «nombre

el autor del ms., daba clases de «árabe culto» a algunos discípulos, entre los cuales sobresalía, dice, Miss Glorvina Mallowny, hija del cónsul norteamericano⁹⁸. No hay constancia de que ningún miembro de la emigración liberal en Tánger tuviera interés por estudiar el árabe, hablado o escrito; ha de tenerse en cuenta, no obstante, que el horizonte vital sobre el que construían su permanencia en Marruecos debía de ser muy corto si querían mantener la esperanza de una rápida vuelta a España o a otro país europeo. Entre sí no tenían problemas de comunicación; para relacionarse con su entorno marroquí, siempre podían recurrir a los judíos que mantenían la lengua hispano-sefardí. Y entre los musulmanes, no faltaba tampoco quien tuviera nociones de español en un área como la del estrecho de Gibraltar, donde las comunicaciones eran mucho más fluidas de lo que pudiera creer un observador actual. Así es como el autor del ms. cita una supuesta frase del mismísimo bajá de Tánger, que le sirve para proclamar su apoyo a los emigrados españoles: «mí ser tan liberal como ti», habría dicho Ū Mīmūn, en incorrecta formulación «falta de construcción gramatical», pero expresiva de sus sentimientos⁹⁹. Es llamativa esta reproducción de lo que se imaginaba ser el uso de los verbos españoles por extranjeros poco duchos en la lengua: se trata del conocido proceso de infinitivización que se les atribuye como muestra de su falta de pericia en el manejo del idioma y que está bien documentado tanto en el castellano como en otros ámbitos lingüísticos¹⁰⁰.

La adaptación de los emigrados a sus nuevas circunstancias se hizo, al decir del autor del ms., con gran facilidad; no es que se integraran

que se da a un doctor mahometano en el reino de Marruecos» (www.ntle.rae.es, consultado 13 octubre 2017). Es el único registro de esta voz en el repertorio de diccionarios históricos de la Real Academia Española.

⁹⁸ En efecto, la hija de Mallowny se refiere en sus memorias de Tánger a su capacidad para entenderse en árabe con los servidores del consulado (FORT, *Coos Coo Soo. Letters from Tangier, in Africa*, pág. 251).

⁹⁹ *Memorable triunfo*, fol. 24r.

¹⁰⁰ Ejemplos en la literatura clásica española, en CAMUS BERGARECHE, «Lingua franca y lengua de moros».

en la sociedad marroquí, sino que hallaron en ella un hueco propicio para su instalación como grupo social específico y compacto. Debió de ser esto favorecido por las peculiaridades de la vida tangerina, que contenía otros grupos marginales al cuerpo social mayoritario (los musulmanes) y con los que los recién llegados hallaron espacios comunes: los europeos allí instalados y los judíos. Como toda sociedad fronteriza, Tánger acogía lenguas, etnias, creencias y religiones diversas que circulaban en su interior y en sus periferias –Gibraltar, España, el hinterland marroquí.

Así es como el autor del ms. muestra hasta qué punto los emigrados liberales disfrutaron de un entorno sumamente cómodo y agradable tras su llegada a Tánger: describe su vida, al comienzo de su estancia, como tranquila; los cónsules los atendían y distinguían, les llegaba cuanto necesitaban por el correo con Tarifa y podían trasladarse sin problemas a Gibraltar. El cónsul español, Cenón de Orué, los recibía y agasajaba en lo que denomina «suntuosa casa consular». Para coronar esta amable descripción del exilio tangerino, afirma el autor del ms. que «no faltaba buena sociedad, que por momentos hacía olvidar la triste suerte de la emigración»¹⁰¹. Cuando Domingo Badía llegó a Tánger, observó que las casas de los cónsules eran «de arquitectura regular»¹⁰², quizá para subrayar el contraste con el resto de las edificaciones de la ciudad. En cuanto al consulado de España, estaba muy cerca de la bahía, como se puede ver en una ilustración del relato de viaje del francés Cochelet, idéntica a la que aparece en la obra de Graberg di Hemsö (lámina XI); ambos escribían por el mismo año de 1820. En esta lámina, una vista de Tánger, el dibujante identificó entre otros lugares el consulado de España, situado a la derecha del espectador y con vistas a la bahía, en un lugar elevado, desde el cual se domina la perspectiva de la ciudad y de la mezquita mayor¹⁰³.

¹⁰¹ *Memorable triunfo*, fol. 18v.

¹⁰² ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 127.

¹⁰³ COCHELET, *Naufnage du brick français «La Sophie»*, II, págs. 240-241; GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 38.

Es posible que haya cierta exageración al calificar esta residencia de «suntuosa», pero desde luego tenía empaque arquitectónico y estaba muy bien situada en el corazón de la medina de Tánger; en la misma calle estaba también el consulado de Portugal¹⁰⁴. Afirmar también el autor del ms. que las casas de los cónsules se debían a arquitectos españoles y que el cónsul de Suecia, por ejemplo, mantenía a su servicio un carpintero español, de Tarifa¹⁰⁵; no sería esto nada extraño, debido a la constante comunicación entre esta ciudad y Tánger.

Como se ha visto ya en alguna ocasión, hubo emigrados que se trasladaron a Tánger con parte de su familia, lo que sin duda ayudó a normalizar su vida cotidiana. No se ocupa de este tema el autor del ms., tan poco dado a entrar en cuestiones personales, pero por otras fuentes se sabe que, como se ha dicho más arriba, Juan Jacinto López vivió en Tánger con su mujer, sobrina del cónsul portugués, José Colaço. Aunque técnicamente no pertenecía a los grupos de liberales llegados desde España, el cónsul Orué se integró en ellos tras su destitución por el gobierno absolutista español; ha de recordarse que estaba casado con Francisca de Lacanina, con la que contrajo matrimonio en Tánger en 1817¹⁰⁶. En el *Diario* de Bendelac se da noticia del nacimiento, el 27 de diciembre de 1823, de una hija del matrimonio que murió no mucho después¹⁰⁷.

¹⁰⁴ El edificio se inauguró en 1786 y continuó siendo sede del consulado español hasta 1918. En la actualidad, tras su venta por el Estado español, lo ocupa una pensión (lámina XII). Su historia y arquitectura han sido estudiadas con detalle por BRAVO NIETO, «Dos palacios del barroco tardío en Marruecos: las legaciones diplomáticas de España en Larache y Tánger».

¹⁰⁵ *Memorable triunfo*, fol. 71v. Desde luego, la legación española en Tánger sí fue diseñada por un arquitecto/maestro de obras español, Francisco Pérez de Arroyo, y construida por obreros marroquíes y españoles procedentes de Ceuta (BRAVO NIETO, «Dos palacios del barroco tardío en Marruecos», págs. 43-44).

¹⁰⁶ La fecha exacta, 5 de julio de ese año, procede de los Archivos de la Misión Franciscana de Tánger (LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», página 163; MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 65, n. 68).

¹⁰⁷ *Journal de Bendelac*, pág. 229 (27 de diciembre de 1823); MIÈGE, *Journal de Bendelac*, n. 159, afirma que el cuñado de Orué, La Canina (o Lacagnina), era un activo agente en pro de la causa liberal; no debe de referirse a Juan Lacanina, que en febrero de 1825 (*Journal de Bendelac*, pág. 340),

Hay también indicaciones sobre la presencia en Tánger de otras esposas de emigrados liberales; la de Delgado, de quien ya se ha dado noticia, arribó a la ciudad poco después de su marido, el 23 de octubre de 1824¹⁰⁸. También López Baños, que había llegado a Tánger ese mismo mes, se instaló allí con su mujer¹⁰⁹. Aunque estos testimonios son escasos, es posible que no fueran los únicos ejemplos de reunión conyugal tras el exilio, siempre y cuando se dispusiera de los medios económicos necesarios para ello. Es notable, en todo caso, la presencia de estas mujeres en Tánger y su incorporación al tejido social formado por los liberales emigrados.

Como en otras emigraciones similares, muchos de los exiliados en Marruecos se veían enfrentados a un problema de envergadura: cómo sobrevivir en tierra extraña. El autor del ms. explica, como se ha visto antes, que los refugiados estaban en correspondencia continua con sus familiares y amigos en España y recibían, por el correo de Tarifa, cuanto necesitaban. Por si eso no fuera suficiente, la llegada del coronel Valdés pudo aliviar las necesidades que se hubieran hecho sentir; en efecto, Valdés trajo de Tarifa una elevada cantidad de dinero, procedente de los fondos atesorados por el gobierno en la ciudad y de los que se apoderó durante el breve periodo en que la había ocupado con sus tropas. Esta suma permitió a Valdés y sus seguidores constituirse en los dirigentes del grupo de liberales residentes en Tánger: no sólo les aseguró la buena voluntad de las autoridades marroquíes, sino también la posible financiación de acciones contra el gobierno absolutista y la distribución de ayudas para sufragar los gastos de los emigrados en Tánger¹¹⁰. Como muestra de la primera

tenía tan sólo 15 años. El apellido de esta familia se registra también como *La Cañina*; el cuñado de Orué era de origen italiano (POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 235).

¹⁰⁸ *Journal de Bendelac*, pág. 309. En el mismo texto se dice (pág. 421) que Delgado era cuñado de Cenón de Orué.

¹⁰⁹ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 309, n. 33.

¹¹⁰ El cónsul portugués afirmaba, al inicio de 1825, que la mayoría de los refugiados estaban en mala situación económica, pero lo hace para insistir en que no estaban en posición de

de estas opciones, Bendelac registra que el 22 de agosto de 1824, Valdés, acompañado de los cónsules de España y América, visitó al bajá y le hizo entrega de un buen regalo¹¹¹; se seguía así la costumbre de que los enviados extranjeros obsequiasen en dinero o en especie al sultán o a altos funcionarios de la administración. Sobre el dinero que Valdés llevó a Tánger parece haber consenso: se habría tratado de una suma de 12 000 pesos/piastras en oro y plata¹¹².

Los liberales que se refugiaron en Inglaterra contaron con el auxilio del gobierno británico, que distribuyó entre ellos una serie de ayudas; hubo también quienes pudieron ejercer alguna de sus habilidades profesionales. Alcalá Galiano describe esta emigración como compuesta en su mayoría de «militares, eclesiásticos, abogados, empleados civiles, médicos, escritores; en suma, lo que constituye el núcleo del partido llamado liberal en todos los pueblos»¹¹³. De los liberales llegados a Tánger se podría decir algo parecido, aunque sólo hay constancia, en la documentación manejada, de quienes eran militares, escritores y periodistas o médicos.

Aunque no frecuentes, no faltaron casos de militares europeos que se incorporaron al ejército marroquí; en el siglo XIX, y entre los españoles, cabe destacar a Joaquín Gatell (1826-1879)¹¹⁴. El autor del

organizar ninguna expedición militar, porque carecían de dinero suficiente, armas, hombres y barcos (AL-MANŞŪRĪ, *Al-'Alāqāt al-magribiyya al-burtugāliyya*, II, pág. 363).

¹¹¹ *Journal de Bendelac*, pág. 291.

¹¹² *Ibidem*, pág. 289. MIÈGE, *Journal de Bendelac*, n. 135, evalúa esta cantidad en 65 000 francos oro. Véase también POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», página 231, y LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», pág. 180. Sobre el sistema monetario vigente en Marruecos en esta época, MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, III, págs. 97-106. El «tesoro» de Valdés suscitó reclamaciones sobre su propiedad ante el bajá de Tánger (*Journal de Bendelac*, pág. 294).

¹¹³ ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, pág. 366.

¹¹⁴ Sobre el cual, véase el estudio introductorio de Martínez Antonio a su edición de JOAQUÍN GATELL, *Viajes por Marruecos*. Gatell fue instructor de artillería en el ejército marroquí, función que también fue ejercida por varios renegados españoles que habían sido miembros del arma. Muy conocido, en un periodo posterior, fue el británico Harry Mac Lean (1848-1920), instructor del ejército marroquí a partir de 1876.

ms. no menciona ninguna acción semejante entre sus compañeros de emigración, aunque, de haberse producido, habría sido omitida de un relato que tiende a glorificar la lucha de los liberales y su entrega a la salvación de la patria oprimida por el rey tirano, cuadro en el que mal encajaba la posible incorporación a un ejército, si no enemigo, sí al menos extranjero. Los escritores o periodistas poco podían esperar del ejercicio de sus profesiones en Marruecos, donde ni siquiera la imprenta tenía entonces difusión; nada hubo, por tanto, ni remotamente parecido a las actividades editoriales y publicísticas de los exiliados liberales en Francia o en Inglaterra¹¹⁵.

Pero si había una profesión altamente estimada en Marruecos, ésta era la de médico; según atestiguan numerosos viajeros y observadores occidentales en el país, sus habitantes se dirigían espontáneamente a cualquier europeo para solicitarle curas a sus males, dando por hecho que sólo por serlo tenía conocimientos médicos. Este tipo de anécdotas se repite tan a menudo que resulta innecesario dar ejemplos de ellas; otra cosa es tomarlas como testimonio de la reverencial actitud de muchos marroquíes ante la ciencia occidental, como se hace con frecuencia en la literatura de viajes por Marruecos en ésta y épocas anteriores o posteriores. En cualquier caso, se trataba de una creencia bien asentada entre los visitantes extranjeros, como se trasluce en la narración barojiana sobre la llegada a Tánger de Aviraneta, Borja Tarriús y Moreno de Guerra; Aviraneta afirma estar acompañado de un diputado (Moreno de Guerra) y un «gran médico», Borja Tarriús. A los marroquíes que los acogen en el puerto no parece impresionarlos mucho la profesión de Moreno de Guerra, pero sí la del supuesto médico, lo que facilita que llamen al vicedónsul español para que se ocupe de sus compatriotas¹¹⁶.

¹¹⁵ Sobre este tema la bibliografía se ha incrementado considerablemente desde la obra clásica de Llorens; véase RUIZ ACOSTA (ed.), *La prensa hispánica en el exilio de Londres (1810-1850)*.

¹¹⁶ BAROJA, «El niño de Baza», págs. 82-83.

No era raro, desde luego, que renegados u otros europeos que se establecían en Marruecos utilizaran supuestos conocimientos médicos como forma de ganarse el sustento. Según el autor del ms., Cugnet de Montarlot se hizo «arbolario y curandero», gozando de aceptación entre quienes recurrían a él¹¹⁷. Pero entre los españoles refugiados en Tánger había también algún médico profesional, Gaspar Mateos, mencionado en el ms. como protagonista de una anécdota en la que no sale muy bien parado: llamado por el bajá, se hizo la ilusión de que habría de tratar a tan ilustre personaje por alguna dolencia, pero resultó que el paciente para el que se le requería era uno de los caballos del gobernador¹¹⁸.

La presencia de médicos europeos en Marruecos no era nueva. En el siglo XVIII (y aun antes) se tiene noticia de algunos médicos españoles que se ocupan de sus paisanos cautivos, como Luis Montero o Juan Antonio Pérez, a los que Muley Ismāʿīl autorizó a permanecer en Marruecos para ejercer esa función¹¹⁹. A comienzos del XIX, la estancia de José Antonio Coll en la corte marroquí ha sido objeto de un detallado estudio¹²⁰, gracias al cual se puede observar cuál era el papel de estos profesionales llamados a practicar la medicina en un país cuya lengua y costumbres desconocían, pero en el que parecen haberse desenvuelto con habilidad y haber conquistado el favor de sus aristocráticos pacientes. La llegada de Coll a Marruecos se produce por una petición expresa de Muley Sulaymān, a través de su ministro Muḥammad b. ʿUṭmān, a las autoridades españolas, para tratar de contrarrestar el avance de la epidemia de peste de 1799¹²¹.

¹¹⁷ *Memorable triunfo*, fol. 98v.

¹¹⁸ *Ibidem*. En 1829, Gaspar Mateos Jiménez aparece nombrado como médico del hospital de un campamento provisional en Gibraltar, véase *El Correo. Periódico literario y mercantil*, 18 de febrero de 1829.

¹¹⁹ STACHERA, *Franciscanos y sultanes en Marruecos*, págs. 105 y 107.

¹²⁰ JUSTEL CALABOZO, *El médico Coll en la corte del sultán de Marruecos (año 1800)*.

¹²¹ *Ibidem*, págs. 28 y sigs. y 52-53.

El envío de Coll a Marruecos debe situarse en el contexto de las buenas relaciones establecidas con España en época del sultán Sīdī Muḥammad b. ‘Abd Allāh, plasmadas en el tratado de 1767 y a las que el autor del ms. se refiere con cierto detalle¹²². Algunos médicos se utilizaron, entonces y más adelante, como instrumentos diplomáticos; se trataba de enviados respaldados por la Corona y la administración española, que tenían acceso al entorno del sultán y de los más altos dignatarios de la corte; indudablemente ejercieron también, hasta cierto punto, como agentes políticos y/o espías¹²³.

El autor del ms. se refiere a otro médico cuya estancia en Marruecos tuvo cierta repercusión, y de cuyo paso quedaban aún huellas durante la estancia de los liberales en Tánger. Se trata de Serafín Sola (m. 1841), del que afirma había sido enviado «por la corte de Madrid a la de Muley Soliman para curar cierta enfermita de la real estirpe y detenido en Tingis con motivo de la última peste»¹²⁴. Todo lo cual está bien documentado, en especial la actuación de Sola durante la epidemia de 1818 en Tánger, que, en efecto, lo detuvo en la ciudad al haberse decretado la cuarentena en las regiones meridionales de la península ibérica. El recuerdo de la actuación de Sola durante esa crisis, de lo cual hay diversos testimonios, permanecía al parecer en la memoria de los tangerinos: la mención de su nombre en el ms. está ligada, como la de Montarlot, a la de un médico judío, apellidado Fersí, que se jactaba de haber sido discípulo del español y ejercía su

¹²² Sobre las relaciones hispano-marroquíes en ese periodo, CONROTTE, *España y los países musulmanes durante el ministerio de Floridablanca*; TORRA FERRER, «La amistad entre Muley Muhammad y Carlos III»; BROWN, *Crossing the Strait*, pág. 50, y, sobre todo, LOURIDO, *Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII. Relaciones político-comerciales del sultán Sidi Muhammad b. ‘Allah [sic] (1757-1790) con el exterior*.

¹²³ MARTÍN CORRALES, «Les Espagnols au Maroc (1767-1860): le défi de travailler avec l'autre», pág. 201.

¹²⁴ *Memorable triunfo*, fol. 98v. No voy a detallar aquí otros aspectos interesantes de la estancia de Sola en Marruecos por no tener una relación directa con el exilio liberal; véase, en todo caso, REAUD, «La peste de 1818 d'après des documents inédits». Se volverá a tratar de su actividad médica en Marruecos más adelante.

profesión durante la estancia de los exiliados liberales en Tánger. La relación con Sola dio a Fersí, al parecer, un cierto prestigio que el autor del ms. pretende desmontar, pues considera que se basaba en falsas premisas y en la utilización de viejos textos médicos que era incapaz de comprender¹²⁵. Puede ser que estas acusaciones fueran ciertas, pero también que el tal Fersí hubiera aprovechado la estancia de Sola para ampliar sus conocimientos y buscar oportunidades profesionales en una ciudad en la que los judíos tenían un importante papel como intermediadores entre musulmanes y cristianos y en la que la colonia europea, sin ser muy numerosa, podría apreciar sus servicios ante la falta de médicos europeos que residieran en ella de forma permanente.

Hay testimonios de esta situación en el *Diario* de Bendelac, que registra, por ejemplo, la llegada a Tánger, el 18 de febrero de 1823, de un médico español, Antonio Usea, que venía desde Tarifa para tratar al cónsul portugués, José Colaço; o, no mucho después, la de dos médicos ingleses, uno de los cuales habría estado encargado de cuidar al bajá Ū Mīmūn¹²⁶; es de suponer que procederían de Gibraltar. Más curiosa es la noticia, también anotada por Bendelac, de la salida hacia Cádiz, el 30 de abril de 1824, de un médico español que el bajá había hecho venir desde Ceuta para cuidar de un soldado marroquí. El bajá debió de quedar muy satisfecho con la actuación de este médico, porque le concedió la libre exportación de 12 fanegas de alpiste y 12 docenas de gallinas¹²⁷.

En una de las entradas de su *Diario* confunde Bendelac al médico español Sola con otro galeno, éste portugués, llamado Santana, del que vuelve a dar noticia más adelante, en una anotación del 7 de marzo de 1825; al parecer tuvo un encontronazo verbal con el español Francisco Delgado, a quien reprochó haberse puesto bajo la protección

¹²⁵ *Memorable triunfo*, fols. 98r-v.

¹²⁶ *Journal de Bendelac*, págs. 152 y 159.

¹²⁷ *Ibidem*, pág. 265.

del cónsul francés y no de la de su propio rey. La cosa terminó mal: Santana agredió físicamente a Delgado y, finalmente, fue expulsado de Tánger por el bajá¹²⁸.

Hay, por último, algunas indicaciones sobre un médico español con quien el viajero inglés George Beauclerk (1803-1877) trató durante su viaje a Marruecos en 1826. Curiosamente, el motivo de ese viaje estaba también relacionado con la presencia de médicos extranjeros en la corte del sultán, quien había solicitado del entonces gobernador de Gibraltar, George Don (1756-1832), el envío a Marrakech de un médico. El seleccionado fue un tal Dr. Brown, y para acompañarlo en su viaje fueron designados dos oficiales de la guarnición gibraltareña, Beauclerk y Murray. Todo el asunto fue gestionado por Benoliel, judío marroquí residente en Gibraltar, donde gozaba de gran respetabilidad derivada de sus muchas riquezas y donde fue cónsul del sultán¹²⁹.

Durante su estancia en Marrakech, Beauclerk conoció a un médico español al que no nombra y que había llegado allí desde Gibraltar, por encargo de un adinerado judío de Mogador/Essaouira; al haber muerto éste antes de su llegada a la ciudad atlántica, el sultán lo llamó a Marrakech para atender a uno de sus bajás, hecho lo cual el médico español se disponía a volver a Mogador¹³⁰. El fugaz retrato de este personaje se completa más adelante, cuando Beauclerk y sus compañeros de viaje vuelven a verlo en Mogador/Essaouira: entonces descubren que, en contra de lo que les había parecido durante su

¹²⁸ *Ibidem*, págs. 332 y 344. En la primera de estas noticias, Bendelac anota que el cónsul francés, Sourdeau, había escrito al sultán para reclamar justicia por la agresión de que había sido objeto por parte de Sola/Santana.

¹²⁹ BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, capítulo I. Yahuda Bin ʿUlil (Judah Benoliel, m. 1838) fue el segundo cónsul marroquí en Gibraltar, probablemente nombrado en 1820; era originario de Tetuán (ERZINI, «*Hal yaşlah li-taqanşut* (Is He Suitable for Consulship?): The Moroccan Consuls in Gibraltar during the Nineteenth Century», pág. 519; véase también SCHROETER, *The Sultan's Jew*, pág. 125 y KENBIB, *Juifs et musulmans au Maroc 1859-1948*, pág. 59.

¹³⁰ BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 150.

primer y rápido encuentro, el médico es una persona afable, excelente conversador y con gran sentido del humor, que les cuenta que aborrece a los curas de su país (todo lo cual sin duda era del agrado de sus interlocutores británicos), del que había huido por sus ideas liberales. Mantenía a su familia, que se había quedado en Málaga, con los ahorros que hacía gracias a la práctica de su profesión en Marruecos y a la austeridad de sus costumbres¹³¹.

No se puede averiguar con certeza, con los documentos aquí manejados, si este anónimo personaje perteneció en algún momento al exilio liberal establecido en Tánger, aunque tampoco ha de descartarse esa posibilidad. En cualquier caso, llama la atención su trayectoria, que lo inscribe en las áreas que conectan la práctica de la medicina occidental con los círculos del poder –político o económico– de Marruecos. Ha de resaltarse, por otro lado, que en las conversaciones con Beauclerk, desveló que antes de ejercer como médico había sido aprendiz de barbero, lo que suscita dudas sobre su formación y calificaciones para la profesión. No habría sido, con todo, un recorrido inusual para su época, pero conviene tenerlo en cuenta a la hora de apreciar las consideraciones de los visitantes europeos a Marruecos acerca de los médicos locales, a quienes rara vez elevan por encima de la categoría de curanderos o barberos, carentes de formación y seguidores de una práctica médica que perpetuaba supersticiones y métodos acientíficos.

La enseñanza fue también, según el ms. y alguna otra fuente, una de las actividades profesionales a las que se dedicaron los emigrados españoles; bien es verdad que su posible clientela en este campo se reducía a los miembros de la colonia extranjera en Tánger, ya que los marroquíes tenían sus propios sistemas de educación. No sabemos cuántos españoles pudieron ejercer esta profesión; el autor del ms. se refiere a que una de las tareas útiles a las que los exiliados se consagraron fue la de enseñar «lenguas y matemáticas a la

¹³¹ *Ibidem*, pág. 245.

juventud culta»¹³². Sólo hay constancia de un caso semejante, el de Borja Tarriús, que fue contratado por el cónsul de Suecia y Noruega, Johan Mathias D'Ehrenhoff, para ocuparse de la educación de sus hijos¹³³. También se encargó de la enseñanza de los dos hijos varones del cónsul inglés, Edward Drummond Hay¹³⁴. La diversidad de saberes que distinguía a Borja Tarriús le hacía particularmente adecuado para esta función; quizá alguno de quienes habían sido periodistas en España la ejercieron igualmente.

Por lo demás, el autor del ms. se extiende sobre todo acerca de lo que podría calificarse como «ocio ilustrado». Faltos de lugares de sociabilidad como los salones, cafés, clubs, sociedades patrióticas o redacciones de periódicos, los exiliados (o al menos una parte de ellos) se dedicaron a actividades desprovistas de contenido político, pero que podían llenar su obligada inactividad con intereses culturales: pasear por las playas cercanas y recoger «mariscos y conchas» con los que elaborar aderezos y guirnaldas o iniciar colecciones zoológicas; recoger algas y secarlas sobre papel como motivos ornamentales; pasear por las huertas vecinas a Tánger y, además de admirar su frondosa vegetación, hacer acopio de semillas desconocidas; alargarse hasta los lugares donde se conservaban vestigios arquitectónicos de lo que se

¹³² *Memorable triunfo*, fol. 45v.

¹³³ D'Ehrenhoff fue cónsul en Tánger desde 1823 hasta su muerte en 1853; le sucedió en el cargo su hijo Selim, que lo ocupó hasta 1869, cuando fue trasladado a Estambul (<http://historicaltextarchive.com/print.php?action=section&artid=33> (consultado 24 septiembre 2016); véase MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 155, n. 37. La documentación archivística española que se refiere a esta actividad de Borja Tarriús, en FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», págs. 17-18. Sobre anteriores cónsules suecos en Tánger, KÄMPE, *Co-operating with Competitors. Swedish Consuls in North Africa and Sweden's Position in the World, 1791-1802* (<http://www.diva-portal.org/smash/get/diva2:722193/FULLTEXT01.pdf>, consultado 12 septiembre 2016).

¹³⁴ JOHN DRUMMOND HAY, que sucedió a su padre como cónsul de Inglaterra en 1845, tenía 15 años cuando llegó a Tánger en 1832. En sus memorias recuerda vívidamente su relación con «Don Gregorio de Borgas y Tarius [*sic*]» (...) «a learned man –not only a classical scholar, but a good mathematician, and spoke French perfectly». Hay reconoce no haber aprovechado mucho de las enseñanzas de Tarriús, excepto en francés y español, lenguas que aprendió con él (BROOKS, *A Memoir of Sir John Drummond Hay*, págs. 7-8).

suponía ser huellas de una civilización anterior y de mayor calidad que la árabe-islámica, etc.¹³⁵ Se trata de un repertorio de aficiones cultas muy propio de las élites ilustradas que se interesaban tanto por la historia natural como por la búsqueda y coleccionismo de fósiles o monedas, el estudio de las antigüedades o la investigación arqueológica: todo lo cual se integraba en el marco de los «gabinetes de curiosidades» tan característicos de la actividad intelectual dieciochesca y que perviven hasta bien entrado el XIX, cuando los museos sustituyen y profesionalizan esa función. No parece, sin embargo, que los exiliados en Tánger llevaran a cabo tareas de cierta entidad científica, como las que ocuparon a algunos de los refugiados en Inglaterra¹³⁶.

Los paseos debieron de constituir una de las principales formas de ocupar el ocio de los exiliados, se completasen o no con la recogida de semillas, muestras minerales u otras tareas semejantes. También, según informa el autor del ms., «la honesta ocupación de la pesca y caza entretenía con deleite y provecho a muchos aficionados»¹³⁷. No da más detalles sobre esta actividad, pero por otras fuentes y testimonios se sabe que la caza, en especial, constituía la principal fuente de diversión para los residentes europeos en Tánger (lámina XIII). Charles Cochelet así lo indica, precisando además que participó personalmente en una cacería en la que estaba acompañado por el cónsul francés, Sourdeau, y el intérprete del consulado español, el padre Pedro Martín del Rosario; Cochelet no deja de anotar los buenos informes que ha recibido sobre los conocimientos de árabe de Pedro Martín, persona instruida y amable. El retrato del franciscano se completa con su perfil como intrépido cazador que, en los aproximadamente 18 años que llevaba en Marruecos, calculaba haber cobrado de once a doce mil presas, lo que, según Cochelet, probaba no sólo su pericia y su pasión por las actividades cinegéticas.

¹³⁵ *Memorable triunfo*, fols. 19r-20r.

¹³⁶ Véase VALERA CANDEL, «Actividad científica realizada por los liberales españoles exiliados en el Reino Unido 1823-1833».

¹³⁷ *Memorable triunfo*, fol. 18v.

cas, sino hasta qué punto la caza era abundante en los alrededores de Tánger¹³⁸. Es curioso que el autor del ms., que tan mala opinión tenía, por razones políticas, de Pedro Martín, haya dejado pasar la oportunidad de censurar su desmedida afición a la caza, lo que hace suponer que, en los años de la presencia de los liberales en Tánger, no la cultivaba tan arduosamente, o que diversas circunstancias se lo impedían; ya Cochelet indicaba que no siempre era seguro cazar en las zonas cercanas a la ciudad, donde abundaban los bandidos¹³⁹.

Sin duda, quién más propagó la fama de Tánger como destino para cazadores occidentales fue el diplomático británico John Drummond Hay (1816-1893), cuyas descripciones de las excelentes condiciones para este deporte y la gran abundancia de animales salvajes en Marruecos –más concretamente en las regiones circundantes a Tánger– tuvieron gran difusión¹⁴⁰. La ciudad se fue configurando como un destino exótico y a la vez cercano, donde se podía cazar sin cortapisas y disponer de ojeadores y ayudantes locales: un lugar apropiado para viajeros de clase alta. Para los liberales allí exiliados, como para los cónsules europeos de esa época, cazar era uno de los escasos entretenimientos que estaban a su alcance, al menos durante los periodos en los que pudieron abandonar el recinto de la ciudad;

¹³⁸ Esta semblanza de Pedro Martín como apasionado cazador se sitúa en 1820. Véanse COCHELET, *Naufage du brick français «La Sophie»*, II, págs. 242 y 246-248 y LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos».

¹³⁹ COCHELET, *Naufage du brick français «La Sophie»*, II, pág. 243. BEAUCLERK, que pertenecía a la guarnición de Gibraltar, había viajado desde allí a Tetuán en el invierno de 1825 para participar con otros oficiales en una cacería en Tetuán, para lo cual se embarcó en un *beef boat* (uno de los barcos dedicados al transporte de ganado desde Marruecos a Gibraltar; *Journey to Morocco in 1826*, pág. 328).

¹⁴⁰ HAY, *Western Barbary. Its Wild Tribes and Savage Animals*; tras su publicación en 1844 se reeditó en numerosas ocasiones. En España se tradujo muy pronto, probablemente a través de la traducción francesa de Louise S. Belloc, cuyo título *Le Maroc et ses tribus nomades* se adopta en la traducción española de Nemesio Fernández Cuesta en 1859; así aparece en la reciente reedición de Barcelona, 2013 (véase la introducción de BERNABÉ LÓPEZ GARCÍA, así como la n. 1, pág. 25, de esta edición). Sobre Hay y su importante papel en las relaciones exteriores de Marruecos con los países europeos, especialmente Gran Bretaña, BEN-SRHIR, *Britain and Morocco during the Embassy of John Drummond Hay 1845-1886*.

pero su actividad carece de las connotaciones coloniales que se observan en la obra de Hay, en la que, ya desde su propio título, se plantea la equivalencia entre tribus agrestes y animales salvajes¹⁴¹. Entre los exiliados, está bien documentada la actividad cinegética conjunta del cónsul Orué, acompañado de Valdés y Fernández Golfín, según testimonio del cónsul francés, Sourdeau¹⁴².

No siempre, por otro lado, pudieron los exiliados dedicarse libremente a los paseos o cacerías en las afueras de Tánger. El autor del ms. señala cómo, durante una ausencia del bajá, su sustituto estableció un régimen más severo, que sólo les permitía salir jueves y domingos a hacer compras en el zoco alto (lámina XIV)¹⁴³, debiendo permanecer el resto de la semana en el interior del recinto amurallado y recogerse en sus residencias al anochecer. No dice (hay una laguna en el texto) cuánto duró esta situación, pero sí que en algún momento lo que llama «horrible tempestad» se disipó –probablemente a la vuelta del bajá. Pudieron entonces los exiliados dedicarse de nuevo a sus aficiones, entre las que se contaban, junto a las detalladas más arriba, indagar sobre las costumbres del país¹⁴⁴. Luego se verá cuáles fueron los resultados de este aspecto del «ocio ilustrado» del autor del ms.

Si el tiempo desocupado podía constituir uno de los principales riesgos para la estabilidad mental de los refugiados, el alejamiento

¹⁴¹ MARÍN, *Testigos coloniales*, págs. 98-100. El que fuera cónsul de España en Tánger a comienzos del siglo XX, Francisco Serrat, retrata la decadencia y desaparición de la caza en su época (SERRAT Y BONASTRE, *Tánger 1916-1924. Radiografía de la ciudad del Estrecho en vísperas del Estatuto*, pág. 231; introducción, pág. 52); un relato similar, en SAVORY, *In the Tail of the Peacock*, pág. 23. Véase MILLER, «The Colonial Hunt».

¹⁴² Despachos de Sourdeau de 8 y 12 de septiembre de 1824, citados por POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 234 y FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 34.

¹⁴³ *Memorable triunfo*, fols. 43r-v. El «zoco alto» es lo que se conoce aún como «zoco grande», mercado de origen rural situado entonces fuera de la muralla. Reproducimos la fotografía de esta lámina (dada a conocer en le ed. de *Recuerdos de Tánger*, pág. 68) por cortesía de Bernabé López García (comp. más arriba, pág. 71, n. 84).

¹⁴⁴ *Memorable triunfo*, fol. 45v.

de su sociedad de origen contribuía naturalmente a acentuar su desasosiego por lo incierto de su porvenir. La comunicación con España se mantenía, por otra parte, por medio de correspondencia y contactos personales, especialmente a través de Gibraltar: las noticias llegaban y se difundían con prontitud, y las sucesivas arribadas de nuevos refugiados iban actualizando la información. Según indica el autor del ms., tenían también acceso al correo de Tarifa, que les traía cuanto necesitaban de España, y libre correspondencia con familiares y amigos¹⁴⁵. Hubo también, sin duda, comunicaciones con otros grupos de exiliados, en especial los que se habían acogido a Inglaterra. Así lo atestigua la aparición de noticias sobre el exilio tangerino en el periódico *El Español Constitucional*, publicado por los liberales refugiados en Londres¹⁴⁶; pero también hay ecos de la persecución absolutista de los españoles de Tánger en periódicos americanos como *El Republicano de Arequipa*, que publicaba una nota al respecto el 25 de noviembre de 1826.

2. RELACIONES SOCIALES: CONTACTOS CON LA POBLACIÓN LOCAL. MUSULMANES Y JUDÍOS

Se ha visto antes cómo la peculiar situación del grupo de exiliados liberales en un entorno social que les resultaba particularmente ajeno habría de haber fortalecido sus lazos internos, como por otra parte sucedió en la emigración inglesa de la misma época y, en general, en cualquier caso similar. Ello no impidió la aparición de disensiones y

¹⁴⁵ *Ibidem*, fol. 18v.

¹⁴⁶ *El Español Constitucional*, xxxviii (1825), págs. 310-312. Sobre este periódico, RUIZ ACOSTA, «*El Español Constitucional*»; VARELA SUANZES-CARPEGNA, «La prensa liberal española en Londres y París ante la Constitución de Cádiz, 1824-1830». y MUÑOZ SEMPERE, «Cultural Identity and Political Disidence: The Periodicals of the Spanish Liberal Exiles in London (1810-41)». Cabe la posibilidad de que el corresponsal de *El Español Constitucional*, de tendencia liberal «exaltada», fuese Moreno de Guerra, situado en posiciones ideológicas coincidentes y con amplia experiencia periodística; en la fecha en que está datada la carta reproducida en el periódico (2 de marzo de 1825) estaba en Tánger y tuvo experiencia directa de los hechos en ella narrados.

fricciones entre los refugiados, producto a veces de lo limitado del círculo de relación en que se movían.

Más allá del propio grupo nacional, no abundan en el ms. informaciones sobre las relaciones o, como mínimo, los contactos que los liberales españoles pudieron tener con la población tangerina. Algunos marroquíes aparecen en el relato al hilo de las actividades cotidianas de los españoles; otros, en breves anécdotas que sirven al autor para ilustrar sus descripciones de la vida en Tánger. Así, algunos escribanos que habrían cobrado tarifas exorbitantes a varios emigrados; los marroquíes que solicitaban de los médicos refugiados recetas de «tónicos sexuales», o el muchacho negro, esclavo de un refugiado ya mencionado, «liberal vocinglero y servil malvado», que abandonó a su amo, quien no consiguió recuperarlo¹⁴⁷. Entre las anécdotas que muestran cierta familiaridad con algunos marroquíes, ha de señalarse la conversación con un «anciano ochentón» que explica muy razonablemente su matrimonio con dos mujeres, o los contactos con un jerife de etnia negra, de elevada posición en el entorno del sultán, que visitó Tánger y pidió conocer a los exiliados, cobrándoles tal afición, que pretendía llevarse a uno de sus jefes de vuelta a la corte, con la promesa de abogar en su favor ante las máximas autoridades; no dice el autor del ms. si se cumplieron los deseos del príncipe, aunque no parece que así fuera¹⁴⁸.

Pero el suceso más interesante que relata el autor del ms. y que describe acertadamente lo que puede calificarse de encuentro cultural problemático, se produce como ilustración a sus reflexiones sobre el carisma hereditario –que no llama así, naturalmente– que constituye una de las características centrales de la santidad marroquí. Un emigrado español que padecía de una enfermedad ocular fue visitado (¿a requerimiento suyo? ¿casualmente?) por un jerife acompañado de sus dos mujeres. Una de ellas, a la que el autor llama «santa»,

¹⁴⁷ *Memorable triunfo*, fols. 91v y 94r.

¹⁴⁸ *Ibidem*, fols. 95r y 94r respectivamente.

compadecida de la dolencia del enfermo, pidió sal y estuvo largo rato pasándosela por la cara, mientras rezaba en actitud absorta; al terminar la visita, los habitantes cristianos de la casa buscaron dónde enterrar la sal utilizada, que creían contaminada por los demonios. A primera vista no parece muy verosímil este contacto directo entre las mujeres de un jerife y un «infiel» cristiano, pero es posible que la reputación de santidad de una de ellas y el estatus especial de las familias de jerifes les permitiera actuaciones que en otros ámbitos habrían sido difíciles, si no imposibles, de realizar; desde luego es la única vez en todo el ms. que se menciona un encuentro directo con una mujer musulmana, aunque sea en tan singulares circunstancias. La ceremonia descrita por el autor del ms. parece corresponder a los ritos destinados a contrarrestar la acción de los espíritus (*ǧunnūn*), mediante el uso de la sal, aborrecida por ellos según creencia general¹⁴⁹.

De otro tono, que puede calificarse incluso de festivo, son las relaciones que, según el autor del ms., establecieron algunos exiliados con niños tangerinos; a lo primero, dice el autor, cuando subían a la alcazaba les tiraban piedras y les cantaban una canción cuya letra decía «los cristianos fritos y los judíos en la sartén». Pero con insistencia y paciencia no sólo consiguieron el cariño de los niños, sino que les hicieron sustituir la letra ofensiva por la de una copla española («anda morena, tu ventana cerrada me causa pena»), con la que les acompañaban en sus paseos hacia los prados¹⁵⁰. Estas escasas

¹⁴⁹ *Ibidem*, fols. 49r-v. Sobre la imposición de manos practicada por los jerifes, WESTERMARCK, *Ritual and Belief in Morocco*, I, pág. 155, y MATEO DIESTE, *Salud y ritual en Marruecos. Concepciones del cuerpo y prácticas de curación*, pág. 252. Los usos profilácticos de la sal, en WESTERMARCK, *Ritual and Belief*, I, pág. 115 e *index*.

¹⁵⁰ Se ha registrado una variante de la canción tangerina («the Christian to the hook, the Jew to the spit», HAY, *Western Barbary*, pág. 55) que tiene un sentido muy semejante -unos al anzuelo y otros al espetón. Sobre la copla española enseñada por los exiliados a los niños tangerinos, VERGARA, *Cantares populares recogidos en diferentes regiones de Castilla la Vieja y particularmente en Segovia y su tierra*, pág. 22 («Anda morena / tu ventana cerrada me causa pena / Anda, salero / para lo que tú vales / de más te quiero»). Otro caso de relación con niños marroquíes por parte de un viajero español, en MITJANA, *En el Magreb-el-Aksa. Viaje de la Embajada española a la Corte del Sultán de Marruecos, en el año 1900*, págs. 115-116 y 240.

indicaciones no reflejan lo que probablemente fue una situación más compleja, en la que debieron de establecerse muchas más relaciones con los habitantes de Tánger de lo que puede deducirse del testimonio del autor del ms.

Del conjunto de la sociedad musulmana tangerina, que era, por descontado, la gran mayoría de la población, destaca en el ms. la figura del bajá, a quien se muestra bajo los aspectos más favorables, como se verá después. Otros personajes del entorno del bajá aparecen fugazmente en la narración: Sidy Mahomed Mingud, Sidy Mahomed Zenzamani, Sidi Mahomed A-jardan o Ajurdan y Sidy Mahomed Montalbe. Lo escaso de las referencias que se hacen a estos personajes no debe esconder el significado que tiene su aparición en el texto del ms.

Al primero de ellos se refiere el autor con muy desfavorables calificaciones (servil, codicioso, rústico, venal...), que justifica por su connivencia con el cónsul español enemigo de los refugiados, Briarly¹⁵¹. Afirma igualmente que de pobre arriero había ascendido de la mano de Ū Mimūn, que llegaría a nombrarlo alcaide y «segundo gobernador» de Tánger, sustituyendo al bajá durante sus ausencias¹⁵². Zenzamani está citado en el índice del contenido del ms. como «alcaide almotacén y tercer gobernador de la Plaza y Provincia»¹⁵³, pero de Montalbe no se menciona más que su nombre, que aparece

¹⁵¹ No sé si puede identificarse el nombre de Mingud (que no he encontrado en las escasas crónicas marroquíes que se ocupan de este periodo) con el de Si Ahmed el Majdoub, citado así por MIÈGE (*Journal de Bendelac*, pág. 241, n. 9) como «second du gouverneur de Tanger qui avait accompagné Douglas dans sa mission» en enero de 1824; Douglas era entonces el cónsul británico y había ido a Fez a finales de 1823 para presentar al nuevo sultán, Muley ‘Abd al-Rahmān, los regalos ofrecidos por Inglaterra (SCHROETER, *The Sultan’s Jew*, pág. 116); Fernández-Daza, «Francisco Fernández Golfín», pág. 40, menciona a «el alcaide Hamed el Mestud», lugarteniente del bajá cuando estaba en Fez.

¹⁵² *Memorable triunfo*, fols. 3v-4r.

¹⁵³ *Ibidem*, fol. 4v. El «apellido» de este personaje debe de corresponder al de Tamsamānī, nisba tribal rifeña que lleva también otro de los miembros de este pequeño grupo. Quizá haya que identificarlo con el «Si Ahmed el Tamsamani» citado por Bendelac como segundo gobernador de Tánger en 1824 (*Journal de Bendelac*, pág. 267).

en un momento en que se trunca el ms. Debía de ser, no obstante, un miembro de las élites tangerinas, porque el autor del ms. lo sitúa en la puerta de la mezquita en conversación con el administrador de la aduana y tres emigrados; también es una indicación clara de su buena posición social el uso del apelativo Sidi, que igualmente llevan los otros tres marroquíes de este grupo¹⁵⁴.

Sidi Mahomed A-jardan o Ajurdan, que de las dos maneras se registra su nombre, es un personaje algo mejor conocido que los anteriores. Bendelac cita en su *Diario* a un Hadj Hamed Ahardane (así llamado en la traducción de Miège) que muy bien pudo haber sido el mencionado en el ms., si se tiene en cuenta la muy escasa precisión del autor en la transcripción de los nombres no españoles (y aun en éstos). Según Bendelac¹⁵⁵, este Hamed (o Ahmad) Ahardan era en enero de 1822 segundo jefe de la aduana de Tánger, lo que cuadra bien con las actuaciones que atribuye el autor del ms. a Sidi Mahomed. Así, en la primera de ellas, aparece como comisionado para llevar a cabo la orden de expulsión del franciscano Pedro Martín; en otro momento, es el emisario enviado al comandante de la corbeta colombiana *María Isabel*¹⁵⁶. Pero hay otra ocasión en que el autor del ms. transcribe fragmentos de una conversación que mantiene con el mismo Ajardan, en la que éste razona que la situación de una España sojuzgada e invadida (por el ejército francés) explica por qué el sultán «no reconoce más españoles que a vosotros»¹⁵⁷.

¹⁵⁴ En el artículo de *El Español Constitucional* citado más arriba y que, según se afirma en su entradilla, procede de un corresponsal *in situ*, se menciona a un «moro llamado Bentalve», que había vivido en Londres y que, de acuerdo con Meir Macnin («Mequenin»), trataba de convencer al sultán para que entregara a los refugiados a Fernando VII, a cambio de dinero en metálico y varios navíos de guerra; para sí había solicitado ser embajador en España. Es imposible dilucidar si se trata del llamado Montalbe que aparece en el ms.

¹⁵⁵ *Journal de Bendelac*, pág. 94.

¹⁵⁶ *Memorable triunfo*, fols. 28v y 107r. En una ocasión posterior (12 de julio de 1827), Bendelac vuelve a referirse a Ahardan como intermediario entre los marinos colombianos y las autoridades marroquíes (*Journal de Bendelac*, pág. 485).

¹⁵⁷ *Memorable triunfo*, fols. 28v, 107r y 116v.

Diríase que el autor pone en boca de su interlocutor sus propias ideas, aunque, en cualquier caso, lo que parece deducirse de este intercambio y de las referencias anteriores, es que uno y otro se conocían y trataban. Si se acepta, como creo que debe hacerse, que el llamado Muḥammad/Mahomed Ajardan es el mismo que aparece citado en otros textos como Aḥmad/Hamed, se observa que los refugiados españoles, tal como indica el autor del ms., habían establecido lazos de relación bastante estrechos con una serie de personajes marroquíes bien situados en el entorno del poder local y aun más allá.

A través de otras fuentes, Hamed Ajardan/Ahardan se configura como un personaje importante de la sociedad tangerina; el autor del ms. lo califica, al relatar su conversación, como «advertido», es decir, experto conocedor de los asuntos que trata. Pertenece a una familia originaria de Tamsamān, en el Rif, establecida en Tánger, donde gozaba de una excelente posición y tenía lazos de parentesco con otras familias de élite¹⁵⁸; probablemente estaba también relacionado con el Mahomed Zenzamani citado más arriba, que procedería de la misma región rifeña. Hamed Ajardan, que es citado por Bendelac junto con otro comerciante tangerino, Abarodi¹⁵⁹, era uno de los llamados «comerciantes del sultán» (*tuḡḡār al-sultān*), lo mismo que un judío como Macnin, de quien se tratará en seguida¹⁶⁰.

A los judíos presta mucha atención el autor del ms., en línea con la literatura de viajes de su época y la inmediatamente anterior; también en periodos posteriores las comunidades judías de Marruecos atraen un interés muy específico de los visitantes, que no dejan de señalar la

¹⁵⁸ MICHAUX-BELLAIRE, *Villes et tribus du Maroc. Vol. VII. Tanger et sa zone*, pág. 197.

¹⁵⁹ *Journal de Bendelac*, pág. 75.

¹⁶⁰ SCHROETER, *The Sultan's Jew*, pág. 126. Ahardan, como agente comercial del sultán (y en su propio beneficio también) viajó repetidamente por Europa y tuvo relaciones con comerciantes judíos en Gibraltar y otros lugares. Sobre el estatuto de los *tuḡḡār al-sultān*, muchos de los cuales eran judíos, KENBIB, *Juifs et musulmans au Maroc 1859-1948*, pág. 58, y SCHROETER, *The Sultan's Jew*, págs. 86-87.

discriminación de que eran objeto y los tratamientos, a veces humillantes, a que eran sometidos¹⁶¹. Situados claramente en una posición social inferior a la de los musulmanes, los judíos no eran, sin embargo, objeto sistemático de maltrato o persecución por parte de las autoridades marroquíes, que recurrían a muchos de ellos para una amplia serie de servicios y trabajos. Hay quien ha sugerido incluso que los viajeros occidentales solían cargar las tintas en sus descripciones de la discriminación antijudía por influencia de la situación de los judíos en sus propios países¹⁶². En todo caso, las relaciones entre musulmanes y judíos variaron mucho según las épocas y las actitudes que hacia los segundos mantenían los sultanes reinantes.

Más arriba se ha visto que el autor del ms. mencionaba a dos judíos que ejercieron como intérpretes de árabe en Tánger durante su estancia, Abensur y Omimon; también al médico Fersí, de quien no tenía muy buena opinión. Mención especial merecen otros dos judíos, Benasayas y Belido; ambos fueron protagonistas de una historia que el autor del ms. sitúa en el contexto de la competencia entre ambos, subrayando que Belido actuaba de consuno con el cónsul francés, Sourdeau. El relato, conciso como todos los del ms., dibuja oscuras componendas entre el cónsul, Belido y Abensur para arruinar al comerciante Benasayas, de cuya fortuna se apoderaron después de que perdiera varios litigios y de sufrir horribles castigos a los que consiguió sobrevivir. Toda la historia le sirve al autor del ms. para subrayar la para él despreciable actuación de Sourdeau, no menos que la de sus dos cómplices judíos; y, de paso, clamar contra el espantoso estado de la justicia marroquí. Aunque no dice nada al respecto, el tono y redacción de este relato denotan que había seguido los hechos muy de cerca y que conocía a los judíos implicados en todo el asunto,

¹⁶¹ Sobre los judíos magrebíes en la literatura de viajes, ZYTNICKI, *Les Juifs du Maghreb. Naissance d'une historiographie coloniale*, págs. 21-70.

¹⁶² BAR-ACHER, «Relations judéo-musulmanes dans le Maroc du XVIII^e siècle»; THOMSON, *Barbary and Enlightenment*, pág. 93. Sobre los judíos de Tánger en el siglo XIX, SERELS, *A History of the Jews of Tangier in the Nineteenth and Twentieth Centuries*.

incluido el desgraciado Benasayas, al que califica de «comerciante franco y descuidado»¹⁶³.

A pesar de que, como se verá después, el autor del ms. se enmarca en las descripciones occidentales sobre la lastimosa y degradante situación de los judíos, no deja de observar, en ésta y en otras ocasiones, la existencia de judíos ricos en una ciudad como Tánger, en la que llegarán a conformar las bases del capitalismo comercial marroquí¹⁶⁴. Se ocupa también, de refilón, de uno de los personajes judíos más interesantes e importantes de esta época, Meir Cohen Ben Macnin/Maqqin (m. 1835)¹⁶⁵. Este apellido aparece en algún otro testimonio contemporáneo como Macnean¹⁶⁶; el autor del ms. se refiere a él en dos ocasiones como Mechinino o Muhinin¹⁶⁷.

En ambos casos, la descripción que se hace de Macnin apunta a las circunstancias de una fenomenal carrera en el entorno del sultán, que le permitió tener un papel determinante en la política y la economía del Marruecos de su tiempo. De ello era consciente el autor del ms., que lo define, en una de las dos ocasiones en que lo nombra, como «confidente del emperador y visitador de las aduanas del imperio» y, en la segunda, como viejo hebreo «versado en especulaciones

¹⁶³ *Memorable triunfo*, fol. 100r. No he encontrado información sobre estos Benasayas y Belido en la bibliografía consultada.

¹⁶⁴ MIEGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 88; SCHROETER, *The Sultan's Jew*, pág. 79.

¹⁶⁵ Sobre el cual, Miège, *Le Maroc et l'Europe*, II, págs. 41, 88 y *Journal de Bendelac*, página 121, n. 73; EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Muley Sulayman*, págs. 42-46; Kenbib, *Juifs et musulmans au Maroc 1859-1948*, págs. 55 y 58; SERELS, *A History of the Jews of Tangier*, págs. 7 y 272; ABITBOL, *Histoire du Maroc*, pág. 290 y, sobre todo, SCHROETER, *The Sultan's Jew*, que reconstruye la historia de los judíos marroquíes en el entorno del sultán a través de un exhaustivo estudio de la biografía de Macnin.

¹⁶⁶ BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, págs. 150 y 246-247. BEAUCLERK conoció personalmente a Macnin en Marrakech, en el verano de 1826, cuando ejercía funciones palatinas en el entorno del sultán (también relata una anécdota curiosa sobre Macnin: desvió en su provecho el obsequio de pan y mantequilla que hacía diariamente el sultán a Beauclerk y sus compañeros de viaje, para beneficiarse del prestigio que otorgaba recibir estas viandas de parte del soberano).

¹⁶⁷ *Memorable triunfo*, fols. 24r y 75v.

mercantiles» y administrador de la aduana de Mazagán (al-Ġadīda). Sorprende que, aunque en el ms. hay unas cuantas alusiones a los administradores de la aduana de Tánger¹⁶⁸, no se mencione que Macnin fue nombrado para ese puesto a finales de marzo de 1825, según testimonio de Bendelac¹⁶⁹; la causa de esta omisión fue probablemente que Macnin duró poco en el ejercicio de este cargo, ya que el mes de junio de ese mismo año fue trasladado a las aduanas de Mazagán¹⁷⁰.

La trayectoria de Meir Macnin en Marruecos fue ciertamente extraordinaria y ha sido objeto de diversos estudios, alguno de ellos (el de Schroeter) realmente exhaustivo. El autor del ms. lo sitúa adecuadamente en la corte del sultán, que le confió una serie de misiones diplomáticas y comerciales. Fue tras la muerte de Muley Sulaymān (1792-1822) cuando Macnin alcanzó mayores cuotas de influencia política y económica, bajo el reinado de su sucesor Muley °Abd al-Rahmān (1822-1859)¹⁷¹. En noviembre de 1823, éste nombró a Macnin embajador ante todas las naciones cristianas que tenían relaciones con Marruecos, concediéndole además el control de las exportaciones marroquíes y el monopolio de la exportación de bueyes desde Tánger y Tetuán, de lo cual fue expresamente informado el bajá Ū Mīmūn¹⁷².

Una consecuencia inmediata de estos nombramientos fue que Macnin se hizo con el contrato de suministro de bueyes al ejército francés en España, un asunto en el que se movieron grandes cantidades de dinero y en el que participaron tanto el bajá como el cónsul francés y el intendente del ejército francés, Victor Ouvrard,

¹⁶⁸ *Ibidem*, fols. 28r, 34r y 43v-44r.

¹⁶⁹ *Journal de Bendelac*, pág. 349.

¹⁷⁰ SCHROETER, *The Sultan's Jew*, pág. 120, considera posible que este cambio se debiera a la presión de los cónsules en Tánger, que protestaron repetidamente por las muchas atribuciones de Macnin y su creciente influencia.

¹⁷¹ *Ibidem*, pág. XIII.

¹⁷² HALL, *The United States and Morocco, 1776-1956*, pág. 103; SCHROETER, *The Sultan's Jew*, pág. 105.

ya mencionado en estas páginas¹⁷³. El autor del ms. no menciona expresamente ese nombre ni el de Macnin, a pesar de que alude a estas transacciones económicas, que debía de conocer bastante bien, puesto que eran públicas en el ambiente de los cónsules extranjeros a los que se habían incorporado los refugiados españoles (volveremos a encontrar a Macnin más adelante, en el relato de las vicisitudes sufridas por ellos durante su estancia en Tánger).

No deben olvidarse, por un lado, las relaciones de Macnin con Gran Bretaña, donde residió durante las dos primeras décadas del siglo XIX y formó parte de la élite de los sefardíes londinenses, controlando desde allí y Essaouira gran parte del comercio británico con Marruecos y, por otra parte, sus lazos con judíos marroquíes que vivían en Gibraltar, como el ya mencionado Benoliel y con Cardoso¹⁷⁴.

Nada dice el autor del ms. de que hubiera conocido personalmente a Aaron Cardoso/Cardozo, pero es muy probable. De hecho, lo cita muy al comienzo de su texto, para recordar que desde Gibraltar, Cardoso escribió a Muley °Abd al-Raḥmān «remitiéndole un decente regalo según la usanza del país y suplicándole que concediese hospitalidad y seguro asilo en su imperio a los españoles expatriados»¹⁷⁵. Bendelac parece referirse a este envío cuando registra, el 21 de octubre de 1823, la llegada en un jabeque inglés de un sobrino de Cardoso, que traía obsequios para el sultán¹⁷⁶. La familia Cardoso, de origen

¹⁷³ Sobre este contrato y los problemas que lo rodearon, véase *ibidem*, págs. 116-117. IBN ZAYDĀN, *Iḥāf al-lām al-nās*, V, pág. 156, menciona el acuerdo del sultán con las autoridades francesas para venderles cabezas de ganado y cereales con destino a su ejército en España en 1239/1823-24. El autor del ms. se refiere (*Memorable triunfo*, fol. 32v) a la intervención del ministro francés Jean-Baptiste de Villèle (1773-1854) para resolver los problemas derivados de este comercio.

¹⁷⁴ Para MIÈGE (*Journal de Bendelac*, pág. 203, n. 145) estas relaciones debieron de influir en la política seguida por el sultán respecto a los liberales españoles. En cuanto a los lazos de Macnin con Gran Bretaña, véase SCHROETER, *The Sultan's Jew*, págs. 69-80 y 124 y sigs.

¹⁷⁵ *Memorable triunfo*, fol. 16r.

¹⁷⁶ *Journal de Bendelac*, pág. 203.

sefardí, tenía establecimientos comerciales en Mazagán, Mogador, Lisboa, Londres y Gibraltar (donde se instalaron a finales del siglo XVIII), y Aaron Cardoso, que no era el primer miembro de su casa en ejercer labores diplomáticas al tiempo que amasaba una respetable fortuna, fue un personaje influyente también en Tánger, desde donde mantenía un activo comercio con Gibraltar. Es interesante hacer notar que el padre de Aaron, Isaac Cardoso, había organizado los suministros al ejército napoleónico en España durante la guerra de la Independencia, a través de Gibraltar; el mismo esquema que, como se acaba de ver, y también con la participación de comerciantes y banqueros judíos (Macnin), se reprodujo en 1823¹⁷⁷.

El autor del ms. reconoce abiertamente la importancia decisiva de la intervención de Cardoso para conseguir un refugio seguro en Marruecos. No se hace eco, sin embargo, de una circunstancia personal del mismo Cardoso que explicaría su animadversión hacia Fernando VII y su gobierno – lo que motivó su rápida y eficaz actuación a favor de los liberales. En efecto, Cardoso había solicitado permiso en 1817 para trasladarse a territorio español con su esposa enferma, de manera que pudiera restablecerse en un ambiente más saludable que el del Peñón. A pesar de que el gobernador militar del Campo de Gibraltar apoyaba su petición, se le autorizó únicamente a residir en San Roque con su esposa, sometidos ambos a la vigilancia de la Inquisición como requisito impuesto por el «Obispo Inquisidor General». Cardoso renunció al traslado en esas condiciones y no habría sido extraño que su apoyo a los liberales se debiera en gran parte a la intervención inquisitorial¹⁷⁸. Es muy posible que el autor

¹⁷⁷ Más detalles en MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 49; LAREDO, *Les noms des juifs du Maroc. Essai d'onomastique judéo-marocaine*, págs. 1047-1049; SCHROETER, *The Sultan's Jew*, pág. 144 (sobre su misión diplomática en Orán); BROWN, *Crossing the Strait*, págs. 144-145. A la venta de caballos al ejército napoleónico en España se refiere AL-DU'AYYIF, *Ta'rih al-dawla al-sa'ida*, pág. 343.

¹⁷⁸ El caso fue estudiado por JUAN BAUTISTA VILAR, que publicó los documentos relativos a la solicitud y el informe del inquisidor en «Fernando VII, la Inquisición y los judíos de Gibraltar»; lo mencionan también SÁNCHEZ MANTERO, «Gibraltar, refugio de liberales exi-

del ms. no conociera esta noticia, porque parece extraño que, de haberla sabido, hubiera desaprovechado la ocasión de mostrar otro ejemplo de la crueldad del rey de España; por otra parte, no debe descartarse que, aun de haber estado al tanto de ella, hubiera desistido de utilizarla por no considerarla de relevancia para su narración o, incluso, por no tener demasiadas simpatías hacia los judíos, como revelan otras partes de su texto.

3. RELACIONES SOCIALES: OTROS REFUGIADOS. LOS MISIONEROS CATÓLICOS. LOS CÓNSULES

No se extiende mucho el autor del ms. sobre otros refugiados en Tánger de nacionalidad distinta a la española; tan sólo se refiere a la repercusión que tuvo la llegada de los escapados de Tarifa entre los emigrados, tanto españoles como franceses, portugueses e italianos¹⁷⁹. De estos últimos da, sin embargo, una información interesante. Al alabar la justa y generosa conducta del bajá respecto a los refugiados extranjeros en Tánger, subraya que a los italianos «les dio casa junto a su palacio, les concedió permiso para establecer fábrica de pólvora y venderla por su cuenta y les comendó al emperador para que los admitiera y dotara como a empleados en aquel ramo»¹⁸⁰. Esta noticia debe situarse en el contexto de las incipientes reformas del ejército emprendidas por los sultanes, que se desarrollarían más plenamente a partir de la derrota de Isly (1844) ante el ejército francés. La artillería era campo especialmente abonado para la presencia de extranjeros (muchos artilleros fueron renegados españoles)¹⁸¹; la fabricación de pólvora de buena calidad era también una necesidad que se hacía

liados», pág. 84; SIMAL, *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, págs. 191-192, y CHIPULINA, «The People of Gibraltar. 1790s. Aaron Cardozo», <http://gibraltar-social-history.blogspot.com.es/> (consultado 15 agosto 2016).

¹⁷⁹ *Memorable triunfo*, fol. 21r.

¹⁸⁰ *Ibidem*, fol. 123v.

¹⁸¹ MARÍN, *Testigos coloniales*, págs. 580-582.

sentir con fuerza¹⁸². De ahí que el autor del ms. señale asimismo la presencia, en Fez, de un húngaro que había conseguido licencia del sultán para establecer una fábrica de cañones, aunque por el momento se limitaba a acuñar monedas de plata de aleación muy baja¹⁸³.

Mención aparte merecen los misioneros franciscanos residentes en Tánger, ya que uno de ellos, Pedro Martín del Rosario, que ya ha aparecido en estas páginas en varias ocasiones, tuvo un papel importante en el conflicto que habría de enfrentar a los exiliados con el cónsul Briarly, lo que será objeto de posterior atención. Aquí se tratará por el momento de recuperar el retrato que de Pedro Martín hace el autor del ms., claramente sujeto a las reacciones contrarias que despertó su actuación respecto a los exiliados liberales.

El autor del ms. conoció personalmente a fray Pedro del Rosario, como lo denomina en su texto. La primera vez que aparece en él lo califica de «intrigante», al tiempo que describe sus funciones como «conventual en el hospicio de la misión apostólica», profesor de árabe e intérprete de la legación española¹⁸⁴. Más arriba se ha resumido la trayectoria de Pedro Martín, reconstruida detalladamente por R. Lourido; es evidente que, entre las facciones absolutista y liberal, el franciscano no dudó en apoyar a la primera, representada en Tánger por el cónsul enviado por el gobierno absolutista de Fernando VII. Por tanto, para el autor del ms., la actuación de Pedro Martín lo convertía *ipso facto* en un «oprobio de la frailía» y «corifeo de los perseguidores»¹⁸⁵; todo lo cual lo descalificaba como religioso. Los diferentes momentos en que fray Pedro protagoniza un suceso regis-

¹⁸² Véanse SIMOU, *Les réformes militaires au Maroc de 1844 à 1912*, págs. 110-126, y ALBERT SALUEÑA, «Las reformas del ejército marroquí en el siglo XIX y la participación española».

¹⁸³ *Memorable triunfo*, fol. 87v. Parece tratarse de un precedente frustrado de la *makīna* de Fez, la fábrica de armas establecida en Fez por los italianos en 1893 (TAMBURINI, «Las armas italianas del sultán: la política exterior del reino de Italia en el imperio jerifiano a finales del siglo XIX»). Véase además MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, III, págs. 219 y 226.

¹⁸⁴ *Memorable triunfo*, 22r.

¹⁸⁵ *Ibidem*, fols. 27r y 29v.

trado en el ms. sirven de ocasión para desmerecer sus actuaciones y su expulsión final de Tánger se considera la justa recompensa a sus labores en contra de los liberales. El franciscano se dibuja, en el relato compuesto por el autor del ms., como cómplice de las amenazas que planean sobre los exiliados e instrumento sin voluntad propia que manejan a su antojo los cónsules enemigos de los liberales, el español y el francés.

Ni que decir tiene que ésta es una visión muy parcial; pero la alianza entre los franciscanos y el cónsul del gobierno absolutista es, por otro lado, un hecho innegable y bien documentado. La visión que de Pedro Martín da el autor del ms. se apoya en ello para lanzar fuertes diatribas anticlericales que acompañan ritualmente a sus apariciones en el texto y que se extienden a todos los frailes de España, a quienes se atribuyen los más atroces crímenes¹⁸⁶. Lamenta el autor la injerencia de los clérigos en los asuntos políticos, sobrepasando los límites de lo que debería ser una actuación circunscrita a los preceptos apostólicos: es evidente que en éstas y otras consideraciones muy semejantes se está denunciando la actuación de buena parte del estamento eclesiástico durante el trienio liberal. No hay que olvidar que en esos años se había desarrollado en España una floreciente literatura anticlerical, con tintes a menudo muy violentos que impregnaron una parte de la publicística de carácter liberal; la figura del fraile aparece allí como el colmo de la maldad y la felonía. En ese ambiente, las reiteradas observaciones del autor del ms. acerca de los delitos y desmanes de los frailes no destacan de modo especial. La misión franciscana en Tánger no sería más que uno de los múltiples ejemplos de la «caducidad» del estamento eclesiástico español¹⁸⁷; sus características propias se dejan igualmente notar en anotaciones acerca del abandono de las labores espirituales de los frailes y el mal ejemplo

¹⁸⁶ *Ibidem*, fol. 27v.

¹⁸⁷ Sobre el anticlericalismo español en esta época, LA PARRA, «Los inicios del anticlericalismo español contemporáneo (1750-1833)» e «Intransigencia y tolerancia religiosa en el primer liberalismo español».

que dan tanto a judíos y musulmanes como a cristianos, a lo que se añade que el cónsul español se vio precisado a pedir a otros cónsules cristianos que contribuyesen económicamente al sostenimiento de la misión, ante el abandono del gobierno de Fernando VII¹⁸⁸.

Cierto es que en esos años se dio la mayor decadencia de la misión franciscana en Marruecos en toda su historia, habiéndose reducido el número de misioneros a la mínima expresión. No obstante, fray Pedro Martín supo mantener estrechas relaciones con el consulado español; se ha visto más arriba su papel como intérprete e incluso su actuación en labores diplomáticas como una especie de vicedcónsul oficioso. Lo que no pudo o no quiso hacer fue mantenerse al margen de la lucha política e ideológica entre el cónsul Orué, de manifiestas inclinaciones liberales, y su sucesor, Briarly. La interpretación que hace Lourido de la actuación de Pedro Martín en todo este conflicto, según la cual el misionero se atrajo la cólera de los liberales por no querer tomar partido entre ambos bandos, puede ser verosímil, pero también lo es que se decantara naturalmente por el del cónsul nombrado por un gobierno absolutista que se preciaba de ser defensor de la religión católica¹⁸⁹.

Quien tuvo palabras muy elogiosas para Pedro Martín del Rosario fue Graberg di Hemsö: no solamente le agradecía haber sido su primer maestro de árabe, sino que encomiaba sus conocimientos, afirmando que poseía a fondo el «árabe puro» y hablaba y escribía el dialecto marroquí como si fuera su lengua materna; es de desear, dice Graberg, que el franciscano («ce savant et aimable religieux») tenga tiempo y disposición suficientes par su proyecto de redactar una gramática y un diccionario del «dialecte arabe des maures»¹⁹⁰. Se desprende de estas observaciones el sincero aprecio del vicedcónsul de Suecia por fray Pedro Martín, como sabio y como persona.

¹⁸⁸ *Memorable triunfo*, fol. 30r.

¹⁸⁹ LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos».

¹⁹⁰ GRABERG DI HEMSÖ, *Précis de la littérature historique du Moghrib-el-Aksa*, pág. 108.

Los cónsules vertebraban la presencia de europeos y otros occidentales en Tánger: constituían centros de poder, ofrecían puestos de trabajo y oportunidades de negocio y controlaban el acceso a las autoridades locales. Aunque todo ello no carecía de dificultades y limitaciones, el ejercicio de su función convertía a los cónsules en figuras clave dentro de la enrevesada trama de múltiples relaciones tejidas en una ciudad como Tánger. Sus residencias destacaban dentro del caserío local tanto por su altura como por su estilo arquitectónico; así lo subrayan visitantes foráneos como el austriaco D'Augustin: «construites dans un style moitié mauresque moitié européen (...) contrastaient curieusement avec les basses maisons des marocains»¹⁹¹. De esa forma aparecen en la lámina, citada antes, que ilustra las obras de Graberg di Hemsö y Cochelet, que escribían en la década anterior a la del viaje de D'Augustin. Como se ha dicho, el autor del ms. calificaba la residencia consular de España de «suntuosa»; más allá de su apreciación subjetiva, lo cierto es que por sus dimensiones y características se distinguía mucho de las casas marroquíes más usuales. Otros visitantes se refieren al interior de algunas residencias consulares más: para Cochelet, la del cónsul francés, aunque era una de las más agradables de Tánger, no tenía las condiciones para alojar huéspedes. Como precisamente Cochelet disfrutó de la hospitalidad de Sourdeau durante algún tiempo, puede deducirse que habla con conocimiento de causa, aunque quizá sus reparos se deban sobre todo a la falta de espacio¹⁹². Cuando algo más tarde, en 1832, Eugène Delacroix (1798-1863) describe la casa del cónsul británico, señala su carácter excepcional respecto a las viviendas marroquíes y afirma

¹⁹¹ D'AUGUSTIN, *Souvenirs du Maroc. Rassemblés lors d'un voyage en l'an 1830*, pág. 23. Sobre el edificio del consulado español, véase más arriba, pág. 76, n. 104. El de la legación norteamericana fue ofrecido por Muley Sulayman en 1821 para ese uso; hoy día se conserva convertido en museo e instituto de estudios marroquíes (www.legation.org, consultado 21 marzo 2018); una carta de Muley °Abd al-Rahmān en 1828 documenta obras en el edificio, véase DĀWŪD, *Ta'rih Tiṭwān*, VIII, pág. 164. Sobre la residencia del consulado inglés, MAS GARRIGA, «El Consulado británico: un edificio olvidado de la medina de Tánger».

¹⁹² COCHELET, *Nauffrage du brick français «La Sophie»*, II, pág. 238.

que se trata de una auténtica casa inglesa, tan desprovista de adornos inútiles como comfortable, al igual que lo son las que pueden encontrarse en Oxford Street¹⁹³.

Otra característica distintiva de las residencias consulares en la ciudad, a la que se refiere en una ocasión el autor del ms., eran las banderas nacionales que se izaban y tremolaban en las conmemoraciones más señaladas, especialmente las que, en el caso de las monarquías, celebraban los días de su respectivo soberano (el único cónsul de una república era el de Estados Unidos), pero también, de forma regular, los domingos. Se trataba de un signo revestido de significados políticos que tomaba cuerpo en el ámbito urbano de Tánger, haciendo notar la presencia de los enviados extranjeros mediante la exhibición de sus enseñas, tanto en ocasiones especiales como en domingo, jornada marcada religiosamente. A su llegada en uno de esos días, Delacroix reparó en cómo los colores flotantes de las banderas destacaban con viveza sobre el blanco de las casas tangerinas, una imagen que ya no volvería a contemplar en el resto de su viaje¹⁹⁴. Por otro lado, en los años en que se sitúa la presencia de los exiliados liberales en Tánger, el izado de banderas nacionales se utilizó en algún momento como muestra de las disensiones entre los cónsules o de su toma de posición ideológica; así sucedió en agosto de 1824, cuando todos los cónsules izaron sus banderas para celebrar el aniversario del monarca francés, a excepción del español Orué; pero en octubre de ese mismo año, cuando Orué avisa a sus colegas de que deben tremolar sus enseñas para festejar el cumpleaños del rey de España, sólo lo hacen él y el cónsul norteamericano, Mullowny.

¹⁹³ DELACROIX, *Souvenirs d'un voyage dans le Maroc*, pág. 111. Uno de los resultados más conocidos del viaje de Delacroix es su magnífico retrato de Muley 'Abd al-Rahmān, conservado actualmente en el Musée des Augustins de Toulouse (lámina VII); véase LAMBERT, *Histoire d'un tableau: l'Abd er-Rahman, sultan du Maroc, de Delacroix*.

¹⁹⁴ DELACROIX, *Souvenirs d'un voyage dans le Maroc*, pág. 96. Una fotografía del caserío tangerino a finales del siglo XIX, con los altos mástiles de las banderas coronando las casas consulares, en BUDGETT MEAKIN, *Life in Morocco and Glimpses Beyond* (<http://www.gutenberg.org/ebooks/18764>), pág. 70.

En esos momentos estaba en litigio la legitimidad de la presencia de Orué como cónsul, que le discutía el francés Sourdeau, como se verá más adelante, y de ahí la utilización de las banderas como forma de declarar públicamente adhesiones y diferencias entre el pequeño grupo de los cónsules occidentales¹⁹⁵. Pero no debe olvidarse que, según atestigua el autor del ms., los consulados enarbolaban igualmente sus banderas con ocasión de las fiestas musulmanas, sobre todo en la llamada «fiesta del carnero», es decir, la fiesta de los sacrificios (*ʿīd al-adḥā*), que se celebra los días 10-12 del mes de *dū l-ḥiġġa*, al término de la peregrinación a La Meca¹⁹⁶.

El autor del ms. menciona también la casa de campo del cónsul de Suecia, un «hermoso huerto que llama su paraíso, franqueó a los emigrados, le sirve de recreo y desea le sirva de sepulcro»¹⁹⁷. El entonces cónsul, Johan Mathias D'Ehrenhoff, había sido nombrado para el cargo en 1823 y, según Beauclerk, compró al sultán el terreno en el que se edificó la quinta¹⁹⁸; pero ya antes, en 1806, el médico inglés John Buffa señala su existencia y describe su situación cercana al zoco exterior, los jardines con naranjos y una curiosa, según él, colección botánica¹⁹⁹. En 1826, Beauclerk, que había sido invitado a comer en esta residencia por D'Ehrenhoff (también estaba invitado el bajá, pero finalmente no acudió), observa que el cónsul había invertido mucho dinero y cuidados en el jardín-huerto y, como es habitual, alaba las vistas de la ciudad y la bahía. Según la hija del cónsul norteamericano, Mullowny, esta residencia campestre era cultivada «with the

¹⁹⁵ *Journal de Bendelac*, págs. 291 y 306-307.

¹⁹⁶ *Memorable triunfo*, fol. 28r. El autor del ms. sitúa esta fiesta «en la luna de noviembre», pero como el resto de las celebraciones musulmanas, al regirse por un calendario lunar, varía de fecha de un año para otro. En todo caso, durante la estancia de los refugiados en Marruecos, la fiesta se celebró entre julio y agosto de los años 1238-1240/1823-1825.

¹⁹⁷ *Memorable triunfo*, fol. 59v. CURTIS alaba las casas campestres de los cónsules de Inglaterra, Suecia y Estados Unidos (CURTIS, *A Journal of Travels in Barbary in the year 1801*, pág. 13).

¹⁹⁸ BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, págs. 23-26.

¹⁹⁹ BUFFA, *Travels through the Empire of Morocco*, pág. 25.

most elaborate and expensive care by its owner», el cual se encargaba personalmente de su supervisión, que le suponía tantos gastos como los que le ocasionaba su propia familia²⁰⁰.

Otros dos observadores, algo más tardíos, describieron esa residencia campestre con entusiasmo: en 1832, Eugène Delacroix se extendía sobre el «jardín del consulado de Suecia», cercano a la ciudad y en el cual pasaba gran parte de las mañanas: «De la terrasse qui s'y trouvait et d'où l'on voyait la mer, on avait aussi le spectacle fort animé d'un marché qui se tenait fréquemment en avant des portes», es decir el Zoco alto o grande²⁰¹. Hay, que escribía en 1839, se refería igualmente al hermoso jardín del cónsul sueco, «abounding with the choicest flowers and shrubs of Europe and Africa (...) a favourite resort of Europeans»²⁰².

La huerta del cónsul D'Ehrenhoff no era una excepción entre las de sus colegas, aunque sí parece haber sido la más popular y mejor cuidada. La mayoría de los cónsules poseían propiedades semejantes, situadas fuera del recinto amurallado, aunque próximas a él; la más cercana era la de D'Ehrenhoff. Según Graberg di Hemsö, la villa del consulado de Holanda tenía una parecida situación, mientras que las de Dinamarca, Francia y América estaban más alejadas, en la dirección del arroyo de los Judíos, y la de Portugal, en la llanura de los Pozos²⁰³. Los viajeros que visitaron Tánger mencionan también la existencia de una residencia campestre del consulado británico, pero no la del español²⁰⁴.

²⁰⁰ FORT, *Coos Coo Soo. Letters from Tangier*, pág. 288.

²⁰¹ DELACROIX, *Souvenirs d'un voyage dans le Maroc*, pág. 122. Véase MIÈGE y BOUSQUET, *Tanger porte entre deux mondes*, pág. 20.

²⁰² HAY, *Western Barbary*, págs. 36-37.

²⁰³ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 38. La opinión de COMÍN sobre estos lugares de esparcimiento es muy negativa: «teniéndose que contentar los cónsules con una mala huerta muy inmediata a los muros del pueblo» (*Ligera ojeada*, pág. 49). Sobre el jardín del consulado de Holanda se extiende el Barón JUSTIN TAYLOR, que lo visitó en 1823; véase su *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la côte d'Afrique, de Tanger à Tétouan*, III, plancha 78.

²⁰⁴ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc et le royaume de Fez, fait pendant les*

Si bien la huerta del consulado sueco es la más alabada por los visitantes a Tánger, el conjunto de estas residencias, vecinas las unas de las otras, conformaba un espacio sumamente agradable, al decir, entre otros, de Delacroix, cuya mirada de pintor se trasluce en comentarios como éste:

«Les jardins des consuls, placés en général a peu de distance de la ville, offrent des retraites charmantes sous les beaux ombrages des figuiers et des orangers (...) c'est une surprise fort agréable, pour une personne qui arrive du nord de l'Europe, de parcourir des bois entiers de ces beaux arbres»²⁰⁵.

Se explica Delacroix a continuación en una hermosa descripción de los naranjales, ya señalados por Buffa a comienzos de siglo. Estas quintas eran uno de los lugares preferidos por los cónsules y sus visitantes; el de Suecia, como se ha dicho, abrió las puertas de la suya a los exiliados liberales, y en otras circunstancias, todas estas residencias formaban parte importante de las redes de sociabilidad de los cónsules y sus familias. Si la sueca es la que atrae más alabanzas, otras no le iban a la zaga: la del cónsul norteamericano, que llevaba el nombre de «villa Washington», estaba rodeada de un hermoso jardín «qui brillait au milieu d'une végétation très dense», reproducido en una lámina que adorna la relación de viaje de D'Augustin²⁰⁶. Una memoria personal de este jardín es la de la hija del cónsul, Glorvina, que describe con detalle su flora: áloes, naranjos, olivos, peras, limoneros y granados. El cónsul, añade, había intentado el cultivo de melocotoneros traídos de Norteamérica, sin gran éxito, a pesar de que incluso había importado tierra de su país natal para ayudar a su crecimiento²⁰⁷.

Estas fincas podían llegar a ser verdaderos vergeles, como la de D'Ehrenhoff, dispuestos para el placer de los sentidos o, incluso, para el estudio científico, como lo fue la del consulado danés cuando lo

années 1790 et 1791, pág. 7, sólo menciona las quintas de los consulados de Inglaterra, Suecia y Dinamarca. ABITBOL, *Histoire du Maroc*, pág. 278, cita el texto de Lemprière.

²⁰⁵ DELACROIX, *Souvenirs d'un voyage dans le Maroc*, pág. 121.

²⁰⁶ D'AUGUSTIN, *Souvenirs du Maroc*, págs. 36-37.

²⁰⁷ FORT, *Coos Coo Soo. Letters from Tangier*, págs. 88-89.

ocupaba, desde 1800, Peter Schousboe (Roma, 1766-Tánger 1832). Schousboe, que había hecho su primer viaje a Marruecos en 1791, se distinguió por sus estudios sobre la flora marroquí, que se publicaron en ediciones bilingües, danés-latín y francés-latín²⁰⁸; también se ocupó de las algas marinas, lo que hace recordar que algunos de los exiliados liberales recogían algas en las playas tangerinas como una de las fórmulas ideadas para emplear sus largos ocios, inspirados quizá por el ejemplo del erudito danés²⁰⁹.

La proliferación de fincas campestres entre los cónsules occidentales en Tánger se explica por los observadores de este fenómeno como una forma de escapar al tedio de la vida urbana en la ciudad, creando un espacio propio en el que poder relacionarse sin sentir presión ambiental alguna. Lo mismo se hacía en otros lugares en que había representantes extranjeros, como Mogador (lámina XV), donde, a finales del siglo XVIII, los europeos residentes en la ciudad se reunían por las tardes en un jardín extramuros para charlar, leer o fumar²¹⁰. Este aislamiento era también favorable para otras actividades, como el cultivo de la viña y la producción de vino, que se hacía en Tánger de forma artesanal en las residencias de los cónsules de Suecia y de Holanda, según los testimonios de Graberg di Hemsö y D'Augustin²¹¹. El autor del ms. menciona, por su parte, los «hermosos emparrados» de la huerta del cónsul sueco y no deja de observar que la viña plantada en la del norteamericano estaba convertida en un «lastimoso matorral» por falta de cultivo adecuado y de riego. A este respecto, conviene también

²⁰⁸ La primera edición, de Copenhague, está datada en 1803; la de París-Argel es de 1874; véase EL ALAOUÍ, «Paysages, usages et voyages d'*Argania spinosa* (L.) Skeels (XI^e-XX^e siècles)», pág. 54.

²⁰⁹ BORNET, *Les algues de P.-K.-A. Schousboe, récoltées au Maroc et dans la Méditerranée de 1815 à 1829*. Esta casa del consulado danés pasó luego a ser residencia de recreo del cónsul británico John Drummond Hay y su familia.

²¹⁰ KEATINGE, *Travels through France and Spain to Morocco*, pág. 183.

²¹¹ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 109, y D'AUGUSTIN, *Souvenirs du Maroc*, pág. 45. D'Augustin probó el vino fabricado en el consulado de Holanda, que le pareció un espumoso de gran calidad; Graberg afirma que el del consulado sueco se conservaba bien de un año para otro.

recordar que los judíos marroquíes producían aguardiente («mahiya», *mā'iyya*) y que, según informa el autor del ms., los cónsules podían importar vinos y licores para su propio consumo²¹².

La proximidad al campo favorecía, por otra parte, la práctica de la caza, que, como se ha visto, era una de las actividades de ocio preferidas por los europeos residentes en Tánger. Los visitantes de paso se asombraban de la variedad de especies animales que poblaban los alrededores de Tánger: jabalíes, puercoespines, civetas, liebres, y toda clase de caza de pluma, especialmente grandes cantidades de perdices rojas²¹³. Las mejores descripciones de cacerías en la región tangerina proceden, sin duda, de John Drummond Hay; desde otro punto de vista, hubo quien destacó la gran facilidad para dedicarse a la caza en Marruecos, donde no existían leyes que la regulasen y los europeos no encontraban ninguna traba similar a las que existían en sus países de origen²¹⁴. Todo ello contribuía a hacer de las quintas de recreo cercanas a Tánger un espacio de libertad ajeno a las circunstancias que rodeaban normalmente la vida diaria de los cónsules y sus familias.

Para un observador exterior como Buffa, que llegó a la ciudad en enero de 1806, los cónsules extranjeros en Tánger disfrutaban de un entorno social y geográfico de cierta calidad:

«the European society, which consists almost solely of the families of the foreign consuls, is pleasant and agreeable. The adjacent country is beautifully romantic»²¹⁵.

²¹² *Memorable triunfo*, fols. 65r-v, 71v y 76r. Es curioso que, cuando ya a principios del siglo xx, el consulado español se trasladó a un edificio fuera del recinto de la medina, el entonces cónsul, Francisco Serrat, ocupó parte de sus ocios, como cuenta en sus memorias, en criar gallinas y otros animales en los amplios jardines de la nueva residencia (SERRAT, *Tánger 1916-1924*, págs. 378 y sigs.).

²¹³ D' AUGUSTIN, *Souvenirs du Maroc*, pág. 47. GLORVINA FORT rememora un pícnic organizado por el cónsul británico, Edward Hay, para llevar a cazar jabalíes, cerca de Tánger, a unos ingleses llegados de Gibraltar, y da noticia del abundante menú servido bajo los alcornos a los participantes en la excursión (FORT, *Coos Coo Soo. Letters from Tangier*, páginas 249 y 254-257).

²¹⁴ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 8.

²¹⁵ BUFFA, *Travels through the Empire of Morocco*, pág. 18.

En esta descripción, empero, se desliza una de las dificultades mayores de los cónsules en Tánger: sólo se relacionaban entre sí y con sus respectivas familias, si las había, lo que limitaba en grado sumo su vida social. No es de extrañar que acogieran con alegría la llegada de viajeros ocasionales o el contacto con un grupo como el compuesto por los exiliados liberales españoles.

Alguno de estos viajeros consideró que los cónsules tangerinos llevaban una vida de grandes dificultades: se exponían a serios peligros, habían tenido que renunciar a la vida social y al mundo civilizado y padecían continuas privaciones materiales²¹⁶. Esta era, al menos, la imagen que algunos ofrecían en las comunicaciones a sus países de origen, de manera que, aun teniendo sus quejas un fundamento real, se incrementase la valoración que tenía su trabajo. Es revelador, en este sentido, que cuando el médico británico James Curtis fue invitado a cenar en casa del cónsul danés, con asistencia de los de España, Portugal y Reino Unido, se sorprendiera del «magnificent style of living among these public agents», en contraste con las opiniones que le habían llegado sobre los problemas de su existencia cotidiana²¹⁷.

Por su parte, Lemprière subraya que no se relacionaban con los habitantes de la ciudad y que los tratados que habían firmado en nombre de sus soberanos no impedían que se vieran expuestos a los insultos de la población y sujetos al capricho del déspota que les hacía llamar a la corte para luego no recibirlos o bien, si lo hacía, les era imposible sacar de él ninguna ventaja para su propio país²¹⁸. El tema del despotismo de los soberanos marroquíes y la arbitrariedad de sus decisiones —que se consideran así siempre que no sean favorables para los intereses de los europeos— es un clásico de la literatura

²¹⁶ COCHELET, *Naufage du brick français «La Sophie»*, II, pág. 237. Sobre la situación de los cónsules franceses en los países del Mediterráneo, MASSÉ, «“Servir à l’État”, trouver des moyens de subsistence ou suivre une «brillante carrière». Avantages et désavantages d’être consul pendant le premier XIX^e siècle (1814-1852)».

²¹⁷ CURTIS, *Journal of Travels in Barbary*, págs. 21-22.

²¹⁸ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l’empire de Maroc*, pág. 7.

occidental sobre Marruecos y, como tal, debe considerarse con mucha precaución; a menudo los cónsules trataban de conseguir privilegios para sus países o para sí mismos, recurriendo para ello a todos los medios que estaban a su alcance. Algunos cónsules pasaban dificultades económicas, ya por el retraso en percibir sus emolumentos, ya por haberse endeudado o haber fracasado en los negocios que emprendían por cuenta propia. Algo de todo esto indica el autor del ms. cuando alude a las componendas del cónsul francés y su participación en los suministros al ejército de su país en España.

Más atención requieren los comentarios sobre la falta de relación con la población local y los insultos y peligros a que se exponían los cónsules en el ejercicio de sus funciones. La primera cuestión es evidente: como se ha visto al estudiar las relaciones de los exiliados españoles con los marroquíes, los cónsules, ellos mismos protagonistas de un exilio autoimpuesto, tendían a relacionarse entre sí y no con marroquíes, a no ser que se tratara de funcionarios o sirvientes: el bajá, el controlador de la aduana, los intérpretes, criados y soldados de la guardia, etc. Por otra parte, hay que tener en cuenta que los tangerinos de buena posición no debían de tener mucho interés en relacionarse con extranjeros cristianos e introducirlos en sus vidas familiares. En todo caso, la mayoría de los cónsules no conocían el árabe y se interesaban muy poco por los habitantes de Tánger o del resto de Marruecos; obviamente les resultaba más cómodo y atractivo, como a Ehrenhoff o Schousboe, dedicar sus ratos libres a la botánica —o a la caza²¹⁹.

Las excepciones a este panorama son, en primer lugar, Graberg di Hemsö, cuyas observaciones sobre Marruecos constituyen una

²¹⁹ La hija del cónsul norteamericano se refiere también a su «collection of Moorish curiosities», que anticipaba lo que luego sería la moda (muy extendida en Estados Unidos) de las decoraciones inspiradas en objetos y motivos «orientales» (FORT, *Coos Coo Soo. Letters from Tangier*, pág. 251). No parece que ninguno de los cónsules de este periodo ocupase sus ocios en el coleccionismo de antigüedades, práctica muy extendida en el Mediterráneo oriental (BEAUREPAIRE, «Réflexions sur les “loisirs” antiques des consuls»).

de las primeras y más valiosas obras de conjunto sobre el país, junto a otras publicaciones de menor entidad. Durante mucho tiempo se consideró su *Specchio geografico, e statistico dell'impero di Marocco* como obra de referencia y muchas de sus opiniones y observaciones fueron reproducidas por autores posteriores, no siempre citando su procedencia. Sin duda, Graberg tenía un interés grande por conocer todos los aspectos de la vida marroquí y su obra, fruto de su experiencia, de su conocimiento de la bibliografía existente y de los informes que recababa personalmente, revelan una curiosidad que va más allá de la mera erudición. Podría también incluirse en esta breve relación de funcionarios consulares interesados por la vida y cultura de los marroquíes a Jacques Delaporte (1777-1861), que había estudiado en la École des Langues Orientales de París y fue vicecónsul en Tánger entre 1816 y 1830, ejerciendo además como intérprete del consulado. Se conocen dos publicaciones de Delaporte, un *Spécimen de la langue berbère* (París, 1844) y un *Itinéraire de Tripoli à Tombouctou* (1822); con anterioridad a su puesto en Tánger, había sido intérprete en el consulado de Trípoli, y esto explica que, como se verá después, tuviera relación con el frustrado intento del renegado Piloti de llegar hasta Timbuctú²²⁰. De los conocimientos de Delaporte sobre la sociedad marroquí hay testimonios en su correspondencia con Silvestre de Sacy, a quien sacaba de dudas sobre temas relacionados con el país, como las actividades de la cofradía de los *ʿisāwa*²²¹.

Las «memorias» de Glorvina Fort, preparadas para su publicación en 1856 (mucho tiempo después de que hubiera abandonado Tánger, donde vivió siete años), reproducen aspectos particulares de la sociedad «consular» de la época. La hija del cónsul Mullowny se considera, como tantos otros miembros de esa sociedad, una exiliada en tierras no civilizadas, pero su interés por la naturaleza y la lectura,

²²⁰ MESSAOUDI, «Jacques Denis Delaporte (1777-1861)». Véase también HOSOTTE-REY-NAUD, «Un ami méconnu et deux oeuvres inédites d'E. Delacroix».

²²¹ «Extrait d'une lettre de M. Delaporte, vice-consul de France à Tanger, à M. le baron Silvestre de Sacy, en date du 3 Septembre 1823».

así como sus firmes convicciones morales y religiosas (se refiere a su «native-born quakerism») dotan a su mirada de unas características singulares. No descuidaba tampoco el establecimiento de lazos sociales con el resto de la comunidad de europeos residentes en Tánger, especialmente los cónsules y sus familias, cuando éstas habitaban allí. En sus descripciones se observa una clara división entre los cónsules anglosajones y del norte de Europa y el resto de los representantes diplomáticos (Portugal, Francia, España, Cerdeña), a los que se concede muy escasa atención. Es notable la descripción que hace Fort de una «soirée» de Navidad, organizada por el cónsul de Portugal y su esposa española²²²; la pluma de la norteamericana, sin dar el nombre de ninguno, describe a los demás cónsules por su nación y su aspecto y carácter, subrayando el tono cosmopolita de la reunión, en la que participaban otros europeos e incluso «two fat Spanish friars, with their cowls, crucifixes and rosaries», retrato poco favorecedor de los dos franciscanos, que no parecen haber gozado de las simpatías de Miss Muldowny²²³. Por otro lado, ella misma se lamenta de una cierta rigidez en las normas que regían los contactos entre los cónsules y sus familias, de tal manera que los recién llegados debían esperar a ser visitados de manera formal por sus colegas y a devolver del mismo modo estas visitas, antes de poder iniciar unas relaciones menos encorsetadas por la etiqueta²²⁴. Fort, que como se ha visto se preocupó por estudiar árabe, ha dejado asimismo una interesante descripción de su visita a una señora marroquí de buena posición, a la que llama Lady Fatima, cuyo marido había visitado Inglaterra y había recibido, por tanto, la benéfica influencia de la cultura occidental (a lo cual atribuye que sólo tuviera una esposa); el relato de la visita ocupa un número considerable de páginas y es un documento inapreciable

²²² Se trataba probablemente de la hija del gaditano Daniel Macnamara, casada con Jorge José Colaço en 1810 (MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 47).

²²³ FORT, *Coos Coo Soo. Letters from Tangier*, págs. 290-292.

²²⁴ *Ibidem*, pág. 98. También hubo ocasiones más desenfadadas, como un baile de disfraces en el que participó BEAUCLERK a su paso por Tánger (*Journey to Morocco*, págs. 23-24).

para la historia del vestido femenino en Marruecos... y poco más, porque nada dice la autora sobre lo que pudo ser su conversación con la dueña de la casa, fuera de los intercambios corteses de saludo y despedida. En este sentido, lamentablemente, la narración de Glorvina Fort no difiere de muchas posteriores, en las que la incomunicación entre mujeres árabes y europeas suele ser la norma²²⁵.

El autor del ms. se refiere a un asunto directamente relacionado con los peligros a que se exponían los cónsules o, en general, los extranjeros cristianos, en el ámbito público de la ciudad. Su protagonista fue el cónsul francés, Sourdeau, en 1820. Al parecer, el cónsul fue atacado por un «santón, que descargando la pesada porra sobre la cabeza del aturdido Sourdeau lo dejó tendido en la marina; crimen horrendo que la sagacidad de Muley Soliman castigó poniendo al reo a la disposición del cónsul francés, el que no sólo perdonó sino también regaló al intrépido y malvado santón»²²⁶. La anécdota le sirve al autor del ms. para ilustrar su afirmación sobre «la tendencia de los árabes a aporrear y matar cristianos»²²⁷; pero, como era de esperar, no manifiesta ninguna simpatía hacia el agredido cónsul.

El episodio, documentado por Sourdeau en su correspondencia²²⁸, debió de causar cierta sensación, debido en parte al perspicaz comportamiento del sultán, que se quitó de encima la responsabilidad de castigar a un musulmán por haber agredido a un cristiano, endosándosela al propio cónsul. El recuerdo del ataque —que posiblemente alarmó al resto de los cónsules, que se sentían expuestos a sucesos del

²²⁵ FORT, *Coos Coo Soo. Letters from Tangier*, págs. 161-165.

²²⁶ *Memorable triunfo*, fol. 43v. El autor del ms. sigue de cerca el relato de este suceso por COMÍN (*Ligera ojeada*, págs. 29-30), quien añade que el ataque al cónsul se produjo cuando éste se acercó a «un corro de moros que se divertían jugando al blanco».

²²⁷ *Memorable triunfo*, fol. 43v.

²²⁸ CAILLÉ, *Le consulat de Tanger (des origines à 1830)*, págs. 93-94, donde se transcriben parcialmente las cartas cruzadas entre el cónsul y el sultán. La de Sourdeau tiene fecha de 1 de abril de 1820 y la respuesta del sultán es del 27 del mismo mes (aunque, por error, aparece datada el 27 de marzo). Según Caillé, el agresor fue finalmente expulsado de Tánger, a donde se le prohibió volver.

mismo tenor— se mantenía veinte años después, cuando Hay escribía que «a French consul-general some years ago was nearly killed by a sainted mad man»²²⁹; a finales del siglo, permanecía vivo y fue recogido por el etnógrafo Edmond Doutté, en su estudio sobre las manifestaciones de la santidad marroquí, a propósito de los *bahlūl* o santos «arrebataados», cuya locura era respetada como una manifestación de inspiración divina²³⁰.

No mucho después de estos hechos, en 1844, el vicecónsul de España en Mazagán, Víctor Darmon, fue acusado de haber dado muerte a un musulmán, por lo que fue ejecutado sumariamente. Darmon era un judío nacido en Marsella, de padre tunecino, y había ejercido también como agente consular de Francia e Inglaterra. Las circunstancias eran muy diferentes, por tanto, como también lo era el contexto histórico; pero el caso es que su muerte, calificada de asesinato por la publicística occidental, fue objeto de gran atención y causó una fuerte impresión en Europa. Se ocupa de todo el asunto con gran detalle Estébanez Calderón, que contribuyó a difundir la visión de la justicia marroquí como un arma despótica en manos del sultán, presentando a Darmon como una víctima de iniquas y rencores que condujeron a su muerte²³¹.

Que los cónsules y otros «cristianos» que vivían en las ciudades portuarias marroquíes temiesen ser objeto de persecuciones y desmanes no estaba justificado por los hechos, aislados e infrecuentes; pero existía desde luego una desconfianza mutua causada por seculares incomprensiones y prejuicios. Por parte marroquí, la creciente presen-

²²⁹ HAY, *Western Barbary*, pág. 61.

²³⁰ DOUTTÉ, *Notes sur l'islâm maghribin. Les marabouts*, pág. 77 («Déjà en 1820 un autre bahloul avait donné un coup de bâton à notre consul en Tanger, M. Sourdeau. Ce dernier ayant réclamé, le sultan Moualy Soleimân répondit, non sans ironie, au consul de ne pas faire trop attention à cet act d'un fou et de mettre en pratique le precept évangélique de l'oubli des injures»)

²³¹ ESTÉBANEZ CALDERÓN, *Manual del oficial en Marruecos*, capítulo XXII, págs. 310 y sigs. Véanse MARTÍN CORRALES, «El patriotismo liberal español contra Marruecos (1814-1848)», págs. 27-37 y LOUREIRO SOUTO, «El asesinato de Víctor Darmon y la crisis hispano-marroquí de 1844».

cia de occidentales en las ciudades donde se les autorizaba a residir se contemplaba con inquietud: a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, el historiador al-Du^ʿayyif registra, por ejemplo, la abundancia de europeos en Rabat, donde, según cuenta, hacen mucho negocio con los comerciantes locales, que los reciben en sus casas y los honran de muchas maneras, llegando al punto de empezar a construir las puertas de sus residencias con «arcos rumíes»; el historiador se alarma ante el crecimiento de esta población europea y sus consecuencias económicas, sociales y culturales, actitud aprensiva que constituye uno de los *leitmotiv* de su crónica²³². Las reducidas colonias de extranjeros cristianos, por su parte, sentían la presión de un entorno que podía convertirse en hostil como reacción a las amenazas exteriores.

En estos grupos sociales tan restringidos en número –aunque su crecimiento fuera visto con suma desconfianza por miembros de las élites marroquíes– los cónsules tenían un papel limitado pero dotado de un carácter simbólico de gran repercusión. En un país como Marruecos, en el que su presencia se situaba en el centro de los equilibrios inestables que gobernaban sus relaciones internacionales con el ámbito que puede denominarse como «europeo» u «occidental» (por no utilizar el reduccionismo literal que enfrentaba en esa época al mundo islámico con el cristiano), los cónsules son figuras liminares, que si bien tratan de preservar sus propias identidades culturales, no pueden por menos de sentirse amenazados por un entorno que comprenden dificultosamente pero del que no pueden prescindir. Es interesante, a este respecto, hacer notar que muchos de los cónsules occidentales en Marruecos en la segunda mitad del siglo XVIII y primeros decenios del XIX residieron en Tánger durante

²³² AL-DU^ʿAYYIF, *Taʿrīḥ al-dawla al-saʿīda*, págs. 274-276. Los «arcos rumíes» a que se refiere son los de medio punto que todavía hoy caracterizan muchas casas de la medina de Rabat. Los ataques, ejecuciones o, según los casos, asesinatos de europeos, dieron lugar a represalias de cierta consideración o incluso a expediciones militares de envergadura. Un ejemplo notorio es el del Dr. Mauchamp, sobre el cual véase KATZ, *Murder in Marrakesh. Émile Mauchamp and the French Colonial Adventure*. Véase también PENNELL, «The Social History of British Diplomats in North Africa and How it Affected Policy», pág. 356.

largos periodos de su vida profesional; algunos de ellos fallecieron en la ciudad o, como dice el autor del ms., esperaban ser enterrados en ella (el sueco D'Ehrenhoff). Los puestos en el norte de África aventajaban a otros destinos consulares (mejores emolumentos, inmunidad fiscal) y quienes accedían a estas funciones en Tánger tenían oportunidades para establecer relaciones de negocio al margen de su labor representativa, además de ejercer como auténticos «embajadores» ante la carencia, en Marruecos, de legaciones estables²³³.

Todo ello contribuía a crear un entramado relacional entre los cónsules de los países representados en Tánger, que en ocasiones llevó a establecer lazos familiares entre algunos: así, John Drummond Hay se casó, el año de su llegada a Tánger (1845), con una hija del cónsul danés, Johan Arnold Carstensen²³⁴. Más arriba se ha visto que el cónsul español Cenón de Orué se había casado en Tánger con una señora cuya familia estaba allí establecida, y que uno de los refugiados liberales, el gaditano Juan Jacinto López, era familiar –casado con una sobrina suya– del cónsul portugués, Jorge José Colaço, en cuya casa fue acogido durante su exilio. El propio Orué era sobrino de un cónsul anterior, Blas de Mendizábal, siguiendo así un esquema de continuidad familiar en el cargo que se documenta ya en el siglo XVIII, con los hermanos González Salmón en Marruecos, o con los Soler en el consulado de Trípoli; no faltan ejemplos en otros consulados en Tánger, como el sueco, en el que a la muerte de Johan Mathias D'Ehrenhoff en 1853, le sucedió en el cargo su hijo Selim²³⁵.

²³³ PRADELLS NADAL, «Los cónsules españoles del siglo XVIII», págs. 242 y 250. Los cónsules franceses tenían prohibido dedicarse a negocios comerciales desde 1781, aunque en el siglo XVIII hubo muchas excepciones a esta regla, que comenzó a seguirse más estrictamente en el XIX (MASSÉ, «“Servir l'État”», pág. 137).

²³⁴ BROOKS, *A Memoir of Sir John Drummond Hay*, pág. 142. La autora, hija de Hay, afirma que sus padres se conocieron durante un viaje de él, estando de permiso en Inglaterra, a Estocolmo y Copenhague (*ibidem*, pág. 66; PENNELL, «The Social History of British Diplomats», pág. 363).

²³⁵ MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 24, n. 7. Sobre la gestión de Mendizábal, POSAC MON, «Proyección en Marruecos de la guerra de la Independencia», págs. 153-156.

El microcosmos de los cónsules en Tánger, tan limitado en número, ofrece sin embargo características que hacen de él una reproducción, a escala mínima, de las tensiones y alianzas que se producen en un grupo social obligado a mantenerse unido cara al exterior, pero dividido internamente por líneas de fractura a veces infranqueables. Como en una aldea que se sintiera asediada por amenazas externas, los habitantes del ámbito consular, que proceden de muy distintos países, culturas y posiciones sociales, forman un grupo estrictamente jerarquizado que comparte solidaridades cotidianas, sometidas empero a la competencia entre sí y ante los poderes locales. Ese difícil equilibrio puede verse alterado de forma radical si aparece un conflicto político de gran magnitud, ante el cual los cónsules, necesariamente, deben tomar partido y actuar en consecuencia. Eso fue lo que ocurrió en Tánger, a partir de 1823, con la llegada de los refugiados españoles; las luchas políticas en suelo español se trasladaron a la ciudad norteafricana e involucraron en ellas a todo el cuerpo consular y a las autoridades marroquíes.

III

Cónsules, exiliados y conflicto político

I. LOS PROTAGONISTAS DEL CONFLICTO

Puesto que se ha prestado atención con anterioridad a los exiliados liberales en Tánger y sus individualidades más destacadas, este apartado se centrará en las figuras de los cónsules occidentales en la ciudad; aunque muchos de ellos ya han sido mencionados, conviene precisar quiénes eran estos personajes para mejor calibrar sus actuaciones durante el conflicto que constituye la parte fundamental del texto que nos ocupa.

Durante los tres años de duración del exilio liberal en Tánger (y al menos desde 1820), había allí ocho cónsules extranjeros: los del Reino Unido, Estados Unidos de América, Suecia y Noruega, Dinamarca, Países Bajos, Francia, Portugal y España¹. Algunos de ellos tuvieron un papel preponderante en el conflicto y sus diversas fases, como así se ve a través del ms. y de otras fuentes documentales: se trata, en especial, de los cónsules del Reino Unido, Estados Unidos, Francia y, naturalmente, España.

¹ Es el mismo número que encontraron viajeros como Domingo Badía (1803) y Burel (1808); véanse CAILLÉ, *La mission du capitaine Burel au Maroc en 1808*, pág. 8; MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, págs. 24-25; MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 17, y MIÈGE y BOUSQUET, *Tanger porte entre deux mondes*, pág. 20.

James Sholto Douglas, el entonces cónsul inglés, había sido capitán de Infantería en el ejército británico antes de incorporarse a su puesto en Tánger, en el que permaneció entre 1818 y 1829². El autor del ms. se refiere a él en varias ocasiones, siempre en términos elogiosos: así, menciona su carácter decidido y su energía e, incluso, su sensibilidad y la de sus hijas, que cuando los refugiados españoles dejaron finalmente Tánger acudieron a auxiliar a quienes carecían de recursos para emprender adecuadamente su viaje; no era la primera vez, afirma, que los más necesitados de entre los exiliados conocían, por experiencia, la largueza de estas señoras³. En todo momento, Douglas aparece en el ms. como firme partidario de los liberales españoles, y el autor del ms. corresponde adecuadamente haciendo un encendido elogio del entonces monarca británico, Jorge IV⁴.

Es de suponer que el cónsul inglés habría recibido instrucciones de su gobierno para proceder de ese modo, pero además se tiene constancia de que el militar (había participado en la guerra de la Independencia española) y político británico Robert Thomas Wilson (1777-1849), de declarada posición liberal, estuvo en Tánger en 1823 y planeó junto a Douglas el modo de apoyar a los refugiados españoles que habían llegado a la ciudad⁵. No extraña, por tanto, el entusiasta retrato que hace el autor del ms. de la figura de Douglas, al que, por otra parte y siempre dentro de esa línea de alabanza sin

² MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, 24-25; BROWN, *Crossing the Strait*, utiliza los informes enviados por Douglas a su gobierno para el análisis de la evolución del comercio entre Inglaterra y Marruecos (*index*, s. v. Douglas). A partir de los años 20 del siglo XIX, los cónsules británicos, normalmente comerciantes, empezaron a ser militares retirados y con buenas conexiones sociales (PENNELL, «The Social History of British Diplomats», pág. 361).

³ *Memorable triunfo*, fols. 8v, 10v, 12r, 119v. El 28 de febrero de 1822, BENDELAC anota en su *Diario* la llegada a Tánger del cónsul Douglas (no indica su procedencia) acompañado de su mujer, sus dos hijas y una dama de compañía (*Journal de Bendelac*, pág. 97). GLORVINA FORT da algún detalle más sobre las obras de beneficencia de las hijas del cónsul (FORT, *Cooos Coo Soo. Letters from Tangier*, pág. 107).

⁴ *Memorable triunfo*, fols. 111v y 113v.

⁵ FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 23. Véase CASTELLS, «La resistencia liberal contra el absolutismo fernandino (1814-1833)», pág. 57.

fisuras, sitúa en otros momentos de cierto interés, porque revelan las relaciones del cónsul con algunos personajes significativos dentro del panorama retratado en el texto.

Es el caso de Edward Tripland, a quien se ha mencionado anteriormente. Se trata de uno de los agentes más activos no sólo a favor de los liberales españoles, sino también de los corsarios colombianos. Tripland, desde Gibraltar y con numerosas conexiones en Tánger, aparece en el ms. como afanoso colaborador de James Douglas; ambos comunican al gobernador de Gibraltar, George Don, la mala noticia de que los emigrados se ven forzados a abandonar la ciudad; aunque poco después la situación mejora, es ésta ocasión para que el autor del ms. alabe la «humana» conducta de Don, dispuesto a acoger a cinco exiliados en Gibraltar⁶. Al igual que ocurre con Douglas, la figura de George Don (lámina XVI) es definida por el autor del ms. como un dechado de virtudes; lo califica de «benéfico» y compara favorablemente su actuación respecto a la de su predecesor, Lord Chatham, cuya «rígida senda» respecto a los refugiados no siguió⁷. El autor del ms. no parece andar muy equivocado en su evaluación de estos dos gobernadores del Peñón; en efecto, Chatham se desentendió de sus responsabilidades y residió muy brevemente en Gibraltar, mientras que George Don dejó allí una impronta realmente «benéfica», estableciendo una serie de obras públicas básicas de las que la población carecía hasta entonces⁸. Se observa, en todo caso, la estrecha relación entre la guarnición gibraltareña y sus gobernantes con el consulado británico en Tánger, al que correspondía

⁶ *Memorable triunfo*, fol. 111v. BENDELAC anota esta entrevista, pero en lugar de Douglas, menciona al cónsul norteamericano, Mullowny, como uno de sus protagonistas; la sitúa el 1 de diciembre de 1825 (*Journal de Bendelac*, pág. 408).

⁷ *Memorable triunfo*, fols. 108r-v. El mismo calificativo es usado por BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 323; debe recordarse que Beauclerk era miembro de la guarnición de Gibraltar.

⁸ George Don (1756-1832) fue gobernador en funciones de Gibraltar entre junio de 1825 y junio de 1830. Véase CONSTANTINE, *Community and Identity: The Making of Modern Gibraltar since 1704*, págs. 107 y sigs.

mantener buenas relaciones con el gobierno marroquí y garantizar así el aprovisionamiento del Peñón. En esa situación, la intervención británica a favor de los refugiados liberales era una más de las cartas que podían jugarse para asegurar la continuidad de las buenas relaciones con los marroquíes y el fortalecimiento de los contactos con las nuevas naciones americanas.

No obstante, la actuación de Douglas al frente del consulado británico, si bien resultó ventajosa para los exiliados españoles, estuvo sujeta a variaciones en su relación con las autoridades marroquíes⁹. Douglas no tenía buena opinión del bajá Ū Mīmūn, como se verá al tratar de su figura, y consideraba que los problemas que le planteaba se debían a la ignorancia del bajá sobre los usos comerciales y diplomáticos que gobernaban las relaciones entre los países europeos y Marruecos¹⁰. Uno de los puntos de fricción entre el cónsul y el bajá fue el problema de las tasas que se exigían a los judíos para poder viajar fuera de Marruecos, a las que se refiere el autor del ms. como «el pecho personal que pagan anualmente los judíos, el derecho de 100 reales que satisface cada uno de estos infelices la primera vez que sale del imperio, y de 2 000 si es judía»¹¹. Aunque al parecer no siempre se cobraba ese impuesto¹², el caso es que cuando en 1824 se exigió su pago a dos judíos gibraltareños, la consiguiente reclamación de Douglas ante el bajá desencadenó entre ambos un conflicto de tal calibre que al cónsul inglés se le prohibió a continuación cualquier contacto directo con el soberano marroquí¹³; de esta forma el bajá aseguraba que las comunicaciones del consulado británico pasaban por sus manos y su autoridad no era contestada.

⁹ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 519, n. 25, llega a afirmar que, en los últimos años de su estancia en Tánger, se encontraba prácticamente aislado y en completa desgracia ante el gobierno marroquí.

¹⁰ BROWN, *Crossing the Strait*, pág. 183.

¹¹ *Memorable triunfo*, fol. 56v.

¹² MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 247, n. 28.

¹³ BROWN, *Crossing the Strait*, pág. 87; Schroeter, *The Sultan's Jew*, pág. 117.

John Mullowny, cónsul de los Estados Unidos en Tánger entre 1821 y 1830, aparece reiteradamente en el ms.; no se menciona su nombre, pero se le identifica como «cónsul americano» o «cónsul de los E.U.»¹⁴, siempre dispuesto a defender los intereses de los refugiados españoles y a ofrecerles, si falta hiciera, su protección e incluso su residencia.

Mullowny sucedió en el cargo a James Simpson, que había sido el primer cónsul norteamericano en Tánger, entre 1797 y 1820; a su muerte le sucedió provisionalmente su hijo John, hasta que se produjo el nombramiento de Mullowny y su llegada a Tánger el 17 de mayo de 1821¹⁵. John Simpson, que tenía muchos intereses comerciales en Marruecos y Gibraltar, permaneció varios meses más en Tánger. Cabe señalar que uno de sus hermanos, Diego, convocó en su casa tangerina a los liberales españoles en mayo de 1824, según atestigua Bendelac¹⁶. John Mullowny también tenía su residencia abierta a los refugiados, al menos a los más distinguidos o aquéllos con los que había establecido un contacto más regular. La protección que les dispensaba era tan públicamente reconocida que el gobierno norteamericano recibió al respecto una protesta del español cuando en agosto de 1824 llegaron a Tánger los escapados de la fracasada expedición a Tarifa y fueron

¹⁴ También se menciona, como ya se ha visto, a Glorvina Mullowny, hija del cónsul. Como Douglas, y como otros muchos cónsules de la época, Mullowny tenía un pasado militar, esta vez en la marina estadounidense; también se había dedicado al comercio. Con anterioridad a su puesto en Tánger, fue cónsul en las islas Canarias (FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 32 y n. 70). Glorvina debía de ser una mujer inteligente y bien preparada; no sólo tomó lecciones de árabe durante su estancia en Tánger, sino que, una vez de vuelta a Estados Unidos y ya casada, escribió el libro sobre su experiencia marroquí que se cita en estas páginas.

¹⁵ *Journal de Bendelac*, pág. 48 y n. 14; HALL, *The United States and Morocco*, págs. 91-95. Más detalles sobre la biografía de Mullowny en FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 43, n. 70. Sobre los procesos de selección de los cónsules norteamericanos en esta época, MARZAGALLI, «De l'intérêt d'être consul: quelques observations à partir de l'expérience américaine en Méditerranée».

¹⁶ *Journal de Bendelac*, pág. 269. Véase MIÈGE y RAINERO, *Le Maroc. Écrits de Graberg de Hemsö*, págs. 43-44, para más detalles sobre John Simpson, cuyas actividades mercantiles poco claras no le dieron muy buena reputación.

acogidos por Mullowny, de lo cual se hacen eco tanto el autor del ms. como Bendelac¹⁷.

En otras ocasiones, el apoyo del cónsul norteamericano daba lugar a celebraciones de cierta repercusión pública, que suscitaban el enojo de sus adversarios políticos. Bendelac da dos ejemplos. Uno de ellos ya se ha mencionado: en pleno enfrentamiento entre el español Orué y el francés Sourdeau por la posesión del consulado español, Orué advierte al resto de los cónsules que, para celebrar el cumpleaños del rey de España, han de izar sus banderas. Sourdeau contraataca y reafirma su nombramiento como encargado de los intereses españoles; en consecuencia, el día del aniversario (14 de octubre de 1824, cuando el rey cumplía 40 años) sólo Orué y Mullowny izaron sus banderas¹⁸. Mayor repercusión entre la colonia extranjera de Tánger debió de tener la fiesta organizada por el cónsul norteamericano para celebrar la expulsión de Pedro Martín del Rosario, en la que, según los informes del entonces representante español, Briarly, los invitados –los refugiados liberales– entonaron canciones del más dudoso gusto (es de suponer que anticlericales y antifernandinas)¹⁹.

Sólo en una ocasión manifiesta el autor del ms. que Mullowny, como el resto de los cónsules que favorecían a los liberales, flaqueara en su posición de apoyo incondicional. Tal como describe los hechos, éstos debieron de suceder tras el traspaso del consulado español a Sourdeau por parte de Orué, que había sido destituido por Fernando VII el 19 de agosto de 1824, pero que consiguió resistir algún tiempo en su puesto, contando para ello con el apoyo del bajá. Según el autor del ms., al ceder finalmente Orué en su pretensión

¹⁷ *Memorable triunfo*, fol. 21r; *Journal de Bendelac*, pág. 289. Véase también LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», pág. 180. La protesta española, en *The Papers of Henry Clay, Secretary of State 1825*, vol. 4, 1972, pág. 117 (March 16, 1825).

¹⁸ *Journal de Bendelac*, págs. 306-307.

¹⁹ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 316, n. 50; FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 37.

de continuar ejerciendo el cargo de cónsul, los refugiados quedaron desamparados –de hecho, se hace notar que Orué tomó esa decisión obligado por «siniestras instancias»²⁰. Los otros cónsules adoptaron una actitud sumamente prudente ante esta alteración en el equilibrio de poder, que favorecía al francés, e incluso Mullowny, dice el autor del ms., reprimió su «liberal impulso» para alinearse con el resto de sus colegas que, temerosos de significarse en exceso a favor de los exiliados, dejaron de frecuentar su compañía y les retiraron su apoyo anterior²¹. Pero este breve desfallecimiento en su posición pro-liberal no se tiene en cuenta ante las reiteradas muestras de su disposición a enfrentarse con los cónsules español y francés y a defender a los liberales contra sus ataques²². Mullowny protegió especialmente a Moreno de Guerra, con el cual le unían estrechos intereses políticos (y posiblemente también económicos), puesto que el español ejercía como cónsul de Guatemala en Tánger y ambos colaboraron en las gestiones, finalmente frustradas, que iban destinadas a establecer un consulado de Colombia en la ciudad, de todo lo cual se tratará más adelante²³.

Era notorio, en cualquier caso, que Mullowny tenía pésimas relaciones con el cónsul francés, a quien acusaba de toda clase de malas artes en su actuación ante el bajá y respecto a sus propios colegas²⁴. Es posible que su animadversión hacia Sourdeau tuviera tanto razones personales (ambos, como casi todos los demás cónsules, competían en el ámbito de los negocios comerciales) como ideológicas: para Mullowny, el cónsul francés y su defensa del legitimismo de su propio monarca y del absolutismo fernandino encarnaban las posturas

²⁰ *Memorable triunfo*, fol. 22r.

²¹ *Ibidem*, fols. 22r-v.

²² *Ibidem*, fols. 29v y 114r.

²³ *Journal de Bendelac*, págs. 341 y 343, sobre la protección de Mullowny a Moreno de Guerra.

²⁴ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 289, n. 134; HALL, *The United States and Morocco*, pág. 105.

más opuestas a la suya, como ardiente defensor de la democracia liberal que representaba. En cuanto a los intereses económicos más amplios, Mullowny trató de impulsar el casi inexistente comercio entre su país y Marruecos; para ello utilizó hábilmente la política de obsequios y regalos, que luego se examinará con algo más de atención, y consiguió, en todo caso, mantener una excelente relación con personajes del entorno cortesano del sultán y con el bajá de Tánger²⁵. Sus relaciones de negocios con Meir Macnin fueron sin duda decisivas a este respecto²⁶. Quizá a esta posición privilegiada se debiera que, según afirma el autor del ms., el sultán se dirigiera al cónsul norteamericano «para que se construyesen algunos buques de guerra en los astilleros de Estados Unidos»²⁷; se trataba de buscar el modo de restaurar la flota marroquí, prácticamente inexistente en esa época; algunos cónsules, añade el autor del ms., trataron de torpedear esta propuesta, temerosos sin duda de la competencia que pudiera suponer para los países que representaban.

Se observa que de los dos cónsules que más públicamente apoyaron a los liberales españoles, Douglas lo hizo de manera más matizada, condicionada por la complejidad de los intereses británicos en el estrecho de Gibraltar y por su dificultosa relación con el bajá de Tánger, mientras que Mullowny había conseguido una posición de mayor importancia en los círculos del poder marroquí o que, al menos, le permitía un margen de maniobra más amplio. Ambos estaban enfrentados, por otra parte, al cónsul francés, que con ellos completa el triunvirato diplomático que mayor influjo tuvo en las peripecias vitales de los exiliados liberales en Tánger.

Jean-Edouard Sourdeau (1772-1828), cónsul de Francia en Marruecos desde 1814 hasta su muerte, es un personaje bastante bien conocido, gracias a la atención que le prestó Jacques Caillé en

²⁵ HALL, *The United States and Morocco*, págs. 100-102.

²⁶ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 269, n. 81.

²⁷ *Memorable triunfo*, fol. 53r.

su estudio sobre el consulado francés en Tánger²⁸. Como sus colegas británico y norteamericano, Sourdeau ejerció su cargo durante un periodo de tiempo bastante largo: 14 años en su caso (11 en el de Douglas y 9 en el de Mullowny). Todos tuvieron, por tanto, amplia experiencia de la labor consular en Tánger, y fallecieron en un lapso temporal muy breve -entre 1828 y 1830; Douglas y Sourdeau en la propia ciudad²⁹. Se trata, pues, de trayectorias similares, aunque muy poco concordantes. Las divergencias entre estos tres cónsules eran patentes, y a menudo dejan constancia de ellas en su correspondencia.

Sourdeau es, sin duda, el cónsul extranjero que con mayor frecuencia es mencionado por el autor del ms. Tanto como se prodigan en el texto las alabanzas y elogios a Douglas y Mullowny, por su firme defensa de los refugiados, abundan en él los denuestos e improperios dedicados a Sourdeau, que es el auténtico malvado del dramático argumento sobre la persecución a los españoles. El cónsul francés es tachado de violento, inhumano, altanero y poseedor de un carácter arrebatado; se le atribuyen toda clase de maniobras arteras e intrigas inconfesables, amén de una codicia desenfrenada. Claro que esta visión tan negativa viene propiciada por la posición de Sourdeau, dispuesto a apoyar las peticiones de Fernando VII para que los refugiados fueran entregados a España. Sourdeau, que había tenido buenas relaciones con el cónsul español Cenón de Orué, se distanció de él cuando Orué declaró abiertamente sus simpatías hacia los liberales que empezaban a llegar a Tánger y a hacer demostraciones públicas de adhesión a sus ideas.

²⁸ CAILLÉ, *Le consulat de Tanger (des origines à 1830)*, págs. 89-114.

²⁹ La fecha de muerte que se da para Mullowny oscila según las fuentes consultadas, aunque la más usual es la de 1831, poco después, por tanto, del término de su consulado. En 1833, su hija y ejecutora testamentaria, Glorvina, presentaba una petición al Congreso de los Estados Unidos para que se reembolsasen las cantidades utilizadas por su padre en su capacidad oficial, de manera que sirvieran para cancelar sus cuentas pendientes (*Journal of the House of Representatives of the United States*, 1833, pág. 568). Véase PENNELL, «The Social History of British Diplomats», pág. 362, para otros casos de cónsules que ejercieron durante un largo tiempo.

En una ocasión, el autor del ms. se refiere a Sourdeau como «el ídolo de la Cesarina»³⁰; esta enigmática formulación se debe a que el cónsul francés, que estaba casado y tenía dos hijos, llegó solo a Tánger, donde convivió, sucesivamente, con dos de las cocineras del consulado. Una de ellas, Cesarine Toulon, le dio un hijo, Louis Hippolite Toulon, nacido en 1820. A la muerte de Sourdeau en 1828, se descubrió que Cesarine llevaba diez años sin cobrar su sueldo; pero la venta de todos los bienes del difunto no cubrió el importe de todas sus deudas, que eran muchas³¹. De hecho, gran parte de la correspondencia de Sourdeau con sus autoridades ministeriales versa sobre sus problemas de dinero y la falta de numerario para mantener su posición como cónsul³².

La referencia del autor del ms. al amancebamiento de Sourdeau con una de sus criadas hace pensar que se trataba de un asunto ampliamente conocido en la sociedad europea de Tánger. El tema se aborda con matices claramente peyorativos (por no decir misóginos), destinados a ensombrecer la personalidad del cónsul francés, que había «descendido» a mantener una relación no sólo condenada por la moral imperante en la época, sino muy desigual en cuanto a las respectivas posiciones sociales de Sourdeau y Cesarine Toulon. Han de recordarse, a este respecto, las dificultades que, a finales del siglo XVIII, encontró en su carrera el cónsul español en Marruecos Juan Manuel González Salmón; su solicitud para ocupar un cargo en Cádiz fue informada desfavorablemente debido a su matrimonio con una mujer de origen humilde (hija de un carpintero)³³.

³⁰ *Memorable triunfo*, fol. 23v.

³¹ Caillé, *Le consulat de Tanger (des origines à 1830)*, pág. 112; MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 46, n. 15 y pág. 519, n. 25.

³² Esta era una queja generalizada entre los cónsules franceses de la época (MASSÉ, «“Servir l’État”», pág. 141).

³³ PRADELLS NADAL, «Los cónsules españoles del siglo XVIII», pág. 254. Sin embargo, González Salmón no podía presumir de orígenes mucho más elevados que los de su esposa (*ibidem*, pág. 220). Sobre él, RODRÍGUEZ CASADO, *Política marroquí de Carlos III*, págs. 338 y sigs., y ARRIBAS PALAU, «La correspondencia de Pedro Wyk, cónsul de Suecia en Tánger, con

Si la imagen que de Sourdeau ofrece el autor del ms. es totalmente negativa –lo que se comprende desde su punto de vista–, la realidad de su actuación debió de ser mucho más matizada. Según Caillé, los problemas económicos fueron una constante durante todo el periodo de su consulado y, como ya se ha indicado, constituyen el tema principal de una gran parte de su correspondencia con las autoridades francesas; atribuye a ello la escasa capacidad de Sourdeau como administrador y no vacila en calificarlo de manirroto³⁴. Es posible que esta falta de habilidad en el manejo de los ingresos del consulado explique el interés de Sourdeau por participar en negocios lucrativos, como ya se ha hecho notar, y en especial los relacionados con los suministros al ejército francés de ocupación en España, a los que alude el autor del ms.³⁵ Estas operaciones no debieron de ser todo lo rentables que esperaba Sourdeau, a juzgar por el estado de sus finanzas a su fallecimiento.

La actividad comercial y diplomática del cónsul francés ha sido bien estudiada por Caillé; más adelante se detallará su participación en el conflicto sobre los refugiados liberales. Para completar su retrato, no obstante, conviene recuperar algunas de sus otras actuaciones, en especial aquellas a las que alude el autor del ms. o que tienen relación con cuestiones planteadas en el texto. La primera de ellas se refiere a las sinagogas de Tánger; según el autor del ms., Muley Sulaymān, «cansado de los alborotos y ruidosa competencia que promovieron [los judíos] sobre la preferencia de las tres sinagogas de Tánger, castigó su loca discordia, mandándolas derribar»³⁶. Sour-

los hermanos Salmón». Todavía en los primeros decenios del siglo XIX, un matrimonio desigual podía empantanar la carrera consular de un francés como Jacques Delaporte, vicedcónsul en Tánger desde 1816 que sucedió a Sourdeau tras su muerte, permaneciendo en el cargo hasta 1830. Delaporte se había casado en Trípoli con la hija de un posadero italiano allí afincado (MESSAOUDI, «Jacques Denis Delaporte», pág. 292).

³⁴ CAILLÉ, *Le consulat de Tanger (des origines à 1830)*, págs. 90-91.

³⁵ *Memorable triunfo*, fols. 30v-31r; MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 209, n. 158.

³⁶ *Memorable triunfo*, fols. 99r-v.

deau intervino algún tiempo después para solicitar del sultán que permitiese la reconstrucción de los templos, apoyado en su gestión por el influyente Judah Benoliel, de quien ya se ha hablado aquí. El 4 de noviembre de 1821, el sultán escribió al cónsul francés dando una respuesta positiva a su petición³⁷.

Tres personajes notables de esos años que pasaron por Tánger tuvieron relación muy directa con Sourdeau; dos de ellos son mencionados expresamente por el autor del ms. El primero fue el médico español Serafín Sola, que ya ha aparecido en estas páginas. La correspondencia de Sourdeau muestra cómo ambos se ocuparon de luchar contra la epidemia de peste de 1818, una de las más mortíferas que se conocieron en Tánger. La mayor parte de los cónsules extranjeros habían abandonado la ciudad, pero Sourdeau no lo hizo y acompañó a Sola en muchas de sus visitas a los enfermos; además, envió a sus superiores en Francia una copia del informe que había hecho Sola sobre la peste y los métodos que podían utilizarse para su curación³⁸.

Poco tiempo después de esta acción conjunta a favor de la sanidad pública en Tánger, Sourdeau acogió en su residencia a Charles Cochelet (1786-18..), a quien no se nombra en el texto del ms., pero que tiene importancia para su estudio por ser uno de los escasos testimonios personales que de esos años se conservan. Cochelet viajaba en el barco francés *La Sophie*, que naufragó en la costa occidental de Marruecos el 30 de mayo de 1819. En 1821 publicó en París el relato de sus aventuras y de cómo consiguió llegar hasta Tánger, donde le acogió Sourdeau; su estancia en la ciudad le permitió entrar en contacto con el franciscano Martín del Rosario y recoger informaciones de Sourdeau (y Sola) sobre la peste de 1818, que daba sus últimos coletazos durante el tiempo que pasó en Tánger, entre finales

³⁷ BENDELAC, *Journal*, pág. 77 y n. 110.

³⁸ RENAUD, «La peste de 1818 d'après des documents inédits» (estudio basado en la correspondencia de Sourdeau); MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 22 y n. 4. Se ampliará este tema al tratar de las epidemias de peste que afectaron a Marruecos durante esta época.

de 1819 y las primeras semanas de 1820. Tiene también palabras de agradecimiento para el cónsul francés por su hospitalidad, a pesar de que, como se ha señalado antes, consideraba que la residencia del consulado no reunía las condiciones adecuadas para el alojamiento de huéspedes³⁹.

Los cónsules, entre otras muchas funciones, solían ocuparse de sus connacionales cuando se encontraban en dificultades. En el caso de Cochelet, Sourdeau hizo mucho más de lo que cabía esperar de un funcionario diplomático⁴⁰. Ya estuvo en contacto con él antes de que llegara a Tánger; en el relato de su viaje, Cochelet reproduce una carta que le había enviado Sourdeau a Mogador, fechada el 30 de julio de 1819, en la que le hacía recomendaciones sobre qué medidas tomar si la peste llegaba hasta allí⁴¹. También se relacionó Sourdeau con un hermano de Cochelet (André-Louis es el único del que se tiene noticia), en Francia, al que enviaba noticias del naufragio; participó asimismo en las negociaciones para su rescate y confió su seguridad al vicecónsul de España en Mogador. De todas estas gestiones dan fe sus cartas, publicadas por Cochelet en la relación de sus aventuras y naufragio⁴². En ella, además, subraya la «noblesse de sentiments» del cónsul francés, que dedicó grandes atenciones a Cochelet y sus compañeros de infortunio: para acelerar la recuperación de su salud, tras las privaciones sufridas en el cautiverio que sufrieron tras el naufragio, Sourdeau les hacía servir viandas en una abundancia que él mismo no se permitía habitualmente⁴³. Este retrato proporciona una visión muy diferente de la que ofrece el autor del ms., pero

³⁹ COCHELET, *Naufrage du brick français «La Sophie»*, II, pág. 237; MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 13. LAREDO, *Memorias de un viejo tangerino*, págs. 288-289, traduce y copia la descripción que hace Cochelet de la peste en Tánger.

⁴⁰ Otro caso algo posterior es el de René Caillié (1799-1838), acogido por Delaporte a su llegada a Tánger después de su viaje a Timbuctu en 1828 (CAILLIÉ, *Voyage à Tombouctou*, II, págs. 387-391; MESSAOUDI, «Jacques Denis Delaporte»).

⁴¹ COCHELET, *Naufrage du brick français «La Sophie»*, II, pág. 307.

⁴² *Ibidem*, págs. 309-314.

⁴³ *Ibidem*, pág. 236.

no es incompatible con ella: procede de quienes se beneficiaron de la atención y bondades del cónsul, en contraste con los refugiados españoles, que sufrieron de la amenaza de sus actuaciones⁴⁴.

La interferencia de las posiciones políticas en el tratamiento a los liberales se da igualmente, en el caso de Sourdeau, respecto a su compatriota Cugnet, si bien es cierto que el cónsul no hacía más que seguir las instrucciones de su ministro, quien le ordenaba que vigilase a Cugnet y solicitase, en todo caso, de las autoridades marroquíes su expulsión y la de los demás refugiados políticos franceses⁴⁵. Las actividades políticas de Cugnet, como se ha señalado antes, no cesaron durante su estancia en Tánger y la persecución de Sourdeau no evitó que participase en las conspiraciones que se tramaban tanto en Francia como en España y que, en último término, le llevarían a ser ejecutado tras el fracaso de la expedición de Almería en 1824.

La actividad de Sourdeau en contra de los liberales exiliados es uno de los temas que vertebran la narración del ms., entreverada con su lucha por expulsar a Cenón de Orué del consulado español. Este enfrentamiento se conoce bastante bien gracias al *Diario* de Bendelac y a la correspondencia consular; el autor del ms. lo narra con brío y emoción, destacando la figura de Orué como valedor de los liberales.

Los años de formación de Cenón (o Zenón) de Orué –de quien se han ido ofreciendo varios datos sobre su vida y actuación– se detallan en un despacho que su tío Blas de Mendizábal, entonces cónsul en Tánger, remitió en 1814 al entonces Secretario del Despacho, el duque de San Carlos (1771-1828). En ese documento declara Mendizábal los méritos de su sobrino para optar al cargo de vicescánsul: después de estudios de «latinidad» en España, había completado su educación «en uno de los Colegios de Amsterdam instruyéndose en

⁴⁴ Un perfil muy positivo de Sourdeau es el que extrajo Caillé de la consulta de su correspondencia consular: «bohème et généreux, brave homme, bienveillant et serviable, courageux à l'occasion, Sourdeau témoigne dans ses fonctions d'une activité certaine, mais se montre trop souvent brouillon et négligent» (CAILLÉ, *Le consulat de Tanger*, pág. 96).

⁴⁵ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 269, n. 81.

la Geografía, Historia, Matemáticas y Lenguas Extranjeras» y había trabajado durante dos años como secretario suyo en el consulado de España en Holanda. Desde allí, tío y sobrino se habían refugiado en Inglaterra para evitar el juramento a José I que les exigía el conde de Campo Alange como ministro del rey intruso. En 1810, prosigue Mendizábal, habiendo sido nombrado cónsul general en Tánger, se trasladó allí con Orué, al que nombró canciller interino, cargo que ejerció a su total satisfacción, como también lo hizo en otras misiones y suplencias suyas por ausencias⁴⁶. Cenón de Orué conseguiría el cargo –remunerado– de vicecónsul en 1814.

De Mendizábal se ha mencionado aquí su participación en las frustradas negociaciones para vender a Marruecos los presidios menores españoles. Había ejercido cargos diplomáticos en Rusia y en Holanda y pertenecía a una familia de la nobleza guipuzcoana (a su padre se le había reconocido la hidalguía en 1763) que contó entre sus diversas ramas con varios miembros en el servicio diplomático español⁴⁷. Es interesante hacer notar que en esta época existió un número considerable de vasco-navarros en esa área de la administración, llegados al cargo de cónsul tras haber ejercido como funcionarios en ella o en secretarías ministeriales; uno de los sucesores de Orué en Tánger, Antonio de Beramendi, procedía de una familia hidalga navarra⁴⁸. La carrera de Orué se encuentra, como ha podido observarse, estrechamente ligada a su pertenencia a una familia «especializada» en el servicio exterior, lo que le dio la oportunidad de aprender varios idiomas y de tener un amplio conocimiento de la maquinaria consular.

⁴⁶ Archivo Histórico Nacional, Estado, leg. 6232 (1811-1814), Blas de Mendizábal a duque de San Carlos, Tánger, 2 de agosto de 1814, n.º 53. Debo esta referencia a la generosidad de Eloy Martín Corrales.

⁴⁷ CADENAS Y VICENT, *Extracto de los expedientes de la Orden de Carlos III, 1771-1847*, VIII, págs. 155-156.

⁴⁸ PRADELLS NADAL, «Los cónsules españoles del siglo XVIII», pág. 221; SOLER PASCUAL, «Antonio Beramendi y Freyre. Un diplomático en los inicios del siglo XIX».

El nombramiento de Cenón de Orué como vicecónsul no lo catapultó automáticamente al cargo que ocupaba su tío en Tánger hasta 1816, en que fue trasladado a Londres. El gobierno español nombró entonces, para sustituirlo, al capitán de navío José Luyando⁴⁹; hasta su llegada en octubre o noviembre de ese año, Orué actuó como cónsul interino. Sin embargo, cuando en 1817 Orué estaba en España con permiso por enfermedad, Luyando, que al parecer deseaba dejar su cargo, escribió al Ministerio de Estado proponiendo ser sustituido por Pedro Martín del Rosario; pero Orué se reincorporó entonces a su puesto de vicecónsul y al comienzo del trienio liberal fue nombrado por fin cónsul cuando Luyando abandonó definitivamente Tánger⁵⁰; más adelante, como se ha visto, sería Orué quien propusiera a Martín del Rosario como vicecónsul, sin que el nombramiento saliera definitivamente adelante.

Durante el trienio liberal, el nuevo cónsul dio claras muestras de su adhesión al constitucionalismo gubernamental, según afirma Lourido (aunque sin especificar cómo se manifestaba su fervoroso entusiasmo al respecto)⁵¹. Bendelac, tan minucioso al relatar los detalles del conflicto sobre los exiliados, presta muy escasa atención a Orué en los años anteriores. Sí menciona un suceso de junio de 1823: el cónsul protesta ante el bajá de Tánger porque se ha encarcelado a un cristiano, súbdito español, como consecuencia de un conflicto entre él y un marroquí; el bajá atendió la queja de Orué, basada en los tratados hispano-marroquíes, e hizo liberar al encarcelado⁵².

⁴⁹ Sobre la importante carrera de Luyando como marino y político (ocupó la Secretaría de Estado entre 1813-14 y 1820-21, además de otros cargos y funciones), GIL NOVALES, «Luyando, José de (1773-1834)», <http://www.mcabiografias.com/app-bio/do/show?key=luyando-jose-de> (consultado 13 mayo 2018) y *Diccionario biográfico*, II, pág. 1798. Luyando volvió a ser brevemente ministro de Estado durante la estancia final del gobierno constitucional en Cádiz, en septiembre-octubre de 1823. Véase también GARCÍA FRANCO, «Orígenes contemporáneos de la política exterior española en Marruecos, 1800-1845 (Esbozo y apuntes para un estudio)», pág. 40, n. 8.

⁵⁰ LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», págs. 163-164.

⁵¹ *Ibidem*, pág. 167.

⁵² *Journal de Bendelac*, pág. 175, 1 de junio de 1823.

A partir de finales de octubre de 1823 empezaron a llegar liberales a Tánger; sin embargo, no parece que durante los meses siguientes, estos refugiados supusieran un problema para el cónsul español⁵³. Lourido, basándose en una anotación de Bendelac, afirma que Orué no se preocupaba mucho por ellos; en todo caso, la posición del cónsul, obligado a seguir las directrices del nuevo gobierno absolutista, no era fácil⁵⁴. No obstante, la llegada del coronel Valdés y sus compañeros de la expedición de Tarifa precipitó la actuación de Orué a favor de los exiliados. Valdés llegó a Tánger el 20 de agosto de 1824 y el cónsul ofreció su casa al jefe de la expedición y algunos de sus acompañantes. El 22 de agosto el cónsul francés, Sourdeau, escribía un escandalizado informe sobre la actitud de Orué, quien, no contento con albergar a los refugiados, había permitido que Valdés arengase a los liberales desde el balcón del consulado; el propio Sourdeau había visto al cónsul, su esposa y Valdés asomados a los balcones y dando muestras de alegría⁵⁵.

Probablemente Orué, convencido de que el gobierno español iba a destituirle de su cargo, decidió hacer público su apoyo a los refugiados ante la llegada de un personaje de relevancia como era Valdés. Los temores de Orué eran fundados: pocos días después, el 25 de agosto de 1824, llegó a puerto el barco que traía la real orden de destitución del cónsul y que le conminaba a embarcar en él de vuelta a España. Sourdeau intervino en todo esto desde el primer momento, tal como informa, con sumo detalle, Bendelac; pero también lo hicieron el bajá de Tánger y un viejo conocido, Meir Macnin. Según Bendelac, en un primer momento, ante la llegada de la orden real, el bajá convocó a Orué a la alcazaba, pero éste se negó a acudir y exigió que le hicieran llegar la carta de «su rey» al consulado, como

⁵³ LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», pág. 179.

⁵⁴ FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 22.

⁵⁵ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 292, n. 141; POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 233; FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 21, sobre la amistad entre Orué y Golfín.

era preceptivo. Tras una segunda convocatoria –con Macnin– y una fuerte discusión entre Orué y Sourdeau, el cónsul español recibió la orden de Fernando VII en el consulado y se mostró dispuesto a embarcar de vuelta a España. Pero de nuevo intervino el bajá, quien le hizo ver que no podía abandonar Tánger sin recibir autorización del sultán, ante quien estaba acreditado. Orué decide entonces esperar –quizá su propuesta de obedecer al rey había sido una maniobra para dar al bajá la oportunidad de intervenir en su favor⁶⁶. Estaba claro que si volvía a España, se exponía a padecer la misma suerte que los muchos liberales encarcelados y ejecutados sumariamente, como sabían bien los cónsules en Tánger⁶⁷.

En el mismo barco que había traído el cese de Orué había llegado otra disposición que nombraba a Sourdeau como cónsul de España, a la espera de que se designara a otra persona; el gobierno español, ante la crisis planteada por la presencia de refugiados liberales en Tánger, alguno de ellos de renombre, confió en el cónsul francés, representante del país cuyos ejércitos habían restituido al rey de España su poder monárquico absoluto. Sourdeau tenía como misión conseguir que los refugiados fueran expulsados de Tánger y llevados a España. No es de extrañar que el autor del ms., al comentar el nombramiento de Sourdeau, lo calificase de «¡interminable desdicha!»⁶⁸.

La intervención del bajá en todo este asunto fue decisiva. En primer lugar, como se acaba de ver, impidió que Orué volviese a España; pero además, y sobre todo, puso dificultades para que Sourdeau se hiciera cargo del consulado español. Aunque Orué tuvo que ceder, pasó algún tiempo antes de hacerlo, protegido por el argumento de Ū Mīmūn, que se negaba a reconocer a Sourdeau si el relevo en el consulado no se hacía según las normas habituales y reconocidas por

⁶⁶ *Journal de Bendelac*, pág. 292.

⁶⁷ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 292, n. 141, cita a este respecto un despacho del cónsul sueco, D'Ehrenhoff.

⁶⁸ *Memorable triunfo*, fol. 21v.

ambas partes: recepción del nombramiento real, organización del viaje a la corte del sultán para ser recibido como enviado de su rey y entrega del obsequio que acompañaba a esta ceremonia.

El 25 de septiembre de 1824, Orué dejó la casa consular para instalarse en la de James Simpson, según Bendelac, que debe de referirse así al consulado norteamericano, cuyo titular era entonces Muldowny; Orué, según la misma fuente, entregó las llaves a Sourdeau en presencia del bajá. Más adelante se trasladaría a vivir, con su familia, a una casa que le facilitó el cónsul de Suecia⁵⁹. A la entrega del consulado se refiere el autor del ms. en términos de cierta amargura, reprochando a Orué –a quien tantos elogios había dedicado anteriormente– haber cedido a lo que llama «siniestras instancias», y haber entregado «el consulado en perjuicio de sí mismo, de los emigrados, que no supieron su inesperada determinación, y de la autoridad del bajá»⁶⁰. Se ignora cuáles pudieron haber sido las presiones ante las que sucumbió Orué, pero muy poco después llegaron excelentes noticias para él y para los emigrados.

El 27 de septiembre, en efecto, se recibió en Tánger un escrito del sultán que parecía colmar las expectativas de Orué. El soberano, dirigiéndose a él, afirmaba que mientras no llegase un nuevo cónsul, podía continuar viviendo en Tánger con toda tranquilidad y no se le obligaría a marcharse en contra de sus deseos. Pero además, el sultán escribe al bajá y le dice que Orué ha hecho mal en ceder el consulado a quien no está reconocido como cónsul ante él. El único cónsul español es, por tanto, Orué; cuando llegue quien lo reemplace, deberá cumplir con sus obligaciones, y el rey de España, pagar a Marruecos lo que le debe –claramente, Muley ʿAbd al-Raḥmān veía en la llegada de un nuevo cónsul una oportunidad de negociación y

⁵⁹ *Journal de Bendelac*, pág. 301; POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 234. De la entrega de las llaves y el archivo da cuenta el cónsul portugués el 30 de septiembre de 1824 (AL-MANŞŪRĪ, *Al-ʿAlāqāt al-magribiyya al-burtugāliyya*, II, pág. 356, n.º 19).

⁶⁰ *Memorable triunfo*, fol. 22r.

de saldar cuentas pendientes, a lo cual no estaba dispuesto a renunciar si reconocía a Sourdeau como cónsul de España⁶¹.

La llegada de esta carta del sultán produjo el natural alborozo entre los liberales (la enviada al bajá confirmaba la intención de no entregarles a España), algunos de los cuales acudieron al huerto de la legación norteamericana para celebrarlo, almorzando junto a Orué y su familia⁶².

Las cosas no quedaron ahí, naturalmente. Hubo más idas y venidas entre Orué, Sourdeau y el bajá, con alguna intervención de Pedro Martín del Rosario, convertido en fiel ayudante del cónsul francés. De ello informa el autor del ms.: cuando Sourdeau se instala en el consulado español, «comienza a despachar con el intrigante Fr. Pedro del Rosario»⁶³, con el que ya había colaborado; recuérdese que fue el franciscano quien ejerció de intérprete del cónsul francés en su presentación ante el sultán. A continuación, confisca Sourdeau la barca del patrón Borrasca, en la que habían llegado a Tánger Valdés y sus compañeros, y comunica al bajá que se la ofrece al sultán como regalo. Según el autor del ms., el bajá no pudo despreciar el obsequio, pero inquirió si la donación se hacía con arreglo a derecho y teniendo en cuenta el del despojado propietario⁶⁴. El autor del ms. se esfuerza de continuo por presentar todas las acciones del bajá como producto de su generosidad y nobleza, amén de su decidida protección a los refugiados, pero en este caso, como en otros, cabe dudar de la eficacia de su actuación respecto a Borrasca (o, incluso, si realmente existió).

Al día siguiente de la llegada de las órdenes del sultán, el bajá comunicó a Sourdeau que debería devolver los papeles del consulado

⁶¹ MIÈGE ha explicado que las deudas reclamadas por el sultán correspondían a un largo contencioso a propósito de un barco marroquí apresado por España hacía dos años, por lo que Marruecos reclamaba el pago de 54000 duros (MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 302, n. 15).

⁶² *Journal de Bendelac*, pág. 302.

⁶³ *Memorable triunfo*, fol. 22r.

⁶⁴ *Ibidem*, fol. 22v.

a Orué, como único cónsul español reconocido por la administración marroquí, en tanto no llegara de España quien hubiera de reemplazarlo. Sourdeau alegó no tener instrucciones de su gobierno al respecto; pero el 1 de octubre el cónsul francés recibió la respuesta de un correo que había enviado al sultán sobre todo el asunto: se le confirma en ella que debe restituirse a Orué su casa y todo lo que había en ella, puesto que sólo él es reconocido como cónsul⁶⁵. Sourdeau intentó una última maniobra: guardó el sello y los papeles –el archivo– del consulado en un gabinete del edificio, cuyas llaves entregó a Pedro Martín del Rosario después de haber precintado la estancia; así preveía que no se abriese antes de la llegada de un nuevo cónsul desde España. Sin embargo, cuando Orué informó al bajá de que, en esas condiciones, le era imposible llevar a cabo el trabajo consular, Ū Mīmūn hizo ir de inmediato a uno de sus caídas a romper los precintos, en presencia de Pedro Martín, a quien se ordenó la entrega a Orué de los archivos y el sello. Todo esto pasaba entre el 3 y el 12 de octubre de 1824⁶⁶.

Repuesto en sus funciones y su residencia, Orué trató de mantener su posición como representante del gobierno de España; como se ha visto más arriba, pocos días después de los hechos que se acaban de relatar, instó al resto de los cónsules a izar las banderas para celebrar, el 14 de octubre, el cumpleaños del rey de España; Sourdeau reclamó ante ellos que él era el auténtico cónsul, y el único que siguió a Orué fue el norteamericano Mullowny⁶⁷; evidentemente los cónsules, con alguna excepción, trataban de no implicarse en exceso en el conflicto. El autor del ms. describe esta actitud:

«los cónsules coligados desdeñaban su [de los refugiados] sociedad, procedían con miedo, temían desagradar a sus soberanos y miraban como proscritos a los rebeldes invasores de Tarifa, Marbella y Almería, y como autores de de-

⁶⁵ *Journal de Bendelac*, págs. 303-304.

⁶⁶ *Ibidem*, págs. 304 y 306.

⁶⁷ *Ibidem*, págs. 306-307.

sórdenes espantosos»; incluso el cónsul norteamericano vacilaba y «evitaba el compromiso»⁶⁸.

En todo caso, a Orué le quedaba poco tiempo en el consulado. El 27 de octubre desembarcaba en Tánger el nuevo cónsul nombrado por el gobierno de Fernando VII, Alejandro Briarly⁶⁹. Orué se integró ya por completo en el grupo de los refugiados, con alguno de los cuales había entablado amistad, y participó en su actividad política contra el gobierno absoluto hasta abandonar Tánger el 7 de febrero de 1826 en un barco inglés, acompañado de su familia⁷⁰. Su nombre aparece relacionado con alguna de las conspiraciones que se organizaron después del fracaso de la expedición de Fernández Bazán en 1826⁷¹; también se le menciona entre los refugiados que mantuvieron contactos con el entorno del sultán para organizar un ataque contra Ceuta, del cual se tienen noticias no del todo claras⁷².

En el ms., Orué vuelve a aparecer en fecha no precisada (pero probablemente poco antes de su salida de Tánger), cuando el bajá le ordena que «sin demora presente la liquidación de las cuentas del consulado, incluyendo en ella el atraso de sus pagas justamente

⁶⁸ *Memorable triunfo*, fols. 23r-v.

⁶⁹ El cónsul Colaço informa de su llegada el 16 de noviembre, añadiendo que Briarly traía consigo los «regalos acostumbrados» (AL-MANŞŪRĪ, *Al-'Alāqāt al-magribiyya al-burtugāliyya*, II, págs. 356-357, n.º 22).

⁷⁰ En el mismo viaje salió también de Tánger su cuñado Lacanina (POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 241).

⁷¹ CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo*, pág. 82, n. 10, y págs. 101 y 108.

⁷² POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 237. FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», págs. 66-67, reproduce dos cartas desde Londres de Orué a Ū Mīmūn, fechadas en diciembre de 1828 y julio de 1829; en ellas le solicitaba ayuda para volver a instalarse en Tánger y se refería a las muchas bondades que ha recibido del bajá. Además, se presentaba como agente de los liberales españoles para negociar la entrega de los presidios españoles al sultán de Marruecos. Pero el baja había muerto en junio de 1828; estas cartas (y una tercera que dirigió al nuevo gobernador de Tánger al conocer el fallecimiento de Ū Mīmūn) atestiguan las dificultades de Orué para reorientar su actividad profesional tras su salida de Marruecos.

devengadas»⁷³. Recibido este documento, el bajá hizo comparecer a Orué y al cónsul Briarly, que finalmente se vio obligado a responder por las deudas acumuladas en el consulado, entre las que se contaban las pagas debidas al ya excónsul. No sorprende que el autor del ms. considerase que Ū Mīmūn se había convertido en protector de la familia de Orué, el cual «sobrecargado de deudas, no hubiera salido de África sino mediante la estratagema de su bienhechor»⁷⁴.

A pesar de esta protección y ayuda, Orué no debió de conseguir más adelante una estabilidad personal y familiar suficiente. En un artículo sin firma, publicado en el periódico madrileño *Eco del Comercio* el 8 de julio de 1847, bajo el epígrafe «Martirologio patriótico. D. Zenón de Orué», se lamenta hondamente que hubiera fallecido en la emigración, «dejando en desamparo y consumida su fortuna a su viuda con un huérfano» y se critica que sus familiares, «restaurada la libertad y bajo un gobierno patriota yaciesen desatendidos con solo una mezquina e insuficiente pensión».

El autor de este artículo destaca en él los dos hechos más importantes de la carrera diplomática de Orué: en primer lugar, su papel como defensor de los liberales emigrados, que le costó su puesto (respetado hasta 1824 por la eficacia de su gestión, afirma) y le llevó a la emigración. La descripción de estos hechos sigue lo que ya debía de ser, entre los liberales españoles, un relato «canónico» en el que se destacan las grandes cualidades del bajá —aunque aquí se comete el error de dar como reinante en esos años a Muley Sulaymān— y su apoyo a los perseguidos. En segundo lugar, y esto es menos conocido, se subraya su intervención en el supuesto intento de adquisición de la isla Perejil por parte de Inglaterra, a comienzos de 1824, que como se ve fue un año decisivo en la vida de Orué. El *Eco del Comercio* alaba las gestiones del todavía cónsul español para contrarrestar las maniobras diplomáticas británicas; el sultán, a través de su represen-

⁷³ *Memorable triunfo*, fol. 117r.

⁷⁴ *Ibidem*, fol. 123v.

tante ante las potencias europeas, Meir Macnin, hizo saber que no entraba en sus planes desprenderse de una porción de su territorio⁷⁵.

El irlandés Alejandro Briarly substituyó a Orué con unas directrices de actuación muy claras: colaborar con el cónsul francés y conseguir la entrega de los refugiados liberales que habrían de ser trasladados a España sin dilación. Hasta llegar a ocupar el consulado de Tánger, Briarly había tenido un recorrido profesional de cierta complejidad⁷⁶. Se había formado en la marina de guerra británica e hizo sus primeras armas en la batalla de Abukir (1798), bajo el mando de Nelson; participó también en la batalla de Copenhague entre las escuadras británica y danesa/noruega (1801). Tras pasar algún tiempo en la colonia británica (antes española) de Trinidad, donde al parecer hizo fortuna, Briarly recaló en 1810 en Cádiz; allí se incorporó a la armada española y sirvió a las órdenes del marino y entonces gobernador de la plaza Cayetano Valdés (1767-1835), que lo empleó como enlace con la flota inglesa⁷⁷.

Desde Cádiz, Briarly fue destinado a Mallorca entre 1811 y 1812; allí su actuación fue objeto de duras críticas y se le llegó a acusar de haber falseado sus estados de cuentas⁷⁸. Destituido en 1813, volvió a Cádiz y se involucró en el proyecto de hacer navegable el Guadalquivir desde Córdoba hasta la desembocadura del río. Para ello contó con Gregorio González Azaola, erudito ingeniero y meta-

⁷⁵ Sobre todo ello, GIL PÉREZ y GARRIDO GUIJARRO, «La isla Perejil, la perla decimonónica del Mediterráneo»; los autores cometen el error de atribuir toda la gestión del asunto, durante los meses de febrero y marzo de 1824, a Alejandro Briarly que, como se acaba de ver, no llegó a Tánger hasta octubre de ese año. Sin embargo, recogen la documentación al respecto conservada en el AGA, donde se documenta la intervención de Macnin (al que llaman Mir Ben Mackni y del que afirman que no hay referencia en los documentos consultados acerca de su posición o relación con el sultán, bien conocida por otras fuentes).

⁷⁶ La biografía de Briarly ha sido estudiada con detalle por POSAC JIMÉNEZ, «Alejandro Briarly: de oficial de la Royal Navy a cónsul de España en Tánger durante la Década Absolutista», a donde remito para ampliar los datos que aquí se presentan.

⁷⁷ C. M-V., «Capitán de navío», pág. 328.

⁷⁸ POSAC JIMÉNEZ, «Alejandro Briarly», págs. 466-469.

lurgista, con quien constituyó la Compañía del Guadalquivir, cuya formación fue autorizada por el rey en diciembre de 1814. En esta empresa participaba asimismo el inglés Nathan Wetherell, propietario de una fábrica de curtidos en Sevilla y con quien Briarly había tenido relaciones de negocios; sin embargo, a la postre fueron sus diferencias con Wetherell las que causaron su expulsión de la compañía. En todo caso, el ambicioso proyecto no llegó a realizar sus muchos objetivos⁷⁹. Se conservan, no obstante, los planes publicados por Briarly y González Azaola: *Navegación del Guadalquivir. Prospecto del plan y Compañía de Navegación del Guadalquivir* (Madrid, 1813, 1815 y 1816)⁸⁰.

A comienzos del trienio liberal publicó Briarly sus *Observaciones que en forma de introducción dirigió a las Cortes el Capitán de Navío de la Armada Nacional Don Alejandro Briarly, con la traducción de varios artículos de la Ordenanza general de la Marina Británica que las acompañaban* (Madrid, 1821), tema sobre el que ya había dirigido una memoria al Congreso Nacional en 1813, que fue respondida contundentemente por el Consulado del Mar de Palma de Mallorca⁸¹. La presentación a las Cortes de unas «observaciones» sobre la Armada

⁷⁹ Sobre todo ello, véanse *Mercurio de España*, 1815, tomo I, pág. 187; COSTA, *La financiación exterior del capitalismo español en el siglo XIX*, pág. 27; MORAL ITUARTE, «Un intento frustrado de acondicionamiento del Guadalquivir. La actuación de la Real Compañía de Navegación en la primera mitad del siglo XIX: nuevas aportaciones y replanteamiento geo-histórico de un tema polémico»; CHASTAGNERET, *L'Espagne, puissance minière dans l'Europe du XIX^e siècle*, pág. 223 (sobre algunas actividades mineras de González Azaola), y GÓMEZ MURGA, «La captación del artesano inglés Nathan Wetherell».

⁸⁰ Briarly también publicó un texto firmado únicamente por él, *Observaciones sobre la posibilidad y necesidad de mejorar la navegación del río Guadalquivir*, Sevilla, 1814 (tanto este folleto como el firmado por Briarly y González Azaola se pueden consultar en la Biblioteca Digital Hispánica de la Biblioteca Nacional de España).

⁸¹ BRIARLY, *Memoria sobre algunas de las causas del abandono y estado deplorable en que se halla la Marina española, presentada al Supremo Congreso Nacional y Representación del Consulado de Mallorca a las Cortes Generales y Extraordinarias acerca de diferentes equívocas respectivas a aquellas corporaciones que se observan en la memoria presentada por Don Alejandro Briarly al mismo soberano Congreso referente a la decadencia de la marina nacional*. Véase POSAC JIMÉNEZ, «Alejandro Briarly», págs. 471-472.

parece indicar que Briarly pretendía bienquistarse con el gobierno liberal y, quizá, obtener un ascenso en su carrera militar. Es posible que el autor del ms. tuviera estos movimientos en cuenta al calificar a Briarly de «miserable tráfuga», que «obtuvo el renombre de conspirador y de ciego cofrade del nefando club apostólico» durante la «reacción del 7 de julio», es decir, la sublevación de la Guardia Real en 1822, con el objetivo de restaurar el absolutismo⁸².

Considera igualmente el autor del ms. que el nombramiento de Briarly para el consulado de Tánger fue un premio a sus «servicios» a la monarquía. Desde luego Briarly no tenía experiencia diplomática anterior, al contrario que Orué; pero esa circunstancia no era excepcional entre los cónsules de la época, tanto españoles como de otras nacionalidades (ya se ha visto que José Luyando también era, como Briarly, capitán de navío). Su fidelidad al rey absoluto se daba por descontada, y así lo probó durante su estancia en Marruecos.

Los años de Briarly como cónsul en Tánger no estuvieron exentos de dificultades: la mayor, la espinosa cuestión de los refugiados liberales, que no se solucionó hasta la salida de la mayor parte de ellos en 1826 (y constituyó realmente un fracaso para el gobierno español y su representante). A este problema se unió el de los corsarios colombianos y su connivencia con las autoridades marroquíes y con los propios refugiados, que se verá más adelante. Respecto a los exiliados, los muchos esfuerzos del cónsul por conseguir su extradición, como le había sido encomendado por el gobierno, fracasaron por completo. La situación de Briarly era complicada: carecía de apoyos entre los demás cónsules, el bajá obstaculizaba su labor y protegía abiertamente a los liberales y el gobierno al que representaba lo mantenía en una gran penuria económica, de tal modo que, según un despacho del cónsul francés, Sourdeau, tuvo que recurrir a

⁸² *Memorable triunfo*, fol. 24v. En el artículo citado de 1825 de *El Español Constitucional*, se acusa a «Brairle» de ser «uno de los principales conspiradores del 7 de julio en Madrid, denunciado por el *Zurriago*». Sobre este periódico, ZAVALA, «La prensa exaltada en el trienio constitucional: “*El Zurriago*”». Sobre el golpe fallido, LA PARRA, *Fernando VII*, págs. 413-419.

préstamos del judío Benchimol para atender a sus gastos, contando para ello con su propia garantía⁸³.

Según María Dolores Posac, entre los ataques sufridos por Briarly durante su actuación respecto a los refugiados liberales, se cuenta la acusación que se le hizo de haber contratado a tres marineros españoles para que mataran al coronel Valdés⁸⁴. El autor del ms. se refiere a este intento de asesinato y menciona los alborotos nocturnos que causaron «las gestiones de algunos marineros españoles, que se suponía ser del número de matones y pagados asesinos del jefe de la expedición de Tarifa»⁸⁵. Sin embargo, no deja de sorprender que ni siquiera aluda a la posible implicación de Briarly en todo el asunto, cuando no tiene empacho, como se verá en seguida, en atribuirle toda clase de intrigas y desafueros. El autor del ms. tampoco alude a un incidente que Briarly incluyó en un «memorial de agravios» dirigido a las autoridades marroquíes: había estado a punto de herirlo (o incluso matarlo) la bala disparada por un miembro de su propia escolta marroquí cuando hacía guardia en el consulado⁸⁶; debió de ser muy probablemente un disparo involuntario –viajeros europeos se refieren a menudo al mal estado del armamento en manos marroquíes– pero la reacción de Briarly indica lo enrarecido del ambiente en que se movía y las suspicacias que despertaba cualquier incidente. De mayor alcance parece ser un comentario del autor del ms., que afirma sin pestañear que no faltó «quien se ofreciera a asesinar al detestado

⁸³ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 510, n. 4. Sourdeau también sufragaba muchos de sus gastos gracias a los adelantos de Benchimol, que era «agente» (fr. censal, ár. *simsār*) del consulado francés (intermediario judío o musulmán entre casas de comercio o consulados y la población local; esta categoría les permitía acceder al estatuto de «protegido» y evadir la legislación islámica). Véanse CAILLÉ, *Le consulat de Tanger (des origines à 1830)*, págs. 25 y 91, y KENBIB, *Les protégés. Contribution à l'histoire contemporaine du Maroc*, págs. 41 y sigs., sobre sus privilegios y actuación económica.

⁸⁴ «Alejandro Briarly: de oficial de la Royal Navy a cónsul de España en Tánger».

⁸⁵ *Memorable triunfo*, fols. 33r-v.

⁸⁶ POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 240.

Briarly por la corta cantidad de 2 000 reales»⁸⁷, dando a entender que la propuesta procedía de un tangerino que, como otros muchos de sus convecinos, tenía tendencia a «aporrear y matar cristianos»⁸⁸.

La vida privada del cónsul durante su estancia en Tánger tiene escásima presencia en la documentación consultada, aunque sus huellas no carecen de interés. Así, Bendelac anota la llegada de Briarly (al que llama Briadli) a la ciudad el 27 de octubre de 1824, acompañado por una sobrina y dos sobrinos⁸⁹, que se supone le habrían de acompañar durante al menos una parte de su estancia. Por su parte, el autor del ms. se refiere a la situación familiar de Briarly en términos vejatorios, afirmando que todo el imperio de Marruecos está escandalizado por su proceder, al haber nombrado vicedcónsul y secretario del consulado a «dos estúpidos proletarios, hermanos de la conocida matrona que introdujo con el negro velo de sobrina»⁹⁰, en una no muy velada alusión a los sobrinos mencionados por Bendelac. Dejando de lado que es poco probable que nombramientos de personal subalterno del consulado inquietasen y menos aún escandalizasen a las autoridades marroquíes, el ataque a Briarly se concentra en la figura de su sobrina, a la que se le da un tratamiento similar al otorgado a Cesarine Toulon, la sirvienta y amante de Sourdeau. No es posible discernir si el comentario del autor del ms. no pasa de ser un intento más de desacreditar el carácter de Briarly o si está relatando hechos ciertos; en todo caso, no es de extrañar que en la sociedad cerrada de los cónsules y los escasos europeos que vivían en Tánger circularasen toda clase de rumores y maledicencias; todo ello sin olvidar que la irregular situación de la supuesta familia de Briarly no carece de verosimilitud.

Tras la salida de los exiliados liberales y la remisión de las llegadas de buques corsarios colombianos, la situación de Briarly debió de

⁸⁷ *Memorable triunfo*, fol. 43v.

⁸⁸ *Ibidem*.

⁸⁹ *Journal de Bendelac*, pág. 311.

⁹⁰ *Memorable triunfo*, fol. 25v.

mejorar notablemente. Poco tiempo antes de su relevo en el consulado y de la destitución de Ū Mīmūn como bajá, ambos llegaron a un acuerdo de restitución a España de algunos puntos ocupados en el territorio de Ceuta, lo que muestra que sus relaciones se habían normalizado. Pero los problemas económicos de Briarly persistían⁹¹. Ya le habían causado dificultades a la hora de presentar los regalos usuales a las autoridades marroquíes de Tánger y, sobre todo, en su embajada ante el sultán. En efecto, aunque Bendelac observa que, al partir para Fez el 27 de enero de 1825, Briarly llevaba consigo 15 cajas con obsequios para el soberano, parece ser que tuvo que retrasar su salida hacia la residencia del sultán por problemas de dinero para su adquisición⁹². El autor del ms., por su parte, describe cómo el cónsul, en una de las fiestas musulmanas, envió a Pedro Martín del Rosario con un presente de dinero para el administrador de las aduanas tangerinas, siguiendo los usos de los cónsules en estas ocasiones; pero la cantidad de ese regalo era muy escasa para la categoría del obsequiado, al que, por su posición y relaciones en la corte del sultán habrían debido corresponder «efectos de té, café, azúcar y telas o pañuelos»; ante el ofendido rechazo del funcionario, fray Pedro insistió, atendiendo a «la pobreza de su amo, a la nulidad del erario y a la esperanza de mejor presente en la venidera pascua», sin tener éxito en su pretensión⁹³.

⁹¹ GARCÍA FRANCO, «Orígenes contemporáneos de la política exterior española en Marruecos», pág. 54.

⁹² *Journal de Bendelac*, pág. 334 y MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 337, n. 22 (citando un despacho del cónsul sueco, D'Ehrenhoff). Según informaba el cónsul portugués, a finales de noviembre de 1824 el sultán se había dado por enterado de la llegada de Briarly y le había ordenado que se presentara ante él con sus cartas credenciales y los regalos acostumbrados; el 28 de enero del año siguiente, otro despacho de Colaço hace notar que, según había oído, los obsequios del cónsul español no eran de gran precio y no precisaban de más de ocho acémilas para su transporte; por esa razón había estado esperando a que le llegaran mercancías de Gibraltar. Con todo, afirma el cónsul, los regalos que llevaba Briarly eran de poca monta y poco apreciados por los musulmanes (AL-MANŞŪRĪ, *Al-‘Alāqāt al-magribiyya al-burtuġāliyya*, II, págs. 358, n.º 26, y 366, n.º 4).

⁹³ *Memorable triunfo*, fol. 28r. Bendelac fecha este suceso el 12 de noviembre de 1824 y la cuantía del regalo, en 20 pesetas (*Journal de Bendelac*, pág. 315).

A pesar de sufrir estos aprietos en la representación pública de su función consular, Briarly, como otros de sus colegas, debió de recurrir a los negocios privados para resolver su situación personal. Ya se ha visto que tenía experiencia en ese sentido, tanto durante su estancia en Trinidad como en los años que había pasado en España. El autor del ms. alude en dos ocasiones a sus «especulaciones de contrabando», fórmula que puede indicar negocios no del todo legítimos, establecidos sobre la base de relaciones con la plaza de Gibraltar, donde la nacionalidad de origen de Briarly le habría sido de utilidad. Sea como fuere, el hecho es que cuando fue cesado de su cargo en Tánger, para el que se nombró a Antonio Beramendi a finales de mayo de 1828, Briarly no abandonó la ciudad ni el edificio de la legación, donde siguió residiendo, apoyándose en sus amistades de negocios⁹⁴. Sólo fue en 1831 cuando finalmente Briarly se marchó de Tánger, dirigiéndose a Gibraltar y de ahí a Palma de Mallorca, donde llegó a ser, de nuevo, comandante militar, y donde terminó sus días⁹⁵.

La trayectoria de este irlandés al servicio de España durante gran parte de su existencia descubre una personalidad más compleja de lo que deja suponer el retrato de trazo grueso que de él pinta el autor del ms. Para éste, Briarly es poco menos que la encarnación del mal, lo que no debe extrañar teniendo en cuenta que, de haber podido llevar a cabo las instrucciones del gobierno español, los exiliados habrían terminado por ser encarcelados en España, en el mejor de los casos, o directamente sometidos a un juicio sumarísimo y ejecutados, como lo habían sido y lo serían en los años por venir tantas personas partidarias de la Constitución o que habían mostrado de algún modo su oposición al absolutismo.

De ahí que uno de los objetivos primordiales del autor del ms. sea desacreditar a Briarly de todas las formas posibles. El repertorio de

⁹⁴ MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 202, n. 1, y MIÈGE, *Journal de Bendelac*, páginas 535-536.

⁹⁵ POSAC JIMÉNEZ, «Alejandro Briarly», págs. 490-491.

adjetivos que se le adjudica no tiene desperdicio: era, entre otras cosas, miserable, alucinado, obcecado, frenético, troglodita, tremebundo, estúpido, bárbaro... Nada bueno se observa en sus actuaciones, que además se caracterizan por la ignorancia de los usos diplomáticos. Más aún, y esto es quizá lo más interesante del pésimo retrato que de su carácter hace el autor del ms., Briarly no conocía «la política moruna, ni tenía idea exacta del carácter de los árabes, ni sabía los trabajos que con finura se hacían en Tánger por sus adversarios, ni tuvo más guía en sus operaciones que el superficial dato de la perfidia y codicia que dominan a los moros»⁹⁶. Es posible que así fuera: nada en la experiencia anterior de Briarly, marino diestro y hombre de negocios al parecer capaz, amén de cartógrafo de costas mediterráneas, le había preparado para la labor que le encomendaba el gobierno español⁹⁷. Al hacer esta despectiva descripción de cómo el cónsul orientó su programa de actuación en Tánger, no deja de ser interesante que se le reproche su miopía respecto a sus interlocutores marroquíes y sus usos culturales; para el autor del ms., que en otras ocasiones tampoco se distingue por su lucidez en estos temas, Briarly seguía el prejuicio usual de considerar a los «moros» como codiciosos y pérfidos, lo que le impidió maniobrar adecuadamente para llegar a acuerdos con ellos.

De ahí se llega a la conclusión de que Briarly no era un diplomático hábil, que dilapidó sin sentido los dineros destinados a captar voluntades entre sus interlocutores marroquíes; su fracaso es tanto más inaceptable cuanto que contaba con el apoyo de Francia, «el coloso de la Santa Alianza» y que podía ofrecer al sultán armas y buques de guerra⁹⁸. No es de extrañar esta incapacidad diplomática,

⁹⁶ *Memorable triunfo*, fols. 25v-26r.

⁹⁷ Sobre la cartografía marina de Briarly, véase DAVIES, reseña de Soler y Ganado, *The Charting of Maltese Waters: a Historical Account*, Malta, 2013 (www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/00253359.2015.1061271, consultado 29 julio 2021).

⁹⁸ *Memorable triunfo*, fol. 108v. El autor del ms. añade que, entre las ofertas que Briarly podría haber hecho al sultán, estaba la promesa de «plazas fuertes», que quizá deba entenderse como la posible cesión de los presidios menores.

dice el autor del ms., porque Briarly sólo era «uno de los muchos diplomáticos españoles que durante el curso no terminado de la revolución han sido por su notoria ineptitud el juguete de los congresos y fuera de ellos han contrariado las miras del gobierno imprevisor que los empleó»⁹⁹; en probable referencia, la primera parte de esta frase, a la poco afortunada actuación de Pedro Gómez Labrador durante el congreso de Viena (1814-15)¹⁰⁰. Pero a ojos del autor del ms., en el caso de Briarly, a su presumida incompetencia se añadía su condición de extranjero, que agravaba sus faltas e ineptitudes, pues con ellas correspondía a la patria que le había dado honores, empleos y comisiones.

De más está decir que este negativo retrato representa la visión de quien describe a su más enconado enemigo y que para subrayar la distancia que separa la justicia y bondad de su posición con la malignidad de su perseguidor no puede sino pintarlo con los más oscuros tintes. El autor del ms. se complace en registrar el trato humillante que recibió en algún momento el cónsul por parte del bajá de Tánger; pero es muy probable que las escenas que describe no fueran muy diferentes de las sufridas por otros cónsules –de Sourdeau ya se ha visto que tampoco tuvo unas relaciones muy fluidas con el bajá y otro tanto puede decirse del cónsul británico. De Briarly, sin embargo, se conocen otras actuaciones posteriores al conflicto de los liberales exiliados en las que puede apreciarse que su posición entre el resto de los cónsules europeos tenía cierta importancia; así sucedió cuando, al surgir problemas entre el recién nombrado cónsul del reino de Nápoles en Marruecos, Giovanni Viale, y el majzén marroquí, Viale propuso a Briarly como intermediario para solucionar un asunto en el que se planteaban cuestiones como la jerarquía de los enviados ante el sultán y la obligatoriedad de los reinos a los que representa-

⁹⁹ *Ibidem*, fol. 118v.

¹⁰⁰ JOVER ZAMORA, *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX*, pág. 117; LA PARRA, *Fernando VII*, págs. 354 y sigs.

ban de ofrecer dádivas en forma de tributo. La mediación de Briarly no llegó a tener éxito en su momento, pero los documentos que la describen, procedentes de los archivos napolitanos, atestiguan su capacidad de acceso a las autoridades marroquíes y de negociación con ellas, así como su conocimiento de los resortes que había que emplear para conseguir resultados positivos en sus gestiones diplomáticas. Cuatro años después de su llegada a Tánger (el problema del cónsul napolitano se planteó en 1827-1828), Briarly parece haber adquirido los saberes indispensables para manejarse en esta clase de situaciones: de acuerdo con Viale, se puso en contacto con Ahardan/Jurdan (así se le llama en los documentos del cónsul napolitano), de quien ya se ha dado aquí noticia; Viale explica en sus despachos que este personaje había sido amigo y consejero del anterior bajá, Ominon (Ū Mīmūn) y que se había convertido, tras la destitución de éste, en «íntimo confidente» del «ministro» marroquí de relaciones exteriores. Ahardan accedió a representar los intereses del cónsul napolitano ante el gobierno de Marruecos, y Briarly trasladó a Viale la sugerencia de Ahardan: emplear para ello cuatro o cinco mil duros que facilitarían la consecución de sus objetivos al ser distribuidos entre los visires del sultán¹⁰¹.

Los demás cónsules europeos residentes en Tánger no suscitaban igual atención por parte del autor del ms., aunque los de Suecia y Portugal ofrecieron hospitalidad a algunos de los exiliados. A la actuación del primero se la califica como de «notoria beneficencia»¹⁰²; del segundo no hay referencias concretas en todo el texto, aunque debió de conocerlo, puesto que uno de los refugiados, el periodista Juan Jacinto López, estaba casado con una sobrina suya, como se ha dicho antes, y vivió en el propio consulado. El entonces cónsul, Jorge José Colaço, pertenecía a una familia que ocupó ese puesto

¹⁰¹ Todo esto, con muchos más detalles, en IANNETTONE, *Il Marocco negli atti consolari del Regno delle due Sicilie (dal trattato del 1782 a quello del 1834)*, págs. 110-133.

¹⁰² *Memorable triunfo*, fols. 125v-126r.

durante la mayor parte del siglo XIX y tenía vínculos económicos con comerciantes ingleses asentados en Cádiz¹⁰³. Los liberales refugiados en Tánger colocaron a Colaço en una situación incómoda, ya que se vio obligado a albergar a su sobrina y su marido, cuyas ideas no compartía. El cónsul portugués se escandalizaba tanto como el francés de las manifestaciones públicas de los exiliados, no sólo porque representaba a un gobierno absolutista (el de Juan VI), sino también porque le separaban de ellos sus propias posiciones ideológicas. Tenía asimismo que protegerse, ante su propio gobierno, de las consecuencias que podría acarrearle la presencia de López en su casa; es así como, en dos ocasiones, asegura a sus superiores que el refugiado español no tiene ninguna relación con el resto de los exiliados, llegando a afirmar, en el segundo de los despachos en que lo menciona, que redoblará sus precauciones sobre la posible actividad política de López y, en caso de que observe alguna desviación en su conducta, lo expulsará inmediatamente de la residencia consular. Aprovecha Colaço esta ocasión para expresar su más firme rechazo a acoger en ella a ninguno de los refugiados españoles¹⁰⁴. Esta distancia entre Colaço y los españoles liberales explicaría la escasa o nula atención que le presta el autor del ms., al menos en la versión fragmentada que se ha conservado del texto.

Tampoco hay referencias en él al vicecónsul holandés, Bendelac, que tanto y con tan cuidadoso detalle se ocupó en su *Diario* de describir los acontecimientos que afectaron a la presencia de los liberales en Tánger. Hay que recordar, aquí, que a la jerarquía secundaria de Bendelac en el consulado de los Países Bajos se unía su condición de judío. Si la primera razón fuera la que explicase que el vicecónsul se abstuviera de tomar decisiones de importancia respecto a los exiliados, la segunda podría haber causado el silen-

¹⁰³ MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 47.

¹⁰⁴ AL-MANŞŪRĪ, *Al-ʿAlāqāt al-magribiyya al-burtugāliyya*, II, págs. 356-357, n.º 25 y págs. 364-365, n.º 1. Se conserva asimismo una carta de Juan Jacinto López en la que se queja del «fanatismo religioso» de José Colaço (GIL NOVALES, «López, Juan Jacinto María»).

cio del autor del ms., nada proclive hacia los judíos marroquíes —a quienes, no obstante, dedicó una buena parte de sus observaciones sobre la sociedad tangerina.

Sobre las competencias y trabajo de estos cónsules se han desgranado ya algunos datos. El autor del ms. no menciona, sin embargo, algunos de los más importantes, como la labor en pro de un aumento de las relaciones comerciales con sus países de origen, o los intentos por potenciar alianzas con los personajes más destacados del majzén marroquí (aunque se refiere a ello veladamente en alguna ocasión). Tampoco menciona que ya en esa época se había establecido un sistema de reuniones periódicas entre ellos para organizar acciones comunes, entre otros campos, en el de la sanidad e higiene de Tánger. Sí se ocupa, por el contrario, de una función destacada del papel de los cónsules como representantes extranjeros ante el sultán: como ya se ha dicho, al ser nombrados, debían acudir a su residencia y ofrecerle una serie de regalos en nombre de su propio soberano, a lo cual el de Marruecos respondía con ofrendas similares. Este intercambio de dones no era nuevo: una larga tradición islámica en este sentido se había convertido en una forma ritualizada de contacto con los enviados exteriores, que en el siglo XVIII había tomado un carácter simbólico muy acusado¹⁰⁵.

A esta costumbre hay que añadir que, tal como refiere el autor del ms., algunos países europeos, en virtud de diferentes acuerdos y tratados con Marruecos, pagaban un importe en metálico con el objeto de exonerar a sus barcos de los posibles ataques de corsarios marroquíes. Era el caso de Suecia, cuyo gobierno había firmado en 1763 un tratado en el que se comprometía a entregar anualmente a Marruecos una serie de mercancías, compromiso no siempre cumplido que fue sustituido en 1802 por una suma de dinero; el

¹⁰⁵ Sobre los intercambios diplomáticos de al-Ándalus durante el califato de °Abd al-Raḥmān III, VALDÉS FERNÁNDEZ, «De embajadas y regalos entre califas y emperadores».

mismo proceso fue seguido por Dinamarca¹⁰⁶. Los intereses de ambos países nórdicos no tenían gran relevancia en Marruecos, pero a pesar de ello y de la desaparición del corsarismo marroquí durante el reinado de Muley Sulaymān, continuaron pagando las sumas acordadas hasta que, en 1845 y tras largas negociaciones, se llegó a un acuerdo con Marruecos que suprimía las entregas dinerarias anuales¹⁰⁷. El autor del ms. se refiere a esta situación de manera algo airada, calificando los pagos de «vergonzosas prestaciones que, como tributos, pagan la Suecia y Dinamarca»¹⁰⁸. En otro momento, ofrece la cuantía establecida (25 000 duros anuales Dinamarca y 20 000 Suecia) e indica que las autoridades marroquíes no dudaban en recurrir a amenazas o incluso a expulsar a los cónsules si el pago se retrasaba en exceso¹⁰⁹.

Otra práctica, seguida por los cónsules y enviados diplomáticos a la corte de Marruecos, consistía en acompañar su embajada (o su viaje para presentarse ante el sultán tras haber sido nombrados, como sucedía con los cónsules) con una serie de presentes que, según los casos, podían alcanzar un valor muy elevado. El autor del ms.

¹⁰⁶ CAILLÉ, «L'abolition des tributs versés au Maroc par la Suède et le Danemark». Véanse también EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Muley Sulayman*, pág. 51, y SCHROETER, *The Sultan's Jew*, pág. 109. El autor del ms. afirma, equivocadamente, que el «cónsul anterior de Suecia (59v) fue expulsado por haber demorado el pago» (*Memorable triunfo*, fols. 59r-v). En realidad, este funcionario –Graberg de Hemsö– debió su expulsión en enero de 1822 a sus diferencias con el sultán acerca del pago de unos cañones importados de Suecia (MIÈGE y RAINERO, *Le Maroc. Écrits de Graberg de Hemsö*, pág. 19)

¹⁰⁷ CAILLÉ, «L'abolition des tributs versés au Maroc par la Suède et le Danemark». Una carta del sultán fechada el 5 de šawwāl de 1257 (20 de noviembre de 1841) informa al gobernador de Tetuán de la llegada a Gibraltar del dinero anual del tributo, para que organice su recogida y traslado a la corte (DĀWŪD, *Ta'riḥ Tiṭwān*, VIII, pág. 361; informaciones posteriores, en págs. 380, 389 y 422). MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 203, atribuye a la debilidad del sultán tras su derrota en Isly (1844) una importancia definitiva para la supresión del tributo.

¹⁰⁸ *Memorable triunfo*, fol. 38r.

¹⁰⁹ *Memorable triunfo*, fol. 59r. Las cantidades señaladas por el autor del ms. coinciden con las que da CAILLÉ, «L'abolition des tributs versés au Maroc par la Suède et le Danemark», págs. 206 y 208.

menciona esta costumbre en el marco de una de sus características inyectivas contra el funcionamiento de la administración marroquí. No vacila, por tanto, en caracterizar este uso como una humillación a la que el sultán sometía a los enviados extranjeros:

«la exaltación al trono de los monarcas que tienen relación de amistad con el imperio presenta la necesidad de nueva embajada a la capital, de ratificación de los tratados y de magníficos presentes, y la entronización de nuevo emperador reclama el mismo dispendioso ceremonial; regresando los cónsules con un león, tigre, o avestruz para su soberano, y algunos caballos, mulas o rara piel para su servicio»¹¹⁰.

En otro momento de su relato, el autor del ms. afirma que el sultán distribuye entre sus más allegados y privados parte de los regalos recibidos¹¹¹; pero, en cualquier caso, asegura, la costumbre está empezando a caer en desuso, porque los países europeos afectados por ella han comprobado que es más eficaz la diplomacia de la amenaza y el «cañón», y así se están suprimiendo «tan degradantes y mal correspondidas gabelas, cuya base es la misma impotencia de los exactores y rivalidad de los donadores»¹¹².

Esta observación refleja, sin duda, el cambio que se estaba operando en el equilibrio de las relaciones entre Marruecos y sus vecinos del norte del Mediterráneo y, en general, de una Europa que se va imponiendo en el equilibrio de fuerzas entre las dos orillas. La ofrenda de regalos que los embajadores hacían al sultán se sentía, en el paso del siglo XVIII al XIX y primeros años de este último, como un tributo que, sin estar especificado en tanto que tal en los tratados, como el que pagaban Suecia y Dinamarca (y habían también pagado, con anterioridad, Venecia y Holanda), no dejaba de ser, como decía el autor del ms., una gabela.

¹¹⁰ *Memorable triunfo*, fols. 38r-v.

¹¹¹ En efecto, AL-DU^cAYYIF, *Ta'rih al-dawla al-sa'ida*, pág. 307, relata cómo el sultán distribuye parte del dinero en metálico que formaba parte del regalo del cónsul de Suecia a Sidi al-^cArabī b. al-Mu^cṭī y a algunos alfaquies de Fez en 1212/1797.

¹¹² *Memorable triunfo*, fol. 60r.

A finales del siglo XVIII, el médico inglés Lemprière, en su relato de viajes por Marruecos, se embarca en una larga diatriba contra la costumbre de dar regalos al sultán y pagarle tributos; la razón de su indignado discurso no es otra que la de considerar que el sultán carece de poder real –léase una flota y ejército poderosos– para imponer esos pagos, que sin embargo continúan haciéndose¹¹³. Los testimonios a este respecto, en la literatura de viajes sobre Marruecos, son numerosos y siguen una línea común, que acentúa el carácter de sumisión al sultán que tiene el ofrecimiento de regalos. Si Domingo Badía no lo hace es porque su contrafigura (Ali Bey) se presenta como miembro del sistema político y social que describe y en el que no sólo se llevan regalos al sultán, sino que el donante recibe a su vez la «gratificación de costumbre»¹¹⁴. Ali Bey constata así la particular relación que se establece entre los recíprocos donantes y que en el caso del sultán supone una de las manifestaciones de su poder político¹¹⁵.

Un buen observador de los asuntos marroquíes, James Jackson, hizo notar que la importancia de los regalos ofrecidos al sultán variaba en función de los beneficios que se querían obtener, reafirmando así el carácter de intercambio del procedimiento; como ejemplo, indica que durante el reinado de Sīdī Muḥammad b. °Abd Allāh, el rey de España le envió una embajada en la que «[he] sent presents to an enormous amount, in order to purchase the friendly alliance of the Emperor, and to induce him to continue the exportation of grain to Spain»¹¹⁶. El recuerdo de esta fastuosa embajada se hace notar en algún otro autor, que, aunque reproduce con algún defecto el nom-

¹¹³ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, págs. 192-194.

¹¹⁴ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, págs. 170-174 (y n. 17 y 19 del editor del texto).

¹¹⁵ BOURQIA, «Don et théatralité: réflexion sur le rituel du don (*hadiyya*) offert au sultan au XIX^e siècle».

¹¹⁶ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco, and the Districts of Suse and Taflalet*, pág. 170. Se trata de la embajada de Salinas y Moñino, sobrino del conde de Floridablanca. Véanse MORALES, «La embajada de don Francisco Salinas y Moñino y el arreglo de 1785», y BECKER, *Historia de Marruecos. Apuntes para la historia de la penetración europea, y principalmente de la española, en el Norte de África*, págs. 173-176.

bre del embajador, deja constancia de que la cuantía y calidad de los obsequios que acompañaban su misión eclipsó a las de cualquier otra embajada de la época¹¹⁷.

Para cuando escribía el autor del ms., esta generosa ofrenda de regalos parece haber ido disminuyendo y los cónsules o enviados diplomáticos tenían a veces dificultades en llevar a cabo lo que se esperaba de ellos en cumplimiento de la costumbre establecida. Más arriba se han visto los problemas de Briarly a este respecto; no mucho antes, en 1821, Bendelac alude a los apuros de los cónsules español y francés (Orué y Sourdeau), cuyos obsequios no habían satisfecho a su destinatario, que solicitó otros mejores¹¹⁸. Sin embargo, en 1824 Sourdeau empleó una suma muy elevada (más de 30 000 francos) en adquirir los regalos para el sultán y altos funcionarios con motivo de su embajada a Fez para notificar la subida al trono de Carlos X¹¹⁹. En cualquier caso, Cochelet parece reflejar la opinión de los cónsules en Tánger cuando se lamenta enérgicamente de la humillación que representaba la entrega de regalos al sultán por parte de los cónsules, como ocurrió en 1815 cuando Muley Sulaymān visitó Tánger; en su opinión, este comportamiento contribuía a envilecer a los cristianos a los ojos de los súbditos del sultán¹²⁰.

El gobierno marroquí estaba naturalmente interesado en la continuación de esta ceremonia, que no sólo tenía un elevado valor simbólico, como se ha destacado en estudios recientes¹²¹, sino que suponía una fuente de ingresos no despreciable, en paralelo a la entrega de

¹¹⁷ KEATINGE, *Travels through France and Spain to Morocco*, págs. 193-194. El nombre del embajador aparece como «don Francisco de las Saleñas y Moñino»; sin embargo, KEATINGE acierta al informar que Salinas era teniente coronel del regimiento de dragones de Pavía (GIL NOVALES, *Diccionario biográfico*, III, págs. 2761-2762).

¹¹⁸ *Journal de Bendelac*, pág. 67 (10 de septiembre de 1821); sin nombrarlo directamente, el vicecónsul holandés parece referirse aquí al bajá de Tánger.

¹¹⁹ CAILLÉ, *Le consulat de Tanger (des origines à 1830)*, págs. 109-110 (el total de los gastos de esta embajada fue, según las cuentas enviadas por Sourdeau a París, de 73 989 francos).

¹²⁰ COCHELET, *Naufrage du brick français «La Sophie»*, II, pág. 207.

¹²¹ PENNELL, «Meeting the Sultan».

dones (*hadiyya*) ofrecidos por los notables urbanos y los jefes tribales¹²². No puede negarse el carácter de impuesto que tenían estas entregas de dinero, textiles, armas, joyas, etc., por mucho que desagradasen a observadores externos por lo que podían suponer de vasallaje ante el sultán. En otra interpretación, los regalos exigidos por éste no serían otra cosa que una transposición del pacto con los cristianos (*ahl al-dimma*) que, como protegidos del sultán, rendían homenaje a su protector¹²³. No cabe descartar esa posibilidad: así, una carta del sultán fechada en 1258/1842 se refiere al tributo pagado por suecos y daneses como *tartīb fi dimmat ġins al-Danimārk* («el impuesto a los cristianos dimmíes de Dinamarca»)¹²⁴. Pero también debe tenerse en cuenta que los regalos respondían a los usos diplomáticos tradicionales entre soberanos del mundo islámico y en sus relaciones con otros príncipes no musulmanes, de lo que hay constancia documental abundante; a la memoria admirativa de los fastuosos obsequios de la embajada de Salinas en 1785 cabe añadir la enumeración, no menos amplia, de los ofrecidos por la de Jorge Juan en 1767¹²⁵. En esos años de excelentes relaciones entre Marruecos y España, la presentación de ofrendas materiales al sultán formaba parte de la etiqueta habitual entre ambas naciones. La censura que esta costumbre suscita en las primeras décadas del siglo XIX parece reflejar la alteración de la balanza diplomática entre Europa y Marruecos, cuando el país norteafricano empieza a ser considerado no como un

¹²² BROWN, *Crossing the Strait*, pág. 167, y EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Muley Sulayman*, pág. 51.

¹²³ IANNETONE, *Il Marocco negli atti consolari del Regno delle due Sicilie*, págs. 190-191.

¹²⁴ DĀWŪD, *Ta'riḥ Tiḡwān*, VIII, pág. 380.

¹²⁵ La relación de los regalos de Jorge Juan puede verse en RODRÍGUEZ CASADO, *Jorge Juan en Marruecos*, págs. 30-31, según el texto anónimo de un miembro de la embajada, *Breve noticia de lo acaecido en el viaje que hizo a la Corte de Marruecos el Excmo. Señor Don Jorge Juan, Embajador de su Majestad Católica, año de 1767*. Jorge Juan coincidió en Marrakech con la embajada del francés conde de Brignon, cuyos obsequios al sultán se enumeran en la misma fuente, págs. 33-34. El texto anónimo se reproduce en SÁNCHEZ CARRIÓN, *La embajada inacabada de Jorge Juan en Marruecos*, con ligeras variantes que no añaden nada sustancial a lo publicado por Rodríguez Casado.

rival o posible aliado, sino como una presa digna de ser apropiada y a cuyos gobernantes no se debía considerar como iguales; resultado todo ello del cambio en el equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo occidental. Godoy se quejaba, en efecto, de la exigencia de ofrecer regalos al sultán como fórmula de reconocimiento de su posición¹²⁶, mientras que franceses e ingleses avanzaban, lentos pero seguros, en sus posiciones respectivas para ampliar su control sobre el territorio marroquí. La discutida cuestión de los regalos al sultán formaba parte de las estrategias destinadas a consolidar el avance, real y simbólico, de los poderes europeos en el norte de África. En ese contexto, los cónsules representaron un papel secundario pero importante, porque eran ellos los requeridos para mantener una relación con el sultán que pasaba, ineludiblemente, por sus contactos con los funcionarios marroquíes en Tánger y, muy especialmente, con el bajá.

2. EL BAJÁ DE TÁNGER, MUḤAMMAD Ū MĪMŪN

Este personaje, al que el autor del ms. dedica su texto, ha aparecido ya en numerosas ocasiones en estas páginas, dado su papel determinante en la situación de los liberales españoles refugiados en Tánger. Ya desde el título se observa la intención del autor del ms. de adornar a su héroe con las mayores virtudes públicas y privadas; a lo largo del texto, los epítetos y cualidades que le dedica son todos del mismo orden: a Ū Mīmūn se le adjudica «genio sublime y conducta heroica», «notable cordura, decisión y generosidad», «integridad», «prudencia y carácter inflexible» y, por supuesto, «liberalismo», que en la perspectiva del autor del ms. era en realidad el compendio de todo lo anterior¹²⁷. Siempre que en el texto hay alguna referencia a Ū Mīmūn, va ésta acompañada de uno o varios adjetivos que encomian su actuación y su carácter: a más de liberal –o por ello mismo– el bajá

¹²⁶ MARTÍN CORRALES, «El patriotismo liberal español contra Marruecos (1814-1848)», pág. 18.

¹²⁷ *Memorable triunfo*, fols. 2r, 2v, 3r, 21r, 119v, 122v y 123r.

era benemérito, justo, íntegro, incorruptible, discreto, circunspecto, bravo, intrépido y tolerante¹²⁸. Tal repertorio de virtudes sólo se comprende si se tiene en cuenta que el texto del ms. es, además de otras cosas, un artefacto propagandístico, con unos objetivos muy bien definidos. Entre ellos, la construcción de un personaje modélico, como es el Ū Mīmūn dibujado por el autor del ms., responde a una doble necesidad: por un lado, las bondades de su carácter explican su toma de partido en el conflicto sobre los exiliados y reflejan, a su vez, la justicia que les asiste. Por otro lado, el dechado de perfecciones que representa Ū Mīmūn se contrapone a los vicios de carácter, no sólo de los enemigos de los liberales en Tánger, como Sourdeau, sino sobre todo de su perseguidor más implacable, es decir, Fernando VII.

En línea con la propaganda liberal del momento, el rey (al que siempre se llama en el ms. Fernando de Borbón), es considerado culpable de «crímenes horrendos», «reo de delitos capitales», «el más solemne impostor que se conozca en las crónicas de las testas coronadas» o el «jefe de la facción homicida insaciable de sangre y de confiscos»¹²⁹. De este modo se presenta al lector una doble y opuesta imagen: la justa y recta del bajá de Tánger, y la indigna y despreciable del rey absoluto. El contraste es tanto más agudo y llamativo cuanto que el segundo es el soberano católico de lo que todavía es, aunque en proceso de desintegración, un gran imperio europeo, mientras que el primero es un «musulmán educado en la cordillera del Atlas»¹³⁰, es decir, alguien a quien toda la literatura europea de la época habría calificado, sin dudar, de salvaje fanático y feroz.

De esa contraposición tan radical entre modelos de comportamiento de los soberanos y sus altos funcionarios, se hallan ecos en la prensa en español de ambas orillas del Atlántico, lo que da idea de lo bien que funcionó, al menos en este punto concreto, la propaganda

¹²⁸ *Ibidem*, fols. 16r, 20r, 23v, 25v, 29v, 30r, 37r, 41v y 115v.

¹²⁹ *Ibidem*, 11r, 33r, 110r-110v y 116v. Véase, por ejemplo, LE BRUN, *Vida de Fernando VII*.

¹³⁰ *Memorable triunfo*, fol. 23r.

de los liberales exiliados¹³¹. La actitud de las autoridades marroquíes aparece así comentada en el periódico peruano *El Republicano*, publicado en Arequipa: «esos que llamamos bárbaros dan en este punto una lección importante a naciones civilizadas que prostituyendo sus principios han perseguido a los liberales»¹³². *El Español Constitucional*, que se publicaba en Londres, terminaba su extensa crónica sobre los avatares de los españoles exiliados en Tánger afirmando que «los españoles sensatos conocen que es muy buena la moral del Alcorán, y que dicho emperador con su moral vale mucho más que Fernando VII con su catolicismo»¹³³.

En la prensa española la figura de Ū Mīmūn recibió también cierta atención, y es interesante destacar que se encuentran referencias al bajá situándolo en un contexto anterior a la llegada a Tánger de los refugiados españoles. En efecto, el periódico madrileño *El Correspondal* menciona el acuerdo que suscribió con el general Gómez de Butrón a propósito de los límites de Ceuta, cuyo gobierno ejerció Butrón entre 1814 y 1822 (en su biografía se destaca que participaba regularmente en las tertulias que se celebraban en los cafés de la Constitución y de la Unión de Ceuta, y que se exilió en Londres a partir de 1823, para volver más tarde a España, donde terminó su carrera militar)¹³⁴. No es de extrañar que en 1844 el *Eco del Comercio* publicara un artículo titulado «Marruecos», cuyo autor menciona la misión de dos diputados españoles, Moreno de Guerra y Díaz Morales, a Ceuta, durante el trienio constitucional, coincidiendo con Butrón como gobernador de la plaza y Ū Mīmūn como bajá de Tánger. Esta circunstancia da pie al autor del artículo para describir así a Ū Mīmūn (Cidi Mohamet Omimon):

¹³¹ Véase SIMAL, «*Guerra de opinión: la monarquía española y la opinión pública internacional (1814-1823)*», que se ocupa especialmente de la primera etapa absolutista de Fernando VII.

¹³² *El Republicano* (Arequipa), 25 de noviembre de 1826.

¹³³ *El Español Constitucional*, xxxviii (1824), pág. 312.

¹³⁴ *El Correspondal* (Madrid), 17 de abril de 1844; artículo sin firma. Sobre el gobernador de Ceuta, GIL NOVALES, *Diccionario biográfico*, II, págs. 1332-1333.

«musulmán al nivel de civilización europea, y dotado de las más eminentes cualidades y de las más benévolas disposiciones y se entendieron [él y Butrón], y si el sistema constitucional no hubiera caído, se hubieran arreglado las dos naciones, en otra posición recíproca»¹³⁵.

Bajo la misma cabecera madrileña apareció, en 1847, el texto periodístico que más se extiende sobre el papel de Ū Mīmūn como protector de los liberales; ya se ha aludido a él al tratar del cónsul Orué. Ahora es tiempo de detenerse en su retrato que en este texto se hace del bajá de Tánger, dotado de tanto detalle que suscita la pregunta sobre las fuentes utilizadas por su autor. Por otro lado, el artículo publicado en el mismo periódico en 1844, y que se acaba de citar, va firmado por el seudónimo «Un amante de la patria», mientras que el de 1847 carece de cualquier mención de autoría. Sin embargo, la lectura comparada de ambos textos hace sospechar que sean producto de la misma pluma, tanto por el estilo como por la coincidencia de reclamarse en ambos la intervención del gobierno para reparar las injusticias cometidas con el cónsul Orué y su familia. Podría incluso suponerse que ese autor desconocido hubiera formado parte de la emigración liberal a Tánger; que, al menos, hubiese tenido en España un estrecho contacto con Orué, quien le habría suministrado la información de la que hace gala o, simplemente, que copiara el contenido de la memoria enviada por Orué al ministerio de Estado, donde, según dice, la había visto¹³⁶.

¹³⁵ *Eco del Comercio*, 4 de mayo de 1844. Francisco Díaz Morales (1792-1850), militar y diputado a Cortes durante el Trienio, formaba parte de la sociedad de los comuneros y se exilió a Gibraltar tras la derrota de los constitucionalistas (CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo*, pág. 89; GIL NOVALES, *Diccionario biográfico*, I, pág. 872).

¹³⁶ El seudónimo utilizado, «Un amante de la patria», es lo suficientemente general como para dificultar grandemente su identificación. Fue utilizado por Ciriaco de Cevallos, miembro de una sociedad patriótica y localizado en Londres en julio de 1814, para un panfleto titulado *Voz de la naturaleza y clamores de la nación, dirigida a los españoles por un amante de la patria residente en Londres* (SIMAL, «*Guerra de opinión*», pág. 305), pero podría adjudicarse a muchos otros liberales para quienes el amor a la patria era un símbolo de actitudes contrapuestas a los absolutistas «amantes» del rey y la religión.

Se reproducen a continuación las partes de ese texto directamente relacionadas con el bajá de Tánger:

«El empeño de Fernando por sacrificar aquella heroica falange de patriotas era tan frenético que hasta ofreció por ello pagar los atrasos del tributo, hacer un regalo cuantioso y ceder al gobierno de Marruecos un bergantín de guerra. Pero afortunadamente era bajá de Tánger un príncipe ilustrado, allegado al emperador Muley Soleymán, y de gran influjo sobre él y en el imperio al que tenía derecho, y abierto el paso a no ser que su magnanimidad no lo reclamase. Tan eminentes cualidades dotaban a este ilustre Cidi Mohamed Ohismon [*sic*], que ningún príncipe europeo pudiera aventajarle. // Constituido protector de los patriotas españoles, secundaba a Orué decididamente; en términos que al reclamarle inexorablemente el gobierno de Fernando la entrega de los emigrados, preguntó si los había en Inglaterra, y si el rey Jorge los entregaba. Contestado que no, replicó a los comisionados: “que ni el emperador de Marruecos era menos generoso, ni sus leyes menos humanas; que no insistiesen más en ello, que aun cuando el rey Jorge entregase a los españoles (lo cual sabía era imposible), todavía lo pensaría Muley Soleyman”. Por la mediación de Orué, era tan fina, tan espresiva [*sic*] la protección del bajá, que un ilustre diputado [Moreno de Guerra] considerando el contraste con la idea que vulgarmente se tiene de aquellos vecinos nuestros, decía, con razón, que más parecía, por sus modales, un príncipe italiano que marroquí»¹³⁷.

La sorpresa experimentada por algunos viajeros extranjeros al comprobar que ciertos marroquíes –especialmente los pertenecientes a las élites– no eran los rudos montañeses o campesinos que suponían delata toda una serie de conceptos ligados a la pretendida jerarquía entre las sociedades occidentales y las llamadas «orientales», vigentes no sólo en la época de que aquí se trata¹³⁸. A veces, no obstante, una mirada más ecuánime ofrece un retrato diferente de un personaje como Ū Mīmūn: el británico Beauclerk, que lo conoció personal-

¹³⁷ *Eco del Comercio*, 8 de julio de 1847. Como ya se ha indicado, el autor del artículo sitúa los hechos durante el reinado de Muley Sulaymān, cuando en realidad sucedieron bajo el de su sucesor, Muley ‘Abd al-Raḥmān.

¹³⁸ Casi un siglo después, el diplomático español Rafael Mitjana manifestaba en el relato de su viaje a Marrakech, en términos no muy diferentes, la admiración que le producían el estilo de vida y los modales del entonces ministro marroquí de la Guerra, al-Menebhi (MARÍN, *Testigos coloniales*, pág. 139).

mente, lo describe como «a tall handsome man, with a very intelligent countenance, and a soft polite address»¹³⁹. Esta es la impresión que dio al visitante tras haberlo recibido oficialmente en la residencia del gobernador, y es lástima que no hubiera podido ampliarla en la comida en casa del cónsul de Suecia a la que estaba previsto que acudiera Ū Mīmūn, como se ha dicho antes.

En todo caso, el retrato de Ū Mīmūn en alguna prensa española y el producido por el autor del ms. coinciden en cubrirlo de alabanzas y destacar no sólo la nobleza de su carácter, sino también la delicadeza de sus sentimientos y la rectitud de sus acciones. Así, el autor del ms. evoca críticas a Ū Mīmūn que califica de calumnias, explicando que, como era costumbre en Marruecos, «admitió algunas finezas de los emigrados»¹⁴⁰, sin que, según indica, pudieran calificarse de sobornos. La imagen del bajá en el ms. es homogénea y no admite la menor imperfección en el retrato que transmite el autor.

No fue ese el caso, naturalmente, de otros observadores coetáneos, que tenían intereses diferentes. Como se ha visto más arriba, el cónsul británico, Douglas, lo consideraba inadecuado para el puesto que ocupaba por carecer de conocimientos sobre los intercambios comerciales y las normas diplomáticas¹⁴¹. El conflicto de las tasas exigidas a los judíos marroquíes residentes en Gibraltar es prueba de ello, pero no fue el único; llegó el momento en que el bajá consiguió que en 1828 el sultán Muley °Abd al-Rahmān solicitase al gobierno británico la sustitución de Douglas. Sin embargo, la presión de los otros cónsules y comerciantes de Tánger llevó al sultán a retirar su demanda y, finalmente, fue Ū Mīmūn el destituido durante una visita del soberano a Tánger en ese mismo año¹⁴². Es difícil no interpretar

¹³⁹ BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 11.

¹⁴⁰ *Memorable triunfo*, fol. 122v.

¹⁴¹ BROWN, *Crossing the Strait*, pág. 183 (con citas de cartas de Douglas fechadas en 1824 y 1825).

¹⁴² *Ibidem*, págs. 87 y 183; IBN ZAYDĀN, *Ithāf a'lām al-nās*, pág. 228. FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 44, da cuenta de una prisión sufrida por el bajá entre la

estas maniobras como uno más de los episodios de tensión entre los intereses económicos de una potencia europea –Gran Bretaña– y el majzén marroquí; aunque al parecer Ū Mīmūn siguió contando con el favor del sultán, su destitución era una indudable victoria del consulado británico, apoyado por otros representantes diplomáticos y, muy posiblemente, por notables locales, musulmanes o judíos, que veían en el bajá un obstáculo para sus proyectos de negocio.

La conducta de Ū Mīmūn como gobernador puede apreciarse con gran nitidez a través del *Diario* de Bendelac, que registra minuciosamente muchas de sus actuaciones en el día a día; el vicescñsul holandés anota las decisiones del bajá y sus intervenciones en los asuntos de la ciudad con un cuidado que revela hasta qué punto estaban imbricados entre sí los numerosos y no siempre coincidentes intereses de la reducida colonia europea, los judíos tangerinos y los altos funcionarios y comerciantes marroquíes. No es este el lugar para adentrarse en la tupida red de relaciones descrita por Bendelac, en las que Ū Mīmūn aparece siempre como el poderoso depositario de la confianza del sultán y ejecutor de su política¹⁴³. Como ejemplos de sus actuaciones, pueden señalarse algunos casos singulares: así, su orden de encarcelar al comerciante Abarodi y confiscar sus bienes, asunto que empieza a ser mencionado en los primeros meses de 1823 y que verosímlmente se debía a discrepancias sobre pagos/impuestos reclamados por el sultán¹⁴⁴; algunos aspectos de su conflictiva relación

primavera de 1826 y julio de ese mismo año, que supone causada por las maquinaciones de Briarly y otros en la corte del sultán; en contra de su costumbre, no señala en este caso la fuente de donde procede esta información. También se refiere a ese periodo de prisión DZIUBINSKI, «Intentos de establecer relaciones diplomáticas entre Colombia y Marruecos en los años 1825-1827», pág. 60, que parece basarse (no hay referencia concreta) en la correspondencia consular de Sourdeau. Por su parte, POSAC JIMÉNEZ («Alejandro Briarly», pág. 486, n. 63) cita una carta enviada por Briarly al ministro marroquí Benchilul, en la que relataba los agravios a que se había visto sometido por el bajá como detonante de su destitución, cuya fecha exacta (12 de junio de 1828), da el *Journal de Bendelac*, pág. 516.

¹⁴³ Bendelac no menciona la revuelta de la población tangerina contra el bajá a la que se refiere MICHAUX-BELLAIRE (*Villes et tribus du Maroc*, pág. 102).

¹⁴⁴ *Journal de Bendelac*, págs. 75, 159, 161, 188-189, etc.

con los cónsules, a los que acusaba, en abril de 1824, de escribir al sultán quejándose de su propia conducta¹⁴⁵; sus órdenes de que los judíos tangerinos no se vistieran a la europea, en junio de 1824, que poco después, tras la petición del cónsul de Suecia para que el dragomán del consulado y su hijo quedaran exentos de esta norma, se transformó en papel mojado al declarar el bajá que autorizaría ese atavío a los judíos que se lo solicitasen expresamente¹⁴⁶.

Igualmente registra el vicecónsul holandés muchos de los viajes y traslados del bajá, acompañando a alguno de los cónsules en su visita a la capital marroquí, para entregar los tributos al sultán o a la cabeza de expediciones de castigo a tribus rebeldes. En conjunto, por tanto, el *Diario* de Bendelac es la fuente más exhaustiva sobre el ejercicio del poder local por un bajá como Muḥammad Ū Mīmūn.

Por contraste, las fuentes árabes ofrecen muy poca información sobre el personaje y de muy poca calidad. No es nada excepcional, ya que la historiografía sobre este periodo es realmente escasa. Aun así, el nombre del bajá aparece en la obra, más tardía, de ʿAbd al-Raḥmān b. Zaydān (1878-1946), verdadera enciclopedia sobre la dinastía ʿalawí. Ibn Zaydān, muy de pasada, menciona a Ū Mīmūn como uno de los gobernadores (*ʿummāl*) de la época de Muley ʿAbd al-Raḥmān, aunque no entre los más prominentes. Se refiere a él para dar su nombre, Muḥammad Ū Mīmūn al-Garwānī, y la fecha de su

¹⁴⁵ *Ibidem*, pág. 262.

¹⁴⁶ *Ibidem*, págs. 277-278. La obligación de los judíos de vestirse como el resto de los marroquíes databa del reinado de Muley Sulaymān, que promulgó un decreto en ese sentido en 1815 (EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Muley Sulayman*, pág. 50). El problema se planteaba sobre todo para los judíos procedentes de Gibraltar, muchos de los cuales eran de origen marroquí y se trasladaban con frecuencia a Marruecos. En 1831 los ingleses reclamaron una exención de esta obligación y se autorizó a los judíos gibraltareños a circular con traje europeo, aunque sólo durante un mes (SCHROETER, *The Sultan's Jew*, pág. 89). La progresiva implantación del régimen de «protección», bajo el que vivían muchos judíos (y no judíos) invalidó esta clase de restricciones. Según BEAUCLERK (*Journey to Morocco in 1826*, pág. 231), muchos judíos de Mogador llevaban sombreros y abrigos de estilo europeo, por lo que pagaban una tasa especial al tesoro marroquí.

destitución en el gobierno de Tánger en 1243/1828¹⁴⁷, más precisada por Bendelac, que la data el 12 de junio de 1828; su familia dejó Tánger tres días después¹⁴⁸.

El dato más notable que suministra la breve noticia de Ibn Zaydān es la *nisba* o apellido tribal de Ū Mīmūn. Por ella se sabe que el bajá pertenecía a una tribu bereber, de la confederación *ṣanhāġa*, hoy día asentada en la región de Mequinez, pero que procedía de los territorios situados al sur del Atlas¹⁴⁹. Fue precisamente bajo el reinado de Muley °Abd al-Raḥmān cuando se instalaron más al norte¹⁵⁰; seguían así un flujo de movimientos de los bereberes de las zonas meridionales de Marruecos que se había iniciado en el siglo XVIII y que se había visto impulsado por una serie de factores económicos y políticos (sequías y hambrunas, intervenciones de las diferentes facciones bereberes en las luchas por la sucesión dinástica, alianzas con los diversos pretendientes al trono...) ¹⁵¹. El nombramiento de Muḥammad Ū Mīmūn como bajá de Tánger respondía, por otra parte, a la nueva política de Muley °Abd al-Raḥmān, que pretendía situar en los puestos clave de los gobiernos locales a personas cuya lealtad no le ofreciese dudas y que careciesen de lazos con las élites urbanas

¹⁴⁷ IBN ZAYDĀN, *Ithāf a'lām al-°as*, V, pág. 226. Otro gran historiador contemporáneo, AL-NĀṢIRĪ, que dedica una larga biografía a Muley °Abd al-Raḥmān, menciona a alguno de sus gobernadores incidentalmente, pero entre ellos no figura Ū Mīmūn (AL-NĀṢIRĪ, *Kitāb al-Istiḡṣā*, VIII, págs. 9-94).

¹⁴⁸ *Journal de Bendelac*, pág. 516.

¹⁴⁹ Al origen étnico de Ū Mīmūn se refiere varias veces el autor del ms. apodándole Shcilloge/Skeslloge (fols. 1v, 23r, 37v, 124v), denominación que extiende a las «belicosas tribus» del Atlas (fols. 35r, 36v). Con ese término (que en la literatura colonial española se da como «chelja» y en otras lenguas se transcribe como «shleuh» o «chleuh») se denomina en general a los bereberes y su lengua, y más en concreto a los habitantes de las regiones meridionales de Marruecos. Véase SARRIONANDIA e IBÁÑEZ ROBLEDO, *Diccionario Español-Rifeño Rifeño-Español*, s. v. *chelja*, y AGROUR, «Contribution à l'étude d'un mot voyageur: chleuh».

¹⁵⁰ AKNINAH, «Igurwian», *Ma'lamat al-Magrib*, II, págs. 613-614; EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Muley Sulayman*, págs. 9 y 28, n. 31: los Garwān y otras tribus se habían sometido al majzēn y eran conocidos como *barabir al-waṭa'*, *barabir al-dawla* o *barabir al-tā'a*, términos que indican todos ellos su obediencia al poder estatal.

¹⁵¹ ABUN-NASR, *A History of the Maghrib in the Islamic Period*, págs. 243-246.

del lugar o, en el caso de Tánger, con los intereses de los diplomáticos extranjeros, a menudo relacionados con los de los notables de la ciudad. La experiencia de Muley °Abd al-Raḥmān, en tiempos de su antecesor en el trono, como gobernador del puerto meridional de Essauira (Mogador), le hizo sin duda comprender la complejidad de las relaciones marroquíes con el exterior y con los negociantes europeos y judíos de la ciudad¹⁵²; pero también, cuando asumió el poder, la necesidad de contar con el apoyo de funcionarios que no dependieran de esas relaciones. No parece casual, en este sentido, que una de las acciones de gobierno de Ū Mīmūn fuera la de encarcelar, como se ha dicho, al comerciante Abarodí y, con él, al administrador de las aduanas de Tánger¹⁵³.

A las informaciones que se conocen sobre Ū Mīmūn, procedentes de la documentación consular y, en mucha menor medida, de las crónicas árabes, el autor del ms. añade otras que sitúan al personaje fuera del contexto tangerino y lo acercan a las luchas por el poder político y militar en Marruecos, que caracterizaron buena parte del siglo XVIII y comienzos del XIX. Según el autor del ms., Ū Mīmūn habría estado encarcelado y desterrado en época de Muley Sulaymān, tío y predecesor en el trono de Muley °Abd al-Raḥmān, a quien había designado como su heredero; al tener noticia de las dificultades que encontraba el nuevo soberano para asentarse en el poder, Ū Mīmūn abrazó su causa y al poco tiempo fue nombrado bajá de Tánger, manteniendo la región tingitana y la de Anḡara bajo control¹⁵⁴; no sólo

¹⁵² Aunque algo posterior a este periodo, véase SCHROETER, *Merchants of Essaouira: Urban Society and Imperialism in Southwestern Morocco, 1844-1886*. Sobre el papel de Ū Mīmūn en la política de nombramientos de Muley °Abd al-Raḥmān, véase BROWN, *Crossing the Strait*, págs. 86-87 y 183.

¹⁵³ *Journal de Bendelac*, pág. 159. Al día siguiente, 29 de marzo de 1823, el bajá convocó a los caídos y notables de la ciudad para comunicarles las órdenes del sultán; la administración de la aduana y el tesoro fueron objeto de nuevos nombramientos (*ibidem*).

¹⁵⁴ BENDELAC confirma que el sultán había dado a Ū Mīmūn jurisdicción sobre los territorios que se extendían entre el puerto de Tánger y el de Tetuán. No incluye, sin embargo, la fecha de su nombramiento, pero lo sitúa como gobernador de Tánger ya en marzo de 1823

eso, sino que «observó de cerca y contuvo a Ben Jucebo, incansable revolucionario y rebelde perpetuo, remitió caudales y municiones de guerra a Fez y proporcionó a su señor los medios de rendir a Mequinez, de sojuzgar las tribus alzadas de la tierra llana y costas de poniente y de coronarse en Marruecos»¹⁵⁵. Es decir, que Muley ʿAbd al-Raḥmān tenía motivos para confiar en Ū Mīmūn, no sólo como gobernador de Tánger y, por tanto, garante de las relaciones con los representantes diplomáticos extranjeros, sino como miembro de las élites militares y tribales de Marruecos y sustento por tanto del poder del sultán. La correspondencia del cónsul norteamericano, Mallowny, destaca que Ū Mīmūn gozaba de gran prestigio por haber conquistado una importante fortaleza durante una rebelión contra el sultán¹⁵⁶. En el ejercicio de su gobierno en Tánger, Ū Mīmūn encabezó una expedición, en abril-mayo de 1825, que salió desde Fez para domeñar la región donde estaban establecidos los garwānīes, sus contríbulos sublevados, empresa en la que perecieron gran parte de los soldados que dirigía y se saquearon y destruyeron los asentamientos enemigos, cuya población huyó; en junio de ese mismo año llegaron a Tánger noticias de las victorias del bajá sobre otras provincias levantiscas pobladas también por bereberes¹⁵⁷.

Pero el autor del ms., no contento con señalar la eficacia de las acciones de gobierno civil y militar de Ū Mīmūn y su estrecha rela-

(*Journal de Bendelac*, págs. 159 y 272).

¹⁵⁵ *Memorable triunfo*, fol. 37r. El nombre del «rebelde perpetuo» aparece en el ms. con otras dos versiones, Ben Jucofs y Ben Yusefa, todas ellas versiones corruptas de Ben Yūsuf. Podría tratarse de Al-ʿArabī b. Yūsuf, gobernador rebelde de Tetuán en época de Muley Sulaymān, que finalmente lo perdonó y lo confirmó en el cargo; en el *Journal de Bendelac*, pág. 238, se menciona que el 8 de enero de 1824 había hecho encarcelar a 12 personas en Tetuán, de donde era gobernador, ahora bajo Muley ʿAbd al-Raḥmān. Sobre este personaje da más información el autor del ms., asegurando que terminó sus días en Tánger, donde sufrió pena de azotes tras ser traicionado y entregado a las autoridades de la ciudad (*Memorable triunfo*, fol. 50v).

¹⁵⁶ HALL, *The United States and Morocco*, pág. 108. Véase ABITBOL, *Histoire du Maroc*, págs. 289-290, sobre las carencias del ejército regular en época de Muley ʿAbd al-Raḥmān y su recurso a la ayuda de unas tribus para dominar las rebeliones de otras.

¹⁵⁷ *Journal de Bendelac*, págs. 361 y 374.

ción con el sultán, amplía la perspectiva sobre su dilecto personaje y lo sitúa a las mismas puertas del poder supremo. Cuenta sin rebozo la exaltación del bajá, llamado a Larache para encontrarse allí con el sultán; fue recibido con toda clase de honores y el soberano le impuso la «chilaba imperial, ropaje semejante a la capa o manto monacal, el mayor signo de aprecio que suelen dispensar a sus súbditos aquellos déspotas»¹⁵⁸. Como prueba de su estima, continúa el autor del ms., el sultán confió a Ū Mīmūn el mando de todo su ejército, dándole carta blanca para que redujera las rebeliones que habían surgido por todo el país; y tan eficaz y justa fue la labor del jefe bereber, que hubo «valientes montañeses empeñados en proclamarle emperador», empeño que al autor le parecía «fundado en las relevantes prendas y padecimientos del patriota O-mimon y en el odio, concebido de antiguo y jurado de presente, a la reinante dinastía que los condenara a perpetua servidumbre y duradera desdicha»¹⁵⁹; pero la lealtad del así requerido le hizo negarse a tal pretensión. Excusado es decir que nada de todo esto aparece en las fuentes árabes o de otra clase consultadas para este trabajo y que quizá fuera especie difundida por el propio Ū Mīmūn o sus allegados para dar realce a su figura; o, incluso, producto de la invención del autor del ms., que corona la descripción de su héroe con esta prueba de su rectitud. El bajá resulta así adornado con un nuevo repertorio de virtudes entre las que sobresale su fidelidad a la palabra dada en su compromiso con el sultán –un nuevo punto de contraste con la traición y felonía que caracterizaban al entonces rey de España.

¹⁵⁸ *Memorable triunfo*, fol. 38v. La imposición de una rica vestidura como símbolo honorífico otorgado por los soberanos tiene una larga tradición en el mundo árabe-islámico clásico; véanse STILLMAN, *Arab Dress. From the Dawn of Islam to Modern Times*, págs. 40-41 y 120-137, y MESA FERNÁNDEZ, *El lenguaje de la indumentaria. Tejidos y vestiduras en el Kitāb al-Agānī de Abū l-Farāy al-Isfahānī*, págs. 308-317.

¹⁵⁹ *Memorable triunfo*, fol. 39r.

IV

El conflicto de los refugiados españoles en Tánger

I. LA EVOLUCIÓN DEL CONFLICTO

Hasta aquí se han ido mostrando los principales actores del conflicto que enfrentaba, por una parte, a los exiliados liberales y sus apoyos locales (algunos cónsules, el bajá de Tánger, la decisión del sultán de acogerlos en Marruecos) y, por otra, a los cónsules español y francés, sostenidos por sus respectivos gobiernos. Entre unos y otros circulaban diferentes personajes, intermediarios, confidentes, negociantes, etc., de adscripciones identitarias diversas; a los que hay que añadir funcionarios marroquíes de cierta posición (como los administradores de las aduanas), vicecónsules, intérpretes, comerciantes de peso en la ciudad, cuyas lealtades fluctuaban según las circunstancias se adaptasen o no a sus intereses.

El relato cronológico de los hechos ha sido ya avanzado y puede seguirse con mayor detalle a través de estudios publicados sobre el tema en general o sobre alguno de sus protagonistas, como el franciscano Martín del Rosario o el exiliado Fernández Golfín¹. Algunos

¹ MIÈGE, «Les réfugiés politiques à Tanger, 1796-1875»; POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles»; LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», y FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín».

momentos de cierta intensidad, como la sustitución del cónsul Orué por el francés Sourdeau, se han descrito antes con algún pormenor; todo ello hace que a continuación se presente un desarrollo esquemático de la evolución del conflicto, en el que se destacarán los momentos de mayor relevancia y las pautas narrativas y episódicas más destacadas.

Hay un primer periodo, que puede situarse entre la llegada de los primeros refugiados a Tánger en los meses finales de 1823 y la arribada de los escapados de la expedición de Valdés a Tarifa, en agosto de 1824, caracterizado, según el autor del ms., por ser de «tranquilidad, goces, armonía, recreos»²; muchos exiliados mantenían contactos continuados con las familias y amigos que habían dejado atrás y disponían de un nivel de vida relativamente acomodado, al menos los que tenían recursos propios en España y podían acceder a ellos. Las autoridades marroquíes les habían acogido bajo su protección tras algunos titubeos iniciales y podían por tanto considerarse a salvo de la persecución del gobierno fernandino.

Este casi idílico panorama se alteró bruscamente con la llegada de los expedicionarios escapados de Tarifa, con el coronel Valdés a la cabeza, a finales de agosto de 1824: se había terminado un periodo de tranquilidad que había durado casi un año. A partir de entonces los acontecimientos se suceden y los refugiados se encuentran en el centro de una disputa en la que intervienen Francia, España y Marruecos, y en la que no serán, ni mucho menos, un elemento pasivo. Ha de tenerse en cuenta que la llegada de Valdés y sus acompañantes coincide, prácticamente, con la del barco español que trae el decreto de destitución del cónsul Orué y el nombramiento, para sustituirlo, del francés Sourdeau. En esos días, por tanto, los exiliados liberales ven cómo su situación da un vuelco total. Orué había intervenido activamente a favor de los sitiados en Tarifa, consiguiendo que el bajá le autorizase a enviarles víveres, lo que inmediatamente será objeto de

² *Memorable triunfo*, fol. 1v.

censura en los despachos del cónsul francés³. Se definen así los bandos enfrentados de españoles (exiliados) y franceses, con el añadido de las líneas ideológicas que separan a liberales y absolutistas. De esta manera se conforma la lucha entre Orué y Sourdeau por hacerse cargo del consulado español, que, como se ha visto más arriba, terminará con la inevitable cesión de Orué de las llaves del consulado y el tira y afloja entre él y Sourdeau, con la intervención del bajá entre ambos y, finalmente, la llegada de Briarly a Tánger el 27 de octubre de 1824. Para entonces, sin embargo, los liberales contaban con la importante baza del asilo que les había concedido expresamente el sultán en la carta recibida por Ū Mīmūn el 27 de septiembre⁴.

Entre los acontecimientos posteriores relatados tanto por el autor del ms. como por la correspondencia consular, destaca la expulsión de Tánger del franciscano Pedro Martín del Rosario, que supuso indudablemente una victoria de los exiliados liberales sobre la alianza consular franco-española. Pedro Martín se había puesto al servicio de Sourdeau en su calidad de cónsul español en funciones; según el francés, temía que Orué le hiciese matar y por ello requirió protección en su residencia⁵. El autor del ms. añade una información de cierto interés: antes de acudir a Sourdeau, el franciscano se había refugiado en casa de un santón marroquí, pero no fue acogido con la benevolencia esperada y salió huyendo de allí para buscar el asilo del cónsul francés, que se lo ofreció de inmediato. Rápidamente Sourdeau se dirigió al bajá, llevando a Pedro Martín de intérprete, para ofrecerle su visión de los hechos y asegurarle, además, que Orué se había apoderado (y vendido) de alhajas y bienes pertenecientes al rey de España; se trataba del contencioso sobre los dineros traídos

³ *Journal de Bendelac*, pág. 286, y n. 127 de MIÈGE a ese texto.

⁴ A esa carta se refiere un breve publicado por *El Español Constitucional* (V, 1824), con el título «Refugiados en Tánger» y fechado en Gibraltar, el 7 de octubre.

⁵ LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», pág. 189. Según BENDELAC (*Journal*, pág. 307), fue el 15 de octubre cuando Pedro Martín se refugió en la casa del cónsul francés.

por Valdés desde Tarifa y de los que Sourdeau pretendía adueñarse, como cónsul de España en funciones⁶.

Ninguno de los dos, al parecer, contaba con la posibilidad de que el bajá interviniese directamente en la disputa entre Orué y Sourdeau, privando a éste de su más notable aliado. El 12 de noviembre de 1824, cuando Pedro Martín acompañaba al cónsul francés por una calle de Tánger, fue arrestado por varios soldados marroquíes que lo embarcaron por la fuerza en un navío que habría de llevarlo a España⁷.

El autor del ms. se ocupa con cierta fruición de este episodio: el fraile, asaltado en plena calle por los soldados enviados por el bajá, fue «llevado a empujones, arrastrado y sofocado al muelle, y desde allí al barco español preparado»⁸. El cónsul español, para entonces ya Briarly, y su colega francés atribuyeron la expulsión de Pedro Martín a las intrigas de los liberales y, a su frente, Orué y Valdés; de ello se hace eco el autor del ms. cuando responde a esas acusaciones detallando las malas artes del franciscano y sus maniobras en contra de los exiliados. Es curioso que sea ésta la ocasión que aprovecha el autor del ms. para referirse a fray Pedro como «reverendísimo cazador», aludiendo así a las aficiones cinegéticas del franciscano que se han mencionado con anterioridad⁹. Se trata, por tanto, de una guerra de acusaciones entre ambos bandos, que se culpan mutuamente de recurrir a intrigas y conspiraciones ocultas para minar la posición de sus respectivos adversarios; nada sorprendente en una época en que gran parte de la actividad política se llevaba a cabo de forma más o menos clandestina y en la que florecían las sociedades secretas. No sorprende así que Pedro Martín sea calificado de «intrigante» ya en

⁶ LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», pág. 191. MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 312, n. 40, precisa que el bajá, que estuvo muy frío durante la audiencia, recusó la presencia en ella de Pedro Martín.

⁷ *Journal de Bendelac*, pág. 315; POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 235; LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», pág. 192.

⁸ *Memorable triunfo*, fol. 28v.

⁹ *Ibidem*, fol. 29r.

su primera aparición en el texto del ms.¹⁰; ni que se repita una y otra vez el uso de la palabra «intriga» como forma de descalificación del enemigo¹¹.

La expulsión del franciscano tuvo un remate final también controvertido, cuyo desarrollo documenta el *Diario* de Bendelac. Un día después de su arresto, el bajá aceptó la petición de algunos cónsules (es de suponer que serían Briarly y Sourdeau) para que se llevaran al barco los enseres y efectos personales de Pedro Martín. Al parecer, éste se quejaba de no haber podido recoger sus posesiones por lo abrupto e inesperado de su detención; a su vez, las autoridades de la aduana le acusaban de intentar llevarse sin autorización «libros santos» islámicos, es decir, manuscritos árabes que había comprado pero que finalmente le fueron confiscados: el 15 de noviembre el bajá pidió a Meir Macnin que fuera al consulado de España a reclamar la entrega de los libros del franciscano, reclamación aceptada por el cónsul¹².

Este episodio, aparentemente menor, delata sin embargo el papel altamente simbólico que representaban los textos árabes; la posibilidad de que no musulmanes tuvieran en sus manos escritos en los que podía mencionarse el nombre de Dios suponía una grave amenaza para el corpus intelectual y religioso de la sociedad marroquí. Los manuscritos (la imprenta todavía no se había introducido en el país) no debían ponerse en manos de un «infel», ni mucho menos permitirle que los adquiriese –y no hay por qué dudar de que Pedro Martín hubiese pagado por ellos, con fines que hoy se considerarían perfectamente legítimos.

En cualquier caso, para el autor del ms. la salida de Tánger del franciscano, a sus ojos ignominiosa, era la justa recompensa a su

¹⁰ *Ibidem*, fol. 22r.

¹¹ Sólo una vez tiene este término connotaciones positivas, ya que se refiere a la «sutil intriga» ideada por el bajá de Tánger (*ibidem*, fol. 2v).

¹² *Journal de Bendelac*, págs. 316-317; informe del cónsul portugués sobre la expulsión del franciscano, en AL-MANŞŪRĪ, *Al-'Alāqāt al-magribiyya al-burtugaliyya*, II, pág. 357, n. 23. Véase MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 316, n. 50.

adhesión a la causa absolutista y a sus maniobras en contra de los liberales; de nuevo se manifiesta la oposición entre el «fanático» fraile y el «tolerante» bajá musulmán (que, sin embargo, no había dudado en expulsarlo *manu militari*¹³).

No se acabaron con ello las tribulaciones de los refugiados liberales. A primeros de diciembre de 1824, no mucho después de la marcha forzosa de Pedro Martín, llegaron a Tánger tres navíos de guerra españoles, lo que les causó no poca inquietud, agravada por el hecho de que el bajá se hallaba ausente de la ciudad. Algunos pidieron protección al cónsul norteamericano, Mullowny, que les ofreció su residencia caso de que fuera necesario¹⁴. A esta circunstancia no se refiere el autor del ms., que sin embargo se prodiga en lamentos por la situación en que se encuentran los españoles, huérfanos del sustento de Ū Mīmūn y amenazados por su sustituto, el segundo gobernador Sidy Mahomed Mingud, que ya se ha mencionado aquí. En efecto, este personaje no compartía la decidida protección que el bajá había otorgado a los exiliados y estableció una serie de normas que coartaban su libre circulación; se vieron así privados «de la necesaria recreación del paseo por los campos y de la distracción nocturna»¹⁵. Pero, sobre todo, sufrieron los exiliados la intranquilidad que se derivaba de la incertidumbre sobre su futuro si se anulaba, como pretendían Briarly y el segundo gobernador de Tánger, el asilo que les había concedido el sultán.

Tenían razón para sentirse alarmados. En febrero de 1825, mientras Ū Mīmūn se hallaba en Fez, se recibió una orden del sultán comunicando que, para cumplir una petición del cónsul de España,

¹³ LOURIDO, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos», pág. 203, plantea la hipótesis de que los liberales hubiesen «comprado» el apoyo del bajá. Como se ha visto más arriba, el autor del ms. deniega enérgicamente que pudieran calificarse de sobornos las «finezas» que los refugiados tuvieron con Ū Mīmūn y que probablemente se hicieron a cargo del peculio traído por Valdés.

¹⁴ *Journal de Bendelac*, pág. 323; FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», págs. 39-40.

¹⁵ *Memorable triunfo*, fol. 43r; según BENDELAC (*Journal*, pág. 325), el subgobernador ordenó que todos los que estuvieran en la calle después de las 8 de la tarde, excepto el personal consular, fueran encarcelados hasta la mañana siguiente.

11 liberales debían ser trasladados a Larache¹⁶. Esta disposición parece haber sido consecuencia de la insistencia con que Briarly, desplazado a Fez para presentarse ante el sultán como nuevo cónsul español, había transmitido la exigencia de Fernando VII de que los liberales fueran extraditados a España. El sultán no habría cedido a tal petición, pero atendió a las quejas del cónsul sobre las actividades políticas de los exiliados en Tánger aceptando que un grupo significativo de ellos fuera trasladado a Larache, alejándolos del entorno geográfico en el que se habían establecido y donde habían entablado estrechas relaciones con algunos de los cónsules extranjeros residentes en la capital diplomática de Marruecos – por no mencionar la circulación de noticias y personas en la porosa zona del Estrecho y las conspiraciones de los liberales para luchar contra el gobierno absolutista español.

Para los exiliados, el traslado a Larache suponía, no solamente el alejamiento de una zona que les permitía mantener una actividad política de cierto relieve, sino que representaba un peligro cierto: desde la ciudad portuaria atlántica, en la que carecían de apoyos, era mucho más fácil ser llevados a España por la fuerza. Advertidos de la amenaza que se les venía encima cuando el gobernador suplente de Tánger los convocó para informarles que debían prepararse para salir hacia Larache el 24 de febrero, los emigrados que más se habían distinguido como oponentes al cónsul español solicitaron de inmediato la protección de los cónsules extranjeros que habían manifestado su simpatía hacia ellos. Seis liberales, entre ellos López Baños, Valdés y el médico Gaspar Mateos, acudieron al consulado británico; en el norteamericano hallaron acogida otros cinco, entre los que destaca Moreno de Guerra¹⁷. No obstante, lo más sorpren-

¹⁶ *Journal de Bendelac*, pág. 340.

¹⁷ *Ibidem*, págs. 340-341; MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 340, n. 30: el cónsul sueco dio refugio a Fernández Golfín. Según el cónsul portugués, se refugiaron en el consulado de Francia Orué y su mujer, junto con otros dos españoles que habían participado en la expedición de Almería; en el de Inglaterra, Valdés, López Baños y Marconchini (AL-MANŞŪRĪ, *Al-'Alāqāt al-magribiyya al-burtugāliyya*, II, pág. 367, n.º 7, 27 de febrero de 1825).

dente de estos movimientos de los liberales fue, sin duda, la petición de asilo que hicieron al cónsul francés Cenón de Orué y Francisco Delgado, junto con algunos miembros de sus familias: solicitaron a Sourdeau su protección advirtiéndole de que, de no contar con ella, se harían musulmanes –es decir, escaparían a la jurisdicción del gobierno español, en cumplimiento de los tratados entre Marruecos y España¹⁸. Sourdeau no sólo aceptó su presencia en el consulado, sino que manifestó abiertamente que mientras estuvieran allí serían considerados a todos los efectos como franceses y envió un mensaje en tal sentido a las autoridades locales¹⁹. Esta generosa actitud de Sourdeau, que pasaba por cima de sus diferencias con Orué, tan acusadas en el periodo anterior, para protegerle a él y a su familia en un momento de extrema dificultad, es omitida por el autor del ms., que no menciona este episodio.

Aunque hubo algún intento más de forzar la ida a Larache de un grupo destacado de exiliados españoles, para el mes de marzo de 1825 las cosas se calmaron con la llegada de una carta del bajá, todavía ausente, en la que comunicaba al segundo gobernador que el sultán autorizaba a los liberales españoles que se habían refugiado en los consulados a permanecer libremente en Tánger, anulando su orden anterior del traslado a Larache²⁰.

Este vaivén de amenazas y respiros influyó sin duda en el ánimo y la disposición de los liberales exiliados en Tánger, que empezaron a tomar medidas para abandonar la ciudad en cuanto les fuera posible; como se ha visto más arriba, sus salidas empiezan a producirse a partir de primeros de abril de 1825, atendiendo a lo registrado por Bendelac en su *Diario*.

¹⁸ *Journal de Bendelac*, pág. 340; POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 237; FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», págs. 40-41.

¹⁹ *Journal de Bendelac*, pág. 340

²⁰ *Ibidem*, pág. 345. Según Colaço, la carta procedía directamente del sultán (AL-MANŞŪRĪ, *Al-ʿAlāqāt al-magribiyya al-burtugāliyya*, II, pág. 368, n.º 8, 14 de marzo de 1825).

Debe recordarse, no obstante, que los últimos tiempos de la presencia liberal española en Tánger se definieron por la intervención de un elemento exterior que tuvo un papel notable en la evolución de los acontecimientos: la presencia de los corsarios colombianos, de la que se tratará en el siguiente apartado.

2. TRAMAS: LOS CORSARIOS COLOMBIANOS Y OTROS ACTORES Y CONSPIRACIONES

A los corsarios colombianos y a las tramas y conspiraciones organizadas en torno a ellos dedica el autor del ms. una parte relativamente importante de su texto, al menos en relación al conjunto que de él ha llegado a nuestros días. La intervención de ese nuevo factor en el conflicto que afectaba tanto a los liberales exiliados como a los gobiernos de España, Francia y Marruecos situó el problema en un contexto internacional mucho más amplio, puesto que se habían incorporado a él las naciones americanas que estaban independizándose y los Estados Unidos del norte del continente. El pequeño grupo de refugiados liberales en Tánger se halló, durante un periodo breve pero intenso, en el centro de toda una red de relaciones cruzadas y con frecuencia enemigas, que pusieron en juego intereses políticos y económicos entre las dos orillas del Mediterráneo y del Atlántico.

El corsarismo en la zona del estrecho de Gibraltar era un fenómeno habitual, practicado históricamente tanto por navíos españoles como marroquíes y de otras naciones²¹. A comienzos del siglo XIX, sin embargo, los buques corsarios marroquíes habían prácticamente desaparecido, aunque tanto Muley Sulaymān como Muley °Abd al-Raḥmān intentaron revitalizar el llamado *ḡibād* marítimo, sin conseguirlo²²; la debilidad de la flota impedía plantearse acciones

²¹ Véase la bibliografía citada en pág. 35, n. 60.

²² Sobre la supresión del *ḡibād* marítimo/corso en 1817, BECKER, *Historia de Marruecos*, pág. 196; MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 23 y Abitbol, *Histoire de Maroc*, págs. 281-

de envergadura contra barcos europeos²³. Por otra parte, la armada española tampoco atravesaba uno de sus mejores momentos: entre 1795 y 1825 había perdido 32 navíos en acciones de guerra y accidentes, además de los 39 que habían sido dados de baja por su mal estado²⁴. Esta situación iba a permitir a los corsarios procedentes de la América que luchaba por su independencia navegar sin muchas dificultades por el territorio marítimo atlántico y mediterráneo del sur de España y noroeste de Marruecos. A ello debe añadirse la complicidad con que podían contar en Gibraltar (lámina XVII) para abastecerse y reparar sus navíos, así como las conspiraciones que, a partir de 1823, organizaron los liberales exiliados en Londres y Estados Unidos para establecer una auténtica trama transnacional y transatlántica que favoreciese la lucha contra la monarquía absoluta en España²⁵. En Tánger, el cónsul norteamericano apoyaba decididamente a los colombianos, en estrecha colaboración con el ya mencionado Edward Tripland²⁶.

Con anterioridad a la llegada a la zona del Estrecho de los corsarios colombianos –cuya mayor actividad se produjo en torno a 1825-1826– otros navíos del mismo carácter, también procedentes de las colonias españolas en América en trance de independencia, habían hecho acto de presencia en la región. En un primer periodo (1816-1822) fueron mayoría los corsarios rioplatenses, con alguna

282. Una visión general, en BOOKIN-WEINER, «Corsairing in the economy and politics of North Africa».

²³ El proyecto de Muley ‘Abd al-Raḥmān para reavivar el *ḡibād* marítimo estaba motivado por la necesidad de aumentar los ingresos estatales ante la grave crisis económica sufrida por Marruecos como consecuencia de la gran hambruna de 1825, pero se encontró con la decidida oposición de las naciones europeas; véanse MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 33 y AL-BAZZĀZ, *Ta’rīḥ al-awbi’a*, pág. 123.

²⁴ GÁMEZ DUARTE, «El enemigo a las puertas. Corsarios insurgentes en el golfo de Cádiz, 1817-1828», pág. 197.

²⁵ BUTRÓN PRIDA, «Resistencia e internacionalismo liberal en Cádiz en la segunda restauración fernandina».

²⁶ HALL, *The United States and Morocco*, pág. 107, sobre la actividad del cónsul Mullowny a este respecto.

participación de los mejicanos, venezolanos y colombianos²⁷. Hacia 1825-26, la presencia de estos últimos se hizo más patente, en parte como consecuencia de las negociaciones entabladas por liberales exiliados, como Van Halen y Bertrán de Lis, para apoyar la acción conjunta en contra de la armada española; en esto contaban también con el sostén, nada desinteresado, de Gran Bretaña²⁸.

El autor del ms. da cuenta de la intervención de los corsarios colombianos en las relaciones entre los liberales exiliados en Marruecos y en otros lugares; como era de esperar, aplaude sin reservas su actuación. No sólo eso, sino que describe, probablemente con algo de imaginación, pero sin duda basándose en hechos reales, la forma en que se tramó la alianza entre los corsarios colombianos y las autoridades marroquíes, o al menos la representada por el bajá Ū Mīmūn.

La independencia de los territorios americanos que hasta entonces habían pertenecido a la Corona española se sitúa entonces en el centro del conflicto de los liberales españoles exiliados en Marruecos. Uno de ellos, Moreno de Guerra, había manifestado en diversas intervenciones en las Cortes del trienio liberal su oposición «al sistema tortuoso, impolítico y desastroso que había adoptado la corte de Madrid con respecto a la independencia americana, ya en la furia despótica, ya en la imprevisión constitucional»²⁹; acorde con estas ideas, Moreno de Guerra tendrá en Tánger un papel decisivo en los acuerdos que se forman entre liberales, el bajá, algunos cónsules y, por supuesto, tanto los corsarios colombianos como negociantes marroquíes (musulmanes o judíos) y en los que intervienen otros

²⁷ DZIUBINSKI, «Intentos de establecer relaciones diplomáticas»; SERRANO MANGAS, «La armada española frente a la oleada de corsarios colombianos de 1826»; POSAC MON, «Las actividades de los corsarios sudamericanos en aguas del Estrecho de Gibraltar (1816-1827)», págs. 259-261; GÁMEZ DUARTE, «El enemigo a las puertas», pág. 197 y *Del uno al otro confín*, pág. 287.

²⁸ GÁMEZ DUARTE, *Del uno al otro confín*, págs. 287 y 312.

²⁹ *Memorable triunfo*, fol. 120r. ESPINO JIMÉNEZ, «Prensa y liberalismo radical en el Cádiz de las Cortes», pág. 123.

personajes de identidades variables y complejas (renegados, agentes dobles) que representan muy bien lo que era, en esa y en otras épocas, la sociedad transnacional de ambos lados del estrecho de Gibraltar.

Aunque el autor del ms. no lo manifieste expresamente, Moreno de Guerra no era el único de los exiliados que apoyaba los movimientos independentistas americanos; también se había manifestado en el mismo sentido Fernández Golfín³⁰. El político inglés Wilson, cuyas relaciones con el cónsul británico, Douglas, ya se han mencionado, se implicó igualmente en el apoyo a los insurgentes americanos. Para los liberales españoles, la lucha contra el despotismo absolutista pasaba por encima de supuestas lealtades patrióticas y muchos abrazaron con entusiasmo la causa de la independencia americana o, al menos, discurrieron sobre las posibilidades de mantener lazos permanentes con los países emergentes³¹.

El índice del contenido del ms. anuncia algunas cuestiones, en relación con este tema, que luego no se desarrollan o ni siquiera se tratan. Sucede así con los parágrafos 16 a 20 del primer capítulo, que faltan en el texto conservado y cuyo enunciado muestra que habrían de contener noticias importantes para el conocimiento de las relaciones de los exiliados con los cónsules y con Antonio Piloti, de quien se hablará en seguida. Pero lo conservado, especialmente en el tercer capítulo, abunda en informaciones sobre la conexión entre refugiados y corsarios colombianos, que complementan los datos suministrados por Bendelac en su *Diario* y las comunicaciones de la correspondencia consular.

La figura determinante en toda la trama armada en torno a los colombianos es, desde luego, la de Moreno de Guerra, que para entonces aparecía ante las autoridades marroquíes como cónsul de Guatemala o de las «las provincias unidas del centro de América» en

³⁰ FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 23.

³¹ Una aproximación a este tema, en MARTÍNEZ DE PISÓN CAVERO, «El pensamiento liberal español y la independencia de América. Flórez Estrada y Blanco White».

Gibraltar³². Fue Moreno de Guerra, según el autor del ms., quien se convirtió en adalid de las nuevas repúblicas americanas y se esforzó en mostrar las ventajas de establecer relaciones diplomáticas entre ellas y Marruecos. El administrador de las aduanas de Tánger manifestó su entusiasmo ante las posibilidades comerciales que facilitaría la apertura del comercio americano, y prometió plantear la cuestión ante sus superiores y ante el sultán; por otra parte, aceptó que los barcos colombianos pudieran arribar a puertos marroquíes, lo que se comunicó de inmediato a «los comandantes de los buques de Colombia que cruzaban por aquellos mares, pero ninguno recaló al puerto, ni contestó a las cartas del aviso»³³. Sin embargo, una vez que se establecieron comunicaciones fiables, empezó a producirse la arribada de barcos colombianos a Tánger³⁴. El ms. identifica a dos comandantes de esos barcos: el capitán Johnson, que mandaba la goleta *Trinidad* –aunque omite este nombre– y «el ciudadano Pedro Dartar!», al mando de la corbeta *María Isabel*. Del primero de ellos hay constancia por otras fuentes, que se refieren a su llegada a Tánger el 8 de noviembre de 1825, lo cual cubre la ausencia de fechas concretas en el ms³⁵. Johnson, según el autor del ms., no consiguió entrar en el puerto de Tánger en un primer intento, pero gracias al apoyo del cónsul norteamericano y a las maniobras de Edward Tripland, el resto de los cónsules aprobó su presencia a pesar de las protestas del cónsul español, para quien, lógicamente, se trataba de barcos de

³² *Memorable triunfo*, fol. 120r.

³³ *Ibidem*, fol. 106v.

³⁴ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 439, da una lista de 18 barcos de esa nacionalidad señalados entre 1825 y 1826 en aguas marroquíes (además de cinco argentinos y uno venezolano); la información procede de la correspondencia consular y del *Gibraltar Chronicle*.

³⁵ *Journal de Bendelac*, pág. 402; también da esta fecha Dziubinski, «Intentos de establecer relaciones diplomáticas», basándose en documentación consular francesa. En la traducción árabe de los despachos de Colaço se menciona octubre, pero debe de ser un error del traductor o del copista. Es interesante anotar que Colaço también se refiere a un intento previo de Johnson de atracar en el puerto de Tánger, sin conseguirlo, el 20 de octubre (AL-MANŞŪRĪ, *Al-ʿAlāqāt al-magribiyya al-burtugāliyya*, II, pág. 377, n.º 27, 15 de noviembre de 1825), tal como informa el autor del ms.

rebeldes y piratas³⁶. Cuando el «bizarro comandante» saltó a tierra, dice el autor del ms., no pudo por menos que admirar «en todos los habitantes el más sincero entusiasmo por la independencia de las Américas», cosa en verdad sorprendente para un recién llegado a tierras magrebíes.

No he encontrado ninguna referencia a Pedro Dartarl en la documentación consultada para este estudio. Su mismo apellido es de lectura dudosa (podría tratarse de Dartard o Darthard). Como el autor del ms. o quien le sirvió de escribano transcribe a menudo con grandes errores los nombres y apellidos no españoles, sólo puede deducirse que se trataba de un extranjero, quizá un anglosajón; muchos marinos británicos y norteamericanos se pusieron al servicio de los estados suramericanos en lucha contra la metrópolis española³⁷. Aunque no aparezca en el ms., a estos dos nombres hay que añadir el de John Maitland, que mandaba la corbeta *Pichincha* y fondeó en el puerto de Tánger en julio de 1826, cuando muy probablemente el autor del ms. ya había abandonado la ciudad³⁸.

En la corbeta de Maitland llegó a Tánger Edward Tripland, que estaba fuertemente implicado en toda la operación política de reconocimiento por Marruecos de los nuevos países americanos (recuérdese que el sultán había establecido relaciones diplomáticas con los Estados Unidos en fecha tan temprana como 1786³⁹). Según el autor del ms., Tripland habría regresado a Tánger (con anterioridad),

³⁶ *Memorable triunfo*, fols. 107v-108r. La reacción de Briarly fue, según Colaço, violenta: tuvo una gran discusión con el bajá, le recordó que el tratado de paz entre España y Marruecos contenía una cláusula por la cual Marruecos se comprometía a no aceptar barcos de los enemigos de España y, al ver que el bajá no aceptaba expulsar a Johnson y su barco, amenazó con arriar la bandera del consulado, lo que equivalía a una declaración de guerra (AL-MANŞŪRĪ, *ibidem*).

³⁷ Gámez Duarte, «Un asunto particular. Los navieros gaditanos frente a los corsarios insurgentes latinoamericanos».

³⁸ A este viaje de Maitland se refieren DZIUBINSKI, «Intentos de establecer relaciones diplomáticas» y FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 47.

³⁹ TABOADA, «La sombra del Oriente en la independencia americana».

«donde fue presentado al bajá por el cónsul inglés y distribuyó decentes regalos en nombre de la república de Colombia a todas las autoridades de la plaza. Los moros admiraron esta inusitada largueza y se confirmaron en la opinión que habían concebido de las riquezas de los americanos, creciendo el deseo de tratarlos como amigos y aumentándose el odio a los españoles peninsulares, que consideraban dependientes y súbditos de la Francia»⁴⁰.

En otro momento, al hilo de la consideración apreciativa de la labor de Moreno de Guerra en pro del establecimiento de relaciones entre la Gran Colombia y Marruecos, añade el autor del ms. que junto al exdiputado gaditano hubo otros muchos emigrados españoles que participaron en la misma empresa:

«quizás fue ésta la primera vez que los moros se encantaron con la vista y explanación de los mapas de América y África, admiraron la facilidad de viajar desde Mogador y Santa Cruz a los puertos de Colombia y conocieron la importancia de un tratado de paz y de comercio»⁴¹.

Los españoles exiliados trataron, como se ve por éstas y otras informaciones, de presentar ante las autoridades tangerinas, e incluso las del majzén, las ventajas que podría reportarles el reconocimiento de la nueva república americana; al mismo tiempo, presentaban a los colombianos las mejoras que supondría para sus incursiones corsarias el disponer de puertos seguros en los que refugiarse en caso de mal tiempo, carenar sus naves o adquirir víveres y agua, sin tener que recurrir a otros lugares menos accesibles o que formasen parte de los territorios españoles. Tampoco era segura, afirma, la plaza de Gibraltar, en la que los barcos americanos se veían sometidos a cuarentena. En ese sentido, pone como ejemplo el caso del comandante de la *María Isabel*, que tuvo suerte en ser acogido sin problemas por los naturales de Canarias, donde se había refugiado para reparar averías en su barco; pero que habría

⁴⁰ *Memorable triunfo*, fols. 110v-111r.

⁴¹ *Ibidem*, fol. 120v.

evitado incertidumbres y zozobras de haberse dirigido a Santa Cruz (Agadir)⁴².

Todo parecía ser, por tanto, un conjunto de ventajas para ambas partes; no obstante, el reconocimiento diplomático de Colombia por parte de Marruecos no llegó a cuajar en ese momento. No da detalles sobre este fracaso el autor del ms., que debía de estar ya en Inglaterra cuando el cuidadosamente armado proyecto se vino abajo, pero por otras fuentes se conoce que intervinieron diversos factores. Quizá el más determinante fuera que la alianza con los colombianos, aun apoyada por los cónsules anglosajones, no compensaba al majzén de los problemas que le habría de causar con Francia y España; también debió de influir la difícil situación económica del país, azotado por una terrible sequía. En cualquier caso, el sultán se mostró remiso a aceptar la propuesta de un agente consular que representase los intereses colombianos en Tánger; si ese país quería establecer relaciones con Marruecos, debía hacer lo que todos los demás, es decir, nombrar oficialmente un cónsul y enviarlo a la corte de Fez o Marrakech, acompañado por los regalos de rigor en estos casos. Esta respuesta del sultán se sitúa en septiembre de 1825⁴³. En febrero de 1826, precisa Bendelac, se recibió en Tánger un correo del sultán ordenando que los navíos colombianos no fueran admitidos en los puertos marroquíes y reiterando que se requería para ello el envío de un cónsul debidamente acreditado que representase de modo formal los intereses de Colombia⁴⁴.

A pesar de ello siguieron llegando buques corsarios, como el *Trinidad* capitaneado por Johnson (que llegó el 27 de mayo de 1826, pero al que no se permitió entrar a puerto)⁴⁵. Más importante fue la arribada, el 12 julio de 1827, de un bergantín de guerra colombiano,

⁴² *Ibidem*, fol. 121v.

⁴³ DZIUBINSKI, «Intentos de establecer relaciones diplomáticas».

⁴⁴ *Journal de Bendelac*, pág. 426.

⁴⁵ *Ibidem*, pág. 436.

cuyo capitán entabló negociaciones con Ahmad Ahardan para ver de conseguir el deseado acuerdo entre los gobiernos marroquí y colombiano. En las conversaciones intervinieron también el subgobernador de Tánger y el cónsul norteamericano, Mullowny. No se llegó a nada, sin embargo, porque el subgobernador requería la entrega de 30 000 piastras para reconocer a un posible cónsul, cantidad que, según el comandante del navío, estaba fuera del alcance de su gobierno; al día siguiente, levó anclas de Tánger⁴⁶.

En todo esto tuvieron también su parte, como era de esperar, intereses y aspiraciones personales. Según Miège, parte de las actividades de Tripland en Tánger, destinadas a crear allí un consulado colombiano, eran resultado de las «intrigas» de Cenón de Orué, que aspiraba a conseguir ese puesto⁴⁷. No parece una hipótesis descabellada: el cesado cónsul de España habría visto en esa posibilidad una salida a su precaria situación personal, así como un modo de batallar contra el gobierno absolutista de Fernando VII; sin embargo, sus esperanzas no llegaron a convertirse en realidad.

El decidido apoyo del bajá Ū Mīmūn a las maniobras hispanocolombianas en Tánger se ha explicado por su codicia y/o por las necesidades de numerario que le acosaban. El autor del ms. parece confirmar esta segunda suposición cuando relata cómo el bajá, al recibir la visita de un emigrado acompañado de su hijo, declaró: «Quisiera tener una onza de oro para darla a este niño, pero no tengo un maravedí disponible»⁴⁸. Ahora bien, como se trata de una anécdota destinada a realzar la figura del potentado, cuya generosidad le impide a menudo disponer de dinero contante y sonante, no es posible tomarla en consideración como argumento que explicaría la disposición del bajá para ser sobornado. Se ha visto que Tripland

⁴⁶ *Ibidem*, pág. 485. POSAC MON, «Las actividades de los corsarios sudamericanos», páginas 63-264.

⁴⁷ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 398, n. 33.

⁴⁸ *Memorable triunfo*, fol. 123r.

disponía de cuantiosas sumas para ganarse la buena voluntad de las autoridades tangerinas; parece ser que el comerciante gibraltareño ofreció a Ū Mīmūn 10 000 pesos duros (equivalentes a 50 000 francos franceses), que el bajá habría necesitado, entre otras cosas, para compensar a los altos funcionarios del majzén que habían facilitado el término de la breve temporada pasada en prisión durante el ejercicio de su mandato. Toda esta información procede del cónsul francés, Sourdeau, siempre dispuesto a mostrar al bajá bajo una luz desfavorable y debe, por ello, tratarse con cierta precaución, ya que no está confirmada por otras fuentes⁴⁹. No cabe descartar los móviles de carácter pecuniario en la conducta del bajá y otros funcionarios marroquíes, pero ha de tenerse en cuenta el cliché occidental sobre la corrupción de su administración, repetido hasta la saciedad en toda clase de textos; de hecho, se sigue perpetuando y todavía hoy se explica la protección que Ū Mīmūn concedió a los liberales por razones exclusivamente económicas⁵⁰.

Los implicados en la trama no sólo actuaban por esos motivos, aunque también contaran, en algunos casos, de forma prominente; parece claro que personajes como Edward Tripland, el cónsul de Marruecos en Gibraltar, Benoliel, o los *tuġġār al-sultān* como Macnin intervinieron en todo el asunto porque veían allí una nueva oportunidad de negocio. No hay que olvidar que la actividad de los corsarios, además de bélica, era fundamentalmente económica. Para los refugiados liberales, sin embargo, la primera motivación era la política, pues sólo la desaparición de la monarquía absolutista les habría de permitir la vuelta a España, y a ello dedicaron, sobre todo los más señalados políticamente, todos sus esfuerzos. La presencia de los corsarios colombianos parecía favorecer sus intereses y jugaron a fondo

⁴⁹ DZIUBINSKI, «Intentos de establecer relaciones diplomáticas», resume el contenido de los despachos de Sourdeau a este respecto. Sigue sus informaciones FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 48, que sin embargo amplía la suma ofrecida por Tripland a 100 000 pesos duros; se trata sin duda de un error de transcripción.

⁵⁰ POSAC JIMÉNEZ, «Alejandro Briarly».

esa carta, a la que añadieron, como fórmula para convencer al sultán, otra muy atractiva: la toma de Ceuta, que habría de hacerse mediante la acción combinada de las naves colombianas y el ejército marroquí.

Nada dice el autor del ms. sobre esta parte de la trama, que se había puesto en marcha con anterioridad a la aparición de los colombianos; ya en noviembre de 1824, Briarly alertaba al gobierno sobre las actividades de Robert Wilson y de Moreno de Guerra, que participaban en la conjura para «entregar» Ceuta a los marroquíes, advirtiendo de que el británico había regalado fusiles y otras cosas al sultán, y que el español disponía de grandes sumas de dinero destinadas al mismo fin⁵¹. Fueron Valdés y Fernández Golfín quienes impulsaron este proyecto, que parecía que iba a tener más posibilidades de éxito con el apoyo de los corsarios sudamericanos. No fue así: el ataque marroquí nunca se llevó a cabo —estaba reciente el recuerdo del asedio de Ceuta en 1790–91, en el que se distinguió el almirante Barceló, como se ha indicado más arriba.

Para completar el abigarrado repertorio de los personajes que formaron parte de esta extensa y compleja trama, hay que referirse al renegado Piloti, de quien se ocupa con cierta frecuencia el autor del ms. y que formó parte de las maniobras que se acaban de describir.

El autor del ms. concede una atención considerable a Piloti, en comparación, sobre todo, a las escasas menciones que hace de la inmensa mayoría del resto de los participantes en el «drama» de los refugiados. Puede decirse que, tras el bajá Ū Mīmūn y los cónsules, es Piloti, junto con Moreno de Guerra, quien ocupa un lugar más destacado en el haz de relaciones cruzadas en torno a los refugiados españoles.

⁵¹ Correspondencia de Briarly citada por FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 24, n. 38, y pág. 29, n. 59. MIÈGE (*Journal de Bendelac*, pág. 289, n. 132) también sitúa en 1824 los primeros intentos de organizar un acuerdo entre los liberales y el sultán en torno a Ceuta. Véanse asimismo CAILLÉ, *Le consulat de Tanger*, pág. 97; POSAC MON, «Las actividades de los corsarios sudamericanos», pág. 263, y BEN EL FASSI, «Marruecos y la Gran Colombia», pág. 100.

Eso sí: en todas las ocasiones en que el autor del ms. menciona a Piloti, no deja de recordar su calidad de renegado, a la que adorna con toda clase de calificaciones y expresiones injuriosas. Piloti es descrito como uno de los mayores enemigos de la emigración liberal, a la que estaba dispuesto a vender a Fernando VII en connivencia con los cónsules español y francés. De ahí el gran alivio con que se recibe en el círculo de los liberales la noticia, que transmite Ū Mīmūn a Moreno de Guerra, de la ejecución de Piloti por orden del sultán⁵².

De la vida de Piloti se tienen datos dispersos y a menudo contradictorios entre sí. No es de extrañar: se trata de una personalidad esquiva, maestra en el arte de las duplicidades y las adscripciones cambiantes, como por otra parte lo eran muchas otras en el ámbito mediterráneo en el que se movía y por el que transitaban, como se ha ido viendo en estas páginas, individuos de orígenes y trayectorias múltiples, que circulaban con naturalidad a través de fronteras nacionales, culturales y religiosas. El caso de Piloti, como se intentará mostrar a continuación, representa este tipo de biografía hasta extremos verdaderamente llamativos, aunque no tan excepcionales como pudiera parecer.

A Antonio Piloti se le atribuyen dos orígenes: español (y más concretamente vizcaíno) o italiano, que es lo que de él sabía la justicia española en 1814⁵³. En el pleito que se le incoa ese año, y que es la primera noticia documentada que he podido ver de su estancia en España, se asegura que procedía de Brescia, que se hallaba establecido en España desde 1794 y que era armero de profesión⁵⁴. En el mismo documento se dice que en la fecha del pleito residía en Sevilla y estaba encargado de la «fábrica de armas de los regimientos de infantes de las reales guardias españolas y valonas».

⁵² *Memorable triunfo*, fols. 121v-122r. MIÈGE y RAINERO, *Le Maroc. Écrits de Graberg de Hemsö*, págs. 47-49.

⁵³ Todas las fuentes consultadas coinciden en el nombre propio de Piloti, excepto BENDELAC, que en una ocasión lo llama «Vincenzo» (*Journal de Bendelac*, pág. 424).

⁵⁴ Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, Salas de lo criminal, Caja 131,1 (<http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/description/534937> (consultado 6 julio 2018)).

No se sabe si hasta llegar ahí, Piloti había recorrido otros lugares de España; pero sí que se había casado con Ángela Zamoleti, con quien tuvo una hija, Josefa⁵⁵. Al comienzo de la guerra de la Independencia, el matrimonio vivía en Madrid, donde Piloti ejercía su profesión de armero, que tan útil le habría de resultar más adelante. Mucho después (en 1830), Ángela Zamoleti presentó declaración de testigos sobre la patriótica conducta de su difunto esposo; no le faltaron voces o, mejor dicho, escritos firmados por vecinos y conocidos que acreditaron el valeroso comportamiento del matrimonio y su firme rechazo a la invasión francesa⁵⁶.

Los testigos coinciden en afirmar que la pareja Piloti-Zamoleti consiguió reunir en su casa de la calle de San Pedro y San Pablo de Madrid un pequeño arsenal de armas de fuego y blancas, que estaba destinado a las tropas y partidas alzadas contra el ejército francés; desgraciadamente la noticia de este acopio llegó hasta las autoridades de la ocupación, que lo confiscaron y estuvieron a punto de detener a Ángela, que sin embargo pudo escapar. Mientras tanto, Piloti había participado activamente en el levantamiento del 2 de mayo; a continuación salió de Madrid para unirse a las partidas que se estaban organizando para luchar contra el francés. A primeros de agosto de

⁵⁵ De la familia española de Piloti se tiene noticia por el *Diario de las Cortes*, Sesión del día 17 de agosto de 1820, donde se confirma una pensión para Ángela Zamoleti de 600 ducados, que habría de heredar su hija (*Diario de las actas y discusiones de las Cortes. Legislatura de los años de 1820 y 1821*, IV, pág. 17). La pensión, que databa de 26 de noviembre de 1814, es una de las más elevadas que se registran para mujeres en la misma sesión. En el artículo «Marruecos» publicado en el *Eco del Comercio* el 4 de mayo de 1844 y que se ha citado anteriormente, se dice que Piloti y Ángela Zamoleti se casaron en Córdoba. Sin citar sus fuentes en este caso concreto, LÓPEZ ALONSO («Guadalajara en la guerra de la Independencia: Antonio Piloti», pág. 5) afirma que era natural de Oñate (Guipúzcoa) y hermana de Cipriano Zamoleti Irigoyen, miembro de la partida de Juan Martín el Empecinado durante la guerra de la Independencia.

⁵⁶ Se trata de una serie de documentos conservados en el Archivo General de la Administración y que han sido transcritos y publicados por LÓPEZ ALONSO, «Guadalajara en la guerra de la Independencia», págs. 5-8. En el mismo artículo, págs. 9-13, se publican otros ocho documentos utilizados, en ocasión semejante, por Josefa Piloti en 1837.

1808 estaba en Huete, donde se había formado una partida guerrillera bastante numerosa, a la que se incorporó.

Piloti terminó teniendo cierto peso entre las partidas de guerrilleros dirigidas por Juan Martín el Empecinado, y aunque no ha lugar aquí para desarrollar este asunto, conviene tenerlo en cuenta para completar la imagen que proporcionan todos los testimonios aportados por la mujer y la hija de Piloti —entre los que figuraban también los de algunos miembros del ejército español. Es decir: de todo ese gran volumen de escritos se recupera una trayectoria ejemplar de patriota y ardiente partidario del soberano legítimo de España, Fernando VII; por todo lo cual las mujeres de su familia disfrutaron de una generosa pensión, en justo premio a la valerosa conducta de Antonio Piloti y su esposa.

Como ocurre con el resto de las informaciones que le conciernen, a esta imagen hay que añadir una contraimagen no menos sustentada que ella en documentación fiable. Ya se ha mencionado el pleito penal sustanciado en 1814 contra Antonio Piloti; hora es de explicar cuáles fueron las razones que le llevaron ante la justicia.

Según se asegura en la documentación del proceso, Piloti había sido detenido en abril de 1813 en Ciudad Rodrigo (Salamanca), en posesión de una maleta y una faltriquera con dinero, ropa y papeles⁵⁷. Se le tomó declaración y se le trasladó a Toledo, pero consiguió escapar de sus captores en la localidad salmantina de Puente del Congosto. De nuevo detenido en Madrid, en junio del mismo año, fue llevado finalmente a Toledo donde fue juzgado y condenado a muerte el 1 de junio de 1814. Su proceso se alarga porque Piloti protagonizó una nueva fuga y otra detención en diciembre del mismo año. La sentencia final, dictada el 18 de mayo de 1815,

⁵⁷ Una noticia publicada en el diario gaditano *El Conciso* afirma, sin embargo, que Piloti fue llevado a Toledo desde la cárcel de Cádiz el 27 de julio de 1813 (*El Conciso*, 25 de julio de 1813, pág. 6). Es posible que, desde Salamanca, Piloti fuera trasladado en primer lugar a Cádiz antes de serlo hacia Toledo.

revocaba parcialmente la anterior y le condenaba a 10 años de presidio en África⁵⁸.

La acusación que costó a Piloti tan dura condena no era liviana. Se le consideró culpable de «haber delatado a Pedro Menoyo, vecino de Toledo, espía de los ingleses, ante las tropas del mariscal Soult, por lo cual fue fusilado y su cuerpo arrojado al río Tajo»⁵⁹; a ello se añadían, como agravantes, sus dos fugas. Al parecer, la sospecha de que Piloti pudiera ser espía de los franceses se había extendido entre algunas de las partidas que luchaban a las órdenes del Empecinado⁶⁰. En todo caso, la condena a presidio traslada a Piloti a la otra orilla del Estrecho, donde residirá hasta su muerte.

Como muchos otros que debían cumplir su pena en el presidio de Ceuta, Piloti consiguió fugarse y entrar en Marruecos. Según los acuerdos vigentes con España, los evadidos de los penales debían ser entregados a las autoridades españolas, a no ser que se convirtieran al islam, en cuyo caso pasaban a ser considerados como súbditos del sultán. Muchos de los renegados que vivían en Marruecos eran presidiarios escapados de Ceuta y Melilla⁶¹.

Convertido al islam, al menos nominalmente, Piloti tomó el nombre de Aḥmad b. Sulaymān y se casó con una judía también conversa; era el tipo de matrimonio al que podían aspirar los renegados, que pertenecían a un grupo social muy marginal⁶². Pero como era un hábil armero, no tardó en ocupar un lugar de cierta importancia en la artillería del sultán; ya se ha mencionado que en esta época muchos artilleros del ejército marroquí eran renegados españoles.

⁵⁸ Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, Salas de lo criminal, Caja 131,1.

⁵⁹ *Ibidem*.

⁶⁰ HORTA RODRÍGUEZ, «Aportación a la oscura biografía del guerrillero don Saturnino Abuín, llamado “El Manco”», pág. 15.

⁶¹ MARÍN, «“Hombre al moro”: fugas del presidio de Melilla en el siglo XIX (1846-1869)».

⁶² MIÈGE, *Le Maroc*, III, pág. 121 (citando un documento –verosíblemente un informe consular– titulado «Note sur Antoine Piloti d’Emanuel natif de Biscaye, armurier de Charles IV et compromis dans la Révolution qui livra l’Espagne aux Français»).

Es más dudoso que llegara a tener privanza con el soberano, aunque es posible que se jactara de ello al relacionarse con otros europeos. En cualquier caso, obsérvese cómo Piloti adopta una nueva identidad con la cual sobrevivirá hábilmente hasta su trágico final. No sólo eso; también reconstruye su pasado. La condena a muerte y la prisión no se mencionan por ninguno de los autores europeos que tratan, aunque sea brevemente, de Piloti. Es más, alguno de ellos, incluso, se refiere a él como un «español» que había tenido que salir de su país a causa de los «acontecimientos políticos» de 1811⁶³. Parece evidente que fue el propio Piloti quien difundió esta versión de su vida anterior, en una muestra más de su capacidad para adaptarse a nuevas circunstancias y transformarlas a su favor. Pueden recordarse, a este propósito, las cualidades distintivas de Piloti durante su participación en la guerra de la Independencia: intrepidez, inteligencia y energía⁶⁴; de todo ello dio buena prueba en la etapa marroquí de su vida.

En los años transcurridos hasta la llegada de los refugiados españoles a Tánger, Piloti consiguió, como se ha visto, ocupar una posición de cierta preeminencia en el ejército marroquí. Según el vicecónsul sueco, Graberg di Hemsö, en 1825 había llegado a ocupar el puesto de «armajuolo maggiore e commandante dell'artigleria»⁶⁵. Graberg lo trató personalmente y lo cita en una relación de sus informantes locales sobre toponimia marroquí, diciendo de él que era «master of

⁶³ Se trata del geógrafo francés Edme-François Jomard, que obtuvo probablemente esa información del cónsul francés Sourdeau, con quien mantuvo correspondencia a propósito de la llegada a Tánger de René Caillié tras su famoso viaje a Timbuctu. Jomard publicó un largo apéndice al relato de viajes de Caillié en el cual se ocupa brevemente de Piloti (JOMARD, *Remarques et recherches géographiques sur le voyage de M. Caillié dans l'Afrique centrale*, en René CAILLIÉ, *Journal d'un voyage à Tombouctou et à Jenné, dans l'Afrique centrale*, III, pág. 280). FERNÁNDEZ-DAZA atribuye equivocadamente estas observaciones al propio Caillié («Francisco Fernández Golfín», n. 40-41. También es inexacta la referencia que da al *Journal of the Royal Geographical Society*, VIII, 1827, remitiendo a un artículo, en ese volumen, de Graberg di Hemsö, que debe de ser el publicado en VII, 1837).

⁶⁴ *El Conciso* (Cádiz), 25 de julio de 1813, pág. 6.

⁶⁵ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 91.

the Ordenance to Múlāi Suleïmán», y calificándolo de «a very intelligent and well-informed man»⁶⁶. Sin embargo, concluye que, después de su trágica desaparición, se puede asegurar que ningún renegado, rebelde o aventurero procedente de los países cristianos llegaría a obtener un cargo de importancia en el imperio de Marruecos⁶⁷.

En todos esos años, aprovechó Piloti para internarse en las peligrosas aguas de la política marroquí; afirma Miège que, a finales del reinado de Muley Sulaymān, había maniobrado a favor de su sobrino Muley Sa'īd cuando éste fue proclamado sultán por los ulemas de Fez en 1821, si bien no llegó a reinar efectivamente y Muley Sulaymān consiguió asentar su poder, con apoyos internos y también de las potencias europeas representadas en Tánger⁶⁸.

A pesar de ello, Piloti llegó a afianzar su posición en el ejército marroquí. En agosto de 1824, Bendelac anota su llegada a Tánger, acompañado por otros 30 renegados y tres soldados de caballería; el sultán le había encomendado supervisar las defensas de la ciudad⁶⁹. Se trataría, por tanto, de un encargo directamente relacionado con sus capacidades como artillero.

Pero en ellas no se detenían las aspiraciones de Piloti. Antes de repasar sus intrigas en torno a los refugiados liberales, debe mencionarse su proyecto de expedición a Timbuctu, en el cual intentó involucrar a las autoridades francesas. En 1822, la correspondencia consular francesa da fe de que el vicecónsul Delaporte había recibido de Piloti un envío de ropas y tejidos fabricados en Timbuctu, que posiblemente le enviaba como muestra de las posibilidades de negocio ofrecidas por la ciudad donde se entrecruzaban las rutas comerciales

⁶⁶ GRABERG DI HEMSÖ, «Vocabulary of Names of Places &c., in Moghribu-l-Aksá, or the Empire of Marocco», pág. 244.

⁶⁷ Opinión que reproduce, como tantas otras de Graberg, ESTÉBANEZ CALDERÓN, *Manual del oficial en Marruecos*, pág. 54.

⁶⁸ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 425, n. 21; ABUN-NASR, *A History of the Maghrib*, págs. 245-247; BROWN, *Crossing the Strait*, pág. 81.

⁶⁹ *Journal de Bendelac*, pág. 289.

transaharianas⁷⁰. Según Jomard, que debió de obtener ésta y otras informaciones a través del cónsul y el vicecónsul de Francia, Piloti ofreció en secreto sus servicios para esta expedición a Sourdeau, quien lo consideró adecuado para ella y lo recomendó al gobierno francés, sin que su propuesta tuviera éxito. No obstante, prosigue Jomard, Piloti continuó preparando su viaje, y a falta del apoyo directo de Francia, contaba con las instrucciones del vicecónsul Delaporte y de un miembro de la Sociedad de Geografía francesa; pero fue entonces cuando el sultán ordenó su ejecución, como consecuencia de su implicación en las luchas políticas de la corte marroquí⁷¹.

La intención de Piloti de realizar un viaje hasta Timbuctu debió de interesar mucho a Jomard y otros miembros de la Société Géographique de París, que llevaban tiempo intentando promover una expedición europea hasta la ciudad, rodeada de la aureola mítica de su misterio y sus supuestas y fastuosas riquezas⁷². De hecho, cuando Piloti estaba planeando su viaje sólo un europeo había conseguido llegar a Timbuctu: el británico Alexander Gordon Laing, que en 1826 pudo viajar a la ciudad, pero de cuya estancia en ella sólo se conserva una única carta; muy poco después fue asesinado⁷³. De haber logrado su objetivo, Piloti habría pasado muy posiblemente a la historia de la exploración de África, entonces todavía incipiente; sin duda tenía la ventaja de poder viajar como musulmán. Pero fue René Caillié quien es hoy recordado por su hazaña al atravesar territorios desco-

⁷⁰ La carta, fechada el 14 de junio de 1822, está citada por ABITBOL, «Le Maroc et le commerce transsaharien du XVII^e siècle au début du XIX^e siècle», pág. 14, n. 61 y por LÓPEZ ALONSO, «Guadalajara en la guerra de la Independencia», pág. 17.

⁷¹ JOMARD, *Remarques et recherches*, pág. 280. Fernández-Daza interpreta erróneamente el texto de Jomard (que atribuye a Caillié) y afirma que Piloti fue ejecutado «cuando se dirigía con una caravana a Tombuctú acompañando a Delaporte, vicecónsul francés, y al enviado de la Geographical Society» (Fernández-Daza, «Francisco Fernández Golfín», pág. 44).

⁷² Sobre las sucesivas expediciones a Timbuctu en los siglos XVIII y XIX, véanse el prefacio de CHARLES HANSFORD ADAMS a su edición de *The Narrative of Robert Adams* y ENGLISH, *The Book Smugglers of Timbuktu*. Véase también THOMSON, *Barbary and Enlightenment*, pág. 50.

⁷³ *Ibidem*, págs. 89-95.

nocidos por los occidentales y por el relato de sus viajes. Como se ha indicado antes, Caillié fue acogido por el cónsul francés, Sourdeau, a su llegada a Tánger, de vuelta de Timbuctu, en 1828, y es probable que en algún momento de sus conversaciones surgiera el nombre de Piloti, su frustrado antecesor⁷⁴. En todo caso, el interés del renegado por esas regiones era principalmente crematístico, como él mismo hacía constar en una carta dirigida a las autoridades francesas, en la que presumía de haber establecido buenos contactos con los negociantes de la región del Draa, con alguna de cuyas caravanas planeaba dirigirse hacia Timbuctu⁷⁵.

Volvamos ahora a las relaciones establecidas por Piloti con los refugiados liberales en Tánger. No era la primera vez, por lo visto, que había conocido y tratado a alguno de ellos; si se han de creer las informaciones del madrileño *Eco del Comercio*, en 1821 Piloti «hizo proposiciones por medio de los diputados Moreno Guerra y Díaz Morales, cuando estuvieron en Ceuta para ocupar el Algarbe, [que] solo exigía el apoyo de 12 000 hombres»⁷⁶. Si esta información es veraz, sería la prueba de que Piloti, que estaba al servicio del sultán y mandaba su artillería, no tenía escrúpulo alguno en ofrecer sus servicios a un país extranjero –España– y proponer fórmulas para la conquista de Marruecos⁷⁷. En el contexto de todas las informaciones biográficas sobre Piloti, ésta, de ser cierta, podría interpretarse como

⁷⁴ Carece de verosimilitud la afirmación de LÓPEZ ALONSO («Guadalajara en la guerra de la Independencia», pág. 19) según la cual «los contactos de Piloti con el vicecónsul francés en Tánger M. Delaporte, sus conocimientos de Marruecos, así como su imprescindible ayuda para aprovisionarse y encargarse de la logística, sirven para organizar la expedición de René Caillié a Tombuctú»; como es sabido, Caillié inició su viaje desde Guinea y sólo estuvo en contacto con el consulado francés en Tánger tras haber completado su periplo.

⁷⁵ MIÈGE, *Le Maroc*, II, pág. 149, n. 1.

⁷⁶ *Eco del Comercio*, 4 de mayo de 1844, en el artículo titulado «Marruecos», que se ha citado más arriba. En el mismo artículo se afirma que Moreno de Guerra y Díaz Morales escribieron una memoria sobre su viaje y sus contactos en Marruecos.

⁷⁷ La credibilidad de este artículo periodístico es dudosa; el anónimo autor afirma en otro lugar del mismo artículo que había sido el bajá Ū Mīmūn quien ordenó la ejecución de Piloti.

un método de obtención de recompensas monetarias; el mismo interés que habría estado detrás, poco tiempo después, de sus tratos con los refugiados liberales.

Según la correspondencia consular española, Piloti habría actuado como confidente para Fernández Golfín y participó en la trama que pretendía entregar Ceuta al sultán⁷⁸. En todos esos tejemanejes debió de conseguir entregas de dinero —o promesas de ello— por parte de los conjurados españoles, que disponían, como se ha visto más arriba, de cantidades de numerario nada despreciables. Hubo un momento, sin embargo, en que Piloti debió de considerar seriamente la conveniencia de cambiar de bando; según parece, esto se produjo durante el viaje emprendido a comienzos de 1825 por el cónsul Briarly, que se trasladaba a Fez para ofrecer al sultán los obsequios que acompañaban a su reconocimiento como representante de España. Según Briarly, una vez en Fez se entrevistó con Piloti, quien se arrepintió de haber trabajado en secreto para los liberales y le transmitió toda la información que tenía sobre ellos⁷⁹. Es dudoso que Piloti se «arrepintiese»; más bien debió de pensar que Briarly podía ser una nueva fuente de ingresos o, al menos, más segura que la representada por los liberales.

Puede que Piloti contase con continuar sus labores de espionaje e información para ambos bandos, cónsul español y refugiados; pero a éstos no se les pasó por alto el cambio de bando del renegado. El autor del ms. se refiere siempre a Piloti como un traidor, miembro de una conjura conducida por Briarly y destinada a entregar a los liberales al gobierno español. Cuando una de las cartas de Piloti es interceptada por el bajá de Tánger, según el autor del ms. en ella se manifestaba claramente que el precio por los liberales eran los 1500 fusiles que habrían de ser «donados» a cambio al emperador de Marruecos⁸⁰. Es

⁷⁸ FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 24.

⁷⁹ Carta de Briarly a Cea Bermúdez, citada por FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 40, n. 98. Véanse también MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 339, n. 28 y POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 237.

⁸⁰ *Memorable triunfo*, fol. 115r.

posible que hubiera además conversaciones sobre entregas de dinero, pero claro está que todas estas negociaciones no han dejado huellas documentales –o que no ofrezcan dudas sobre su credibilidad. Tanto Briarly como el autor del ms. tenían intereses propios que defender en su correspondencia y sus escritos.

De cualquier modo, el autor del ms. amplía el repertorio de datos que se tenía sobre Piloti y las circunstancias de su muerte. Azuzado por Briarly, que le habría convencido de las escasas posibilidades de éxito que tenían tanto los liberales como los rebeldes americanos en su lucha contra Fernando VII, Piloti habría persuadido al sultán de la justeza de estas observaciones; por esta razón se ordenó el traslado de los liberales a Larache. A la «intriga» armada por Briarly y su nuevo aliado, el renegado Piloti, se opuso la organizada por el bajá de Tánger y el «primer ministro» del sultán. Ambos personajes, afirma el autor del ms. (que no da el nombre del segundo) estaban unidos por lazos de amistad y de intereses: Ū Mīmūn concedía la protección de la tribu de la que era originario a las caravanas del visir; a cambio, éste protegía al bajá en la corte del sultán. Un oportuno viaje del visir a Tánger, en medio de todo el embrollo, facilitó su apoyo a los liberales⁸¹. Se unieron a ellos los cónsules británico y norteamericano; pero lo que al parecer desencadenó la caída de Piloti fue una carta suya a Briarly, interceptada por enviados del bajá de Tánger y en la que se mencionaban las condiciones económicas de la entrega de los liberales. Una vez traducida esta carta al árabe (curiosamente, el autor del ms. informa de que esa traducción se hizo por el judío Omimon y por «cierto español de toda su confianza», en lo que podría ser una alusión a sí mismo) se descubrió que el cónsul español y el renegado italiano odiaban a la «maldita secta de Mahoma» y que Piloti era consciente de que, si fracasaba el proyecto, sólo le quedaba el recurso de la fuga. Según el autor del ms., lo que más afectó al bajá de Tánger en esta misiva fue su desprecio hacia la religión musulmana

⁸¹ *Ibidem*, fol. 113r.

y el haberla calificado de «secta», lo que no era aceptable para quien, como él, era devoto musulmán y mantenía una actitud de tolerancia hacia todas las creencias religiosas. De inmediato, aunque de forma sigilosa, comunicó estas averiguaciones al sultán⁸².

Lo hizo, dice el autor del ms., con «religiosa vehemencia», no reñida, naturalmente, con la oportunidad que se le presentaba de desplazar a un renegado del favor o, al menos, la cercanía del sultán. No consta que la carta de Piloti y su traducción se hayan conservado; pero sí parece verosímil que de haber existido y haber caído en manos del bajá de Tánger, fuera la causa de la fulminante orden de ejecutar a su autor. Para entonces, Piloti había salido de Fez y se dirigía, acompañado por su mujer, a Tánger, donde pretendía establecerse; sin embargo, al llegar a la región de Oudya fue detenido y decapitado. Su cabeza se envió al sultán, que así lo había ordenado. Esta es la versión de los hechos de Bendelac, que la registra en su diario el 16 de febrero de 1826⁸³.

La que da el autor el ms. coincide con la de Bendelac en sus líneas principales, pero no sorprende comprobar que es mucho más teatral. Aparece de nuevo en escena Moreno de Guerra, a quien el bajá convoca a altas horas de la noche, indicándole que debe acudir a su residencia acompañado de un intérprete. La razón de esta llamada no es otra que la de comunicar personalmente al español la nueva de la ejecución de Piloti al ser detenido en el camino de Fez a Larache, por donde pensaba huir, según Ū Mīmūn. La noticia, que llena de alegría al bajá y a Moreno de Guerra, se difunde en seguida por Tánger y

⁸² *Ibidem*, fol. 115v.

⁸³ *Journal de Bendelac*, pág. 424. La mención de Oudya puede referirse a la tribu árabe (Ma^cqil) de los Udāya, establecida como otras en Marruecos desde los siglos XI-XII y en las llanuras atlánticas en época de Muley Ismā'īl; recibían concesiones territoriales a cambio de su servicio en el ejército del sultán. Sus tropas y las de los 'abīd de Muley Ismā'īl tuvieron un papel determinante en el periodo que siguió a la muerte del sultán. Véanse ABUN-NASR, *A History of the Maghrib*, pág. 237 y АВІТВОЛ, *Histoire du Maroc*, págs. 238 y 253-255. Llama la atención que, como se ha señalado anteriormente, Bendelac dé el nombre de Piloti como «Vincento», aunque no es el único ejemplo de confusión onomástica en el diario del vicecónsul holandés.

llena de espanto a Briarly⁸⁴. El parlamento del bajá, reproducido por el autor del ms. como si hubiera estado presente durante la alocución, incluye una recomendación a Moreno de Guerra para que, cuando llegue a Londres, difunda la noticia y asegure que los liberales cuentan ahora con la protección decidida del sultán.

Las verdaderas razones de la ejecución de Piloti/Aḥmad b. Sulaymān no son fácilmente identificables con los datos conservados al respecto. Lo que sí está claro es que en algún momento sus enemigos en la corte marroquí convencieron al sultán de que Piloti se había involucrado en alguna conspiración contra él y lograron así que se ordenara su ejecución inmediata. Pero es igualmente posible que la interceptación de su carta a Briarly fuera el desencadenante del trágico fin de Piloti, un personaje que había hecho de la traición y la deslealtad una forma de vida; o que, visto desde otra perspectiva, había conseguido adoptar y/o descartar sucesivas identidades, llevando al extremo lo que muchos otros habían practicado secularmente en las zonas de contacto del Mediterráneo. Podrían aducirse para ello numerosos ejemplos de vidas singulares que atravesaban repetidamente las fronteras culturales y religiosas de la región⁸⁵; cabe no obstante señalar que en el siglo XIX este fenómeno desaparece gradualmente y queda reducido a grupos marginales de renegados. Prueba de ello es que el autor del ms., que ha tratado con benevolencia al barón de Ripperdá, no escatima los términos injuriosos dedicados a Piloti. Para los liberales españoles exiliados en Marruecos, Piloti personificaba, tanto como Fernando VII, la traición y la doblez más absolutas, y así es como ambos, acompañados de una breve corte de malvados (Briarly, Sourdeau...), componen un negro cortejo que se

⁸⁴ *Memorable triunfo*, fol. 122r.

⁸⁵ Véase, entre otros muchos ejemplos posibles, BUTTAY, *Histoires véridiques de l'imposteur Giorgio del Giglio, qui renia la foi chrétienne et prétendit servir Soliman le Magnifique*. Más cercano a la época de Piloti, es conocido el caso del caíd Dris, un converso holandés de nombre Jonás Francisco Zegers, que vivió en Marruecos entre 1778 y 1792 y sobre el cual se ha tratado con antelación.

opone a los héroes del relato, encabezados por el bajá de Tánger y apoyado en los cónsules favorables a los exiliados.

3. MARRUECOS, TIERRA DE ASILO

Se ha observado más arriba que la acogida de los refugiados liberales a su llegada a Tánger causó cierta indecisión en las autoridades de la ciudad. A primeros de noviembre de 1823, pocos días después de que se registraran los primeros casos de liberales desembarcados en Tánger, el cónsul Orué solicitaba autorización al sultán para su estancia en Marruecos, de quien obtuvo una rápida respuesta positiva el 11 de noviembre de 1823, según hace constar Bendelac.

Sin embargo, por otras fuentes se sabe que el sultán escribió al entonces administrador de la aduana o amín de Tánger, °Abd al-Raḥmān b. °Aš°āš, el 21 de noviembre del mismo año; en su carta, el soberano se refería a una comunicación del cónsul español, Orué, que se quejaba de que «algunos cristianos de su nación, comerciantes y otros, que se han salido de la obediencia a su soberano, han llegado al puerto de Tánger y se les ha impedido la estancia allí». El sultán aprobaba la conducta seguida en este caso, pues «no se ha de decidir sobre ésta y otras cuestiones parecidas sin reflexión y ponderación»; aconsejaba a continuación al amín que consultase a personas experimentadas «en la ley reconocida entre nosotros y ellos, y lo que han hecho los servidores de nuestros antepasados, para que no se produzca ningún perjuicio por exceso o por defecto»⁸⁶.

Lo que quiere decir la misiva del sultán es que se tome en consideración el tratado vigente entre España y Marruecos, para lo que recomienda a su amín que requiera el consejo de sabios en la materia y se tengan en cuenta los precedentes relativos a ella en las acciones

⁸⁶ El texto de la carta está transcrito en DĀWŪD, *Ta'riḥ Tiṭwān*, VIII, pág. 69. Sobre °Abd al-Raḥmān b. °Aš°āš, véase pág. 48, notas 13 y 14.

de soberanos anteriores. La divergencia entre la fecha indicada por Bendelac y la de esta carta podría deberse a un fallo de información por parte del vicecónsul holandés, porque lo que está claro es que el sultán no quería tomar una decisión precipitada. Todavía el 6 de enero de 1824, el administrador de la aduana, como se ha indicado antes, se negó a que cuatro españoles refugiados se instalasen en Tánger mientras no llegase la autorización expresa del sultán para ello.

Estas vacilaciones de las autoridades marroquíes se producen en los tiempos iniciales de la llegada de los exiliados españoles, que no encontraron luego más obstáculos de ese carácter hasta que se produjeron las presiones del cónsul Briarly y el intento de concentrar a los refugiados en Larache. Pero las precauciones expresadas por el sultán en su carta de noviembre de 1823 indican que el majzén era consciente de las dificultades que podría acarrear la presencia en Marruecos de exiliados políticos españoles y que para ello se deberían tomar en consideración los tratados que gobernaban las relaciones entre los dos países.

El tratado vigente, que databa de 1799, preveía, en efecto, la entrega al gobierno español de los escapados de los presidios de Ceuta, Melilla, Peñón (de Vélez) y Alhucemas, que habrían de ser conducidos,

«desde luego que lleguen a territorio de Marruecos a la presencia del Cónsul general, quedando a disposición de este para hacer de ellos lo que le ordene el Gobierno español, y pagará los gastos de su conducción y manutención. Pero si puestos ante dicho Cónsul dijese e insistiese en abrazar el mahometismo, entonces los recogerá el Gobierno marroquí. Mas si por accidente se presentase alguno al Soberano, ante quien libremente dijese que quiere hacerse moro, no se deberá en este caso conducir a presencia del expresado Cónsul general»⁸⁷.

Sin embargo, los liberales refugiados en Tánger no pertenecían a la categoría prevista en el acuerdo de 1799 (que recogía similares formulaciones de tratados anteriores): no huían de los presidios españoles

⁸⁷ CAGIGAS, *Tratados y convenios referentes a Marruecos*, pág. 22, artículo 14 del Tratado de paz, comercio, navegación, etc., firmado en Mequinez el 1 de marzo de 1799.

en la costa septentrional de Marruecos, sino de la península ibérica. No eran penados que escapaban de prisión tras ser condenados por delitos comunes, como era generalmente el caso de los fugados de Ceuta o Melilla; llegaban a Marruecos por razones muy diferentes. La decisión que habría de tomarse respecto a ellos no podía, por tanto, basarse en unos acuerdos que no preveían las circunstancias que provocaron su presencia en Tánger.

Para el autor del ms., la acogida marroquí a los refugiados y la decidida defensa de su integridad y negativa a entregarlos a las autoridades españolas tenía un fundamento religioso (y hoy diríamos que también cultural): se basaba en «la buena fe de los musulmanes en dar hospitalidad y seguro asilo a los desgraciados» y en los «cánones invariables del Alcorán, que consagran la fiel acogida, el religioso hospedaje»⁸⁸. Pero esta apreciación tan general se matiza cuando aclara que el argumento de la norma hospitalaria-religiosa fue el utilizado por el bajá Ū Mīmūn para contrarrestar las maniobras de sus enemigos (los cónsules, entre otros) en torno a la situación de los refugiados y la indecisión del sultán, temeroso de las acciones que podría ejercer en su contra la «Santa Alianza». El bajá recurrió entonces a solicitar de los ulemas y santones que escribieran

«sumisas exposiciones a S. A. I. recordándole que se violaba el sagrado código, ora faltando a la hospitalidad acordada, ora entregando a los refugiados a la muerte: crimen imperdonable que castigaría Dios según las amenazas del Profeta escritas en el Corán. Esta maniobra religiosa en pueblo tan supersticioso produjo el deseado efecto y no se trató más de entregar a los emigrados»⁸⁹.

Como se ha visto, la política del majzén respecto a los exiliados no estaba regida únicamente por razones religiosas; para el sultán constituían una baza importante en sus relaciones con España y de ello dieron muestra las alternancias en su política, que se han expuesto con anterioridad. Pero lo que se puede afirmar, sobre la

⁸⁸ *Memorable triunfo*, fols. 15v. y 23v.

⁸⁹ *Ibidem*, fols. 26r-v.

base de la documentación conservada al respecto, es que Muley °Abd al-Raḥmān mantuvo hasta el final de todo el asunto una postura firme: no entregaría a los exiliados si no se garantizaba que no serían perseguidos. En diciembre de 1824, en carta a Briarly, asegura que Orué puede permanecer en Tánger libremente y que respetará a los refugiados⁹⁰; en febrero de 1825, cuando el sultán accede en parte a las reclamaciones del cónsul español y ordena el traslado de los refugiados a Larache, no deja de tener en cuenta los peligros a los que podrían enfrentarse de ser llevados a España y, en una carta a Fernando VII, hace constar que no autorizará su entrega si no se les concede «el perdón de sus vidas para que puedan libremente y con seguridad regresar a su patria. Si esto no se asegura, no los entrego»⁹¹.

Ya sabemos que, para el autor del ms., la decidida protección ejercida sobre los exiliados por el bajá de Tánger se basaba en su carácter, liberal y generoso. Del sultán °Abd al-Raḥmān no tenía tan buena opinión; de hecho, le acusa de debilidad de carácter al dejarse «seducir» por quienes entorpecían los esfuerzos de los liberales y su protector Ū Mīmūn en pro de la lucha contra el absolutismo fernandino. Se trata, en ambos casos, de una posición claramente parcial; pero cabe preguntarse, no obstante, sobre las razones que llevaron al sultán a proteger a un grupo de españoles refugiados en Tánger para escapar de la persecución de su propio gobierno, que pretendía someterlos a una sumaria justicia de la que nada podían esperar.

¿Había, como afirma el autor del ms., una normativa islámica, unos «cánones invariables del Alcorán» que podían invocarse, como según

⁹⁰ MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 302, n. 15.

⁹¹ Traducción de la carta del sultán conservada en el Archivo Histórico Nacional y citada por POSAC JIMÉNEZ, «Tánger refugio de los liberales españoles», pág. 238. Registra la misma reacción del sultán el cónsul portugués, Colaço, al informar a su gobierno de la vuelta de Briarly desde Fez, donde el soberano le había recibido con gran pompa, pero se había negado a entregar a los liberales, aunque se comprometía a trasladarlos a Larache, bajo la condición de obtener el perdón del rey de España (AL-MANŞŪRĪ, *Al-°Alāqāt al-magribiyya al-burtugāliyya*, II, pág. 367, n.º 7).

afirma hizo el bajá de Tánger, para proteger a los peticionarios de asilo? ¿Existía en Fez, como dice, una «controvertida ley del asilo», que triunfó gracias a la diestra maniobra de Ū Mīmūn al reclamar su aplicación?

El autor del ms. tiene razón cuando invoca las normas contenidas en el Corán que podrían servir de precedente para lo que hoy se llama «ley de asilo». La emigración formó parte de la experiencia personal del Profeta (buscó y obtuvo refugio en Medina, tras un primer viaje con similar intención a Etiopía) y el mensaje divino la sanciona: «Quien emigre por Dios, encontrará en la tierra mucho refugio y espacio. La recompensa de aquél a quien sorprenda la muerte, después de dejar su casa para emigrar a Dios a Su enviado, incumbe a Dios»⁹². Se trata claramente de una promesa de redención a los musulmanes que se vean obligados a emigrar y por tanto no incluye a los practicantes de otros credos religiosos. Pero esta circunstancia está prevista en otro texto coránico: «Si uno de los asociados te pide protección, concédesela, para que oiga la Palabra de Dios. Es que son gente que no sabe»⁹³.

Esta aleya fue objeto, como todo el texto sagrado, de una larga y profusa tradición exegética, desde la Edad Media hasta nuestros días. Tanto del texto original como de esa tradición se desprende que el asilo concedido a los no musulmanes (los «asociadores», es decir, los politeístas, como se consideraba a los cristianos) se otorgaba con la intención de que pudieran llegar a convertirse al islam al tener acceso al mensaje divino contenido en el Corán. No obstante, y también durante la Edad Media, hubo comentaristas que propusieron que no había que esperar la conversión de los refugiados no musulmanes en territorio islámico; para estos exégetas la aleya admite implícitamente que podían acogerse a la protección de las autoridades islámicas sin

⁹² Corán, IV («Las mujeres»), 100, pág. 240. Véanse ARNAOUT, *Asylum in the Arab-Islamic Tradition* y SUHRKE, «Refugees and Asylum in the Muslim World».

⁹³ Corán, IX («El arrepentimiento»), 6, pág. 260.

que se les exigiese la adopción de la religión musulmana y siempre y cuando su presencia y actividades en el territorio de acogida no causasen perjuicio alguno a la comunidad musulmana.

Entre los partidarios de esta interpretación de la aleya 9:6 del Corán destacan dos autores muy diferentes entre sí: el persa al-Zamahšarī (m. 538/1144) y el andalusí Ibn Farḥ al-Qurṭubī (m. 671/1273)⁹⁴. Aunque su posición no deja de ser minoritaria en el conjunto de la exégesis coránica, el gran prestigio de que han gozado (y gozan) sus comentarios al Corán ejerció sin duda una importante influencia entre quienes se plantearon la cuestión de cómo acoger a los solicitantes de asilo en territorios gobernados por el islam. Otra cosa muy diferente es saber si los sabios marroquíes que, según el autor del ms., se mostraron favorables a conceder asilo a los liberales españoles, se apoyaron en estos comentarios; la lectura de la aleya coránica permite esa interpretación u otra más estricta, según la cual los refugiados tendrían un plazo para convertirse al islam.

Conviene tener en cuenta, por otro lado, que la norma religiosa recoge tradiciones sociales anteriores a la aparición del islam: la sociedad preislámica de la península arábiga tenía en gran estima la práctica de la hospitalidad y la acogida al extranjero en situación de desamparo. Esto se debía a las circunstancias geográficas y demográficas del territorio que ocupaban las tribus árabes, pero se convirtió paulatinamente en una característica primordial de las sociedades árabes pos-islámicas. Partiendo de esas premisas, se fueron desarrollando

⁹⁴ Véase SHOUKRI, *Refugee Status in Islam. Concepts of Protection in Islamic Tradition and International Law*, págs. 70-73. Ibn Farḥ al-Qurṭubī pasó la mayor parte de su vida fuera de al-Ándalus, que abandonó tras la conquista cristiana de su ciudad natal. No parece posible afirmar, como hace Shoukri, que su postura respecto a la interpretación de la aleya 9:6 derivase de haber vivido en Córdoba, «a powerful, civilized and settled city in the golden era of the Muslims in Spain. So he was not worried by the idea of foreigners entering dar al-islam or the state of Muslims, which was great enough to convince many people to convert, or at least to be impressed» (*ibidem*, pág. 73). Sobre la vida y obra de Ibn Farḥ, SERRANO RUANO, «Ibn Farḥ al-Qurtubi», *Diccionario Biográfico Español* (<http://dbe.rab.es/biografias/136449/ibn-farh-al-qurtubi>, consultado 25 mayo 2020).

fórmulas de «asilo en sagrado» que procedían de la sacralización del recinto de la Ka'ba en La Meca y que se extendieron a los de mezquitas y santuarios en todo el orbe islámico, como sucedía en el occidental hasta bien entrada la Edad Moderna. De manera que no era sorprendente, ni para los refugiados liberales en Tánger ni para quienes los acogieron allí, la permanencia de una práctica bien conocida entre unos y otros.

En el mundo islámico, la protección a los refugiados, fueran o no musulmanes (pero especialmente en el primer caso), se consideró pronto como un deber religioso, plasmado en normas legales que se acogían a los precedentes coránicos y a las discusiones de sabios y juristas. En parte, la obligación de atender a los perseguidos se solapaba con la existencia del pacto de la *dimma*, la protección que los soberanos musulmanes otorgaban a sus súbditos cristianos y judíos y que, como se ha visto más arriba, podía también aplicarse a extranjeros residentes en Marruecos (aunque no se tratase de huidos de sus propios países). Se construyó progresivamente todo un campo semántico en torno a las nociones de protección y seguridad para los refugiados: *hiğra* (emigración), *iğāra* (asilo) y *ğiwār* (protección); *aman* (seguridad) y *malğā'* (refugio)⁹⁵; pero el paso de la obligación religiosa a la norma legal ha variado según los contextos históricos. No faltan, desde luego, ejemplos de asilo concedido a fugitivos de territorios no islámicos; sin ir más lejos, el rey leonés Alfonso VI fue acogido por el de Toledo en 1072 tras la derrota que le infligió su hermano Sancho, soberano de Castilla (la leyenda cuenta que Alfonso VI aprovechó su estancia en Toledo para tomar en cuenta las debilidades defensivas de la ciudad y preparar así su conquista⁹⁶).

⁹⁵ STEVENS, «Shifting Conceptions of Refugee Identity and Protection. European and Middle Eastern Approaches».

⁹⁶ LÉVI-PROVENÇAL, «Alphonse VI et la prise de Tolède», págs. 37-38 e IZQUIERDO BENITO, *Alfonso VI y la toma de Toledo*, págs. 21-23.

Por tanto, los argumentos utilizados por el majzén para denegar la entrega de los exiliados liberales al gobierno de España tenían una sólida base religiosa y cultural. Su utilización se convierte, para el autor del ms., en una hábil maniobra del bajá de Tánger, que empleó para ello su «sagaz industria»⁹⁷; de ese modo contrarrestaba las intrigas y engaños de los enemigos de los liberales, ejerciendo al mismo tiempo como fiel musulmán y buen conocedor de la doctrina coránica. El triunfo final de la actuación del bajá situaba al gobierno marroquí en la estela de «las naciones ilustradas que conceden protección ilimitada»⁹⁸ y permitía comparar sus acciones con las de la monarquía española, con harto descrédito para esta última. Así se cumple, a los ojos del autor del ms., un ideal de tolerancia que debe ser «la base de la fraternidad universal y el principio conservador de la sociedad y de la felicidad y armonía de todos los hombres»⁹⁹.

Las motivaciones del sultán y sus consejeros para defender la presencia de los liberales en Tánger y negarse a su entrega a España podían, pues, explicarse desde el ámbito legal y religioso; pero la aplicación de esta «ley de asilo» no se basaba únicamente en él. Para Marruecos era importante mantener buenas relaciones con España, como venía siendo habitual desde mediados del siglo XVIII; la amenaza de una posible invasión francesa desde la península ibérica, cuando estuvo bajo el poder del imperio napoleónico, no dejó de tenerse en cuenta por el majzén a la hora de mantener sus alianzas¹⁰⁰. Las vacilaciones iniciales en torno a la acogida de los exiliados refle-

⁹⁷ *Memorable triunfo*, fol. 26r.

⁹⁸ *Ibidem*, fol. 109r.

⁹⁹ *Ibidem*. LA PARRA, «Intransigencia y tolerancia religiosa en el primer liberalismo español».

¹⁰⁰ AL-DU'AYYIF, *Ta'rih al-dawla al-sa'ida*, pág. 342, se refiere a los intentos de Napoleón por apoderarse del Magreb, y pág. 344, registra la alarma generada en muharram de 1223/febrero de 1808 por las noticias de un inminente ataque de los «cristianos»; el sultán escribió a todos los puertos para preparar su defensa. Véanse BECKER, *Historia de Marruecos*. págs. 190-191; PENZ, *Chroniques du vieux Maroc. De 1789 à Lyautey*, págs. 17-22; АБИТБОЛ, *Histoire du Maroc*, págs. 281-282; LENTZ, «Les relations franco-marocaines sous le Consulat et l'Empire».

jan esta situación; más adelante, la línea de conducta seguida por las autoridades marroquíes y la defensa a ultranza de su protección hacia ellos se convertiría en un medio de presión ante el gobierno español, del que se esperaba conseguir a cambio determinadas ventajas o concesiones. En esos años, por ejemplo, un asunto que se planteó repetidamente entre España y Marruecos fue la reclamación marroquí del pago de una indemnización por haberse apresado un barco de su bandera que fue llevado a Cádiz. La cuestión se inició en 1822, y las reclamaciones del sultán se sucedieron a lo largo del tiempo, al parecer sin mucho éxito. En 1828, cuando llegó a Tánger un nuevo cónsul español, Antonio de Beramendi, el bajá se negó a recibirlo porque no había traído las 20 000 piastras reclamadas por su gobierno¹⁰¹. Cabe suponer que la disputa en torno a esta cuestión influyó en la determinación de no entregar a los exiliados; como también es posible que altos funcionarios, entre ellos el bajá de Tánger, recibieran «obsequios» de los españoles para captar sus voluntades; no ha de olvidarse que Valdés llegó a Tánger con una considerable suma de dinero que traía de Tarifa – y que también jugó su papel en las mutuas reclamaciones entre España y Marruecos. Finalmente, no hay que desdeñar la debilidad de la situación interna marroquí, acosada por una gran hambruna seguida de epidemias en los años 1825-1826, que contribuyó a limitar en buena medida el margen de actuación del soberano, volcado –como se verá después– en paliar los efectos de esta terrible crisis.

Esta combinación de factores, más o menos destacados según la fuente de que se disponga, explica la postura del majzén ante la presencia de los refugiados liberales en Tánger. En otras circunstancias, las cosas podían variar. Pocos años después de que se produjera el conflicto sobre la presencia de liberales huidos de España en Tánger, las insurrecciones contra Fernando VII produjeron otra situación

¹⁰¹ *Journal de Bendelac*, pág. 510; CAILLÉ, *Le consulat de Tanger (des origines à 1830)*, página 98; MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 302, n. 15

similar, que sin embargo tuvo consecuencias muy diferentes. Entre 1830 y 1832, llegaron a Tánger varios refugiados que huían de la represión absolutista y que dejaron constancia de sus peripecias en tierra marroquí. Se trata, principalmente, de León López y Espila, condenado a prisión en el penal de Ceuta en 1827 y que consiguió escapar de allí refugiándose en Marruecos, y de su compañero Manuel Figueroa; una vez en territorio marroquí, ambos coincidieron con Juan López Menéndez, escapado de la insurrección de Vejer en 1831 junto con otros miembros de aquella intentona¹⁰². Pero, a diferencia de lo ocurrido unos ocho años atrás, ante la perspectiva de ser entregados y devueltos a España, recurrieron a la conversión al islam como fórmula no deseada pero sí segura de permanecer en territorio marroquí. Espila, en la obra que dedicó al tiempo pasado en Marruecos, refiere los hechos que provocaron su situación de «renegado por fuerza»: traicionados por unos marroquíes que debían haberles llevado ante el cónsul francés en Tánger, cayeron en manos del vicecónsul español; consiguieron no obstante acudir al bajá, que reprochó al diplomático no haber respetado los tratados entre su país y Marruecos, pero que al parecer no pudo hacer más que facilitar la conversión de los refugiados para evitar así su traslado a España¹⁰³.

¿Hubo un cambio en la política marroquí respecto a la concesión del derecho de asilo a los exiliados españoles? A primera vista, eso parece; pero no está de más recordar que, como se ha visto con anterioridad, tras la partida, entre 1825 y 1826, de la práctica totalidad de los refugiados llegados a Tánger, dos de ellos, Bernardo de Borja Tarriús y Francisco Soria esperaron para volver a España a la amnistía de 1833, sin que haya constancia de que se vieran en el brete de convertirse al islam para continuar su residencia en Tánger. Las circunstancias relatadas por Espila, a pesar de lo adornada que

¹⁰² Para más detalles y bibliografía sobre este segundo exilio liberal en Tánger, MARÍN, «Amar a cristianos moras»: ecos de un tema cervantino en textos españoles sobre Marruecos (s. XIX-XX)», págs. 241-249, y *Testigos coloniales*, págs. 535-538.

¹⁰³ LÓPEZ Y ESPILA, *Los cristianos de Calomarde y el renegado por fuerza*, págs. 54-63.

sea su redacción con destino a un público ávido de temas exóticos, indican que el problema que se les planteó fue el haber sido entregados al consulado español y encontrarse entonces sin otra tesitura que la conversión. Tampoco se trataba, como en la anterior oleada de refugiados, de un grupo lo suficientemente numeroso y capaz como para ejercer cierta presión ante las autoridades tangerinas ni había entre ellos, como había ocurrido en 1823, altos cargos del ejército y la administración constitucionales, apoyados por poderosas redes de relación (los comerciantes judíos de Gibraltar y sus contactos en Tánger y Tetuán) y capaces de maniobrar en el entorno del bajá e incluso del sultán.

V

Marruecos y los marroquíes, vistos por un liberal español

I. EL AUTOR DEL «MEMORABLE TRIUNFO» Y LOS VIAJEROS A MARRUECOS ENTRE 1785 Y 1832

Como tantos otros refugiados políticos, los liberales españoles, obligados a abandonar su patria por la persecución a que eran sometidos, se encontraban de forma más o menos súbita trasplantados a una sociedad que les era extraña; en el caso de los que vivieron su exilio en Tánger, la cercanía geográfica del lugar de asilo era inversamente proporcional a la distancia cultural que separaba a Marruecos de la península ibérica. Aunque las relaciones entre España y Marruecos habían sido continuadas e intensas durante la Edad Moderna, el país vecino no dejaba de ser, para la mayoría de los españoles, un lugar exótico y lejano; expulsados de su lugar natural, los refugiados en Tánger sufrían por tanto doblemente del extrañamiento a que les obligaba la represión absolutista.

En ese nuevo entorno, donde la trama urbana, la apariencia de sus habitantes, su idioma o sus modos y costumbres eran otros tantos motivos de desconcierto, los refugiados en Marruecos se enfrentaban a problemas compartidos con los que habían conseguido acomodo en países como Francia o Inglaterra. Uno de ellos era, sin duda, el empleo del tiempo: despojados de sus ocupaciones habituales, no

siempre era factible reanudarlas, o hallar otras nuevas, en el lugar de asilo. El ocio impuesto, de perfiles indefinidos y opacos, permitió a muchos dedicarse a empresas intelectuales diversas y fructíferas y a otros continuar una acción política cuajada de conspiraciones e intentos más o menos revolucionarios de lucha contra el tirano. La imagen de los refugiados españoles en Gibraltar, sentados en el parque de la Alameda fumando y rememorando «un déspota felón, un país esclavizado y una familia asesinada» entre nubes de humo de tabaco debió de darse en otros lugares de manera similar¹. De los liberales reducidos a una inacción forzosa en Gibraltar, mientras esperaban poder encontrar otro asilo más acogedor, algunos lo hallaron en la cercana Tánger; uno de ellos –el autor del ms.– distrajo sus ocios, probablemente, tomando notas sobre su peripecia personal, pero también observando su inesperado lugar de destino y acopiando datos para escribir una descripción del «imperio de Marruecos», como así se le llamaba entonces en Europa.

No fue el único, ni mucho menos, con la misma pretensión descriptiva; su singularidad radica en que lo hizo como asilado político. Su mirada está naturalmente matizada por esa condición; pero, en líneas generales, comparte un marco referencial difundido desde la segunda mitad del siglo XVIII y que en algunos aspectos se mantendría hasta épocas muy recientes. Muchas de las observaciones de este emigrado cobran mayor sentido cuando se sitúan en esa tradición de viajeros y observadores occidentales, a cuya obra se ha acudido en numerosas ocasiones en estas páginas. Por ello se hace conveniente presentar a los viajeros y residentes en Marruecos que contribuyeron a crear, desde el último tercio del siglo XVIII hasta los años 30 del XIX, una serie de imágenes que se difundieron entre un público lector ávido de conocimientos geográficos, sociales y políticos sobre el «misterioso» país que conservaba secularmente su independencia y mantenía estructuras políticas propias. La situación geoestratégica de Marruecos como

¹ BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, págs. 316-317.

puerta occidental del Mediterráneo, sus relaciones con la mítica ciudad de Timbuctú y el comercio caravanero o la trata de esclavos eran temas que atraían una atención creciente, como lo eran otros más directamente relacionados con la vida social de los musulmanes marroquíes.

Los viajeros y otros observadores sobre Marruecos que se han utilizado en este estudio cubren un arco temporal relativamente amplio, que va desde 1785 hasta 1832 (fechas de la realización de sus correspondientes viajes). Se trata de un conjunto de 13 autores, de los que seis eran británicos, tres franceses, dos españoles, uno sueco/italiano y una norteamericana. Por orden cronológico de sus viajes o estancias, son los siguientes: Maurice Keatinge (ca. 1761-1835), William Lemprière (1763-1834), James Curtis (m. después de 1803), Domingo Badia/Ali Bey (1767-1818), John Buffa (m. después de 1810), Antoine Burel (1773-1850). James Gray Jackson (m. después de 1827), Charles Cochelet (1786-18..), Jacob Graberg di Hemsö (1776-1847) Glorvina Fort (m. después de 1859), Tomás de Comín (m. después 1843), George Beauclerk (1803-1871) y Eugène Delacroix (1798-1863)².

Se trata de un conjunto heterogéneo, y no lo es menos por la calidad de las noticias que se tienen de ellos. Algunos son personajes de cierta notoriedad en su tiempo o que, como Delacroix, alcanzaron en vida una fama que aún perdura. De otros apenas se sabe que fueron autores de un solo libro, en el que a veces, pero no siempre, se encuentran noticias dispersas sobre su personalidad y su vida.

² Como puede observarse, las fechas de nacimiento y muerte de varios de estos personajes son desconocidas. Se ha recurrido a fechar su fallecimiento con posterioridad a la última de sus publicaciones de la que hay noticia o de algún acontecimiento datado de su biografía. Una presentación general de estos y otros viajeros, en LEBEL, *Les voyageurs français du Maroc: l'exotisme marocain dans la littérature de voyage* (que se ocupa únicamente de Delacroix para este periodo); del mismo, *Le Maroc chez les auteurs anglais du XVI^e au XIX^e siècle*; CHAOUCH, «British Travellers to Morocco and their Accounts, from mid-16th to mid-20th Centuries: A Bibliography», *Working Papers on the Web*, 7 (2004), <http://extra.shu.ac.uk/wpw/morocco> (consultado 17 junio 2020); del mismo, «English Travel Accounts as a Source of Moroccan History».

Su procedencia social y familiar es igualmente diversa, aunque todos pertenecen a grupos acomodados o tuvieron una profesión que les permitió avanzar en la escala social. Es el caso, en particular, de Antoine Burel, de familia campesina de la región de Lyon, que ingresó en la Escuela Politécnica y llegó a ser oficial de ingenieros en el ejército francés: un ejemplo paradigmático de la meritocracia napoleónica³.

En el otro extremo de la sociedad, los representantes de familias aristocráticas son británicos. Maurice Keatinge pertenecía a la clase alta irlandesa; tuvo una intermitente carrera militar (que dio por terminada cuando había alcanzado el grado de coronel) y fue miembro del parlamento, primero irlandés y tras la unión con Gran Bretaña en 1801, del Reino Unido. Murió en París, después de haber vendido sus propiedades rurales en Irlanda⁴. Por su parte, George Beauclerk era miembro de una familia de la nobleza inglesa, que se preciaba de descender de Carlos II y que contaba entre sus títulos con el ducado de St. Albans. Los padres de George Beauclerk tuvieron estrecha relación con Percy y Mary Shelley, que menciona a George en sus diarios como un joven «intelligent, well-educated, widely read», que frecuentaba su compañía en los años 30 y 40 del siglo⁵.

Los otros viajeros británicos no procedían de tan elevada posición social; tres eran médicos y ejercieron su profesión dentro de la milicia (William Lemprière, James Curtis y John Buffa)⁶. Por último, James Grey Jackson era un comerciante que ejerció como agente diplomático inglés en Mogador/Essauira durante un largo periodo, que le

³ CAILLÉ, *La mission du capitaine Burel* y DEGORGUE, «Le capitaine du Génie Antoine Burel (1773-1850)», <http://www.avaire.org/Le-capitaine-du-Genie-Antoine> (consultado 6 junio 2020).

⁴ <http://www.historyofparliamentonline.org/volume/1790-1820/member/keatinge-maurice-bagenal-st-leger-1761-1835> (consultado 17 junio 2020).

⁵ MORRISON y STONE, *A Mary Shelley Encyclopedia*, s. v. «Beauclerk, George Robert».

⁶ De CURTIS sólo se sabe lo poco que dice sobre sí mismo en su relato de viajes, pero es muy posible que, como los otros dos, fuera también médico militar de la guarnición de Gibraltar.

permitió recorrer parte del país y recoger numerosas e interesantes informaciones. La oscuridad de sus orígenes explica lo escaso de los detalles de la vida personal de estos viajeros, con la excepción de William Lemprière, cuyo recorrido profesional como médico militar se conoce bien: después de estar destinado en Gibraltar, se trasladó a Jamaica y terminó su carrera como inspector general de hospitales, para retirarse después a la isla de Wight⁷.

Junto al citado Antonie Burel, los otros dos viajeros franceses pertenecen a la clase de altos funcionarios producto de la Revolución y el imperio napoleónico. Charles Cochelet fue pagador del ejército en España y en Francia; perdió sus funciones con la caída de Napoleón y decidió buscar fortuna en Brasil. Como cuenta en la introducción de su libro, fue en su segundo viaje allí cuando naufragó el barco en el que viajaba; el relato de sus aventuras y desventuras posteriores tuvo cierta repercusión, pero nada se sabe del resto de su vida, tras su vuelta a Francia en 1820⁸. Por su parte, el padre de Delacroix había sido ministro de Asuntos Exteriores durante el periodo revolucionario y prefecto en Marsella y la Gironda con el imperio; la vida de su hijo, como es notorio, transcurrió por otros derroteros bien distintos⁹.

Las razones de la presencia en Marruecos de estos viajeros son prácticamente todas de orden profesional; no se iba entonces al país por el afán de ver mundo y ampliar conocimientos y formación, tan característico del pensamiento ilustrado sobre los viajes¹⁰. Los

⁷ MORIARTY, «Lemprière, William», *Dictionary of National Biography*, 1885-1900, vol. 33 ([https://en.wikisource.org/wiki/Lempri%C3%A8re,_William_\(DNB00\)](https://en.wikisource.org/wiki/Lempri%C3%A8re,_William_(DNB00))) (consultado 18 junio 2020); LEBEL, *Le Maroc chez les auteurs anglais*, págs. 126-133.

⁸ La biografía que se le dedica en *Biographie nouvelle des contemporains*, vol. IV, páginas 450-452, no da más datos que los contenidos en el relato autobiográfico del propio Cochelet. Un hermano suyo, Adrien-Louis Cochelet, tuvo una larga carrera como alto funcionario del primer imperio, restauración y segundo imperio.

⁹ La bibliografía sobre Delacroix es muy abundante; un exhaustivo artículo sobre su vida y su obra puede consultarse en la versión francesa de Wikipedia.

¹⁰ Sobre la literatura de viajes en esta época y los tratados de preceptiva viajera o *ars apodemica*, STAGL, *A History of Curiosity. The Theory of Travel 1580-1800*; ALBURQUERQUE

extranjeros que por alguna razón precisaban viajar por Marruecos debían hacerlo debidamente autorizados, provistos de la documentación oficial que así lo atestiguaba y custodiados por una escolta militar. De ese modo se les protegía de las incidencias de un viaje siempre arriesgado, tanto como se vigilaba su comportamiento y se controlaban sus acciones y traslados. No es de extrañar que los más audaces propusieran adoptar una supuesta identidad musulmana para poder de ese modo escapar al control de las autoridades y a la presión social que desconfiaba de la presencia extranjera y la manifestaba de manera amenazadora en algunas ocasiones; el más conocido de quienes recurrieron a esta estrategia fue Domingo Badía/Ali Bey. Sin embargo, no siempre era recomendable adoptar una falsa identidad que pudiera ser descubierta con relativa facilidad, y los ejemplos de esta conducta son escasos¹¹. Quizá para desanimar a cualquiera que tuviese ese proyecto, Charles Cochelet, de vuelta en Tánger tras su odisea en el sur de Marruecos, plantea la necesidad de convertirse públicamente, romper con el cónsul de su país de origen, irse a vivir a otra ciudad, casarse, dedicarse al comercio unos cinco o seis años y trabar relaciones estrechas con comerciantes locales... todo lo cual permitiría finalmente al animoso viajero llegar hasta el ansiado Eldorado de Timbuctú¹².

Estas dificultades y otras muchas que podían presentarse durante el viaje explican que para alguien de temperamento curioso y algo aventurero fuera una oportunidad poder integrarse en una comitiva oficial destinada a presentarse ante el sultán de Marruecos. Esas misiones diplomáticas se daban con relativa frecuencia, pues, como

GARCÍA, «Literatura de viajes y siglo XVIII español: repaso y sistematización», y GELLÉRI, «Absences et présences de l'art de voyager dans la France du XVIII^e siècle».

¹¹ El viajero alemán Oskar Lenz, a quien servía como guía el intérprete español Cristóbal Benítez, es un ejemplo de ello; ambos tuvieron serios problemas en Tarudant cuando su identidad fue puesta en duda (BENÍTEZ, *Mi viaje por el interior de África*, págs. 45-48). Para evitar esos problemas, Charles de Foucauld adoptó el traje de judío; pensaba que así pasaría más desapercibido, como fue el caso (FOUCAULD, *Reconnaissance au Maroc 1883-1894*, págs. xv-xvi).

¹² COCHELET, *Naufrage du brick français «La Sophie»*, II, págs. 254-255.

ya se ha dicho, cada nuevo cónsul, al tomar posesión de su cargo en Tánger, estaba obligado a acudir a la corte marroquí y presentarse al soberano, llevándole una serie de presentes como muestra de buena voluntad. En 1785, Keatinge se unió a una de estas embajadas, encabezada por el cónsul George Payne, que había llegado a Tánger el año anterior (no hay información sobre su papel en el grupo que acompañaba al cónsul). Lo mismo ocurrió con James Curtis, agregado a una embajada a Marrakech que encabezaba el cónsul británico James Matra en 1801¹³; en esta ocasión no se trataba de una primera visita al sultán. De mayor empeño fue la embajada del conde de Mornay ante el sultán Muley ʿAbd al-Raḥmān en 1832, a la que se unió Delacroix en el último momento, en un viaje que influyó profundamente en su pintura¹⁴. Sin implicaciones políticas directas, el gobernador de Gibraltar envió a Marruecos en 1826 al médico militar Dr. Brown, en respuesta a una petición de Muley ʿAbd al-Raḥmān; el médico iba acompañado de dos oficiales, Murray y Beale, pero este último tuvo que renunciar al viaje y fue sustituido por George Beauclerk, gracias a lo cual, como él mismo afirma en las primeras páginas de su relato, pudo presentarlo al público lector.

Los viajes de médicos a la corte de Marruecos no eran inusuales; entre los viajeros seleccionados aquí, además del Dr. Brown, hay otros dos británicos, Lemprière y Buffa, que también publicaron un relato de sus viajes. En 1789, Lemprière fue enviado a Marruecos a petición del cónsul John Matra, para tratar a Muley ʿAbd al-Salām, hijo del sultán Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh, ya fallecido; el mismo cónsul gestionó la ida en 1805 a Larache y a requerimiento de su gobernador, del médico

¹³ Matra fue cónsul en Tánger, donde murió, entre 1786 y 1806 (FROST, «Matra, James Mario (Maria) (1746-1806)», *Australian Dictionary of Biography, Supplementary Volume, MUP*, 2005 (<http://adb.anu.edu.au/biography/matra-james-mario-maria-13084>, consultado 21 junio 20).

¹⁴ El conde de Mornay tenía como misión asegurar la neutralidad de Marruecos en su guerra de ocupación de Argelia, iniciada en 1830, fecha en la que el ejército marroquí fue derrotado por el francés en Isly (ARAMA, *Delacroix. Un voyage initiatique. Maroc, Andalousie, Algeria*, págs. 14-15).

militar John Buffa. Además de su misión terapéutica, Lemprière tenía encomendada la tarea de mediar para obtener la liberación de unos marinos ingleses cuyo barco había naufragado en la costa atlántica marroquí y que habían sido capturados y vendidos como esclavos¹⁵.

Es evidente que había una política bien definida, por parte del consulado británico en Tánger, para introducir en la corte marroquí a médicos procedentes de la guarnición de Gibraltar, que por su cercanía a Marruecos podían responder con cierta premura a las peticiones del sultán o sus allegados. Estas no se hacían únicamente a Inglaterra. En la época de que se trata aquí, dos médicos fueron enviados por España a Marruecos: José Antonio Coll en 1800 y Serafín Sola en 1818; ninguno de los dos dejó un relato escrito sobre su viaje. La utilización de la medicina occidental como instrumento de penetración en otras sociedades es bien conocida y ha venido siendo objeto de atención académica con resultados notables¹⁶. En este periodo el médico extranjero en Marruecos es sobre todo un observador y, en último término, un espía; pero carecía de influencia sobre el soberano o los miembros de su entorno, ante los cuales no dejaba de ser un servidor puesto a su disposición. La poca consideración con que eran tratados se muestra, por ejemplo, en las amargas quejas de Lemprière por lo escaso de la remuneración que había obtenido: un mal caballo, un reloj de oro y algunos *rixdales* a cambio de sus servicios y su traslado a través de todo el país¹⁷.

¹⁵ Se trataba de James Irving, capitán de un barco destinado a la trata de esclavos africanos y su tripulación. Los diarios y cartas de Irving han sido editados por SCHWARZ, *Slave Captain. The Career of John Irving in the Liverpool Slave Trade*, y «Narrative of the Shipwreck of the Anna 1789-90», pág. 165 (sobre la actividad de Lemprière en este asunto).

¹⁶ Para el caso español, MARTÍNEZ ANTONIO, «Breve análisis de la historiografía tradicional sobre la sanidad española en Marruecos (siglos XIX y XX)». Sin embargo, las primeras décadas del siglo XIX siguen siendo poco conocidas y estudiadas.

¹⁷ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, págs. 132. El *rixdal* era una moneda de plata acuñada en el norte de Europa y los Países Bajos (de donde viene su nombre), en curso desde el siglo XVI al XIX (*Dictionnaire de l'Académie française*, s. v. <https://www.dictionnaire-academie.fr/article/A9R2747>, consultado 21 junio 2020).

Si los médicos podían tener alguna actividad de carácter diplomático (Buffa alardea de ello; de darle crédito, habría sido responsable de diferentes acciones en esa línea, lo que debe tomarse con mucha precaución), eran naturalmente los cónsules y vicecónsules los responsables de las relaciones políticas y económicas con Marruecos. En un periodo en que todavía podían tener intereses comerciales particulares en el país en el que estaban representados y su profesionalización estaba aún en proceso, los cónsules manejaban informaciones y redes de relación que cubrían esferas de actividad muy diversas¹⁸. Muchos permanecían durante largo tiempo en su puesto, adquiriendo una experiencia inapreciable sobre el país de residencia y sus élites dirigentes, si no de la sociedad en general. Algunos plasmaron todo ello en escritos de cierta amplitud: sucede así, entre los autores aquí presentados, con el británico James Grey Jackson y el italo-sueco Jacob Graberg di Hemsö; el primero residió 16 años en Marruecos y el segundo, 8. Sus obras respectivas no pueden considerarse un relato de viaje en sentido estricto, pero sí son el testimonio de una mirada exterior y constituyen un jalón imprescindible en la consolidación de una apreciación enciclopédica de Marruecos, herencia de la Ilustración y su ambición de saberes universales. Se dirigían, por otra parte, a públicos diferentes: Jackson pretendía ser reconocido en el ámbito de la geografía y representaba intereses comerciales que proponía ampliar en el área de Timbuctú; los objetivos de Graberg residían en los ámbitos académicos europeos y consagró grandes esfuerzos a conseguir un reconocimiento que la dispersión temática de sus trabajos y las debilidades de su metodología no favorecieron¹⁹. Sus dos obras componen una des-

¹⁸ Véase el amplio panorama trazado por PRADELLS NADAL, «Los cónsules españoles del siglo XVIII. Caracteres profesionales y vida cotidiana».

¹⁹ Sobre la vida y la polifacética obra de Graberg di Hemsö, MIÈGE y RAINERO, *Le Maroc. Écrits de Graberg de Hemsö*, y PINZAUTI, «Graberg di Hemsö, Jacob», *Dizionario Biografico degli Italiani*, 58 (2002), [http://www.treccani.it/enciclopedia/graberg-di-hemso-jacob_\(Dizionario-Biografico\)/](http://www.treccani.it/enciclopedia/graberg-di-hemso-jacob_(Dizionario-Biografico)/) (consultado 17 junio 2020).

cripción que Graberg pretendía fuera un «espejo» de la realidad marroquí, como el título de su libro indica²⁰; una guía exhaustiva para el interesado en un país al que se seguía considerando como un misterio de difícil o imposible interpretación.

No era la suya una pretensión original. Su predecesor más inmediato y conocido, Domingo Badía (lámina XVIII), tiene objetivos similares (la descripción y análisis de la realidad marroquí), entrecruzados con el relato de su viaje por el territorio estudiado –que lo es, como en los otros autores, desde una perspectiva geográfica, zoológica, botánica, etc., tanto como etnográfica, para utilizar la terminología de Graberg. Y con ellos comparte también la mirada del espía, que analiza y cataloga las deficiencias de la defensa militar o del entramado político, para que se sirvan de ellas quienes tuvieran el propósito de apoderarse de zonas estratégicas del país. Las ambiciones políticas de Badía respecto a Marruecos son conocidas y terminaron en el fracaso, pero se sitúan en un contexto pre-colonial que no tardaría en adquirir mayores vuelos²¹.

El ejemplo más evidente, entre estos viajeros, de la figura del diplomático-espía es el de Antonie Burel. Sus dobles funciones estaban bien definidas en la carta que Napoleón envió a Murat, entonces comandante en jefe del ejército francés en España, ordenándole seleccionar a un oficial de ingenieros inteligente al que encargar una misión diplomática ante el sultán (Muley Sulaymān); pero, al mismo tiempo, ese oficial debería observar «à Fez et sur la route, en bon ingénieur, et se mettre en état de me rendre compte de l'état des fortifications, de la nature du terrain, de la force des armées, de la population, en fin

²⁰ *Specchio geografico, e statistico dell'impero di Marocco*, Genova, 1834.

²¹ BARBERÁ, «Introducción» a ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, págs. 31-70; ALMARCEGUI, *Alí Bey y los viajeros europeos a Oriente*, págs. 49-62. Badía presentó su proyecto de conquista primero a Godoy, que lo aceptó sin que luego se llevara a término, y después a Napoleón, que lo rechazó (LENTZ, «Les relations franco-marocaines sous le Consulat et l'Empire» (<http://www.cairn.info/revue-napoleonica-la-revue-2008-2-page-28.htm>). DOI: 10.3917/napo.082.0003) (consultado 12 marzo 20).

de tout ce qui m'intéresse sur le point de vue militaire»²². El informe que Burel entregó al emperador en propia mano contenía, en efecto, todas las informaciones que se le habían solicitado.

De las razones últimas que sustentaron la presencia de estos viajeros en Marruecos se desmarcan tres de ellos o, para ser más exactos, dos; del tercero, Tomás de Comín, no he hallado noticias del porqué de su desplazamiento a Tánger en la segunda mitad de 1822, desde donde escribió a su amigo, el poeta y político Manuel José Quintana, seis cartas que se publicaron tres años más tarde, en un pequeño volumen en el que no se explica las causas de su estancia en Tánger, de donde aparentemente no se movió en los cuatro meses y medio que duró²³. Este recurso a la escritura de viaje en forma epistolar, muy utilizado por las obras de ese carácter en el siglo XVIII, se da en algún otro de estos viajeros, como John Buffa, que sin embargo no identifica a su destinatario (cosa también frecuente en esta clase de textos), como tampoco lo hace Glorvina Fort. Cabe suponer que Comín hubiera ido a Marruecos con alguna encomienda de carácter diplomático, ya que anteriormente había intervenido en las negociaciones para la cesión a Marruecos, que no llegó a formalizarse, de los llamados «presidios menores»; pero no he encontrado indicios de cuál podría haber sido su misión en Tánger, de haber existido como tal.

Los dos últimos viajeros cuya presencia en Marruecos se debe a razones muy diferentes de las hasta aquí examinadas son Charles Cochelet, de quien se ha avanzado que sufrió un naufragio cerca de las costas del sur marroquí, y Glorvina Fort.

Aunque son escasas, como se ha visto, las noticias sobre la biografía de Charles Cochelet, el relato de su viaje forzoso desde el sur de Wadi Nun hasta Tánger, pasando sucesivamente por Tarudant,

²² Carta de Napoleón a Murat, 16 de mayo de 1808, reproducida en LENTZ, «Les relations franco-marocaines sous le Consulat et l'Empire».

²³ *Ligera ojeada o breve idea del imperio de Marruecos en 1822*.

Agadir y Mogador le valió cierto reconocimiento en su tiempo²⁴. La literatura de naufragios, un género de antecedentes muy antiguos, tuvo cierta popularidad durante la época romántica, tanto más cuanto que se publicaron varios testimonios autobiográficos que, como el de Cochelet, añadían «verdad» a la narración literaria y conocieron por ello una mayor difusión²⁵. Para limitarse al ámbito geográfico en el que se movía Cochelet, debe señalarse, en primer lugar, el naufragio de la fragata *La Méduse* en julio de 1816, en la costa de lo que hoy es Mauritania. La rápida publicación del relato de alguno de los supervivientes –así como la pronta y controvertida exposición de la gran pintura de Géricault *Le radeau de La Méduse*, en 1819– lo convirtieron en un acontecimiento de gran proyección, subrayado por el escándalo que suscitaron las circunstancias de la tragedia²⁶.

En el relato de Cochelet se cruza el tema del naufragio con el de la cautividad en Marruecos, que tenía una larga tradición en Francia (como en España y otros lugares del Mediterráneo) y que se había ido abandonando progresivamente desde mediados del siglo XVIII²⁷; de hecho, el cautiverio de Cochelet, a diferencia de otros testimonios anteriores, como el de Germain Moüette (siglo XVII), que duró 11 años, o el de Thomas Pellow (siglo XVIII), que se alargó 23 años, fue breve: siete meses. Pero enlazaba con otras situaciones similares y más recientes, sufridas por náufragos en las mismas costas y que cau-

²⁴ Cochelet se refiere a la ciudad donde estuvo retenido por sus captores con el nombre de la región (Wādī Nūn); debe de tratarse de Guelmīm, capital de los Bayrūk, que dominaban entonces esa zona. A los naufragios en esa costa dedica Jackson el capítulo XII de su obra, en el que calcula que entre 1790 y 1806 se produjeron 30 (JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*).

²⁵ BROSSE, «Littérature marginale: les histoires des naufrages», sobre el periodo 1815-1840. Lemprière recoge su encuentro con el capitán James Irving, mencionado más arriba, cautivo en Marruecos después del naufragio de su barco y que fue liberado tras ocho meses (LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, págs. 222-226).

²⁶ En 1817 se publicó en París el relato de ALEXANDRE CORRÉARD y JEAN-BAPTISTE-HENRY SAVIGNY *Naufrage de la frégate La Méduse, faisant partie de l'expédition du Sénégal en 1816*.

²⁷ MIÈGE y RAINERO, *Le Maroc. Écrits de Graberg de Hemsö (1776-1847)*, págs. 8-9.

saron, en algún caso, cierto revuelo. Cochelet había leído alguna de estas relaciones anteriores a la suya, pero cercanas en el tiempo: la de Robert Adams (1810) y la del capitán James Riley (1817). El texto de Adams causó una gran controversia en su momento, porque contenía tantos errores que hacían dudar de la veracidad de su autor, por otra parte de nombre incierto (ya Graberg hizo constar que su verdadero nombre era Benjamin Rose y señaló las muchas invenciones de su relato²⁸). En cuanto a Riley, su relato guarda muchas similitudes con el de Cochelet, siendo, como él, rescatado por mediación de los cónsules europeos. A diferencia de Cochelet, sin embargo, el periodo de su estancia en Marruecos fue muy breve, y su condición de cautivo no duró más allá de tres semanas, el tiempo necesario para negociar con sus captores y dirigirse con dos de ellos a Mogador. El libro de Riley tuvo en Estados Unidos un éxito arrollador. Su primera edición, en 1817, tenía un título meramente descriptivo y de longitud notable, del cual se desgajó pronto el motivo que prendió la imaginación del público lector (*Sufferings in Africa*), en un tiempo en que la división entre esclavistas y antiesclavistas polarizaba el debate público²⁹. Tanto ellos como otros náufragos acuñaron una visión tremendista de las tribus árabes que poblaban el Sahara y las regiones circundantes que, teniendo en cuenta la enorme difusión del texto de Riley en Estados Unidos, debió de influir poderosamente en la imagen colectiva que se formó allí de los «árabes», salvajes

²⁸ *Ibidem*, pág. 93. La reciente reedición de la obra de Adams va precedida de una interesante introducción en la que se muestra la utilización que se hizo de ella para la promoción de exploraciones en África por parte de la británica African Company (ADAMS, *The Narrative of Robert Adams: a Barbary Captive*).

²⁹ El título completo de la obra es *An Authentic Narrative of the Loss of the American Brig Commerce, Wrecked of the Western Coast of Africa in the Month of August, 1815, with an Account of the Sufferings of her Surviving Officers and Crew, who were Enslaved by the Wandering Arabs of the Great African Desert [sic] or Zahabrah*. A su popularidad (se dice que en menos de 50 años se vendieron más de un millón de ejemplares) contribuyó que Abraham Lincoln manifestase que era uno de los tres libros que más le habían influido en su juventud (MCMURTRY, «The Influence of Riley's *Narrative* upon Abraham Lincoln»). El libro sigue reeditándose en la actualidad (hay ediciones de 2000, 2006, 2007, etc.).

inhumanos que practicaban un esclavismo aún más duro que el que se estilaba en los estados sureños³⁰.

El relato de Cochelet, que como el de Riley podría catalogarse como libro de aventuras, interesa aquí no sólo por su valor testimonial y su inserción en el subgénero de los naufragios, sino porque durante su estancia en Tánger estuvo en contacto con alguno de los protagonistas del manuscrito estudiado, como el cónsul francés, Edouard Sourdeau, o el franciscano español Pedro Martín del Rosario³¹. De ambos pintó un retrato muy favorable, que contrasta con las acerbas críticas que les dirige el anónimo autor del ms. Alguna otra referencia comparten ambos textos, que se sitúan así en un espacio común tangerino –separado por unos pocos años– definido en gran parte por las relaciones personales entre los europeos residentes.

A ese mismo espacio pertenece la última de estos viajeros. Glorvina Fort era hija del cónsul norteamericano en Tánger, John Mullowny, del que se ha tratado ya por su papel en el conflicto que enfrentó a los liberales exiliados con el cónsul español Alejandro Briarly. Mullowny (llamado a veces Mullowney) era un norteamericano de origen irlandés, que había sido oficial de la Marina; en 1810 era propietario de una próspera fábrica de loza en Filadelfia, que siguió en manos de sus descendientes aunque él abandonó el negocio; en 1816 ocupó el consulado estadounidense en Tenerife y entre 1821 y 1830, fecha de su muerte, el de Tánger³². Un hijo suyo, que llevaba su mismo nom-

³⁰ MCMURTRY, «The Influence of Riley's *Narrative*», pág. 137 («there must have been few cases in American slavery where the institution existed in a more severe form than in the Empire of Morocco»). Véase LYDON, «Writing Trans-Saharan History: Methods, Sources and Interpretations Across the African Divide».

³¹ CHEGRAOUI («La imatge del Marroc entre els viatgers europeus del 1790 al 1825», pág. 117) cataloga a Cochelet como ejemplo del «discurso de aventura» presente en la literatura de viajes a Marruecos. Siendo ello plausible, su interpretación del personaje y su relato resulta demasiado esquemática y hasta distorsionada en ocasiones.

³² Hay informaciones según las cuales falleció en Mahón el 8 de diciembre de 1830 (<http://politicalgraveyard.com/geo/ZZ/MR-consuls.html>, consultado 23 junio 20). Sobre su fábrica, JACKSON, *Market Street, Philadelphia. The Most Historic Highway in America. Its Merchants*

bre, fue luego vicecónsul y cónsul en la misma ciudad, siguiendo una tradición bastante frecuente en esa época entre los cónsules europeos.

De los nueve años que John Mullowny pasó en Tánger, siete los hizo acompañado de su hija Glorvina. No se sabe cuáles fueron con exactitud, pero lo más probable es que ella volviera a su país de origen algún tiempo después de la muerte de su padre; en 1838 ya estaba casada con David M. Fort, médico, con el cual procedió a la venta de algunas propiedades legadas por John Mullowny en Filadelfia³³. Como en otras ocasiones, lo poco que se sabe de Glorvina Fort procede de su propio libro, en el que relata su vida en Tánger, aunque de manera a veces decepcionante, porque parece querer esconderse tras las descripciones de las actividades a que se dedica y las personas a las que conoce allí³⁴. Para este estudio la figura de Fort no es importante sólo por su significado propio (el testimonio impreso más antiguo de una mujer occidental sobre Tánger), sino porque con su nombre de soltera aparece en el ms. Es posible que su autor la conociera personalmente; pero también que sólo hubiera oído hablar

and Its Story, págs. 183-184. La trayectoria profesional de Mullowny no era inusual en su época; de hecho, tiene puntos de contacto con la de su colega Alejandro Briarly, también irlandés, que tuvo una distinguida carrera militar en la marina y participó en algunas empresas industriales antes de convertirse en cónsul de España en Tánger.

³³ *Laws of the General Assembly of the Commonwealth of Pennsylvania passed at the session of 1837-38*, pág. 25. En su libro, Glorvina Fort alude a un hecho que ella presencié al poco de llegar a Tánger y que por otro viajero (BEAUCLERK, *Journey to Morocco*, págs. 23-24) se sabe que sucedió en 1825, lo que podría indicar que tras la muerte de John Mullowny, su hija permaneció algún tiempo en Tánger. He dedicado un estudio más amplio a esta autora en «La hija del cónsul: Glorvina Fort, una norteamericana en Tánger (ca. 1824-1831)».

³⁴ Ese ocultamiento se observa también en la forma en que se define su autoría en el libro, firmado escuetamente como «G. Fort». No es de extrañar que incluso personas con amplio conocimiento de la región hayan dado por supuesto que la inicial «G.» se refiere a un varón; véanse ROBERTS, «Nineteenth Century Tangier: Its American Visitors: Who They Were, Why They Came; What They Wrote», pág. 157, y CHIPULINA, «The People of Gibraltar. 1850 – G. Fort-Coos-Coo-Soo», <https://gibraltar-intro.blogspot.com/2016/10/1850-g.html> (consultado 17 junio 2020). Chipulina, desorientado por la fecha de publicación del libro, imagina que su autor fuera «an American who lived for a while in Tangier during the mid 19th century and published a collection of his letters in 1859».

de ella y de su interés por aprender la lengua árabe. A la inversa, es imposible verificar si Fort conoció al autor del ms.; no menciona en su libro a los liberales exiliados con los que su padre tuvo estrecha relación³⁵. Y es que, aunque Fort se refiere a Mr. M. (Mullowny) y su condición de cónsul, en ningún momento hace constar su relación familiar con él. Hay que tener en cuenta, en todo caso, que la obra de Fort se publicó en 1859, mucho tiempo después de que hubiera abandonado Marruecos y es una elaboración de recuerdos de una estancia ya lejana de los que muchos debieron perderse o alterarse con el transcurso del tiempo³⁶.

Un examen puramente formal de estos relatos permitiría catalogarlos como resultado de la experiencia de un viaje –que suele tomar forma de diario y sigue el desarrollo temporal del recorrido del autor– o bien de la experiencia continuada de una residencia en el país que da como resultado una visión amplia y detallada de Marruecos. En el primero de estos dos grupos se encuentran la mayoría de estos viajeros, con la excepción de Jackson y Graberg y, a una escala más reducida, Comín y Fort, que no salieron de Tánger durante su estancia en Marruecos. Pero no se pueden establecer límites estrictos entre ambos grupos de textos: los autores que se sitúan en el primero, interpolan en sus relatos de viaje digresiones más o menos afortunadas sobre el estado general del país, su sistema político y administrativo o los diferentes grupos humanos que lo pueblan. Badía es uno de los ejemplos más notables de este procedimiento, que permite intercalar, en el relato de un viaje que no estaba exento de peripecias de toda clase, reflexiones y observaciones varias. El autor del ms. recurre al

³⁵ Sí se detiene en registrar la llegada de una barca de pescadores que llevaba a Tánger a un grupo de refugiados que, nada más desembarcar, declararon su intención de convertirse al islam, lo que se hizo así de inmediato (FORT, *Coos Coo Soo. Letters from Tangier*, págs. 198-199).

³⁶ CHIPULINA («The People of Gibraltar. 1850 – G. Fort-Coos-Coo-Soo») califica este título de *whimsical* (caprichoso, extravagante). Como no se sabe si fue idea de la autora o imposición editorial, es difícil pronunciarse al respecto. Cabría suponer que se trataba de suscitar la curiosidad del lector ante una palabra enigmática, ya que el cuscús no debía de ser un plato muy conocido a mediados del siglo XIX en Estados Unidos.

mismo sistema, con el que rellena los huecos de un relato sujeto al desarrollo lineal del viaje.

Con la excepción de Jackson y Graberg, cuya profesión explica los largos años de residencia en Marruecos (y Fort, por la de su padre), el resto de los autores no pasaron demasiado tiempo en el país. De nuevo Badía se sitúa entre los dos extremos: alterna periodos largos de residencia en diferentes ciudades con traslados por Marruecos, donde estuvo finalmente dos años y dos meses. La mayoría, sin embargo, realizó estancias que oscilan entre el mes y medio de Curtis y los siete-ocho de Buffa, pasando por Burel (tres meses de viaje; el resto de su estancia, hasta un año y tres meses, los pasó en Tánger), Delacroix (cuatro meses), Comín (cuatro meses y medio), Beauclerk (cinco meses), Lemprière (seis meses) y Cochelet (siete meses). Keatinge, tan opaco en esta información como confuso en otras, no estuvo en Marruecos más de nueve meses, si es que su estancia no fue más corta.

La brevedad de estos tiempos contrasta con la amplitud y detalle de muchas descripciones de la vida marroquí o con los conocimientos históricos y de otra clase de los que hacen gala algunos de estos viajeros. Ha de tenerse en cuenta, por otra parte, que un caso como el de Badía, que preparó cuidadosamente su viaje, había estudiado árabe (aunque su dominio del idioma era bastante superficial) y tenía algunos conocimientos sobre la cultura árabe-islámica, no era común. Para muchos de los viajeros que aquí se presentan el viaje a Marruecos fue una experiencia inesperada, que les llegó a través de una ocasión no buscada o incluso, como le ocurrió a Cochelet, totalmente fuera de su control. El lapso de tiempo que va entre el fin del viaje y la publicación del relato es el que puede explicar, junto a la reelaboración de diarios y recuerdos, la incorporación de saberes librescos a la redacción del texto final. En ese sentido, es interesante comprobar el tiempo empleado por los viajeros en esa tarea –dejando aparte a Jackson y Graberg, por un lado, y a Delacroix, por otro, ya que sus diarios se publicaron después de su muerte–. Keatinge esperó más

de 30 años en dar a la imprenta sus memorias sobre Marruecos; a esta tardanza se refiere en el prefacio de su relato, pero sin dar de ella explicación alguna. Una consecuencia evidente de este largo periodo de tiempo entre la experiencia y su recreación escrita es la imprecisión y hasta la confusión que se observan con frecuencia en su texto, en el que incluye muchas descripciones procedentes de otros autores y se desvía en largas digresiones del asunto que está tratando³⁷. En cambio, Glorvina Fort, que tardó 29 años en publicar sus recuerdos de Tánger, lo hizo de una forma muy apegada aparentemente a la realidad vivida, si bien es de suponer, como se ha apuntado antes, que el tiempo transcurrido habría influido inevitablemente en la reelaboración de los recuerdos de la autora, aunque hubiera dispuesto de unos diarios personales de su estancia³⁸.

La primera edición, en francés, de los viajes de Badía se publicó en 1814, once años después del inicio de su periplo por el mundo árabe-islámico. La singularidad de Badía, que hace de él uno de los viajeros de su tiempo con mayor proyección posterior, escapa a las consideraciones a que se está sometiendo al resto de los viajeros estudiados: su método de trabajo, que enlaza su experiencia vital con aportaciones más discursivas, procedentes de autores que no siempre cita, requería de una cuidadosa anotación cotidiana, así como de una atención constante a la representación de su propio personaje como musulmán, tanto en el viaje como en su escritura posterior³⁹.

³⁷ KEATINGE, *Travels through France and Spain to Morocco, by Colonel Maurice Keatinge: Comprising a Narrative of the Author's Residence in that Empire, with an Account of the British Embassy to the Court of Morocco under the Late George Payne, Esq., Consul-General*, 1816. Hubo una segunda edición en 1817, que es la que aquí se ha utilizado. En *The Quarterly Review*, April, 1816, págs. 139-183, se publicó una larga reseña de varias obras sobre el norte de África, una de ellas la de Keatinge, bajo el título «The Barbary States», con un análisis sumamente crítico del texto de Keatinge.

³⁸ La redacción del libro tuvo lugar en 1856, según indica la autora (FORT, *Coos Coo Soo. Letters from Tangier*, pág. 271).

³⁹ LÓPEZ BARGADOS, «Ali Bey en el contexto de la literatura de viajes», trata del problema de la disociación de la personalidad de Ali Bey. Una amplia relación bibliográfica sobre Badía, en GARCÍA VALDÉS, «Domingo Badía y Leblich», *Diccionario Biográfico Español* (<http://dbe>).

Menos dependientes de estas circunstancias extraordinarias, el resto de los viajeros publicó sus relatos entre dos y tres años después de haber terminado su viaje⁴⁰. Era tiempo suficiente para consultar otros libros sobre Marruecos, cuyo número se iba incrementando paulatinamente, como prueba la bibliografía establecida por Graberg y comentada por él (a veces de manera harto crítica)⁴¹; también para otear los horizontes publicísticos del momento en sus respectivos países, donde el interés por «Berbería» se iba incrementando y los autores competían entre sí para ofrecer novedades sobre el tema. El reclamo de la «experiencia vivida», más singular en el caso de Cochelet, pero presente en muchos otros, tiene un componente literario ausente en textos más volcados hacia la presentación enciclopédica de datos, que pretenden otro tipo de reconocimiento y se dirigen a un público más especializado.

Los libros de otros autores no eran las únicas fuentes de información de los viajeros y es posible que algunos no recurrieran a ellos. Mucho de lo que cuentan en sus relatos procede tanto de consultas librescas como de tradiciones transmitidas oralmente, de conversaciones con los cónsules y otros occidentales residentes en las ciudades costeras marroquíes, con miembros de la minoría judía y, sobre todo, con sus guías, intérpretes y militares de sus escoltas. Graberg es quien ofrece una mayor información a este respecto: la lista de sus informadores locales en Tánger, que cita para documentar un artículo

rah.es/); añádase GONZÁLEZ, «The Travel Writer in Disguise: *Ali Bey* and the Construction of a National Hispano-Arabic Discourse».

⁴⁰ Debido a su obligada estancia en Tánger a la espera de una oportunidad para volver a Francia, Burel también tardó dos años en entregar su informe a Napoleón; Buffa dedicó tiempo en Gibraltar a hacer acopio de datos históricos sobre Tánger, su primera etapa (BUFFA, *Travels through the Empire of Morocco*, pág. 18).

⁴¹ *Précis de la littérature historique du Moghrib-el-Aksa*, págs. 91-110. Por ejemplo, su conclusión sobre la obra de Badía es que, aunque aporta noticias etnográficas novedosas, también comete muchos errores y, finalmente, no añade gran cosa a lo que ya se sabía; a Buffa lo incluye en una lista de autores que no va a comentar porque no tienen ningún interés y llama a su obra «las bobadas del sr. Buffa» (pág. 106).

sobre toponimia (y que probablemente le sirvieron en otros temas) es una excelente muestra del tipo de personas que podían suministrar datos a un viajero curioso o a un observador atento, como Graberg⁴². Figuran en esa lista, en primer lugar, tres empleados del consulado sueco, el *taleb*, el jardinero y el intérprete (judío); también están otras personas relacionadas con el mundo de los cónsules: el intérprete del consulado británico (judío) y el dragomán del consulado sueco (Jean-Baptiste Geoffroy), así como Antonio Benedetto Casaccia, vicecónsul de Francia, Suecia y Cerdeña en Mogador⁴³; un bereber analfabeto, originario del Sus y que había estado mucho tiempo al servicio de Graberg; Antonio Piloti, renegado italiano al servicio del sultán, conocido en Marruecos como Aḥmad b. Sulaymān (que, como se ha visto, tuvo un importante papel en el relato del autor del ms.) y el franciscano español Pedro Martín, tantas veces mencionado aquí. A ellos unió Graberg otros dos informadores marroquíes: un tetuaní que había vivido 16 años en Lisboa y un alfaquí bereber originario de Debdú. Como puede observarse, casi todos estos personajes formaban parte del espacio social de los cónsules en Tánger, un singular microcosmos de culturas, lenguas y orígenes nacionales y étnicos varios que, a menor escala, se podía encontrar en otros lugares como Mogador o Casablanca.

La mayoría de los viajeros frecuentaban, cuando les era posible, la sociedad de los cónsules, que era sin duda una fuente de información importante. Fuera de Tánger, sin embargo, estaban reducidos al contacto con sus guías e intérpretes, salvo algún caso, no muy frecuente, de relación con otros europeos que esporádicamente residían

⁴² GRABERG DI HEMSÖ, «Vocabulary of Names of Places &c., in Moghribu-l-Aksá, or the Empire of Marocco», pág. 244.

⁴³ Casaccia, comerciante genovés, residió muchos años en Mogador (véanse MIÈGE y RAINERO, *Le Maroc*, pág. 52, n. 78). Aparece citado a menudo por Cochelet, ya que fue quien gestionó su liberación. Sobre el comercio genovés en la región, ZAPPÀ, «Una nuova frontiera. La penetrazione commerciale genovese in Marocco durante el sultanato di Mohammed III (1757-1790)».

en las ciudades portuarias o incluso en Marrakech. Otra fuente de información podía encontrarse en los lugares donde se alojaban los viajeros al llegar a las ciudades: lo más usual era que, si no se trataba de unos enviados a quienes el sultán deseaba mostrar su aprecio y les cedía para ello algún edificio del recinto palaciego, se les hospedase en el barrio judío (*mellāḥ*). A este respecto, Lemprière es un ejemplo significativo: sus intérpretes fueron judíos y todos sus alojamientos fueron también en casas de judíos. El suyo no fue un caso aislado y explica en parte la atención que los viajeros dedican a la comunidad judía marroquí, a menudo su interlocutor exclusivo sobre la sociedad a que pertenecían sus miembros⁴⁴.

Guías e intérpretes tuvieron un papel esencial en la elaboración de las imágenes que los viajeros trasladaron al público lector occidental, en un proceso difícil de documentar, pero que aparece a veces en los relatos de viaje a través de anécdotas, generalmente breves, que subrayan la estrecha relación entre los dos interlocutores, mediadores ambos de sus respectivas culturas de origen⁴⁵. La dependencia de los intérpretes para mantener una conversación de cierta calidad alargaba los contactos con los habitantes del país y la brevedad de la mayor parte de estos viajes no favorecía el estudio del árabe o el aprendizaje de su registro hablado. Sólo los residentes por largos periodos de tiempo podían adquirir conocimientos suficientes del árabe; Graberg y Jackson utilizan un vocabulario árabe escrito bastante amplio, y es de suponer que ambos lo hablaban con sus informantes. Glorvina Fort da en su libro una serie de frases árabes (con una transcripción un tanto peculiar) y se refiere en varias ocasiones a sus conversaciones

⁴⁴ Otras interpretaciones más esencialistas no dejaron de tener su peso en la literatura sobre Marruecos; véase, por ejemplo, lo que decía VALBERT (seud. de Victor Cherbuliez), «Un voyageur français au Maroc», pág. 674: «Dans toute l'Afrique du Nord, il n'y a pas d'autres informateurs que les juifs; ils ont des yeux et des oreilles, et le musulman est le plus incurieux des hommes».

⁴⁵ CHAOUCH, «The Na(rra)tive Role of Local Translations in Turn-of-the-Century American Accounts on Morocco».

en árabe con los sirvientes del consulado o con otros marroquíes; Keatinge y Beauclerk, que sabían español, lo utilizaban bastante, como la lengua de comunicación que era entonces en Marruecos, sobre todo en las ciudades portuarias⁴⁶. Allí también podían encontrar comerciantes marroquíes que habían residido en países europeos y aprendido sus lenguas, como le sucedió a Graberg con uno de sus informantes al que califica de políglota y que había vivido en Lisboa⁴⁷.

Una mirada comparativa hacia un grupo de estos viajeros permite establecer coincidencias y diferencias entre ellos, que deben tenerse en cuenta a la hora de valorar qué clase de relaciones establecieron con potenciales informadores marroquíes. Una primera apreciación desvela que los médicos, que según relatan ellos mismos, atendieron a numerosos pacientes marroquíes, tuvieron por ello acceso a una clase de información que a menudo no se considera significativa, pero que contribuye notablemente al conocimiento de la salud pública marroquí en esa época y, a veces, al de las creencias y procedimientos terapéuticos de carácter mágico-creencial. Sin embargo, las informaciones relativas a los usos sociales, la cultura o la política marroquíes debieron de proceder de otra clase de informadores, conocidos en el curso del viaje por los azares del camino o las circunstancias en que se movían.

Lemprière, como se ha dicho antes, tuvo muchos contactos entre la población judía. Además de los dueños de las casas en que se alojó, tuvo dos intérpretes judíos, conoció a un judío (que sabía bien inglés) a su paso por Azemmur y tuvo un cocinero judío en su viaje de Marrakech a Tarudant. Sus relaciones con musulmanes marroquíes se centraron en personas que habían visitado países europeos o habían vivido en ellos y por tanto se podía entender con ellos en inglés: así fue en Safi y en Tarudant. Aunque Lemprière no lo dice, es lo más

⁴⁶ VICENTE, «La presencia de la lengua española en el Norte de África y su interacción con el árabe marroquí», con un útil e interesante panorama histórico de esta cuestión.

⁴⁷ GRABERG DI HEMSÖ, «Vocabulary of Names of Places», pág. 244.

probable que se tratara de comerciantes, cuya presencia en países europeos era bastante frecuente; uno de estos cuatro marroquíes había estado en Italia y los demás, en Inglaterra. A lo largo de su viaje, que hizo solo, los contactos de Lemprière con otros europeos fueron escasos. En Rabat se relacionó con Jean-Baptiste du Rocher, el cónsul francés y único europeo residente en la ciudad; en Mogador, con el vicecónsul británico, John Hutchison, y algunos negociantes. En Marrakech tuvo un cocinero genovés y visitó a los franciscanos españoles que residían entonces en la ciudad, pero para hablar con ellos precisaba de un intérprete y su relación fue por tanto muy breve. También en Marrakech fue donde Lemprière coincidió con los supervivientes del naufragio del *Anna*, al que ya se ha hecho referencia. Del capitán del barco, James Irving, Lemprière da un breve pero elogioso retrato; debieron de tener largas conversaciones, porque incluye en su narración la del cautiverio de Irving, recogida de sus labios⁴⁸. Por cierto, que en ningún momento menciona Lemprière que el comercio al que se dedicaba el *Anna* fuera la trata de negros africanos.

En contraste con Lemprière, cuyos contactos locales fueron muchos y variados, teniendo en cuenta sus limitaciones lingüísticas, otros dos colegas de profesión, Curtis y Buffa, tuvieron una relación con marroquíes mucho más limitada. El papel del intérprete de Curtis sí que está, por otra parte, bien delineado: se anota su nombre (Hamet) y alguna ocasión en la que interviene en las acciones de Curtis, como cuando le explica que los no musulmanes no pueden entrar en los lugares sagrados como los morabitos. En Alcazarquivir, la comitiva de la embajada en la que viajaba Curtis fue obsequiada con un concierto de música; el intérprete interviene y les informa del sentido de las canciones que escuchan, de carácter báquico –para sorpresa de Curtis, que conoce la prohibición coránica del consumo de

⁴⁸ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, págs. 222-226. A su vuelta a Inglaterra, Irving redactó un diario sobre su aventura africana del que hizo varias copias, distribuidas entre sus familiares y que no se ha publicado hasta fechas muy recientes (SCHWARZ, *Slave Captain*).

alcohol⁴⁹. El intérprete informa e instruye a los viajeros y se convierte de ese modo en un intermediario que no sólo traduce conversaciones sino que actúa por propia iniciativa y transmite informaciones que, a su vez, se incorporan al relato del viaje.

El doctor Buffa, cuyo apellido denota un origen italiano, mantuvo cierta relación con el «sargento» de la guardia que le acompañó de vuelta de Larache; este hombre, que había vuelto recientemente de La Meca, hablaba italiano «pasablemente», según Buffa. Las conversaciones que reproduce, sin embargo, no tienen mucho interés y están narradas con un tono abiertamente despectivo hacia ese personaje⁵⁰. Buffa es, sin duda, el viajero que menos contacto mantuvo con marroquíes, lo que no le impidió, por supuesto, expresar toda clase de consideraciones sobre ellos. Como puede verse, estos tres médicos, que viajaron por Marruecos en circunstancias similares –como miembros de embajadas o enviados a tratar a pacientes de elevada posición– tuvieron experiencias muy distintas en este sentido, lo que puede explicarse tanto por la diferente personalidad de cada uno de ellos, más o menos motivados por la curiosidad que se supone inherente a la condición del viajero, como por la dificultad bien real de relacionarse más allá del círculo más inmediato de intérpretes o guardas de escolta⁵¹.

Entre quienes tuvieron más ocasiones para mantener contactos con un amplio registro de habitantes locales destaca Cochelet, debido a las extraordinarias condiciones que lo llevaron a Marruecos. Su relato

⁴⁹ CURTIS, *A Journal of Travels in Barbary in the year 1801*, págs. 41-42.

⁵⁰ BUFFA, *Travels through the Empire of Morocco*, pág. 55.

⁵¹ Es interesante observar la composición de alguna de estas misiones: en la que participó Curtis viajaban el cónsul (en calidad de embajador), el vicecónsul, Curtis y su criado, dos intérpretes, un cocinero, un peluquero, un artillero (llevaban cañones de regalo para el sultán) y dos criados del embajador (CURTIS, *A Journal of Travels in Barbary*, pág. 25); según Buffa, su comitiva se componía del cónsul, la escolta (un jefe/sargento y seis jinetes), un intérprete y sus propios sirvientes (BUFFA, *Travels through the Empire of Morocco*, pág. 30). Mucho más reducido había sido el séquito de Lemprière, que contaba únicamente con dos soldados negros y su intérprete (LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 12).

está plagado de escenas en las que habla o pretende hacerse entender con sus captores, sus familias, otros miembros del grupo tribal a que pertenecen, etc. Su traslado a Guelmīm le permite entrar en contacto con un amplio repertorio de personas de toda clase: su primer dueño, Sidi Hamet, y su familia; más adelante, el jefe de la confederación de los Tikna, el jeque Bayrūk y su hermano mayor, Ibrāhīm; o un hijo de Sīdī Hāšim de Ilig, junto a personajes de menor peso social⁵². Entre ellos destaca el llamado Hamar (¿‘Umar?), responsable de su custodia y la de sus compañeros de infortunio durante su estancia en Guelmīm; es un joven amable con el que Cochelet entabla amistad y que ayuda en lo que puede a los prisioneros. También le sirve a Cochelet de guía por el entorno urbano y, sobre todo, de informante sobre la ciudad y sus lazos comerciales con Timbuctu. Según Cochelet, tenían largas conversaciones, porque él iba aprendiendo el árabe suficiente para ello (afirmación que parece algo optimista, dado el corto tiempo que pasó en Marruecos)⁵³. Hamar, que procedía de Tetuán, sigue a Cochelet hasta Tánger una vez liberados los náufragos, para desde allí regresar a su lugar de origen, renunciando al proyecto de Cochelet de llevarlo consigo a Francia como sirviente⁵⁴.

En efecto, la relación amo/criado ofrece un amplio campo de interacciones sociales y personales; a menudo son los criados marroquíes con quienes los viajeros llegaron a tener un contacto más habitual, junto con guías e intérpretes: se trata, como es evidente, de relaciones asimétricas, basadas en una jerarquía de desigualdad y paternalismo.

⁵² Sobre estos personajes y su papel en la historia de la región, LYDON, *On Trans-Saharan Trails. Islamic Law, Trade Networks, and Cross-Cultural Exchange in Nineteenth-Century Western Africa* y MOHAMED, *Between Caravan and Sultan: the Bayruk of Southern Morocco. A Study in History and Identity*, que mantienen interpretaciones muy diferentes sobre la historia del Sahara en esa época.

⁵³ COCHELET, *Naufrage du brick français «La Sophie»*, I, pág. 343.

⁵⁴ CHEGRAOUI, «La imatge del Marroc entre els viatgers europeus del 1790 al 1825», pág. 120, explica la amistad de Cochelet hacia Hamar por lo que considera es su obsesión por las mujeres y los efebos, en lo que me parece ser una interpretación no sustentada suficientemente por el texto del náufrago francés.

Así se observa también en el relato de Glorvina Fort, que se refiere con cierto detalle a dos servidores del consulado: el alcaide Asoosey (al-Sūsī), que ejercía también como guía en sus excursiones fuera de Tánger, y otro guardián, que pertenecía a la cofradía de los ʿisāwa y de quien Fort habla en términos muy elogiosos. Conoció Fort también a varios judíos y un musulmán de buena posición, cuya casa visitó; pero es difícil saber qué parte tuvieron todos ellos en las apreciaciones sobre Marruecos y los marroquíes que ofrece en su libro.

Para terminar este breve repaso, debe hacerse notar que George Beauclerk fue, sin duda, quien mostró un mayor interés en comunicarse con los numerosos marroquíes que encontró durante su viaje. Sin entrar en demasiado detalle, el panorama que pinta en su relato de viaje incluye personas de todas las clases sociales, desde soldados, mesoneros o jardineros hasta acomodados comerciantes de Tánger o cortesanos del sultán en Marrakech. Beauclerk hace de muchos de ellos retratos rápidos y bien trazados, que sería largo enumerar; entre los residentes en Tánger destacan los nombres de Ali Barrada y Hamet Hardan, aunque quien ocupa un lugar especial fue Hadoud Kissouse (Ḥadū Gassūs), un comerciante al que conoció en el barco que los traía desde Gibraltar y que viajará con el grupo de británicos hasta Rabat⁵⁵. Durante ese viaje, Gassūs actuó, según Beauclerk «in the several capacities of friend, companion, interpreter, and paymaster, in each of which he had exerted himself to the utmost to please us; and we all concurred in lamenting the necessity of parting from so good a creature»⁵⁶. Entre todos estos relatos de viaje, ésta es la descripción

⁵⁵ De Hamet Ahardan se ha tratado ya con algún detalle, porque aparece mencionado en el ms. ʿAlī Barrāda (o Berrada) era miembro de una familia de notables originarios de Fez, que continúa formando parte de las élites socio-económicas de Marruecos (PARK y BOUM, *Historical Dictionary of Morocco*, pág. 113).

⁵⁶ BEAULCKER, *Journey to Morocco*, pág. 102. Este sentido adiós va seguido de una loa al firme y constante sentido de la amistad que tienen los marroquíes, así como a su cortesía y delicadeza de modales. El personaje tan elogiosamente descrito pertenecía a una familia dedicada al comercio y el servicio al sultán; había vivido ya 15 años en Gibraltar cuando fue nombrado cónsul de Marruecos en el Peñón (BROWN, *Crossing the Strait. Morocco, Gibral-*

que más se acerca a lo que podría ser una relación de amistad, facilitada, sin duda, por los estrechos vínculos mantenidos por Gassūs con la sociedad gibraltareña y su conocimiento de las peculiaridades del carácter británico, tanto o más que por la indudable disposición de Beauclerk a interesarse por los marroquíes –especialmente por aquellos que llamaron su atención por su porte aristocrático.

¿Qué lugar ocuparon estos relatos de viaje en la producción de sus autores? Para algunos de ellos, fue un único ejercicio de expresión literaria. Ni los médicos Curtis y Buffa, ni el naufrago Cochelet, ni el oficial británico Beauclerk fueron autores de ningún otro libro. Del ingeniero militar Burel es posible que se conserven informes profesionales en los archivos franceses, como el que Jacques Caillé publicó a mediados del siglo xx. En cuanto al resto de los viajeros aquí examinados, su relato de viaje a Marruecos se enmarca en un contexto más amplio y a veces sorprendente. Maurice Keatinge publicó, en 1800, la primera traducción al inglés de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo y, en 1812, un tratado de carácter científico titulado *Eidometria or, Optic Mensuration and (Corollary) Perspective*⁵⁷. La variedad de intereses de Keatinge llama la atención en la actualidad, pero ha de situarse en una época en que los gabinetes de curiosidades formaban parte del atrezo cultural de nobles y burgueses. Keatinge, que publica sus obras en los primeros años del siglo xix, es un buen representante del ambiente intelectual del xviii, en el que se había educado.

Por su parte, el médico William Lemprière fue también autor de otras obras relacionadas estrechamente con su profesión. Tras su viaje a Marruecos, fue destinado a Jamaica en 1792, y en 1799 publicó un

tar and Great Britain in the 18th and 19th centuries, págs. 111-113, y ERZINI, «*Hal yaşlaḥ li-taqanṣut* (Is He Suitable for Consulship?): The Moroccan Consuls in Gibraltar during the Nineteenth Century». La familia Gassūs sigue manteniendo una posición prominente en la vida socioeconómica marroquí.

⁵⁷ La traducción llevaba por título *The True History of the Conquest of Mexico*; en 1803 se publicó en Salem (Massachusetts). Hay una reedición en formato electrónico de 2016.

estudio sobre las enfermedades que afectaban al ejército allí estacionado y los medios para combatirlos⁵⁸. Como ya se ha visto, Tomás de Comín publicó, junto a su texto sobre Marruecos, otras dos obras fruto de sus experiencias en las islas Filipinas y en México. Y Glorvina Fort fue autora de un curioso librito que publicó en 1881, sobre las mujeres que había tenido a su servicio⁵⁹. Para entonces su estancia en Marruecos se había difuminado en su memoria y sólo hay, en este segundo fruto de su pluma, vagas alusiones a su paso por África.

Los tres viajeros que más afanes dedicaron a Marruecos fueron Domingo Badía (Ali Bey), James Jackson y Graberg di Hemsö. Badía, como Keatinge, tenía intereses científicos muy variados sobre los que redactó algún ensayo, pero fue siempre Marruecos el foco principal de su producción (en español y/o en francés) en forma de propuestas, memorias y planes de actuación que en su mayoría se conservan manuscritos; por otro lado, junto a sus famosos *Viajes* ha de recordarse la reciente edición de un texto singular, una tragedia cuyo protagonista es el mismo autor⁶⁰. En esta producción escrita se observa una constante proyección política hacia la conquista (más o menos pacífica) de Marruecos, adornada con ilusiones de notable fantasía sobre su propio papel en semejante empresa.

⁵⁸ Fue asimismo autor de *Report on the Medicinal Effects of an Alumious Chalybeate Water Lately Discovered at Sandrooks in the Isle of Wight*, 1812, y de *Popular Lectures on the Study of Natural History and the Sciences, delivered before the Isle of Wight Philosophical Society*, 1830, publicados durante el periodo en que vivió en la isla como médico militar (https://www.theislandwiki.org/index.php/William_Lempriere, consultado 7 julio 2020).

⁵⁹ *Our Twenty Helps and Why We Parted*, Philadelphia, 1881.

⁶⁰ GARCÍA VALDÉS y MCGAHA, *Ali Bey en Marruecos. Tragedia*. Otros textos breves de Badía que han sido publicados son su memoria sobre «Colonisation de l'Afrique» (ROUSSIER, «Les derniers projets et le dernier voyage de Domingo Badía (1813-1818). Post-Scriptum aux voyages d'Ali Bey», la edición del texto, en págs. 92-112); el «Proyecto del viajero Ali-Beik-Abd-Allah para conquistar el imperio de Marruecos», apéndice II a la edición de Salvador Barberá de *Viajes por Marruecos*, págs. 405-414 y la «Constitución» destinada a dotar a los marroquíes de una ley fundamental, que ha sido estudiada y editada por VILADRICH, «La Constitución de los Pueblos de Occidente», y por LÓPEZ GARCÍA, con traducción francesa de Fernández Suzor, en *La quimera constitucional de Ali Bey*. Véase también ALMARCEGUI, *Ali Bey y los viajeros europeos*, págs. 196-197.

Más pragmática pero situada en la misma área de pensamiento fue la obra de James Grey Jackson. Aquí se ha utilizado principalmente su texto más importante (*An Account of the Empire of Morocco, and the Districts of Suse and Tafilalet*)⁶¹ cuyo título indica que, a pesar de su pretensión de abarcar todo el territorio entonces considerado bajo la autoridad del sultán, concede particular interés a las regiones más cercanas a su lugar de residencia, Mogador. El propio Jackson afirma en la segunda parte del título de su obra que ésta se ha basado en las observaciones hechas durante una larga residencia en Marruecos, así como en los viajes que ha realizado por el territorio marroquí. De ahí procede otra de sus obras, *An Account of Timbuctoo and Housa Territories in the interior of Africa*⁶² que se ofrece al lector como la narración de un comerciante tetuaní que había viajado a esas regiones, así como a Europa; la dificultad para los occidentales para llegar hasta Timbuctu hizo que se prodigarán los relatos tomados de mercaderes locales. Cochelet había planeado hacer lo mismo con su amigo Hamar, que, como se ha visto más arriba, renunció a acompañarlo a Francia. Puede observarse que, si el proyecto de Badía era político y pretendía la conquista de Marruecos, Jackson proponía una penetración comercial como la que había llevado a Gran Bretaña a la India y otros lugares del globo.

Una gran parte de la profusa producción de Graberg di Hemsö estuvo dedicada a Marruecos. Además de su *Specchio*, su texto de mayor alcance y objetivos más amplios, otros escritos de su autoría han sido reunidos y reeditados no hace mucho, y permiten apreciar la estructura sobre la que reposa su construcción de la imagen

⁶¹ En alguna de las ediciones de la obra se omite la mención de Tafilalet.

⁶² London, 1820. Jackson publicó dos artículos en el *Journal Asiatique*, prestigioso órgano de expresión de los orientalistas franceses y europeos: «Sur la conformité de l'arabe occidental ou de Barbarie, avec l'Arabe oriental ou de Syrie» y «Observations relatives à l'Afrique, faites au sujet de l'Essai sur la Géographie de l'Afrique, de M. de Larenaudière». El primero de estos artículos suscitó una réplica de Silvestre de Sacy, el fundador de los estudios árabes contemporáneos en Francia; sobre el debate producido en torno a la cuestión planteada por Jackson, véase MESSAOUDI, *Les arabisants et la France coloniale 1780-1930*, págs. 139-142.

de Marruecos⁶³. Junto a este interés por Marruecos, derivado de su estancia como cónsul en Tánger (antes de su llegada no sabía árabe y no parece haber mostrado inclinación hacia el mundo árabe-islámico), Graberg fue autor de numerosas publicaciones sobre temas tan dispares como los antiguos poetas escandinavos, la aparición de los gitanos en Europa o, en la última etapa de su vida, la geografía y la agricultura de la Toscana, donde residía⁶⁴. La dispersión de intereses intelectuales de Graberg le perjudicó a la hora de forjarse una reputación académica, en una época en la que la figura del polígrafo iba siendo sustituida por la del investigador especializado en un área más concreta. Su facilidad para las lenguas le permitió adentrarse, no obstante, en campos poco trillados –fue autor, por ejemplo, de un estudio sobre el origen y la lengua de los bereberes–.

No todos estos autores conocieron una amplia difusión entre el público occidental al que iban destinados. Los indicativos que pueden dar idea del éxito más o menos amplio de estas publicaciones son las traducciones a otros idiomas y las reediciones, que muestran un panorama tan variado como lo son los propios textos y sus autores⁶⁵. En este sentido, los autores más destacados son, por orden cronológico, Lemprière, Badía y Jackson.

Del relato de viajes de Lemprière se hicieron nada menos que cinco ediciones entre 1791 y 1800. Además, el libro se publicó en alemán en 1792 y 1798; en portugués, en 1794, y en francés en 1801⁶⁶. La popularidad de esta obra pudo deberse, en buena parte, al reclamo

⁶³ MIÈGE y RAINERO, *Le Maroc*.

⁶⁴ Una relación de sus obras puede verse en la «Noticia biográfica» redactada por su sobrina e hija adoptiva, Louise Graberg (Florencia, 1831), incluida en la compilación de MIÈGE y RAINERO.

⁶⁵ Para la localización de ediciones y traducciones me he basado en la consulta de los catálogos de bibliotecas reunidos en KVK - Karlsruhe Virtual Catalog (<https://kvk.bibliothek.kit.edu>).

⁶⁶ En 1911 se volvió a publicar en París, traducido y anotado por ALBERT SAVINE con el título *Le Maroc il y a cent ans. Souvenirs du chirurgien W. Lemprière annotés d'après les documents d'archive et les mémoires*.

que se podía leer en su portada: el título original rezaba así: *A Tour from Gibraltar to Tangier, Sallee, Mogodore, Santa Cruz and Tarudant, and thence over Mount Atlas to Morocco; Including a Particular Account of the Royal Harem*. Alusiones a ese capítulo de la obra se van espaciando a lo largo de todo el relato de viaje, de manera que se aguzase la curiosidad de los lectores, para quienes el tema del serrallo y sus misterios se había ido popularizando a lo largo del siglo XVIII. El harén por excelencia, en la literatura occidental de esa época, era el del sultán otomano; pero la promesa de la visión de un testigo que había penetrado en el del soberano marroquí tuvo que ejercer una notable atracción entre el público lector⁶⁷.

Por otra parte, la obra de Lemprière dio lugar, muy tempranamente, a reacciones encontradas sobre su contenido entre quienes tenían razones para conocer bien la sociedad marroquí. En 1794 se publicó en Londres un folleto titulado *A Corrective Supplement to Wm. Lemprière's Tour*, que señalaba algunas inexactitudes en el relato de Lemprière. El texto (que no he podido consultar) iba firmado por un tal Franco [Francisco] Sánchez, que se describe a sí mismo en la portada como un jardinero español en Marrakech y amigo de Lemprière⁶⁸. De más enjundia es la crítica que sobre esta obra hizo un personaje que no desentona en la sociedad marroquí de finales del XVIII: el caíd Dris, nombre de un renegado holandés, cuyo nombre era Jonás Francisco Zigers, según aparece en la documentación

⁶⁷ Esa atracción ha seguido funcionando durante mucho tiempo; en 1990 se publicó una traducción francesa titulada *Voyage dans l'empire de Maroc et le Royaume de Fez: un médecin anglais pénètre dans le harem*. Por otra parte, el texto de Lemprière ha sido uno de los ejes de análisis de un seminario celebrado en la École de Hautes Études en Sciences Sociales, París, dirigido por Jocelyne Dakhlia (véase DAKHLIA, «Harems et despotisme»). Más recientemente, su obra es uno de los textos en que se basa la tesis doctoral de SOARES, *O harém ao rés do chão. Imaginário europeu e representações médicas sobre o lugar-segreto, 1599-1791* (<https://doi.org/10.7476/9788568576816>).

⁶⁸ Es posible que esa identidad sea falsa o que se trate de un seudónimo. Lemprière había conocido en Tarudant a un renegado español que cuidaba del jardín del palacio del sultán, pero parece poco probable que se trate del mismo personaje.

española. El caíd Dris, que vivió en Marruecos entre 1778 y 1792, fue un agente al servicio de la diplomacia española⁶⁹; como tal, escribió un informe en francés sobre el libro de Lamprière, cuya traducción española envió el cónsul González Salmón al conde de Aranda en mayo de 1792⁷⁰. La crítica de Zigers/Dris no se hizo pública, pero manifiesta el interés que el espionaje español podía tener sobre las publicaciones de visitantes extranjeros a Marruecos (y al tiempo realza su propia valía como informador más seguro).

Las ediciones de la obra de Badía se sucedieron regularmente tras la aparición de la primera versión, francesa, en 1814; rápidamente aparecieron traducciones en inglés, alemán e italiano, siendo la primera edición española la de 1836⁷¹. Desde entonces, la popularidad y difusión de su obra no ha dejado de crecer en España, donde los estudios académicos coexisten con obras destinadas a un público más amplio⁷². Desde un primer momento, a las cualidades intrínsecas de los *Viajes* de Badía se unió el aire novelesco y audaz de su asunción del personaje de «Ali Bey», que otorgaba a sus informaciones un grado de autenticidad del que carecían otros viajeros quizá más experimentados en la realidad marroquí. En todo caso, los *Viajes* por Marruecos se convirtieron en una obra de referencia ineludible para todo aquel que se interesaba por el país y lo siguieron siendo durante mucho tiempo.

En cuanto a la obra de Jackson, tuvo cuatro ediciones entre 1809 y 1814. En 1811 se publicó una reseña en francés que, como era usual en esa época, transcribía muchos y largos fragmentos del libro reseñado; su autor anónimo (como también era entonces común) expresa una opinión muy favorable y recomienda que se traduzca al francés; sin

⁶⁹ ARRIBAS PALAU, «El alcaide Dris»; «Cómo se fugó de Marruecos el alcaide Dris», «Un intento frustrado del Alcaide Dris para fugarse de Marruecos» y «El alcaide Dris en Europa».

⁷⁰ El texto francés, que se conserva en el Archivo Histórico Nacional, ha sido editado por FAROUK, «Critique du livre de Lempriere par un témoin de l'époque».

⁷¹ Más detalles en ALMARCEGUIL, *Ali Bey y los viajeros europeos*, págs. 173-197 y 286-288.

⁷² Véase, por ejemplo, <http://www.rogermimo.com/es.Ali-Bey.htm>

embargo, ese deseo no se vio cumplido hasta fechas muy recientes⁷³. En consecuencia, aunque el texto de Jackson fue muy conocido y citado en obras de otros viajeros británicos, no tuvo tanta difusión en el resto de los países europeos.

La popularidad de los relatos de naufragos contribuyó, sin duda, a que se hiciera una traducción al alemán (1822) y otra al inglés (1822 y 1823) del libro de Cochelet. En este como en casi todos los otros casos, es notable la rapidez con que se traducen estas obras, a menudo al año siguiente de su publicación, lo que indica la celeridad con que circulaban por toda Europa, la existencia de redes de información entre editores, libreros y revistas culturales y la pujanza de la traducción como dedicación profesional.

Sorprende, en este contexto, que la obra de Graberg tuviera, en su momento, tan poca repercusión editorial. Del *Specchio* sólo hubo dos ediciones contemporáneas, en italiano y en alemán; no se tradujo a ningún otro idioma⁷⁴. Sin embargo, ha sido un libro muy citado y utilizado. Sin ir más lejos, fue la fuente principal de Serafín Estébanez Calderón para su *Manual del oficial en Marruecos*, tal como él mismo admite con naturalidad:

«La obra de este laborioso y entendido escritor que revela en cada página los conocimientos más profundos como variados, me ha suministrado los datos más interesantes sobre el estado actual del imperio, aprovechando todas sus noticias geográficas (...)»⁷⁵.

Tampoco se ha hecho, de esta obra, la edición moderna que merece; es posible que la propia situación de Graberg, a caballo entre identidades nacionales y cuya actividad publicística no encontró un

⁷³ *Bulletin des voyages, de la géographie et de l'histoire* (Paris), XIV (1811), cahiers XL y XLI; la traducción francesa se ha publicado en Rabat, 2005 y 2007.

⁷⁴ MIÈGE y RAINERO, *Le Maroc. Écrits de Graberg de Hemsö (1776-1847)*, pág. 7.

⁷⁵ *Manual del oficial en Marruecos. Cuadro geográfico, estadístico, histórico, político y militar de aquel imperio*, págs. 4-5. La gran mayoría de los ejemplares de la obra de Graberg se editaron en 1834; sin embargo, ESTÉBANEZ cita una edición de 1833, de la que sólo he encontrado dos ejemplares en catálogos de bibliotecas italianas.

aplauso general entre aquellos que consideraba debían ser sus colegas, contribuyera a que su obra fuera cayendo progresivamente en el olvido. La falta de una traducción al francés y al inglés, las lenguas que estaban empezando a dominar la literatura sobre Marruecos, también debe tenerse en cuenta a este respecto.

Habría que contar, por último, con otro indicio de la difusión de estas obras al que se debe prestar atención: las citas que de algunos de ellos se encuentran en los textos de otros. Pero este procedimiento no es de una gran fiabilidad: en esa época no era infrecuente que se tomaran datos o informaciones de autores anteriores sin citar su procedencia. Badía, por ejemplo, utilizó de ese modo las obras del explorador escocés Mungo Park; en cambio, cita expresamente (aunque quizá en menos ocasiones de lo que debiera) a León el Africano, Luis del Mármol y Louis de Chénier, cuyas obras eran de inexcusable consulta para cualquier interesado en la historia y geografía marroquíes⁷⁶. La práctica de citar a otros viajeros no es, desde luego, nada común, como tampoco lo es la de referirse a tratados de carácter histórico y geográfico.

Dentro de esta escasez, Badía/Ali Bey es citado por otros dos viajeros, Tomás de Comín y Beauclerk⁷⁷. Las citas que hace el primero de ellos ya se han analizado; las de Beauclerk, por su parte, demuestran que su autor era un buen conocedor de la obra de Ali Bey, que va contrastando con sus propias observaciones. De las diez citas que hace Beauclerk, la primera de ellas aparece en el prefacio de su obra para excusarse por seguir las huellas de Ali Bey, «that correct writer of Travels», tan exhaustivo que no le ha dejado espacio para añadir

⁷⁶ Un estudio de las obras citadas por Badía tanto en sus viajes como en otros documentos de su autoría, en ALMARCEGUI, *Ali Bey y los viajeros europeos*, págs. 130-167. Llama la atención que investigadores actuales consideren necesario aclarar que reproducen un texto de Badía a pesar de lo mucho que plagió a Mungo Park (FENTON y LITTMAN, *L'exil au Maghreb. La condition juive sous l'Islam*). Véase también BARBERÁ, «Introducción», pág. 109.

⁷⁷ COMÍN también cita, brevemente, a Cochelet (*Ligera ojeada*, pág. 61, n. 4) y a Jackson (*ibidem*, pág. 55, n. 2).

su propia contribución. A pesar de ello ha decidido intentarlo aun a riesgo de fracasar; un recurso retórico bien conocido, pero de cierta eficacia. Desde luego, Beauclerk no tiene dudas de la exactitud de las informaciones de Ali Bey: «the stricted reliance may be placed in the truth of his narrative concerning those parts of Morocco through which I have travelled»⁷⁸. Ahora bien, si no pone en duda la calidad de su obra, le intriga la personalidad de su autor. Es también en el prefacio donde se refiere a su «misteriosa» afiliación como musulmán, que no le ha impedido, dice, exponer a los ojos de los no creyentes las cuestiones más sagradas y generalmente ocultas de su religión. Es posible que Beauclerk no estuviera al tanto de la verdadera personalidad de Ali Bey, que no se desvelaba en las primeras ediciones de sus *Viajes* en francés, inglés e italiano (1814-1816), aunque sí era conocida desde la publicación de la alemana (1816)⁷⁹; pero las dudas que expresa sobre su adscripción religiosa parecen apuntar que sabía bien que se trataba de una personalidad fingida. En efecto, Beauclerk estaba al tanto de las actividades «políticas» de Badía; en una larga nota, se hace eco de la misión «informativa» encargada por el Príncipe de la Paz, añadiendo que generalmente se tenía por más cierto que hubiera estado al servicio del «emperador de los franceses»⁸⁰.

Contrariamente a sus numerosas referencias al texto de Badía, Beauclerk sólo cita a Jackson en un par de ocasiones, que sirven para documentar su uso de la obra del agente diplomático de Mogador⁸¹. Es posible que Beauclerk añadiera estas referencias (y quizá también las de Badía) al redactar su texto, ya en Inglaterra, donde habría tenido a su disposición estos y otros relatos de viajeros contemporáneos.

El periodo posterior al viaje es asimismo el que contribuyó a esmaltar la obra de Cochelet con referencias a otros textos que, como el

⁷⁸ BEAUCLEK, *Journey to Morocco*, págs. vi-vii. Otras citas de Ali Bey, en págs. 42, 44, 67, 109, 152, 205, 306, 329 y 347.

⁷⁹ ALMARCEGUI, *Alí Bey y los viajeros europeos*, pág. 192.

⁸⁰ BEAUCLEK, *Journey to Morocco*, pág. 306.

⁸¹ *Ibidem*, págs. 69 y 73.

suyo, relataban una historia de naufragio y cautiverio. Se los dieron a conocer, como él mismo reconoce, algunos cónsules residentes en Tánger; de este modo se refiere a Graberg, con el que tuvo contacto y quizá también a Sourdeau, en cuya casa estaba alojado. Así es como se refiere al relato de Robert Adams, al que se ha aludido más arriba; Cochelet, siguiendo la opinión crítica de Graberg, manifiesta sus grandes dudas sobre la veracidad de su relato, que considera inverosímil⁸². Debió de ser también en Tánger donde tuvo noticia de la obra de otro náufrago famoso, el capitán James Riley; en su propio relato, Cochelet cita la traducción francesa, que había aparecido en París, en 1818 –otro ejemplo de la rapidez con que se hacían las traducciones en esta época, puesto que el relato de Riley se había publicado el año anterior. Cochelet muestra varias veces su desacuerdo con alguna de las informaciones suministradas por Riley e incluso pretende descalificar a su principal informante, el jefe tribal y comerciante que lo había capturado y al que había conocido durante su propio cautiverio, al afirmar que nunca había estado en Timbuctú⁸³. Los autores de las narraciones de naufragios, como los aquí mencionados, se caracterizan en general por una reivindicación de veracidad, apoyada en las explicaciones que hacen del sistema por el que habían podido tomar notas de lo sucedido durante su cautiverio, siempre en condiciones de gran dificultad⁸⁴.

Cochelet ejemplifica esta actitud con sus críticas a otros autores de relatos de naufragio como Adams y Riley; pero también era usual

⁸² COCHELET, *Naufrage du brick français «La Sophie»*, I, págs. x y 24. Sobre la opinión de Graberg al respecto, MIÈGE y RAINERO, *Le Maroc. Écrits de Graberg de Hemsö (1776-1847)*, pág. 93.

⁸³ COCHELET, *Naufrage du brick français «La Sophie»*, II, págs. 24-26. LYDON, «Writing Trans-Saharan History», pág. 311, se asombra de esta afirmación de Cochelet y hace notar que parte de lo que aparece en su propia obra está copiado de Adams y de Riley; por otra parte, concede a Adams un crédito que ni siquiera sus contemporáneos admitieron.

⁸⁴ BLUM, *The View from the Masthead. Maritime Imagination and Antebellum American Sea Narratives*, pág. 66, pone a Cochelet como ejemplo de este recurso. Otro rasgo significativo de esta clase de textos es su intención de convertirlos en relatos útiles para quienes tengan el propósito de navegar por las mismas aguas, de modo que pueden evitar los escollos (reales y figurados) que ellos describen.

entre geógrafos y exploradores, que disputaban enérgicamente sobre topónimos y localizaciones. En el relato de Cochelet, junto a todo esto, se registra un caso interesante de crítica hacia otro autor, que debe anotarse aquí porque en realidad fue sugerida por el franciscano Martín del Rosario, con quien Cochelet mantuvo una buena relación durante su estancia en Tánger. Martín, el cónsul francés Sourdeau y el vicecónsul sueco Graberg mantenían lazos de amistad y a ese grupo se incorporó Cochelet gracias a haber sido acogido en su propia vivienda por Sourdeau. Así que no es de extrañar que, al conocer el propósito de Cochelet de publicar un relato de su reciente experiencia, Martín le pidiera que incluyera en su obra una refutación de los comentarios del capitán Riley sobre los franciscanos de Larache y su vida relajada, dedicada a los placeres de la mesa y el disfrute de la elevada pensión que recibían del gobierno español, todo ello basado en una entrevista que Riley habría tenido con un franciscano llamado Juan Tinaones, que lo recibió en la sede de la misión franciscana⁸⁵. La réplica de Pedro Martín reivindica la presencia secular de los franciscanos en Marruecos y su dedicación al cuidado espiritual y temporal de los cristianos allí residentes, a la par que insiste en la falsedad de las palabras atribuidas al padre Tinaones, para lo cual explica el sistema de financiación y administración de las misiones franciscanas y cómo el retraso en los pagos de que dependían había causado la clausura de las de Rabat y Mogador⁸⁶.

Las relaciones evidentes entre muchos de estos relatos de viaje, algunas demostrables documentalmente y otras muchas de un carácter más indefinido, componen una auténtica comunidad textual que a su vez es alimentada por otros textos y un sinnúmero de publicaciones de toda clase. La circulación de libros por Europa y la rápida traducción de muchas de estas obras difundían imágenes que sólo en

⁸⁵ RILEY, *An Authentic Narrative of the Loss of the American Brig Commerce*, cap. xxxiv, págs. 425 y sigs.

⁸⁶ COCHELET, *Naufrage du brick français «La Sophie»*, II, págs. 335-346. Por su parte, GRABERG, *Précis*, pág. 105, censura la actitud de Riley hacia el franciscano de Larache.

parte eran creación de los propios autores, cuyas lecturas resuenan en mucho de lo que escriben, aunque no se trate de citas expresas. Lecturas, pero no sólo: también se ha tener en cuenta la conversación –oral o escrita–, el intercambio de ideas y opiniones que absorben y difunden «el aire del tiempo», ese indefinible espacio que se nutre de la circulación de ideas, las critica o las acepta, las modifica y las hace suyas. En estos autores, como en el del ms. que luego se verá, coinciden temas y opiniones que cada uno, por supuesto, maneja a su antojo, pero cuyo fondo común es innegable. De ahí que haya sido necesario situar ese ms. en el contexto que se acaba de examinar y al cual pertenece sin ninguna duda.

2. LA HISTORIA DE MARRUECOS

A pesar de los huecos que se observan en el ms. y que le dan un carácter fragmentario, lo que se conserva del texto permite afirmar que su autor tenía gran interés por la historia y la sociedad marroquíes y que puso por escrito, sobre este tema, observaciones de calidad variable pero siempre dictadas por la curiosidad hacia el mundo que lo rodeaba durante su exilio.

Al tratar la cuestión de las fuentes que pudo usar el anónimo autor, se ha observado antes que no cita casi ninguna de ellas, fuera de una mención genérica sobre los ocios dedicados a la lectura de «historiadores y viajeros», que tampoco precisa si se habían ocupado de Marruecos o trataban de otras cuestiones; alguno debió de haber, sin embargo, porque en las informaciones sobre el país y sus habitantes hay, junto a partes que proceden de la observación personal, otras muchas que son sin duda el producto de un acopio libresco.

El ms. contiene un material histórico de cierta consideración, en el cual figura en lugar preeminente lo relativo a las dinastías que reinaron en Marruecos y a alguno de sus soberanos. Estos datos o reflexiones personales se escalonan a lo largo del texto al hilo de los acontecimientos que describe, en contraste con las partes dedicadas

a la descripción de Marruecos y las características de la sociedad marroquí, que se concentran en unos capítulos específicos. Ello no obstante, lo que puede considerarse «historia de Marruecos» en el ms. tiene un interés indudable, porque refleja las opiniones que sobre el gobierno del país vecino circulaban en la España de la época y el tipo de información manejada por el autor del ms. Junto a apreciaciones estereotipadas, que denotan la difusión de prejuicios e imágenes distorsionadas sobre un país islámico como Marruecos, aparecen otras opiniones mucho más matizadas que llegan a mostrar, en ocasiones, un certero criterio. También es cierto que comete errores históricos de consideración, como cuando afirma que en la batalla de Alcazarquivir el ejército de don Sebastián se enfrentó a «cinco reyezuelos»⁸⁷, o cuando afirma que Muley Ismā'īl fue asesinado por un renegado francés⁸⁸.

Dejando aparte una fugaz alusión a los idrīsīs, el interés del autor del ms. se concentra en la dinastía ʿalawī, a la que llama, adecuadamente, la de los «jerifes» (puesto que reivindicaban un linaje descendiente del Profeta), fundada en la segunda mitad del siglo XVII y que continúa reinando hoy en día. No parece que tuviera información, o interés, sobre periodos anteriores de la historia de Marruecos.

Llama la atención que, a pesar del carácter fragmentario y disperso de mucho de lo que el autor del ms. escribe sobre los alawīs, se conforma con ello un conjunto mucho más amplio y pormenorizado que las escasas páginas que les dedicó Domingo Badía, quien se ocupa muy brevemente de Muley Ismā'īl y sólo con algo

⁸⁷ *Memorable triunfo*, fol. 38v. En realidad, en la batalla de Alcazarquivir o de Wādī l-Mahāzin participaron dos ejércitos, uno marroquí y otro portugués que contaba con tropas marroquíes; en ella se enfrentaron dos pretendientes al trono de Marruecos (BERTHIER, *La bataille de l'Oued el-Makhazen dite bataille des trois rois*; ABUN-NASR, *A History of the Maghrib*, págs. 214-15, y VALENSI, *Fables de la mémoire. La glorieuse bataille des trois rois*). Los tres reyes que dieron su nombre a esta batalla perecieron en ella: Don Sebastián de Portugal, Muḥammad al-Mutawakkil y su tío ʿAbd al-Malik.

⁸⁸ *Memorable triunfo*, fol. 41r. En realidad, Muley Ismā'īl murió de enfermedad en 1727.

más de detalle del sultán que reinaba cuando estuvo en Marruecos, Muley Sulaymān⁸⁹.

Por orden cronológico, el primero de los soberanos alawíes que aparece en el texto es Muley Ismā'īl (r. 1672-1727), una figura que fascinó a los observadores europeos, para muchos de los cuales representaba, en el Mágreb, la imagen misma del «déspota oriental» construida por Montesquieu en su *De l'esprit des lois* (1748) y encarnada generalmente en los sultanes otomanos⁹⁰. No sorprende, por tanto, que el autor del ms. se refiera a la «autoridad despótica» del sultán, cuyo reinado, por otra parte, constituye uno de los periodos de mayor esplendor de la dinastía⁹¹. Esa autoridad se manifestaba, según diversos autores europeos, de forma exacerbada y cruel en numerosos actos del soberano descritos con fruición, entre los cuales se contaba, de manera muy destacada, la supuesta afición de Muley Ismā'īl por dar muerte con sus propias manos a quienes habían incurrido en su desfavor⁹². La mayor parte de estas «informaciones» proceden de la floreciente «literatura de cautivos» de los siglos XVII y XVIII,

⁸⁹ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, págs. 336-340, para lo que se inspira en parte, según reconoce, en Chénier, *Recherches historiques*. Sobre la historia de los alawíes, véanse ABUN-NASR, *A History of the Maghrib*, págs. 228 y sigs.; ABITBOL, *Histoire du Maroc*, págs. 234-253, y ALAOUI, *Le Maroc face aux convoitises européennes 1830-1912*, págs. 19-29.

⁹⁰ Véanse THOMSON, *Barbary and Enlightenment*, pág. 54; y también, «L'Empire ottoman, symbole du despotisme oriental?», y KNINA, *Image(s) française(s) du Maroc avant le Protectorat (XVII^e-XX^e siècles)*, capítulo VI (<https://tel.archives-ouvertes.fr/tel-01315181/document>).

⁹¹ Sobre la vida y reinado de Muley Ismā'īl, véanse EL FASI, *Biographie de Moulay Ismaël*; LOURIDO, *Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII*, págs. 88-91; ABITBOL, *Histoire du Maroc*, págs. 234-253 y MORALES LEZCANO, *Historia de Marruecos*, págs. 110-116.

⁹² A título de ejemplo, véanse *Relation de ce qui s'est passé dans les trois voyages que les religieux de l'ordre de Nostre-Dame de la Mercy ont fait dans les etats du Roy du Maroc pour la redemption des captifs en 1704, 1708 et 1712*, pág. 54; CHÉNIER, *Recherches historiques*, pág. 395; ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 337. CASTELLANOS, *Apostolado seráfico*, dedica un notable espacio a la descripción de las crueldades del sultán, basándose en FRANCISCO DE SAN JUAN DEL PUERTO, *Mission historial de Marruecos*, Sevilla, 1708. LEBEL, *Les voyageurs français du Maroc*, págs. 42 y ss, reproduce la tradición de los relatos de cautivos sin poner en duda la verosimilitud de ninguna de sus afirmaciones.

y en especial de los frailes que se ocupaban de su liberación y que no dudaban en pintar con las más oscuras tintas los suplicios que padecían -lo que resultaba un poderoso argumento para la colecta de fondos que sufragasen sus expediciones redentoras⁹³. Algunos de esos textos procedían de los propios cautivos, que naturalmente también enfatizaban las penalidades pasadas durante su cautiverio⁹⁴.

Pero a pesar de que, como se ha dicho, el autor del ms. considera a Muley Ismā'īl como un despótico autócrata, no tiene en cuenta el tema de su crueldad, tan extendido en los siglos XVII y XVIII. En conjunto, la aproximación a la figura del sultán no resulta, en su pluma, carente de aspectos positivos y aunque el autor subraya el terror que producía entre sus súbditos y los extranjeros, por otra parte lo califica de «novador no rutinerio»⁹⁵, subrayando entre sus aciertos la creación de «un respetable ejército de negros para restablecer el orden y mantener la tranquilidad»⁹⁶. También se refiere al apoyo que dio Muley Ismā'īl a la armada marroquí y no duda en calificarlo de

⁹³ Véanse KOEHLER, «Les exécutions sanglantes de Moulei Ismaël et les captifs chrétiens, d'après un manuscrit inédit de son temps» (un interesante intento de «objetivizar» los datos cuantitativos sobre las ejecuciones de Muley Ismā'īl en las fuentes europeas) y, más recientemente, GONZÁLEZ VÁZQUEZ, «Discursos europeos del siglo XVII sobre la apostasía y la conversión al Islam: un texto del cautivo francés Germain Moüette sobre Bernard Bausset y los catorce leones del sultán Mula'y Ismail de Marruecos».

⁹⁴ Aun así, las autobiografías de cautivos contienen testimonios nada despreciables sobre muchos aspectos de la sociedad marroquí; véanse LA VÉRONNE, *Vie de Moulay Isma'īl, roi de Fès d'après José de León (1708-1728)* y la *Relation* de Gabriel Moüette, publicada en París en 1683. José de León, intérprete de árabe y soldado de la guarnición del Peñón de Vélez, fue hecho cautivo en 1704 y sólo consiguió evadirse en 1728; escribió su texto en 1743 (LA VÉRONNE, *ibidem*). Sobre Moüette, véase LEBEL, *Les voyageurs français du Maroc*, págs. 71-74. Un estudio de conjunto sobre los cautivos en Marruecos, en MAZIANE, «Les captifs européens en terre marocaine aux XVII^e et XVIII^e siècles».

⁹⁵ *Memorable triunfo*, fol. 40r.

⁹⁶ *Ibidem*. Sobre este ejército de esclavos negros (*'abīd*), LA VÉRONNE, *Vie de Moulay Isma'īl*, págs. 140 y sigs., y LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 207 (que cifra su número en 36000, de los cuales dos tercios eran jinetes), así como los estudios de HARRAK, «Muley Isma'īl's Jaysh al-'Abid: Reassessment of a Military experience»; ABUN-NASR, *A History of the Maghrib*, pág. 230; ABITBOL, *Histoire du Maroc*, págs. 237-240, y EL HAMEL, *Black Morocco. A History of Slavery, Race, and Islam*, págs. 155-174.

«singular por las artes con que dirigió las riendas del gobierno en su largo y sostenido reinado»⁹⁷. Esta matizada evaluación, en la que no faltan otros rasgos no tan amables, se acerca a la del inglés Lemprière, para quien Muley Ismāʿīl era un monarca cruel pero ilustrado, que hizo todo lo posible para hacer prosperar a su imperio; si se hubiera seguido su política, afirma, Marruecos habría conocido posteriormente un gran florecimiento⁹⁸.

Otros rasgos distintivos de la personalidad de Muley Ismāʿīl sí se incorporaron al ms. Uno de los que tuvo mayor fortuna en la literatura europea se refería a la enorme cantidad de hijos que procreó: según el autor del ms., su prole llegó a alcanzar la cifra de 600 jerifes, como aseguraba el clamor popular⁹⁹. El tema despertó una mezcla de admiración, rechazo y fascinación por parte de quienes lo añadían a la reputación de crueldad del soberano, convertido así en una especie de criatura monstruosa, sanguinaria tanto como genésica, productora a la vez de muerte y vida. Para el autor del ms., se trata de un bárbaro ejercicio de «inaudita potencia», con el cual recompensaba al estado por «las quiebras que le causara su tiránica violencia»¹⁰⁰; se trata, desde luego, de una interpretación original. Otros autores amplían el número de los hijos de Muley Ismāʿīl: para Chénier fueron 800; para Francisco de San Juan, misionero franciscano, no menos de 900 hijos y 300 hijas. Bien es verdad que le adjudica, al mismo tiempo, 8 000 mujeres de «primero y segundo orden»¹⁰¹. Más moderado, el

⁹⁷ *Memorable triunfo*, fol. 41r.

⁹⁸ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 85.

⁹⁹ *Memorable triunfo*, fol. 74v-75r. No sólo los europeos; también los cronistas marroquíes mencionan el elevadísimo número de hijos del sultán (véase ABITBOL, *Histoire du Maroc*, pág. 235, con cita de al-Zayyānī, según el cual a su muerte dejó 528 hijos y otras tantas hijas).

¹⁰⁰ *Memorable triunfo*, fol. 75r.

¹⁰¹ CHÉNIER, *Recherches historiques*, pág. 420; CASTELLANOS, *Apostolado seráfico*, pág. 527; otras fuentes, en ABITBOL, *Histoire du Maroc*, pág. 235. El tema sigue vigente y se pueden consultar, en internet, varias páginas que en la actualidad continúan uniendo el calificativo de «sanguinario» para referirse a Muley Ismāʿīl con el prodigioso número de sus hijos. Incluso se ha hecho una investigación científica que asegura que el sultán (al que se denomina «Moulay Ismael the Bloodthirsty»)

cautivo José de León cifra en 1 400 el número de mujeres que había en el harén del sultán a su muerte¹⁰².

Cabe también señalar las referencias del autor del ms. respecto a las relaciones de los misioneros franciscanos con el sultán. Se acaba de ver que la literatura misional insistía en la desalmada conducta de Muley Ismā'īl, utilizando ese tema de forma propagandística y conseguir así recaudaciones más cuantiosas para rescatar a los cautivos cristianos de las garras de aquel «monstruo de la naturaleza», tal como lo califica el autor del ms.¹⁰³ Quizá para remachar este argumento y realzar los peligros a que se exponían, estos autores introducen en sus textos mensajes que tienden a presentar a los misioneros como interlocutores privilegiados del sultán. El autor del ms. recoge, a este respecto, una escena singular, en la que el sultán es interpelado por el «fraile presidente de la misión apostólica» en Marruecos, que había conseguido ganarse la confianza y aprecio de Muley Ismā'īl y a quien reprocha la crueldad del trato a que somete a sus súbditos; el sultán se justifica diciendo:

«tu rey manda seres racionales que conocen el bien y obedecen las leyes; pero yo gobierno brutos que jamás oyen la razón, obran siempre el mal, no respetan la autoridad, ni ceden sino al palo y al alfanje»¹⁰⁴.

Se trata de un diálogo que ya se registra en la *Relation* sobre los viajes de misioneros mercedarios efectuados a comienzos del siglo

podría haber sido padre de 888 hijos, tal como se dice en la historia de su reinado escrita por el trinitario Dominique Busnot y publicada en 1714 (OBERZAUCHER y GRAMMER, «The Case of Moulay Ismael. Fact or Fancy?» (<https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC3925083>).

¹⁰² LA VÉRONNE, *Vie de Moulay Isma'īl*, pág. 96. La misma fuente afirma que la muerte del sultán se debió a una enfermedad venérea que le contagió una mujer casada de la que se había encaprichado al ir a su presencia para hacerle una solicitud (*ibidem*, pág. 87), relato tan carente de verosimilitud como el recogido por el autor del ms. y que afirma que fue asesinado por un renegado francés.

¹⁰³ *Memorable triunfo*, fol. 41r. El enorme número de cautivos cristianos reseñados en la literatura misional (que se repite con frecuencia en textos mucho más recientes) ha sido reevaluado críticamente por MATAR, *British Captives from the Mediterranean to the Atlantic 1563-1760*.

¹⁰⁴ *Memorable triunfo*, fol. 41r.

XVIII, aunque en esa versión no se identifica al interlocutor del sultán como fraile cristiano, y su respuesta es mucho más breve¹⁰⁵; pero coincide con la transmitida por el autor del ms., salvo en algún detalle contextual. Es, por tanto, una escena que circulaba en la literatura sobre Marruecos desde mucho tiempo antes de la escritura del ms., cuyo autor la recoge como ejemplo del estado precivilizacional de los marroquíes, que justificaría la dureza del gobierno del sultán; poco caso se ve aquí que hiciera el autor del ms. de los principios liberales que gobernaban su pensamiento político. Lo curioso es que la escena figura en el ms. como un diálogo entre el sultán y un franciscano, mientras que en la obra francesa, es el anónimo interlocutor de Muley Ismā'īl quien inicia la conversación advirtiéndole de que si desea parecerse al rey de Francia (Luis XIV), no debía ejecutar a sus súbditos en su presencia ni darles muerte por su propia mano. El sultán responde que el rey cristiano gobierna a hombres, mientras que a él le han tocado en suerte animales.

La comparación entre Muley Ismā'īl y Luis XIV no es producto de la imaginación del mercedario autor de la *Relation*; aunque no cabe aquí detenerse en ella, no está de más recordar que hubo relaciones diplomáticas entre ambos soberanos y que, según la tradición historiográfica francesa, el marroquí consideraba al francés como su modelo o, incluso, como su igual¹⁰⁶. El tema se transforma al pasar al ámbito hispánico y quien se dirige al sultán es un fraile; quizá habían llegado al autor del ms. noticias difusas sobre la relación de Muley Ismā'īl con algunos frailes franciscanos, a los cuales, a pesar de su renombrada crueldad y persecución de los cristianos, protegió durante largos periodos de su reinado¹⁰⁷. Algunos testimonios de los propios franciscanos van en ese sentido: según José de León, «en

¹⁰⁵ *Relation de ce qui s'est passé dans les trois voyages que les religieux de l'ordre de Nostre-Dame de la Mercy*, pág. 104.

¹⁰⁶ Véanse NÉKROUF, *Une amitié ourageuse. Moulay Ismaïl et Louis XIV*, y MATAR, «Abdallah ibn 'Aisha and the French Court, 1699-1701: an Ambassador without Diplomacy».

¹⁰⁷ STACHERA, *Franciscanos y sultanes en Marruecos*, pág. 93.

ocasión que fue a solizitar una redempzi3n Frai Diego de los njeles, de la Orden de San Pedro Alcantara, de la provinzia de Andaluza, y tubo motivo de tratar al rey, qued3 tan pagado de su modestia y savidura que mostr3 gustar de él» y le propuso la apertura de un convento en la entonces capital marroquí, Mequinez¹⁰⁸.

No olvida el autor del ms. referirse a uno de los enfrentamientos entre España y Marruecos más destacados del reinado de Muley Ism'l: el largo cerco de Ceuta iniciado en 1694 y que s3lo tuvo fin más de treinta años después, en 1727, con la llegada de las tropas comandadas por el marqués de Ledesma. De todo ello da cuenta el autor del ms., que, ya se ha dicho más arriba, también anota, como había hecho antes Joseph de Sagarra, que el sultán utiliz3 el asedio para enviar a combatir contra los españoles a los enemigos interiores de los que deseaba deshacerse¹⁰⁹.

Se observa, por tanto, que el autor del ms. incorpora a su texto temas procedentes de la historiografía europea o la literatura misionarial –coincidentes en muchos casos– que compusieron una imagen de Muley Ism'l como un strapa oriental, tan cruel y sanguinario como proteico creador de innumerable descendencia: la desmesura del retrato ejercía una profunda fascinaci3n en el público lector de la época. Al mismo tiempo, el autor del ms. introduce algunos elementos correctores de esa visi3n casi apocalíptica y no deja de mencionar el acontecimiento más relevante para la historia de España durante el largo reinado de Muley Ism'l: el inacabable cerco de Ceuta, iniciado, según dice, porque el astuto soberano quiso aprovechar la debilidad española, inmerso como estaba el país en esos años en la guerra de Sucesi3n (aunque, en realidad, ésta se inici3 algo después del comienzo del cerco, en 1701). Se ha de tener en cuenta que el

¹⁰⁸ LA VÉRONNE, *Vie de Moulay Isma'l*, pág. 160.

¹⁰⁹ *Memorable triunfo*, fols. 40v-41r. El autor del ms. fecha err3neamente el comienzo del cerco en 1696. Véanse BECKER, *Historia de Marruecos*, págs. 139-140, y MONTES RAMOS, *El sitio de Ceuta, 1694-1727: el ejército de Carlos II y Felipe V*.

ataque a Ceuta era, por parte del sultán, la etapa que habría de coronar su política de recuperación de los enclaves europeos en la costa marroquí: ya se había apoderado de La Mamora (1681), Tánger (1684), Larache (1689) y Arcila (1691) y la toma de Ceuta debería haber sido la culminación de su estrategia político-militar en esa área.

La muerte de Muley Ismā'īl desató un periodo de luchas dinásticas que sólo terminaron con la llegada al trono de Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh (1757-1790). El autor del ms. no tenía muy buena opinión de los sucesores de Muley Ismā'īl, de los que afirma que

«desviándose del rumbo trazado, consagraron el ocio y la hipocresía de sus padres; redujeron el ejército a 8.000 soldados de caballería e infantería, mitad de negros y la otra de distinguidos oudayas, a las cortas guarniciones de las plazas marítimas que reciben auxilios pecuniarios y tierras en usufructo y a la milicia nacional indefinida, que requerida sale a campaña; aniquilaron las fuerzas marítimas, hicieron tratados de paz con los soberanos de Europa y descubrieron la rica mina de tributos y presentes que tanto aduló su avaricia»¹¹⁰.

A pesar de este panorama tan poco favorable, ha de decirse que el reinado de Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh tuvo una gran importancia en la historia marroquí del siglo XVIII, un periodo de grandes cambios tanto en el interior como en las relaciones exteriores del país¹¹¹. El autor del ms. se limita a este aspecto de la actividad política del sultán, y más en concreto, a sus relaciones con España. Sobre esta cuestión, y con notable exageración que sin embargo recubre una situación real, afirma el autor del ms. que Sīdī Muḥammad fue

«íntimo amigo y ciego idólatra de Carlos III, a cuya disposición entregó el imperio en los tiempos de paz y de guerra, durante su largo reinado, y una carta del monarca español, que llamaba su primo, besaba tocada al pecho y

¹¹⁰ *Memorable triunfo*, fol. 41v.

¹¹¹ Sobre este sultán y su época son imprescindibles los estudios de LOURIDO, el ya citado *Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII y Marruecos en la segunda mitad del siglo XVIII. Vida interna: política, social y religiosa durante el sultanato de Sidi Muhammad b. Allāh [sic] (1757-1790) con el exterior*.

cabeza, y anunciada al pueblo fezino o marroquino, era la ley suprema del estado»¹¹².

Lo que se describe así como «ciega idolatría» y entrega del imperio no es sino el resultado de la política de buena vecindad establecida por Sīdī Muḥammad y Carlos III, plasmada en el tratado de 1767, al término de la embajada de Jorge Juan, que había sido precedida por la de Aḥmad al-Gazāl a España en 1765¹¹³. Más arriba se ha mencionado una embajada posterior, la de Francisco Salinas y Moñino en 1785, que dio lugar a una revisión del tratado vigente¹¹⁴.

En este contexto diplomático, no es sorprendente el interés que el autor dedica a Muḥammad b. ʿUṭmān al-Miknāsī (m. 1799), alto funcionario marroquí a quien le fueron encargadas una serie de misiones diplomáticas, entre ellas, y para lo que aquí interesa, dos a España, en 1779-1780 y en 1790-1791. La primera corresponde al reinado de Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh y la segunda, al de su sucesor, Muley al-Yazīd (1790-1792). A ambas se refiere el autor del ms., que por otra parte traza un retrato muy favorable del embajador marroquí¹¹⁵;

¹¹² *Memorable triunfo*, fol. 31r.

¹¹³ Véanse RODRÍGUEZ CASADO, *Política marroquí de Carlos III*; BROWN, *Crossing the Strait*, pág. 50 y MARTÍNEZ ALMIRA, «El tratado de paz de 1767 entre España y Marruecos. Un instrumento jurídico de extraterritorialidad». Sobre la «amistad» entre Sīdī Muḥammad y Carlos III, TORRA FERRER, «La amistad entre Muley Muhammad y Carlos III», y ARRIBAS PALAU, «La amistad de Mawlāy Muḥammad b. ʿAbd Allāh hacia Carlos III» (que reproduce las cartas de pésame del sultán marroquí a la muerte del rey español, con expresiones de gran consideración e incluso afecto). Indica Arribas que la actitud de Sīdī Muḥammad se explica, en parte, por la colaboración mostrada por Carlos III para la liberación de cautivos musulmanes en España.

¹¹⁴ Debe recordarse que, en estos años, el sultán había establecido tratados diplomáticos con otras naciones europeas: Dinamarca (1757), Inglaterra (1760) y Suecia (1765); véanse MORALES LEZCANO, *Historia de Marruecos*, pág. 121 y BROWN, *Crossing the Strait*, pág. 44.

¹¹⁵ Sobre este personaje existe ya una bibliografía considerable. ARRIBAS PALAU le dedicó una serie de detallados artículos sin llegar a publicar un estudio de conjunto para el que sin duda disponía de una notable documentación. Para no alargar en demasía esta nota, citaré sólo algunas de sus aportaciones: «Cartas árabes de Muley Mohammad b. ʿAbd Allah, relativas a la embajada de Ibn ʿUtman de 1780»; «Muḥammad b. ʿUṭmān designado gobernador de Tetuán a finales de 1792»; «La estancia en España de Muḥammad Ibn ʿUṭmān (1791-1792)» o «Un

no sólo afirma que «brilló en el reinado de Muley Mahomed por su rara ilustración», sino que da argumentos para su opinión:

«conocía la política, tenía finos modales, poseía la historia, escribió su viaje y habría continuado siendo útil a las letras y a su patria, si poco después de haber vuelto de la embajada no empuñara el cetro el bárbaro Muley El-Yecid»¹¹⁶.

En efecto, y tal como señala el autor del ms., Muḥammad b. ʿUṭmān escribió una relación de viaje en la que narra su primera estancia en España: *al-Iksīr fī fikāk al-asīr* («El elixir, acerca del rescate de los cautivos»), siguiendo una tradición textual iniciada por el embajador marroquí al-Gassānī en el siglo xvii¹¹⁷. El autor del ms. no pudo tener acceso al texto (no sólo por su desconocimiento del árabe, sino porque sólo habría podido hacerlo consultando su manuscrito), pero sabía de su existencia, como también del elevado nivel cultural del enviado marroquí. Le habría interesado, sin duda, conocer su contenido, a través del cual Muḥammad b. ʿUṭmān se revela como un atento observador de la realidad española que pudo conocer durante su primer viaje; como hizo el autor del ms. respecto a Marruecos, también introdujo en su relato informaciones detalladas sobre la historia política de España desde la época de los Reyes Católicos¹¹⁸.

embajador marroquí de finales del siglo xviii: Muḥammad b. ʿUṭmān». Véanse también BECKER, *Historia de Marruecos*, pág. 167; LOURIDO, *Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo xviii*, págs. 443 y sigs.; AL-ZĀHIDĪ, «Ibn ʿUṭmān» y PARADELA ALONSO, *El otro laberinto español. Viajeros árabes a España entre el siglo xviii y 1936*, págs. 35-38.

¹¹⁶ *Memorable triunfo*, fols. 93r-v. Es sabido que Muley al-Yazīd cesó en sus funciones a muchos miembros de la administración de su padre (EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Muley Sulayman*, pág. 20).

¹¹⁷ De la obra de Ibn ʿUṭmān hay traducción alemana que, hasta donde he podido comprobar, permanece inédita y que se presentó como tesina, dirigida por Hans-Rudolf Singer, en la Universidad Johannes-Gutenberg de Mainz: HOFFMANN, *Ein marokkanischer Diplomat des 18. Jahrhunderts am spanischen Hofe*. Hay otra traducción parcial al inglés, MATAR, *An Arab Ambassador in the Mediterranean World. The Travels of Muhammad ibn Uthman al-Miknasi*. Véanse también ELBOUDRARI, «L'exotisme à l'envers: les premiers voyageurs marocains en Occident (Espagne, xvii-xviii siècles) et leur expérience de l'alterité», y AL-QADDŪRĪ, *Sufarā' ʿarab fī Ūrubba 1610-1921*, págs. 61 y sigs.

¹¹⁸ AL-QADDŪRĪ, *Sufarā' ʿarab fī Ūrubba*, págs. 72-73. Un análisis más amplio, en BOUDCHAR, «España vista por un embajador marroquí del siglo xviii: Ibn ʿUṭmān al-Maknāsī».

Una expresiva nota dedica el autor del ms. a Muḥammad b. ʿUṭmān: «en Madrid se hizo lugar»; es decir, según se conoce por otras fuentes, su embajada tuvo cierta repercusión, no sólo política sino también social. Añade el autor del ms., a este respecto, que el marroquí «trató con el ministro Floridablanca»¹¹⁹, como no podía ser menos por ser su interlocutor en las negociaciones del tratado; pero la forma en que se refiere a esa relación indica que fue algo más allá de un simple intercambio diplomático. En Madrid, además, se encontró Muḥammad b. ʿUṭmān con el viajero y escritor polaco Jan Potocki (1761-1815), quien le dedica una muy apreciativa mención en su relato de viajes sobre Marruecos¹²⁰.

Se refiere asimismo el autor del ms. a otro resultado de su estancia en la corte madrileña: «consiguió que se acuñasen en la casa de moneda cantidad considerable de monedas de oro de valor de diez duros con sello berberisco, que ya han desaparecido»¹²¹. Se trata de la primera acuñación de monedas marroquíes fuera de su territorio, también señalada por Tomás de Comín, que la atribuye a la estancia del enviado marroquí «Othman», quien firmó un convenio a este respecto con el ministro Floridablanca. Pero también advierte Comín que como las monedas acuñadas hasta entonces en Marruecos «eran por lo común de 24 quilates completos», las producidas en España fueron rechazadas por la población, que las veía con desconfianza a causa de su baja aleación, a pesar de ser de mayor calidad estética¹²².

Es posible que COMÍN aluda a esta obra de Ibn ʿUṭmān cuando afirma que le consta «que corre con reputación un viaje manuscrito o relación histórica de la embajada de uno de estos magnates a cierta corte de Europa» (*Ligera ojeada*, pág. 151).

¹¹⁹ CONROTTE, *España y los países musulmanes durante el ministerio de Floridablanca*, págs. 137-138.

¹²⁰ PARADELA, *El otro laberinto español*, pág. 37, y BOUDCHAR, «España vista por un embajador marroquí», pág. 46.

¹²¹ *Memorable triunfo*, fol. 83r.

¹²² COMÍN, *Ligera ojeada*, pág. 77. Más sobre estas acuñaciones en CONROTTE, *España y los países musulmanes durante el ministerio de Floridablanca*, pág. 322; RUIZ ORSATTI, *Relaciones hispano-marroquíes*, y ARRIBAS PALAU, «Datos sobre una moneda marroquí acuñada en España».

Si el autor del ms. menciona estas acuñaciones como muestra de la amistad y cooperación entre Marruecos y España como consecuencia de la embajada de Muḥammad b. °Uṭmān, Comín no deja de observar los problemas prácticos para su utilización y el escaso efecto que tuvo esa iniciativa.

El perfil trazado por el autor del ms. sobre Muḥammad b. °Uṭmān se completa con una de sus actuaciones, durante el reinado de Sīdī Muḥammad b. °Abd Allāh, en el contexto de las relaciones franco-marroquíes. El letrado y diplomático, hombre sin duda de grandes cualidades en ambas esferas de la vida pública, habría sido, según el autor del ms.,

«autor de la célebre carta a la corte de Francia que Mahomed no quiso dirigir a Luis XVI, resentido porque no había respondido a otra que le escribió. En ella renuncia al título de sultán por no devolverlo al rey de las Galias, criticando la adulación de las Regencias y la lisonja del visir que sin auencia del Gran Señor lo honraban con semejante nomenclatura, reservada por Alá para recompensar con ella a sus fieles servidores en la otra vida»¹²³.

La carta a que se refiere el autor del ms. formaba parte del intercambio diplomático de misivas entre el sultán de Marruecos y Luis XVI entre los años 1778 y 1781¹²⁴. A ella se refiere también Tomás de Comín, que da una traducción española, cuyo origen no menciona, aunque sí el texto árabe, publicado, como se ha indicado más arriba y señala Comín, en la célebre *Chrestomatie arabe* del orientalista francés Sylvestre de Sacy en 1806¹²⁵. La carta está fechada el 18 de muḥarram de 1196 (3 de enero de 1782) y en ella el soberano marroquí rechaza utilizar el tratamiento de sultán al dirigirse al rey de Francia, declarándose dispuesto a renunciar al suyo y ofreciendo a Luis XVI que

¹²³ *Memorable triunfo*, fol. 93r. Véase LOURIDO, *Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII*, págs. 470-475, donde se relata con detalle todo el asunto, que tuvo algunas consecuencias, como la expulsión de los comerciantes franceses en Marruecos en 1781.

¹²⁴ CENIVAL, «Lettre de Louis XVI à Sidi Mohammed ben °Abdallah (19 décembre 1778)».

¹²⁵ COMÍN, *Ligera ojeada*, págs. 144-147.

le llame, simplemente, «Mohammed, hijo de Abdalla»¹²⁶. Se advierte que el autor del ms. sigue a Comín en este resumen del contenido de la carta, que representa la culminación de un conflicto diplomático franco-marroquí originado en 1777 y en el cual el entonces cónsul francés, Chénier, tuvo un papel decisivo, que terminó con su expulsión de Marruecos en 1782¹²⁷. Ninguno de los autores que se han ocupado de este asunto menciona, sin embargo, que el autor de la carta fuera Muḥammad b. °Uṭmān, salvo el del ms., que realza de este modo la importancia del erudito diplomático en el entorno del sultán.

Aunque sean tan breves las observaciones que dedica el autor del ms. a Muḥammad b. °Uṭmān, delinear un retrato fiel de uno de los personajes más interesantes del reinado de Sīdī Muḥammad b. °Abd Allāh, cuya actividad diplomática tuvo repercusiones notables en las relaciones hispano-marroquíes (y que también sirvió como representante del sultán en embajadas a Malta, Nápoles y Estambul). Más arriba se ha visto que el autor del ms. considera que la llegada al trono del hijo y sucesor de Sīdī Muḥammad b. °Abd Allāh, Muley al-Yazīd, truncó la carrera de Muḥammad b. °Uṭmān; sin embargo, fue bajo su reinado cuando se le encargó una segunda embajada a España, que, eso sí, tuvo muy poco éxito, ya que carecía de instrucciones precisas sobre las negociaciones que habría de entablar. Con todo, llama la atención que, al término de su estancia en Madrid, y teniendo en cuenta que mientras tanto se había declarado la guerra entre España y Marruecos, Floridablanca advirtió a Muḥammad b. °Uṭmān que la situación aconsejaba que se quedase más tiempo en España, aunque había ya iniciado el viaje de vuelta a Marruecos. Pasó entonces el embajador unos meses, primero en Ocaña y luego en Madrid, antes

¹²⁶ *Ibidem*, pág. 146.

¹²⁷ Sobre la repercusión de esta «querrela de títulos» en otro aspecto de las relaciones franco-marroquíes, VERGNIOT, «De la distance en histoire. Maroc - Sahara occidental: les captifs du hasard (XVII^e-XX^e siècles)», págs. 103-104. En sentido opuesto, la monarquía francesa se resistió mucho tiempo a reconocer el título imperial de los zares de Rusia, véase CARRÈRE D'ENCAUSSE, *La Russie et la France. De Pierre le Grand à Lénine*, págs. 27, 54, 117.

de que la muerte de Muley al-Yazīd en febrero de 1792 le permitiera retornar a su país, donde, a finales de ese mismo año, el nuevo sultán, Muley Sulaymān, lo nombró gobernador de Tetuán, encargándole al mismo tiempo de las relaciones con los cónsules extranjeros en Tánger; más adelante, lo nombró visir¹²⁸.

Esta última parte de la vida de Muḥammad b. ʿUṭmān no fue reseñada por el autor el ms., pero la atención que le dedica muestra que se trataba de un personaje relativamente bien conocido en España por su actuación como embajador durante el ministerio de Floridablanca, habiéndose hecho, como dice, «lugar» en Madrid. De ello también da fe una de las pinturas murales realizadas por el artista catalán Pedro Pablo Montaña (1749-1803), que decoran el salón llamado de Carlos III en el palacio barcelonés de la Aduana y que están dedicadas a temas relacionados con la política comercial de Carlos III. Una de ellas se titula, precisamente, «Carlos III hace tratado comercial con Marruecos» y presenta al monarca en conversación con un personaje ataviado a usanza marroquí (o lo que el artista creía que lo era) y que puede representar a Muḥammad b. ʿUṭmān. No es un retrato fiel, naturalmente, sino una personificación imaginada de un embajador de Marruecos; pero la selección del tema, junto a las otras representaciones en el mismo programa iconográfico de las relaciones comerciales establecidas o fomentadas con el mundo islámico, es indicativa de la importancia que se daba a esta cuestión en unas imágenes públicas destinadas a glorificar la figura de Carlos III y que perviven hasta hoy en día¹²⁹.

¹²⁸ CONROTTE, *España y los países musulmanes durante el ministerio de Floridablanca*, pág. 343; ARRIBAS PALAU, «Cartas árabes de Muley Mohammad b. ʿAbd Allah», «Muḥammad b. ʿUṭmān designado gobernador de Tetuán a finales de 1792», «Datos relativos a la actuación de Muḥammad b. ʿUṭmān en 1790» y «Un embajador marroquí de finales del siglo XVIII» (págs. 127-128).

¹²⁹ Dentro del mismo conjunto, Montaña ejecutó otras dos pinturas relacionadas con el comercio español en el norte de África y en el Mediterráneo oriental: «Recepción de Carlos III a una embajada de paz y comercio de Turquía» y «Comerciante español ante el rey moro de Túnez». El palacio de la Aduana ha sido sede del gobierno civil (luego de la delegación del gobierno) hasta 2010 y se encuentra en fase de restauración. Véase

El breve reinado de Muley al-Yazīd (1790-1792), hijo y sucesor de Sīdī Muḥammad b. °Abd Allāh, fue seguido atentamente en España, porque el nuevo soberano se desmarcó de inmediato de la política seguida por su padre y tomó una orientación claramente contraria a la alianza con su vecino del norte; tanto es así, que ordenó en seguida sitiar Ceuta (cosa que, por otra parte, era un movimiento recurrente por parte de los sultanes marroquíes).

El autor del ms. se hace eco de las difíciles relaciones entre Muley al-Yazīd y su padre, que ocuparon buena parte del reinado de Sīdī Muḥammad b. °Abd Allāh. En sus últimos años, el sultán incluso obligó a su hijo a peregrinar a La Meca o a marchar a Oriente para alejarlo de Marruecos, donde alentaba rebeliones contra él¹³⁰. A la vuelta de la tercera de estas ausencias forzosas, el príncipe se acogió a sagrado en el santuario de Muley °Abd al-Salām b. Mašīš en la cima del monte °Alam, entre Tánger y Tetuán; esta circunstancia alarmó a su padre, que le envió emisarios para ofrecerle su amán a condición de que fuera a residir con su madre en la región de origen de ella¹³¹. A esto se refiere el autor del ms. cuando afirma, con imprecisión, que Sīdī Muḥammad había marchado al frente de su ejército hacia Tetuán, donde su hijo rebelde se había refugiado «en la mezquita principal, santo e inviolable asilo»¹³². Ni las amenazas del sultán ni sus

GARCÍA SÁNCHEZ, «El palacio de la Aduana de Barcelona, testimonio artístico de la vida de la ciudad».

¹³⁰ Una exhaustiva relación de toda esta parte del reinado de Sīdī Muḥammad y sus relaciones con sus hijos, varios de los cuales fueron declarados sucesivamente herederos del trono, en LOURIDO, *Marruecos en la segunda mitad del siglo XVIII*, págs. 293-351. Véanse también BECKER, *Historia de Marruecos*, págs. 178 y ss; ABUN-NASR, *A History of the Maghrib*, págs. 241-242; EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Muley Sulayman*, pág. 28 y ABITBOL, *Histoire du Maroc*, págs. 278-280. ARRIBAS PALAU, que dedicó su tesis doctoral al estudio de las cartas árabes de ese periodo conservadas en el Archivo Histórico Nacional, fue autor de varios artículos sobre Muley al-Yazīd (véase, por ejemplo, «Datos sobre el comercio entre España y Marruecos en tiempo de Muley al-Yazīd»). Un resumen de la tesis de Arribas se publicó con el título *Cartas árabes de Marruecos en tiempo de Muley Al-Yazīd (1790-1792)*.

¹³¹ AL-DU°AYYIF, *Ta°rīḫ al-dawla al-sa°īda*, pág. 196.

¹³² *Memorable triunfo*, fol. 31r. La tumba de Muley °Abd al-Salām b. Mašīš (m. 626/1163) era y es objeto de gran veneración en el norte de Marruecos; en su entorno se celebra un fre-

ofrecimientos de perdón tuvieron éxito; mientras tanto, el número de partidarios de Muley al-Yazīd aumentaba y él hacía frente a su padre, que finalmente murió cerca de Rabat cuando se dirigía a combatirlo por las armas.

La llegada al trono de Muley al-Yazīd se traduce, según el autor del ms., en drásticas decisiones que muestran su radical oposición a las políticas llevadas a cabo por su padre Sīdī Muḥammad. El ejército que lo apoyaba recibió «por premio la licencia de saquear la judería» y declaró la guerra a España¹³³. Respecto a la primera cuestión, aunque el autor del ms. no explica dónde se encontraba la judería saqueada por los partidarios de Muley al-Yazīd, cabe suponer, por el contexto, que se refiere a la de Tetuán¹³⁴; pero no fue la única. Muley al-Yazīd deseaba, al parecer, eliminar a los personajes más prominentes de las élites urbanas en las que se había apoyado su padre durante su gobierno, y los judíos más importantes de sus comunidades eran parte fundamental de ese entramado de poder, de manera que se produjeron una serie de pogromos alentados por el sultán en gran parte del país¹³⁵.

cuentadísimo *maṣsim* (peregrinación) a comienzos del mes de julio. Véanse los comentarios de un testigo contemporáneo en LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, págs. 179-180 y 351 y sigs.

¹³³ *Memorable triunfo*, fol. 31v.

¹³⁴ Véase MIÈGE, BENABOUD y ERZINI, *Tétouan, ville andalouse marocaine*, pág. 77, que atribuyen este pogromo a las órdenes del entonces gobernador, ‘Abd al-Raḥmān b. ‘Abd al-Ḥālīq al-‘Aṣ‘āṣ, de quien ya se ha dado noticia en estas páginas. LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 374, afirma que los judíos de Tetuán fueron objeto de persecución especial por Muley al-Yazīd.

¹³⁵ EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Muley Sulayman*, págs. 14-16. HAY, *Western Barbary*, pág. 73, se refiere al saqueo del barrio judío de Fez autorizado por Muley al-Yazīd. Por su parte, AL-ḌU‘AYYIF menciona la destrucción de los barrios judíos de Rabat y Salé por orden del sultán, así como acontecimientos similares en Mequinez, Larache, Tánger y Tetuán: en todos estos lugares se confiscaron, dice, grandes riquezas, que en buena parte se repartieron entre los contingentes militares partidarios de Muley al-Yazīd, como fue el caso de los Udāya en Mequinez (*Ta’rīḥ al-dawla al-sa’ida*, pág. 207; véanse págs. 203-237 para todo el reinado de Muley al-Yazīd). Sobre el saqueo de la judería de Fez y el texto de al-Nāṣirī sobre ello, véase FENTON y LITTMAN, *L'exil au Maghreb*.

En esa misma línea de conducta –la reversión de las políticas heredadas de su padre– Muley al-Yazīd se manifestó de inmediato en contra de las buenas relaciones con España que había anudado Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh. Curiosamente, el autor del ms. halla razones para este viraje de la política marroquí. Según dice, Muley al-Yazīd habría actuado para proteger los intereses marroquíes, ya que la diplomacia y las acertadas decisiones del gobierno español consiguieron durante el reinado de su padre un «preponderante influjo» en el país vecino –lo que considera justificado desde el punto de vista español–, pero las consecuencias fueron que el comercio marroquí prácticamente se arruinó y los que llama «monopolistas» amasaron enormes fortunas a costa de una situación desigual que Muley al-Yazīd pretendía eliminar. El autor del ms. afina algo más sus acusaciones en otro momento, al afirmar que el sultán «se vengó de la nación española en odio de los abarcadores gaditanos que abusaran de las concesiones de su padre»¹³⁶.

La historiografía occidental, basándose sobre todo en la correspondencia consular, enfatiza la hostilidad hacia España por parte del sultán, de quien se construye una imagen de arbitrariedad, crueldad y desafueros no muy diferente de la que se atribuía a Muley Ismāʿīl. También en alguna de las crónicas árabes que se ocupan de su reinado puede rastrearse una semejante reputación de brutalidad y sinrazón¹³⁷.

El autor del ms. completa su semblanza de Muley al-Yazīd refiriéndose a un episodio que sitúa en el tiempo inmediato a su proclamación como sultán. Ya se ha visto cómo señala que, en premio a la lealtad de sus tropas, les ofrece el saqueo de la judería, probablemente

¹³⁶ *Memorable triunfo*, fols. 31r y 32r.

¹³⁷ A este respecto es valioso el testimonio de Abū l-Qāsim al-Zayyānī, que sufrió cárcel y torturas en época de Muley al-Yazīd y que prefería, según dice, no recordar ese nefasto periodo (AL-ZAYYĀNĪ, *Al-Turğumāna al-kubrā fi ahbār al-māʿmūr barran wa-baḥran*, pág. 189). Véase también BUFFA, *Travels through the Empire of Morocco*, pág. 127. Sobre la manifiesta enemistad de Muley al-Yazīd hacia España, CONROTTE, *España y los países musulmanes durante el ministerio de Floridablanca*, págs. 323 y 327, y BROWN, *Crossing the Strait*, pág. 38.

la de Tetuán. Añade a continuación que en los tumultos que se produjeron entonces se distinguió, por su crueldad, Muley Sicziltan, que cortaba cabezas con su alfanje; además, «mandó suspender por los pies al vicecónsul de España, que expiró al tercer día, decapitó al bajá de Tánger que consintió la fuga del cónsul D. Antonio Salmón, que había escapado de Tetuán entreteniéndolo la curiosidad del tirano con el presente de un precioso veloz (...)»¹³⁸. El nombre de este Muley Sicziltan parece ser una de las varias deformaciones a las que el autor o el escribano del ms. someten a los antropónimos con los que no estaban familiarizados (recuérdese que, por ejemplo, la hija del cónsul Mullowny, Glorvina, se convierte en Glowinna). Por otro lado, el uso del apelativo «muley», si es que es correcto, correspondería a un miembro de la familia soberana, probablemente un hermano de Muley al-Yazīd. Sin embargo, ninguno de ellos llevaba un nombre ni siquiera lejanamente parecido a este «Sicziltan», de manera que su identificación es problemática.

También ofrece dudas el resto de la información sobre las maldades perpetradas en Tetuán, sobre todo en lo referente a la ejecución del vicecónsul español, no confirmada por ninguna otra fuente. En cambio, es posible que el autor del ms. se refiera a un episodio que tuvo lugar en Larache en 1790, cuando Muley al-Yazīd aún no había subido al trono. Era entonces vicecónsul español en la ciudad Tomás Bremond, uno de cuyos criados fue detenido por Muley al-Yazīd por haber golpeado a un musulmán y castigado a pena de azotes y a ser colgado, aunque no llegó a morir¹³⁹. Este incidente produjo una notable correspondencia diplomática entre Bremond, el ministro español de Estado, Grimaldi, el sultán Sīdī Muḥammad y otros personajes de la corte marroquí, por lo que es posible que el autor del ms. tuviera conocimiento de ello y lo trasladara, confusamente,

¹³⁸ *Memorable triunfo*, fol. 31v. Sobre Antonio González Salmón, véase POSAC MON, «La difícil neutralidad de Marruecos en los años iniciales del siglo XIX».

¹³⁹ Tomás Bremond, comerciante franco-alicantino, fue el primer titular de un consulado español en Marruecos; véase PRADELLS NADAL, «Los cónsules españoles del siglo XVIII», pág. 224.

a la narración que componía sobre las crueldades del sultán, al que califica de «bárbaro» y «tirano»¹⁴⁰.

Para contrarrestar las acciones hostiles de Muley al-Yazīd, el gobierno español fomentó y financió una rebelión tribal en el sur de Marruecos, encabezada por uno de los hermanos del sultán, Muley Hišām. A la muerte del soberano en febrero de 1792, Muley Hišām controlaba gran parte de las regiones meridionales del país, a lo que había que añadir otros focos rebeldes dirigidos por sus hermanos Maslama y Sulaymān¹⁴¹.

Fue este último quien consiguió, no sin muchas dificultades, hacerse con el poder y reinar en Marruecos. La descripción que hace el autor del ms. de su persona y su reinado carece de todo aspecto positivo:

«derrotado en los campos del honor, no obstante los socorros de España, por su valeroso antagonista, subió al solio por el atentado de los conspiradores, que desmintieron en Marruecos la magia e invulnerabilidad de que se gloriaba el victorioso Muley El-Yecid»¹⁴².

¹⁴⁰ Toda la documentación sobre el incidente de Larache, en ARRIBAS PALAU, «El príncipe marroquí Muley al-Yazīd, visto por el misionero franciscano Fr. Cristóbal Ríos». Dos viajes británicos se refieren a otro asunto que habría afectado al consulado español y que tiene alguna conexión temática con éste: Muley al-Yazīd habría castigado a su primer ministro (o a un judío que había sido agente diplomático de España) a ser colgado por los pies; tras varios días de este bárbaro castigo habría ordenado cortarle la cabeza (o una mano) y clavarla en la puerta del consulado español (LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 378, y CURTIS, *Journal of Travels in Barbary*, pág. 60). Otra versión en la que aparece el cónsul José Manuel González Salmón se sitúa en agosto de 1790: los restos humanos habrían sido clavados en la casa consular y en la puerta del hospicio franciscano de Mequinez (BECKER, *Historia de Marruecos*, pág. 179).

¹⁴¹ AL-DU'AYYIF, *Ta'riḥ al-dawla al-sa'ida*, págs. 229-230; EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Muley Sulayman*, págs. 88-90; BROWN, *Crossing the Strait*, pág. 58, y ARRIBAS PALAU, «Marruecos de la muerte de Mawlāy al-Yazīd a la afirmación de Mawlāy Sulaymān (1792-1797)».

¹⁴² *Memorable triunfo*, fol. 34r. Para el reinado de Muley Sulaymān, que se hizo efectivo a partir de 1798, es imprescindible la consulta de la monografía de Mohamed El Mansour, que se ha venido citando en numerosas ocasiones.

A continuación descalifica todas sus actuaciones: desde la feroz persecución a la que sometió a los otros pretendientes al trono, Muley Hišām (en el ms., Yschem) y Muley Maslama (en el ms., Salema), a las «crueldades inauditas, contribuciones exorbitantes, vejaciones indecibles y castigos horribles» a que sometió a sus súbditos; mientras hacía alarde de su religiosidad (lo llama «hipocritón»), seguía las huellas de sus antepasados haciendo un «tráfico escandaloso con las dignidades y empleos, deponiendo y robando a los dignatarios y empleados, y reponiéndolos para que con más ahínco volviesen al saqueo de los pueblos, de modo que el imperio todo no saciaba su sagrada hambre»¹⁴³. A este retrato demoledor se añade la avaricia desorbitada del sultán que, con el producto de sus rapiñas, habría reunido un enorme tesoro, depositado en Mequinez y evaluado en treinta millones de pesos¹⁴⁴.

Se trata, obviamente, de una visión muy parcial y que contiene algunas inexactitudes. Muley Sulaymān subió al trono tras un periodo de luchas contra sus hermanos Hišām y Maslama, que también se habían enfrentado a Muley al-Yazīd y que contaban con la adhesión de partes del territorio marroquí nada desdeñables; su muerte durante la gran peste de 1799-1780 dejó el camino libre a Muley Sulaymān para alzarse con el poder¹⁴⁵. Por otro lado, la caracterización del sultán como «hipocritón con el rosario en la mano, frecuente lectura del Alcorán y constante asistencia a la mezquita» compone una imagen esquemática, que parece responder más a los clichés del anticlericalismo español de la época que a un retrato fidedigno¹⁴⁶. Lo que ocurre es que Muley Sulaymān era realmente piadoso y, de hecho,

¹⁴³ *Memorable triunfo*, fol. 34r. El mismo tema es tratado por COMÍN, *Ligera ojeada*, págs. 107-110.

¹⁴⁴ *Memorable triunfo*, fol. 61r. COMÍN asegura (*Ligera ojeada*, pág. 118) haber visto mencionada esa suma en «documentos confidenciales».

¹⁴⁵ EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Muley Sulayman*, págs. 98-100.

¹⁴⁶ También COMÍN (*Ligera ojeada*, pág. 83), se refiere a la «afectada santidad» del sultán, que utiliza para conseguir la aprobación de sus súbditos.

antes de hacerse con el poder, se había dedicado exclusivamente al estudio de las ciencias religiosas, sin que hubiera manifestado veleidades políticas; fue incluso autor de una serie de tratados de carácter religioso¹⁴⁷. El autor del ms. no tenía noticia, claramente, de los cambios promovidos por Muley Sulaymān en el ámbito religioso —o en otros—, donde combatió lo que los más ortodoxos consideraban «innovaciones» condenables, como determinadas manifestaciones del sufismo o la veneración a los santos; son éstas características definitorias de su reinado, que escaparon a la atención de muchos observadores extranjeros.

Los últimos años del sultanato de Muley Sulaymān no fueron fáciles y a ello se refiere también el autor del ms., que presenta la rebelión de las tribus bereberes como una consecuencia de la opresión sufrida de manos de los gobernadores nombrados por el sultán, que exprimían a las poblaciones a base de impuestos¹⁴⁸. En su afán por denigrar a Muley Sulaymān, el autor del ms. no tiene en cuenta otros factores que provocaron, en efecto, una rebelión de gran envergadura; tanto, que, en mayo de 1819, en la batalla de Zayān (en el ms., *Sayan*), el sultán sufrió una derrota aplastante y fue hecho prisionero, al tiempo que perecía su hijo y heredero, Muley Ibrāhīm¹⁴⁹. A esta última circunstancia no se refiere el autor del ms., pero sí a la prisión del sultán y de cómo fue liberado por un bereber que le ayudó a llegar hasta Mequinez por caminos ocultos. Esta penosa situación y la ayuda del montañés aparecen también en los relatos de Cochelet y Comín¹⁵⁰, así como en el de otro español que se encontraba por aquellas fechas en Fez: el médico Serafín Sola que, en la memoria descriptiva de su actividad en Marruecos, explica las dificultades a que se enfrentaba

¹⁴⁷ *Ibidem*, págs. 132 y sigs.

¹⁴⁸ *Memorable triunfo*, fol. 35r.

¹⁴⁹ Sobre la batalla de Zayan, EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, pág. 188.

¹⁵⁰ COCHELET, *Naufrage du brick français «La Sophie»*, II, pág. 221; COMÍN, *Ligera ojeada*, pág. 160.

al tratar de volver a España, debido al estado de anarquía reinante en el país, como consecuencia de haber sido el ejército destinado al Atlas «completamente derrotado: el Rey, que lo mandaba en persona, prisionero; su hijo primogénito, herido de muerte en el campo de batalla; siguiéronse la anarquía y la peste (...)»¹⁵¹.

Las consecuencias de la derrota afectaron naturalmente al sultán, tanto personalmente (por la muerte de su hijo y heredero) como en el plano político, en el que se encontraba muy debilitado. A esta situación alude el autor del ms., que da cuenta del «desorden anárquico» que reinaba en el país y de la proclamación como sultán de un hijo de Muley al-Yazīd, Ibrāhīm¹⁵². A ello había que añadir que la hambruna de 1817-1818, de proporciones catastróficas, había acabado con el periodo de prosperidad económica anterior y favorecido la proliferación de rebeliones internas¹⁵³. El relato que proporciona el autor del ms. de esta última etapa del reinado de Muley Sulaymān subraya estas disidencias y la continua lucha del sultán para domeñar las rebeliones que atenazaban su reinado en este periodo; su exposición de los acontecimientos es algo confusa, pero recoge hechos históricos, como la expedición del sultán contra los shararida, que terminó de nuevo en derrota y cautiverio del sultán, esta vez en Marrakech, poco antes de su muerte¹⁵⁴.

Como es común en otros relatos occidentales sobre este reinado, el autor del ms. transmite de él una visión muy negativa, de la que forma parte su resistencia a liberalizar el comercio de Marruecos

¹⁵¹ SOLA, «Observación de una fístula lacrimal completa curada con el sedal por el método de Petit, seguida de algunas reflexiones generales sobre este afecto», pág. 250. Véanse EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Muley Sulayman*, págs. 188-189 y ABITBOL, *Histoire du Maroc*, págs. 284-285.

¹⁵² *Memorable triunfo*, fol. 35r.

¹⁵³ EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Muley Sulayman*, págs. 46 y sigs.

¹⁵⁴ *Memorable triunfo*, fol. 35v. Véanse COMÍN, *Ligera ojeada*, págs. 161-173 y ABITBOL, *Histoire du Maroc*, pág. 286. AL-NĀSIRĪ (*Kitāb al-Istiḡṣā*, VII, págs. 196-198) se refiere a este tema, que narra detalladamente, como el asunto de la *zāwiya* de al-Šarrādī.

con el extranjero¹⁵⁵. No es el único que subraya este punto; Muley Sulaymān es presentado a menudo como un fanático musulmán que tomó medidas muy restrictivas sobre el comercio europeo, imagen muy repetida que sólo en los últimos tiempos ha empezado a ser contrastada con la documentación marroquí coetánea y un análisis más profundo de las fuentes europeas¹⁵⁶.

En la línea más tradicional del orientalismo, el autor del ms. afirma que Muley Sulaymān murió «de repente verdaderamente cautivo en las delicias del Serrallo»¹⁵⁷; esto último parece más bien producto de las fantasías literarias que hacían del serrallo o harén la sede de toda clase de voluptuosidades. Más acertada es en el ms. la mención de la carta-testamento en la que Muley Sulaymān nombraba como su sucesor a su sobrino Muley °Abd al-Raḥmān b. Hišām (1822-1859); carta que, según el autor, se encontró dentro del turbante de Muley Sulaymān tras su muerte, como se ha indicado más arriba. Según Bendelac, el sultán había redactado otras dos cartas; una, enviada al solar de los °alawíes, el Tafilalet, perdonando a quienes se habían rebelado contra él, y otra, dejando instrucciones sobre cómo debía anunciarse su muerte a la población¹⁵⁸.

¹⁵⁵ *Memorable triunfo*, fol. 37r.

¹⁵⁶ EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Muley Sulayman*; BROWN, *Crossing the Strait*, págs. 54 y 67.

¹⁵⁷ *Memorable triunfo*, fol. 35v. Por su parte, ALI BEY (*Viajes por Marruecos*, pág. 343 y n. 22), se refiere a la desmedida afición del sultán hacia las mujeres.

¹⁵⁸ *Journal de Bendelac*, pág. 131. Según AL-NĀṢIRĪ (*Kitāb al-Istiqṣā*, VII, págs. 201-202) Muley Sulaymān, viendo cercana su muerte, ordenó que llamasen a su sobrino °Abd al-Raḥmān, entonces gobernador de Fez y pidió que le trajeran papel y su sello; estaban con él únicamente algunas de sus mujeres, una de las cuales, que tenía una hermosa caligrafía, escribió las últimas voluntades del sultán, que además ordenó se llevase otro escrito a los ulemas de Fez para comunicarles el nombramiento de su sucesor. AL-NĀṢIRĪ reproduce el texto de ambas cartas; en la primera enumera las virtudes de °Abd al-Raḥmān b. Hišām, que lo situaban por encima de los demás varones de la familia °alawi, incluidos los propios hijos de Muley Sulaymān. COMÍN manifiesta dudas (infundadas) sobre la autenticidad del documento, al quedar excluidos de la sucesión los propios hijos del monarca (*Ligera ojeada*, pág. 177).

Sobre Muley ʿAbd al-Raḥmān se ha tratado en varias ocasiones en estas páginas, puesto que era el soberano reinante durante la estancia de los liberales en Tánger y a él se refiere en varias ocasiones el autor del ms. A diferencia de la imagen que transmite el texto sobre sus antecesores en el trono, la de Muley ʿAbd al-Raḥmān (al que llama Abd al-Rahaman) es muy fragmentaria e incluso contradictoria, oscilando, en efecto, entre entusiastas alabanzas por su acogida a los exiliados y despectivas apreciaciones cuando su apoyo está en duda; en su despedida final de Marruecos, lo califica de «voluble»¹⁵⁹. Aunque el autor del ms. no podía, por razones evidentes, dar una visión de conjunto de un reinado en el que sucedieron algunos acontecimientos decisivos para la historia de Marruecos –como la invasión francesa de Argelia en 1830, que marcó el inicio de la relación colonial del Mágreb con Europa o la guerra con España en 1859-1860, ya en las postrimerías de la vida del sultán–, sí señala, por ejemplo, que su acceso al trono se hizo con la aprobación de los ulemas y otros estamentos religiosos, aunque opone estos partidarios del nuevo sultán a los «negros» (del ejército) y las tribus bereberes y otras que no aceptaron su proclamación y le obligaron a recluirse en Fez, a la espera de mejores momentos. Transmite el autor del ms. una visión muy negativa del periodo de transición entre Muley Sulaymān y su sucesor, sometido a rebeliones como las que amargaron los últimos años de aquél. De ahí su pesimista pronóstico sobre el futuro que esperaba a Muley ʿAbd al-Raḥmān, de quien prevé que «con dificultad sostendrá la corona en paz; es verosímil que sea víctima de la actual revolución»¹⁶⁰. Como es sabido, el sultán se mantuvo en el poder hasta su muerte, pero no sin que en su reinado se empezaran a observar los signos premonitorios de una nueva era en la historia de Marruecos, que desembocaría en la ocupación colonial¹⁶¹.

¹⁵⁹ *Memorable triunfo*, fol. 126r.

¹⁶⁰ *Ibidem*, fol. 53r.

¹⁶¹ Véanse AL-NĀṢIRĪ, *Kitāb al-Istiḳṣā*, VIII, págs. 9-94 y Miège, *Le Maroc et l'Europe*, II, págs. 31 y sigs. AL-NĀṢIRĪ (pág. 93) dedica al sultán los mayores elogios, llegando a calificarlo

Es tentador afirmar que el autor del ms. tiene una visión muy parcial de los sultanes marroquíes de que se ocupa; sin embargo, no lo es más que la de cualquier otro de sus contemporáneos –y de tiempos más recientes. La imagen del déspota oriental, todopoderoso y arbitrario, señor absoluto de vidas y haciendas, estaba bien implantada en el imaginario colectivo occidental de su época y se trasluce en mucho de lo que escribe el autor del ms. sobre los soberanos de Marruecos. Las noticias que suministra sobre ellos, por otra parte, son en general acordes con lo que se conoce a través de otras fuentes, aun cuando adolezcan de imprecisiones y algún que otro error que también se encuentran en otros muchos autores de su época. De todos los sultanes de que se ocupa, es Muley °Abd al-Raḥmān de quien ofrece una información más detallada, dispersa a lo largo del texto y que tiene que ver no sólo con su declarada protección a los liberales, sino con otras cuestiones de su acción política: así, su intervención ante la disputa entre el cónsul francés y el administrador de la aduana de Tánger a propósito de la venta de bueyes al ejército francés que ocupaba España; las rentas adjudicadas a los jerifes de su familia residentes en el Tafilaleṭ; su política de nombramientos; las dificultades que encontró al suceder a su tío y hallar las arcas del estado prácticamente vacías o, finalmente, la política monetaria implementada en 1825 (una de las escasas informaciones datadas por el autor del ms.)¹⁶².

Uno de los aspectos de la institución monárquica marroquí que más llamaron la atención del autor del ms. es el de la sucesión dinástica, que no se rige, tal como ocurre en el resto de las sociedades islámicas tradicionales, por el criterio de la primogenitura y la transmisión genealógica lineal. Se refiere a ello con cierta amplitud al dar noticia, precisamente, de la llegada al poder de Muley

de «segundo Ismāʿīl»; también detalla las muchas obras que hizo construir por todo el reino: santuarios, fortificaciones, hospitales, mezquitas, etc.

¹⁶² *Memorable triunfo*, fols. 30v, 32r, 48v-49r, 55r, 61v y 87r.

«Abd al-Rahmān, que no era hijo del sultán difunto, sino uno de sus sobrinos, elegido para la sucesión por sus virtudes y capacidades personales. Esta decisión fue aceptada sin discusión, dice el autor del ms., porque para los musulmanes es aceptable entronizar a los príncipes más «audaces o afortunados de la regia estirpe», como viene sucediendo en las sucesivas dinastías que han reinado en Bagdad, El Cairo, Córdoba o Estambul. Aprovecha esta ocasión el autor del ms. para clamar contra la sucesión en las monarquías occidentales, basada en el «mayorazgo monárquico, modelo de las vinculaciones perpetuas, de los señoríos monstruosos» y causa de males innumerables¹⁶³; pero no se le oculta que el sistema islámico produce a menudo situaciones de enorme inestabilidad tras la muerte de un soberano, y de luchas sin cuartel entre el sucesor designado y otros príncipes que compiten con él por el acceso al poder¹⁶⁴. Los turbulentos periodos de transición entre los reinados de Muley Ismā'īl y sus sucesores, a los que se refiere con cierto detalle, le incitaron sin duda a considerar que las ventajas del sistema sucesorio islámico sobre el occidental no compensaban sus perjuicios.

3. LA SOCIEDAD MARROQUÍ

Los resortes del poder

Junto a los apartados específicamente dedicados a la descripción de la sociedad marroquí, el autor del ms. desliza sus opiniones sobre este tema en numerosas ocasiones a lo largo de su obra. Es evidente que, como se ha ido viendo, muchas de sus observaciones proceden de saberes librescos, aunque también se aprecian, a veces, opiniones fundadas en experiencias propias. El texto se inscribe, así, dentro de la tradición de los viajeros occidentales a Marruecos, que solían

¹⁶³ *Ibidem*, fol. 36r.

¹⁶⁴ *Ibidem*, fols. 48r-v.

combinar las informaciones de otros viajeros o estudiosos del país con reflexiones derivadas de su trato personal con miembros de la sociedad marroquí. Beauclerk, por ejemplo, insiste en su relato en lo necesario que es escuchar la opinión de los habitantes del país que, aunque a primera vista pueda parecer producto de la ignorancia, en realidad procede de la experiencia propia sobre las circunstancias locales, por lo cual no debía en absoluto despreciarse¹⁶⁵.

Es difícil, sin embargo, identificar la procedencia de las informaciones sobre Marruecos que pueden hallarse en el texto del ms. o en otros relatos contemporáneos. Las opiniones vertidas sobre la sociedad marroquí comparten una serie de clichés que responden mayoritariamente a la transmisión de la tradición occidental sobre el mundo árabe-islámico, matizada por la evolución del pensamiento europeo en los siglos xvii-xviii, del que son deudores quienes escriben en las primeras décadas del xix. Es el caso, al que se ha hecho alusión con anterioridad, del recurrente tema del despotismo del sultán marroquí, calcado de las ideas de Montesquieu y que tendría mucha más larga vida. El autor del ms. se inscribe en esa línea de pensamiento y se refiere en varias ocasiones al poder tiránico y absoluto del sultán o, incluso, al monstruoso absolutismo que rige la sociedad marroquí; esta última calificación se inspira, en apariencia, en su opinión sobre la situación política española¹⁶⁶. Así ocurre que, al referirse a su salida de Tánger, no vacila en manifestar que se despidió del «doble despotismo europeo y africano»¹⁶⁷, a pesar de que, gracias al segundo, haya podido escapar de las garras del primero.

No es ésta la única de las contradicciones que pueden observarse en el texto, pero es quizá la más llamativa, porque responde a las circunstancias personales del autor. Otros autores contemporáneos que dejaron constancia de su experiencia en Marruecos no se encon-

¹⁶⁵ BEAULCKER, *Journey to Morocco in 1826*, págs. 136 y 244.

¹⁶⁶ *Memorable triunfo*, fol. 5v.

¹⁶⁷ *Ibidem*, fol. 13v.

traron en la misma tesitura –acogidos a la protección del sultán– y, por tanto, participaron sin problemas en la caracterización del poder político marroquí como una tiranía sin límites, que carecía de cualquier instrumento de contención. El cónsul francés Louis de Chénier afirmaba, tras una larga estancia en Marruecos (entre 1767 y 1782), que el gobierno del país era el más absoluto que se pudiera imaginar, dado que no existían códigos legales y la justicia se aplicaba según las normas del Corán y sus exégetas¹⁶⁸. Un observador tan usualmente ponderado como Jackson (que al igual que Chénier vivió muchos años en Marruecos), sigue la misma línea al señalar que, puesto que los naturales del imperio han nacido siendo súbditos de un déspota arbitrario, puede decirse que no disponen de leyes establecidas¹⁶⁹.

Sobre la bien asentada idea del despotismo del soberano, auténtico *leitmotiv* de la literatura occidental sobre el mundo islámico, se desarrollan otros temas conexos, igualmente de larga vida. Quizá uno de los más significativos sea el considerar al sultán como el único dueño de las propiedades públicas y privadas en todos sus dominios; se trata de un cliché recurrente en esta y otras épocas, carente de apoyo histórico, pero que contribuye a reforzar la idea de la potestad absoluta del soberano sobre bienes y personas. A finales del siglo XVIII, Lemprière afirma que, en el imperio de Marruecos, nadie tiene propiedades: todo el territorio cerca de las ciudades pertenece al emperador¹⁷⁰. Según Badía, en Marruecos no existe la propiedad, «pues el sultán es dueño de todo», y nadie tiene la libertad de vender o disponer del fruto de su trabajo¹⁷¹. Por eso, no ha de extrañar que los súbditos de tan despótico poder oculten, cuando las tienen, sus riquezas, de manera que no puedan suscitar la codicia del sultán, siempre dispuesto a confiscárselas¹⁷².

¹⁶⁸ CHÉNIER, *Recherches historiques*, págs. 161 y 170.

¹⁶⁹ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 150.

¹⁷⁰ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 31.

¹⁷¹ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 339.

¹⁷² COMÍN, *Ligera ojeada*, págs. 107-108.

El autor del ms. se detiene en un ejemplo de esta clase de procedimientos protagonizado por el administrador de las aduanas de Tánger, precisamente quien, según dice, había obstaculizado la llegada de los liberales a la ciudad¹⁷³. A este personaje lo caracteriza como un anciano de recio carácter, que había labrado su fortuna con ingresos irregulares facilitados por su cargo; pero cometió el error de construirse una suntuosa residencia que atrajo la atención del sultán. Requerido para reembolsar al tesoro público lo detraído, se negó en redondo, e incluso se resistió a las torturas a que fue sometido para confesar dónde ocultaba sus dineros. Con cierta complacencia relata el autor del ms. que, entre los tormentos que se le aplicaron, se contaba que se habían introducido gatos en sus zaragüelles, para que, asustados por el encierro, lacerasen sus carnes, como así sucedió. Finalmente, y ante la resistencia inaudita del funcionario, el sultán (Muley Sulaymān), mandó derribar su casa, hallando los tesoros buscados en el hueco de las columnas¹⁷⁴.

Este incidente, real o imaginado, debió de circular entre los occidentales que vivían en Marruecos y los viajeros que visitaron el norte del país. Por los mismos años en que el autor del ms. recogía estos hechos en su texto, lo hacía el oficial británico Beauclerk; sólo que éste da como su protagonista a un bajá de Tetuán, de la misma familia a la que pertenecía el malhadado administrador tangerino. Según Beauclerk, la tortura no consiguió doblegar al bajá, que murió como consecuencia de ella, dejando sus muchos bienes en herencia a sus hijos¹⁷⁵.

La memoria de la tortura infligida a este personaje se conservaba años después, cuando en 1839 Hay escribió el relato de sus viajes por Marruecos en busca de caballos de raza. En una nota a pie de página de ese texto, el que luego sería el más importante de

¹⁷³ Esta circunstancia, como se ha visto antes, es mencionada en el Diario de Bendelac, por el que se sabe que el administrador de la aduana era entonces ‘Abd al-Rahmān ‘Aš‘āš (véase pág. 48, notas 102 y 103).

¹⁷⁴ *Memorable triumpho*, fol. 34v.

¹⁷⁵ BEAULCKER, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 228.

los cónsules ingleses del siglo XIX afirma que «the most horrible tortures are resorted to for forcing confession of hidden wealth» y entre ellas cita, aunque esta vez ya sin identificar al que lo padeció, cómo «two fierce cats are put alive into his wide trousers»¹⁷⁶. La crueldad de esta clase de procedimientos configura un retrato del soberano marroquí a quien, como dueño absoluto del país, todo le estaba permitido.

Así se explican, a los ojos de los viajeros europeos, las características que atribuyen a los súbditos del sultán: los marroquíes, para muchos de ellos, son, en efecto, indolentes y de carácter débil, como consecuencia de la tiranía a la que están sometidos, ejercida por el sultán sobre sus propios gobernadores y que éstos practican igualmente sobre sus gobernados¹⁷⁷. No sorprende que los marroquíes sean desconfiados, falsos y crueles; no tienen respeto por sus vecinos y si pueden, se saquean unos a otros; no conocen lazos sociales o de afecto; el padre teme al hijo, y el hijo, al padre¹⁷⁸. El vicecónsul sueco, Graberg di Hemsö, se extiende sobre este tema con verdadera complacencia: los marroquíes son avaros; acumulan tesoros, pero los esconden por miedo a la confiscación y viven miserablemente; son fanáticos, hipócritas y crueles, todo a un tiempo; aborrecen a todos los extranjeros, persiguen a los cristianos y oprimen inicua mente a los judíos. Sólo tienen una virtud, y es que toleran el dolor y los padecimientos estoicamente. Como viven bajo el gobierno más despótico del mundo conocido, son pusilánimes y viles y aguantan las humillaciones; no son valientes ni generosos, la ira fermenta en sus corazones y el odio parece ser su elemento¹⁷⁹.

Esta breve selección bastará para mostrar las actitudes más comunes entre los observadores occidentales, que reproducen entre unos

¹⁷⁶ HAY, *Western Barbary*, pág. 86.

¹⁷⁷ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 239.

¹⁷⁸ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, págs. 152-153.

¹⁷⁹ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, págs. 84-85.

y otros con poca originalidad. Incluso aquellos que, como Jackson o Beauclerk, manifiestan una cierta simpatía hacia la sociedad marroquí, caen en la repetición de los tópicos más manidos para definirla como se acaba de ver. Es interesante, con todo, observar que los males del carácter de los marroquíes y los vicios individuales y sociales que les aquejan se deben, no a su intrínseca perversidad, sino a la tiranía a que están sometidos.

Al «poder absoluto» del sultán se refiere el autor del ms. en varias ocasiones. También lo califica de «déspota favorecido, el hijo predilecto de Mahoma, el ayudado por Dios, el árbitro supremo de la religión y del estado, el señor absoluto de las vidas y haciendas de sus vasallos, y su voluntad soberana, la ley ambulante»¹⁸⁰. Se ve claramente que en estas apreciaciones reproduce las opiniones comunes en su época sobre las sociedades islámicas: la falta de un gobierno ilustrado y el dominio absoluto del sultán sobre sus súbditos explicarían el retraso y decadencia que padece Marruecos; de donde podría deducirse que los marroquíes no padecen una ínsita inclinación al mal y que el establecimiento de un gobierno justo y no tiránico cambiaría por completo su carácter. No llega hasta ahí el autor del ms., pero sí se trasluce la implícita comparación que hace entre el absolutismo del sultán y el de Fernando VII en su referencia, citada más arriba, al «doble despotismo europeo y africano»¹⁸¹.

El gobierno africano es, para el autor del ms., «fundamentalmente militar. El sultán gobierna y domina vastas regiones por medio de alcaides principales y subalternos encargados del mando del ejército, de las provincias y plazas marítimas»¹⁸². Alcaides y bajás, añade, gozan de una relativa independencia y algunos llegan a rebelarse contra el sultán. Como era usual entre viajeros occidentales, el autor del ms. se interesa igualmente por la organización del ejército marroquí,

¹⁸⁰ *Memorable triunfo*, fol. 47v.

¹⁸¹ Véase THOMSON, *Barbary and Enlightenment*, págs. 74 y 95.

¹⁸² *Memorable triunfo*, fol. 49v.

cuestión a la que dedica cierta atención¹⁸³. Se trata, en general, de unas opiniones *pro domo sua*, que tienden a mostrar las deficiencias militares de Marruecos y, por ende, la posibilidad de que su ejército fuera derrotado en un enfrentamiento bélico con las potencias europeas. En este panorama destacan las poco comunes apreciaciones de Buffa, que asiste en Fez a una revista de las tropas y comenta favorablemente su estado¹⁸⁴. Por su parte, Badía describe las malas condiciones de las fortificaciones de Tánger y observa que la infantería es reducida, mientras que el sultán dispone de jinetes muy bien entrenados; también señala las diferencias entre los contingentes de los udayas y los negros (llamados *bujaris*)¹⁸⁵, a los que se ha aludido anteriormente.

Tanto las informaciones de Badía como las de Comín¹⁸⁶ tienen puntos en común; el autor del ms. parece haberse inspirado en ellas, y en alguna ocasión las reproduce casi literalmente. Al igual que Comín, menciona la carencia de hospitales de campaña, o el sistema por el cual el sultán, cuando quiere poner en marcha al ejército, «expide mandamientos a las provincias que se mantienen fieles, y cada distrito le aporta su contingente»¹⁸⁷. También como Comín, el autor del ms. se detiene en lo que considera forma desordenada de combatir, observando que los soldados de infantería constituyen un «desordenado montón»; Comín, por su lado, decía

¹⁸³ *Ibidem*, fols. 51r-53r.

¹⁸⁴ BUFFA, *Travels through the Empire of Morocco*, págs. 108 y 323 y sigs. Otras opiniones sobre el estado desastroso del ejército y el deterioro de las defensas, en BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, págs. 258-275. El relator de la embajada española de 1799 se percató, por su parte, de la resistencia de los soldados marroquíes, que soportaban duras condiciones de servicio en sus relevos y guardias, lo que permitía suponer que podrían ser, debidamente entrenados, excelentes soldados (*Embaxada de la corte de España al rey de Marruecos en el año de 1799*, pág. 40).

¹⁸⁵ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, págs. 130 y 342. El nombre de *bujaris* deriva del del autor de uno de los más difundidos compendios de tradiciones proféticas, al-Buḥārī, que Mulay Ismā'īl recomendaba llevaran a las batallas los miembros del ejército de esclavos negros (HAMEL, *Black Morocco*, pág. 163).

¹⁸⁶ COMÍN, *Ligera ojeada*, págs. 118-22.

¹⁸⁷ *Ibidem*, págs. 120 y 122.

que el ejército marroquí estaba totalmente falto de disciplina¹⁸⁸. En este último aspecto, coincide con ambos autores el testimonio del cronista al-Zayyānī (m. 1833), para quien los fracasos militares de Muley Sulaymān se debieron al excesivo número de tropas que llevaba sin control a la batalla¹⁸⁹.

El análisis más detallado del ejército marroquí a principios del siglo XIX procede de un militar francés, el capitán de ingenieros Antoine Burel (1773-1850), que fue enviado en 1808 por Napoleón I ante Muley Sulaymān con una doble misión: conseguir que el sultán tomara una postura profrancesa y estudiar con detalle la situación del ejército marroquí. Si Burel fracasó en el primero de estos dos cometidos –el sultán mantuvo su política neutral entre Francia e Inglaterra– el segundo lo cumplió de forma excelente, dejando por escrito una larga serie de observaciones, interesantes sobre todo para la historia militar, en las que se ocupa de la composición de los ejércitos, tropas provinciales, tropas imperiales, negros y udāyas, soldadas, uniformes, caballos, armas, artillería de campaña, arsenales, aprovisionamiento en campaña, servicio de salud, transportes, manera de vivir en el ejército, ejercicios de la caballería, combates, infantería, asedios y fortificaciones. El autor del ms. no tuvo acceso a este minucioso documento¹⁹⁰, que adelanta lo que serán después observaciones del mismo carácter llevadas a cabo por las misiones militares enviadas por las potencias europeas, España entre ellas, a Marruecos, con el objeto de disponer de información fidedigna sobre las fortalezas y debilidades de la defensa marroquí¹⁹¹.

¹⁸⁸ *Ibidem*, pág. 121; *Memorable triunfo*, fol. 52v. Badía describe las tácticas de la caballería marroquí insistiendo en el desorden que crean entre sus propias filas (ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, págs. 340-341).

¹⁸⁹ Citado por EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, pág. 26.

¹⁹⁰ Presentado al emperador francés en 1810 y publicado por CAILLÉ, *La mission du capitaine Burel*. Véase CHEGRAOUI, «La imatge del Marroc entre els viatgers europeus del 1790 al 1825», págs. 115-116.

¹⁹¹ Sobre ello, URTEAGA, *Vigilia colonial. Cartógrafos militares españoles en Marruecos (1882-1912)*.

Como se ha advertido antes, los soberanos de Marruecos eran conscientes de los puntos flacos de su aparato militar, tanto más cuanto que la expedición de Bonaparte a Egipto (1798-1801), aun cuando a la postre hubiera terminado en retirada, no dejaba de mostrar la flaqueza de los aparatos militares en la orilla sur del Mediterráneo¹⁹². Las costas marroquíes también habían sufrido ataques en la segunda mitad del siglo XVIII (bombardeos de Salé y Larache por los franceses en 1765 y de Tánger por los españoles en 1791); aunque sin graves consecuencias, estos hechos aconsejaban plantear una reorganización del ejército y la renovación de fortificaciones y armamento¹⁹³. A un aspecto concreto de este proceso de reformas se refiere el capitán Burel en su informe, en el que indica que Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh quiso establecer en Tetuán, en 1771, una fundición para la fabricación de cañones y que contrató para ello a obreros europeos; sin embargo, el volumen de gasto que suponía el proyecto le hizo desistir de continuarlo tras haberse fundido algunas bombas y proyectiles¹⁹⁴. El autor del ms., como ya se ha visto, se refiere a un intento igualmente fallido, al señalar la presencia en Fez, durante los años de su propia estancia en Tánger, de un húngaro que había conseguido «licencia del emperador» para establecer en la ciudad una fundición de cañones, sin que por el momento hubiera llegado a hacer realidad su propósito¹⁹⁵. No deja de llamar la atención, en este contexto, que el autor del ms. mencione admirativamente la introducción del uso de la pólvora en la defensa de Algeciras, sitiada por los cristianos en 1342, elemento «cuya invención hizo después la más asombrosa revolución en la ciencia militar», según afirma¹⁹⁶.

¹⁹² Sobre la repercusión en Marruecos de esta expedición, véase MIÈGE, «Bonaparte, l’Egypte et le Maroc».

¹⁹³ АВИТБОЛ, *Histoire du Maroc*, págs. 289-290.

¹⁹⁴ CAILLÉ, *La mission du capitaine Burel*, pág. 69.

¹⁹⁵ *Memorable triunfo*, fol. 87v.

¹⁹⁶ *Ibidem*, fols. 76v-77r. La fama del sitio de Algeciras tuvo eco en gran parte de Europa; la Crónica de Alfonso XI describe con gran detalle los efectos de la artillería en el ejército sitiador cristiano, aunque la ciudad se rindió, finalmente, por hambre. En todo

La necesidad de incorporar la tecnología artillera occidental al equipamiento de los ejércitos magrebíes se había hecho notar desde que el progreso de esa arma en Europa había empezado a marcar una diferencia notable en los enfrentamientos bélicos mediterráneos. Es bien conocido el caso del morisco Ibn Gānim, autor en Túnez de un manual de artillería compuesto en español y traducido luego al árabe por Aḥmad b. Qāsim Bejarano, otro morisco que fue traductor e intérprete de los monarcas marroquíes; al parecer Ibn Gānim se había inspirado en la obra de Luis Collado, *Plática manual de artillería*, publicada en 1592, además de en su propia experiencia como soldado¹⁹⁷. Junto a la renovación de la tecnología de las armas, era necesaria la presencia de técnicos y profesionales especializados en su uso y mantenimiento; de ahí la integración de desertores y renegados europeos en la artillería del sultán, como fue el caso de Piloti, que tan importante papel tiene en el relato del autor del ms.

A pesar de estos intentos de reforma y otros posteriores, la impresión que los observadores europeos ofrecían sobre las defensas artilleras de ciudades marítimas como Tánger (que era una de las pocas que podían visitar) no era muy favorable. Y la artillería de campaña tampoco se benefició notablemente de la presencia de artilleros europeos y de la adquisición de armas modernas: si en la llamada batalla de las Pirámides (1798), los mamelucos fueron derrotados por la intervención decisiva de la artillería enemiga, las derrotas del ejército marroquí en Isly contra el francés (1844) y en 1860 contra el espa-

caso, se conocen ejemplos anteriores de utilización de la artillería por ejércitos musulmanes en la península Ibérica, tanto en Huéscar (1324) como en Baza y Martos (1325). Sobre todo ello, LÓPEZ MARTÍN, «La evolución de la artillería entre los siglos XIV y XVI con especial atención a los manuscritos de Walter de Milemete y los primeros usos de la artillería en Europa».

¹⁹⁷ Véanse JAMES, «The “Manual de Artillería” of al-Raʿīs Ibrāhīm b. Aḥmad al-Andalusī, with Particular Reference to Its Illustrations and Their Sources»; GLICK, «Moriscos and Marranos as Agents of Technological Diffusion», pág. 116, y MATAR, *Europe Through Arab Eyes 1578-1727*, págs. 125-132.

ñol mostraron de nuevo la inferioridad tecnológica del armamento empleado por las huestes del sultán¹⁹⁸.

Muy semejante fue el caso de la marina real marroquí. El autor del ms. se extiende con algún detalle sobre ese tema, coincidiendo con el resto de los observadores contemporáneos: así, dice que «la marina imperial se halla reducida a una pequeña goleta que monta seis cañones y otros barcos menores»¹⁹⁹. Los escasos intentos de ampliar esta escasa dotación (ya se ha hecho referencia a la fracasada gestión de encargar la construcción de barcos a los Estados Unidos) no llegaron a tomar cuerpo, aunque el propio autor del ms. indica que el bajá Ū Mīmūn había comprado una goleta sarda con el propósito de armarla para la navegación²⁰⁰. Pero, añade a continuación, ha de tenerse en cuenta que Marruecos carece de navegantes expertos, lo que provoca naufragios como los que sucedieron el año anterior (¿1825?) con un barco mercante en el muelle de Tánger y otro de guerra en aguas de Gibraltar²⁰¹.

Algunos años antes, en 1809, Burel contabilizaba los navíos de la marina de guerra marroquí en una pequeña fragata, cuatro corbetas armadas con cañones y unas 8 o 10 barcasas de remos²⁰². Esta reducida flota disminuyó aún más en la década siguiente; según Comín el sultán sólo disponía en 1822 de «unos cuantos lanchones» y había regalado al dey de Argel la única corbeta que le quedaba, según él para «no gastar dinero en carenarla»²⁰³. Poco después, Beauclerk también dejaba constancia de la práctica inexistencia de la marina de guerra marroquí²⁰⁴.

¹⁹⁸ Sobre los intentos de reforma militar, véanse SIMOU, *Les reformes militaires au Maroc de 1844 à 1912*, y ALBERT SALUEÑA, «Las reformas del ejército marroquí en el siglo XIX y la participación española».

¹⁹⁹ *Memorable triunfo*, fol. 53r.

²⁰⁰ *Ibidem*.

²⁰¹ *Memorable triunfo*, fols. 53v-54r.

²⁰² CAILLÉ, *La mission du capitaine Burel*, págs. 105-107.

²⁰³ COMÍN, *Ligera ojeada*, pág. 116.

²⁰⁴ BEAUCLEBK, *Journey to Morocco in 1826*, págs. 268-275.

La supresión del corsarismo (o *ġihād* marítimo), de la que ya se ha hablado aquí, tuvo como consecuencia, entre otras cosas, la reducción del número de barcos que formaban parte de la «marina real» marroquí; muchos se perdieron, por otra parte, durante una tormenta que azotó el puerto de Larache. Muley Sulaymān mantuvo una política restrictiva respecto a la flota y, como afirmaba Comín, entregó los últimos barcos que le quedaban al dey de Argel, para compensar la pérdida de la armada argelina tras un ataque de ingleses y holandeses en 1816²⁰⁵. De manera que los observadores extranjeros no andaban descaminados en sus apreciaciones sobre la desaparición, prácticamente total, de la marina marroquí. También parecen acertados los comentarios del autor del ms. sobre los marineros del país, tanto de la flota de guerra como de la mercante: se carece, afirma, de «arráeces inteligentes, de pilotos experimentados y de marineros diestros»²⁰⁶. En efecto, la escasa capacidad de la marina mercante marroquí se hizo notar con tanta más fuerza por cuanto el comercio de exportación desde Marruecos estaba en manos de comerciantes y barcos europeos y los esfuerzos, en el siglo XVIII, del sultán Sīdī Muḥammad para fomentar la creación de una marina mercante tuvieron un éxito muy limitado²⁰⁷.

La presencia de la religión en todos los órdenes de la vida social e individual de los marroquíes no pasó desapercibida ni para el autor del ms. ni para otros observadores, anteriores o posteriores; tampoco lo fue la importancia religiosa de la figura del sultán, acentuada en

²⁰⁵ Véanse sobre todo esto EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, páginas 108-111, y ALBERT SALUEÑA, «Las reformas del ejército marroquí», pág. 111.

²⁰⁶ *Memorable triunfo*, fols. 53v-54r. Para la primera década del siglo XIX, AL-ḌU‘AYYIF, *Ta‘rīḥ al-dawla al-sa‘īda*, págs. 334 y 373, da los nombres de varios arráeces marroquíes; algunos llevan *nisbas* que acreditan su nacimiento o residencia en Rabat y Salé. A tres de ellos les ordena el sultán dirigirse a Lisboa en 1806, sin que el cronista informe sobre las razones de este viaje (*ibidem*, pág. 334)

²⁰⁷ Véanse ENNAJI, «Le Maroc et l’Atlantique durant les temps modernes», pág. 119, y LOURIDO, «El mar como elemento básico en la realización del proyecto político de Sidi Muhammad b. ‘Abd Allāh», págs. 216 y sigs.

tiempos de quienes, como Muley Sulaymān, adoptaron una política decidida en ese terreno. Pero hubo dos aspectos de la vida religiosa de Marruecos que llamaron poderosamente la atención del autor del ms.: el papel de los jerifes y el de los santos.

A los primeros se refiere en varias ocasiones. Constata, así, que los soberanos marroquíes son una «augusta familia de los jerifes descendientes del primer califa, y de la sangre de Fátima (...) teniéndose por hijos legítimos de Mahoma»²⁰⁸; lamenta luego que esta «ilustre familia de los jerifes», es decir, los sultanes de la dinastía ʿalawí, no respondieran a las esperanzas puestas en ellos, porque como «príncipes prostituidos, santones hipócritas y bárbaros déspotas, se sumergieron en los placeres del serrallo, se dedicaron a las sutilezas de la teología, del fatalismo y a los éxtasis de devoción en las mezquitas»; a esta proclama sigue una detallada exposición de los signos de su mal gobierno²⁰⁹.

Algo confundido andaba el autor del ms. al afirmar que los ʿalawíes eran jerifes descendientes del primer califa (Abū Bakr) y de la sangre de Fāṭima, la hija de Mahoma. En Marruecos se cuentan diversos linajes de jerifes, es decir, de descendientes de Fāṭima y su marido, ʿAlī b. Abī Ṭālib, primo del profeta y cuarto de los califas del islam. Junto a este pequeño detalle genealógico, la caracterización de los ʿalawíes como príncipes dados a todos los vicios llama la atención si se la compara con los textos de carácter histórico sobre algunos de ellos que se han examinado con anterioridad y en los que no faltan apreciaciones favorables a su política o sus personas.

El fenómeno del jerifismo como forma de legitimación política empieza a construirse en Marruecos con la dinastía saʿdí (ss. XVI-XVII) y se difunde a la par que lo hace la cofradía religiosa de la Ġazūliyya²¹⁰. Los jerifes ʿalawíes procedían del sur de Marruecos;

²⁰⁸ *Memorable triunfo*, fols. 31r-v.

²⁰⁹ *Ibidem*, fols. 39v-40r.

²¹⁰ RODRÍGUEZ MEDIANO, «La expansión geográfica de la *ṭarīqa* de al-Ġazūlī según una

la tumba del fundador de la dinastía sigue venerándose hoy día en Risani, la antigua capital del Tafilalet (lámina XIX). El autor del ms. observa que «la turba de los jerifes blancos y negros es por lo común confinada a la remota provincia de Taflete, donde vive sin distinción ocupada en el trabajo para subsistir»²¹¹. Sin embargo, ya en el reinado de Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh se había establecido un sistema de donaciones del sultán para los miembros de su extensa familia, que eran distribuidas por sus representantes en la región y tenían como objetivo controlar a los jerifes locales y evitar cualquier veleidad de rebelión contra el soberano reinante²¹². A esta fórmula se refiere también el autor del ms., que atribuye a Muley ʿAbd al-Raḥmān una sustanciosa donación destinada a la familia de su predecesor, Muley Sulaymān, al que agradecía así la designación para sucederle²¹³.

El jerifismo se sustenta en la vinculación genealógica con el poder político y religioso: la baraka del linaje, vinculada a la figura del Profeta, se transmite de generación en generación y vertebrada las relaciones de poder entre los grupos sociales. Los jerifes, dice el autor del ms., tienen el privilegio de ser «santos de nacimiento» y de comunicar este estatus a sus mujeres, que se convierten así en «sanadoras» de enfermos; cita a este propósito una anécdota ya mencionada aquí y protagonizada por uno de sus compañeros emigrados, que fue objeto de los cuidados de una jerifa. Aunque la idea de la «santidad heredada» causara extrañeza al autor del ms., su observación es certera, como lo es la cualidad de sanadoras que atribuye (con cierta socarronería, eso sí) a las mujeres de las familias de jerifes. De hecho,

fuentes biográficas marroquíes».

²¹¹ *Memorable triunfo*, fol. 48v. Véase ABITBOL, *Histoire du Maroc*, pág. 267: el número de jerifes residentes en Tafilalet aumentó considerablemente con la numerosísima descendencia de Muley Ismāʿīl.

²¹² HARRAK, «Sharifism and the sharif-s in the reign of Muhammad b. Abdallah (1757-1797)». AL-NĀṢIRĪ (*Kitāb al-Istiḳṣā*, VII, pág. 93) afirma que el sultán había destinado a los jerifes del Tafilalet la suma anual de 100000 meticales, además de otras entregas que se hacían en diferentes fechas del año.

²¹³ *Memorable triunfo*, fols. 49r-v.

en la familia de los mišbāḥīs de Larache y la región circundante, que se atribuía un linaje de jerifes, la tradición popular ha conservado la memoria de diversas mujeres pertenecientes a ella que tenían gran reputación como santas sanadoras, por sí mismas, o por la baraka que se obtenía al peregrinar a sus santuarios²¹⁴.

Ahora bien, la mayor parte de los jerifes que vivían en Tafilalet, observa el autor del ms., sobrevivía gracias a su trabajo. En esto coincide con Comín –o, como en otras ocasiones, extrae de la relación de Comín lo sustancial de sus afirmaciones. Lo curioso, en este caso, es que Comín reunió una serie de datos sobre Tafilalet y los jerifes de la región gracias a las informaciones que recogió de un «maestro de obras tarifeño» que había residido allí durante dos años, encargado por el sultán de construir un «malecón o represa»²¹⁵. Lo que el maestro de obras relató a Comín no era muy halagüeño respecto a las imaginadas riquezas de la cuna de los jerifes; de ellos le contó que eran tantos y tan desvalidos, que las dos terceras partes de los peones que trabajaban en la obra eran, precisamente, miembros de la «estirpe regia», que no se distinguían en nada de los demás jornaleros. Según había hecho notar ya Badía, las donaciones del sultán a los numerosos jerifes de la región (que cifra en más de dos mil) no pasaban de ser «ligeras gratificaciones»²¹⁶; en muchos casos, como se está viendo, deberían ser completadas con ingresos suplementarios.

Si bien los jerifes participaban, en un grado u otro, del carisma de santidad atribuido a su linaje, no todos los santos que florecieron en Marruecos eran jerifes. La santidad abarca, pues, un ámbito mucho más amplio que el jerifismo. Sus manifestaciones son múltiples y se basan tanto en el carisma individual como en su difusión y transmisión a través de redes familiares y clientelares, a menudo

²¹⁴ EL HOUR y MARÍN, *Memoria y presencia de las mujeres santas de Alcazarquivir (Marruecos)*, págs. 114-115.

²¹⁵ COMÍN, *Ligera ojeada*, págs. 62-65.

²¹⁶ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 340.

organizadas en núcleos residenciales y de relación que la investigación occidental suele llamar «cofradías». Este singular fenómeno, que permea a través de los siglos toda la sociedad marroquí, empieza a desarrollarse en la Edad Media y conoce después una expansión de grandes proporciones²¹⁷.

Las prácticas de la santidad en Marruecos produjeron, a partir de sus primeras manifestaciones, una literatura hagiográfica de gran riqueza y continuidad²¹⁸. Los viajeros y otros observadores occidentales no conocieron estos textos; tampoco parecen haberse interesado por averiguar cuáles eran los cánones de comportamiento de los santos o sus motivaciones más profundas. La mirada que proyectan hacia los hombres o mujeres que los marroquíes tenían por santos carece de empatía; ni siquiera los que procedían de sociedades en las que la veneración hacia los santos era común –como la española– fueron capaces de ir más allá de una consideración superficial y menospreciativa de este fenómeno.

En el índice inicial del texto, el autor del ms. hace notar que se ocupará de «santones y profetas; Aysauas; Darcauas»²¹⁹. Es lástima que justamente esos temas pertenezcan a la parte perdida del ms., porque hubieran podido contribuir a una visión más matizada de las opiniones del autor, ya que una y otra denominación se refieren a dos «cofradías» que han tenido singular importancia en la historia moderna y contemporánea de Marruecos²²⁰. Tal como se ha con-

²¹⁷ La bibliografía sobre la santidad en Marruecos es considerable y abarca muchos y variados puntos de vista. Como punto de partida, deben recomendarse, entre otros, los estudios de HALIMA FERHAT (por ejemplo, *Le soufisme et les zaouyas au Maghreb. Mérite individuel et patrimoine sacré*).

²¹⁸ FERHAT y TRIKI, «Hagiographie et religion au Maroc médiéval», es una de las primeras aproximaciones a este tema que superan la visión de la literatura colonial.

²¹⁹ *Memorable triunfo*, fol. 7r.

²²⁰ Véanse EL HOUR, «Darqāwa» y la tesis doctoral de VILLANUEVA FARPÓN, «Evitarán la compañía de los poderosos»: praxis política y religiosa de la tariqa darqawiyya de Marruecos en los discursos precoloniales y coloniales europeos (1800-1956). Sobre los *ʿisāwa/aīsaʿwa/aīsaoua* (las denominaciones de esta cofradía varían según los diferentes sistemas de transcripción

servado, no obstante, el texto permite concluir que las opiniones del autor no habrían de diferir en mucho de las expresadas en otras visiones contemporáneas de Marruecos. Es decir: los santos musulmanes, que en realidad no merecen ese calificativo —se les denomina santones, que no es exactamente lo mismo²²¹— utilizaban toda clase de ardid para que los crédulos y supersticiosos musulmanes marroquíes los venerasen como tales, cuando en realidad actuaban impulsados por intereses poco confesables. Es en esa línea cómo el autor del ms. se refiere al muy reconocido santo de Arcila: «santón de grandes créditos de las cercanías de Arcila, penitente holgazán y visionario por lucro»²²².

De este personaje se tienen también noticias por Beauclerk, que pudo conocerlo a su paso por Arcila en 1826; su impresión fue del todo negativa, a pesar de presenciar la veneración de que era objeto por parte de los habitantes de la ciudad. Según Beauclerk, el santo no tenía otro interés que el puramente monetario: lo pinta solicitando abiertamente dinero de sus visitantes y describe sus rasgos físicos y morales con abierto desprecio. Sin embargo, retrata la actividad del santo en Arcila con gran precisión, gracias a los informes que recibe del guía de su caravana: es objeto de una gran veneración, de manera

adoptados), NABTI, *La confrérie des Aïšawa du Maroc en milieu urbain: les pratiques rituelles et sociales du mysticisme contemporain*. Los *ʿisāwas* llamaron poderosamente la atención de los observadores coloniales por sus prácticas rituales (véanse, por ejemplo, MICHAUX-BELLAIRE, «Les confréries religieuses du Maroc», págs. 69-70, y DRAGUE, *Esquisse d'histoire religieuse du Maroc. Confréries et zaouïas*, págs. 74-75).

²²¹ A este respecto son ilustrativas las definiciones del *DLE*: «santo» es, en su primera acepción, alguien «perfecto y libre de toda culpa», mientras que «santón» es «el que profesa vida austera y penitente fuera de la religión cristiana». Gracias al «Mapa de diccionarios académicos» de la RAE, puede comprobarse que en anteriores ediciones del diccionario (1780, 1817, 1884 y 1925), el calificativo de santón se adjudicaba expresamente, en ese orden cronológico, al «afectado penitente de los moros», o a los «mahometanos». Lo que no ha variado desde el siglo XVIII es la profesión de vida austera y penitente, necesaria para alcanzar la consideración de santón. En este sentido, y salvo en la primera edición (que la tacha de afectada), los académicos han sido algo más neutrales que la amplia literatura colonial que da por supuesto que los «santones» eran usualmente impostores.

²²² *Memorable triunfo*, fol. 36v.

que recibe enormes cantidades de dinero de todos los que van a visitarlo; con estos ingresos, acoge diariamente a casi cien personas a las que se alimenta en su residencia y reparte limosnas a los pobres de Arcila. Su casa es lugar de asilo y quienes se refugian en ella están a salvo de la persecución de cualquier autoridad²²³. Es decir, este santo, como otros muchos en Marruecos, ejercía una serie de funciones de gran impacto y contribuía con sus acciones a la articulación de sistemas de protección social y de mediación, además de representar, a los ojos de los musulmanes que lo visitaban, un compendio de las virtudes ejemplares que sólo estaban al alcance de unos pocos y que se distribuían entre la comunidad de los creyentes en forma de bendición o *baraka*. La actitud de Beauclerk y del autor del ms. respecto al santo de Arcila es reveladora: se le califica de impostor y engañoso porque se le niega su legitimidad religiosa, que es la del islam. Para Beauclerk, todos los santos marroquíes, no sólo el de Arcila, merecen ser calificados de «granujas» o «idiotas»:

«I know of no greater, or more striking proof of the lamentable ignorance of this nation, than their belief in the sanctity of those rogues and idiots»²²⁴.

El personaje así denigrado se llamaba Muḥammad b. Marzūq, santo patrón de Arcila hasta hoy día. En šawwāl de 1243/abril de 1828, Muley °Abd al-Raḥmān, todavía en la primera etapa de su gobierno (había sucedido a Muley Sulaymān seis años antes) inició una gira por los puertos marroquíes del norte/noroeste, con el objetivo de revitalizar el *ḡihād* marítimo²²⁵. El trayecto del viaje real llevó al sultán desde Tetuán a Tánger y de allí a Arcila, «donde visitó a su santo (*wālī*) Abū °Abd Allāh Muḥammad b. Marzūq, gozando de su bendición; después continuó a Larache y de allí, de un puerto fronterizo a otro, hasta Safi»²²⁶. Desde luego llama la

²²³ BEAUCLEK, *Journey to Morocco in 1826*, págs. 37-40.

²²⁴ *Ibidem*, pág. 40.

²²⁵ Los intentos del sultán en este sentido, como se ha visto anteriormente, no tuvieron éxito.

²²⁶ AL-NĀṢIRĪ, *Kitāb al-Istiḡāṣa*, VIII, pág. 23; véase MIÈGE, *Journal de Bendelac*, pág. 357,

atención que, en todo el itinerario descrito, sólo se mencione a Ibn Marzūq como interlocutor del sultán, lo que indica el renombre que para entonces había alcanzado. Todavía en el último tercio del siglo XIX, el sultán Ḥasan I (1873-1894), en un viaje de inspección a las regiones septentrionales de Marruecos, se detenía en el mausoleo de Muley ʿAbd al-Salām b. Mašīš en el Ġabal ʿĀlam y en el de Ibn Marzūq en Arcila²²⁷.

Beauclerk tuvo la oportunidad, durante su posterior estancia en Rabat, de conocer a una mujer santa que lo recibió, a él y a sus acompañantes²²⁸. La descripción de esta «entrevista», que tuvo lugar gracias a la mediación de su intérprete, carece de las connotaciones peyorativas que subrayan su encuentro con el santo de Arcila. La mujer de Rabat, cuyo nombre se desconoce, es retratada de forma mucho más empática, destacando entre las pinceladas que la adornan su aspecto físico (en especial, la belleza de su cabello) y el manto verde oscuro que la cubría²²⁹. La escena del encuentro de Beauclerk con esta mujer se diferencia mucho de la antes relatada y protagonizada por Muḥammad b. Marzūq de Arcila; podría suponerse que, de forma quizá inconsciente, el viajero británico supo comprender el contraste entre la santidad de mujeres y hombres en la sociedad marroquí de la época, en la que los santos varones tenían un papel público mucho más determinante y con un alcance político indudable del que no formaban parte las mujeres. Pero en una escena posterior, la «impostura» de la santa se desvela cuando le envía, como obsequio, un pedazo de su manto verde, solicitando a cambio de Beauclerk que, si pasa por Fez, le traiga de allí un anillo de oro; para

n. 70. Muley Sulaymān también había visitado a Ibn Marzūq en 1237/1822 (AL-NĀSIRĪ, *Kitāb al-Istiḡṣā*, VII, pág. 192).

²²⁷ DRAGUE, *Esquisse d'histoire religieuse du Maroc*, pág. 99.

²²⁸ BEAUCLEBK, *Journey to Morocco in 1826*, págs. 79-81.

²²⁹ *Ibidem*, pág. 79. Sobre el significado religioso del color verde en el islam, BUENDÍA, «¿Es el verde el color del Islam? Simbolismo religioso y connotaciones políticas del color verde en el Islam».

el viajero británico, la supuesta santa imaginaba que podía engañarle lo mismo que hacía con sus compatriotas²³⁰. Toda la benevolencia con la que parecía haber considerado a esa mujer desaparece cuando comprueba, en su opinión, que utiliza las mismas artimañas que otros pretendidos santos.

El prejuicio contra las formas en que se hacía patente la santidad en Marruecos y la veneración que producía se manifiesta de manera constante en la literatura occidental. Badía se explaya sobre este tema, calificando a los santos que había conocido en Tánger de pícaros y bribones; da varios ejemplos de personajes a los que conoció –alguno de ellos, afirma, le confesó que su aparente virtud no era sino un engaño– y hace hincapié en los aspectos más desagradables de su conducta²³¹. Todo ello sirve, en su opinión y en la de otros muchos, entre quienes se cuenta el autor del ms., para resaltar «el exceso de estupidez y fanatismo de estos habitantes»²³².

La tolerancia con que los marroquíes trataban a quienes pretendían ser venerados como santos, aun cuando algunas de sus acciones resultasen chocantes o incluso repugnantes, llamaba la atención de los observadores foráneos, para quienes no existía otra explicación que la credulidad de un pueblo sumido en la ignorancia. Pero tampoco las élites religiosas del país, letrados, alfaquíes o sabios, aceptaban muchas de esas conductas extravagantes y, de hecho, el acceso al trono de Muley Sulaymān supuso la implantación de políticas destinadas a limitar sus excesos, así como a controlar la actividad de las cofradías. Buffa se refiere a ello en su relato de viajes, haciendo notar que el gran número de «impostores», que ejercían su influencia sobre poblaciones supersticiosas y fanáticas, había disminuido muy notablemente gracias a la vigorosa oposición que les había mostrado el sultán²³³.

²³⁰ BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 101.

²³¹ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, págs. 154-155.

²³² *Ibidem*, pág. 155.

²³³ BUFFA, *Travels through the Empire of Morocco*, pág. 102.

Falta en el ms. la descripción general de la religión islámica que se anuncia en el índice de los temas del texto: en este caso, el mismo en el que habría de tratarse de las cofradías religiosas y otras cuestiones relacionadas con las prácticas rituales. Tal como aparece en el enunciado de esos apartados, el autor del ms. planeaba ocuparse de «observancias religiosas; funerales [...] Ramadán y prácticas cuadregesimales»²³⁴. Un aspecto señalado igualmente en este índice de temas tratados estaba destinado a desmontar una opinión muy difundida en su época y aun en la actualidad: «la circuncisión y abstinencia del vino no son necesarias para profesar el mahometismo»²³⁵. Siendo estas costumbres dos de las que más llamaban la atención de los no musulmanes, no es extraño que se hubieran incorporado a lo que se consideraban «preceptos principales» de su religión; para Joseph de Sagarra, en efecto, éstos eran seis: «circuncisión, oración, ayuno, limosna, peregrinación y abstinencia de vino»²³⁶.

A la ortopraxis islámica dedica el autor del ms., fuera de lo escrito en la parte perdida de su texto, algunas observaciones que surgen al hilo de la exposición general. Así ocurre con lo relativo a algunas celebraciones festivas, como la «pascua del carnero», ya mencionada antes, o la peregrinación. A la «fiesta de los sacrificios», que se celebra al término de la peregrinación a La Meca, vincula el autor del ms. la ceremonia de la circuncisión «de los infantes», que en realidad no tiene una fecha establecida, aunque se suele realizar con ocasión de alguna fecha señalada del calendario islámico²³⁷.

²³⁴ *Memorable triunfo*, fol. 7r.

²³⁵ *Ibidem*.

²³⁶ SAGARRA Y BALDRICH, *Compendio de la historia de la España Transfretana*, II, pág. 67. Como es bien sabido, los cinco «pilares» del islam son la profesión de fe, la oración, el ayuno, la limosna y la peregrinación.

²³⁷ *Memorable triunfo*, fol. 28r. Badía afirma, por su parte, que las circuncisiones se celebraban durante su estancia en Marruecos coincidiendo con la fiesta del nacimiento del Profeta (*mawlid*); véase su realista descripción de la ceremonia en ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, págs. 120 y 124-126.

A los peregrinos dedica un comentario no muy halagüeño: los llama vagamundos, que como «enjambres zumban por las ciudades vagos, mendigos y andrajosos hasta que reúnen fondos suficientes para cumplir con el sagrado deber»²³⁸, y no vacila en pintar un desagradable cuadro de las condiciones en que viajan en barco hacia La Meca. Su afirmación de que el testimonio de quienes hacían la peregrinación equivalía al de otros diez testigos ante un juez no es exacto, aunque, desde luego, los peregrinos gozaban de una especial consideración social.

También llamó la atención del autor del ms. la institución del habiz (*hubs*; pl. *ahbās*), por la cual los musulmanes podían ceder en usufructo inalienable una parte de sus bienes a mezquitas, hospitales, escuelas, leproserías, bibliotecas, u otros fines de beneficencia. Sin utilizar el término árabe con el que se designa esta institución en Marruecos, el autor del ms. se refiere a ella no con mucha simpatía, ya que la equipara a una piedad mal entendida y compartida con los cristianos, que se dirige exclusivamente, en su opinión, a los lugares de culto. De ahí se deriva otra consideración errónea que vendría a confirmar el carácter despótico y omnipotente de la presencia del sultán en el ámbito de la vida religiosa y social: por este procedimiento, afirma «gran parte de los predios rústicos y urbanos les pertenecen y se administran por cuenta del teócrata, que lucra no poco, después de mantener el culto y los ulemas, que más bien sostiene la superstición popular»²³⁹. Al autor del ms., como a otros muchos observadores, se le escapaba la complejidad de una institución que, en su vertiente pública (también podían establecerse legados de esta clase para favorecer a miembros de la propia familia del legatario), se dedicaba a mantener espacios de solidaridad comunitaria, tanto en lo relativo al mantenimiento del culto en las mezquitas como respecto a otras muchas actividades en pro del bien común²⁴⁰.

²³⁸ *Memorable triunfo*, fol. 78r.

²³⁹ *Ibidem*, fol. 57r.

²⁴⁰ La administración colonial se interesó mucho por esta institución y produjo una notable cantidad de estudios en torno a ella. A título de ejemplo, CERDEIRA, *El Habus. Curso de*

Fuera de lo que hubiera podido hallarse en la parte perdida del ms., no hay en el resto una consideración general del islam como religión, que en el texto actual, y junto a lo que acaba de exponerse, se limita a ocasionales referencias sobre el carácter fanático de los ulemas, la «miscelánea extravagante del Alcorán»²⁴¹, o el poder religioso del sultán, a quien se atribuye la facultad de interpretar el Corán²⁴². Este y otros errores, como los que se han ido señalando, eran comunes entre quienes se ocupaban de la historia de Marruecos y del islam marroquí, y sería fastidioso ofrecer una selección de los tópicos que, en ese sentido, adornan la inmensa mayoría de las relaciones de viaje de esa época. No siempre es así, por otro lado: James Jackson, el agente consular británico en Mogador y Agadir, dedica todo un capítulo de su obra a refutar las opiniones negativas que muchos autores anteriores a él habían manifestado respecto al islam. Cuando se lee el Corán, afirma Jackson, puede comprobarse que, en lo que respecta a los preceptos morales, el islam es la religión más cercana al cristianismo que existe; y, por otra parte, de estar tan llena de errores como se ha venido diciendo, no se podría explicar cómo se ha extendido desde las costas del Mágreb hasta la China y desde el Mediterráneo al cabo de Buena Esperanza. Un repaso a las normas morales contenidas en el Corán y a las creencias de los musulmanes permite a Jackson concluir su exposición con una apreciación muy favorable de su religión²⁴³.

perfeccionamiento de oficiales del Servicio de Intervención, y PESLE, La théorie et la pratique des Habous dans le rite malékite.

²⁴¹ *Memorable triunfo*, fols. 36v y 47v.

²⁴² *Ibidem*, fol. 31v.

²⁴³ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, págs. 196-208. La exposición sobre el islam termina así (pág. 208): «From the foregoing observations, it will be perceived that the principles of the Mohammedan religion are neither so pernicious nor so absurd as many have imagined. They have sometimes been vilified from error, or for the purpose of exalting the Christian doctrine; but that doctrine is too pure and celestial to need any such aids». Véanse THOMSON, *Barbary and Enlightenment*, pág. 24, y DJAÏT, *L'Europe et l'islam*, págs. 27-29 (sobre Voltaire y su visión del islam y de Mahoma).

A la existencia de una tradición de estudios sobre el islam en la Europa de los siglos XVII y XVIII, en la que se superaba la medieval polémica antiislámica, deben unirse otras corrientes intelectuales que contribuyeron, en la Ilustración, a proponer una visión ponderada y en ocasiones incluso claramente apreciativa, del islam y los musulmanes²⁴⁴; pero también conviene recordar que los prejuicios nacidos en tiempos medievales siguieron presentes en otros autores. El autor del ms. se mueve entre dos aguas: por un lado, atribuye al monarca marroquí la superioridad moral, en tanto que musulmán, sobre un soberano cristiano como Fernando VII, y alaba la rectitud del bajá de Tánger, devoto creyente que acepta con tolerancia otras religiones y se indigna ante las ofensas a la suya. Por otro, desliza apreciaciones no tan favorables al referirse a algunos de los personajes que conoció personalmente, o a instituciones y costumbres cuyo alcance le resulta difícil de entender, y no duda en descalificar a la mayoría de la población en términos a veces hirientes. Estas oscilaciones se advierten ya en el índice de los capítulos; Marruecos aparece allí definido como «región de los monstruos» o «región de la mentira, del engaño», junto a los abundantes elogios al bajá de Tánger, que se repetirán regularmente a lo largo del texto.

¿Cómo funcionaba la administración del imperio marroquí? Al igual que otros muchos observadores, el autor del ms., tras examinar las bases en las que se asienta el poder del sultán –la religión y el ejército– sigue un itinerario de carácter enciclopédico, que propone un examen cuidadoso de los recursos naturales del país, las rentas del aparato estatal, las relaciones comerciales, la producción cultural, la situación de los diferentes grupos étnicos y religiosos y las más notables características de la vida social. Sigue, en este sentido, el camino trazado por las ciencias de la Ilustración, que darían lugar a obras tan destacadas como la descripción de Egipto auspiciada por la

²⁴⁴ Sobre todo ello, BEVILACQUA, *The Republic of Arabic Letters. Islam and the European Enlightenment*. Acerca de la apreciación del Magreb en el siglo XVIII, CAÑETE, *Cuando África empezaba en los Pirineos*, págs. 148-149.

expedición de Bonaparte (1798-1801)²⁴⁵. Con un alcance y unas ambiciones incomparablemente más reducidas, el texto del ms. pertenece a ese mismo intento de producir una «descripción» exhaustiva de un país o una región extraeuropea, con arreglo a criterios de objetividad y cientifismo²⁴⁶.

Algunos de los temas de la «descripción» de Marruecos contenida en el ms. se despachan con rapidez y sin entrar en muchos detalles. Ocurre así con la administración de justicia, a la que no se dedica un apartado concreto, aunque sí comentarios que surgen al paso de otras cuestiones. Los cadíes (en el ms., «cadís») son «jueces letrados que dirimen los litis civiles y fallan las causas criminales»²⁴⁷; pero la forma en que se trata a los reos que se deben presentar ante el tribunal es absolutamente condenable, puesto que «el proceso comienza por palos y concluye con la vida y despojo total del criminal, supuesto o verdadero»²⁴⁸. Es decir, la justicia se aplica de manera arbitraria y cruel, sin garantía alguna para los acusados y sometida al criterio caprichoso de los juzgadores. Los empleados subalternos del tribunal tienen remuneraciones tan bajas que sólo sobreviven gracias a gratificaciones que tienen mucho de soborno.

Entre los viajeros de finales del siglo XVIII, el médico inglés Lemprière se ocupó también de la administración de justicia, distinguiendo para ello entre la autoridad del alcaide o caíd (*qā'id*), representante del sultán que tiene jurisdicción sobre cuestiones penales, y la del

²⁴⁵ Véase la tesis doctoral de ORTEGA GÁLVEZ, *Ciencia y civilización: la expedición de Bonaparte y el Egipto moderno*; sobre la producción histórico-cultural francesa contemporánea en torno al Mediterráneo, con referencia a otras expediciones similares, CAÑETE, *Cuando África comenzaba en los Pirineos*, págs. 193-198.

²⁴⁶ Más ejemplos de esta clase de textos en el siglo XVIII, en PRATT, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*.

²⁴⁷ *Memorable triunfo*, fols. 50v-51r. Compárese con la definición del DLE: «entre turcos y moros, juez que entiende en las causas civiles».

²⁴⁸ *Memorable triunfo*, fol. 51r. Otros ejemplos de esta clase, en MARÍN, «Violence in Islamic Societies through the Eyes of non-Muslim Travellers: Morocco in the 19th and Early 20th centuries».

cadí (*qādī*), que es a la vez juez en cuestiones civiles y «ministro del culto»²⁴⁹. Aunque su descripción de los procedimientos del cadí, los jueces secundarios y los muftíes es bastante ajustada a la realidad y llega a decir que sus procedimientos contienen garantías suficientes para evitar los desmanes del despotismo, concluye sin embargo que al ser el soberano la última instancia a la cual recurrir contra las decisiones de un juez, son únicamente los poderosos quienes se benefician de ello, puesto que los sultanes juzgan sólo de acuerdo con los presentes que se les ofrecen²⁵⁰.

También Badía distingue entre la justicia penal y la civil, y aunque se detiene en ambas algo más que el autor del ms., su visión es igualmente reductora. Como es común entre quienes se ocupan de este tema, ni él ni Lemprière u otros tienen conocimiento de la larga y compleja historia del derecho islámico; Badía afirma que el caíd juzga guiándose únicamente por su buen o mal sentido y «cuando más algunos preceptos del Corán». Por su parte, el cadí toma sus decisiones «de los preceptos del Corán y de la tradición»²⁵¹. La enorme literatura jurisprudencial producida secularmente por los alfaquíes y sabios musulmanes queda aquí completamente silenciada, en tanto que el Corán y la tradición profética –los dichos y hechos de Mahoma, que sí son fuente del derecho islámico, pero no la única– se convierten en la sola guía de los tribunales de justicia. Para muchos occidentales, la ausencia de códigos legales unificados condenaba a los jueces a inspirarse tan sólo en los preceptos coránicos y, todo lo más, en sus exégetas²⁵².

El aparato estatal descrito hasta aquí –el gobierno del sultán, la ideología en la que se asienta, el poder militar y la administración de la justicia– necesitaba, como cualquier otro, de unos ingresos regulares

²⁴⁹ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 214.

²⁵⁰ *Ibidem*, pág. 215.

²⁵¹ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, págs. 135-136. Véanse también las breves notas de COMÍN sobre la administración de justicia (*Ligera ojeada*, págs. 32-34).

²⁵² CHÉNIER, *Recherches historiques*, pág. 170.

o «rentas del estado», en palabras del autor del ms. Sobre este apartado se extiende con cierto detalle, tomando sus informaciones muy probablemente de la obra de Comín, con el cual coincide en muchos de los temas tratados, aunque no lo siga punto por punto, como ya se ha visto al tratar de las fuentes utilizadas por el autor del ms.

Las finanzas del imperio marroquí suscitaron la curiosidad de quienes escribieron descripciones de la administración estatal. Se establecieron así listas de las fuentes de entrada de dinero en el tesoro del sultán, aunque sin precisar casi nunca las sumas recaudadas. Lemprière, por ejemplo, anota que las rentas públicas proceden del diezmo sobre los objetos de consumo, el impuesto de capitación a los judíos, los derechos de aduana y, finalmente, lo que califica de «tributos exorbitantes» que han de pagar los comerciantes extranjeros, y que, según él, son la fuente de mayores ingresos para el imperio. Como la administración de estas enormes sumas es caótica, renuncia Lemprière a dar un cálculo, siquiera aproximado, de su cuantía, aunque sí precisa que el balance no era tan considerable como podía pensarse, debido a los excesivos gastos que soportaba el tesoro en época de Muley Sulaymān²⁵³.

Más ponderado y cuidadoso es el conjunto de datos que sobre esta cuestión suministra Jackson. A las fuentes de ingresos mencionadas por Lemprière añade otras: los regalos al sultán de los bajás y caídas por él nombrados y que solían consistir en obsequios de gran valor, así como los ofrecidos por embajadores y enviados foráneos. Este capítulo se completaba con los «tributos» pagados anualmente por Suecia y Dinamarca y las herencias de quienes habían fallecido sin herederos, cuyos bienes, según la ley islámica, pasaban a formar parte del tesoro público.

En conjunto, la opinión de Jackson sobre el sistema de ingresos del país no es desfavorable²⁵⁴. Pero ni él ni Lemprière se detienen a

²⁵³ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, págs. 205-207.

²⁵⁴ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, págs. 166-169.

considerar cuáles eran los impuestos canónicos, es decir: el azaque (*zakāt*), deber religioso que concierne a todos los musulmanes y les obliga a entregar un tanto por ciento de sus bienes con fines caritativos, y el diezmo (*ʿuṣr*), que sí mencionan estos autores, aunque sólo Jackson lo explique adecuadamente en su función de tasa sobre los bienes inmuebles, el ganado y los productos agrícolas²⁵⁵.

Poco es lo que sobre esta cuestión ofrece Badía, que se limita a dar una cifra total de los ingresos, tema sobre el que se pronuncia el autor del ms., que censura que Badía no conociera «el pormenor de las entradas», ni examinara lo que habían escrito otros viajeros anteriores a él²⁵⁶. Badía no parece haberse interesado mucho por la fiscalidad marroquí y se limita a mencionar las cantidades que, según él, componen las rentas del sultán –de veinte a veinticinco millones de francos. De todos estos ingresos, afirma que la mayor parte se destina al tesoro real, ya que no hay otros gastos públicos que las gratificaciones que rara vez se conceden a los pocos empleados públicos y el ejército se mantiene por sí solo, ya que, en caso de guerra, «todo musulmán es soldado por religión»²⁵⁷. Tratándose de alguien que viajaba con el objetivo de acopiar información para una posible intervención en el país, la verdad es que Badía no estuvo muy afortunado en este capítulo.

Comín censura la osadía de Badía (como luego haría el autor del ms., tomándolo como fuente aunque sin citarlo) al atreverse a dar una estimación de las contribuciones y rentas del soberano marroquí, cuando la falta de datos que manejaban todos estos observado-

²⁵⁵ El estudio clásico sobre la fiscalidad islámica es el de LOKKEGAARD, *Islamic Taxation in the Classical Period*. Los impuestos no canónicos, es decir, todos los que no eran el azaque o el *ʿuṣr*, comúnmente usados en toda la historia del islam, eran suprimidos ocasionalmente por los soberanos más apegados a la normativa religiosa, como fue el caso del califa omeya ʿUmar b. ʿAbd al-ʿAzīz. En Marruecos, también lo hizo Muley Sulaymān, lo que redujo considerablemente sus ingresos (EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, pág. 52).

²⁵⁶ *Memorable triunfo*, fol. 61v.

²⁵⁷ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 342.

res foráneos era evidente²⁵⁸. Lo que sí hace Comín, como antes sus predecesores británicos, es enumerar las fuentes de ingresos de que disponía el estado marroquí, y que, con ligeras variantes, son las que ellos también habían reseñado: el diezmo de la producción agrícola y ganadera (del que, según afirma, estaban exentos los distritos de Tánger y Larache) y los derechos de aduana de las importaciones y las escasas exportaciones. Por privilegio especial, se vendían a la guarnición de Gibraltar 2 000 bueyes al año, sobre los que se pagaba una tasa de cinco duros por cabeza²⁵⁹. A estos impuestos «regulares» se añadían otros ingresos: los regalos ofrecidos al sultán por sus bajás, las confiscaciones que se hacen a éstos y otros magnates o ricos comerciantes, las requisas de comida y ganado al paso de la comitiva real o del ejército, los presentes ofrecidos por los embajadores europeos y los tributos pagados por Dinamarca y Suecia... todo ello compone un panorama de fondos muy considerables²⁶⁰. Ahora bien, ahondando en una consideración propuesta por Badía, Comín se explaya sobre el abismo que separa los ingresos de los gastos: no hay casi empleados públicos («ramo [...] tan dispendioso entre nosotros», apostilla), el culto es sencillísimo y no ocasiona dispendio alguno; fortificaciones, palacios, caminos y otras obras públicas están abandonados, la marina no existe y el ejército se mantiene sólo. El panorama así pintado refuerza la imagen de opresión y despotismo tan cara a quienes escriben sobre Marruecos en estos años: el sultán dispone de enormes cantidades de dinero y las utiliza sin control alguno en su propio provecho.

Por su parte, el autor del ms. se ocupa con gran atención de las rentas del estado marroquí. La mayor parte de los ingresos proceden del diezmo y los derechos de aduana; en esto no se desmarca de otros autores. Pero añade informaciones sobre los procedimientos de cobro

²⁵⁸ COMÍN, *Ligera ojeada*, pág. 103.

²⁵⁹ *Ibidem*, págs. 105-106.

²⁶⁰ *Ibidem*, págs. 111-114.

de estos impuestos y las dificultades a que se enfrenta en ocasiones la administración del fisco²⁶¹. Junto a los ingresos detallados en las obras sobre Marruecos que se acaban de mencionar, el autor del ms. llama la atención sobre otros capítulos de las rentas del estado, como los impuestos a los que estaban sujetos los judíos o los cargamentos de naves que hubieran naufragado en las costas marroquíes y que, de no existir acuerdos entre el sultán y los estados a que pertenecían, se incorporaban al tesoro real. De paso, también se refiere a las tasas con las que los jeques locales gravaban el paso de caravanas comerciales por sus territorios y las numerosas adhalas y otra suerte de regalos y donativos que suponían una fuente constante de circulación de dinero y otros bienes en beneficio de los miembros de la administración y, en último término, del tesoro del sultán²⁶².

Todas estas fuentes de ingresos, concluye el autor del ms., que son muchas y productivas, no sirven más que como objeto de la rapiña del sultán –señalando así a Muley Sulaymān²⁶³. El estado de abandono del país es prueba de ello; pero además, el tesoro acumulado por el inmediato antecesor de Muley ‘Abd al-Raḥmān se dilapidó en los últimos tiempos de su reinado, consumido por las rebeliones de los ‘*abīd*²⁶⁴. Es decir: al igual que el resto de los observadores de este periodo, el panorama trazado por el autor del ms. está destinado a descalificar la acción política de los sultanes marroquíes, que lejos de ocuparse del bienestar de sus súbditos –como se esperaría de unos soberanos «ilustrados»– acaparan riquezas, abandonan el país y sus habitantes a su suerte y los encomiendan a la voluntad divina.

No puede faltar, en una descripción como la que hace el autor del ms., un apartado sobre pesos, medidas y monedas, que completan tanto la información sobre los ingresos del estado como la que se

²⁶¹ *Memorable triunfo*, fols. 54v-55v.

²⁶² *Ibidem*, fols. 57r-60v.

²⁶³ Sobre los ingresos del estado en época de este sultán, EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, págs. 50-51.

²⁶⁴ *Memorable triunfo*, fol. 61v.

dedica al comercio. Los datos que se suministran en el texto se establecen por comparación con los vigentes en Castilla –almud, hanega, codo; libras, arrobas y quintales²⁶⁵. También se presta atención a las monedas (recuérdense las acuñaciones de moneda marroquí hechas en España, mencionadas más arriba), cuya calidad censura, pero sin entrar en tanto detalle como hizo Badía, tanto en esta cuestión como en la de los pesos y medidas²⁶⁶. De mayor interés es la noticia que da el autor del ms. sobre la decisión de Muley °Abd al-Raḥmān, en 1825, de restaurar el valor original de los pesos duros y onzas de oro españoles que circulaban en Marruecos y que se habían devaluado hasta valer entre 15 y 18 reales; esta medida causó al parecer notables pérdidas a los comerciantes europeos y marroquíes, tanto judíos como musulmanes²⁶⁷. A través de ésta y otras noticias se observan los intentos del sultán por controlar el flujo monetario que circulaba por el país y los ensayos, continuación de otros anteriores, por mejorar la calidad de las acuñaciones.

La población de Marruecos: sus habitantes y categorías

En la literatura europea de la Edad Moderna y los siglos posteriores sobre Marruecos, los habitantes del país se reducen a categorías: las más usuales son las de moros, árabes o beduinos, negros y judíos²⁶⁸. La distinción entre moros y árabes no siempre queda clara, aunque para muchos autores se trata simplemente de diferenciar entre la población de las ciudades (los moros) y los nómadas de las regiones

²⁶⁵ *Ibidem*, 86r-86v.

²⁶⁶ *Ibidem*, 86v-87r; ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, págs. 160-161. Véase MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, III, págs. 97-106.

²⁶⁷ *Memorable triunfo*, fols. 87r-v.

²⁶⁸ Sobre la continuidad de estas clasificaciones en la literatura colonial, COHEN, «“Razas”, tribus, clases: acercamientos africanistas a la sociedad marroquí». Para la Edad Moderna, THOMSON, *Barbary and Enlightenment*, pág. 76.

más o menos desérticas (los árabes o beduinos). Los moros se perfilan, a veces, como descendientes de los andalusíes y, en todo caso, como pertenecientes a ámbitos urbanos de cierta calidad y entidad. Negros y judíos, de formas no coincidentes, se sitúan en áreas sociales marginales e inferiores, aunque la impresión que se tiene a menudo al leer los relatos occidentales sobre la sociedad marroquí es que sus autores trasladan a ella las perspectivas discriminatorias que acarrea su propio bagaje cultural.

El autor del ms. no menciona expresamente esta división en categorías bien definidas por criterios étnicos, civilizacionales o religiosos. Para él, los marroquíes son todos moros, con las excepciones de los bereberes (a los que llama *schilloges*, *shcillges* o *skeslloges*) y los judíos. A éstos últimos dedica una atención preferente, como hicieron muchos de los viajeros y observadores occidentales sobre Marruecos.

Las razones para ello ya se han adelantado: los europeos entraban en contacto con los judíos, en su calidad de intérpretes, como intermediarios comerciales o diplomáticos; al tener acceso a sus casas y a su vida familiar, cosa más difícil de conseguir si se trataba de musulmanes, tendían a describirlas con cierto detenimiento, para suplir la carencia de informaciones sobre el resto de los marroquíes y sus ámbitos de privacidad. Es el caso, entre otros muchos, de Delacroix, que hizo muchas visitas a casas de judíos y presencié una boda judía (lámina XX), de todo lo cual dejó abundante constancia gráfica y escrita²⁶⁹. Las observaciones del pintor francés coinciden con la mayoría de sus contemporáneos, entre ellos el autor del ms.

Páginas atrás se han examinado las trayectorias individuales de los judíos que aparecen mencionados en el ms., junto a algunas cuestiones que afectaban a la comunidad hebrea, como las tasas que se les imponían por salir de Marruecos, o su presencia reiterada como intérpretes. Ahora se trata de analizar, aunque sea brevemente, la visión de conjunto que puede extraerse de las obras

²⁶⁹ JOBERT, «Introduction» a DELACROIX, *Souvenirs d'un voyage dans le Maroc*, pág. 53.

occidentales sobre los judíos marroquíes en las décadas del paso del siglo XVIII al XIX²⁷⁰.

Un tema recurrente, al que ya se ha aludido, es el de la opresión a que eran sometidos los judíos que vivían en Marruecos por el aparato estatal y la sociedad en general. El autor del ms. no duda en manifestar que «los pobres hebreos en Berbería son el perpetuo ludibrio de la morisma que los abrumba y veja con impunidad absoluta»²⁷¹, aserto que se incluye en un desolador retrato de la situación de los judíos, presentados como lamentables especímenes de un pueblo que llora la pérdida de la patria de sus antepasados y desearía recuperar las sinagogas de España –todo eso, sin que el autor del ms. mencione que los judíos tenían prohibida legalmente la entrada y residencia en el país desde su expulsión en 1492.

Los viajeros británicos que pasaron por Marruecos a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX coinciden en la misma visión: los judíos están sujetos a una opresión como no se conoce en ningún otro lugar²⁷². Esa situación de sometimiento es descrita por Badía como una «horrorosa esclavitud», ejemplificada en una escena descrita posteriormente por otros autores de forma parecida: un muchachito o casi niño insulta a un venerable hebreo con el que se encuentra por la calle, sin que el ofendido pueda hacer otra cosa que intentar retirarse de la escena lo antes posible²⁷³. La degradación que supo-

²⁷⁰ Sobre la historia de los judíos en Marruecos existe una considerable bibliografía. A los títulos ya citados de HIRSCHBERG, KENBIB, y FENTON y LITTMAN, añádase, para la época anterior al siglo XIX, SLOUSCH, «Études sur l'histoire des juifs du Maroc» y, más recientemente, GARCÍA-ARENAL, ed., *Entre el Islam y Occidente. Los judíos magrebíes en la Edad Moderna. Judíos en tierras de Islam, II*.

²⁷¹ *Memorable triunfo*, fol. 97v.

²⁷² LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, págs. 154-156; BUFFA, *Travels through the Empire of Morocco*, pág. 72; KEATINGE, *Travels through France and Spain to Morocco*, páginas 296-305. Véanse ZYTNIKI, *Les Juifs du Maghreb*, págs. 25-28, y MARGLIN, «Between Tolerance and Persecution: North Africans on North African Jewish History».

²⁷³ PACHECO, «Noticias de la ciudad de Tetuán», pág. 28; ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 157. Véase también, por ejemplo, BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 280.

nían ésta y otras sevicias infligidas a los judíos explicaba, para estos autores, los vicios y defectos de su carácter, humillados como estaban por una sociedad que los despreciaba y un poder político que les imponía tasas y gabelas. A esto último se refiere el autor del ms. en términos inequívocos, al anotar, entre los ingresos del erario público, «el pecho personal que pagan anualmente los judíos, el derecho de 100 reales que satisface cada uno de estos infelices la primera vez que sale del imperio, y de 2 000 si es judía»²⁷⁴; no fue el único en constatar la existencia de un impuesto de capitación que afectaba por igual a judíos y cristianos en los territorios del islam clásico²⁷⁵. Otra fórmula discriminatoria afectaba al aspecto exterior de los judíos, que debían diferenciarse de los musulmanes por su indumentaria y que estaban obligados a descalzarse cuando circulaban fuera de su barrio y, especialmente, cuando pasaban delante de una mezquita. Badía se extiende sobre este particular, describiendo el atavío propio de los judíos, que se caracterizaba por ser de color negro, al tiempo que señala otras prácticas humillantes, como la de inclinarse al paso de cualquier musulmán²⁷⁶.

De todo ello se deriva la mezquindad de carácter de los judíos y otros rasgos desagradables que se les atribuyen. Según Beauclerk, los judíos, de niños, son todos de gran belleza, pero la pierden en cuando empiezan a ser educados y cuando penetran en sus mentes las ideas de servilismo, avaricia, engaño y mezquindad, que progresivamente destruyen las virtudes naturales que los adornan en su infancia y se reflejan en la hermosura de sus rostros; de las judías dice, sin embargo, que son todas beldades incomparables, de lo cual parece deducirse que las niñas carecían de toda educación, preservando de

²⁷⁴ *Memorable triunfo*, fol. 56v.

²⁷⁵ BUFFA, *Travels through the Empire of Morocco*, pág. 179.

²⁷⁶ *Memorable triunfo*, fol. 99v; ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 159. Véanse SCHROETER, *The Sultan's Jew*, pág. 88, y ZYTNIICKI, «Babouches et nus pieds: perceptions antagonistes des frontières jurídico-politiques entre juifs et musulmans dans le Maroc pre-colonial» (<https://books.openedition.org/cvz/1080>, consultado 29 abril 2019).

ese modo sus encantos físicos, si no otros²⁷⁷. El autor del ms. coincide con Beauclerk cuando señala que, desde la niñez, los judíos marroquíes «se dedican a la usura, a la mentira, al robo, de modo que con indecible impudencia resisten la más seria reconvención»²⁷⁸; también, como el británico, se refiere a las «bellas hebreas», a las que considera «blanco de la insaciable lascivia de los bárbaros»²⁷⁹. Con su característica retórica inflamatoria, el autor del ms. se está refiriendo, probablemente, a la atracción que las mujeres judías ejercían sobre los observadores occidentales, que unánimemente ponderan su belleza²⁸⁰; claro es que eran las únicas cuyos rostros podían apreciar y con las que era posible tener un mínimo trato personal y social. En todo caso, esta exaltación de la hermosura de las judías adquiere pronto una tonalidad equívoca, en la que se subraya lo puramente físico de la individualidad de las mujeres y se reducen a la nada, de forma muy explícita, sus otras cualidades personales.

El autor del ms. señala que los judíos viven en «juderías o barrios separados protegidos por el gobierno con permanente guardia», con excepción de Tánger, donde habitan mezclados con el resto de la población²⁸¹. En efecto, durante el reinado de Muley Sulaymān se generalizó la segregación urbana de los barrios habitados por judíos o *mellāh* (lámina XXI); sobre los ya existentes (Fez, Marrakech, Mequinez) el sultán estableció los de Rabat, Salé, Mogador/Essaouira y Tetuán²⁸². El autor del ms. menciona la excepción tangerina: en

²⁷⁷ BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 279.

²⁷⁸ *Memorable triunfo*, fol. 99v.

²⁷⁹ *Ibidem*, fol. 97v.

²⁸⁰ Véase al respecto ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 159. Para otros autores españoles posteriores a la época aquí tratada, MARÍN, *Testigos coloniales*, págs. 290-293.

²⁸¹ *Memorable triunfo*, fols. 98v-99r.

²⁸² KENBIB, *Juifs et musulmans au Maroc 1859-1948*, pág. 50; SCHROETER, *The Sultan's Jew*, págs. 91-94 y ABITBOL, *Histoire du Maroc*, pág. 283. Sobre el origen y usos de la voz *mellāh*, LEVY, «Hara et mellah: les mots, l'histoire et l'institution» (el barrio de los judíos se llamaba así por haberse instalado en unos terrenos que habían servido de depósito de sal (en árabe, *milh*) en Fez y de ahí tomaron su nombre barrios posteriores en otras ciudades marroquíes).

esta ciudad los judíos viven mezclados con los moros e incluso «los más acomodados ocupan casas espaciosas de su propiedad decentemente amuebladas»²⁸³. Quizá porque su experiencia personal sobre los judíos marroquíes se limitaba a Tánger, donde como se ve no existía una judería propiamente dicha, el autor del ms. no incluye entre sus observaciones una que es muy común en otros observadores: la insalubridad de los *mellāḥ*, causada por la extrema suciedad de sus calles y espacios públicos. Las descripciones de estos barrios no suelen omitir esta circunstancia, que se atribuye a la propia condición de la vida de los judíos. Buffa se queja, además, de lo sucio que está el interior de sus casas y de los insoportables olores causados por los ajos y aceite que emplean en sus frituras, mientras que Beauclerk, al referirse al *mellāḥ* de Mogador, se refiere a las sucias costumbres de los judíos y a sus casas mancilladas por la porquería y el hedor; para completar el cuadro, afirma que los musulmanes llaman «puercos» (*sic*, en español) a los judíos. También Jackson menciona la extrema suciedad del *mellāḥ* de Marrakech²⁸⁴. Todo ello contribuye a una visión miserabilista de las poblaciones judías de Marruecos, de la que sólo escapan, en ocasiones, las referencias a comerciantes judíos acomodados. La dificultad de ampliar el perímetro de los *mellāḥ* y la elevada tasa de nacimientos explica en buena parte su superpoblación, que a su vez causaba problemas de salubridad general; sin embargo, los observadores occidentales no solían detenerse en las causas de una situación que atribuían, como se está viendo, a la condición natural de los judíos.

²⁸³ *Memorable triunfo*, fol. 99r. Véase LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, página 5: judíos y musulmanes viven juntos en Tánger, lo que es raro en Berbería, pero no se tienen confianza.

²⁸⁴ BUFFA, *Travels through the Empire of Morocco*, pág. 74; BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 232; JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 124. Sin embargo, durante los siglos XVI y XVII, el *mellāḥ* de Marrakech había sido considerado como un lugar muy agradable, que los europeos de paso elegían como su residencia preferente (GOTTREICH, *The Mellah of Marrakesh. Jewish and Muslim Space in Morocco's Red City*, pág. 27 y, sobre las condiciones sanitarias del *mellāḥ* a comienzos del siglo XX, pág. 77).

Ahora bien, muy poco o nada de todo esto, que se mantendrá como tema recurrente en la literatura de viajes conforme vaya avanzando el siglo XIX, aparece en el ms., y no parece que sea porque su autor mantenga una posición favorable hacia los judíos, que reciben de su pluma apelativos muy poco amistosos. Es probable que, en la época aquí tratada, otros autores europeos tuvieran hacia los judíos un catálogo de prejuicios más extenso que el de los españoles que no convivían con minorías judías desde el siglo XVI y que se habían educado en un antisemitismo más religioso que étnico o socio-económico²⁸⁵.

En el caso del autor del ms., ha de tenerse en cuenta, por otra parte, su anticlericalismo, común a muchos liberales que veían en la Iglesia –con mucha razón– uno de sus enemigos más feroces. Por eso anota con cierta satisfacción que los judíos de Marruecos, recordando a sus antepasados expulsados de España, «conservan odio mortal a los frailes y a la Inquisición»; no es de extrañar, añade, porque frailes fueron quienes «robaron, quemaron y confinaron a los desgraciados judíos españoles a la servidumbre africana, que por espacio de tres siglos les ha arrancado profundos suspiros y maldiciones execrables»²⁸⁶. En abierto contraste con otras apreciaciones muy negativas, el autor del ms., llevado quizá por estas consideraciones, llega a afirmar que los judíos merecen ser respetados por sus virtudes y sabiduría, las cuales les permiten superar los límites de su educación, sabiendo por tanto hermanarse con el resto de los mortales. Si pudieran incorporarse a una «Iberia libre», continúa, el contacto con sus «deudos los grandes y fidalgos» favorecería, junto con su educación e instrucción, el abandono de las rencillas y enemistades que los embrutecen en África²⁸⁷. Los judíos de Marruecos entran, de ese modo, en el programa regenerador del liberalismo, en el que figuraba de manera prominente la supresión del tribunal de la Inquisición, como así se había hecho

²⁸⁵ ÁLVAREZ CHILLIDA, *El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002)*; BRAVO LÓPEZ, *En casa ajena. Bases intelectuales del antisemitismo y la islamofobia*, págs. 47-54.

²⁸⁶ *Memorable triunfo*, fols. 97r-v.

²⁸⁷ *Ibidem*, fols. 99v-100r.

durante el trienio liberal; al mismo tiempo, la propaganda absolutista asimilaba a los judíos con los supuestos enemigos del catolicismo: liberales, masones y otros «herejes»²⁸⁸.

Respecto a la vida interna de las comunidades judías en Marruecos, el autor del ms. se detiene en algunos aspectos que pudo observar en Tánger (ampliando quizá sus observaciones con lecturas de otros viajeros). Especial atención dedica a ocasiones ceremoniales como las bodas y los ritos funerarios; es posible que parte de sus comentarios al respecto deriven de su propia observación de alguno de ellos. Tanto los esponsales como los entierros son descritos someramente, pero sin ahorrarse cierta ironía y distanciamiento que buscan alejar al lector de cualquier posible empatía hacia sus protagonistas. Es así cómo, al describir los esponsales, el autor del ms. se recrea en el tratamiento de la novia, convertida, según sus propias palabras, en una «insensible muñeca» que, recubierta de joyas y trajes de aparato, se coloca en un alto estrado, sometida a la contemplación de todos los asistentes a la boda durante el tiempo de la celebración. No menos opresivo le parece el tratamiento subsiguiente, por el cual a la novia se le rapa el cabello y se la condena al uso del «denso velo que ha de cubrirla mientras viva»²⁸⁹.

Los ritos funerarios tampoco se libran de la mirada crítica del autor del ms., centrada esta vez, por una parte, en las plañideras (a las que llama «alquilonas»); pero también en la supuesta indiferencia de los deudos del difunto, que salen del cementerio para continuar afanosamente en sus lucrativos negocios²⁹⁰. En esta apreciación puede observarse un rastro indudable del antisemitismo occidental que atribuye a los judíos un desmedido afán de lucro, insensible ante las desgracias familiares²⁹¹.

²⁸⁸ CARO BAROJA, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, III, págs. 158-176.

²⁸⁹ *Memorable triunfo*, fol. 101r. Esta costumbre se sigue practicando entre las comunidades judías ultraortodoxas. Más sobre las ceremonias nupciales en LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, págs. 158-162 y BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, págs. 281-283.

²⁹⁰ *Memorable triunfo*, fol. 101v.

²⁹¹ Véase GOTTFREICH, *The Mellah of Marrakesh*, pág. 86.

También se recogen en el texto las diferencias socio-económicas dentro de la comunidad judía de Marruecos. Con anterioridad se han ido señalando algunas de las opiniones de su autor sobre los comerciantes judíos que tuvieron un papel de gran relevancia en los círculos más cercanos al sultán, o que establecieron redes de relación con otros comerciantes (en ocasiones, miembros de las mismas familias) en lugares como Gibraltar u otros puertos europeos. Se trataba de una pequeña minoría: la mayor parte de los judíos marroquíes vivía, como sus coetáneos musulmanes, en condiciones económicas precarias. «Como los grandes pescados se comen a los chicos, los judíos ricos se comen a los pobres, insultando su miseria con abundantes limosnas en la fiesta de las cabañas»²⁹².

Entre los oficios practicados por los judíos se ha mencionado antes a los intérpretes, que podían llegar a tener una posición económica solvente si añadían a su trabajo la práctica de los negocios que les facilitaba el contacto con los cónsules extranjeros²⁹³. No siempre se les tenía, por otro lado, en buena consideración como profesionales de la interpretación: Jackson, al reflexionar sobre las dificultades a que se enfrentaban los enviados occidentales ante el sultán, señala que las negociaciones se hacían a través de «some ignorant illiterate interpreter, generally a Jew», que se veía coartado a la hora de traducir ante el sultán expresiones que podrían considerarse inaceptables para él y, por otra parte, carecía de la discreción necesaria para el ejercicio de su profesión²⁹⁴. Aquí Jackson está utilizando la supuesta falta de adecuación de los intérpretes judíos para reclamar la presencia en Marruecos de agentes diplomáticos británicos concedores del país

²⁹² *Memorable triunfo*, fol. 102r. La fiesta de las cabañas o cabañuelas (*sukot*), también llamada de los tabernáculos, conmemora las penalidades sufridas por los judíos en el desierto a su salida de Egipto; en ella se reparten aguinaldos y limosnas.

²⁹³ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 239.

²⁹⁴ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 217. La desconfianza hacia los intérpretes judíos tuvo una larga historia; todavía en 1882, el africanista Emilio Bonelli los acusaba de confundir a los europeos con sus visiones de la sociedad marroquí (MARÍN, *Testigos coloniales*, pág. 117).

y capaces de manejar su lengua; los problemas planteados por el recurso a intérpretes judíos, es decir, a súbditos del sultán, eran sin duda reales, pero el caso es que la mayoría de los consulados occidentales en Tánger recurrieron a ellos de manera constante y llegaron, en algunos casos, a incluirlos entre el personal de sus legaciones, con el estatuto de protegidos.

El número de judíos dedicados a estos menesteres debía de ser bastante reducido, limitándose a una pequeña minoría de la comunidad judía residente en Tánger, en Rabat o en Mogador, donde también había representaciones consulares extranjeras. Según el autor del ms., los judíos podían adquirir «predios rústicos», pero la inseguridad reinante en Marruecos les hacía preferir el comercio y, además de su especialización como cambistas, las «artes mecánicas»²⁹⁵. En efecto, tanto el autor del ms. como otros textos contemporáneos mencionan, entre esas artes, las relativas a la orfebrería, especialmente la de la plata, la hojalatería, la sastrería y la zapatería como los trabajos más usuales entre los judíos marroquíes²⁹⁶.

La orfebrería de la plata ha sido, tradicionalmente, uno de los oficios en los que han destacado las comunidades judías de Oriente Medio y el norte de África, de manera que no sorprende comprobar cómo, para el autor del ms., son los judíos quienes trabajan en la fábrica de «pendientes, brazaletes y otros adornos, que con profusión usan las encastilladas bellezas del África»²⁹⁷. También destacaban en la fabricación de zapatos y de indumentaria; en la confección y bordado de trajes participaban activamente las mujeres de las familias judías²⁹⁸. Es curioso que la recreación literaria que hace Baroja del

²⁹⁵ *Memorable triunfo*, fols. 98v y 56r.

²⁹⁶ LEÓN, en LA VÉRONNE, *Vie de Moulay Isma'il*, pág. 137 («Los judíos son plateros y sastres, únicos ofizios que exerzen, con el de tiendas y comerzio»); ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 314. Véanse GOTTFREICH, *The Mellah of Marrakesh*, pág. 37, y BEHROUZI, «Jewish North African Head Adornment: Traditions and Transition».

²⁹⁷ *Memorable triunfo*, fols. 72v-73r.

²⁹⁸ *Ibidem*, fol. 72v.

exilio en Tánger de Borja Tarriús, alojado en casa de una familia judía, incluya una amplia referencia a esta actividad artesanal: las cuatro jóvenes hijas se dedicaban a bordar «babuchas, bolsas para dinero, cinturones, arneses de caballo, etc.», que se vendían en Gibraltar, de donde se llevaban, según su madre, a Túnez, Trípoli y Fez, pasando allí por bordados «hechos por moras». Borja Tarriús, según Baroja, transformó esta artesanía familiar en una auténtica factoría preindustrial, en la que el trabajo se dividía entre todas las muchachas, cada una con una tarea diferente, siguiendo los diseños que el polifacético Borja les preparaba²⁹⁹.

En todo este panorama se observa una notable paradoja. Por un lado, los observadores occidentales (incluido el autor del ms.) no vacilan en describir a los judíos como una población sometida a los peores desmanes de un poder despótico y sus súbditos musulmanes –Comín, por citar un ejemplo, inicia su texto sobre los judíos marroquíes afirmando que «toda ponderación es poca tratándose de describir la mísera existencia de los judíos berberiscos» y continúa afirmando que sufren «las mayores extorsiones, se miran de continuo maltratados en sus personas por los despiadados naturales»³⁰⁰. Pero a pesar de esas conmovedoras apreciaciones, el mismo Comín, y como él otros autores, no dejan de notar que esta cruel situación no impedía a algunos judíos ocupar, no sólo puestos de importancia en la corte, donde ya se ha visto el papel desempeñado por algunos «comerciantes del sultán», sino también mantener actividades de negocio y artesanales que les permitían adquirir una relativa prosperidad. No había obstáculos para el enriquecimiento personal ni para la continuidad de la vida comunitaria tanto social como religiosa; de lo que se trataba era de mantener una serie de manifestaciones públicas que estableciesen el estatuto de los judíos como una minoría situada por debajo de la mayoría de la población musulmana. Esta innegable descri-

²⁹⁹ BAROJA, «El niño de Baza», en *Los contrastes de la vida*, págs. 88-94.

³⁰⁰ COMÍN, *Ligera ojeada*, pág. 39.

minación admitía no obstante mantener usos y costumbres propios, transmitir legados intangibles (o no tanto) y constituirse en grupos sociales compactos que mantienen sus tradiciones de generación en generación. Esto lo vio bien el autor del ms., que recuerda cómo los judíos marroquíes gozaban de libertad de culto, mantenían ritos, ceremonias y costumbres propios y recurrían a sus propias leyes, contando con el apoyo de las autoridades locales «para la ejecución de las órdenes del gobierno y evacuar las comisiones que les comete»³⁰¹.

Entre los judíos de más baja posición sitúa el autor del ms. a quienes trabajan como faquines o mozos de cuerda³⁰², así como los que eran criados en las casas de los cónsules; también incluye en esta categoría de «pobrísimos» a los intérpretes, que, como se ha visto antes, conformaban una categoría sin duda más privilegiada, sobre todo por las oportunidades de negocio que les ofrecía su proximidad a los representantes extranjeros, muchos de los cuales se dedicaban a comerciar por su cuenta. En cambio, nada dice el autor del ms. de otras actividades más marginales pero que podían constituir una lucrativa fuente de ingresos: la destilación de *mā'iyya*, como se denominaba en árabe marroquí el aguardiente fabricado por los judíos a base de higos u otros frutos, como los dátiles. La *mā'iyya* (*mahiya* en los textos europeos) se elaboraba artesanalmente en las casas y su consumo estaba destinado, en principio, a los propios judíos. Según Jackson (que la llama *mahayha* o *mahaya*), éstos lo bebían cuando salía del alambique aún caliente, y le tenían gran afición³⁰³. Como se ha indicado antes, algunos de los cónsules occidentales elaboraban bebidas alcohólicas en sus residencias, aunque tenían la posibilidad de importarlas de sus países de origen o de otros lugares. Pero la existencia de la *mahiya* suponía otra fuente más cercana de suministro, y no fueron pocos los extranjeros cristianos –y los musulmanes que

³⁰¹ *Memorable triunfo*, fol. 99r.

³⁰² *Ibidem*, fol. 99r.

³⁰³ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 129 (trata de este tema en la sección de su obra relativa a los frutos y otras plantas de Marruecos).

se resistían a cumplir la prohibición de consumo de alcohol— que encontraron en los *mellāh* de las ciudades marroquíes uno de los pocos lugares, si no el único, donde podían adquirir licores³⁰⁴. Ello contribuyó a que las juderías fueran conformándose en ámbitos de marginación y vida licenciosa, mantenida por la afluencia clandestina de consumidores de alcohol (musulmanes o no). En una carta escrita en 1878, el cónsul de España en Mogador, José Álvarez Pérez, mencionaba a su corresponsal, el marino Cesáreo Fernández Duro, que temía que el viajero y explorador Joaquín Gatell reincidiera en sus hábitos de consumo de alcohol al hallarse entonces en Tarudant, donde había muchos judíos y, por tanto, «mucho majia»³⁰⁵.

El autor del ms. se ocupa también de la población marroquí de etnia negra, aunque no les concede tanta atención como la que le merecieron los judíos. No entra en cuantificar el número de negros que vivían en Marruecos (sí lo hace Graberg di Hemsö en lo que respecta a Tánger, donde afirma que, de un total de 9 500 habitantes, 1 400 eran negros)³⁰⁶. Al mencionar las rutas del comercio transahariano, incluye, junto a otras mercancías, la trata humana: «no siendo insignificante la multitud de negros esclavos que traen para venderlos con los otros renglones en los zocos del imperio»³⁰⁷. Como consecuencia de estos intercambios comerciales, la esclavitud de los negros en Marruecos ha sido una constante hasta tiempos muy recientes —aunque también existía una cierta población autóctona de la misma etnia en las regiones más meridionales. Entre las «mercancías» subsaharianas que se importaban a Marruecos, figu-

³⁰⁴ El explorador Joaquín Gatell (1826-1879) era conocido por su afición a las bebidas alcohólicas; véase MARTÍNEZ ANTONIO, «Estudio biográfico de Joaquín Gatell», en GATELL Y FOLCH, *Viajes por Marruecos*, págs. 150 y 160-161. La carta de Álvarez Pérez, en FERNÁNDEZ DURO, *Documentos correspondientes a la expedición a la costa oeste de África en busca de Santa Cruz de Mar Pequeña, a bordo del vapor «Blasco de Garay»*, Archivo Naval, Madrid, ms. 1932.

³⁰⁵ GOTTRICH, *The Mellah of Marrakesh*, págs. 38 y 78-79.

³⁰⁶ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 38.

³⁰⁷ *Memorable triunfo*, fol. 85r. En la obra de EL HAMEL citada con anterioridad hay una excelente exposición sobre el comercio transahariano de esclavos negros en Marruecos.

raban los seres humanos, del mismo modo que el oro, el marfil, las plumas de avestruz u otras mercancías exóticas³⁰⁸. Se ha calculado que los esclavos eran el elemento más importante de este comercio, evaluado, para el siglo XIX, en una media de 7 000 a 8 000 individuos anuales³⁰⁹.

Como señala el autor del ms., no todos los negros que vivían en Marruecos eran esclavos. También los había libres, que gozaban, dice, de todos los derechos; muchos formaban parte de los contingentes del ejército. Otros pertenecían a linajes prestigiosos, incluso a los de los jerifes, como se ha visto anteriormente.

La visión del autor del ms. sobre los esclavos negros en Marruecos es compartida por varios autores de las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX. En pleno auge de la trata trasatlántica, que se estaba combatiendo con fuerza en Inglaterra y otros lugares por propagandistas de la abolición de la esclavitud, el autor del ms. afirma que «los esclavos son más afortunados en esta parte del África que en las islas y continente de América»³¹⁰. Una similar apreciación puede encontrarse ya en autores como el barón de Tott (1733-1793), que publicó unas memorias de sus viajes por el imperio otomano en las que, al pasar por Túnez, asegura que los esclavos son muy bien tratados por sus dueños musulmanes (no así por los que son cristianos)³¹¹. Para el autor del ms., la condición de los esclavos negros en Marruecos no era comparable a la que tenían los que habían sido llevados a América: los «mauritanos» no sólo ofrecían a sus siervos posibilidades de manumisión, sino que los incorporaban al servicio doméstico y al trabajo en el campo, sin hacer distinciones entre ellos y los trabajadores de condición libre³¹².

³⁰⁸ MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, III, pág. 87.

³⁰⁹ *Ibidem*, II, pág. 151.

³¹⁰ *Memorable triunfo*, fol. 93v.

³¹¹ Citado en THOMSON, *Barbary and Enlightenment*, pág. 28.

³¹² *Memorable triunfo*, fol. 93v.

No es original el autor del ms. al describir la condición de los negros en Marruecos como una especie de esclavitud «suave». Jackson había establecido la misma comparación entre la esclavitud en Marruecos y la que se practicaba en las colonias británicas en Gambia y en las Indias Occidentales, «infelices víctimas» transportadas allí desde el golfo de Guinea. En contraste con el duro tratamiento que recibían estos esclavos, los que eran propiedad de marroquíes, afirma Jackson, se incorporaban a la vida familiar de sus amos y, si eran leales, se les consideraba miembros de la familia. Se les instruía en la religión islámica, a la que solían convertirse, y muchos de ellos eran liberados³¹³. Comín comparte estas opiniones: a su modo de ver, los esclavos negros son destinados a «faenas domésticas y labores del campo, por lo común muy ligeras», o a la custodia del soberano y su tesoro, compartiendo con el resto de los marroquíes las fatigas de la vida cotidiana, todo lo cual está muy alejado de la «dura servidumbre a que los sacrifica en las Indias la codicia de los cristianos»³¹⁴. Es evidente que el autor del ms. sigue a Comín en esta ocasión como en otras ya señaladas. Ambos se inscriben en el ideario abolicionista que se manifiesta tempranamente en el liberalismo español, aunque con escasas repercusiones en la práctica; no ha de olvidarse que España fue uno de los últimos países europeos en abolir la esclavitud (en 1886)³¹⁵. En paralelo, la creencia de que los esclavos eran tratados con cierta consideración en Marruecos persistió durante el siglo XIX y aun más adelante: en sus memorias (publicadas por vez primera en 1935), Isaac Laredo no vacila en afirmar que la esclavitud «no reviste entre los moros los caracteres de crueldad de los tiempos bíblicos, de las antiguas Grecia y Roma, de la Edad Media y hasta hace poco, en ciertos países, donde se ha hecho trabajar al negro, a la par que

³¹³ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, págs. 292-293. Parecidas observaciones, en LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, págs. 236-237.

³¹⁴ COMÍN, *Ligera ojeada*, pág. 72, n. 5.

³¹⁵ MARTÍNEZ DE PISÓN CAVERO, «El debate abolicionista en el primer liberalismo español», <https://ojs.uv.es/index.php/CEFD/article/view/9434> (consultado 8 julio 2019).

a la bestia»³¹⁶. La benignidad con la que eran tratados los esclavos, según estos observadores, no impedía, claro está, que su condición servil condicionara radicalmente sus vidas; pero esta cuestión no parece haber inquietado ni al autor del ms. ni a otros observadores occidentales³¹⁷.

Mención aparte merecen las esclavas negras, a las que tanto el autor del ms. como Comín dedican particular atención. Comín subraya el gusto «particular» de los naturales de Marruecos por las mujeres negras, «que del estado de concubinato suben con frecuencia al de esposas legítimas de los magnates» y que, por otra parte, accedían a la libertad por el «mero hecho» de haber dado a luz una criatura, «por ser ésta la ley de la tierra»³¹⁸. De parecida opinión es el autor del ms., que dibuja una realidad un tanto idealizada:

«las negras más felices, aplicadas a la lavandería, cocina y cuidado de las criaturas, pasan vida cómoda, suben al estado legal de concubinas y al de mujeres legítimas y su color no es obstáculo que entibia, sino incentivo que fomenta el amor conyugal»³¹⁹.

Al igual que Comín, el autor del ms. cree, equivocadamente, que dar a luz a un «mulatillo» asegura la libertad de la esclava negra; ambos autores comparan esta situación con la de las «infelices»,

³¹⁶ LAREDO, *Memorias de un viejo tangerino*, pág. 87. La literatura colonial española mantuvo este estereotipo; sobre ésta y otras cuestiones relacionadas con la esclavitud en la zona norte de Marruecos, véase MATEO DIESTE, «Imágenes y ambivalencias de la política española hacia la esclavitud en Marruecos (1880-1930)» y *Recordando a las tatas: mujeres domésticas y esclavitud en Tetuán*.

³¹⁷ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 90, se lamenta de que los negros sean en Marruecos esclavos en su mayoría, pero apunta que algunos de ellos, tras conseguir su libertad, consiguen alcanzar cierta importancia e incluso hacerse ricos.

³¹⁸ COMÍN, *Ligera ojeada*, pág. 73. El derecho islámico sobre la cuestión es algo más complejo de lo que afirma Comín y el hecho de ser madre no significa la manumisión automática de la esclava, aunque sí cambia su estatus y favorece la posibilidad de la manumisión; sobre ello, PUENTE, «Free Fathers, Slave Mothers and their Children: A Contribution to the Study of Family Structures in al-Andalus».

³¹⁹ *Memorable triunfo*, fols. 93v-94r.

según Comín, de las colonias españolas, en las que «sin embargo de ser las menos inhumanas», se utiliza a las esclavas como concubinas para luego venderlas, sin consideración alguna, junto al fruto de sus relaciones con su amo. Ahora bien, si el autor del ms. sigue aquí a Comín –quien había tenido la experiencia personal del colonialismo español en América–, va más allá en sus apreciaciones sobre la presencia de las mujeres negras en las familias marroquíes, desvelando una soterrada inquietud sobre las consecuencias de este fenómeno: «es ya locura la desenfrenada afición de los moros a las negras», dice, añadiendo que los magnates viajan con abundante provisión de estas mujeres y que, como era de esperar, el número de mulatos crece sin cesar. En Larache, afirma, la mayoría de la población es negra o mulata, y de seguir así, en poco tiempo habrá más negros que blancos en Marruecos; lamentable situación, tanto más cuanto que abundan en el país mujeres blancas y tan hermosas como las «celebradas georgianas»³²⁰. Esta opinión no era compartida universalmente: a finales del siglo XVIII, el cónsul francés Chénier afirmaba que los notables urbanos tenían esclavas negras, que podían utilizar como concubinas, pero teniendo la precaución de no dejarlas embarazadas, para evitar tener hijos mulatos³²¹. No parece, sin embargo, que Chénier estuviera muy acertado en esta cuestión; sin que el concubinato de las esclavas negras tuviera consecuencias tan alarmantes como las que describe el autor del ms., probablemente sorprendido de que no todos los negros fueran esclavos en Marruecos, el mestizaje étnico estaba aceptado incluso por familias de elevada posición, entre ellas la reinante. Observadores posteriores insisten en un rasgo que parecía impensable en el mundo occidental, recordando cómo algunos de los sultanes marroquíes habían sido hijos de una madre negra³²².

³²⁰ *Ibidem*, fol. 94r.

³²¹ CHÉNIER, *Recherches historiques*, pág. 121.

³²² ÓVILO, *La mujer marroquí. Estudio social*, pág. 181.

Si se compara el espacio dedicado, no sólo en este ms., sino en general en la literatura sobre Marruecos de la misma época, a los judíos o, aunque menor, a los negros, con el que ocupa la mayor parte de la población –moros, árabes, bereberes–, la desproporción es evidente. A todos ellos se los despacha con una relación de tópicos que se repiten de un autor a otro con muy escasas variaciones, como se ha visto más arriba: moros y/o árabes (la distinción entre ambos conceptos es bastante ambigua) se distinguen por cualidades negativas: pereza, indolencia, superstición, fanatismo, incultura, desidia... Uno de los recursos retóricos que se emplean con frecuencia respecto a los «moros» es el de su sensualidad exacerbada.

Según Chénier, los moros se entregan al libertinaje desde muy jóvenes y esto contribuye mucho «à les enérver, ce qui les rend mous, lâches et peresseux»³²³; este tema se vuelve a encontrar en autores más cercanos al del ms., como Buffa y Beauclerk, por no mencionar otros ejemplos: los moros viven en una nube de sensualidad e indolencia, lo que los hace incapaces de dedicarse a labores más productivas, lo que, por ende, contribuye a mantener el país en el retraso más absoluto³²⁴. Se trata, por descontado, de un tema recurrente en la literatura occidental sobre el mundo islámico, no sólo sobre Marruecos, que hunde sus raíces en la propaganda antiislámica de la Edad Media, en la que se utilizaba la figura del profeta Mahoma como ejemplo de lubricidad y lascivia³²⁵. Sin detenerse mucho en esta manida cuestión, el autor del ms. alude a ella al asegurar que árabes y berberiscos son

³²³ CHÉNIER, *Recherches historiques*, págs. 191-192.

³²⁴ BUFFA, *Travels through the Empire of Morocco*, págs. 179; BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 274. La idea de que la sociedad marroquí estaba sumida en una degradación de los sentidos tuvo una larga historia; a principios del siglo XX todavía se podían leer cosas como ésta: «Morocco is so deeply sunk in the degradation of vice, and so given up to lust, that it is impossible to lay bare its deplorable condition» (MEAKIN, *Life in Morocco*, pág. 39).

³²⁵ THOMSON, *Barbary and Enlightenment*, pág. 57; NORMAN, *Islam and the West. The Making of an Image*, págs. 158-169.

«dados a la Venus (...), sensibles en la holganza del serrallo, insensibles a las bellezas del espíritu. Su vida animal los consume, debilita y arrebatada en medio de la carrera y contentos bajan al sepulcro, viendo en la muerte la pérdida de un mal serrallo y el hallazgo de otro mejor al antojo del profeta grande, ministro del Altísimo»³²⁶.

Respecto a los bereberes, el autor del ms. es mucho más comedido en sus opiniones, quizá porque su pretensión de enaltecer a toda costa al bajá de Tánger le impedía manifestar opiniones vejatorias sobre el grupo étnico al que pertenecía. Pero, en consonancia con otros autores, caracteriza a las tribus de los *shcilloges* como belicosas e intrépidas y, a sus miembros, de resueltos y atrevidos montañeses³²⁷. Es decir, se contraponen en el texto la audacia y bravura de los bereberes a la indolencia y laxitud de los moros/árabes, estableciéndose así una dicotomía que conocerá una gran fortuna en la posterior literatura colonial, cuando, sobre todo entre los autores franceses, se difunda una imagen bien diferenciada de árabes y bereberes. A los segundos se les atribuirá repetidamente una mayor independencia de criterio y una islamización más bien superficial que habría de favorecer la penetración colonial, ya que todo ello los situaba en una posición más cercana a la de los colonizadores³²⁸. Debe hacerse notar que uno de los temas que se repite en esta literatura, con el propósito de reivindicar el pasado cristiano de las poblaciones autóctonas del norte de África, es decir, de los bereberes, lo registra ya el autor del ms., que menciona sus tatuajes en forma de cruz como testimonio de una permanencia, al menos simbólica, del cristianismo entre estas poblaciones. Pero curiosamente, para el autor del ms., no se trata de bereberes, sino de «tribus españolas y portuguesas», compuestas por los descendientes de cautivos, tanto como consecuencia de la derrota de don Sebastián

³²⁶ *Memorable triunfo*, fols. 91r-91v.

³²⁷ *Ibidem*, fols. 35r, 35v y 42r.

³²⁸ A este respecto, LORCIN, *Imperial Identities. Stereotyping, Prejudice and Race in Colonial Algeria*.

en la batalla de los Tres Reyes, como por otras presas; según el autor del ms., estas «tribus» estarían localizadas en las zonas meridionales de Marruecos, en el Atlas y el Sus³²⁹.

La existencia de estas supuestas «tribus» de españoles y portugueses no pasa de ser una fantasía del autor del ms., quizá inspirado por la presencia de renegados españoles en Marruecos desde tiempo atrás. Pero los tatuajes en forma de cruz habían llamado la atención de otros autores, como Chénier, que los atribuye a las poblaciones cristianas que existían en el Mágreb con anterioridad a la llegada de los musulmanes³³⁰; esta conexión seguirá haciéndose en épocas posteriores³³¹. Mucho antes, en el siglo xvi, Luis del Mármol había descrito la costumbre de los «Azuagas» de «hacerse una cruz labrada con hierro en el carrillo, o en la mano, y aun ellos propios no saben por qué las hacen, solamente entienden que es porque vienen de casta de cristianos»³³². Según Mármol, en realidad estos tatuajes provienen de tiempos de los godos, que eximían de impuestos a los cristianos; los «azuagos» se hacían pasar como tales gracias a sus tatuajes de cruces y así evadían el pago de las tasas. Antonio de Sosa reproduce el mismo relato en su *Topografía e historia general de Argel*³³³. Estos «azuagos», descritos por la literatura de esa época como bereberes belicosos y buenos soldados, son los *zuwāga*, grupo tribal bereber³³⁴. Más cercano a la época del autor del ms., Hay vuelve sobre el tema y describe los tatuajes que vio en su viaje por Marruecos en 1839 y que vincula a reminiscencias de la religión cristiana practicada por

³²⁹ *Memorable triunfo*, fols. 17r-v.

³³⁰ CHÉNIER, *Recherches historiques*, pág. 108.

³³¹ HAY, *Western Barbary*, pág. 26.

³³² MÁRMOL CARVAJAL, *Descripción general de Africa*, vol. I, fol. 34r.

³³³ Citado por BUNES, *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos xvi y xvii. Los caracteres de una hostilidad*, págs. 120 y 122.

³³⁴ Los menciona AL-BAKRĪ, en el siglo xi, como establecidos, junto a otras tribus (Magīla, Hawwāra, Miknāsa, etc.), en las regiones cercanas a Fez (ABŪ °UBAYD AL-BAKRĪ, *al-Mugrib fī dīkr bilād Ifrīqiya wa-l-Magrib*, pág. 117).

los naturales del país con anterioridad al islam³³⁵. Sin embargo, estos tatuajes, que todavía hoy se siguen practicando, no se debían a posibles orígenes cristianos o pseudo-cristianos, sino que procedían de rituales y creencias anteriores al cristianismo, según las cuales tienen funciones profilácticas, mágicas o simplemente decorativas³³⁶.

No se puede dar por completada la visión del autor del ms. sobre los elementos que componían la sociedad marroquí sin dar cuenta de sus opiniones sobre las mujeres. En común con la literatura occidental de su época, el autor del ms. subraya la opresión a que son sometidas; se refiere a ellas, por ejemplo, como bellezas «encastilladas» y a ese concepto se añade su descripción de las casas marroquíes, «uniformes, de angosta y torneada entrada», sin «cómoda repartición» en su interior, lo que las convierte, dice, en «oscuros calabozos de las infelices africanas»³³⁷. La dificultad real de conocer de cerca la vida de las mujeres musulmanas alimentó la creación de una serie de tópicos y estereotipos que han venido transmitiéndose hasta la actualidad, y que se repiten de uno en otro autor sin más que escasísimas variaciones³³⁸. No por ser invisibles, sin embargo, las mujeres marroquíes dejaban de atraer la atención de los viajeros europeos, que, espolcados por las seductoras imágenes del harén oriental (que ellos mismos habían contribuido a crear) y frustrados por la imposibilidad de desvelar los misterios que se ocultaban a su vista, solían dejar correr su fantasía con el menor motivo. Una escena típica, en este sentido, presenta al viajero, invitado a una casa principal y al acecho de una mirada tras la celosía o al rumor de unas ajorcas que se alejan..., por no mencionar a las esclavas negras, que suelen ser las que sirven bebidas y dulces y cuya sola presencia

³³⁵ HAY, *Western Barbary*, pág. 26.

³³⁶ Sobre esto, WESTERMACK, *Pagan Survivals in Mohammedan Civilisation*, pág. 32. El antropólogo finlandés señala los precedentes precristianos de esta costumbre y el sentido de este tatuaje, que sería el de dispersar a los cuatro vientos la influencia del mal de ojo. Véase también MATEO DIESTE, *Salud y ritual en Marruecos*, pág. 102 y la bibliografía citada en n. 80.

³³⁷ *Memorable triunfo*, fol. 71r.

³³⁸ CERAROLS RAMÍREZ, *Geografías de lo exótico. El imaginario de Marruecos en la literatura de viajes (1859-1936)*, págs. 175-196.

estimula ensueños inalcanzables. El serrallo/harén, lugar prohibido a la mirada masculina ajena, se configura como sede de deseos y placeres reservados a un solo dueño; como el despotismo oriental, este diseño de los ensueños eróticos del hombre occidental debe mucho a la difusión de la idea del serrallo por parte de Montesquieu³³⁹.

La dificultad de ver y relacionarse con las mujeres, señalada por todos los autores de esta y épocas sucesivas, se convierte en un imposible, porque el observador desearía verlas y apreciarlas tal como solía hacer en las ciudades y lugares de donde provenía. Delacroix es muy explícito sobre esta cuestión: compara a las mujeres marroquíes con las casas cerradas, sin aberturas al exterior y, por tanto, no expuestas, ni unas ni otras, a miradas indiscretas. Al verlas en espacios públicos, las compara con «paquetes ambulantes», de los que sólo pueden atisbarse, con suerte, los ojos y la punta de los dedos con los que se sujetan el velo. Pero, añade, si se hace abstracción del aspecto algo grotesco que da a las mujeres, el velo no deja de tener algo muy picante: el observador es libre de imaginar que, bajo él, hay siempre encantadoras formas femeninas³⁴⁰. Esa capacidad de imaginar el cuerpo velado se extiende a otras áreas de la vida de las mujeres. Por ejemplo, Graberg di Hemsö, aun admitiendo que de ellas se puede decir poco, por los obstáculos que impiden conocerlas o incluso verlas, no duda en estimar cuál es el ideal de belleza al que aspiran –las formas opulentas– o en declarar que las funciones a la que están destinadas son únicamente el placer (de sus maridos) y la reproducción³⁴¹. Esta definición de Graberg se repetirá hasta la saciedad en textos posteriores³⁴².

El autor del ms. se detiene, más que en apreciaciones de carácter general, en algunas cuestiones que le suscitan gran curiosidad. Una

³³⁹ THOMSON, *Barbary and Enlightenment*, pág. 58; MARTIN, «L'institution du sérail. Quelques réflexions sur le livre XVI de *L'Esprit des lois*».

³⁴⁰ DELACROIX, *Souvenirs d'un voyage dans le Maroc*, pág. 125.

³⁴¹ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, págs. 85-86

³⁴² Sobre las mujeres musulmanas en la literatura de viajes del siglo XVIII, THOMSON, *Barbary and Enlightenment*, págs. 59-61.

de ellas –y en esto no es nada original– es la poligamia, que condena en términos tajantes:

«la poligamia, aunque consagrada por el ejemplo de los patriarcas del pueblo judaico, es tan contraria al pacto de la unión entre hombre y mujer que destruye su naturaleza»³⁴³.

En efecto, muchos otros autores achacan al matrimonio polígamo la ausencia de «verdadero» amor entre los esposos; sin embargo, no faltan quienes señalen que, en realidad, no son muchos los hombres marroquíes que lo practiquen³⁴⁴. Jackson observa que la poligamia se suele convertir en una serie de matrimonios sucesivos: cuando la primera mujer envejece, toma una segunda y así hasta llegar a las cuatro esposas legítimamente posibles para un varón según la ley islámica³⁴⁵.

De manera similar, el autor del ms. explica que la poligamia es la consecuencia de una sensualidad exagerada, que conduce a los hombres a buscar mujeres jóvenes para satisfacer sus deseos carnales cuando la primera esposa ha dejado de resultarles atrayente; pero esta activa vida sexual no carece de consecuencias. Según el autor del ms., las consultas de marroquíes a médicos europeos «tenían por fin la póstula de medicinas activas y tónicas para complacer a la mora infeliz que entraba de semana»³⁴⁶. A esta cuestión también se refiere Jackson, que subraya que el exceso de lujuria provoca la impotencia, en vano tratada con drogas estimulantes y compuestos aromáticos³⁴⁷. Pero el autor del ms. va más allá, y considera a la poligamia como una de las causas de la despoblación del imperio marroquí, puesto que «la

³⁴³ *Memorable triunfo*, fol. 94v.

³⁴⁴ CHÉNIER, *Recherches historiques*, pág. 121.

³⁴⁵ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 160. Sobre la opinión de los viajeros acerca de la poligamia, véanse también THOMSON, *Barbary and Enlightenment*, página 59, y CHEGRAOUI, «La imatge del Marroc», pág. 118.

³⁴⁶ *Memorable triunfo*, fol. 91v.

³⁴⁷ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 160.

lascivia extraviada es la raíz próxima de la infecundidad»; y concluye que «el polígamo roba a la sociedad el fruto de la procreación, la paz a su familia, incurre en la ira mujeril y cae envenenado, o temprano queda inútil para el trabajo con lucro de la prostitución y ruina de la casa»³⁴⁸. Sin duda, es una de las explicaciones más pintorescas sobre las consecuencias del matrimonio polígamo que puedan darse.

Otras causas que han producido, según el autor del ms., la creciente despoblación del país son el infanticidio y el matrimonio temprano de las mujeres. Sobre la primera cuestión –que tampoco parece haber atraído el interés de los autores contemporáneos– se pronuncia en términos inequívocos: se trata de un crimen horrendo, que sería menos frecuente si la justicia lo castigase con mayor severidad, ya que hay que lamentar que sea tan dura con quien roba y se expone a ver amputadas sus extremidades, mientras se compadece «del inhumano infanticida abrumado de miseria»³⁴⁹. Parecida indignación le causa la corta edad a que se casan las muchachas: en Tánger a los once años, y Marraquech y Mequinez, a los nueve o diez³⁵⁰. Las consecuencias de esta desgraciada costumbre son penosas, ya que contribuyen a la esterilidad de las mujeres y a la destrucción de la pareja conyugal³⁵¹. El panorama así dibujado se completa con una severa censura del repudio, que desestabiliza el matrimonio y empuja a las mujeres desasistidas a sobrevivir recurriendo a la limosna o la prostitución.

Estas apreciaciones tan negativas sobre la vida matrimonial de los marroquíes contienen mucho de prejuicio antimusulmán, que se repite una y otra vez en toda la literatura occidental; en parte recuperando temas de la polémica medieval, y en parte elaborando nuevos o renovados tópicos con los que formar una imagen muy peyorativa de la familia y las relaciones conyugales en el mundo

³⁴⁸ *Memorable triunfo*, fol. 94v.

³⁴⁹ *Ibidem*, fols. 94v y 96r.

³⁵⁰ *Ibidem*, fol. 95v.

³⁵¹ *Ibidem*, fols. 95v-96r.

islámico. No se tienen en cuenta, en esta clase de observaciones, las posibles correspondencias de la sociedad de origen de muchas de las cosas censurables que se presentan al lector. Por ejemplo, llama la atención que el autor del ms. se preocupe por la corta edad de las mujeres al contraer matrimonio –en lo cual, por supuesto, no le faltaba razón; todavía hoy en Marruecos se lucha para elevarla; pero habría que recordar que en 1806 se había estrenado en Madrid *El sí de las niñas*, la comedia de Moratín que planteaba, precisamente, los inconvenientes de la costumbre de casar a jovencitas con hombres de avanzada edad; o que en 1784 el conde de Aranda se había casado en segundas nupcias, a la edad de 65 años (bastante elevada para la época) con su sobrina-nieta Pilar Fernández de Híjar, de 17³⁵².

La reclusión en sus residencias privadas, como se ha apuntado, forma parte del panorama descrito por el autor del ms. acerca de la condición de las mujeres. No se extiende sobre el tema, sin embargo, más allá de aludir a «la clausura inviolable del sexo femenino»³⁵³. La idea de la mujer esclavizada, encerrada entre cuatro paredes y a disposición de su cónyuge, dueño y señor de su destino, está sin embargo muy presente en la obra de Comín, que le dedica varios párrafos llenos de indignación ante la desgraciada suerte de las mujeres marroquíes. No sólo, en común con las musulmanas de otros países, viven bajo una misma y dura ley, sino que «lejos de morar en serrallos magníficos y voluptuosos, las mujeres de Marruecos se ven confinadas a unas casuchas miserables y condenadas por lo común a pasar la trabajosa vida en incesante discordia con sus rivales»³⁵⁴. Es notable que, en esta como en otras ocasiones, tanto Comín como el autor del ms. achaquen a la ley, injusta *per se*, los males que aquejan a las mujeres, o a otros segmentos de la población. En el caso de las mujeres, sin embargo, debe hacerse hincapié en que, si bien la

³⁵² FERRER BENIMELI, «Pedro Pablo Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea», *Diccionario Biográfico Español*, www.dbe.rah.es (consultado 15 agosto 2019).

³⁵³ *Memorable triunfo*, fol. 95r.

³⁵⁴ COMÍN, *Ligera ojeada*, págs. 34-35.

legislación islámica consagra normas que discriminan a las mujeres, especialmente en la desigualdad del recurso al divorcio respecto a los hombres, o en la falta de equidad en el reparto de las herencias, el hecho es que, si se compara a las musulmanas con las cristianas durante la Edad Media, la Moderna, y buena parte de la Contemporánea, aquéllas resultan favorecidas en el capítulo de los derechos económicos. En sus agudas cartas desde Estambul y otras ciudades otomanas, Lady Mary Montagu (1689-1762), esposa del embajador británico ante la Sublime Puerta, no sólo se refiere a que las damas otomanas podían circular libremente por el espacio urbano siempre que fueran convenientemente cubiertas con sus velos, sino que las que eran de buena posición gozaban de su propia fortuna, que en caso de divorcio les seguía perteneciendo y a la que se añadía otra suma que debía pagarles su marido³⁵⁵.

Lady Montagu tenía razón: su comentario no hace más que reproducir algunas de las normas establecidas por la legislación islámica. No deja de llamar la atención que, mientras los viajeros europeos se inclinaban unánimemente por subrayar el estado de opresión que padecían las mujeres musulmanas, fuera una mujer la que descubriera los espacios de actuación propia que les reservaba el sistema legal vigente en sus sociedades³⁵⁶.

Como ocurría al tratar de los judíos, el autor del ms. también se detiene en la celebración de las bodas musulmanas. La rápida descripción que les dedica hace suponer que presencié alguna de las ceremonias públicas que las acompañaban, como el cortejo nupcial que lleva a la novia «enjaulada, la que montada así en mula ricamente

³⁵⁵ MONTAGU, *Embassy to Constantinople. The Travels of Lady Mary Wortley Montagu*, pág. 111.

³⁵⁶ DANIEL, *Islam and the West*, pág. 314, afirma por su parte que «before the passage of the Married Women's Property Acts of the 1800s it was justly said that in England women had fewer rights than the Qur'an allowed them». La famosa novela de JANE AUSTEN, *Pride and Prejudice* (1813), describe un claro ejemplo de esta situación a través de la familia protagonista, los Bennet. La Married Women's Property Act se promulgó en 1870.

enjaezada baja a la playa, asiste a la corrida de los caballos y descargas con que es obsequiada, marchando de esta forma al ósculo del esposo»³⁵⁷. Las celebraciones de boda siempre han atraído la atención de los extranjeros que visitaban Marruecos, y abundan sus descripciones. Badía, por citar sólo a un viajero español, menciona, al igual que el autor del ms., la procesión que lleva a casa de la novia los regalos de la familia del novio, con «gran número de faroles, bujías y antorchas» y acompañada de una banda de malos músicos y mujeres «dando agudos gritos». El autor del ms. se fijó más en el contenido de los presentes: «se compone de bueyes, vacas, algún carnero, y de ropas, cebada, aldora, miel, lienzos y pañuelos de seda»³⁵⁸.

También como el autor del ms., Badía describe la caja que lleva a la novia:

«una especie de cestón cilíndrico, cubierto por fuera con una tela blanca y rematado por una tapa de forma cónica pintada de diferentes colores (...) todo tan pequeño que parecía imposible cupiese allí una mujer»³⁵⁹.

La caja que transportaba a la novia recibía nombres diferentes; en Tánger, donde la pudo ver el autor del ms., se llamaba *‘ammāriyya* y se utilizaba tanto en la ciudad como en el campo circundante; se trata de una costumbre ya descrita en la primera mitad del siglo xvi por León el Africano³⁶⁰. Así se evitaba que la novia, en el traslado desde su casa a través de un espacio público –las calles de la ciudad o de la aldea–, en el momento más crucial de su existencia, cuando pasaba del estado de doncella al de mujer casada y abandonaba su casa

³⁵⁷ *Memorable triunfo*, fols. 95r-v.

³⁵⁸ «Aldora» es un arabismo que designa cereales como el panizo o el sorgo, véase AL-SAQATĪ, *Libro del buen gobierno del zoco*, pág. 74, n. 226; CARABAZA, «Algunos arabismos en la traducción del *Kitāb fī adab al-ḥisba de al-Saqatī* (II)».

³⁵⁹ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 140; *Memorable triunfo*, fol. 95r. Véase también LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 272.

³⁶⁰ WESTERMARCK, *Marriage Ceremonies in Morocco*, págs. 166-169.

familiar para integrarse en la familia de su marido, se viera expuesta a las perversas influencias del mal de ojo, que podían influir en su vida posterior; por eso también la rodeaban, como dice el autor del ms., hombres a caballo corriendo la pólvora³⁶¹.

4. EL PAÍS. UNA GEOGRAFÍA DE RECURSOS Y BIENES

El texto del ms. contiene una relativamente amplia descripción de Marruecos, que ha de situarse en el contexto de los conocimientos sobre el país y en la orientación de la ciencia geográfica vigentes en la época en que escribe su autor. Casi toda la información de que se disponía en Europa sobre un país como Marruecos procedía de los viajeros que por diversas razones se habían trasladado allí; ya se ha ido viendo que muchos de los autores citados eran agentes consulares, médicos, militares, náufragos o, en algún caso, espías, como Domingo Badía. Todos los que por una razón u otra estuvieron en Marruecos dejaron constancia de sus itinerarios y describieron con cierta precisión las ciudades y lugares que visitaron, incorporándose así a la pretensión de la ciencia de la Ilustración de abarcar y describir la naturaleza y las diferentes regiones de la Tierra, plasmada en obras enciclopédicas y diccionarios de toda clase³⁶².

La ciudad de que se ocupa con mayor atención el autor del ms. es, naturalmente, Tánger, en la que residió durante toda su estancia en Marruecos. Hay alguna referencia a otras ciudades, pero no pasan

³⁶¹ En la actualidad, el traslado de la novia se hace habitualmente en coche, aunque no siempre se prescinde de la cabalgata que rodea a la comitiva corriendo la pólvora (MATEO DIESTE, *Salud y ritual en Marruecos*, pág. 150, que se basa en la descripción de ROSANDER, *Mujeres en la frontera. Tradición e identidad musulmanas en Ceuta*, 2004 [1.ª ed. en inglés, 1991]). En algunos ambientes urbanos actuales, el recuerdo de la *'ammāriyya* se mantiene mediante una especie de angarillas (con o sin arcos cruzados sobre su parte inferior, o con una cupulilla superior, sugiriendo un a modo de trono), sobre las cuales se introduce tanto al novio como a la novia en el lugar de celebración de la boda.

³⁶² CAPEL, «Los diccionarios geográficos de la Ilustración española», www.ub.edu/geocrit/geo31.htm (consultado 18 agosto 2019).

de ser muy superficiales y de escaso interés. Debe reseñarse, en todo caso, que se menciona a Marrakech con su nombre tradicional, es decir, el de «Marruecos», que luego sirvió, en los textos españoles, para designar a todo el país³⁶³. Las otras ciudades que aparecen en el texto son las siguientes: Alcazar-el-Quibir (Alcazarquivir, al-Qaṣr al-kabīr), Arcila (Assila), Fez, Larache, Mamora, Mazagán (El Jadida), Mequinez, Mogador (Essaouira), Rabat, Santa Cruz (Agadir) y Tetuán.

Si se observa esta relación, se ve que la mayoría de las ciudades mencionadas están situadas en la costa marroquí (o muy cercanas a ella, como Tetuán). El mapa que resulta de este repertorio urbano cubre, por tanto, dos visiones superpuestas de Marruecos: por un lado, las llamadas ahora «ciudades imperiales» (Fez, Marrakech y Mequinez), sedes del poder de los sultanes, que contribuyeron en diferentes fases de su historia a su crecimiento y desarrollo urbano (Alcazarquivir es un caso aparte: aparece en el ms. por el nombre que dio a la también llamada «batalla de los Tres Reyes»). Pero la relación más amplia es la de las ciudades costeras, que señalan así el área de intereses de los europeos. Bien es verdad que viajar al interior del país, en esos tiempos, no era fácil o estaba directamente prohibido por las autoridades locales; fuera de los itinerarios más usuales, como por ejemplo el de Mogador a Marrakech, los viajeros occidentales se quedan en los puertos y sus alrededores³⁶⁴. Allí era donde, por otra parte, se gestionaban las relaciones comerciales con Marruecos y se establecían por ello pequeñas colonias de europeos entre los que se cuentan algunos de los autores de descripciones de Marruecos que se vienen citando aquí.

Las referencias que hace el autor del ms. a estas ciudades son todas de segunda mano, ya que no llegó a salir de Tánger para conocerlas.

³⁶³ *Memorable triunfo*, fols. 35v-36v. Véase ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 288, n. 34 del editor.

³⁶⁴ Los franciscanos sí estuvieron en lugares como Mequinez, donde había muchos cautivos cristianos en época de Mulay Ismā'īl, así como en Marrakech y Fez (CASTILLO LARRIBA, *Los franciscanos y el colonialismo español en Marruecos: José María Lerchundi y Francisco María Cervera*).

Así que no pasan de ser alusiones muy superficiales, producto de lecturas o de informaciones procedentes de otros europeos residentes en Marruecos. Aun así, es interesante ver cómo se insertan en el relato general de la descripción del país, en el cual se observa una jerarquía que diferencia a las ciudades que habían sido o eran sedes del poder político y las que no; siempre teniendo en cuenta que, en Marruecos, la capitalidad urbana ha sido tradicionalmente itinerante, tanto al correr de las dinastías como durante los reinados de cada sultán.

Fez, la ciudad de más antigua fundación de entre las llamadas «imperiales», carece en el ms. de toda descripción, aunque abundan las menciones a su calidad de sede del emperador, nudo comercial o lugar en el que se desarrollan múltiples acontecimientos de la historia marroquí. Se verá más adelante que también figura en la relación de lugares con productos agrícolas o industriales famosos por su calidad, pero en lo que se refiere a la ciudad, su topografía, o su población, el autor del ms. no da ninguna información³⁶⁵. Mequinez, la capital en la que Muley Ismāʿīl hizo edificar sus fastuosos palacios, y en la que se conserva su mausoleo (lámina XXII), aparece en la pluma del autor del ms. como un centro organizador y receptor del comercio que enlaza con las rutas transaharianas, entre otras, y muy brevemente aludido al albur de algún acontecimiento histórico³⁶⁶. De Marrakech se destaca también su carácter de etapa en el comercio caravanero, pero por otra parte se subraya que, al perder su condición de sede del poder del sultán, «perdió la primacía, gran parte de su opulencia, y al menos un tercio de la población que contaba en el reinado del emperador Muley Ismael»³⁶⁷. La opinión de Badía, que sí visitó la

³⁶⁵ La bibliografía sobre Fez es muy abundante; mencionaré únicamente el texto clásico de LE TOURNEAU, *Fès avant le protectorat. Étude économique et sociale d'une ville de l'Occident musulman*, publicado por vez primera en 1949 y del que hay varias reimpresiones posteriores.

³⁶⁶ Véase BARRUCAND, *Urbanisme princier en Islam. Meknès et les villes royales islamiques post-médiévales*, págs. 19-109 (sobre el período de mayor esplendor de la ciudad, durante el reinado de Muley Ismāʿīl).

³⁶⁷ *Memorable triunfo*, fol. 74v. En realidad, la decadencia de Marrakech se inicia con los meriníes (s. XIII), que trasladaron su residencia a Fez, aunque conoció un repunte con la

ciudad, concuerda con la del autor del ms.: Marrakech no era, en su tiempo, ni sombra de lo que había sido en la época de su «esplendor antiguo» y había perdido gran parte de su población; pero atribuye esta decadencia a las sucesivas guerras desastrosas y al azote de la peste³⁶⁸. Badía hace una larga y detallada descripción de Marrakech, que acompaña de un croquis de su plano urbano, e insiste repetidamente en la ruina de gran parte de sus barrios y edificios. Ya Chénier, en el siglo XVIII, había descrito el estado ruinoso de la ciudad³⁶⁹; observadores como Lemprière y Buffa, en el tránsito de ese siglo al XIX, mantienen una opinión semejante³⁷⁰. El caso de Lemprière es llamativo: considera que esta situación se debe, principalmente, a las devastaciones y crueldades de los soberanos marroquíes que, según él, son capaces de hacer masacrar a los habitantes de ciudades enteras; pero no parece recordar que, pocas páginas antes de estas afirmaciones, ha dedicado cierto espacio a las grandes hambrunas de 1778 y 1780, que asolaron todo el país y dejaron una huella duradera en la población, hasta el punto, hace notar, de que tan doloroso recuerdo es mencionado por sus habitantes a todo el que los visita³⁷¹. A pesar de ello, no duda poco después en atribuir a los sucesivos sultanes la ruina del país y sus ciudades: son sus políticas las causantes, no las desastrosas catástrofes naturales que lo han asolado.

Aunque no suele incluirse en la relación de las ciudades imperiales, la ciudad de Tetuán también recibe una atención particular por parte del autor del ms., aunque limitada a subrayar las relaciones históricas que la ciudad mantenía con Tánger y la importancia que tuvo, en la época en que escribe su relato, como nudo de comunicaciones

vuelta de los sa^cdíes; véase DEVERDUN, *Marrakech des origines à 1912*, págs. 342-344, que cita testimonios de Ibn Haldūn, Ibn al-Ḥaṭīb, Ibn Baṭṭūṭa y León el Africano.

³⁶⁸ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 304.

³⁶⁹ ABITBOL, *Histoire de Maroc*, pág. 262.

³⁷⁰ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, págs. 84-85; BUFFA, *Travels through the Empire of Morocco*, pág. 174.

³⁷¹ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 79.

comerciales. No hay ningún asomo de descripción de la ciudad, que no había llegado a ser residencia de los sultanes y carecía, por tanto, del prestigio de las mencionadas anteriormente. Sin embargo, su posición geográfica y su cercanía a Tánger hacían de Tetuán un lugar clave en las relaciones que se mantenían, no sólo hacia el interior del país, sino a través del Estrecho, parte de cuyo comercio se canalizaba hacia la costa de Tetuán, entonces ciudad portuaria y donde también residían comerciantes judíos activos en los intercambios con Gibraltar y otras plazas mediterráneas o atlánticas. Hay igualmente alusiones en el ms. a las poderosas élites locales tetuaníes (algunas de origen andalusí), que dominaron la ciudad en la época de que aquí se trata y que se enfrentaron al poder de los sultanes con éxito variable; todo ello se ha indicado con anterioridad y se trasluce en diferentes momentos del relato que se está analizando.

Una interesante descripción española de Tetuán, de finales del siglo XVIII, hace hincapié en las características de su caserío: calles angostas, casas sin apenas ventanas, azoteas en lugar de tejados, que sólo se usan en las mezquitas, y utilización masiva de la cal para blanquear las casas, «por cuyo motivo desde fuera parece la ciudad una paloma»³⁷². El mismo observador registra el carácter comercial de la ciudad, la situación de su puerto, la gestión de las aduanas, etc., además de referirse a los diferentes cargos de la administración tetuaní³⁷³.

³⁷² PACHECO, «Noticias de la ciudad de Tetuán», pág. 27. El símil utilizado por este autor conoció una gran fortuna y aparece regularmente en la literatura española sobre la ciudad: sobre este tema, MARÍN, «Tetuán en la literatura colonial española (1859-1912)», y VILLANOVA, «La visión de Tetuán en relatos de viajeros españoles durante el Protectorado en Marruecos (1912-1956)». En la actualidad, el sintagma «Tetuán, la blanca paloma» se utiliza habitualmente como reclamo turístico.

³⁷³ Una descripción de Tetuán contemporánea al autor del ms. es la de BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 328. Sobre la historia de Tetuán, véanse, entre otros, MICHAUX-BELLAIRE, *Villes et tribus du Maroc. Vol. VII. Tanger et sa zone*; MIEGE, BENABOUD y ERZINI, *Tétouan, ville andalouse marocaine*, y BENABOUD (dir.), *Tétouan, capitale méditerranéenne*.

En cuanto a Tánger, es muy de lamentar que la descripción que anuncia el autor del ms. en el sumario de las materias sea, precisamente, una de las partes del texto que no se han conservado. No obstante, el ms. contiene numerosas alusiones a la ciudad y al espacio donde se desarrolla toda la narración relativa a los exiliados españoles, muchas de las cuales ya han ido apareciendo aquí. Lo fragmentario de estas referencias impide considerarlas como una auténtica descripción y, por tanto, es imposible compararlas con las de otros autores del periodo en cuestión. Aun así, es importante recordar el papel de Tánger como puerto de arribada de los visitantes europeos, que a menudo recibían allí su primer contacto con el mundo árabe-islámico. Como también les ocurría a muchos, el autor del ms. manifiesta un interés destacado por la existencia de restos «antiguos» en Tánger o en sus alrededores, es decir, huellas de la población anterior a la llegada del islam a la región. En los paseos que el autor del ms. y algunos de sus compañeros de exilio hicieron por las zonas cercanas a Tánger, descubrieron, por ejemplo, un «magnífico puente antiguo sobre el río tinguitano» y «otro puente en el arroyo del Judío, formado de un solo arco angosto y larguísimo»³⁷⁴. Es posible que el primero de estos puentes fuera, en realidad, parte de los restos de las atarazanas medievales que todavía hoy se conservan³⁷⁵; el segundo podría coincidir con la descripción que hizo Michaux-Bellaire (en los años 20 del siglo pasado) de las ruinas de un acueducto romano situado en la orilla izquierda del «río de los judíos» y cerca de su desembocadura, que tenía como función traer el agua de la montaña³⁷⁶. En todo caso,

³⁷⁴ *Memorable triunfo*, fols. 19r-v. El Wād Lihūd/Wādī l-yahūd (río de los judíos) es un pequeño curso de agua estacional, cuyo cauce se suele secar en verano; tiene una longitud de unos 5 kilómetros; véanse MICHAUX-BELLAIRE, *Villes et tribus du Maroc. Vol. VII. Tanger et sa zone*, pág. 8 y LAREDO, *Memorias de un viejo tangerino*, pág. 7.

³⁷⁵ GOZALBES CRAVIOTO, «Tánger el viejo – Tandja el Balía y las atarazanas. El enigma de unas fortificaciones norteafricanas».

³⁷⁶ MICHAUX-BELLAIRE, *Villes et tribus du Maroc. Vol. VII. Tanger et sa zone*, pág. 40. LAREDO, *Memorias de un viejo tangerino*, pág. 18, recoge la misma información, probablemente tomada de Michaux-Bellaire. Sin embargo, no encuentro mención ninguna a un acueducto

lo que llama la atención es que ni el autor del ms. ni sus acompañantes consideraron que aquellas construcciones pudieran deberse a los «moros indígenas», como así los llama, sino que las atribuyeron a anteriores conquistadores de la región, aunque sin mencionar explícitamente a los romanos. Este interés por las antigüedades clásicas, propio de la educación recibida en España –y en otros países europeos– distingue a muchos viajeros que visitaron el norte de África y que, de manera más o menos abierta, buscaban allí la conexión con su propio pasado histórico a través de las huellas de una civilización como la romana, mucho más prestigiosa, a sus ojos, que la islámica.

La búsqueda del pasado antiguo, vinculado a una herencia clásica y con raíces mitológicas, puede apreciarse igualmente en los comentarios que hace el autor del ms. sobre el entorno geográfico de Tánger. En el área del Estrecho, con sus connotaciones antiguas y medievales de *finis terrae* (al que seguía, en los geógrafos árabes, el «mar de las tinieblas»), se había ido creando un conjunto de temas legendarios que reflejaban el pismo de quienes se habían asomado a ese territorio marcado por la unión de dos mares y el recuerdo de los mitos que se habían creado en torno a él. Es ése el caso del autor del ms., que rememora cómo les impresionaba, a él y a sus compañeros, la contemplación de «los decantados promontorios, Calpe y Abila», es decir, las supuestas «columnas de Hércules» situadas a ambos lados del Estrecho: el peñón de Gibraltar y el monte Hacho o el Ġabal Mūsà; la separación de estos dos promontorios, atribuida a uno de los trabajos del semidiós, causó un enorme cataclismo gracias al cual se abrió el canal de comunicación entre el Mediterráneo y el Atlántico, en una convulsión hábilmente evocada por el autor del ms.³⁷⁷ La cultura árabe también creó su propia imaginación legendaria en torno a ese lugar que marcaba el fin del mundo conocido y limitaba la expansión del islam, pero de esto

romano en los alrededores de Tánger en VILLAVERDE VEGA, *Tingitania en la antigüedad tardía* (siglos III-VII). *Autoctonía y romanidad en el extremo occidente mediterráneo*.

³⁷⁷ *Memorable triunfo*, fols. 19v-20r.

tanto el autor del ms. como otros observadores europeos no eran conscientes, ya que lo que les interesaba era reconocer las huellas de su propio pasado mitológico³⁷⁸. El interés por las ruinas clásicas de la región transmediterránea no se limita, por otra parte, a la mención de las localizadas en torno a Tánger, sino que recuerda la existencia de «la ciudad de Bolonia en la costa occidental de Tarifa», que, según el autor del ms., sufrió las consecuencias de la «apertura» del Estrecho, habiendo sido tragada por el furioso elemento, es decir, por la violenta conflagración de las aguas del mar y el océano al encontrarse entre sí³⁷⁹. De este modo se mezclan, por una parte, la evidencia material de unas ruinas –las del enclave romano de Baelo Claudia– y, por otra, un pasado mitologizado y construido sobre la leyenda del héroe capaz de unir mares y transformar continentes³⁸⁰.

En la época en que escribía el autor del ms., era común conocimiento entre las clases cultas españolas la existencia de

«Calpe: el monte o peñón de Gibraltar, llamado Herculano de los poetas, por decirse que es una de las columnas de Hércules (...) A la otra parte en el Africa está el Abyla de los antiguos, llamado por los Españoles Sierra de las Monas, por criarse muchas en ella, el cual monte forma la otra de las dos columnas fabulosas de Hércules que se suponían en este sitio»³⁸¹.

La imagen de estas columnas se había difundido por todo el país desde que, en tiempos de Carlos V, se hubieran incorporado a la herál-

³⁷⁸ Sobre las leyendas árabes acerca del Estrecho, HERNÁNDEZ JUBERÍAS, *La península imaginaria. Mitos y leyendas sobre al-Andalus*, págs. 108-119.

³⁷⁹ *Memorable triunfo*, fol. 20r.

³⁸⁰ Sobre Bolonia, www.casadevelazquez.org/recherche-scientifique/fouilles-archeologiques/baelo-claudia/presentation-et-objectifs/, y la sección monográfica *La ville antique de Baelo, cent ans après Pierre Paris*, en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 47 (2017), págs. 7-230.

³⁸¹ VALDIVARES Y LONGO, *La Iberiada. Poema épico a la gloriosa defensa de Zaragoza bloqueada por los franceses*, II, pág. 119 (en las notas eruditas al poema). El nombre de «monte de las monas» se siguió aplicando durante todo el siglo XIX (COELLO, «Reseña general del Rif», pág. 1). En los jardines dieciochescos del entorno palatino de Aranjuez pueden contemplarse hoy dos columnas que representan las de Hércules y llevan el rótulo, respectivamente, de Calpe y Avila (por Abyla).

dica de la dinastía reinante (y allí permanecen, hasta hoy en día, en el escudo de España). El lugar, por tanto, estaba lleno de evocaciones geológicas, mitológicas e históricas para quienes lo visitaban viniendo de la península ibérica, aunque no todos reaccionaron como lo hizo el autor del ms.; no mucho antes, Badía se había mostrado interesado principalmente en cómo se hundió la montaña que luego ocupó el estrecho de Gibraltar³⁸². Quizá su inclinación hacia las observaciones científicas realizadas durante sus viajes impidió a Badía recrearse en las evocaciones míticas del territorio³⁸³.

Cuando el autor del ms. escribía su descripción perdida de Tánger, la ciudad estaba lejos de haber adquirido el aura mítica que le darían, mucho después, los numerosos escritores occidentales para quienes se convirtió en un símbolo de un exotismo asequible y seductor –sobre todo, en los tiempos en que su condición de ciudad internacional permitió la eclosión de unas élites extranjeras y mundanas que fueron publicitadas por variopintos escritores. A comienzos del siglo XIX, sin embargo, la única nota de cosmopolitismo en Tánger eran las residencias de los cónsules y las banderas que ondeaban en ellas en ocasiones especiales, como se ha visto más arriba. Entre los viajeros españoles, Badía es el primero que describe la ciudad desde el mar, a su llegada a ella, y admite que se trata de un conjunto «bastante bello», dada su situación en anfiteatro, la blancura de sus casas, las murallas, etc.; todo lo cual precede al cese del «encantamiento» en cuanto se pone el pie en la ciudad y se ve «uno rodeado de todo lo que caracteriza la más repugnante miseria»³⁸⁴. Las calles son angostas, las casas pobrísimas, sin ventanas ni piso alto, el empedrado abandonado, las murallas

³⁸² ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, págs. 162-163.

³⁸³ Sobre las inclinaciones científicas de Badía, ALMARCEGUI, *Alí Bey y los viajeros europeos a Oriente*, págs. 19-28; una apreciación de conjunto sobre el personaje, en CAÑETE, *Cuando África comenzaba en los Pirineos*, págs. 173-177. Para la visión de la ciencia actual, CRESPO-BLANC, COMAS y BALANYÁ, «Clues for a Tortonian reconstruction of the Gibraltar Arc: Structural pattern, deformation diachronism and block rotations».

³⁸⁴ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 127.

ruinosas: todo le produce un profundo rechazo. Muy semejantes son las impresiones de Comín, cuya descripción es un poco más detallada que la de Badía, coincidiendo con él en el desencanto que sufren los visitantes al comprobar que la realidad tangerina tiene poco que ver con la imagen risueña que se puede observar desde el barco que los conduce a tierra. «Me encontré –dice– con un lugarón de mala muerte rodeado de murallas medio caídas, extremadamente feo y sucio»; de ahí llega a la conclusión de que no debe de haber mucha diferencia entre Tánger y el resto de las ciudades marroquíes³⁸⁵.

Perdida su descripción de la ciudad, el único edificio que se menciona en el ms. es la alcazaba, es decir, la sede del poder que gobernaba Tánger en esa y otras épocas. Se refiere a ella de pasada, y con una formulación un tanto enigmática: «en cambio de esta producción dieron los genoveses a los lisogratanos las columnas de mármol blanco que sirven de tropiezo en la Alcazaba»³⁸⁶. No he conseguido averiguar quiénes eran esos «lisogratanos» que suministraron las columnas de la alcazaba a cambio de suministro de azúcar, según afirma el autor del ms., que alude a la abundancia del cultivo de caña en la costa occidental marroquí, sobre lo cual se volverá más adelante.

La alcazaba de Tánger aparece en el diario de Bendelac como el lugar donde los cónsules se reunían con el bajá o, más bien, donde el bajá los convocaba para mantener conversaciones con ellos como representante del sultán³⁸⁷. Aunque el autor del ms. no lo diga expresamente, también debió de ser en la alcazaba donde fue convocado Moreno Guerra cuando Ū Mīmūn lo convoca de noche para darle noticias de gran importancia. Como era usual en muchas ciudades islámicas cuya orografía así lo permitía, la alcazaba de Tánger estaba construida en una eminencia del terreno, lo que la hacía visible a quienes llegaban por mar a la ciudad, tal como refleja el relato de

³⁸⁵ COMÍN, *Ligera ojeada*, págs. 18-23.

³⁸⁶ *Memorable triunfo*, fols. 67r-v.

³⁸⁷ *Journal de Bendelac*, págs. 215 y 262; SCHROETER, *The Sultan's Jew*, pág. 105.

viaje de Badía³⁸⁸. Cuando, en 1832, Delacroix visita Tánger, le llaman la atención, como al autor del ms., las columnas de mármol que adornan un vasto patio

«à colonnes et à pavé de marbre qui portait la marque d'un travail européen, soit que les Portugais qui ont longtemps occupé Tanger aient mis la main à des bâtiments commencés par les Maures, soient que ces derniers après l'expulsion de ces maîtres passagers aient employé des matériaux préparés par ces étrangers»³⁸⁹.

La amplia descripción que de la alcazaba de Tánger hizo Georges Salmon a principios del siglo xx incluye dos referencias a las columnas de mármol que se habían empleado en la construcción; de las relativas al palacio del sultán (*dār al-sultān*) afirma que eran de origen romano. La alcazaba, construida en una primera etapa por los portugueses y después reformada por los ingleses, estaba en ruinas cuando Aḥmad al-Rīfī se apoderó de la ciudad en 1684 y se procedió a su reconstrucción. En cuanto a las columnas del patio del palacio del sultán, Salmon las daba por romanas, aunque no podía precisar si procedían de las antiguas ruinas de Tingis o si habían sido traídas de algún otro lugar de Marruecos³⁹⁰.

Cabe suponer que el autor del ms. no habría diferido mucho de sus predecesores en sus negativas apreciaciones sobre Tánger, que tanto contrastan con gran parte de la literatura que se desarrollaría tiempo después, en condiciones muy diferentes. Tánger como mito del exotismo occidental ha tenido una larga historia literaria que seguramente habría sorprendido mucho a quienes escribieron estas primeras descripciones³⁹¹. Para el autor del ms., Tánger había sido,

³⁸⁸ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 127.

³⁸⁹ DELACROIX, *Souvenirs d'un voyage dans le Maroc*, pág. 105. En 1830, D'AUGUSTIN había descrito someramente este patio y calculado en 20 el número de sus columnas (*Souvenirs du Maroc*, pág. 19).

³⁹⁰ SALMON, «La Qaçba de Tanger. Description et histoire», pág. 119. LAREDO, *Memoirs de un viejo tangerino*, pág. 19, también se muestra partidario del origen romano de las columnas de la alcazaba.

³⁹¹ Como títulos indicativos, para la literatura española, véanse DJBILOU, *Tánger, puerta de África. Antología de textos literarios hispánicos 1860-1960*, y GONZÁLEZ HIDALGO, *Tánger*

sobre todo, el escenario de su exilio, que abandonó de muy buena gana y al que en alguna ocasión se refiere como «grotesco»; nada que presagiara el destino ulterior de una ciudad que hallaría un lugar privilegiado en la imaginación orientalista.

Para la descripción del resto del país, a lo que dedica una atención centrada en sus capacidades productivas, el autor del ms., a falta de observaciones personales, tuvo que recurrir a informantes orales o a fuentes escritas. Se ha indicado antes la dificultad para identificar estas últimas (por no hablar de las primeras), pero es evidente que algunas debió de utilizar, aunque añadiéndoles comentarios propios que a veces revisten cierta originalidad.

Como sucede en muchos textos descriptivos sobre Marruecos u otros territorios sujetos a la mirada de un viajero occidental, el autor del ms. establece en su plan de trabajo, es decir, en el índice temático que abre su texto, una división de los temas que plantea desarrollar: agricultura, ganadería, artes e industria, comercio, marina mercantil y comercio terrestre, medidas, pesos, monedas, minas.

Se trata de una fórmula generalizada entre los viajeros de la Ilustración (y posteriores): el territorio observado debía ser catalogado y diseccionado para poder ser entendido. En cierto modo, la pretensión enciclopédica de poner por escrito la realidad y encajarla en los cauces de interpretación creados por la ciencia europea (que, en lo que respecta al mundo islámico, alcanzará su más acabada expresión en la *Descripción de Egipto* publicada entre 1809 y 1829) deja su huella en la redacción descriptiva del autor del ms.

La agricultura es uno de los temas que atrajeron la atención de nuestro autor. Una larga tradición de la literatura occidental sobre

en la literatura española. Para una visión más internacional, EL KOUCHE, ed., *Regarde, voici Tanger: mémoire écrite de Tanger depuis 1800*, y SHOEMAKE, *Tanger. A Literary Guide for Travellers*. Un panorama de conjunto de la historia de Tánger y su arquitectura, en MÉTALSI, *Tánger. Suerte e infortunio de una villa*; véase también MIÈGE y BOUSQUET, *Tanger porte entre deux mondes*.

Marruecos da cuenta del desastroso estado de sus cultivos, que se atribuye a la desidia e ignorancia de los marroquíes. A finales del siglo XVIII, Lemprière observa que el suelo de Marruecos, con un tratamiento adecuado, podría producir tanto como los territorios situados al este y al oeste de Europa; aun así, la feracidad del país es tal, que se consiguen buenas cosechas de trigo, cebada, legumbres, cáñamo y lino, además de naranjas, limones y toda clase de frutos, que se llevan a las provincias meridionales de España y Portugal.

¿Cómo se explica esta paradoja? Para Lemprière, la respuesta es fácil y se halla en la extrema desidia de los habitantes de Marruecos, que carecen de los conocimientos y el empuje necesarios para revalorizar la producción agrícola de su país; como ejemplo, cita el mediocre tratamiento del suelo tras una cosecha, ya que los agricultores se limitan a quemar los rastrojos, sin abonar la tierra más que con sus cenizas³⁹². Lemprière, que viajó por Marruecos hasta llegar a Marrakech, consideraba penoso contemplar tantos terrenos incultos; pero eso no le impedía maravillarse de que la cosecha de trigo fuera tan abundante que se podía exportar a España y, es más, que el rey de España se sujetase a hacer regalos al emperador de Marruecos, para que permitiera a sus súbditos traer trigo a los puertos españoles³⁹³.

Tanto Badía como Comín comparten estas opiniones negativas sobre la producción agrícola marroquí. El primero reacciona ante la que considera exuberante vegetación de la ruta que le lleva a Rabat, cualidad que no se debe a manos humanas; el abandono que sufren los campos se debería, principalmente, a la tiranía que sufre el país,

³⁹² LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, págs. 71-72. CURTIS describe las elementales labores agrícolas que pudo observar durante su viaje en 1801, mientras que, en 1808, el capitán Burel se maravillaba del gran rendimiento de la tierra, a pesar de los métodos tan primitivos con que era tratada (CURTIS, *Journal of Travels in Barbary*, pág. 51, y CAILLÉ, *La mission du capitaine Burel*, pág. 110).

³⁹³ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 73. Esto le lleva a preguntarse si la causa no será que los españoles son aún más perezosos que los marroquíes y producen por tanto menos cereales que ellos.

reflexión que le hace exclamar: «¡Horror y execración al gobierno despótico, cuyos súbditos son tan desgraciados, cuando la naturaleza los colma con sus dones!»³⁹⁴ Pero la agricultura no se contaba entre los intereses de Badía, que le presta muy poca atención en sus descripciones de Marruecos. Tampoco es mucho el espacio que le dedica Comín, que se limita a reproducir algunos datos sobre Tafilalet suministrados por su informante tarifeño, que había vivido y trabajado en esa región, donde, según él, faltaban

«en los mercados las legumbres y hortalizas más apetecibles y aun comunes en España, y tan sólo se encuentran en abundancia granos de diversas especies, mal aceite, arroz, habas, calabazas, sandías, naranjas, limones y otras frutas de inferior calidad a las nuestras»³⁹⁵.

Mucho más sistemático –aunque de opiniones igualmente poco apreciativas– es el espacio que dedica el vicecónsul Graberg a las cuestiones agrícolas. La agricultura, según Graberg (que había vivido en Tánger entre 1815 y 1822), se encuentra en un estado lastimoso, debido tanto al régimen despótico de los sultanes como a la ignorancia de los métodos más adecuados para extraer de la tierra los beneficios requeridos. No hay un plan ordenado de cultivos, ni orden en su distribución por medio de viñas y olivos que funcionen como lindes, y los aperos de labranza son de muy escasa calidad. En todo ello refleja el crítico funcionario su creencia en la superioridad indiscutible de los métodos occidentales de explotación de la tierra³⁹⁶. A esta mirada desdeñosa hacia la agricultura en Marruecos añade Graberg consideraciones varias sobre una serie de productos entre los que destacan los cereales: trigo y aldora. Del primero afirma que no se da otro mejor en todo el mundo, especialmente en las llanuras atlánticas de Dukkāla; del segundo, que con su harina se hacía el pan consumido por la gran mayoría de

³⁹⁴ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 271.

³⁹⁵ COMÍN, *Ligera ojeada*, pág. 66.

³⁹⁶ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, págs. 100-101.

la población³⁹⁷. También se refiere Graberg a otros cultivos importantes en Marruecos, como la vid y el olivo³⁹⁸.

Estos autores, que, como el autor del ms., tienen tan pobre opinión del estado de la agricultura marroquí, no dejan de señalar, por otra parte, la bondad y abundancia de muchos de sus productos y la feracidad de sus suelos. Queda así en evidencia que el atraso técnico de la producción agrícola y la existencia de grandes extensiones de terrenos baldíos son responsabilidad de los habitantes de Marruecos, de su sistema político (el despotismo es la madre de todos los males) y de los fallos de su carácter colectivo, que traban cualquier manifestación de progreso. Sin embargo, ninguno de los que pudieran haberlo hecho tiene en cuenta las grandes calamidades naturales que Marruecos atravesaba periódicamente, y muy especialmente, la catastrófica hambruna de 1817-18³⁹⁹.

Otros viajeros o residentes en Marruecos mantuvieron una visión más matizada de su producción agrícola. Quien se ocupa de ella con mayor detalle es el cónsul británico en Mogador, Jackson, que es también el autor que con más empatía contempla su materia de estudio, el país y sus habitantes.

Jackson dedica el capítulo cuarto de su obra a ofrecer un recorrido por Marruecos, región por región, en el que se van indicando sus respectivas características físicas y los productos agrícolas o de otro tipo de cada una de ellas. En común con otros autores, se refiere a la producción cerealística como la de mayor importancia, pero dedica igualmente su atención a muchos otros cultivos: en Tetuán y sus alrededores, gran variedad de frutas; alcornoques en el Garb; algodón y cañamo en Rabat y Salé; melones de Dukkāla; almendros y olivos en Ḥāḥa; frutas de toda clase, olivos, caña de azúcar, dátiles, en el Sūs; dátiles también en Tafilalet, etc. Se trata de una relación de

³⁹⁷ *Ibidem*, págs. 96-97.

³⁹⁸ *Ibidem*, págs. 109, 113 y 115.

³⁹⁹ EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, pág. 46.

gran riqueza informativa, que corresponde al último tercio del siglo XVIII y comienzos del XIX y en la que podrían reconocerse algunas características del texto del autor del ms., especialmente la atención que prestan ambos a la diversidad de los frutos cultivados en Marruecos, un aspecto que los demás autores no toman prácticamente en consideración. En todo caso, la descripción de Jackson carece de las connotaciones negativas que, como se acaba de ver, suelen acompañar a la reflexión occidental sobre la agricultura en Marruecos⁴⁰⁰.

Mucho más breves, pero también bastante positivas, son las apreciaciones de otros dos viajeros británicos, Keatinge y Beauclerk. Ambos hicieron un recorrido clásico por Marruecos, desde Tánger o Mogador hasta Marrakech, y sus observaciones son aparentemente notas de viaje recuperadas para su publicación. Keatinge considera, al contemplar el paisaje que le lleva desde la costa atlántica a la capital del sultán, que «the agriculture of these people continues to be very far from despicable»; y afina más su percepción al afirmar que se pueden ver cosas mucho peores en Europa y que la irrigación es la clave de gran parte de la prosperidad agrícola. Le admira, por otra parte, la resistencia física del campesino marroquí:

«The Arabs reap under a now almost vertical sun, and with their bare shaven crowns exposed to its full rays, without appearing to feel the least inconvenience»⁴⁰¹.

Keatinge es probablemente el único de todos estos observadores occidentales que tiene en cuenta a los trabajadores del campo en Marruecos y las condiciones climáticas, a veces extremas, en que desarrollan su labor.

Beauclerk, por su parte, subraya que cereales y ganado son los principales productos básicos del país; las cosechas de cereal, afirma,

⁴⁰⁰ Además del cuarto capítulo de su obra, JACKSON dedica otro apartado a diferentes cultivos de frutos como los higos, almendras o cáñamo indio, entre otros (*An Account of the Empire of Morocco*, págs. 129 y sigs.).

⁴⁰¹ KEATINGE, *Travels through France and Spain to Morocco*, pág. 222.

son inmensas, tal como pudo comprobar en Mogador al abandonar Marruecos⁴⁰². Estas opiniones positivas sobre la agricultura marroquí contribuyen a presentar un panorama más equilibrado; pero en realidad comparten con las anteriores expresiones descalificadoras un marco de referencia común.

Entre todas estas visiones complementarias, la descripción del autor del ms. se sitúa en un punto intermedio, al que añade una aportación personal considerable. Por un lado, repite el lugar común sobre la incuria de la población: con sus compañeros de exilio, se admira de «la fecundidad del terreno inculto que grita contra la ociosidad de sus dueños»⁴⁰³. O, cuando se refiere a las terribles consecuencias de la sequía que él mismo presencié, se permite apuntar, como causas de la hambruna que asolaba el país, a «la insensibilidad y vituperable vicio de los vagos holgazanes» poseedores de los campos sin cultivar o que lo estaban con métodos inapropiados y atrasados. Su descripción de los niveles tecnológicos de la agricultura marroquí ofrece un panorama lamentable: instrumentos de labranza toscamente fabricados; arados que tan sólo arañan la tierra; siega y trilla, sobre todo ésta, de escasa eficacia; nulo tratamiento de los suelos... todo, en fin, contribuye a lo que llama «aspecto hórrido de la muerta agricultura»⁴⁰⁴.

Se ha advertido con anterioridad que el autor del ms. manifiesta un conocimiento nada superficial de determinadas labores agrícolas y técnicas de cultivo o de recolección y tratamiento de la cosecha y que maneja un vocabulario técnico bastante amplio. Ello se observa claramente en el apartado dedicado a la agricultura, en el que, junto a las observaciones precedentes, se hace notar una muy favorable opinión acerca de la feracidad de la tierra; en esto se mueve en las mismas coordenadas que el resto de los autores citados, aunque añade aportaciones personales que lo distinguen de ellos.

⁴⁰² *Journey to Morocco in 1826*, pág. 286.

⁴⁰³ *Memorable triunfo*, fol. 19r.

⁴⁰⁴ *Ibidem*, fols. 62r-v.

La preeminencia de los cereales entre todos los productos agrícolas marroquíes es igualmente subrayada por el autor del ms., que se refiere en dos ocasiones al «trigo fezino» en términos de la mayor admiración hacia su calidad, afirmando incluso que no tiene parangón en todo el mundo⁴⁰⁵. De todos los autores consultados, es éste el único que menciona a Fez (o a su región) como lugar preferente del cultivo de un trigo de calidad; tampoco los geógrafos árabes clásicos lo mencionan, aunque sí se refieren a otros productos agrícolas de la ciudad y sus alrededores⁴⁰⁶. Cabe la posibilidad de entender la expresión «trigo fezino» o «trigo de Fez», utilizada por el autor del ms., como una sinécdoque para denominar el cereal producido en el reino de Fez, que es como se denominaba antiguamente, en las fuentes hispánicas, a lo que luego fue el reino de Marruecos.

Junto al trigo, el autor del ms. menciona otros cereales: «la fresca cebada y el cálido aldora, parecido a la zahína en la mata y grano»⁴⁰⁷. Únese a ello una apretada relación de legumbres, verduras y frutas que se cultivan en Marruecos y que tiene todas las características de una enumeración retórica de cierta calidad literaria. No contento con eso, prosigue fijando su atención en algunos lugares concretos cuyos frutos, para recuperar su expresión, «lisonjean el paladar», como las bellotas dulces de la Mamora y los dátiles de Tafilalet. A pesar de su brevedad, esta reseña de la agricultura marroquí deja una imagen de abundancia y diversidad y consigue crear, en la mente del lector, una impronta de placeres gustativos que parece evocar las cornucopias mitológicas o los bodegones barrocos desbordantes de frutos y otros alimentos.

⁴⁰⁵ *Ibidem*, fols. 39v y 66r.

⁴⁰⁶ AL-ḤIMYARĪ, *Kitāb al-Rawd al-miṭār fi ḥabar al-aqtār*, pág. 434, e IBN FAḌL ALLĀH AL-ʿOMARĪ, *Masālik al-abṣār fi mamālik al-amṣār. L'Afrique, moins l'Egypte*, pág. 157 (que sí menciona la abundancia de molinos en Fez). LE TOURNEAU, *Fès avant le protectorat*, págs. 382-386: el trigo que se vende en Fez procede de las regiones circundantes y se dedica al abastecimiento de la ciudad, no a la exportación.

⁴⁰⁷ El arabismo «zahína» se identifica con el sorgo, aunque también ha pasado al castellano con el significado de gachas de harina (AL-SAQATĪ, *Libro del buen gobierno del zoco*, pág. 116 [trad.] n. 391).

En el capítulo de los problemas que afectan a la producción agrícola, el autor del ms. se detiene en algunas cuestiones concretas: así, la falta de lo que hoy se llamaría una política forestal, y que en ese momento se identificaba con la ausencia de un «provechoso plantío de árboles», que obliga a la adquisición de madera fuera del país. El defectuoso cultivo de la vid y la falta de orden y simetría en las huertas y cármenes, donde los frutales se amontonan sin disposición regular, son otras tantas muestras del retraso técnico de la agricultura marroquí⁴⁰⁸.

Puede observarse, por tanto, que el autor del ms., a pesar del entusiasmo que le despiertan las bondades de ciertas producciones agrícolas marroquíes –sobre las que quizá reproduce, de oídas o leídas, comentarios ajenos–, comparte con los observadores contemporáneos una mirada conmisericordiosa hacia el estado general de la agricultura, fuente indispensable de la alimentación de la población y de la creación de riqueza general para la marcha del país. Para todos quienes se ocupan de esta cuestión en esa época, la producción cerealística de Marruecos se sitúa en el centro de su actividad económica y comercial, y por eso llaman la atención sobre la calidad del trigo cultivado en las llanuras de Dukkāla y en otras regiones marroquíes, y sobre las dificultades o problemas que surgen a la hora de comercializar esta producción más allá de sus fronteras. No es por tanto casual que gran parte de las cuestiones de la relación hispano-marroquí se centren, precisamente, en la exportación de trigo a España, limitada o incluso prohibida por los sultanes cuando las circunstancias locales, debido a sequías o malas cosechas, no fueran favorables para las necesidades de la población⁴⁰⁹.

Las críticas a la mala calidad de las técnicas agrícolas tenían, por otra parte, un fundamento real. De hecho, algunos testimonios de viajeros marroquíes a España y otros lugares de Europa durante esta

⁴⁰⁸ *Memorable triunfo*, fols. 65r-v.

⁴⁰⁹ BROWN, *Crossing the Strait*, pág. 188 (para la época de Muley Sulaymān); MARTÍN CORRRALES, «Alí Beí i la política espanyola davant la Mediterrània musulmana», pág. 72.

época manifiestan su admiración por el desarrollo agrícola que contemplan en sus viajes, comparándolo muy favorablemente con el de Marruecos⁴¹⁰. Ese bajo nivel tecnológico se adaptaba a una economía tradicional y era suficiente para asegurar el abastecimiento local; en épocas de bonanza, las exportaciones de cereales a España podían alcanzar cantidades muy elevadas, como sucedió bajo el reinado de Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh (1757-1790)⁴¹¹. Para los observadores europeos, sin embargo, la aparente falta de organización de los cultivos y la existencia de terrenos baldíos sólo podían explicarse por los defectos estructurales de la sociedad marroquí –gobierno tiránico, súbditos ignorantes y faltos de iniciativa. Su lamento no es sólo por esa situación; en ciertos casos se observa sin dificultad el disgusto que les produce contemplar tanta riqueza sin explotar, tantos beneficios desperdiciados... que podrían obtenerse fácilmente gracias a la industria e ingenio de otros pueblos más desarrollados. Es, en realidad, una propuesta precolonialista (que no tardará en cuajar a partir de la expedición francesa contra Argelia en 1830) que adopta visos de cientifismo y que tiene sus antecedentes más ilustres en la captación de los recursos botánicos americanos⁴¹².

En ocasiones, esta inclinación del autor del ms. y sus contemporáneos o predecesores más inmediatos hacia la llamada a la explota-

⁴¹⁰ Así lo expresaban el embajador IBN ʿUṬMĀN (*Al-Iksīr fī fikāk al-asīr*, págs. 29-32, 39, 44 y 50); IBN ʿUṬMĀN apreciaba la pericia de los agricultores españoles en el cultivo de olivos y otras especies arbóreas, plantadas con suma regularidad, así como sus innovaciones en materia de riego (véase también BOUDCHAR, «España vista por un embajador marroquí», pág. 49). Tiempo después, otro embajador marroquí, esta vez a Francia, AL-ŠAFFĀR, al retratar su trayecto entre Marsella y París anota igualmente su sorpresa ante las plantaciones de árboles en líneas regulares, o la ausencia de terrenos comunales de pastos y de tierras baldías (*Riḥlat al-Šaffār ilā Fransā*, págs. 137-143; trad. SUSAN MILLER, *Disorienting Encounters. Travels of a Moroccan Scholar in France in 1845-1846*, págs. 97-102).

⁴¹¹ EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, págs. 35-36 y 46; ABITBOL, *Histoire du Maroc*, pág. 271; Lourido, *Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII*, págs. 414-418.

⁴¹² Véase BOUMEDIENNE, *La colonisation du savoir: une histoire des plantes médicinales du Nouveau Monde, 1492-1750*.

ción de las riquezas naturales marroquíes se hace más explícita. Por ejemplo, el autor del ms. recomienda la transferencia de especies vegetales americanas a las feraces tierras marroquíes:

«el tabaco de buena calidad, y el verdor y lozanía de las higueras y de las pitas plantadas por los portugueses manifiestan que todos los frutos coloniales podrían aclimatarse en tan fecundo suelo»⁴¹³.

El país ofrecía plantas desconocidas en Europa o escasamente cultivadas en sus suelos, y que podrían, bien trasplantarse e incorporarse a la agricultura europea, bien ser objeto de explotación *in situ*. El autor del ms., en una frase que se desearía más explícita, apunta en esta última dirección al afirmar que «las tentativas de un aficionado han mostrado que las cosechas de cáñamos y algodones serían fuente perenne de sólida riqueza»⁴¹⁴.

Uno de los cultivos coloniales por excelencia, la caña de azúcar, había conocido un elevado desarrollo en Marruecos, como señala el autor del ms.: «la costa occidental fue célebre por la frondosidad de las cañas y delicadeza del azúcar»⁴¹⁵. Sin embargo, en otra ocasión sitúa el azúcar entre las importaciones que se hacen desde Marruecos por los puertos de Tetuán, Tánger y Mogador⁴¹⁶. Esta situación se refleja igualmente en otros relatos sobre Marruecos. Jackson, que tantos detalles da sobre la calidad y cantidad de los productos agrícolas de todas las regiones marroquíes, se refiere sólo de pasada a la caña de azúcar que crece espontáneamente, dice, en los alrededores de Tarudant⁴¹⁷, lo que parece indicar que no se trataba de un cultivo organizado, sino quizá de restos de lo que habían sido, en el pasado, plantaciones de cierta importancia. Otros testimonios van en la misma dirección: el azúcar se hace presente en las listas de productos impor-

⁴¹³ *Memorable triunfo*, fol. 67r.

⁴¹⁴ *Ibidem*, fols. 67v-68r.

⁴¹⁵ *Ibidem*, fol. 67r.

⁴¹⁶ *Ibidem*, fol. 76r.

⁴¹⁷ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco* (ed. 1809), pág. 18.

tados por Marruecos⁴¹⁸; como el autor del ms., Graberg di Hemsö alude a la abundancia del cultivo de la caña en el pasado y la escasez en el presente⁴¹⁹.

Se ha aludido más arriba, en el contexto de la descripción de Tánger, al pago de las columnas de mármol de la alcazaba de la ciudad, que se habría hecho, precisamente, en azúcar. No he encontrado ninguna otra referencia a esa peculiar circunstancia, pero sí a una muy semejante y que se refiere a la edificación del palacio al-Badī^c, la gran residencia construida por el sultán sa^cdí Aḥmad al-Manṣūr al-Dahabī en Marrakech como celebración de su victoria en la batalla de los Tres Reyes (1578). En efecto, según el relato transmitido por el historiador Muḥammad al-Ifrānī (1669-1741), al-Manṣūr habría pagado los mármoles traídos de Italia para ornato del palacio con su peso en azúcar⁴²⁰. Es probable que esta información, que tiene un alto valor simbólico –puesto que refleja la munificencia del soberano y el esplendor de su acción de gobierno, identificados con la radiante calidad de los materiales de lujo empleados– se convirtiese en un núcleo narrativo disponible para su uso en edificios cuyo valor se quería resaltar. Los elementos clave del relato sobre el palacio sa^cdí se encuentran en el recogido por el autor del ms.: el origen italiano de los mármoles importados para la construcción y el pago en azúcar, lo que indica el elevado precio de esta mercancía en esas épocas. Desde luego los sa^cdíes, y al-Manṣūr en especial, impulsaron el cultivo de la caña de azúcar en regiones como el Sūs con destino a la exportación, para incrementar así los ingresos del aparato estatal⁴²¹.

⁴¹⁸ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 67.

⁴¹⁹ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 37.

⁴²⁰ Sobre éste y otros aspectos del significado del palacio, DAKHLIA, «Des ruines au patrimoine: itinéraire marocain». De la misma autora, véase *Le divan des rois: le politique et le religieux dans l'Islam*, págs. 191-199 (donde amplía su interpretación sobre este tema y señala, pág. 196, la presencia de artesanos italianos en el sudoeste argelino, según tradiciones locales, para la construcción de una mezquita). GOTTFREICH, *The Mellah of Marrakesh*, pág. 37, recoge esta misma tradición.

⁴²¹ BROWN, *Crossing the Straits*, pág. 27. Véase BERTHIER, «La canne à sucre, richesse de l'ancien Maroc», donde da cuenta de los resultados de sus excavaciones sobre varias explotaciones azucareras en el sur de Marruecos.

Los sa^cdíes no pudieron disfrutar mucho tiempo de las exportaciones de azúcar marroquí, que iban a encontrarse en seguida con la competencia de la producción americana y la difusión de esta mercancía por todo el mundo y especialmente en el occidental⁴²². Iniciada la decadencia, en el siglo XVIII habían desaparecido prácticamente las plantaciones autóctonas, que fueron reemplazadas por importaciones en aumento progresivo conforme se difundía en Marruecos el consumo del té; pero ésa es otra historia⁴²³.

De ese modo se observa cómo un producto tan vinculado a la historia del colonialismo europeo como la caña de azúcar había conocido una evolución histórica propia en Marruecos, que de exportador de esa mercancía se había convertido en importador, cuando ya el azúcar era una mercancía controlada por algunas potencias coloniales europeas, en un marco comercial de carácter global. De ello son testigo las tenues menciones que del azúcar marroquí se hacen en la literatura europea de finales del siglo XVIII y principios del XIX, que indicarían el escaso interés que despertaba como posible fuente de explotación económica por comerciantes o inversores foráneos.

Mucha mayor atención mereció, en esa literatura y en la época precolonial, otro producto vegetal propio del país. El autor del ms. no lo llama por su nombre, pero se refiere indudablemente a él cuando afirma que «en las quebradas de las cordilleras del Atlas abunda un arbusto de la familia de los espinos, cuyo fruto comen las cabras y depuesto el hueso es recogido por los moros, los que lo muelen y sacan un aceite tan gustoso en toda fritura, como insufrible en el cocido y ensalada»⁴²⁴. Se trata, claro es, del argán (*Argania spinosa*), un árbol

⁴²² Véase el estudio clásico de MINTZ, *Sweetness and Power. The Place of Sugar in Modern History*.

⁴²³ MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, págs. 73 y 538-540. Sobre las tentativas de instaurar una industria azucarera en Marruecos en el siglo XIX, ENNAJI, «Réforme et modernisation technique dans le Maroc du XIX^e siècle» y *Expansion européenne et changement social au Maroc*, pág. 86.

⁴²⁴ *Memorable triunfo*, fol. 67v.

endémico en las regiones del sudoeste marroquí, cuyos frutos se utilizaban desde antiguo para la extracción de un aceite empleado en la alimentación y la iluminación (lámina XXIII). El geógrafo al-Idrīsī (m. ca. 1165) describe minuciosamente las características del argán y de su fruto; parte de sus informaciones coinciden con la breve descripción del autor del ms., principalmente el papel de las cabras en la recogida y posterior utilización de los frutos del argán, así como en la diferencia del gusto del aceite si se emplea en la fritura, que elimina su sabor desagradable, o no. Al-Idrīsī añade una información que no parece haber llegado ni al autor del ms. ni a muchos otros observadores europeos que se ocuparon del aceite de argán: según el geógrafo ceutí, las mujeres de las tribus bereberes de los *Mašmūda*, que poblaban las regiones donde crecía este árbol, lo empleaban para teñir sus cabellos, que adquirirían así un hermoso color negro⁴²⁵.

El autor del ms., que sólo tuvo acceso a unos conocimientos superficiales sobre el argán, no lo incluyó entre los posibles productos «coloniales» que podrían explotarse *in situ* por avispados inversores, como los que habrían intentado potenciar el cultivo del cáñamo o el algodón. Otros viajeros o residentes en Marruecos sí tuvieron en cuenta esta posibilidad; es más, hubo quienes se plantearon seriamente trasplantar los árboles del argán a territorios europeos y aprovechar así la cosecha de sus frutos de forma directa. Entre ellos figura en primer lugar Domingo Badía, que trae a colación a varios botánicos europeos para identificar la especie a la que pertenece, inclinándose por la opinión del cónsul danés Peter Schousboe, cuya producción de estudios botánicos sobre Marruecos se ha mencionado aquí con anterioridad. Tras describir las bondades de tan productivas plantas, Badía se pregunta si «¿no sería posible aclimatarlas en los países meridionales de Europa? Entiendo que bien equivaldría esto a la adquisición de

⁴²⁵ AL-IDRĪSĪ, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, pág. 65; IDEM, *Géographie d'Édrisi*, trad. Jaubert, I, pág. 211. León el Africano sigue en parte a al-Idrīsī, al afirmar que, a pesar del mal olor del aceite de argán, se consume en la región de Ḥāḥa como condimento y combustible (LÉON L'AFRICAIN, *Description de l'Afrique*, I, pág. 71).

una provincia»⁴²⁶. Es sabido que Badía planeaba realizar su viaje a Marruecos en compañía de Simón de Rojas Clemente (1777-1827), joven arabista y botánico que finalmente no participó en la expedición; Badía partió desde Cádiz el 19 de julio de 1803 y Clemente se instaló entonces en Sanlúcar de Barrameda, donde continuó sus trabajos botánicos y llegó a ser director del Jardín Botánico que se fundó en esa ciudad en 1805. La creación de este jardín se debió tanto al mecenazgo de Godoy como a la actividad de la sanluqueña Sociedad Económica de Amigos del País, que agrupaba a un selecto círculo de propietarios ilustrados, empeñados en el desarrollo de la economía local. En ese ambiente científico e industrial, el Jardín Botánico –llamado «de la Paz» por el título que ostentaba entonces Godoy– estaba destinado a la aclimatación de nuevas plantas, entre las cuales se hallaba el argán. El entonces cónsul en Tánger, Antonio González Salmón, envió a Godoy semillas de esa planta, que el poderoso ministro hizo llegar a continuación al Jardín Botánico de Sanlúcar⁴²⁷. Este intento de aclimatar al argán en tierras peninsulares terminó pronto, ya que el Jardín fue arrasado en 1808, cuando se extendió en Sanlúcar la ola de protestas iniciada con el motín de Aranjuez⁴²⁸.

⁴²⁶ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 296.

⁴²⁷ Badía afirma, en una memoria conservada en el Archivo Histórico de Barcelona, que había sido él quien había enviado las semillas de argán que se plantaron en este jardín (ALMARCEGUI, *Alí Bey y los viajeros europeos a Oriente*, pág. 51 y n. 201). Es posible que haya sido así y que fuera él quien suministrara las semillas al cónsul en Tánger; pero conviene recordar que Badía no viajó al sur de Marrakech y por tanto no llegó a conocer las regiones donde crecía el árbol del argán.

⁴²⁸ Más detalles en GIRÓN SIERRA y BARQUÍN SÁNCHEZ, «Clemente y Boutelou en la Sanlúcar de Terán y Godoy. Botánica, agricultura y mecenazgo». Un informe anónimo publicado en 1806, dando cuenta, entre otras muchas cosas, de las actividades del Jardín Botánico de Sanlúcar, afirmaba que habían arraigado en él las semillas del árbol del «argán, el que produce la goma sandaraca y la alheña, preciosas plantas cuyas semillas ha hecho venir de África el Señor Generalísimo» (LARRIBA y DUFOUR, *El Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos (1797-1808)*, pág. 231). Véase también CLIMENT BUZÓN, *Historia social de Sanlúcar de Barrameda*, pág. 92 y SÁNCHEZ CÁCERES, «Trabajos del científico ilustrado Simón de Rojas Clemente y Rubio en Sanlúcar de Barrameda (1803-1809)» (<https://ceconoca.wordpress.com/cartare-revista-de-humanidades>, consultado 1 abril 2020).

La creación del Jardín Botánico de Sanlúcar entraba de lleno en los planes ilustrados de renovación de las técnicas agrícolas e introducción de «semillas experimentales de plantas» y «propagación de plantas útiles, no conocidas en este clima»⁴²⁹. Impulsado por Godoy y en estrecha relación con los científicos del madrileño Jardín Botánico, la corta vida del jardín sanluqueño no permitió que sus experimentos de aclimatación de plantas exóticas llegaran a buen fin; en todo caso, son un buen ejemplo de la importancia de la botánica en un panorama histórico que auspiciaba la interacción de ciencias, exploración y captación de recursos de potencial económico.

Según parece, el argán ya había sido introducido en los jardines de Aranjuez en el siglo XVIII; sin embargo, debió de serlo con fines sobre todo ornamentales⁴³⁰. En la misma línea, Beauclerk afirma que, de vuelta de su viaje a Marruecos, llevó muchas «nueces» de argán al gobernador de Gibraltar, George Don, con la intención de que se plantaran allí como árbol de ornato y sombra, sin mencionar sus posibles utilidades económicas, que, en todo caso, habrían de ser muy escasas teniendo en cuenta el reducido espacio de que se disponía para su plantación⁴³¹. El resto de los observadores contemporáneos no tuvieron en cuenta la posibilidad de trasplantar el árbol del argán a tierras europeas, probablemente porque, como oriundos de países septentrionales, sabían que sus condiciones climatológicas no lo habrían permitido. Pero todos ellos, como el autor del ms., se

⁴²⁹ LARRIBA y DUFOUR, *El Semanario de Agricultura*, pág. 231. Véase CABRAL CHAMORRO, «El jardín botánico Príncipe de la Paz en Sanlúcar de Barrameda: una institución ilustrada al servicio de la producción agraria y forestal», pág. 170.

⁴³⁰ LÓPEZ LILLO, «Los árboles de la Ilustración: en los espacios ajardinados» (www.uv.es/rseapv/Anales). En la misma época también se localizan algunos ejemplares de argán en el jardín botánico de Kew, cerca de Londres; véase EL ALAOUI, «Paysages, usages et voyages d'Argania spinosa», pág. 66. No debe pasarse por alto la información aportada por el botánico sevillano ABŪ L-ḤAYR AL-IṢBĪLĪ (s. XII), que en su obra *Umdat al-ṭabīb fi maʿrifat al-nabāt li-kull labīb* documenta el cultivo del argán en la Sevilla andalusí (CARABAZA, GARCÍA SÁNCHEZ, HERNÁNDEZ BERMEJO y JIMÉNEZ RAMÍREZ, *Árboles y arbustos de al-Andalus*, pág. 118).

⁴³¹ BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 216.

interesaron por las cualidades organolépticas de un aceite que se consumía habitualmente en las regiones meridionales de Marruecos, y subrayan casi siempre las fórmulas utilizadas para corregir su fuerte y desagradable sabor. Jackson dice escuetamente en su texto que el aceite de argán abunda en el Sūs, donde se utiliza para freír pescado y como combustible para la iluminación; pero añade en una nota a pie de página que para la primera de estas funciones se le deben añadir, cuando hierve, cebollas y pan, y después hay que colarlo⁴³². Keatinge, por su parte, afirma que el olor poco apetitoso del «argali» o «aceituna silvestre» se suprime al calentarlo mucho para cocinar con él, como hacen los marroquíes, y añade una nota etnográfica: los árboles de argan suelen tener en sus ramas ofrendas votivas de trapos u otras cosas semejantes (con acierto comenta Keatinge que se trata de una práctica común a otras culturas y no específicamente islámica⁴³³). Finalmente, Graberg di Hemsö se extiende sobre los usos del aceite de argán y las formas en que se cocina para evitar su sabor áspero y picante; las clases populares, afirma, lo emplean sin haberlo sometido a preparación alguna⁴³⁴.

Como ha podido observarse, la curiosidad europea hacia el argán traspasaba fronteras nacionales y formaba parte del movimiento que estaba transformando la botánica en una potente arma de expansión científica y cuasicolonial. A la renovación de los sistemas de clasificación de las especies se unió el aumento de expediciones botánicas

⁴³² JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 138: este proceso tiene por finalidad eliminar las cualidades del aceite que podrían favorecer la aparición de la lepra. Jackson atribuye esta opinión a un «doctor Barrata», que puede ser el mismo «doctor Barata» citado por el jesuita JOSÉ FRANCISCO DE ISLA (1703-1781), en sus *Cartas familiares a su hermana* (Madrid, 1785), en las que lo califica de «famosísimo», pero expresa muchas dudas sobre sus milagrosas curaciones.

⁴³³ KEATINGE, *Travels through France and Spain to Morocco*, págs. 186-187. Se trata de una práctica usual en Marruecos, ligada al culto de los árboles como encarnación de la santidad; véase WESTERMARCK, *Ritual and Belief*, I, págs. 81, 85 (con ejemplos de la costumbre de atar tiras de tela en las ramas de los árboles que se consideraban como transmisores de carisma); *ibidem*, págs. 562-563, para casos de esta práctica en Palestina y Siria y entre los antiguos libios.

⁴³⁴ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, págs. 34 y 114-115.

fuera de Europa y la recolección de nuevos ejemplares a partir de establecimientos occidentales, entre los cuales los consulados tuvieron un papel importante. El argán, por sus características singulares, atrajo la atención de viajeros más o menos expertos en la ciencia botánica, pero también la de quienes vieron en este árbol una posible fuente de rendimientos económicos. Si en Inglaterra el árbol del pan fue considerado en su momento como una planta susceptible de ser trasplantada a otros territorios tropicales bajo su dominio, el argán podría haber representado un papel similar en algunos territorios peninsulares e isleños de España. De ahí que el frustrado intento de aclimatación en Sanlúcar no fuera el último; sucesivos e inquietos visitantes o residentes en Marruecos trataron de interesar a sus compatriotas, canarios o peninsulares, en la explotación del argán a lo largo del siglo XIX y todavía en tiempos recientes se siguen publicando estudios académicos que así lo recomiendan⁴³⁵. Mientras tanto, en Marruecos el argán ha pasado de una situación marginal a formar parte, en tiempos recientes, de circuitos económicos transnacionales que lo han convertido en un producto de calidad que está transformando la vida de las poblaciones de las regiones en que crece y se promociona como lo que ahora se llama el «oro líquido» marroquí. Ni el autor del ms. ni sus contemporáneos pudieron imaginar este sorprendente desarrollo histórico-botánico.

El informe del Jardín Botánico de Sanlúcar que se publicó en la revista *El Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos*

⁴³⁵ El franciscano padre Castellanos consideraba al argán como «nueva fuente de riqueza para la nación que lograrse poseer y propagar en sus campos este precioso y utilísimo árbol», dando cuenta de sus envíos de semillas de argán a las islas Canarias en 1873, donde, según dice, las plantas habían prendido (CASTELLANOS, *Descripción histórica de Marruecos*, pág. 180, n. 1); el cónsul en Mogador José Álvarez Pérez proponía su introducción en Lanzarote en 1877 (MARÍN, «Exploración y colonialismo: José Álvarez Pérez, cónsul de España en Mogador en el siglo XIX»). Véanse MONTOYA OLIVER, «El argán (*Argania spinosa* [L.] Skeel). Potencial silvopastoril y de repoblación en España»; MARTÍNEZ-GÓMEZ *et alii*, «Posibilidades del cultivo del argán [*Argania spinosa* (L.) Skeels] en el Sureste español» y la tesis doctoral de MARFIL NAVARRO, *Parámetros de calidad y componentes con interés nutricional del aceite de argán (*Argania spinosa*)*.

mencionaba, junto al argán, otras dos plantas «preciosas» cuyas semillas habían sido enviadas también por Godoy: el árbol que «produce la goma sandaraca» y la alheña⁴³⁶. Ninguna de estas dos especies es mencionada por el autor del ms., pero el árbol productor de la sandaraca –el alerce africano o tuya, en árabe *ar'ar*, *Tetraclinis articulata*– sí era conocido por alguno de los viajeros o residentes europeos en el sur de Marruecos, como el representante consular de Gran Bretaña, Jackson, que se refiere a él con admiración: su madera es tan resistente a la carcoma que, según dice, las vigas de su casa en Agadir llevaban allí 50 años y no tenían ningún deterioro⁴³⁷. En este árbol se fijó también el barón Taylor, que lo vio en el jardín del cónsul holandés durante su estancia en Tánger y que, tras alabar las cualidades de su madera, olorosa e incorruptible, no vacila en ponderar que «si cet arbre étoit transporté en Europe, et pouvoit s'acclimater dans les montagnes du midi de la France, son produit deviendroit une grande richesse pour le pays»⁴³⁸. Azúcar, argán y arar constituyen un buen ejemplo del papel que representaban algunas especies vegetales en la construcción de un paisaje marroquí destinado a suscitar deseos de fortuna y abundancia entre la audiencia a que se dirigían los autores de relatos de viaje: la descripción de la flora no siempre es neutral, sino que contiene la promesa de bienes futuros a través de su apropiación y explotación.

Para el autor del ms., «la vida pastoril es la pasión dominante de los árabes, y su grata ocupación la cría de ganados»⁴³⁹. El espacio que dedica a la ganadería en Marruecos no es escaso, dentro de los límites de una descripción que, como se ha ido viendo, no entra en tantos detalles como los que pueden encontrarse en otros autores. Considera que el pastoreo es la tarea predominante tanto en las regio-

⁴³⁶ LARRIBA Y DUFOUR, *El Semanario de Agricultura*, pág. 231.

⁴³⁷ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 16. Véase también GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, págs. 33 y 116.

⁴³⁸ TAYLOR, *Voyage pittoresque en Espagne*, III, planche 78.

⁴³⁹ *Memorable triunfo*, fol. 68r.

nes montañosas como en el resto del territorio, cuyos habitantes se dedican con preferencia a lo que denomina «lucroso ejercicio», hasta el punto de que la riqueza de una persona se mide por el número de cabezas de ganado que posee.

Cita el autor del ms. al ganado ovino, caprino y bovino, pero se detiene algo más al tratar de camellos, caballos, asnos y mulos. De los primeros destaca su utilidad como bestias de carga en las caravanas que atraviesan territorios desérticos; en los asnos y mulos admira la resistencia y pondera la comodidad que estos ofrecen al paseante, mientras aquellos componen una viñeta de la vida cotidiana en su retrato de los acemileros que se ganan la vida llevando, con sus burros, «géneros del muelle al almacén, efectos del zoco a la casa y agua de la fuente a las cocinas»⁴⁴⁰.

Son, sin embargo, los caballos los que más atraen la atención del autor del ms. Como se ha visto más arriba, una de sus observaciones sobre el ganado equino procede de una cita (probablemente indirecta) que hace del texto de Badía, a través de la cual se reivindica, hasta cierto punto, la calidad de los caballos marroquíes:

«No les daremos la preferencia que les negó Ali-Bei; mas podemos asegurar que es casta fina y fuerte y que sobran caballos comparables por el brío, fogosidad y perfecta figura, con los mejores que beben las aguas del Guadalquivir»⁴⁴¹.

No obstante esta apreciación, el autor del ms. reconoce que en los desiertos situados al oriente del reino marroquí se encuentran caballos «que suelen vender los árabes con demasiado crédito, con aparato judicial y con presentación del árbol genealógico del soberbio animal»⁴⁴²; y es que, continúa, los animales criados en Marruecos, si estuvieran mejor cuidados y se mejorase su raza, no tendrían nada

⁴⁴⁰ *Ibidem*, fols. 68r-69v.

⁴⁴¹ *Ibidem*, fols. 69v-70r; ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 131, sobre la cría de caballos en Marruecos.

⁴⁴² *Memorable triunfo*, fol. 70r.

que envidiar a los orientales, dado que las condiciones climatológicas y agronómicas del país son mucho mejores que las de Arabia y Egipto, cuyos habitantes se jactan de la excelencia de sus caballos.

Es muy posible que el autor del ms. no sólo esté reaccionando, aunque mesuradamente, a las opiniones de Badía, sino también a las de Tomás de Comín, de las que copia alguna información. Según Comín, su predecesor ya había demostrado sobradamente que no se podían equiparar los equinos marroquíes con los auténticos caballos árabes y afirma que «entre los muchos que he visto en esta tierra no he encontrado hasta ahora alguno que ni en alzada ni por la belleza de sus formas pueda competir con la generalidad de los andaluces»⁴⁴³; la única razón que encuentra para ello es la doma prematura que se hace de los potros en Marruecos.

La postura del autor del ms. respecto a la calidad de los équidos marroquíes es más matizada que la de muchos otros observadores contemporáneos, pero coincide con ellos en que el problema radica en la falta de conocimientos y preparación de sus cuidadores. Ello no impide que, tanto él como otros, destaquen la buena calidad de la caballería del ejército marroquí; pero, en conjunto, y tal como se observó al tratar de la agricultura, sus defectos se atribuyen a la ignorancia y al atraso de las técnicas de la cría caballar⁴⁴⁴. En general, estos autores no se extienden demasiado sobre el particular, limitándose a señalar esta opinión y, en algunos casos, a añadir alguna otra información, como el hecho de que las yeguas no se utilizan como caballerías, reservándose para la reproducción⁴⁴⁵. Graberg, que es quien más se ocupa de los diversos tipos de ganado marroquí, no vacila en atribuir el descuido con que se trata a los caballos al hecho

⁴⁴³ COMÍN, *Ligera ojeada*, pág. 68.

⁴⁴⁴ BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 290, asegura que, para un árabe, un caballo es como un perro para un europeo.

⁴⁴⁵ Véanse CHÉNIER, *Recherches historiques*, pág. 138; LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, págs. 77 y 262-265, y JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 74.

de que no se puede amar ni cuidar una cosa que, debido al cruel despotismo que reina en el país, no se posee con total seguridad⁴⁴⁶.

Es notable, con todo, que el autor del ms. haga la comparación entre los caballos marroquíes, los del oriente mediterráneo y, en especial, los que, según sus propias palabras «beben las aguas del Guadalquivir» (otra indicación sobre el posible origen andaluz del autor). Los caballos orientales gozaban de una reputación inalcanzable para los marroquíes, que maltratan a sus potros en la doma, causando perjuicios a su crecimiento, como decía también Comín; pero si mejorasen esos métodos, llegarían a sobrepasar a sus rivales de Oriente. No se recurre, por parte del autor del ms., a la condena del despotismo como fuente de todos los males de Marruecos; se expresa, por el contrario, un deseo de reforma y progreso.

Como las referencias a la cría caballar que hacen los autores occidentales de esta época no son favorables a su calidad, sorprende que Graberg, por ejemplo, se ufane de haber conseguido que el sultán enviase en 1820 al rey de Cerdeña (Víctor Manuel I) «tre stalloni della migliore razza, e della più rara bellezza, uno dei quali era veramente il più superbo destriero, che si fosse in alcun paese veduto»⁴⁴⁷. Pero al dejar su cargo en Tánger no pudo llevar consigo su propio caballo, del que también hace grandes alabanzas; la exportación de caballos estaba prohibida y sólo en algunos casos excepcionales, como el del rey de Cerdeña, se concedía permiso para sacarlos del país. La excelente opinión de Graberg sobre estos ejemplares no tiene por qué estar reñida con su negativa descripción de los caballos marroquíes, que evidentemente eran de muchas clases y condiciones diferentes, pero se desliza únicamente al mencionar su propia habilidad para obtener ejemplares de gran calidad. Por otra parte, la prohibición de exportar caballos se daba especialmente en periodos de escasez o de amenaza bélica, cuando el sultán protegía sus yeguas para

⁴⁴⁶ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 127.

⁴⁴⁷ *Ibidem*, págs. 129.

evitar que cayeran en manos de potenciales enemigos. En periodos de paz –como también recuerda el autor del ms. en otro lugar– los cónsules podían recibir caballos como obsequio para sus monarcas, al presentarse ante un nuevo soberano o en ocasiones especiales.

El lugar del caballo en el imaginario colectivo de las sociedades árabe-islámicas es muy destacable y produjo una enorme cantidad de textos de todo tipo, desde los literarios a los propiamente hipológicos⁴⁴⁸. Ni el autor del ms. ni los viajeros contemporáneos conocieron la abundante literatura árabe sobre los caballos, con textos que van de la veterinaria a la poesía y que conforman un legado cultural de enorme importancia⁴⁴⁹. Pero si no esta literatura, los europeos interesados en las artes ecuestres sí conocían la fama de los corceles de raza árabe, objeto de deseo para sus cuadras más afamadas. De ahí el interés de muchos viajeros por describir a estos animales y comparar unos con otros; pero más allá del mero tratamiento informativo ha de situarse la búsqueda y compra de sementales árabes para su incorporación a las ganaderías equinas europeas. A principios del siglo XIX, esta fue la tarea que llevó a cabo un noble polaco, Waclaw Seweryn Rzewuski (1784-1831), que adquirió en Siria un total de 137 caballos, destinados a las cuadras de la reina de Westfalia, Catalina de Württemberg, a las del zar de Rusia y a las suyas propias⁴⁵⁰. Durante sus viajes, Rzewuski se encontró con un enviado del gobierno francés para comprar caballos que suplieran las pérdidas sufridas durante las últimas guerras napoleónicas (1814 y 1815). De la expedición, realizada en 1818, formaba

⁴⁴⁸ ÁLVAREZ DE MORALES y ROLDÁN CASTRO, «Sobre el caballo en la cultura árabe» y VIGUERA MOLÍNS, «El caballo a través de la literatura andalusí».

⁴⁴⁹ Se conservan algunos textos de esta especialidad escritos por andalusíes. Uno de ellos ha sido traducido al español por María Jesús Viguera; véase IBN HUḌAYL, *Gala de caballeros, blasón de paladines*. Ibn Huḍayl, autor de otra obra sobre hipiatría, vivió en Granada en la segunda mitad del siglo XIV (EL BAZI, «Ibn Huḍayl al-Fazarī, Abū l-Ḥasan»).

⁴⁵⁰ El conde Rzewuski, sobrino del viajero y orientalista Jan Potocki (1761-1816), fue autor de una obra que recogía sus experiencias en Oriente y sus conocimientos sobre los caballos árabes; cabe señalar que conoció a Domingo Badía en Damasco, poco antes de su muerte (RZE-WUSKI, *Impressions d'Orient et d'Arabie. Un cavalier polonais chez le bédouins, 1817-1819*).

parte el veterinario Louis Damoiseau, que dejó constancia escrita de su viaje, en el que compitió con Rzewuski a la hora de comprar los mejores ejemplares equinos que ambos pretendían⁴⁵¹. Como puede verse, la búsqueda y adquisición de caballos de raza árabe en el oriente mediterráneo estaba en pleno desarrollo en los primeros decenios del siglo XIX, y la cercanía de Marruecos a Europa favoreció que allí también se manifestara el interés por esta cuestión. Pero en el norte de África lo que había eran caballos «bereberes», muy apreciados desde la Antigüedad para la caballería militar y otras funciones. Cuando John Drummond Hay viajó a Larache y su región, en 1839, con el propósito de adquirir un pura sangre destinado a la reina Victoria, lo que buscaba era un «barb», término inglés adaptado del francés «barbe», con el que se conocía a estos animales⁴⁵². En Argelia, el luego general Eugène Daumas recorrió los territorios bajo control francés entre 1835 y 1850; publicó los resultados de su «trabajo de campo» por vez primera en 1851 y poco después una segunda edición enriquecida con los comentarios del emir ^cAbd al-Qādir, gran figura de la resistencia argelina contra la conquista francesa; el libro tuvo mucho éxito y se convirtió en la obra de referencia para el conocimiento de los caballos bereberes o norteafricanos en Francia⁴⁵³.

Tanto en el oriente como en el occidente del Mediterráneo islámico, los caballos ejercieron una gran atracción entre viajeros de cierta categoría social o relacionados con la caballería militar. Las imágenes de la caballería o las órdenes de caballería, íntimamente relacionadas con la figura del noble equino y las artes de la guerra, contribuyeron a dotar a los caballos árabes o bereberes de una especial aura de fascinación,

⁴⁵¹ *Ibidem*, pág. x; véase DAMOISEAU, *Voyage en Syrie et dans le désert*, pág. 1.

⁴⁵² HAY, *Western Barbary*, pág. 1.

⁴⁵³ LARZUL, «Daumas Général Eugène, el-Kader Emir Abd, *Dialogues sur l'hippologie arabe: Les chevaux du Sahara et les mœurs du désert*». Otra muestra del interés europeo por los caballos árabes es la obra del veterinario alemán AMMON (1777-1842), una recopilación de todo lo escrito sobre el tema por autores occidentales (*Nachrichten von der Pferdezucht der Araber*, Nürnberg, 1834).

que se refleja incluso en los comentarios poco favorables que hacen algunos viajeros europeos por Marruecos: como en la agricultura, la responsabilidad de la mala calidad de los animales recae en la población que los maltrata y no sabe cuidarlos adecuadamente.

En contraste con las informaciones sobre agricultura y ganadería, el autor del ms. no se muestra muy al tanto sobre las riquezas mineras de Marruecos. Sólo menciona, con cierta seguridad, la existencia de metales preciosos –oro y plata– y de minas de cobre, todo ello sin situar estos yacimientos en emplazamientos concretos de la geografía marroquí. Suple su falta de datos sobre este tema sugiriendo que en lugares como la cordillera del Rif es de esperar que se encuentren en abundancia «preciosos metales y exquisitos mármoles», ya que esa región es una continuación natural del reino de Granada, donde se producen estas valiosas mercancías –en alusión al oro del Darro y los mármoles de Macael. Siguiendo la misma pauta, en opinión del autor del ms., «el monte Atlas que con sus cordilleras y alturas domina el desierto y los mares Océano y Mediterráneo» no es sino la continuación de Sierra Morena y, en consecuencia, «será igualmente rico en minerales intactos»; en este punto debía de pensar en las minas de Almadén, ya que a renglón seguido menciona haber presenciado «una superficial excavación en la que se manifestó tanta copia de globulillos de azogue que se llenaron algunos pomos»⁴⁵⁴ (por monte Atlas debía de referirse el autor del ms. a las estribaciones de la cordillera del Rif que llegan hasta la región del Estrecho).

A pesar de tan escaso bagaje informativo, no duda el autor del ms. en extraer de él alguna conclusión. Como el oro y la plata, según dice, se acuñan de forma muy tosca en Marruecos, deduce que «los moros ignoran el arte de fundir y amalgamar los metales y el de beneficiar las minas»⁴⁵⁵. La explotación de los yacimientos minerales

⁴⁵⁴ *Memorable triunfo*, fols. 88r-90r.

⁴⁵⁵ *Ibidem*, fol. 88r. COMÍN (*Ligera ojeada*, pág. 77) deduce la ignorancia del «arte de amalgamar o ligar los metales bajos con los más preciosos» ante la pureza de las monedas

escapaba asimismo a las capacidades de una población que tampoco se mostraba muy diestra en aprovechar el resto de los recursos que la naturaleza había puesto a su alcance.

Las riquezas mineras, por su propia naturaleza, escondidas en las entrañas de la tierra, permitían elaborar teorías más o menos imaginativas respecto a su presencia y su posible explotación. La existencia de tesoros ocultos ocupa un espacio singular en toda clase de relatos legendarios de la literatura árabe, a lo cual debe añadirse la de yacimientos igualmente valiosos por su contenido en gemas o metales preciosos. En la imaginación occidental, igualmente atraída por el contenido de las vetas geológicas sumergidas en los territorios norteafricanos –si no por los escondidos tesoros protegidos por genios–, la posible captación de estas riquezas dio lugar a conjeturas que subrayaban su potencial económico pero pecaban de vaguedad e imprecisión, basadas como estaban usualmente en informes indirectos. La línea de pensamiento es, no obstante, coincidente con las opiniones vertidas por el autor del ms. Así, según Lemprière, en el Atlas existían muchas minas de hierro, pero no se aprovechaban porque los marroquíes no sabían cómo explotaras; esta ignorancia les obligaba a importar hierro procedente de Europa⁴⁵⁶. Sin embargo, el testimonio de León el Africano, muy anterior en el tiempo al de Lemprière, no deja lugar a dudas sobre la explotación de minas de hierro (por ejemplo en las cercanías de Fez), que permitían la existencia de una industria de fabricación de utensilios de toda clase⁴⁵⁷.

Los relatores occidentales, como Lemprière, no podían comprobar por sí mismos los datos sobre la minería que tanto les interesaban y tuvieron que recurrir a informaciones de segunda mano, no siempre fiables. Jackson, que es quien más cerca está de ofrecer una cartografía

de oro que circulaban en Marruecos. Esto también explicaría, en su opinión, la desconfianza con que fueron acogidas las acuñaciones hechas en España, como se ha indicado más arriba.

⁴⁵⁶ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 75.

⁴⁵⁷ LÉON L'AFRICAIN, *Description de l'Afrique*, pág. 96 (entre otras muchas referencias sobre la existencia de minas y la fabricación de objetos de cobre, hierro, etc.).

de minas de hierro, cobre, plomo, antimonio y salitre, señala también la existencia de minas de oro y plata, pero se lamenta de que, a pesar de haber enviado a Europa especímenes de algunos yacimientos, no pudo hacerlo en cantidad suficiente para poder calibrar la calidad de los minerales susceptibles de ser extraídos. Los naturales del país, afirma, no sólo eran incapaces de explotar estas riquezas, sino que le dificultaron la recogida de muestras⁴⁵⁸. Las noticias que Graberg da sobre este mismo tema no se diferencian mucho de las de Jackson: alude a la abundancia de yacimientos mineros que, como su predecesor, sitúa mayoritariamente en la región meridional del Sūs, recurriendo para ello a informaciones indirectas, pero subrayando que los habitantes de Marruecos, debido a su indolencia y su ignorancia, tienen en el mayor abandono este aspecto de la riqueza nacional⁴⁵⁹. La ambición enciclopédica de ambos autores se topó aquí con un tema que les ofrecía grandes dificultades, como bien expresa Beauclerk: durante su estancia en Marruecos le dijeron que había muchas minas de plata en el Atlas, «but I could gather no correct information concerning this»⁴⁶⁰. Esta información procedía de Meir Macnin, el acaudalado comerciante judío de quien se ha tratado más arriba. Según el viajero británico, Macnin le aseguró que las minas de cobre eran abundantes y que había visto a menudo muestras de ese mineral; se trata, de nuevo, de una información indirecta, que recoge Beauclerk a falta de pruebas más fehacientes. No aclara si fue también Macnin quien le señaló que la exportación de plata, prohibida por las autoridades, se hacía mediante un contrabando que proporcionaba grandes ganancias a comerciantes judíos⁴⁶¹.

⁴⁵⁸ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, págs. 126 y sigs.

⁴⁵⁹ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, págs. 30-32.

⁴⁶⁰ BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 286.

⁴⁶¹ *Ibidem*, pág. 287. El mismo autor señala que el vicecónsul de Inglaterra en Rabat, un judío llamado Sinbal, había sido detenido poco después de su paso por la ciudad en julio de 1826, por haber intentado hacer contrabando de plata fuera de Marruecos, como consecuencia de lo cual fue condenado a pagar una elevada multa (*ibidem*, pág. 78).

Así que, mientras que lo relativo a la agricultura y la ganadería procede, al menos en parte, de observaciones personales y reviste un carácter de cierta credibilidad –aun matizada por los prejuicios habituales de la mirada occidental hacia Marruecos–, la minería, fuente de riqueza indiscutible y motor de toda una serie de actividades económicas y comerciales, se sitúa en un ámbito nebuloso, poblado de rumores y datos confusos y obtenidos de informantes de escasa credibilidad. Había muchas minas en Marruecos, de ello están seguros los autores de estos textos; pero con mayor o menor énfasis, todos transmiten una sensación de inseguridad documental, que resbala hacia el espacio de lo no comprobado, dando lugar al mantenimiento y reproducción de relatos borrosos, indecisos y manipulables. La querencia humana hacia los metales preciosos o creadores de riqueza –oro, plata, hierro, cobre– se traduce a menudo en la creación de mundos imaginarios, en los que las minas se ofrecen como un tesoro oculto que debe ser rescatado de los pobladores de su territorio, incapaces de sacarlo a la luz.

Tanto las evidencias arqueológicas como los documentos escritos, especialmente fuentes árabes, que no estuvieron al alcance de los observadores occidentales de este periodo, vienen siendo utilizados para recuperar la historia de la minería en Marruecos, que es mucho más extensa y completa de lo que dejan entender los relatos de viajeros como los aquí expuestos⁴⁶². Lo que desvelan sus fragmentarias y breves informaciones es, principalmente, la atracción que ejerce sobre ellos, y sobre las audiencias a las que iban dirigidos sus relatos, la posibilidad de que la «quimera del oro» se transformara en una realidad tangible. La nebulosa que envuelve la verdadera localización de las minas y su explotación no hace más que acentuar su atractivo y genera elucubraciones de toda clase. Así, a partir de mediados del siglo XVIII, el río de Melilla empezó a ser llamado, en la documentación

⁴⁶² Veáanse ROSENBERGER, «Saints et mines dans le sud du Maroc (xvi^e-xviii^e siècles)» y EL AJLAOUI, «Maroc pré-saharien. Techniques d'exploitation minière et métallurgique dans les mines d'argent, de cuivre et de plomb».

española, con el nombre de «Rio de Oro», porque supuestamente se encontraban en sus aguas pepitas de ese metal. Los bereberes de la región nunca le dieron ese nombre, y las pepitas de oro no llegaron a hacer justicia al topónimo que todavía hoy se conserva⁴⁶³.

El apartado que el autor del ms. dedica a las «artes, industria y comercio» se inicia con una frase lapidaria: «van retrogradando a la cuna»⁴⁶⁴. Sin embargo, el panorama que dibuja a continuación está lejos de ser tan negativo como cabría esperar después de tal exordio. De hecho, resulta bastante menos crítico que el de otros autores y, en concreto, más extenso y detallado que el de su predecesor Comín, de quien toma alguna noticia (la contratación de un maestro de obras de Tarifa para trabajar en la región de Tafilalet).

El texto sobre las artes industriales compone un catálogo amplio de oficios y producciones, que van desde una pincelada alusiva a la construcción de edificios –casas y mezquitas– hasta la fabricación de esteras, pasando por otros muchos trabajos y actividades. La metalurgia, de la que señala la fabricación de armas, aperos de labranza y otros utensilios, no le merece buena opinión, como tampoco las tenerías; a pesar de esto último, señala la excelente calidad de los tafletes –no así de los cordobanes. Mucha estima manifiesta sobre los tejidos fabricados en Fez, pero asimismo indica que la industria textil se extiende por todo el país: en las poblaciones de cierta consideración «hay fábricas de lienzos crudos, y otras telas para toallas regulares, y tónicas interiores del sexo femenino, fuertes y entretejidas de colores»⁴⁶⁵, es decir, se trata de una producción no de lujo, como la de Fez, sino destinada al consumo de la gente ordinaria. Pasa por alto, sin embargo, la fabricación doméstica, en manos de las mujeres y que no sólo subvenía a las necesidades familiares, sino que les proporcionaba a menudo una fuente de ingresos a través de

⁴⁶³ NARVÁEZ LÓPEZ, «Orígenes del topónimo Rio de Oro».

⁴⁶⁴ *Memorable triunfo*, fol. 71r.

⁴⁶⁵ *Ibidem*, fol. 73r. Véase ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 220.

la venta en zocos rurales o urbanos (como se sigue practicando en algunas regiones del país).

Las alfombras tejidas en Marruecos también merecieron la alabanza del autor del ms., que encomiaba el conocimiento que se tenía de los tintes y las técnicas precisas para fijar los colores. Pero lo que provoca verdaderamente su entusiasmo son las esteras de junco elaboradas en Rabat, «tan durables por la doble textura, como hermosísimas por la disposición de los cuadros y resalte de los colores»⁴⁶⁶; se trata, en ambos casos de actividades artesanales de larga tradición, aunque sólo la primera se siga conservando en la actualidad, en tanto que la segunda está en trance de desaparición. De modo muy similar, Graberg alaba los productos textiles de Fez, deteniéndose en la descripción de algunos tejidos de lujo, en los que se empleaban materiales como la seda y el hilo de oro. Los tocados masculinos fabricados también en Fez, señalados por el autor del ms. como «gorros encarnados, este renglón de consumo universal», se habían difundido, según Graberg, por todo el imperio, pero la mayor parte de la producción textil, dice, se hace en las casas, porque todas las mujeres hilan y tejen⁴⁶⁷.

En contraste con estas favorables opiniones sobre las industrias textiles, o las del cuero y pieles, que Graberg considera incluso superiores a los productos europeos –lo hace al mencionar el tafilete⁴⁶⁸–, la metalurgia se considera de muy baja calidad. El autor del ms., como se acaba de ver, desprecia (literalmente) la fábrica de herramientas para la agricultura y otros usos artesanos; al tratar de los «cuchillos, gummies y largos cañones de escopeta», no descalifica el trabajo con

⁴⁶⁶ *Memorable triunfo*, fol. 73v. También menciona favorablemente esta producción Lemprière, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 80. Las alfombras de Rabat recibieron un nuevo impulso en el siglo XIX cuando se convirtieron en un objeto decorativo apreciado por su valor como símbolo de la modernización a la occidental; véase POMMEREAU, «The Invention of the Moroccan Carpet».

⁴⁶⁷ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 141.

⁴⁶⁸ *Ibidem*, pág. 142.

el que están confeccionados, pero opina, fundadamente, que son armas inútiles para una guerra moderna⁴⁶⁹. Con otras palabras, Comín formula la misma opinión, que amplía un tanto: los cuchilleros y arcabuceros que pueden encontrarse en casi todos los pueblos de cierto tamaño son buenos conocedores de su oficio; sin embargo, en Marruecos el «arte de fundir se halla todavía en mantillas o, por mejor decir, se desconoce totalmente». Por esta razón, «los cañones y morteros que cubren las murallas y las pocas piezas de batalla que se ven en estos ejércitos provienen de la generosidad de las naciones cristianas o han sido compradas de ellas por el gobierno»⁴⁷⁰. Ya se han mencionado algunos de los intentos de los sultanes por instaurar en Marruecos fundiciones propias, que no llegaron a tener la importancia deseada; el suministro de armas para el ejército fue cayendo progresivamente en manos de empresas europeas, aunque ya en el siglo XVIII Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh había realizado grandes y sistemáticas compras de armamento en Europa. De ahí, probablemente, que intentara establecer una fundición de hierro en Tetuán en 1771, para la cual se contrataron obreros europeos; según el capitán Burel (que estuvo en Marruecos en 1808), los elevados gastos de la empresa hicieron desistir al sultán de su propósito⁴⁷¹.

Para completar el panorama descrito por el autor del ms. y otros viajeros contemporáneos, deben mencionarse los oficios tradicionalmente practicados por los judíos en el mundo árabe-islámico, con especial dedicación a la orfebrería y todo lo relacionado con el manejo de metales preciosos. La condena coránica hacia las posesiones materiales se perfiló a través de la Tradición Profética en la prohibición de que los hombres se adornasen con joyas de oro y plata, o que usaran tejidos de seda; de ese modo se diferenciarían claramente de las muje-

⁴⁶⁹ *Memorable triunfo*, fol. 72r.

⁴⁷⁰ COMÍN, *Ligera ojeada*, pág. 76.

⁴⁷¹ CAILLÉ, *La mission du capitaine Burel*, pág. 69. Sobre la política de adquisición de armamento de Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh, véase LOURIDO, *Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII*, págs. 297-322.

res, a quienes sí les estaría permitido (aunque hay también tradiciones que no lo admiten así). En muchos ámbitos del islam medieval estas normas propiciaron que judíos u otras minorías religiosas ocuparan el espacio destinado a la fabricación de joyas o adornos personales elaborados con metales preciosos; su existencia prueba, por otra parte, que, si los musulmanes no se dedicaban a la orfebrería, los más acaudalados no vacilaban en adquirir sus productos. Cuando Graberg elabora su lista de artesanías marroquíes, incluye en ella a los abundantes batihojas, orfebres y joyeros que trabajan con gran perfección y añade que sus productos son muy apreciados, aunque los moros tienen prohibido el uso del oro y los metales preciosos por la «secta» de Mālik⁴⁷²; aunque no dice expresamente que estos artesanos fueran judíos, no parece que fuese de otro modo. En cualquier caso, la popularidad de sus productos da cuenta de que, como en todas las prohibiciones acerca del consumo de lujo, había una gran distancia entre la norma teórica y la práctica social de las clases más acomodadas, que eludían las regulaciones a ese respecto tanto como lo hacían los afectados por las leyes suntuarias en las sociedades occidentales. También se considera propio de judíos el oficio de sastre; el autor del ms. añade a éste el de zapatero, que según indica sólo practican ellos – en contra de lo que dice Badía, para quien «los moros únicamente son zapateros, carpinteros, albañiles, cerrajeros y tejedores de hhaik», es decir, el manto exterior que recubre todo el cuerpo y era usado tanto por mujeres como por hombres⁴⁷³.

Alguno de estos autores –no el del ms.– se preguntó por las causas de lo que consideraba escasa producción industrial marroquí, lo

⁴⁷² GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 141.

⁴⁷³ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 314; *Memorable triunfo*, fol. 72v. El caso es que, según EL MANSOUR (*Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, pág. 49), el oficio de zapatero, como el de orfebre, pertenecía a la categoría de «noble crafts»; la excepción que constituye el autor del ms. a este respecto, puede haberse debido a que recogiera una información equívoca. En todo caso, la jerarquía social de los oficios artesanos conoció variaciones históricas significativas en las sociedades islámicas preindustriales; MARÍN, «Movilidad social y ciencias islámicas: ejemplos biográficos andalusíes de la Baja Edad Media (siglos XII-XIV)».

mismo que otros se habían planteado las razones del retraso de la agricultura. Quizá la explicación de mayor enjundia sea la avanzada por Graberg de Hemsö, que se apoya en una interpretación propia de las características de la sociedad magrebí: los marroquíes, de suyo, tienen menos necesidades materiales que los europeos:

«come i mauri per l'economia loro hanno un molto minore numero di bisogni degli europei, e che dall'estero viene loro apportato tutto il necessario, e talora eziando il superfluo (...)»⁴⁷⁴.

De forma subliminal aparece aquí, de nuevo, el *topos* de la indolencia natural de los musulmanes, pero con el tema añadido de la sobriedad que se atribuye a los marroquíes, cuyas necesidades más elementales se ven cubiertas sin tener que recurrir a procesos de fabricación y manufactura locales. La subsiguiente descripción que hace Graberg de las industrias artesanales del Marruecos de su tiempo desmiente esta reflexión que él mismo se hace; pero más adelante se muestra más explícito al respecto: lo que la industria marroquí no produce es «el superfluo». Este concepto fundamental para el desarrollo económico vuelve a aparecer poco más adelante en la reflexión del vicecónsul:

«non si conoscono presso gli abitanti del Mogh'rib-el-acså se non che le arti, ed i mestieri utili, e direm quasi, indispensabili; quei di lusso, di ornamento, e di semplice vaghezza, vi sarebbero interamente superflui»⁴⁷⁵.

A esta situación contribuyen varios factores: las leyes inestables, el clima que favorece que los marroquíes se contenten con muy poca cosa para sobrevivir y la opresión gubernamental no permiten el desarrollo de una demanda de objetos de lujo que son, concluye Graberg, el primer móvil del comercio⁴⁷⁶.

⁴⁷⁴ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, págs. 140-141.

⁴⁷⁵ *Ibidem*, pág. 143.

⁴⁷⁶ *Ibidem*, pág. 144. Badía atribuye al despótico gobierno el temor de los marroquíes a cualquier manifestación de lujo, lo que impide el progreso de las artes industriales (ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, pág. 220).

Este análisis tan decididamente «cultural» de la actividad industrial y comercial de Marruecos en las primeras décadas del siglo XIX es el hilo conductor que conducirá esta exposición hacia los datos que recoge el autor del ms. acerca de las relaciones comerciales del país. Pero no puede pasarse por alto que las observaciones de Graberg se basan en conceptos difícilmente asimilables, desde su punto de vista, con la realidad que trata de analizar: sobriedad, austeridad, producción de objetos superfluos o de lujo, se sitúan de forma muy diferente en su universo mental de lo que lo hacen en el de los marroquíes, o, más bien, representan un sistema de valores no equivalente.

El autor del ms. dedica tres apartados a la actividad comercial marroquí: el primero, consagrado al comercio en general; el segundo, a la marina mercante, y el tercero al comercio terrestre.

De estos tres apartados, el primero trata, en realidad, del comercio de Marruecos con los países europeos, y se ocupa tanto de ciudades portuarias como Tetuán, Tánger, Rabat y Mogador/Essaouira, como de grandes núcleos urbanos o productores del interior: Fez, Mequinez, Marrakech y Tafilalet. Aunque afirma en primer lugar que «el comercio de los marroquinos, ni es de consecuencia, ni capaz de influir en los mercados de Europa»⁴⁷⁷, no omite que se habían abierto recientemente otros dos puertos atlánticos (Santa Cruz/Agadir y Mazagán/El Jadida). La relación de mercancías que se exportan a Marruecos o se importan desde allí es, a pesar de su brevedad, de cierto interés: en el primer caso, se trata de tejidos, algodón y sedas en rama, maderas, hierro, municiones y pólvora (que se introducen de contrabando), café y azúcar; en cuanto a los productos que se importan de Marruecos, el autor del ms. señala

«cueros, raras pieles, marfil, alfombras, tafletes, babuchas ordinarias y finas, bueyes, mulas, dátiles, gallinas, huevos, naranjas, limones, miel, cera, almendra, gomas, yerbas de tinte, jaiques y fajas de seda y lana, monas y perdices vivas sobre manera primorosas, y oro en polvo»⁴⁷⁸.

⁴⁷⁷ *Memorable triunfo*, fol. 75r.

⁴⁷⁸ *Ibidem*, fols. 76r-v.

Por Santa Cruz y Mogador se canalizaba el comercio de mercancías como el marfil, las plumas de avestruz y «otras producciones de las desiertas regiones meridionales»; allí se juntaban comerciantes franceses, italianos y canarios. También subraya el autor del ms. la importancia del comercio de bueyes, que se exportaban desde Tánger y Tetuán a Gibraltar, donde proporcionaban a Marruecos el medio de adquisición de suministros militares⁴⁷⁹. El papel de Gibraltar como eje fundamental del comercio marroquí con el resto del Mediterráneo y Europa es debidamente resaltado por el autor del ms., que parece haber estado bien informado de los temas comerciales más importantes de Marruecos en su tiempo⁴⁸⁰.

Este comercio internacional, en manos en buena parte de miembros de la comunidad judía, tanto la residente en Marruecos como la que vivía en Gibraltar (manteniendo lazos familiares y económicos con corresponsales en Inglaterra, Italia, o puertos del imperio otomano) es sin duda el que más atrae la atención de los observadores europeos. Para la época en que escribía el autor del ms., este comercio se regía por una serie importante de tratados «de paz y comercio» que habían sido establecidos por los sultanes con todos los países que tenían cónsules acreditados en Tánger, como se ha visto con anterioridad. Aunque no eran raras las reclamaciones de comerciantes europeos y de sus respectivos cónsules, a propósito de las dificultades que a veces encontraban, los tratados garantizaban la permanencia y desarrollo de lazos comerciales beneficiosos para ambas partes. La política de Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh había sido, a este respecto, sistemática y de largo alcance, y fue continuada por sus sucesores⁴⁸¹.

⁴⁷⁹ BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 316, indica el precio (30 dólares por cabeza) que Gran Bretaña se había comprometido a pagar, lo que dejaba una notable ganancia en las arcas del sultán.

⁴⁸⁰ *Memorable triunfo*, fols. 75v-77v.

⁴⁸¹ LOURIDO, *Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII*, páginas 357-418 y 593-645.

La descripción más detallada del flujo de importaciones y exportaciones a y desde Marruecos es, sin duda, la de Jackson para los años 1804-primer mitad de 1806, que asegura está sacada de los registros aduaneros del puerto de Mogador. A título de ejemplo, el primero de esos años se importaron a Marruecos por ese puerto numerosas mercancías, entre las que destaca una producción textil muy variada en calidad y cantidad, procedente en su mayor parte de Inglaterra; otros productos de importación fueron metales como el hierro, el cobre y el estaño; herramientas, azúcar, alumbre, hilo, espejos, cuchillos, té verde, pimienta, clavo, y muchos otros bienes en cantidades más reducidas. El mismo año se exportaron desde Mogador almendras, aceite de oliva, pieles, lana, plumas de avestruz, marfil, cáscara de granada, dátiles, pasas, pétalos de rosa, goma, cera, anís o nueces⁴⁸². Este panorama –que describe con el mismo detalle para los años siguientes– lleva a Jackson a hacer un llamamiento para fortalecer y desarrollar el comercio con Marruecos, ya que, según afirma, casi todo lo que Europa exporta allí son manufacturas, mientras que lo que importa son materias primas. Sin así llamarlo, Jackson estaba definiendo la principal característica de un comercio de tipo colonial.

Puede parecer sorprendente que ni Jackson ni el autor del ms. mencionen uno de los principales productos agrícolas de Marruecos, los cereales, como objeto de comercio internacional. Pero ha de recordarse que su exportación estaba sujeta a normas muy estrictas y que, de hecho, estuvo prohibida durante largos periodos de tiempo. Aun así, hubo periodos en que se exportó grano desde Marruecos a países europeos; lo señala, por ejemplo, Graberg, para su propio tiempo⁴⁸³. Las restricciones a la exportación de cereales deben ponerse en relación con los periodos de escasez y malas cosechas, tan abundantes en la historia de Marruecos; pero incluso cuando el año era

⁴⁸² JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, págs. 236-241.

⁴⁸³ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 149. Sobre el comercio de cereales con Europa, véase MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, págs. 130 y sigs.

bueno, era preciso en primer lugar asegurar el abastecimiento de las ciudades marroquíes y evitar el descontento de su población si se permitía la venta de grano al extranjero⁴⁸⁴. Las guerras napoleónicas y la presencia de los ejércitos francés y británico en la península ibérica favorecieron, en su momento, la expansión del comercio de cereales con destino a los suministros militares, como también ocurrió durante la expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis⁴⁸⁵. La irregularidad de estas exportaciones, vinculadas a circunstancias políticas o económicas que pudieran serles favorables, explica que muchos observadores no las tuvieran en cuenta.

La marina mercante, según el autor del ms., se «halla reducida a pocos y pequeños jabeques, faluchos y cárabos, y por lo regular zozobran en bonanza»⁴⁸⁶. Y esto es, manifiesta un poco después, porque los marroquíes son marineros inexpertos y, en los peligros del mar, se revelan como «tímidos y llorones»⁴⁸⁷. No añade nada más a esta sucinta explicación, que aun dentro de su esquematismo contiene elementos que responden a una realidad histórica: la debilidad de la marina mercante marroquí, a pesar de los esfuerzos que había llevado a cabo Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh en las últimas décadas del siglo XVIII para elevar la calidad y cantidad de sus embarcaciones y la capacidad de sus tripulaciones y arráeces⁴⁸⁸.

La escasa competencia marinera de los marroquíes se compensaba, a ojos del autor del ms., por el arrojo y pericia con que «navegaban» por el proceloso mar del interior de Marruecos, donde a su juicio se requería increíble valor para acometer las peligrosísimas empresas

⁴⁸⁴ EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, págs. 66-71; BROWN, *Crossing the Strait*, pág. 188.

⁴⁸⁵ SCHROETER, *The Sultan's Jew*, pág. 99.

⁴⁸⁶ *Memorable triunfo*, fol. 78v.

⁴⁸⁷ *Ibidem*, fol. 81v.

⁴⁸⁸ Véanse LOURIDO, «Intentos fracasados de Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh en la creación de una marina mercante (1778-1790)» y MARTÍN CORRALES, «La flotte marocaine et le commerce de cabotage espagnol (1797-1806)».

que les esperaban. Su utilidad era indudable: «todo el tráfico interior pende de cortas recuas de mulas y pequeñas caravanas de camellos que transportan los géneros y efectos de unas a otras partes»⁴⁸⁹. Tras describir este según él «mezquino» tráfico, sustentado por capitalistas y comerciantes, y que atiende a las necesidades básicas de la población (el autor del ms., como Graberg, afirma que no existe el comercio de lujo en el interior de Marruecos), se amplía la perspectiva del lector al comprobar que los comerciantes de las grandes ciudades utilizan el mismo sistema de transporte para dirigir sus mercancías a Tremecén, Argel, Túnez y Trípoli, de donde las mismas caravanas volverán cargadas de «seda, paños, algodón y dinero». Estos intercambios comerciales por tierra son los que permiten funcionar a la economía interna, ya que son los que estimulan la producción agrícola, el pastoreo y las industrias artesanales.

Pero lo que verdaderamente admira al autor del ms. no es este comercio con las regiones colindantes del norte de África, por mucho que influya en la prosperidad del país, sino el comercio transahariano, que describe con contenido entusiasmo. Son los grandes «capitalistas» de Fez, Mequinez, Rabat, Marrakech y Mogador quienes, junto a los ministros del sultán, financian las grandes caravanas que, en sesenta días, y trasladándose como un ejército en campaña, llegan a Timbuctu. En estas regiones más allá del gran desierto, apunta el autor del ms., los comerciantes transportan baratijas y mucho tabaco; a cambio, adquieren alhajas, plumas de avestruz, marfil, gomas, granos de oro, pieles y «otras preciosidades», además de un notable número de esclavos negros, todo lo cual se venderá de vuelta en Marruecos y en buena parte se reexportará hacia Europa y otros países, como atestiguan las listas de exportaciones citadas más arriba.

Para llegar a lugares como Timbuctu, Bambara, Sudán y Guinea (fuente inagotable, dice el autor del ms., del «lucrativo mercado de

⁴⁸⁹ *Memorable triunfo*, fol. 81v.

los moros»⁴⁹⁰), las caravanas marroquíes organizaban sus rutas en función de la existencia de oasis, tal como venía haciéndose en territorios desérticos desde tiempo inmemorial (lámina XXIV). Destaca el autor del ms. la existencia de éstas que llama «islas»:

«Porque así como la mar abunda en islas grandes y pequeñas que dan comodidad y asilo y refrescos a los navegantes, así también los inmensos arenales que del este al oeste parten el África en dos porciones sumamente desiguales, tienen islas mayores y menores que prestan alivio, víveres y descanso a los fatigados viajeros y ánimo para seguir esta especie de terrestre navegación en la que el violento huracán sepulta bajo montes de arena a centenares de hombres»⁴⁹¹.

No es original el autor del ms. al comparar el desierto con el mar y los oasis habitados con las islas que ofrecen refugio y sostén al navegante; se trata de un pararelo ya establecido en la Antigüedad y que históricamente ha conocido gran difusión⁴⁹². Para el autor del ms., este mar sin agua, amenazado por tempestades tan violentas y mortíferas como las de los océanos, podía cruzarse gracias a una serie de áreas de conexión: las más cercanas al territorio marroquí estaban habitadas por musulmanes que vivían en condiciones materiales difíciles, pero que albergaban a los viajeros por ser no sólo sus correligionarios, sino por poder beneficiarse de su paso; más allá, «las poblaciones del exclusivo color negro» trataban con recelo a los expedicionarios, pero entablaban con ellos fructíferos trueques. Se dibuja así la red de contactos que permitía atravesar enormes distancias en arduas circunstancias, a lo que ayudaba también, señala el autor del ms., «la sobriedad de los moros endurecidos con la fatiga, semidesnudos y acostumbrados a los ardores del sol y la resistencia de los camellos»⁴⁹³.

⁴⁹⁰ *Ibidem*, fol. 83v.

⁴⁹¹ *Ibidem*, f. 85v-86r.

⁴⁹² LICHTENBERGER, «“Une mer sans eau”: le Sahara et la Méditerranée en concepts». JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco* (ed. 1809, pág. 239), afirma que entre los árabes se llama al desierto del Sahara *baḥr bi-lā māʾ*, «mar sin agua».

⁴⁹³ *Memorable triunfo*, fol. 85r.

Del tono empleado por el autor del ms. al tratar del comercio transahariano de Marruecos se desprende una cierta fascinación por ese mundo lejano, al que sólo se puede acceder tras arrostrar peligros y calamidades sin cuento; quienes se atreven a enfrentarse a esa ruta cruel serán recompensados, no obstante, al llegar a su destino, y tendrán a su alcance oro y «otras preciosidades», que consiguen a cambio de «despreciable mercancía»⁴⁹⁴. Recuérdese, a este respecto, que el renegado Piloti tenía el propósito de realizar una expedición a Timbuctu con fines comerciales, y que contaba para ello con el interés de la Société Géographique de París y del cónsul francés en Tánger. El aura de misterio y ocultos tesoros que rodeaba el nombre de Timbuctu se detecta en el texto del autor del ms. tanto como en los de otros observadores europeos, en los que la descripción geográfica se recrea en la enumeración de las exóticas y preciadas mercancías que pueden adquirirse en la ciudad⁴⁹⁵: oro en polvo y en barras, anillos de oro y otras joyas, marfil, goma del Sudán, granos del paraíso⁴⁹⁶, gomas odoríferas, plumas de avestruz, ámbar gris, cuerno de rinoceronte, incienso, asafétida, índigo... nombres todos evocadores de tierras lejanas y ricas en mercancías de alto precio, capaces de transmitir, con su sola mención, un mundo de sensaciones exquisitas y costo elevado, de enormes ganancias, multiplicadas en proporción directa a los riesgos implicados en el viaje. Las plumas de avestruz, que Graberg calificaba como «le più belle che si conoscano», todavía no habían alcanzado las elevadísimas cuotas de exportación a Europa que se conocieron a finales del siglo XIX, pero ya en la época de la que se está tratando eran uno de los artículos más apreciados por los comerciantes europeos y de otros lugares: como se ha visto antes, el autor del ms. las señala entre las mercancías exportadas

⁴⁹⁴ *Ibidem*, fols. 85r y 83r.

⁴⁹⁵ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, cap. XII; GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, págs. 144-146.

⁴⁹⁶ Se conocen también como *pimienta africana* (*Aframomum melegueta* K. Schum.).

por Agadir y Mogador, puertos frecuentados por franceses, italianos y canarios⁴⁹⁷.

Tanto el autor del ms. como otros viajeros o diplomáticos contemporáneos que describieron éste, a su parecer, fastuoso comercio transahariano lo hicieron siguiendo noticias que circulaban en su entorno, relatos de otros viajeros –que a su vez recogían informaciones no siempre fidedignas. Pero todos apuntan hacia el carácter extraordinario de un comercio que se basaba en la «navegación», por un desierto inhóspito, de cientos de camellos y de hombres.

La gran caravana que atravesaba el Sahara tardaba, según Jackson, 130 días en alcanzar su objetivo y se organizaba, cada año, entre septiembre y abril⁴⁹⁸. Como se ha hecho notar, el autor del ms. la presenta como una fuente considerable de riqueza para los ricos «capitalistas» de los grandes núcleos urbanos marroquíes; sin embargo, a comienzos del siglo XIX –o incluso antes, según algunos–, el comercio caravanero empezaba a mostrar signos de decadencia, que se irían acentuando conforme se introducían en el norte de África mercancías europeas, lo que habría de llevar, con el tiempo, a la primacía del comercio realizado a través de los puertos atlánticos marroquíes⁴⁹⁹.

Riesgos y penurias

Se han ido apuntando los peligros que amenazaban el desarrollo económico de Marruecos en la transición del siglo XVIII al XIX; ha habido quien ha caracterizado la economía de este periodo como mar-

⁴⁹⁷ Véase BOUM y BONINE, «The Elephant Plume: Ostrich Feathers, African Commercial Networks and European Capitalism».

⁴⁹⁸ MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, III, págs. 85-86 (que calcula el trayecto entre 70 y 75 días); EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, págs. 57-60.

⁴⁹⁹ BROWN, *Crossing the Strait*, pág. 41; El Mansour, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, págs. 57-60. LYDON (*On Trans-Saharan Trails*) propone que, en lugar de decadencia, debe hablarse de una reorganización de las rutas comerciales después de la conquista francesa de Argelia a partir de 1830.

cada por la penuria crónica y la insuficiencia global de la producción agrícola⁵⁰⁰. Estas circunstancias explican determinados fenómenos propios del proceso de conservación de alimentos, en especial de los cereales, que dieron lugar a un sistema de almacenamiento peculiar.

El autor del ms. lo describe de forma sucinta pero ajustada:

«Limpio el grano del trigo, de la cebada y aldora, se encierra en silos, que son sus almacenes y graneros. Estos depósitos o profundos hoyos, cavados en la tierra con la figura de grandes tinajas, se visten con las cañas secas de las mieses, se llenan y con pesadas piedras cuadradas se cierra la boca estrecha, se cubre de tierra, se apisona, e impide la filtración de las aguas y la humedad. Las entradas de los pueblos se minan con estos escondites y conservan los granos por mucho tiempo sin detrimento»⁵⁰¹.

Estos silos subterráneos cumplían una doble función: preservaban tanto la conservación de los cereales como su seguridad, poniéndolos a salvo de eventuales saqueadores. Se conoce su existencia desde muy antiguo en la península ibérica, donde los hubo en época romana y desde luego en la andalusí; en el norte de África eran práctica común⁵⁰². En árabe, esta clase de silo subterráneo recibía el nombre de *maṭmūra*, origen del castellano «mazmorra»; el sentido de esta voz como lugar de encierro y cautiverio se explica porque a menudo estos silos se utilizaron con ese fin⁵⁰³. Lo que aquí interesa, sin embargo, es la utilización de estos lugares como almacenes de grano, lo que el autor del ms. hace notar con exactitud, como habían hecho, antes que él, otros observadores europeos. El cónsul Chénier hace de estos silos una descripción que coincide básicamente con la del autor del ms.⁵⁰⁴, a la que añade algunos detalles, entre ellos el

⁵⁰⁰ MICHEL, *Une économie de subsistances: le Maroc précolonial*, II, pág. 585.

⁵⁰¹ *Memorable triunfo*, fols. 63r-v.

⁵⁰² Sigue siendo indispensable, a este respecto, el artículo de TORRES BALBÁS, «Las mazmorras de la Alhambra».

⁵⁰³ Véase, además del trabajo mencionado en la n. anterior, MOLINA, «Nota sobre *murūs*» y la bibliografía allí citada.

⁵⁰⁴ CHÉNIER, *Recherches historiques*, III, págs. 218-219.

nombre con el que les denomina: los *matamores*, transcripción del plural de *maṭmūra* (*maṭāmīr*), que aparece con la misma forma en textos posteriores. Chénier indica, por otra parte, una segunda utilidad de los silos subterráneos como lugar de ocultación de bienes valiosos ante amenazas exteriores o la codicia de posibles enemigos; hay, dice, probablemente más dinero oculto bajo tierra en Marruecos que el que está en circulación⁵⁰⁵.

El nombre y la función de estos almacenes subterráneos aparecen en otras descripciones de Marruecos, algo más cercanas al tiempo en el que escribía el autor del ms. Los silos *matamores*, grandes agujeros hechos en la tierra y recubiertos de paja que sirven para conservar durante largo tiempo cereales y legumbres sin que se corrompan, se señalan con interés por diversos autores con descripciones que demuestran su falta de familiaridad con un procedimiento totalmente desconocido en sus países de origen, Francia o Inglaterra⁵⁰⁶.

Si bien una gran parte del texto que el autor del ms. dedica a la producción agrícola marroquí está, como se ha visto, destinada a mostrar la variedad y calidad de sus especies vegetales, su experiencia personal le permitió observar la precariedad de una agricultura expuesta regularmente a periodos de sequía (que a su vez causaban episodios de hambrunas) y de enfermedades epidémicas, en una secuencia de calamidades que afectaba profundamente a poblaciones diezmadas por la escasez y la penuria alimenticia.

El delicado equilibrio que se mantenía entre una agricultura de casi subsistencia –animada por esporádicas cosechas abundantes– y la población que dependía de ella sufrió sucesivos periodos de escasez

⁵⁰⁵ *Ibidem*, pág. 210.

⁵⁰⁶ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 72; CAILLÉ, *La mission du capitaine Burel*, págs. 109-110; KEATINGE, *Travels through France and Spain to Morocco*, II, pág. 29; GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 107. KEATINGE, que sabía español y había viajado por España, es el único que menciona la conexión entre la voz árabe *maṭmūra* y la castellana *mazmorra*. Véase ROSENBERGER, *Société, pouvoir et alimentation. Nourriture et précarité au Maroc précolonial*, pág. 55.

como consecuencia de los avatares climáticos de los siglos XVIII-XIX. Esta recurrente presencia de sequías de gran intensidad explica la desolación de los campos abandonados y la ruina de ciudades deshabitadas que documenta alguno de los viajeros aquí citados, como Lemprière: en 1789 no encontró ningún lugar habitado en la ruta entre Marrakech y Salé, años después de la gran hambruna de 1780⁵⁰⁷. Las calamidades no dieron tregua y, no mucho después, se registra otro grave periodo de penuria, entre 1799 y 1801, empeorado, como en situaciones similares, por epidemias que diezman a una población debilitada por el hambre⁵⁰⁸.

La sequía y consiguiente hambruna se recrudecieron en 1817-1818⁵⁰⁹. Cuando el autor del ms. vivía en Tánger, el país se estaba recuperando de esta serie de calamidades; pero no tuvo que pasar mucho tiempo para que experimentase un nuevo periodo de trágicas consecuencias para la población y para el equilibrio social y económico de Marruecos. La sequía y hambruna que se produjeron en 1825-26 tuvieron una enorme repercusión y dejaron una huella sólo superada por un nuevo periodo de escasez, en torno a 1850⁵¹⁰.

De la hambruna de 1825-26 se conservan varias narraciones de testigos que presenciaron sus efectos, entre ellos la del autor del ms. El suyo es un vivaz relato que consigue transmitir al lector la angustia de una población al límite de sus posibilidades de supervivencia; más escueta, como es habitual en él, es la forma en que el vicecónsul

⁵⁰⁷ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, págs. 84-85. La situación no había dejado de empeorar desde 1776; véase LOURIDO, *Marruecos en la segunda mitad del siglo XVIII*, págs. 205 y sigs. y 245.

⁵⁰⁸ MICHEL, *Une économie de subsistances*, II, págs. 529-530; HALL (*The United States and Morocco*, pág. 95), cita los despachos del cónsul norteamericano Simpson con frecuentes alusiones a estos periodos de escasez; EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, pág. 61; ROSENBERGER, *Société, pouvoir et alimentation*, págs. 12 y 35-43.

⁵⁰⁹ MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 39; EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, pág. 61.

⁵¹⁰ MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, págs. 39-40; MICHEL, *Une économie de subsistances*, II, pág. 609.

holandés, Bendelac, se refiere a la hambruna y a la mortandad que provocó⁵¹¹. Otros testigos contemporáneos, como Cochelet y Beauclerk, dejaron constancia de las profundas huellas que dejó este periodo de hambre y escasez en la sociedad marroquí. Cochelet reproduce las informaciones que le dio el cónsul francés, Sourdeau, según el cual el trigo se había agotado por completo y los habitantes de las campiñas cercanas a Tánger tuvieron que recurrir a alimentarse con raíces silvestres⁵¹². Por su parte, Beauclerk, de camino a Rabat por la costa, pudo observar, un año después del estallido de la hambruna, innumerables esqueletos y otros restos humanos que jalonaban la ruta entre al-Mahdiyya y Salé y que eran producto de la mortandad causada por la tremenda escasez. Ya en Tánger, afirma, había observado la ausencia de perros callejeros que, según le dijeron, habían sido consumidos por la población ante la falta de otros alimentos⁵¹³.

El relato del autor del ms. no es menos impactante. Junto a otras alusiones a este periodo de penuria, dedica dos amplios párrafos a los amenazadores signos de sus inicios y a sus terribles consecuencias. En el primero, subraya cómo la seca primavera de 1825 presagiaba «la esterilidad de la tierra, el hambre y la epidemia que desolan la región de los vagos fatalistas». Otros signos premonitorios se empezaron a ver en seguida:

«la escasez de flores, la falta de agua, la aridez de los árboles, la caída prematura de las verdes naranjas y limones, la ruina inminente de la cosecha, la mala calidad de las carnes, la penuria de trigo, cebada y aldora, las repetidas rogativas de los mahometanos que salían en procesión por las calles (...)»⁵¹⁴.

Todo ello provocaba fundados temores en el ánimo de quien esto escribía, y que decidió apartar su pensamiento de tan aciagos sínto-

⁵¹¹ *Journal de Bendelac*, págs. 374 y 423. En las notas al texto, Miège cita despachos del cónsul francés Sourdeau que coinciden con lo relatado por el autor del ms.

⁵¹² COCHELET, *Naufage du brick français «La Sophie»*, II, págs. 212-213.

⁵¹³ BEAUCLERK, *Journey to Morocco in 1826*, pág. 68.

⁵¹⁴ *Memorable triunfo*, fols. 46v-47r.

mas y refugiarse en la reflexión sobre la constitución de un imperio «cuyo jefe ni provee de remedio, ni presta recurso a los pueblos en las calamidades generales»⁵¹⁵.

Es así como introduce el autor del ms. su exposición sobre el carácter despótico y tiránico del poder político marroquí: al igual que en otras ocasiones, hace recaer las dificultades que padece la población en la perversa cualidad de su gobierno. Se verá en seguida que el autor del ms. tenía una visión muy parcial de la actuación del soberano marroquí en tiempos de crisis; pero antes de llegar a este punto, hay que detenerse en la descripción de las consecuencias de la escasez de alimentos tras la devastadora sequía de 1825, que pudo contemplar con sus propios ojos. A los famélicos habitantes de los alrededores de Tánger, dice, se les impedía por la fuerza entrar en la ciudad, para no empeorar aún más su situación⁵¹⁶; los tangerinos, hombres y mujeres, se desprendieron de todas sus posesiones para comprar pan y no quedó en todo el territorio circundante «raíz saludable o venenosa, dulce u amarga, que escapara de la diligencia de los pobres desesperados»⁵¹⁷. Pero, sorprendentemente, el autor del ms. en ningún momento se lamenta de que tamañas privaciones hubieran afectado al grupo de exiliados españoles. Es muy posible que padecieran ciertos niveles de escasez, pero también que pudieran aprovechar la situación que el mismo autor del ms. describe: ante la penuria que asolaba el país, Muley ^cAbd al-Rahmān recurrió a medi-

⁵¹⁵ *Ibidem*, fol. 47r.

⁵¹⁶ Esta afirmación debe tomarse con precaución; otros testimonios afirman que, en octubre de 1825, muchos habitantes de la región de Tánger se refugiaron en la ciudad (AL-BAZZĀZ, *Ta'riḥ al-awbi'a*, pág. 122 y VALENSI, *On the Eve of Colonialism. North Africa before the French Conquest*, pág. 5).

⁵¹⁷ *Memorable triunfo*, fols. 125r-v. Más arriba se ha citado a COCHELET (*Naufrage du brick français «La Sophie»*, II, pág. 213), que menciona expresamente la planta en cuestión, a la que da el nombre de *hierna*. Sobre su identificación, RENAUD, «La peste de 1818 d'après des documents inédits», pág. 27, n. 2 y ROSENBERGER, *Société, pouvoir et alimentation*, pág. 151. A principios del siglo XX, SAVORY señala que la raíz de esa planta (que llama *ayerna*) era la base de la alimentación de muchos habitantes pobres de Tetuán (SAVORY, *In the Tail of the Peacock*, pág. 80).

das drásticas, importando granos de Europa, para lo cual designó a dos comerciantes de Salé y Rabat que deberían encargarse de su adquisición con cargo al tesoro real, y prohibió igualmente que se vendiera grano a los árabes que venían de Argelia, a no ser que fuera para su propio consumo⁵¹⁸.

El autor del ms. detalla, precisamente, los resultados de esta política del sultán:

«Veáse la bahía de Tánger poblada de buques cargados de trigo, cebada, higos y pasas (...) No cesaban las caravanas de ciento, doscientos y trescientos camellos que conducían trigo a Fez (...) Flotillas de goletas, jabeques y faluchos llenaban el estrecho con rumbo a Larache, Mazagán y Mogador»⁵¹⁹.

Habiéndose olvidado por completo de que, páginas atrás, había denunciado el abandono en el que el sultán tenía a su pueblo desasistido y hambriento, el autor del ms. retrata fielmente la gran actividad marítimo-comercial propiciada por el soberano para remediar en lo posible los efectos de la hambruna. Además de estas importaciones de trigo, que se vendieron sin ningún beneficio para el tesoro, el sultán redujo los impuestos, hizo repartir pan gratuitamente a los más desfavorecidos y distribuyó dinero a los jefes tribales para que atendieran a las necesidades de la población⁵²⁰. Seguía en esto la práctica de sus antecesores, como fue el caso de Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh durante la larga hambruna que afectó al país entre 1777 y 1783⁵²¹.

A menudo los periodos de hambre provocados por las sequías o las plagas de langostas que devoraban las cosechas iban seguidas

⁵¹⁸ IBN ZAYDĀN, *Ithāf aʿlām al-nās*, V, pág. 124; AL-BAZZĀZ, *Taʿrīḥ al-awbiʿa*, págs. 119-123.

⁵¹⁹ *Memorable triunfo*, fol. 125r. Véase ABITBOL, *Histoire du Maroc*, pág. 292.

⁵²⁰ ABUN-NASR, *A History of the Maghrib*, pág. 240.

⁵²¹ ABITBOL, *Histoire du Maroc*, pág. 257. ROSENBERGER, *Société, pouvoir et alimentation*, pág. 25 (aunque concluye que, en general, la acción de los soberanos marroquíes a este respecto fue bastante débil).

por epidemias, aunque no siempre pueda establecerse entre unas y otras una relación causal⁵²². La peste que pudo observar el autor del ms., en 1825-26, le hizo temer por su vida y la de sus compatriotas exiliados: «los peligros que nos rodeaban eran nada menos que de muerte: ya natural, causada por la temida peste, ya violenta, con la que nos amenazaba el despiadado cónsul de las Españas»⁵²³. Afortunadamente para ellos, no parece que ninguno fuera afectado por lo que el cónsul Briarly calificaba de «tabardillo», refiriéndose así a una epidemia de tifus exantemático⁵²⁴. Es muy posible, por otro lado, que las terribles circunstancias del país, sumido en una hambruna a la que se añadía una enfermedad infecciosa propagada desde la primavera de 1826, y su difícil situación política acelerasen la partida de Tánger de muchos de los refugiados liberales, entre los cuales estaba el autor del ms.

Marruecos venía sufriendo una grave serie de epidemias, que las fuentes, tanto árabes como extranjeras, califican simplemente de pestes, sin diferenciar entre las diferentes variedades de este mal y otras enfermedades epidémicas. Sin señalar exhaustivamente todas las epidemias registradas por las fuentes, conviene recordar que a finales del siglo XVI y comienzos del XVII, sequías y pestes se suceden en una cadena que dura más de un decenio y, a finales del XVII, una feroz epidemia, procedente de España, se expande por Marruecos en 1597 y llega hasta el Sūs⁵²⁵. Entre los precedentes más cercanos a la peste que presencié el autor del ms., se cuenta en primer lugar la de 1799, descrita por Jackson y Burel; este último

⁵²² MOLLARET, «Le cas de la peste», pág. 107, hace notar que la peste ataca por igual a personas que gozan de buena salud o no; lo que se debe tener en cuenta es la epizootia de las ratas, como factor desencadenante, a través de las pulgas.

⁵²³ *Memorable triunfo*, fol. 195v.

⁵²⁴ FERNÁNDEZ-DAZA, «Francisco Fernández Golfín», pág. 45, cita los despachos en los que el cónsul informa de esta epidemia al tiempo que reclama sus salarios atrasados.

⁵²⁵ ROSENBERGER, *Société, pouvoir et alimentation*, págs. 12, 35 y 42-43; ROSENBERGER y TRIKI, «Famines et épidémies au Maroc au XVI^e et XVII^e siècles».

calculaba que la epidemia se había llevado por delante a un cuarto de la población⁵²⁶. El primero le dedica una atención especial (un extenso apéndice de su descripción de Marruecos), que ha sido la base de estudios modernos sobre esa destructora plaga, comparable según algunos a la peste negra de 1348⁵²⁷.

La peste de 1799 tuvo funestas consecuencias para amplias capas de la población, entre ellas los funcionarios y ulemas encargados de la administración del sultán –posteriormente, la desaparición de gran parte de estos personajes provocó dificultades en la marcha de los asuntos del país. Uno de los fallecidos en esta epidemia fue Muḥammad b. ʿUṭmān, de quien se ocupa el autor del ms. para subrayar su papel como embajador de Marruecos en España, tal como se ha visto más arriba⁵²⁸.

Por otra parte, y aunque el autor del ms. no parezca haber tenido noticia de ello, debe señalarse la presencia en Marruecos durante esta epidemia del médico español José Antonio Coll, cuyo viaje se ha mencionado antes. En octubre de 1799, cuando ya la enfermedad había hecho estragos en todo el país, Muley Sulaymān solicitó del cónsul español en Tánger el envío de un «buen médico» (antes de lo cual también se había pedido el envío de una relación de métodos de prevención y curación de la peste)⁵²⁹. La tradición médica árabe no carecía de un repertorio bastante amplio de tratamientos para los afectados por esta enfermedad, aunque, a decir verdad, su eficacia era bastante limitada, al

⁵²⁶ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 105; CAILLÉ, *La mission du capitaine Burel*, pág. 108. CURTIS, *Journal of Travels in Barbary*, págs. 30, 32, 36 y 61 da cálculos aproximados del número de muertos por la peste en varias ciudades marroquíes.

⁵²⁷ RENAUD, «La peste de 1799 d'après des documents inédits», pág. 182 y «Un nouveau document marocain sur la peste de 1799». Véanse además AL-BAZZĀZ, *Ta'riḥ al-awbi'a*, páginas 91-92; EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, págs. 98-100; ABUN-NASR, *A History of the Maghrib*, pág. 240; SCHROETER, *The Sultan's Jew*, págs. 36-38, y ABITBOL, *Histoire du Maroc*, pág. 258.

⁵²⁸ RENAUD, «La peste de 1799», pág. 166. Muḥammad b. ʿUṭmān falleció en Marrakech, una de las ciudades donde la mortandad fue mayor. Véase EL BAZZAZ, «La peste de 1798-1800 au Maroc».

⁵²⁹ JUSTEL, *El médico Coll*, págs. 29 y sigs.

igual que los propuestos por la medicina occidental contemporánea⁵³⁰. Pero la presencia de médicos europeos y más concretamente españoles venía siendo un hecho habitual en la corte del sultán, lo que explicaría su petición, rápidamente respondida con el envío de José Antonio Coll, así como de una serie de medicamentos destinados a la cura de la enfermedad y un informe o disertación sobre las medidas que habrían de tomarse para paliar sus efectos. En un estudio reciente, se afirma que Coll curó al propio Muley Sulaymān que, como tantos de sus súbditos, había sido afectado por la peste⁵³¹. En la relación escrita por el propio Coll sobre su estancia en Marruecos, se dice que, en efecto, logró curar al soberano de una «calentura maligna» que le había afectado el 14 de junio de 1800; no la califica de peste, pero es que, según afirma en otra comunicación enviada al cónsul español, tampoco creía –a pesar de las evidencias en contrario– que la mortífera epidemia fuera en realidad una peste, sino una «calentura pútrida»⁵³².

Las consecuencias de esta terrible plaga se dejaron sentir durante largo tiempo. La administración, como se ha dicho, quedó diezmada por la muerte de numerosos funcionarios; por otra parte, la economía se resintió de la conjunción de sequía, hambruna –a la que contribuyó una plaga de langostas– y peste. No mucho después, sin embargo, se registra una nueva hambruna, seguida igualmente de peste, todo ello en los años 1817-1820.

Sobre esta epidemia se ha conservado un relato que, sin venir estrictamente de un testigo presencial de los efectos de la peste, sí lo

⁵³⁰ Véase DOLS, *The Black Death in the Middle East*, págs. 105-109.

⁵³¹ ABITBOL, *Histoire du Maroc*, pág. 258. Para la descripción de esta epidemia, ABITBOL sigue las informaciones recogidas por RENAUD, «La peste de 1799 d'après des documents inédits»; éste, sin embargo, no menciona que Coll tratase a Muley Sulaymān, aunque sí dice que el sultán debió su curación a grandes dosis de *écorce du Perou*, que identifica con la quinquina o quina (*ibidem*, pág. 178). Las recomendaciones terapéuticas enviadas desde España al sultán incluían el uso de la quina, aunque se prevé que no se disponga en Marruecos de este remedio en la crecida cantidad necesaria en esta ocasión (JUSTEL, *El médico Coll*, pág. 31).

⁵³² JUSTEL, *El médico Coll*, págs. 61 y 105-107.

es de quien (Charles Cochelet) llegó a Tánger cuando la epidemia ya declinaba. Ayudado por el cónsul francés Sourdeau, Cochelet pasó en Tánger una breve temporada (de finales de 1819 a comienzos de 1820) y pudo reunir gran cantidad de informaciones sobre la peste, procedentes del propio cónsul, que se implicó personalmente en el combate contra la enfermedad⁵³³.

Cuando Cochelet llegó a Tánger, la peste ya había remitido en la ciudad, pero era de temer que volviera a brotar a través de contactos con las regiones del interior de Marruecos, todavía afectadas por la enfermedad. Los cónsules extranjeros empezaban a abrir sus casas, en las que habían permanecido recluidos durante casi un año, mientras la epidemia diezmaba a la población tangerina; la única excepción había sido, precisamente, la de Sourdeau⁵³⁴. La descripción que ofrece Cochelet de la peste de 1818 procede fundamentalmente del cónsul francés y de Graberg di Hemsö. Pero, además, Cochelet conoció al médico español Serafín Sola, cuya estancia en Tánger, obligado por la epidemia que le impedía trasladarse a España, ha sido mencionada más arriba. Cochelet lo describe como un hombre joven pero que ya tenía la «habileté des plus célèbres médecins»⁵³⁵. Recuérdese que el autor del ms. indica, acertadamente, que el doctor Sola había sido enviado a Marruecos para curar a una de las mujeres de la familia del sultán que padecía una afección ocular. Cochelet afirma que la presencia de Sola en Tánger fue extraordinariamente beneficiosa para la población:

«beaucoup d'habitants de la ville doivent à ses soins, et aux remèdes prescrits à la suite de ses observations judicieuses, d'avoir été préservés de l'atteinte d'un mal dont il a reconnu la nature au péril de sa vie»⁵³⁶.

⁵³³ COCHELET, *Naufrage du brick français «La Sophie»*, II, págs. 203-215.

⁵³⁴ Encerrarse en sus residencias durante las epidemias de peste era práctica usual entre cónsules y comerciantes europeos que vivían en países del Mediterráneo islámico; véase PENZAC, «La peste à Smyrne au XVIII^e siècle».

⁵³⁵ COCHELET, *Naufrage du brick français «La Sophie»*, II, pág. 204.

⁵³⁶ *Ibidem*.

El origen de esta epidemia se sitúa en la llegada a Tánger de un barco procedente de Alejandría, en el que viajaban algunos miembros de la familia soberana que volvían a Marruecos tras cumplir con el precepto de la peregrinación a La Meca; las transferencias poblacionales causadas por estos viajes, o por el traslado de las tropas (*mahallas*) del sultán por el territorio marroquí fueron uno de los factores que favorecían la propagación de enfermedades epidémicas. Según Cochelet, los cónsules habían advertido del peligro de dejar desembarcar a los viajeros procedentes de Egipto, a pesar de lo cual se les permitió hacerlo, lo que favoreció la difusión del contagio⁵³⁷. Pero lo más interesante para seguir el rastro de un médico como Sola en el texto de Cochelet son las noticias que da sobre su actividad durante el desarrollo de la epidemia. Menciona en primer lugar que, a primeros de agosto de 1818, los cónsules extranjeros solicitaron a Sola que examinase las características de la epidemia que asolaba Tánger; el médico español llegó a la conclusión de que se trataba de una peste traída desde el Levante mediterráneo. En consecuencia, los cónsules tomaron las medidas de precaución que se acaban de mencionar, es decir, huir de toda posibilidad de contagio a través del contacto con los afectados por la enfermedad y recluirse en sus residencias; este fue, además, el inicio de la implantación de la cuarentena en Tánger para los barcos que venían del Mediterráneo oriental⁵³⁸.

Se hace aquí necesario detenerse un tanto para ampliar lo relativo al papel de Serafín Sola en la lucha contra la peste en Marruecos. Afirma Cochelet que fue durante esta epidemia cuando se empezó a utilizar «l'usage interne de l'huile d'olive» como remedio específico contra la peste si se empleaba en los inicios de la enfermedad; el aceite debía ingerirse en dosis que iban de las cuatro a las ocho onzas. Añade el viajero francés que el cónsul portugués, José Colaço, había hecho

⁵³⁷ *Ibidem*, págs. 205-207.

⁵³⁸ ABUN-NASR, *A History of the Maghrib*, pág. 259: las peregrinaciones a La Meca se interrumpieron hasta 1827.

circular en Marruecos, con autorización del sultán, un texto árabe sobre este remedio, que también dio a conocer –más de lo que ya lo estaba, precisa– en Europa⁵³⁹. Es más: según Cochelet, Sola había llevado a cabo inoculaciones de aceite a catorce desertores españoles, con resultados que permitían asegurar que de esta forma se aniquilaba, o al menos se reducía, el veneno de la peste⁵⁴⁰.

El mismo Cochelet, por otra parte, incluyó en la relación de su viaje una carta que había recibido de Sourdeau, fechada en julio de 1819, mientras se encontraba aún en Mogador. El cónsul francés recomendaba en ella a su compatriota que, cuando se empiezan a sentir los primeros síntomas de contagio de la peste, lo que debe hacerse es tomar varias onzas de aceite por vía oral y restregarse el cuerpo también con aceite, a lo que debe añadirse evitar cualquier contacto con los naturales del país. Según Sourdeau, este procedimiento le había permitido salvarse de la enfermedad, a pesar de que abandonaba a diario su residencia⁵⁴¹.

Tanto Sourdeau como Sola se implicaron en la lucha contra la enfermedad, y los despachos que el cónsul francés dirigía a las autoridades de su país dan fe de ello: ambos circulaban sin temor entre los afectados por la enfermedad, aunque Sola tomaba algunas precauciones más, como vestirse con un blusón de tela encerada cuyas mangas, sin abertura, utilizaba como guantes⁵⁴². Fue Graberg di Hemsö, sin embargo, quien registró la información más detallada sobre la práctica médica de Sola en Tánger durante la peste: los dos hombres se hicieron, al parecer, muy amigos, y el vicecónsul sueco se refirió al médico español en términos muy elogiosos:

«philosophe éclairé, observateur aussi corageux qu'infatigable, mais surtout docte et habile praticien»,

⁵³⁹ COCHELET, *Naufrage du brick français «La Sophie»*, II, pág. 211.

⁵⁴⁰ *Ibidem*.

⁵⁴¹ *Ibidem*, pág. 307.

⁵⁴² RENAUD, «La peste de 1818 d'après des documents inédits», pág. 29.

gracias a cuya ayuda, continúa Graberg, pudo enviar a los gobiernos que representaba, Suecia y Noruega, relaciones bastante detalladas de los sucesos de la peste, que se publicaron a partir de 1819 en los principales diarios de Europa⁵⁴³.

Tanto en los textos dedicados específicamente a la peste como en su obra más conocida, el *Specchio geografico, e statistico dell'impero di Marocco*, Graberg se refiere, con entusiasmo, al remedio utilizado por Sola para la curación de la peste: el tratamiento a base de aceite de oliva⁵⁴⁴. Según Graberg, Sola había pretendido utilizar otros métodos curativos, pero el fanatismo y la ignorancia de los enfermos y sus familias se lo habían impedido, por lo que tuvo que limitarse al tratamiento con el aceite, secundado por algunos remedios sudoríficos y vomitivos. De esta manera consiguió un nivel muy elevado de curaciones, sobre todo entre la comunidad judía, que fue la única que aceptó seguir sus consejos, junto a un número muy reducido de musulmanes⁵⁴⁵.

El texto de Graberg se detiene en una minuciosa serie de instrucciones para la aplicación del tratamiento; baste aquí decir que se recomendaba tanto la ingesta del aceite como las frías sobre el cuerpo, con la intención de provocar una sudoración intensa. Debe tenerse en cuenta, por otra parte, que la controversia médica

⁵⁴³ GRABERG DI HEMSÖ, *Observations authentiques sur la peste du Levant et sur la vertu spécifique de l'huile d'olive contre cette effrayante maladie*, págs. 6-7. Este texto de GRABERG reproduce muy de cerca una publicación suya anterior, *Sur la peste de Tanger en 1818-1819. Lettre de Monsieur Jacques Graberg de Hemsö à Monsieur le dr. Louis Grossi, Gênes-Tanger*, 1820 (véase MIÈGE y RAINERO, *Le Maroc. Écrits de Graberg de Hemsö*, págs. 18 y 77; el texto de Graberg se reproduce en págs. 216-252). Las citas de la obra se hacen aquí por la edición de 1841.

⁵⁴⁴ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 113; IDEM, *Observations authentiques*, págs. 15, 19, 23, etc.

⁵⁴⁵ GRABERG DI HEMSÖ, *Observations authentiques*, págs. 23 y 25. Gracias a los informes suministrados por Sola, GRABERG pudo incluir en su obra estadísticas muy detalladas sobre el número de fallecimientos en Tánger y su distribución por comunidades. Sin embargo, y tal como observa Miège, no se ocupa de la repercusión de la epidemia fuera de los límites de Tánger, que era la región que mejor conocía (MIÈGE y RAINERO, *Le Maroc. Écrits de Graberg de Hemsö*, pág. 207).

sobre si la peste era o no una enfermedad que se contagiaba entre seres humanos estaba en esa época plenamente vigente, y Graberg se declara plenamente anticontagionista –aunque todavía lejos de sospechar cuál era el vector propagador de la enfermedad, que no se conoció hasta finales del siglo XIX⁵⁴⁶. De ahí el interés constante por hallar remedios para contrarrestar los temibles efectos de una enfermedad que periódicamente dieztaba las poblaciones de todo el mundo conocido.

En su *Specchio*, publicado mucho después de que tuviera lugar esta epidemia, Graberg afirma que el aceite de oliva producido en Marruecos no es de muy buena calidad, pero que habrá de consumirse más cuando se dé un episodio de peste, desde que, en 1818, se descubrieron sus virtudes terapéuticas en el tratamiento de esta enfermedad⁵⁴⁷. El vicecónsul, que no tenía muchos conocimientos médicos, daba por hecho que las propiedades antipestíferas del aceite eran desconocidas hasta esta fecha; pero la historia de cómo y cuándo se difundió en Europa la creencia en el poder curativo del aceite de oliva merece ser recordada, aunque sea brevemente, porque a través de ella se descubre una compleja red de contactos y comunicaciones entre europeos residentes en la orilla sur del Mediterráneo, viajeros, médicos, periodistas, filántropos, comerciantes, cónsules... Todo el variado paisaje humano de los occidentales en Oriente y el norte de África se entrelaza en esta historia a la que contribuye la publicística de la época en Europa y que pone en juego intereses científicos, políticos y comerciales.

Para empezar a recomponer este tupido entramado, conviene retroceder a la expedición médica española que, por solicitud de Muley Sulaymān, se había trasladado a Marruecos con motivo de la

⁵⁴⁶ Véase sobre ello AUDOIN-ROUZEAU, *Les chemins de la peste. Le rat, la puce et l'homme*. Para las ideas medievales sobre el contagio, STEARNS, *Infectious Ideas. Contagion in Premodern Islamic and Christian Thought in the Western Mediterranean*.

⁵⁴⁷ GRABERG, *Specchio*, pág. 113.

terrible epidemia de peste de 1799 y en la que participaron, como ya se ha dicho, José Antonio Coll y Francisco Padró. Ha de hacerse notar que el sultán no sólo había pedido que se le enviaran médicos, sino también, y en primer lugar, una «disertación» hecha por galeños españoles en la que se indicasen los remedios apropiados para luchar contra la epidemia, y que habría de ser traducida al árabe en Madrid (como así lo hizo el intérprete Elías Scidiac)⁵⁴⁸. El texto de esta disertación, obra del protomédico de cámara del rey, José de Masdevall (m. 1801), llegó a Marruecos a finales de septiembre de 1799; el médico Coll, discípulo de Masdevall, lo haría en persona, a finales de marzo de 1800⁵⁴⁹.

Ni Masdevall ni Coll, que también redactó una breve disertación sobre los remedios para curar la peste, en la que siguió fielmente el método de su maestro (que califica de «incomparable»), mencionan la utilización del aceite de oliva como agente terapéutico o preventivo en caso de epidemia⁵⁵⁰. En 1801, cuando el médico británico James Curtis estuvo en Fez, coincidió allí con un médico español (cuyo nombre omite) que, según dice, llevaba ocho meses viviendo en la ciudad. Preguntado por Curtis cuál era el tratamiento que había empleado durante la epidemia, aseguró que recomendaba un emé-

⁵⁴⁸ JUSTEL, *El médico Coll*, págs. 29-31. Scidiac (1741-1829) era un sacerdote maronita, sirio, que fue intérprete de la Real Biblioteca y de la Secretaría de Interpretación de Lenguas en Madrid, desde 1786 (SÁNCHEZ MARIANA, «Scidiac, Elías», *Diccionario Biográfico Español*, www.dbe.rab.es, consultado 1 febrero 2020).

⁵⁴⁹ JUSTEL, *El médico Coll*, págs. 32-46. El texto árabe enviado a Marruecos fue la traducción de la obra de MASDEVALL *Relación de las epidemias de calenturas pútridas y malignas, que en estos últimos años se han padecido en el Principado de Cataluña* ([Madrid], 1786); en ella censura severamente el abuso de las sangrías como cura de la peste y propone para ello un remedio elaborado a base de tártaro emético, antimonio y quina (*ibidem*, págs. 59 y 76). Esta obra conoció un gran éxito: se hicieron tres ediciones en español y se tradujo al italiano, alemán y francés (MENÉNDEZ NAVARRO y ZARZOSO ORELLANA, «José Masdevall Terrades Llobet» *Diccionario Biográfico Español*, www.dbe.rab.es (consultado 18 enero 2020).

⁵⁵⁰ El texto de Coll, titulado «Carta circular y conciliatoria o escrito muy sucinto y claro sobre las causas de las enfermedades reinantes en Marruecos y los medios de evitarlas y curarlas rápidamente», en JUSTEL, *El médico Coll*, págs. 91-103.

tico, seguido de un jarabe preparado por él a base de plantas que había recolectado durante el verano; seguía, por tanto, el método tradicional de los galenos españoles⁵⁵¹. La información y difusión acerca del tratamiento con aceite de oliva deben buscarse en el otro extremo del Mediterráneo, donde se sitúan a finales del siglo XVIII.

Las fuentes consultadas coinciden en señalar al cónsul británico en Egipto, el también comerciante George Baldwin (1744-1826) como quien primero promovió el uso terapéutico del aceite contra la peste; algunos autores mencionan que ya lo hacía en 1795⁵⁵². Sin embargo, Baldwin no publicó su «descubrimiento» hasta 1802, cuando apareció en una obra suya consagrada a una descripción de Egipto y lo conveniente que sería para Inglaterra apoderarse de ese territorio⁵⁵³. El último capítulo de este libro es un *Essay on the Plague* (fechado en 1791) en el que da cuenta de sus opiniones sobre el medio transmisor de la peste y de los experimentos que ha llevado a cabo y que han demostrado, a su parecer, la utilidad del aceite como cura para la enfermedad⁵⁵⁴.

Para cuando Baldwin publicó este texto, su método curativo era ya ampliamente conocido en Europa. Ello se debió a la intervención de un interesante personaje, el conde austríaco Leopold Berchtold (1759-1809), terrateniente, viajero, industrial y muchas otras cosas, que visitó a Baldwin en Alejandría y tuvo conocimiento de las ideas terapéuticas del cónsul británico⁵⁵⁵. Impresionado por la propuesta de Baldwin, se apresuró a su vuelta a Europa a darla a conocer cuanto antes, aunque el cónsul le había comunicado su intención de publicar

⁵⁵¹ CURTIS, *Journal of Travels in Barbary*, pág. 65.

⁵⁵² *The Popular Encyclopedia, being a General Dictionary of Arts, Sciences, Literature, Biography, History, and Political Economy*, vol. V, part II, pág. 576. Véase también JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 177, que afirma haber recomendado el método de Baldwin durante la peste de 1798.

⁵⁵³ BALDWIN, *Political Recollections Relative to Egypt*.

⁵⁵⁴ *Ibidem*, págs. 251-270.

⁵⁵⁵ Sobre Berchtold, véase STAGL, *A History of Curiosity*, págs. 215-231.

al respecto un libro más amplio. En descargo de Berchtold ha de decirse que no sólo buscaba de este modo difundir lo que consideraba una cura sencilla y eficaz contra la peste, sino que el folleto en que daba cuenta de ella adjudicaba a Baldwin el mérito de haber sido su «descubridor». Este folleto se publicó en Viena en 1797, en italiano y en alemán, y pronto conoció varias ediciones. Un ejemplar fue entregado por el secretario de Estado portugués, Luis Pinto de Sousa Coutinho (1735-1804), a la Academia de Ciencias de Lisboa, que ordenó hacer traducciones del texto al portugués, francés y árabe. Un resumen de estas traducciones se publicó en inglés en 1797⁵⁵⁶.

Con semejante celeridad se difundió en España el remedio propuesto por Baldwin y lo hizo por dos medios diferentes. El sanluqueño *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos*, que se ha mencionado más arriba, publicó en abril de 1798 el siguiente aviso:

«Modo de evitar la peste. En el Diario de comercio de París de 10 de Marzo próximo pasado hallamos que un Cónsul que está en Alexandria, llamado *Balderin*, que ha residido muchos años en las escalas de Levante y en Egipto, cree haber hallado un remedio seguro contra la peste, porque observó que en el estrago enorme que había causado la última peste en el Cairo y Alexandria, ninguno de los trabajadores empleados en los molinos de aceyte la había padecido; y después verificó con muchos experimentos que el medio seguro de precaver el contagio es frotarse todo el cuerpo con aceyte de olivas. Si este descubrimiento se confirma por una constante observación, será un gran servicio el que Balderin ha hecho á la humanidad»⁵⁵⁷.

Pasando por alto la corrupción del nombre de Baldwin (quizá procedente del diario francés), es notable la rapidez con que el semanario sanluqueño dio a conocer el procedimiento curativo del cónsul. Paralelamente la noticia se difundía en los ámbitos académicos: en su

⁵⁵⁶ *The Edinburgh Magazine or Literary Miscellany*, julio 1797, págs. 429-430. Véase también *The Annual Register, or a View of the History, Politics, and Literature for the year 1798*, pág. 402.

⁵⁵⁷ *Semanario de Agricultura*, tomo III, 26 de abril de 1798, pág. 272. Esta publicación volvió sobre la misma noticia, ampliándola considerablemente, en noviembre de 1804 (LARRIBA y DUFOUR, *El Semanario de Agricultura*, págs. 203-205).

tratado sobre enfermedades infecciosas, el prestigioso médico Antonio Lavedán, director de la Academia de Cirugía de Valladolid y autor de numerosas obras médicas, da un resumen del folleto publicado en Viena por Berchtold sobre el «método feliz para la curación de la peste» descubierto por Baldwin⁵⁵⁸.

Quedan otros muchos cabos sueltos en esta historia, que no se van a examinar aquí para no alejarnos en demasía del tema principal de lo que ya es una digresión en toda regla. Para llevarla a término, cabe mencionar que Sola debía de conocer la presunta capacidad curativa del aceite antes de llegar a Marruecos; bien a través de la obra de Lavedán, muy difundida en su época, bien por la lectura del semanario publicado en Sanlúcar, ya que él mismo era gaditano. También ha de recordarse que el cónsul portugués Colaço había difundido en Marruecos un texto árabe sobre el uso del aceite de oliva; debía de tratarse de la traducción hecha en Lisboa del folleto de Berchtold. En todo caso, Sola se apresuró a enviar a España un informe sobre el tema, que se publicó en la *Gaceta de Madrid* el 1 de junio de 1819; en este texto Sola mencionaba al «descubridor» de la cura, «Jorge Baldwie» y daba cuenta de las diferentes ocasiones en que el uso del aceite, en países como Egipto o Túnez, había mostrado su eficacia. En conjunto, el informe de Sola sigue de cerca las muchas publicaciones que habían ido apareciendo en Europa y de las que aquí sólo se han mencionado algunas. El trabajo que Sola llevó a cabo en Tánger mereció ser recordado en un manual de medicina doméstica que se publicó en Londres en español, traducido del inglés (probablemente por alguno de los emigrados liberales allí residentes) en 1826; tras describir el método para el empleo del aceite y dar ejemplos de su eficacia, se dice que

⁵⁵⁸ LAVEDÁN, *Tratado de las enfermedades epidémicas, pútridas, malignas, contagiosas y pestilentes*, II, pág. 485. Sobre Lavedán, RIERA PALMERO y RIERA, «Antonio Lavedán», *www.dbe.rab.es* (consultado 11 noviembre 2019), y RIERA PALMERO, «Antonio Lavedan (fl. 1771-1819) y la Real Academia de Cirugía de Valladolid».

«un médico español que ha estado más de un año en África, ha curado así casi todos los judíos de Tánger. De trescientas personas que han sido atacadas del contagio, desde principios del año 1820, y han recurrido a este remedio, escasa-mente se contará una docena a quien no haya sido saludable»⁵⁵⁹.

Esta alusión a Sola muestra también que, como se ha indicado en otra ocasión, existía una buena red de comunicaciones entre los exiliados en Inglaterra y los que se refugiaron en Tánger⁵⁶⁰.

Otro de los riesgos y peligros que amenazaban la estabilidad social, económica y ecológica del Marruecos medieval y moderno era la temida plaga de langostas, que ha sido una constante de la historia marroquí (lámina XXV). La langosta del desierto y la langosta migratoria (*Schistocerca gregaria* y *Locusta migratoria*, respectivamente), han constituido uno de los azares más graves a los que estaba sometida la producción agrícola⁵⁶¹. El autor del ms. se refiere a ello en varias ocasiones, alguna de las cuales ya se ha señalado. Según afirma en otro lugar, «en seis lustros» se han contado cuatro plagas de «las sutiles sierras de las langostas, de estos temibles insectos verdiparduscos, que como densas nubes cubren el sol y en el conato de pasar a España caen y se ahogan en las playas, anticipan las más abundantes cosechas, cortando las verdes mieses en la plácida primavera»⁵⁶². Las plagas de

⁵⁵⁹ *Manual de medicina doméstica o colección de recetas útiles, traducido del inglés*, página 151. El libro fue publicado por Rudolph Ackermann (1764-1834), famoso impresor y editor cuyo plan de publicaciones destinado a las repúblicas americanas permitió a muchos exiliados españoles en Londres conseguir un trabajo remunerado. Este *Manual* no figura entre los títulos que cita LORENS en su estudio sobre las traducciones de los exiliados españoles, *Liberales y románticos*, págs. 153 y 155-167).

⁵⁶⁰ La memoria de la actuación médica de Sola se puede encontrar igualmente en obras publicadas en España, como en ESTÉBANEZ CALDERÓN, *Manual del oficial en Marruecos*, página 88 («No ha muchos años que ganó gran fama por sus curaciones asombrosas en aquel país un médico español llamado D. Serafín Sola, que asistió por mucho tiempo en la capital del imperio y al lado del mismo emperador»).

⁵⁶¹ Y lo sigue estando. Véase el informe de la FAO de 17 de marzo de 2020, sobre la plaga de langostas que se está propagando desde 2019, del sudoeste de la península Arábiga al este de África (www.fao.org/locusts/en/info/info/index.html).

⁵⁶² *Memorable triunfo*, fol. 96v. Sin embargo, una especie de langosta (precisamente, la *Dociostaurus maroccanus*), ha estado presente en la historia de la península Ibérica y

langosta han sido tan frecuentes en Marruecos como las sequías, y algunos autores han calculado que en el periodo que va de 1800 a 1912, hubo un total de 32 años en los que se señaló su presencia⁵⁶³. Las más cercanas al tiempo del autor del ms. son también las que se señalan como más devastadoras por los estudios contemporáneos: las de 1799 y 1820, que siguieron a epidemias de peste⁵⁶⁴.

Los testigos europeos de estas invasiones resaltan su carácter cíclico y destructivo. Jackson afirma que, durante su residencia en el sudoeste marroquí (que, según se ha dicho antes, fue de 16 años), un total de siete años estuvieron ocupados por estos indeseables visitantes. Su ferocidad es insaciable: cuando han destruido toda la vegetación de superficie, atacan a los árboles, devorando hojas y corteza con tal dedicación, que el paisaje, en pleno verano, adopta un aire de desolación invernal, afirma Jackson que, como testigo presencial, describe con viveza el aspecto de las regiones invadidas y anota que, en 1799, la negra nube de los insectos que viajaba en dirección al norte, se detuvo en Larache sin atravesar el río Lucus. Por otro lado, la repetición de este fenómeno acarrea una consecuencia lamentable, cual es la indolencia de los campesinos, que ven destruido el fruto de sus esfuerzos sin poder hacer nada para impedirlo⁵⁶⁵. Una destrucción similar, aunque reducida al área de Tánger, fue descrita años después por John Drummond Hay, cuyo relato sitúa el punto álgido de la plaga en la devastación sufrida por

tiene varias zonas de hábitat permanente en territorio español; para una época cercana a la del autor del ms., véase ALBEROLA ROMÁ, «Plagas de langosta y clima en la España del siglo XVIII».

⁵⁶³ BENHIMA, «Les crises climatiques au Magrib al-Aqsa d'après la littérature hagiographique (XII^e-XIII^e siècle)», pág. 235.

⁵⁶⁴ MIÈGE, *Le Maroc et l'Europe*, II, pág. 27; EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, págs. 98-99; ABITBOL, *Histoire du Maroc*, pág. 255, subraya la intensidad de las catástrofes naturales (entre ellas, las plagas de langosta) en la segunda mitad del siglo XVIII. LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 79, describe los terribles efectos de la plaga de langostas de 1778, seguida de otra en 1780.

⁵⁶⁵ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 102.

el huerto y jardín del cónsul de Suecia⁵⁶⁶. Por su parte, el capitán Burel pone el acento sobre el impacto de las catástrofes naturales –langostas, hambruna, pestes– en la demografía, al afirmar que entre 1798 y 1799 causaron la pérdida de un cuarto de la población total del imperio marroquí⁵⁶⁷. Otros observadores creían que la presencia de las langostas estaba estrechamente relacionada con la aparición de la peste; según Jackson, era frecuente que la plaga de langostas fuera seguida por la epidemia, pero el cónsul español Antonio González Salmón, al referirse a la peste de 1799, afirmaba en una carta al ministro Urquijo que a la epidemia de ese año había sucedido la langosta⁵⁶⁸. Los temibles acrídidos empiezan a aparecer en primavera y a menudo coinciden con los inicios de una peste, sin que haya entre ambos fenómenos una relación de causa-efecto. Pero la sucesión de situaciones de desastre, unidas con frecuencia a las sequías, tuvo efectos determinantes sobre el equilibrio demográfico de la región y propició crisis de subsistencia que, como se ha dicho antes, afectaron duramente a la población.

Graberg di Hemsö, autor de una animada descripción de los efectos de una nube de langostas, hace la observación de que los campesinos no tienen medio alguno para luchar contra la plaga y por ello se resignan a la pérdida de todas sus cosechas. A pesar de ello, consiguen aprovechar su paso para ayudarse en su difícil situación: las recogen e introducen en grandes sacos, para proceder luego a cocinarlas y alimentarse de estos animales durante unos dos o tres meses⁵⁶⁹. El vicecónsul de Suecia asegura haberlas probado y no haberle desagradado su sabor, que le recordaba el de las sardinas o cangrejos⁵⁷⁰. Jackson, por su parte, describe el proceso de confección de este plato

⁵⁶⁶ HAY, *Western Barbary*, págs. 36-37.

⁵⁶⁷ CAILLE, *La mission du capitaine Burel*, pág. 108.

⁵⁶⁸ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 105; JUSTEL, *El médico Coll*, pág. 108.

⁵⁶⁹ GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio*, pág. 117.

⁵⁷⁰ *Ibidem*, pág. 118.

de la comida popular: las langostas se hervían, se salpimentaban y se freían, añadiéndoles algo de vinagre. Se comía el cuerpo del insecto, excepto la cabeza, las patas y las alas. Para Jackson, que las había probado, su sabor recordaba el de las gambas⁵⁷¹.

Según Jackson, las langostas se consideraban una exquisitez culinaria («a great delicacy»⁵⁷²); probablemente lo eran para los amantes de alimentos inusuales, como lo eran estos ortópteros que sólo podían consumirse en épocas muy concretas del año y no siempre. Para los campesinos que habían visto desaparecer sus cosechas, no dejaba de ser una pobre consolación poder comerse a los causantes de su ruina. Aunque no fueran conscientes de ello, las langostas son un alimento muy nutritivo que contiene gran cantidad de proteínas; pero también es un recurso límite, poco frecuente y muy pasajero⁵⁷³.

Como otros autores de su tiempo, y asimismo estudiosos contemporáneos, el autor del ms., testigo presencial de un periodo de crisis de subsistencia y de salud amenazada por la epidemia, puso el acento sobre las devastadoras consecuencias de todo ello sobre la demografía de Marruecos: desde 1790, cuando la población se calculaba en seis millones de habitantes, hasta el momento en que escribe, calcula que ha disminuido en un millón; y las circunstancias por él vividas le hacían temer que Marruecos perdiese un tercio de sus habitantes⁵⁷⁴. La economía marroquí de finales del siglo XVIII y primeros decenios del XIX comparte con otros periodos un carácter de fragilidad impuesto por las condiciones climáticas y la recurrente

⁵⁷¹ JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 106. Más adelante, cuando HAY se refiere a este tema declara que un occidental debe armarse de cierto valor para consumir las langostas (HAY, *Western Barbary*, pág. 37). Para una visión etnolingüística del consumo de langostas y testimonios de otros viajeros, AGUADÉ, «Sobre el consumo de acrididos en Marruecos», y MARÍN, «Nota sobre *ḡarād*».

⁵⁷² JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco*, pág. 106.

⁵⁷³ Sobre el consumo actual de insectos y sus cualidades nutritivas, CÓRDOBA NIETO, «Salud pública y entomofagia: claves de seguridad alimentaria».

⁵⁷⁴ *Memorable triunfo*, fol. 62r.

aparición de enfermedades epidémicas; se diría que se trataba, en realidad, de una economía de la penuria.

5. USOS, COSTUMBRES, SABERES

Es muy de lamentar que, como se ha dicho en varias ocasiones, el capítulo 2 del texto del ms. se haya perdido: entre los temas que anuncia el índice, se habrían tratado en él de los siguientes: «empleados; ventas legales, trajes y manjares; caza y pesca; la circuncisión y abstinencia del vino no son necesarias para profesar el mahometismo; observancias religiosas; funerales», etc.⁵⁷⁵.

La enumeración de estos temas, un tanto caótica en su heterogeneidad, parece no obstante revelar el interés del autor del ms. tanto por las formas de religiosidad como por los usos y costumbres que solían atraer la atención de los viajeros. La indumentaria de los marroquíes, tan diferente de las modas al uso en Europa, era uno de los primeros choques visuales que recibía el visitante; varios relatos de viaje o descripciones de Marruecos incluyen un apartado específico dedicado a este tema, así como al de la comida, generalmente poco apreciada por quienes visitaban el país. No es posible saber cuáles eran las opiniones del autor del ms. sobre este último particular; acerca de los vestidos usados en Marruecos se supone que mayoritariamente referidos al género masculino, sólo se dispone de una referencia que no carece de interés. Para el autor del ms., en efecto, «el uniforme traje nacional y religioso es un obstáculo que impide el lujo»⁵⁷⁶; afirmación que revela, en primer lugar, la escasa familiaridad del autor con las variaciones regionales de la indumentaria marroquí y su afición a las generalidades que con frecuencia él mismo desmiente en algún otro lugar de su texto, como ya se ha visto; en este caso, no deben olvidarse las propias manifestaciones del autor acerca de la fabricación de textiles

⁵⁷⁵ *Ibidem*, fol. 7r.

⁵⁷⁶ *Ibidem*, fol. 82r.

de lujo en Marruecos. Pero también esta apreciación es indicativa de un hecho real, es decir, de que las diferencias de clase y posición social que se traducen en el vestir, tan evidentes en un contexto europeo, lo eran mucho menos en Marruecos para un observador extranjero. Ello era tanto más notable en el caso del sultán, como así lo indica el autor del ms., refiriéndose primero a los ulemas:

«No difieren de los demás en el traje nacional, que confunde al soberano con el aldeano. Sólo el color verde distingue al sultán»⁵⁷⁷.

A finales del siglo XVIII, Lemprière había hecho una observación similar: el traje del soberano se parece mucho al de sus súbditos y sólo se distingue de ellos por la finura de la tela en que está confeccionado su atuendo y por el numeroso cortejo que lo rodea. Añade Lemprière una señal distintiva de gran importancia: cuando monta a caballo, el parasol que lleva un esclavo sobre el sultán señala su rango único entre todos⁵⁷⁸.

Sin embargo, como ha mostrado Jocelyne Dakhlia, el parasol no tuvo un papel relevante en el ceremonial de corte marroquí hasta el siglo XIX⁵⁷⁹; lo que realmente ejercía como símbolo visual de la legitimidad dinástica era, como sin entenderlo muy bien subrayaron el autor del ms., Lemprière u otros autores como Graberg di Hemso, la buscada humildad en la apariencia del sultán, que no debía distinguirse del resto de la comunidad de los musulmanes. En el Magreb, los califas almohades son un ejemplo de esta austeridad en la presentación ante sus súbditos, que tendrá una vigencia secular.

⁵⁷⁷ *Ibidem*, fol. 92r.

⁵⁷⁸ LEMPRIÈRE, *Voyage dans l'empire de Maroc*, pág. 176; CURTIS, *Journal of Travels in Barbary*, pág. 68. LEMPRIÈRE dedica especial atención al atuendo de los marroquíes, véase *Voyage*, págs. 246-248; muy sucinta es la descripción de «el traje de los habitantes» que hace ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, págs. 132-133. Véase LAROUÏ, *Les origines sociales et culturelles du nationalisme marocain (1830-1912)*, pág. 31, sobre las diferencias entre el traje del sultán y los miembros del majzén, sensiblemente igual para todos, y el de los comerciantes o los campesinos.

⁵⁷⁹ DAKHLIA, «Pouvoir du parasol et pouvoir nu».

Entre las costumbres sociales que más interesaron al autor del ms. (dejando aparte las ceremonias de celebración de las bodas, que se han tratado más arriba), figuran diversiones populares como la música, la danza, y los «extravagantes cómicos» que aparecen siempre, dice, en los zocos. El texto que dedica a estas actividades hace pensar que el autor está reviviendo escenas que ha contemplado en persona y, así, se refiere a las «canciones vulgares, refranes y romances del heroísmo [que] excitan el lucro de los farsantes y cancioneros». Los juglares que recitan estos «romances» también bailan, cantan, y representan las hazañas de héroes «verdaderos o fingidos», acompañados por «musicantes, que tocan el tambor, la gaita, bandurria, chirimía, campanillas y platillos y cantan acompañando a los bailarines»⁵⁸⁰.

Esta descripción suena a verídica, es decir, que, sin que pueda asegurarse por completo, el autor del ms. relataba lo que había visto con sus propios ojos. Hay un detalle revelador: todos estos creadores de actividad festiva eran mulatos, negros o, como dice en algún momento, negrillos⁵⁸¹. Está, por tanto, refiriéndose a los *gnāwa*, esclavos o descendientes de esclavos subsaharianos, que llevaron a Marruecos sus tradiciones musicales, vinculadas a cofradías sufíes que les eran propias⁵⁸². Según el autor del ms., estos músicos eran «llamados a los festejos de las bodas y bailes particulares»⁵⁸³. De esta costumbre ya hay huellas textuales en el siglo XII, cuando en un compendio jurídico se registra la presencia, en Ceuta, de orquestas profesionales de negros y negras, cuyos servicios se contrataban para las celebraciones de boda⁵⁸⁴.

⁵⁸⁰ *Memorable triunfo*, fols. 92v-93r.

⁵⁸¹ El *Diccionario de Autoridades* (IV, 1734), da como definición «el muchacho negro o el negro pequeño» (<https://www.rae.es/recursos/diccionarios/diccionarios-antteriores-1726-1996/diccionario-de-autoridades>, consultado 18 marzo 2020).

⁵⁸² Sobre la etimología y significado de *gnāwa*, AGUADÉ, «Sobre los *gnāwa* y su origen» y la abundante bibliografía allí citada.

⁵⁸³ *Memorable triunfo*, fol. 93r.

⁵⁸⁴ MARÍN, *Mujeres en al-Ándalus*, pág. 438.

El autor del ms. parece haber apreciado esta clase de música; al menos, no le parece desagradable, como sí le ocurrió a Badía, para quien se componía de «un tambor grosero y dos gaitas aún más groseras y muy discordantes»⁵⁸⁵. Pero tanto como su apreciación de la música, interesa resaltar otro de sus comentarios a la descripción de las actividades juglarescas en los zocos: «he aquí –afirma– la comedia en su cuna»⁵⁸⁶. Bien visto por el observador, que capta el significado de esas formas primitivas de representación teatral que eran los relatos narrados en espacios públicos y la adopción de personalidades fingidas, una tradición de larga duración que ha llegado hasta nuestros días⁵⁸⁷. Por la descripción que hace el autor del ms., parece que, en estas representaciones, se utilizaban relatos sobre héroes «verdaderos o fingidos», lo que lleva a pensar en las famosas narraciones sobre vidas heroicas compuestas en árabe y que gozaron de gran popularidad a lo largo de los siglos: la *sīrat* *‘Antara*, la *sīrat Banī Hilāl* o la *sīrat Sayf b. Dī Yazan*, entre otras muchas, algunas basadas aun lejanamente en hechos reales. Las formas más elaboradas teatralmente, tal como las evoca el autor del ms., habrían estado compuestas de diálogos; pero nada impide que se hubieran incorporado otros personajes. Se desprende de la misma descripción que el tono general de estas representaciones debía de ser básicamente paródico y podría contener elementos carnalescos, como ocurría en la fiesta del «sultán de los estudiantes», de origen impreciso, pero bien conocida en el siglo XIX y primera mitad del XX⁵⁸⁸. En todo caso, se trata de una

⁵⁸⁵ ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, págs. 150-151; aunque no dice expresamente que se trate de una orquesta de *gnāwa*, su descripción permite suponer que así fuera.

⁵⁸⁶ *Memorable triunfo*, fols. 92v-93r.

⁵⁸⁷ MEAKIN, *Life in Morocco*, pág. 138-150, retrata la actuación de uno de los narradores del zoco con gran detalle e intensidad narrativa.

⁵⁸⁸ Véase MAGHNIA, «Soltān et-tolba, une forme de théâtralisation chez les étudiants de l’Université Qarawiyīne» (y la bibliografía allí citada). Para otras formas de teatro en el mundo islámico, GUO, *The Performing Arts in Medieval Egypt. Shadow Play and Popular Poetry in Ibn Dāniyāl’s Mamluk Cairo*, y SHAFIK, «Ibn Dāniyāl’s Shadow Plays in Egypt: the Character of Ṭayf al-Khayāl».

producción artística destinada a ser apreciada en lugares públicos, especialmente los mercados, y dirigida a un público preferentemente popular; con características propias del acervo cultural transmitido por los *gnāwa* y ligadas a formas religiosas –las cofradías sufíes– de gran implantación en Marruecos. De todo ello no era consciente el autor del ms., a pesar de lo cual consigue dar pistas adecuadas para su comprensión. No obstante, estas manifestaciones de cultura popular y quienes las protagonizan no le interesaron tanto como los miembros de las élites urbanas, que transmitían y conservaban el legado escrito del islam: los talbes y los ulemas.

La voz «talbe», que no figura en los diccionarios históricos españoles, se utilizó con regularidad en la literatura sobre Marruecos escrita por viajeros o residentes en el país, antes de la época colonial y durante ella. Derivada del árabe *ṭālib* (pl. *ṭullāb*), de la misma raíz se empleaba también el colectivo *ṭalaba*, en su forma «tolba». Este término servía para denominar a personas instruidas, que ejercían como escribientes, secretarios, funcionarios en la administración de justicia, intérpretes y escribanos en los consulados y embajadas, etc. El autor del ms. describe así su posición en la escala jerárquica profesional: los talbes, afirma, pasan por ser sabios, aunque su educación va poco más allá de saber leer y escribir. Exagera un tanto, pues a continuación indica otras áreas en las que trabajaban los talbes: «los consultores, notarios y amanuenses de los bajaes y cadíes se escogen entre estos letrados»⁵⁸⁹. En cualquier caso, los talbes, que ocupaban un escalón intermedio de la administración civil y jurídica, tenían una importancia grande en la gestión de multitud de asuntos, y ejercían como intermediarios entre la población general y las élites gobernantes, o entre los consulados y las autoridades marroquíes.

Por su parte, los ulemas, para el autor del ms., «son los doctores de la religión. Su profesión los obliga a la inteligencia de los dogmas, moral y ceremonias del culto». Esto explica que se dediquen ince-

⁵⁸⁹ *Memorable triunfo*, fol. 91v.

santemente a la lectura de tratados de teología, inspirados por los aristotélicos Avicena y Averroes; sus funciones «son la lectura del Alcorán o la predicación en las mezquitas, el orden y aparato de los ritos, el entierro y preces cantadas a los finados y la convocación a la oración por la sonora voz de los muecines»⁵⁹⁰.

La lista de actividades profesionales de los ulemas que trazó el autor del ms. es exacta, pero no refleja adecuadamente su papel social como uno de los grupos de mayor influencia y representatividad en las sociedades islámicas tradicionales. A menudo procedían de familias acomodadas, que podían sostener una educación prolongada durante años en escuelas (*madradas*) locales o en Fez, centro neurálgico de la enseñanza superior en Marruecos, y a donde solían acudir los jóvenes dispuestos a convertirse en ulemas. La institución de la *madrada* conoció un gran desarrollo en Marruecos a partir de la dinastía meriní (s. XIII-XV), cuyos soberanos financiaron la construcción y sostenimiento de las *madradas* de Fez, donde se formaban los futuros funcionarios de la administración religioso-jurídica del país. Pero no era eso únicamente: los ulemas eran sobre todo los transmisores del saber, religioso o no, y a ellos correspondía la salvaguardia del legado intelectual y religioso de una sociedad islámica como lo era la marroquí. Un hombre como el embajador Muḥammad b. ʿUṭmān, del que habla el autor del ms. con grandes elogios, era, primordialmente, un ulema: un letrado y/o un hombre de religión. Igualmente merecería ese calificativo un soberano como Muley Sulaymān, que antes de subir al trono, se había dedicado al estudio de las ciencias religiosas y fue autor de varias obras de esa temática, habiéndose distinguido durante su reinado como impulsor de reformas inspiradas en la *šarīʿa*⁵⁹¹.

Nada dice el autor del ms. sobre la educación recibida por los ulemas, fuera de señalar su dedicación a los estudios teológicos.

⁵⁹⁰ *Ibidem*.

⁵⁹¹ EL MANSOUR, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, págs. 132 y sigs.

Pero sí describe con cierto detalle la enseñanza en las «escuelas de primeras letras», dando de ella un retrato que coincide con muchos otros testimonios y con la documentación iconográfica de épocas posteriores⁵⁹². La enseñanza primaria se dedicaba a la memorización del Corán; el término de esa larga y ardua tarea se celebraba como un rito de paso hacia la madurez y la continuidad de unos estudios que abarcarían todas las ramas de la ciencia propias de un letrado musulmán⁵⁹³. El sistema de enseñanza de esas materias, basado en la relación entre maestro y discípulos y el comentario e interpretación de textos, alcanzaba su mejor expresión en la mezquita aljama de Fez, *ḡāmiʿat al-Qarawiyyīn*, rodeada de *madrāsas* que atraían a estudiantes de todo Marruecos⁵⁹⁴.

No se observa que el autor del ms. fuera consciente de la existencia de *madrāsas* en Tánger⁵⁹⁵; pero sí reflexionó sobre el estado de la edu-

⁵⁹² *Memorable triumph*, fol. 92r. En Marruecos siguen existiendo *kuttāb*, término que se traduce a menudo como «escuela coránica», o también «escuela tradicional». En octubre de 2019, el Ministerio de los Habus y Asuntos Islámicos calculaba que existían en el país 11 478 escuelas de esa clase, con un total de 327 272 alumnos (<https://www.bladi.net/ecoles-coraniques-maroc,60721.html> [consultado 10 abril 2020]; incluye una excelente fotografía del interior de un *kuttāb*, con los niños sentados en círculo frente a su maestro y sosteniendo en las manos las tablillas en las que van escribiendo los versículos del Corán).

⁵⁹³ Este itinerario se puede seguir con más detalle en la autobiografía de un sabio originario de Chefchauen, Sulaymān al-Ḥawwāt, que vivió a finales del siglo XVIII-principios del XIX; véase MARÍN, «Knowledge, Kinship and Mysticism: the Formative Years of Sulaymān al-Ḥawwāt (d. 1231/1816)». Para una época posterior, el estudio de EICKELMAN, *Knowledge and Power in Morocco. The Education of a Twentieth Century Notable*, analiza el papel de los letrados tradicionales a través de la biografía de un juez rural.

⁵⁹⁴ Sobre el régimen de vida en estas escuelas superiores, véase la experiencia de Sulaymān al-Ḥawwāt, citado en la n. anterior. Más tardíos son los textos recogidos y traducidos por DELPHIN, *Fas, son université et l'enseignement supérieur musulman* (DELPHIN era un arabista francés residente en Argelia, donde fue profesor de árabe; tenía un gran interés por la educación, que consideraba, según dice en la introducción de su libro, como el mejor medio para apoderarse de Marruecos; sobre él, MESSAOUDI, «Gaétan Delphin», pág. 300). Una visión histórica, en RODRÍGUEZ MEDIANO, *Familias de Fez* (s. xv-xvii), págs. 32 y sigs.

⁵⁹⁵ El sultán Sidi Muḥammad b. ʿAbd Allāh había hecho construir, a finales del siglo XVIII, una *madrāsa* adyacente a la mezquita aljama de Tánger (MILLER, «Finding Order in the Moroccan City: The *hubus* of the Great Mosque of Tanger as an Agent of Urban Change», n. 41).

cación superior en Fez y Marrakech para concluir que allí se estudia la tradición literaria de los antepasados y se conservan los modelos que ellos habían trabajado sobre «todo género de los conocimientos humanos»; es más, prosigue, todavía sería de interés para el estudio de las costumbres «orientales» y las relaciones históricas entre España y Marruecos la consulta «de los manuscritos de la famosa biblioteca de Fez que no han perecido»⁵⁹⁶.

Es notable esta afirmación del autor del ms., que adelanta lo que sería, con el tiempo, imposible proyecto de arabistas españoles como Julián Ribera, que, en 1894, como miembro del séquito del general Martínez Campos, intento sin éxito adquirir en Marruecos, con destino a las bibliotecas españolas, manuscritos que tuvieran interés para el arabismo español de la época⁵⁹⁷. También puede considerarse como una premonición afortunada la idea del autor del ms. de que en la biblioteca de Fez hubiera textos manuscritos que pudieran contribuir a «la ilustración de la historia de España y de Marruecos»: en 1931 se descubrió en la mezquita de al-Qarawiyyīn una pequeña habitación tapiada que contenía numerosos manuscritos, entre los cuales los había ciertamente de gran importancia para la historia de al-Ándalus, tan ligada a la del norte de África⁵⁹⁸.

La visión del autor del ms. sobre la actividad cultural e intelectual en Marruecos no escapa a las contradicciones que con cierta frecuencia se observan en su obra: apreciaciones ciertamente positivas, como las que utiliza para referirse a los ulemas y su nivel de conocimientos, conviven con tajantes descalificaciones que describen la

⁵⁹⁶ *Memorable triunfo*, fol. 92v. Mucho más escéptico había sido Badía al referirse al nivel intelectual de la enseñanza en las *madradas* de Fez y al contenido de la afamada biblioteca de al-Qarawiyyīn (ALI BEY, *Viajes por Marruecos*, págs. 213-14 y 204, respectivamente).

⁵⁹⁷ MARÍN, «Orientalism and Colonialism: Julián Ribera (1858-1934) and the Spanish Embassy to Morocco in 1894».

⁵⁹⁸ Se da cuenta de ello en un buen trabajo de divulgación: ALBARRÁN, «Al-Qarawiyyīn: historia de una biblioteca en Fez», *Al-Andalus y la historia*, 7 de febrero de 2019 (*www.alandalusylahistoria.com*).

decadencia de las ciencias o el horror a las letras como características generales de «árabes» y «berberiscos». Estas ambivalencias están bien documentadas en la obra de otros autores occidentales que, como el del ms., titubean a la hora de reducir a los magrebíes al estado de barbarie total que se otorgaba más fácilmente a los llamados entonces «pueblos salvajes»; se reconocía, en efecto, que moros, musulmanes, berberiscos, etc., tenían al menos un pasado de cierto esplendor⁵⁹⁹. Para la mirada hispánica, el hecho innegable de que ese pasado había formado parte de la historia de la península ibérica contribuía a hacer más compleja la reflexión sobre Marruecos y los marroquíes, como se verá en el siguiente apartado.

6. UN ESPEJISMO HISTÓRICO: AL-ÁNDALUS/ESPAÑA Y MARRUECOS

Dentro de las limitaciones de un texto no excesivamente largo y además amputado de alguna de sus partes, es notable la atención que su autor presta a las conexiones entre la historia de España y la de Marruecos e, incluso, a las similitudes o coincidencias de algunos fenómenos culturales entre ambos países. Esta atención cristaliza en la existencia del periodo islámico de la historia peninsular: ese al-Ándalus que entonces todavía no llamaban así los eruditos o historiadores, pero que ya atraía con su espejismo histórico la imaginación de los interesados en ese pasado.

La cercanía geográfica entre las dos orillas del Mediterráneo occidental era la primera evidencia de una proximidad de la que no siempre eran conscientes los observadores españoles hasta descubrir, por experiencia propia, la corta distancia que había que cubrir para trasladarse de un lado a otro del Estrecho. De ahí a deducir una continuidad territorial se podía dar un paso que el autor del ms.

⁵⁹⁹ THOMSON, *Barbary and Enlightenment*, págs. 97-100.

franqueó sin dificultad: la cordillera del Atlas es la continuación de Sierra Morena y, quizá, aventura, estuvieron ambas unidas a través del Estrecho o, para utilizar la terminología clásica que emplea el autor, de Calpe y Abila, las mitológicas columnas de Hércules⁶⁰⁰. Más allá de estas referencias librescas, en las que interviene igualmente el mito de Deucalión y su conexión con un diluvio universal –o, como quiere la ciencia, la formidable cascada de agua que inundó el resequo Mediterráneo desde el Atlántico– el autor del ms. hace otras observaciones procedentes de su propia experiencia:

«la provincia litoral del Rif parece la continuación del reino de Granada cortado por el agua, pero idéntico en sierras y montes, en volcanes y terremotos y aun en la producción del esparto en la costa fronteriza de Almería»⁶⁰¹.

Tenía razón el autor del ms.; como se sabe por la geología moderna, «las Cordilleras Béticas y Rifeña rodean el extremo oeste del Mediterráneo formando una estructura orogénica arqueada conocida como Arco de Gibraltar»⁶⁰². De ahí la que podía parecer sorprendente similitud en los fenómenos orográficos y sísmicos y hasta, remata, con la presencia del esparto, planta silvestre característica de zonas áridas de la península ibérica y de Marruecos. La observación sobre esta concreta especie vegetal podría llevar a pensar que el autor del ms. era natural de Almería o conocía bien esta región; es un indicio muy leve que, sin embargo, no deja de llamar la atención. Sí que era de Almería y vivió allí durante su infancia y juventud la escritora Carmen de Burgos (1867-1932), que describió así su impresión de los alrededores de Melilla, donde estuvo durante la guerra hispano-marroquí de 1909:

«aquellos campos estériles, polvorientos, que apenas ofrecían algún oasis de verdura en escasas huertas regadas con el agua de pequeñas norias, a pesar de

⁶⁰⁰ *Memorable triunfo*, fols. 88v-89v.

⁶⁰¹ *Ibidem*, fol. 88v.

⁶⁰² http://www.sociedadgeologica.es/archivos_pdf/geolod%C3%ADa16/guias_geolodia16/gdia16gui_cadiz.pdf (consultado 4 abril 2020).

hallarse cerca de la orilla de la anémica corriente del Río de Oro, ofrecían cierta semejanza con los campos y los lugarcillos de la costa de Níjar (...) el siniestro Gurugú o Camarú de los moros, como todas las montañas de aquella parte de Africa, era un desdoblamiento geológico de nuestra cordillera Penibética separado por algún cataclismo. La flora recordaba los montes de Rodalquilar, espartos, palmas, nopales»⁶⁰³.

Burgos, que se había criado en Rodalquilar, tenía motivos para encontrar semejanzas entre los paisajes de su infancia y los de la costa rifeña, y sabía identificar la planta del esparto, típica de esa zona y del sureste de la península ibérica⁶⁰⁴.

Para cuando Carmen de Burgos hacía estas observaciones, el tema de la comunidad geográfica con Marruecos ya se había difundido entre las élites intelectuales y los partidarios de una acción colonial eficaz y «civilizadora», como Joaquín Costa, que en el famoso mitin del teatro Alhambra (1881), alcanzaba cimas retóricas muy notables:

«Iberia es una provincia botánica de Africa, viviendo en ella tan espontáneamente como su propia patria, toda la flora transfretana, encontrándose en Andalucía especies desconocidas en Europa y comunes en el Sáhara; la meteorología marroquí y la meteorología española forman una y sola meteorología; los labradores de aquende y allende cultivan las mismas plantas, siembran y siegan en unas mismas épocas, padecen sus mieses y ganados por igual el azote de la sequía y el de la langosta»⁶⁰⁵.

No cabe duda de que mucho de lo que afirma Costa corresponde a realidades bien conocidas... con la excepción de tomar la parte por el todo y trasladar la identidad de las áreas más meridionales de Andalucía a toda la región e incluso a toda la península ibérica. El autor del ms. y Carmen de Burgos habían sido más prudentes en esta cuestión.

⁶⁰³ BURGOS, *En la guerra*, págs. 22-23.

⁶⁰⁴ En la Edad Media, los geógrafos árabes llamaban a Cartagena «Qartağannat al-ḥalfā», es decir, Cartagena del Esparto (YĀQŪT, *Muḥgam al-buldān*, s. v.). Sobre la explotación artesanal e industrial de esta planta en Almería y su decadencia, ISLA PALMA, «Paisaje cultural. El esparto en Almería».

⁶⁰⁵ COSTA, «Discurso», *Intereses de España en Marruecos*, pág. 12.

La proximidad geográfica es una cosa; la poblacional, otra bien distinta, pero inevitable según las circunstancias históricas. La «hermandad de sangre» entre españoles y marroquíes llegará a ser, en el africanismo español de finales del siglo XIX y en adelante, un tema recurrente y movilizador (que alcanzará resonancias políticas específicas bajo el franquismo⁶⁰⁶); en las primeras décadas del siglo empieza no obstante a tomar cuerpo, todavía de forma incipiente y a veces bajo capa de expansión literaria. Para el autor del ms., esta hermandad se debió a que los «galanteos del amor llegaron a formar una familia hispano-árabe»⁶⁰⁷, delicada manera de referirse a las uniones mixtas entre la población indígena de hispanorromanos y visigodos y los invasores árabes y bereberes. «Moros y españoles» dice en otro lugar de su texto, «son una familia»⁶⁰⁸. La historia que ha separado a los dos pueblos no ha podido contrarrestar esta comunidad de base, sustentada en lazos de parentesco indestructibles. Así puede comprenderlo cualquier observador atento, cuando contempla una estampa como la que describe con cierto brío estilístico:

«un árabe guapo de chaqueta bordada, faja encarnada, jaique terciado al hombro y turbante de muselina, es el retrato del petimetre o majo andaluz, del conde o torero que derrama la sal y el donaire y divierte a la gente con su continente de jaque gracioso por la chupa corta y alamarada, por el ceñidor ajustado, por la capa de seda terciada al pecho, y sombrero calañés o blanco de ala descomunal»⁶⁰⁹.

Los marroquíes descendientes de los expulsados musulmanes y judíos de al-Ándalus tampoco pueden ocultar sus semejanzas con los españoles, como puede observarse a través de sus maneras, acento, vestido y apellidos «conservados con gran estima» y que delatan todos su «legítima procedencia»⁶¹⁰.

⁶⁰⁶ MATEO DIESTE, «Una hermandad en tensión. Ideología colonial, barreras e intersecciones hispano-marroquíes en el protectorado».

⁶⁰⁷ *Memorable triunfo*, fol. 16v.

⁶⁰⁸ *Ibidem*, fol. 64r.

⁶⁰⁹ *Ibidem*, fol. 17r.

⁶¹⁰ *Ibidem*, fols. 16v-17r.

¿Hasta dónde llegan estas llamadas a la comunidad de sangre? El autor del ms. las convierte en figuras de un decorado de tintes goyescos al reclamar la identidad entre abolengos de raza y aposutura, entre el majo español y el galán árabe. Sólo de pasada deja caer que «un moro agricultor o jardinero en las faenas del campo es un perfecto valenciano»⁶¹¹; algo muy semejante dirá otro ilustre exiliado en Londres, Alcalá Galiano, que reconocía la gran similitud de aspecto e incluso indumentaria entre valencianos, andaluces y norteafricanos⁶¹². Parecida consideración harán otros más adelante, en tiempos en que en España la diferencia entre los habitantes de las ciudades y los del campo no era sólo de nivel de vida y se apreciaba a primera vista en el color de la piel curtida por el sol, en las arrugas profundas, en las bocas desdentadas o en las espaldas vencidas de los viejos. Según Carmen de Burgos, «si se observaban atentamente las costumbres de los rifeños, no tardaba en hallárseles la semejanza con los campesinos de Granada y Almería»⁶¹³; afirmación algo atrevida, teniendo en cuenta que la novelista almeriense no abandonó el recinto de Melilla durante su estancia en el norte de África y que difícilmente pudo observar, y menos atentamente, las costumbres de los rifeños. Pero la imagen es cabal, pues los campesinos, en tiempos anteriores a la agricultura industrial, se parecían entre sí mucho más de lo que lo hacían con sus respectivas élites urbanas, grupo social al que pertenecían Carmen de Burgos y el resto de los observadores aquí citados. En la misma guerra que presencié Burgos como cronista, participó Eugenio Noel (1885-1936) como soldado; en el libro que publicó sobre su experiencia en Marruecos (y que le valió una condena a prisión) anota: «no hay nada más parecido a un andaluz, extremeño o valenciano que un moro»⁶¹⁴. Es obvio que el madrileño

⁶¹¹ *Ibidem*, fol. 17r.

⁶¹² ALCALÁ GALIANO, *An Introductory Lecture Delivered in the University of London on Saturday, November 19, 1828*, págs. 8-9.

⁶¹³ BURGOS, *En la guerra*, pág. 23.

⁶¹⁴ NOEL, *Lo que vi en la guerra. Diario de un soldado*, pág. 212. Más ejemplos de esta

Noel se está refiriendo aquí a campesinos de Andalucía, Extremadura o Valencia, no a los habitantes de las grandes o pequeñas ciudades de esas regiones españolas.

Si el autor del ms. apuntaba hacia los históricos lazos de parentesco entre las poblaciones ibéricas y marroquíes, no hacía distinciones entre los componentes étnicos de estas últimas, que conocía bien, como se ha visto más arriba. Con el tiempo, quienes reclamaron la comunidad de sangre entre unos y otros se inclinaron, en algunos casos, por privilegiar la conexión con los bereberes, descendientes, como los españoles, de una «raza» de cabellos rubios y ojos azules que invadió primero la península y luego el Magreb, desde donde volvió a Hispania en el siglo VIII, bajo el mando de Ṭāriq b. Ziyād. Esta fantasía étnico-histórica de Joaquín Costa no ha dejado de hacer apariciones más o menos fugaces en cierta historiografía; pero su consideración y análisis cae fuera del propósito de estas páginas⁶¹⁵.

Junto a la afirmación de los lazos de sangre entre marroquíes y españoles, el autor del ms. deja caer, en los índices de contenido situados al inicio de la obra, una nota de humor que parece contradecir lo que luego incluirá en el texto: «La resolución del Sultán se funda en el parentesco de moros y españoles; este chiste es exacto»⁶¹⁶. Cabe preguntarse, no obstante, si quería decir que semejante aserto, por mucho que se asemeje a un chiste, correspondía a una realidad histórica. Es muy posible que así fuera; en otra ocasión hace constar, sin comentarios, cómo el soberano, a mediados de 1823, había hecho pública su decisión de permitir a los exiliados españoles residir sin peligro «en la tierra de sus abuelos»⁶¹⁷.

clase de apreciaciones en la literatura colonial, en MARÍN, *Testigos coloniales*, págs. 46-48.

⁶¹⁵ COSTA, «Discurso», págs. 14-15. Véase también TORRES CAMPOS, *Estudios geográficos*, pág. 206.

⁶¹⁶ *Memorable triunfo*, fols. 1v-2r.

⁶¹⁷ *Ibidem*, fol. 16r.

Lo que entonces, y por mucho tiempo después, parecía a muchos una evidencia apoyada por los datos históricos –el cruce de poblaciones de ambos lados del Estrecho como consecuencia del largo periodo histórico andalusí– ha venido a constituir materia de controversia en tiempos recientes, debido al auge de los estudios genéticos que han dado lugar a conclusiones aducidas a veces como muestra de la escasa credibilidad de los documentos históricos, cuando lo que ocurre es que se trata de niveles de conocimiento que responden a preguntas diferentes: saber cuál era el origen genético de la población andalusí es sin duda importante, pero no ayuda a saber cuáles eran sus referencias culturales ni explica el devenir de los hechos históricos, condicionados por una serie de circunstancias entre las que la genética poblacional tiene un papel muy secundario –si es que lo tiene. De ello no podían ser conscientes ni el autor del manuscrito ni sus contemporáneos, que aceptaron la «mezcla de sangre» como un hecho incontrovertible y productor, a su vez, de consecuencias históricas⁶¹⁸.

Por otro lado, estas relaciones de parentesco no son el único vínculo que une históricamente, según el autor del ms., a marroquíes y españoles. Sus propias observaciones le hicieron ver la presencia en Marruecos de técnicas o manufacturas que, o bien eran semejantes a las usadas en España, o bien procedían directamente de allí. El primer caso es la práctica de los segadores marroquíes de usar «un cuero que los defiende desde el cuello hasta las rodillas idéntico en

⁶¹⁸ Véase SAMPEDRO, «Historiadores contra genetistas. La ausencia de huella genética árabe en los andaluces reedita la tirantez entre la historia y la ciencia», *El País*, «Ciencia», 10 de junio de 2019 (https://elpais.com/elpais/2019/06/08/ciencia/1559952581_889529.html), basándose en un estudio de la Universidad de Granada. Este artículo no sólo provocó la reacción de los historiadores; véase la entrada «¿Historiadores contra genetistas?» en el blog del biólogo ÁLVARO G. MOLINERO (<https://www.elsaltodiario.com/paradoja-jevons-ciencia-poder/historiadores-contra-genetistas>). Otros estudios de genetistas han producido resultados divergentes a los propuestos por la Universidad de Granada, véase *The New York Times*, «Gene Test Shows Spain's Jewish and Muslim Mix», por NICHOLAS WADE, 4 de diciembre de 2008 y *La Vanguardia*, 2 de febrero de 2009, entrevista con Francesc Calafell, por VÍCTOR-M. AMELA (véanse las referencias a las publicaciones científicas en https://www.upf.edu/es/web/e-noticies/categorias/asset_publisher/wEpPxsVRD6Vt/content/id/2509519#.XoYQtSLSqk).

la forma al que preserva a los segadores andaluces de la molestia de las aristas»⁶¹⁹. Se ha aludido a este comentario del autor del ms. para ubicar su experiencia vital en Andalucía, donde esta prenda recibe el nombre de *zamarrón*; desde luego sólo alguien familiar con las labores del campo habría podido tener en cuenta ese detalle vestimentario.

La huella de la industria española que el autor del ms. encontró en Marruecos no es otra que los «gorros encarnados, este renglón de consumo universal, antigua manufactura toledana»⁶²⁰; los incluye entre las industrias de Fez, pero señala, como se ve, su origen en la península ibérica. En efecto, los «bonetes colorados» o «bonetes grana» fabricados en Toledo y Córdoba tuvieron gran éxito en el norte de África durante el siglo xvi y hasta finales del xvii, y su uso también era común en España, como se observa en una famosa descripción de don Quijote en la que Cervantes lo viste, sentado en la cama, llevando «una almilla de bayeta verde con un bonete colorado toledano»⁶²¹. Estos bonetes no sólo contribuyeron a la prosperidad de las ciudades donde se fabricaban y de los comerciantes que los mercadeaban en el norte de África, sino que fueron utilizados como moneda en el pago de rescates a cautivos en Argelia y Marruecos, entre ellos el propio Cervantes⁶²². Sin embargo, este floreciente comercio fue decayendo a lo largo del siglo xvii hasta prácticamente desaparecer a finales de ese siglo, como consecuencia en buena parte de la forzada emigración al norte de África de los moriscos expulsados de España. Debieron de llevar estos, como afirman los especialistas en

⁶¹⁹ *Memorable triunfo*, fol. 64r.

⁶²⁰ *Ibidem*, fol. 74r.

⁶²¹ CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, parte segunda, capítulo primero, edición del Instituto Cervantes, dir. Francisco Rico (<https://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/default.htm>). Una amplia iconografía de los bonetes, así como datos de textos literarios y documentos de archivo, en GIRÓN PASCUAL, «Vistiendo al infiel. El comercio del bonete de grana en el siglo xvi» (<https://www.youtube.com/watch?v=KJj5Qf3bJHc>, consultado 10 abril 2020).

⁶²² Sobre las exportaciones de bonetes, véase también MARTÍNEZ TORRES, «La “saca” de moneda, paños y bonetes desde España hacia el Mediterráneo y el Atlántico africano (siglos xvi-xviii)».

esta perseguida minoría hispánica, los conocimientos suficientes para empezar a fabricar en sus nuevos lugares de residencia estos tocados que tan general uso tenían entre sus poblaciones; el léxico profesional de la manufactura de la *chechía*, en Túnez, contiene una serie notable de hispanismos utilizados por los moriscos⁶²³. A principios del siglo XIX, un contemporáneo del autor del ms., el granadino Simón de Argote, al referirse a Córdoba y Granada no olvidaba mencionar que «de aquí también pasó á aquel reyno de África la fábrica de bonetes ó gorros, que usan la mayor parte de las naciones del Oriente»⁶²⁴; entre quienes se interesaban por el pasado andalusí de la península ibérica, este detalle de las relaciones entre España y Marruecos no pasó, pues, desapercibido, incluso cuando ya había cesado el tráfico comercial e industrial en torno a los bonetes de grana.

Un nexo hispano-marroquí de más alcance, puesto que abarca toda una ciudad, es el de la imagen de Tetuán. El autor del ms. no la visitó, pero tenía de ella unas referencias inconfundibles, que entran sin dificultad alguna en la representación literaria de Tetuán: los árabes granadinos que fueron expulsados de España encontraron en aquel lugar un

«ameno vergel tan delicioso como agradable por la fertilidad del país, por la abundancia de aguas, por la hermosura de las huertas y jardines, por la excelencia de frutos y por la elevación de las sierras que, nevadas en el rigor del invierno, forman el tosco bosquejo de la bella Granada, risueña morada de sus padres»⁶²⁵.

Se recoge así la historia de Tetuán como fundación andalusí, aunque el autor del ms. no parece haber conocido la identidad de Sīdī ʿAlī al-Mandarī (o al-Manzarī, m. 1540), el noble granadino que abandonó al-Ándalus en las postrimerías del reino nazarí y se trasladó con un

⁶²³ EPALZA y SLAMA-GAFSI, *El español hablado en Túnez por los moriscos o andalusíes y sus descendientes: material léxico y onomástico documentado, siglos XVII-XXI*, págs. 294 y sigs. [= «El corpus léxico de la bonetería por Paul Teyssier (1962) y Sophie Ferchiou (1971)»].

⁶²⁴ ARGOTE, *Nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos, por Granada y sus contornos*, II, pág. 84.

⁶²⁵ *Memorable triunfo*, fol. 15v.

grupo de seguidores al solar arruinado de Tetuán, que reconstruyeron y a donde acudieron otros emigrados granadinos y, más tarde, moriscos expulsados de España⁶²⁶. El autor del ms., no obstante, acierta en su descripción de un paisaje paradisíaco que habría de albergar a dos ciudades especulares, bien que una, como cuida de indicar, «tosco bosquejo» de la otra. Tetuán adquiere así un aura distintiva, que la incorpora al pasado caballeresco de los romances de frontera, perdiendo en ese proceso su propia identidad como ciudad marroquí. Tetuán atrae y fascina porque en ella se cree ver el fantasma de Granada; y así es cómo, años después, la verá o soñará Pedro Antonio de Alarcón, en un texto muy citado, que expresa con arrebató la transposición de una geografía sobre otra, la ilusión de superponer la imagen de Granada a la de Tetuán y fundirlas en un espacio fuera del tiempo:

«¡Pues Tetuán es Granada! Quiero decir... la llanura, los términos de su horizonte, su colorido, su aire, su luz, la comarca en conjunto, recuerda completamente la vega granadina. El mismo verdor oscuro, igual lujo de frutales, idénticos caseríos en el campo... ¡Ah! la ilusión es completa»⁶²⁷.

Aunque mucho más comedido en su expresión, el autor del ms. realiza un semejante proceso de identificación entre Granada y Tetuán, trayendo al presente un pasado andalusí al que se referirá más ampliamente en otras ocasiones de su texto, como se verá a continuación.

En un ámbito temático más amplio se inscriben diversas reflexiones del autor del ms. sobre un tema que todavía hoy sigue siendo objeto de discusión y aun de controversias, a veces con evidentes

⁶²⁶ Véase RUIZ JIMÉNEZ, «Hasan ʿAli al-Manzari al-Garnati al-Titwani», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbc.rab.es consultado 16 abril 2020), con abundante bibliografía, entre la que son destacables las numerosas publicaciones de Guillermo Gozalbes Busto. Sobre la impronta andalusí de Tetuán, véase MIÈGE, BENABOUD y ERZINI, *Tétouan, ville andalouse marocaine*.

⁶²⁷ ALARCÓN, *Diario de un testigo de la guerra de África*, pág. 105. Se refieren a este tema CALDERWOOD, *Colonial al-Andalus. Spain and the Making of Modern Moroccan Culture*, páginas 29-73, y CAÑETE, *Cuando África comenzaba en los Pirineos*, págs. 210-211.

sesgos ideológicos y posiciones abiertamente politizadas: ¿ha habido una herencia andalusí en la historia y cultura de España? Han corrido y correrán ríos de tinta para dar respuesta a esta pregunta y a finales del siglo XVIII ya existían al respecto corrientes contrapuestas de opinión. El autor del ms. creía en la existencia de un al-Ándalus (una España árabe, como se entendía entonces) de gran altura cultural y cuyas huellas podían identificarse, por ejemplo, en la agricultura. Así lo afirma al destacar la sabiduría agronómica de los andalusíes, que tenían «conocimientos científico-agrarios consignados en las asombrosas acequias y admirable distribución de las aguas y riegos que fertilizan aún las encantadoras vegas de Valencia y Granada»⁶²⁸.

«Moros y españoles son una familia», sentencia el autor del ms. como inicio de su loa al saber agronómico y su herencia preservada en las vegas peninsulares. Esta idea, ya expresada en otras ocasiones, va más allá de los lazos de sangre; en su opinión, en esa feliz unión «todo se hizo común, excepto la religión»⁶²⁹. De ese modo, «moros y españoles» participaban de una misma y elevada condición, la que permitía que en la «España árabe» se dieran condiciones extraordinarias de civilidad y cultura. Esa familia hispano-árabe se caracterizaba por la «franca tolerancia» hacia los mozárabes, cuyas haciendas y religión estaban protegidas; por «el mutuo comercio en paz y la generosidad» con los reinos cristianos y con aquellos de sus dirigentes que buscaban refugio en al-Ándalus; por el esplendor, finalmente, de «las universidades, colegios, academias, y otros establecimientos públicos de la populosísima Córdoba, quizás la primera ciudad del islamismo»⁶³⁰.

⁶²⁸ *Memorable triunfo*, fol. 64v. Sobre la herencia andalusí en ese ámbito y las opiniones a favor y en contra de su pervivencia, ROLDÁN CAÑAS y MORENO PÉREZ, «La ingeniería y la gestión del agua de riego en al-Andalus», *Ingeniería del Agua*, 14/3 (2007), págs. 223-236 (https://www.researchgate.net/publication/277044748_La_ingenieria_y_la_gestion_del_agua_de_riego_en_Al-Andalus) (consultado 16 mayo 2020).

⁶²⁹ *Memorable triunfo*, fol. 16v.

⁶³⁰ *Ibidem*, fol. 16v.

En estas breves frases se observa cómo la caracterización de esa unida familia representaba, para el autor del ms., algunas de las virtudes del ideario liberal: tolerancia y protección hacia las minorías –religiosas, en este caso–, promoción de relaciones pacíficas entre las naciones y, de manera muy destacada, porque afectaba a su propia situación y la de sus compañeros, abierta acogida a quienes se refugiaban en su seno. En abierto contraste se sitúa, a continuación, «el celo antievangélico e impolítico» que expulsó de la península a judíos y moriscos. El pasado andalusí se convierte, de ese modo, en una recreación del presente, en un argumento más para la denuncia de la persecución absolutista.

Pero la reivindicación de la edad de oro andalusí, cuando Córdoba era, quizá, la primera urbe del mundo islámico, tiene otras vertientes. Al-Ándalus no había sido un producto espontáneo; el autor del ms. se detiene en detallar las aportaciones que los «árabes conquistadores» trajeron a Córdoba: Babilonia, Tiro, Cartago, India, Egipto, Atenas y Roma fueron los emporios de donde se llevaron hasta la ciudad comercio, saberes y conocimientos, artes y bellas letras; todo ello hizo de Córdoba una urbe sin igual, «escuela de toda ilustración»⁶³¹. Este entusiasta alegato en pro de la cultura y la civilización de los árabes y sus manifestaciones en la península ibérica se cierra con una frase que, en su concisión, resume la historia de las relaciones entre árabes y europeos: «Los árabes, dominando y enseñando a los bárbaros europeos, a su vez fueron oprimidos, y heredaron la barbarie de sus discípulos, cuyas lecciones desdeñan ahora con altivez intolerable»⁶³²: a la fase de dominio cultural y civilizacional de los árabes, sucedió su decadencia y, por ende, su sumisión a los europeos, a cuya edad de ignorancia volvieron; ahora, cuando les tocaría aceptar su superioridad y recibir sus lecciones, se niegan a ello.

Estas opiniones del autor del ms. no eran, por supuesto, originales: venían gestándose, publicándose y discutiéndose desde hacía tiempo.

⁶³¹ *Ibidem*, fol. 91r.

⁶³² *Ibidem*.

Sin ánimo en absoluto exhaustivo –no es éste el lugar para ello– no está de más situar sus precedentes más importantes, sobre todo porque alguno de ellos pudo formar parte de sus lecturas anteriores y contribuir así a la expresión de una forma de interpretar el pasado andalusí que todavía en su época resultaba novedosa. Por otra parte, interesa rescatar ese itinerario intelectual porque terminará alcanzando los círculos de los liberales españoles exiliados en Londres, con los que el autor del ms. debió de tener una relación muy directa.

Es en el siglo XVIII cuando se abre una nueva etapa en los estudios dedicados al pasado árabe-islámico español. La primera gran historia general de España, la de Juan de Mariana (1536-1624), aunque se ocupaba de ese periodo, lo iniciaba considerando que la ruina de los visigodos tuvo su origen en la providencia divina, «para que después de tal castigo, de las cenizas y de la sepultura de aquella gente naciese y se levantase una nueva y santa España», amparo y columna de la religión católica y dueña de un ancho imperio que se extiende desde oriente a occidente. Toda clase de desgracias se abatieron sobre la desgraciada España durante la dominación islámica; pero la caída del reino de Granada, por su parte, terminó con el reino de los moros que había durado setecientos años, lo cual fue «grande mengua y afrenta de nuestra nación»⁶³³.

La historia de Mariana se publicó por primera vez en versión castellana en 1601. Pero ya en ese siglo, en Europa, se empiezan a dar signos de una nueva consideración de lo que había supuesto la aportación de árabes y musulmanes a la historia universal, con autores que serán conocidos en España, como Barthélemy d'Herbelot (1625-1695), Simon Ockley (1678-1720) y George Sale (1697-1736); fue probablemente d'Herbelot, y su monumental diccionario de las culturas árabe-islámicas (*Bibliothèque orientale*, Paris, 1697) quien tuvo

⁶³³ MARIANA, *Historia de España*, I, pág. 188 y II, pág. 211. Véase ÁLVAREZ JUNCO, coord., *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, vol. 12 de Josep Fontana y Ramón Villares, dirs., *Historia de España*, págs. 111-123.

mayor difusión entre los eruditos españoles⁶³⁴. El interés intelectual por el mundo islámico abandonaba progresivamente la perspectiva religiosa y política para convertirse en materia de conocimiento científico y regirse por metodologías semejantes a las que se utilizaban en otros campos de las humanidades, como los estudios clásicos. Aun así, fueron precisamente eclesiásticos quienes darían un mayor impulso a esta nueva orientación, fomentada desde el gobierno ilustrado del reinado de Carlos III.

En España, la presencia del sacerdote maronita Miguel Casiri (1710-1791)⁶³⁵, auspiciada entre otros por el benedictino Martín Sarmiento, muy interesado en lenguas y culturas orientales, fue sin duda un factor muy importante en el desarrollo de los estudios árabes⁶³⁶. Su obra más importante, la *Bibliotheca Arabico-hispana Escorialensis*, dio a conocer la riqueza de documentación contenida en los manuscritos árabes conservados en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial; no era sólo un catálogo de manuscritos, sino que contenía resúmenes del contenido de los textos y notas históricas, por lo cual se convirtió en un instrumento fundamental para la divulgación de los textos árabes relativos a la historia de al-Ándalus y, como tal, fue citado con frecuencia por quienes se dedicaron con posterioridad a esas cuestiones.

Por los años en que Casiri inició su estancia en España (1747-1748), Martín Sarmiento había escrito sus *Memorias para la historia*

⁶³⁴ Sobre estos arabistas, BEVILACQUA, *The Republic or Arabic Letters*, págs. 108-135, 139-141 y 69-72, respectivamente.

⁶³⁵ MARTÍN ESCUDERO, «Miguel Casiri de Gartia», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rab.es, consultado 19 abril 2020). Sobre el arabismo del siglo XVIII en España, MONROE, *Islam and the Arabs*, págs. 23-45; FERNÁNDEZ, *Arabismo español del siglo XVIII: origen de una quimera*, y VIGUERA, «Luces sobre al-Andalus: *sapere aude*», <https://www.almendron.com/artehistoria/historia-de-espana/edad-moderna/carlos-iii-un-rey-ilustrado/iii-antiguedad-arqueologia-y-arte-en-el-reinado-de-carlos-iii/3/> (consultado 27 marzo 2020).

⁶³⁶ Sobre la participación de Sarmiento en los proyectos eruditos de Casiri, VARELA-OROL, «Martín Sarmiento y los estudios orientales: la edición de la *Bibliotheca Arabico-Hispana* de Casiri»; asimismo, MONROE, *Islam and the Arabs*, pág. 93.

de la poesía, en las que aceptaba la teoría del abate Massieu sobre el origen árabe de las rimas y la poesía de los trovadores, adentrándose así en un jardín que habría de producir copiosos frutos⁶³⁷. Más amplio aliento y mucha mayor repercusión tuvo, en una línea de pensamiento muy similar, la obra del jesuita Juan Andrés (1740-1817), cuyo monumental *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* (traducción del original italiano que había compuesto durante su exilio en Mantua, tras la expulsión de España de la orden) se publicó en Madrid en 1784-1806. La difusión de la obra de Andrés, un hito singular de los estudios comparatistas, fue bastante amplia en su patria y dejó una huella importante en la historia de la literatura europea⁶³⁸. Buen conocedor de la obra de Casiri, a quien cita a menudo, Andrés traza, en el primer volumen de su obra, un variopinto retrato del desarrollo de la cultura árabe en Oriente y en al-Ándalus, ilustrado con fuertes pinceladas de color:

«donde más florecieron las ciencias de los Árabes, donde más se manifestó la luz de su sabiduría, y donde se fixó, por decirlo así, el reyno de su literatura fue en España. Córdoba, Granada, Sevilla y todas las principales Ciudades de aquella península estaban muy bien provistas de Escuelas, de Colegios, de Academias, de Bibliotecas y de toda especie de establecimientos, que podían dar algún auxilio á las letras»⁶³⁹.

El argumento principal de Andrés, como es sabido, reside en realzar la aportación de España a la cultura europea como cuna de un proto-Renacimiento protagonizado por los árabes, especialmente los radicados en su suelo y que considera como españoles. La obra de Casiri le suministra un gran caudal de datos, que utiliza profusamente, junto a la de otros muchos eruditos europeos de todas las

⁶³⁷ MARTÍN SARMIENTO, *Memorias para la historia de la poesía, y poetas españoles*, pág. 59; véase TORRECILLA, *Guerras literarias del XVIII español. La modernidad como invasión*, pág. 136.

⁶³⁸ Sobre su repercusión en España, FUENTES FOS, *Ilustración, neoclasicismo y apología de España en la obra de Juan Andrés Morell (1740-1817)*, págs. 119 y sigs.

⁶³⁹ ANDRÉS, *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, I, pág. 225. Véase VALCÁRCEL, «Juan Andrés y la literatura española: la tesis árabe y la polémica sobre el Barroco».

épocas. Gracias a Casiri, el relato de Andrés se adorna con una larga lista de los grandes sabios árabes españoles, que sirve para mostrar cómo las ciencias y las letras encontraron en España el terreno más propicio para su florecimiento tras la llegada de los «sarracenos».

Todos esos saberes pasaron desde España al resto de Europa facilitando la restauración de su cultura:

«los primeros rayos que comunicaron alguna luz á la ciega Europa, se vieron en España, y podrá decirse con razón que de las escuelas de los Musulmanes salió la aurora y se derivó la literatura moderna»⁶⁴⁰.

No escatima Andrés algunas críticas a la producción literaria de los árabes (que carecen de épica y drama), pero insiste sobradamente en la excelencia de sus logros científicos, que se produjeron cuando Europa estaba sumida en las tinieblas de la ignorancia.

Por otra parte, advierte que la difusión de esos saberes se hizo en España, fundamentalmente, a través de los cristianos españoles de cultura árabe; ellos conformaron el eslabón imprescindible entre los árabes musulmanes y los europeos que viajaban a la península ibérica para adquirir nuevos saberes. España se convierte, de ese modo, en la cuna de un renacimiento sin el cual no habría existido la renovación cultural europea que dio paso a los grandes descubrimientos científicos de la Edad Moderna.

En el contexto intelectual de la Ilustración, las propuestas de Andrés suponían una refutación del clasicismo francés y las ideas de Montesquieu sobre las diferencias entre los pueblos noreuropeos y los meridionales⁶⁴¹; frente al modelo de Francia, el jesuita exiliado reclamaba el protagonismo de una España ilustrada por intermediación de la cultura árabe. Estas ideas también brindaban a sus lectores españoles una serie de argumentos para recuperar el sentido de la

⁶⁴⁰ ANDRÉS, *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, I, págs. 319-20.

⁶⁴¹ Sobre ello, DAINOTTO, «The Discreet Charm of the Arabist Theory: Juan Andrés, Historicism, and the De-Centering of Montesquieu's Europe».

historia medieval de España: los musulmanes invasores devenían en generosos portadores de saberes y ciencias, que ofrecían a los indígenas cristianos para que éstos los convirtieran en parte fundamental de la historia cultural y científica de Europa.

En 1787, poco después de la aparición en español de la obra de Juan Andrés, coincidieron en España tres publicaciones muy diferentes entre sí, pero que dan la medida del renovado interés por el pasado árabe que se estaba produciendo entre las élites ilustradas. A la recuperación del legado escrito –la catalogación de los manuscritos de El Escorial por Casiri– venía a unirse la del patrimonio histórico-artístico: ese año se publicaron las *Antigüedades árabes de España*, un volumen con veintiuna estampas de la Alhambra, tres de la catedral de Granada y cinco de la mezquita de Córdoba. El proyecto, que se había iniciado en 1756, daba por primera vez a la luz pública un repertorio de la arquitectura árabe en España, en un momento en que el interés de los anticuarios, coleccionistas y viajeros por todo lo relacionado con el pasado andalusí iba en aumento⁶⁴².

Fue también en 1787 cuando se publicó el *Diccionario Español-Latino-Arábigo* firmado por el franciscano Francisco Cañes y prologado por el conde de Campomanes, que había encargado su composición; tanto esa obra como una gramática árabe que apareció igualmente con el nombre de Cañes habían sido, en realidad, compuestas por otro franciscano, Bernardino González (lo que sólo muy recientemente se ha descubierto). Con todo, la publicación de estos instrumentos indispensables para el conocimiento y manejo de la lengua árabe formaba parte del programa de los gobernantes de la Ilustración, coincidentes, en ese punto, con los de las órdenes religiosas que tenían objetivos evangelizadores, como los franciscanos. Debe también recordarse que Campomanes había sido discípulo de

⁶⁴² La historia de la elaboración de los grabados, en ALMAGRO GORBEA, «Las antigüedades árabes en los dibujos de la Academia de San Fernando». Un panorama del interés despertado, sobre todo en Andalucía, por las antigüedades árabes, en GÓMEZ ROMÁN, «Gusto y coleccionismo de “antigüedades árabes” en España durante el siglo XVIII».

Casiri, con quien estudió árabe e incluso publicó la traducción de dos capítulos de la obra agronómica de Ibn al-^cAwwām⁶⁴³.

Finalmente, 1787 fue la fecha en que se publicó la obra de otro eclesiástico, el monje jerónimo Patricio de la Torre. Su nombre ha aparecido ya en estas páginas, en una conexión que lleva directamente al entorno del autor del ms.: residió en Tánger desde 1797, enviado por el rey para estudiar árabe marroquí, y llegó a ser intérprete del consulado, siendo sustituido en 1804 por Pedro Martín del Rosario, el «perseguidor» de los exiliados liberales. Fray Patricio había estudiado árabe en los Reales Estudios de San Isidro de Madrid, y enseñó la lengua en El Escorial, donde también ejercía como bibliotecario, desde 1787⁶⁴⁴.

La obra publicada por fray Patricio se titulaba *Ensayos sobre la gramática y la poética de los árabes*, y de ella se ha dicho, con bastante razón, que es «un texto apologético y exagerado»⁶⁴⁵. Tenía su autor 27 años cuando la publicó y acababa de terminar sus estudios; el libro apareció bajo su autoría y la de su compañero Miguel García Asensio, que llegaría a ocupar la cátedra de árabe de los Reales Estudios de 1791 a 1796⁶⁴⁶. El título es algo engañoso: la primera parte (hasta la

⁶⁴³ CABANELAS, «Tres arabistas franciscanos de los siglos XVII y XVIII»; LOURIDO, «Bernardino González» y «Francisco Cañes», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbc.rab.es, consulta 25 de abril de 2020); MARTÍN ESCUDERO, «Miguel Casiri de Gartia». La ponderada argumentación de Lourido respecto al plagio de Cañes ha sido puesta en duda por MOSCOSO GARCÍA, «El siglo XVIII español y el estudio del árabe. El árabe dialectal en la *Gramática* del padre Cañes». Cuando se publicó, en 1802, el texto árabe y la traducción española del tratado de agricultura de Ibn al-^cAwwām, la obra llevaba una «Censura» de Campomanes en la que manifestaba que el texto «no sólo es provechoso, sino absolutamente necesario para mejorar la labranza y crianza en España».

⁶⁴⁴ JUSTEL, *El toledano Patricio de la Torre*; MONROE, *Islam and the Arabs*, 38-39. Véase también MOSCOSO GARCÍA, «Un pionero en los estudios de árabe marroquí: el P. Fr. Patricio José de la Torre. Refranes y adagios». Sobre los Reales Estudios, su organización y su carácter innovador, como institución estatal y profesorado seleccionado por oposición, VIÑAO FRAGA, «Disciplinas académicas y profesionalización docente: los Reales Estudios de San Isidro (1770-1808)».

⁶⁴⁵ TORRECILLA, *Guerras literarias del XVIII español*, pág. 142.

⁶⁴⁶ García Asensio era también abogado e hizo alguna incursión literaria; además, tradujo, de la versión latina de Manuel Lasala, las fábulas de Luqmān, publicadas en 1784 (TALAVERA

página 79) es una exposición sobre la cultura árabe y sus aportaciones a la universal; de las páginas 81 a las 88 se da un brevísimo resumen, a modo de guía del alumno, de las materias que habrán de tratarse en el estudio de la gramática y la métrica árabes.

La presentación de la obra ante el rey corrió a cargo del profesor de árabe de Patricio de la Torre y García Asensio, Mariano Pizzi Frangeschi (m. 1791), un médico valenciano de origen italiano que había conseguido ser el primer catedrático de árabe de los Reales Estudios, al haber ganado la cátedra correspondiente en 1770⁶⁴⁷. En ese breve texto, Pizzi alaba a Carlos III por haber fundado «en los Reales Estudios de la Corte una Cátedra de la Lengua Árabe-Erudita» y le augura que, bajo su protección, «veremos renacer sucesivamente varones instruidos y laboriosos que correspondiendo á las generosas intenciones de V. M. descubran para beneficio del Genero Humano los tesoros literarios de nuestros Árabes Españoles».

CUESTA, *La fábula esópica en España en el siglo XVIII*, pág. 590). Como catedrático de árabe, informó al rey favorablemente sobre los conocimientos de esa lengua que tenía Simón de Rojas Clemente, el botánico que estaba previsto acompañase a Domingo Badía en su viaje a Marruecos y que había sido discípulo suyo durante dos años (MARTÍN POLO, *Simón de Rojas Clemente*).

⁶⁴⁷ Este personaje, cuyos conocimientos de árabe eran bastante escasos, a juzgar por las frases que, escritas en ese idioma, y refiriéndose a sí mismo, pueden leerse en la primera página de la obra, estudió árabe con el eclesiástico Pablo Hodar (Haddar), que se alojó en su casa a su llegada a Madrid en 1761. Tanto éste como otro siro-libanés, Juan Amón de San Juan, tuvieron estrecha relación con Pizzi; con el segundo colaboró en la publicación de un texto falsamente atribuido a un médico andaluzí (*Tratado de las aguas medicinales de Salam-Bir que comúnmente llaman de Sacedón escrito en lengua árabe por Agmer-ben-Abd-Dala, médico de Toledo en el año de 1054, traducido al idioma castellano por el doctor don Mariano Pizzi*, Madrid, 1761; la superchería se descubrió en seguida). Aunque algún autor, como Nasser Gemayel, afirma que los tres fueron encarcelados por el fraude de una cédula real en 1770, sólo lo fueron Amón y Haddar, que fue expulsado de España y recaló en Coimbra. Pizzi parece haberse apropiado (o intentado hacerlo así) del trabajo de sus dos amigos. Más detalles en CARRILLO y TORRES, *Ibn al-Baytār y el arabismo español del XVIII*; JUSTEL, «La gramática de la lengua árabe-erudita y su infundada atribución a Patricio de la Torre»; TORRES, «Pablo Hodar, escribiente de árabe en la Biblioteca Real y su relación con dos falsificaciones del siglo XVIII»; GEMAYEL, SAADÉ y KHATER, «Miguel Casiri, impulsor del arabismo en España», págs. 2-3 y ÁVILA, FONT UGALDE y TORRE DE BENITO, *Manuscritos árabes y fondo antiguo de la Escuela de Estudios Árabes*, págs. 11-12 y n.º 32 del catálogo.

Como ejemplo de ese designio, la obra de Patricio de la Torre cumple con creces sus objetivos⁶⁴⁸. Se trata, en efecto de un texto en el que su autor parece haber sido llevado por un entusiasmo fervoroso hacia las grandes realizaciones culturales de los árabes de Oriente y Occidente; pero sobre todo las de estos últimos, que en su opinión superaron ampliamente las de los primeros, guiados como estaban por la benéfica dinastía de los omeyas. Mucho de lo que aduce para llegar a estas conclusiones procede de Casiri y de Juan Andrés, a los que cita reiteradamente o copia sin citarlos; varios de los argumentos de Andrés se reproducen sin grandes variaciones y las conclusiones, como es lógico, no difieren de las de aquél. Pero fray Patricio introduce también en su texto un toque personal y, así, se lamenta de que,

«teniendo en nuestra casa, o como solemos decir, en nuestras manos mismas tan grandes Escritores en todas ciencias y facultades, no nos apliquemos a este ramo de literatura (en vez de ir mendigando noticias extranjeras) para hacer ver a la Europa, que quando toda ella estaba sumergida en las tinieblas de la barbarie y del error, eran sabios los Españoles, y no temo decir que sus Maestros»⁶⁴⁹.

La deriva que van tomando las ideas de Andrés se acerca progresivamente con fray Patricio a un casticismo de horizonte algo limitado, que incluso llega a proponer que «los Árabes domiciliados en España empezaron á cultivar las artes y ciencias con antelación á los de Oriente», lamentándose a continuación de que esta evidencia palmaria no sea mencionada por los eruditos:

«Esto consiste sin duda, o en que las glorias literarias de España se callan con malicia, o en que se ignoran, que es lo mas cierto. El magnánimo Ab del Raxman Ben Meruan fué quien echó los cimientos de la literatura, y de las artes en esta Península»⁶⁵⁰.

⁶⁴⁸ La autoría conjunta que figura en la portada de la obra se desmiente por el uso, en el texto, del pronombre personal en singular (pág. XIII).

⁶⁴⁹ TORRE y GARCÍA ASENSIO, *Ensayos sobre la gramática y la poética de los árabes*, página XVIII.

⁶⁵⁰ *Ibidem*, pág. XXV.

No andaba muy bien informado el entusiasta autor de estos *Ensayos* sobre la genealogía de los omeyas andalusíes, pero en cambio amplía sus observaciones por un camino que será muy transitado (a menudo, en sentido contrario) posteriormente: subrayar las similitudes entre españoles y árabes. A fray Patricio le faltaban algunos años para tener un contacto personal con una sociedad islámica –la marroquí– pero no vacila en afirmar que en España aún se conservan costumbres de los árabes (o, como aclara en nota, de los moros, que es el nombre por el que son más conocidos) y pone por ejemplo que «Nuestros muchachos aprenden hoy día el Be a Ba en las escuelas con los mismos gestos, tonillo y ademanes, que en el tiempo de los Sarracenos, y conforme se practica al presente en las escuelas de Asia y África»⁶⁵¹. Esta singular comparación se complementa con otros usos españoles de raíz árabe, cual es la costumbre de decir «si Dios quiere». Para completar este panorama, se traen a colación «inscripciones, monumentos y actas y documentos escritos en árabe» que llenan España. Como confirmación de esto último, informa fray Patricio a sus lectores que ha visto, en los archivos del marqués de Mondéjar y del duque del Infantado, documentos y cartas en árabe o en castellano, pero escritos «en letra africana» (una de las primeras noticias sobre la existencia de textos aljamiados)⁶⁵².

Todos estos argumentos, expuestos con una retórica inflamada, desembocan en una vigorosa defensa de la utilidad de aprender árabe.

⁶⁵¹ *Ibidem*, págs. XI-XII.

⁶⁵² TORRE y GARCÍA ASENSIO, *Ensayos sobre la gramática*, págs. XII-XIV. En 1763, Casiri había descrito, en un informe sobre códices árabes hallados en Muel, un documento en aljamía; véase GARCÍA-ARENAL y RODRÍGUEZ MEDIANO, «Los libros de los moriscos y los eruditos orientales», pág. 638, y VILLAVARDE AMIEVA, «The collections of Aljamiado manuscripts», con más detalles al respecto (agradezco al autor la consulta de su trabajo, en curso de publicación). Sobre a quién corresponde el descubrimiento de este tipo de textos, VILLAVARDE AMIEVA, «Los manuscritos aljamiado-moriscos: hallazgos, colecciones, inventarios y otras noticias», pág. 117 y n. 134-135 y, del mismo, «Un papel de Francisco Antonio González sobre “códices escritos en castellano con caracteres árabes” (Real Academia de la Historia, año 1816) y noticia de las copias modernas de *Leyes de Moros*».

El lector sabrá así que el árabe es la lengua más apropiada para la difusión del Evangelio; que quien haga progresos en árabe podrá en poco tiempo dominar también el hebreo, el caldeo y el siríaco; que sin el estudio del árabe no se puede hacer el de la Biblia; y, finalmente, que «no puede ilustrarse la historia de España sin el auxilio de esta lengua»⁶⁵³. Si los primeros argumentos respondían a una tradición de erudición orientalista europea, el último es privativo de España y será utilizado reiteradamente por los arabistas del siglo XIX como su credencial académica fundamental.

Podría decirse que, en este proceso de recuperación, lo que ha sucedido es una fagocitación de al-Ándalus por España: los árabes que llegan de Oriente –nunca se habla de los norteafricanos bereberes– son asimilados por el sustrato hispánico tanto como ese sustrato se convierte en sostén de su presencia: son los árabes españoles, pero sobre todo los cristianos españoles arabizados, los que han protagonizado la historia de éxito cultural que se ofrece a Europa. Llevada al extremo, esta asunción del elemento árabe hispanizado conducirá a Simonet (1829-1897) a declarar nula cualquier innovación artística o cultural de árabes y berberiscos, cuyas aportaciones se hicieron todas «bajo el docto magisterio de los cristianos indígenas»; o dicho de otro modo y más adelante, «los árabes nunca invadieron España»⁶⁵⁴.

El campo de los estudios árabes en los que se empiezan a gestar interpretaciones y reinterpretaciones del pasado andalusí, con la

⁶⁵³ TORRE y GARCÍA ASENSIO, *Ensayos sobre la gramática*, págs. xv, LXXI y LXXVII. Estos argumentos, especialmente los dos últimos, eran comunes en el ámbito de los eruditos interesados en el árabe; véase RODRÍGUEZ MEDIANO, «El perfil intelectual de un arabista ilustrado español: José Carbonel y Fogasa»: Carbonel había sido discípulo de Campomanes en el estudio del árabe con Casiri.

⁶⁵⁴ SIMONET, *Influencia del elemento indígena en la cultura de los moros del reino de Granada*, pág. 18. La segunda frase entrecomillada corresponde, como es bien sabido, al título de la versión original en francés de la obra de Ignacio Olagüe, sobre la cual, FIERRO, «Al-Andalus en el pensamiento fascista español. La revolución islámica en Occidente de Ignacio Olagüe» (págs. 335-336, sobre los ecos de los escritos de Juan Andrés en las corrientes ideológicas tradicionalistas y fascistas).

figura de Miguel Casiri como eje de una serie de relaciones profesionales y personales que aquí sólo ha sido posible esbozar, pero que implicaban a intérpretes mediorientales, maronitas sirolibaneses, religiosos españoles y algún profesional liberal, se organiza en torno a tres instituciones fundamentales: el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, la Biblioteca Real y los Reales Estudios de San Isidro. Tanto instituciones como personas se encuentran ligadas por el interés hacia el árabe como lengua de cultura –y de comercio y diplomacia– y el legado escrito en ella: manuscritos y libros impresos en Europa. La búsqueda de manuscritos, su catalogación y su copia constituyen el tronco de la acción erudita en torno al árabe, y esa línea de actuación tendrá una larga vida; como se ha visto, el autor del ms. se lamentaba de que en España no se tenían en cuenta las ocultas riquezas de Marruecos en el capítulo de los manuscritos, que tanto podrían servir para el mejor conocimiento de la historia peninsular. La *Bibliotheca* de Casiri tuvo un papel determinante en la revalorización de los mss. de El Escorial como fuente de conocimiento histórico, y muchos autores posteriores la utilizarán de manera sistemática en ese sentido.

La construcción de una imagen de al-Ándalus incorporada a la narración histórica de España no fue exclusiva de los ilustrados del XVIII. A principios del siglo siguiente, Simón de Argote incluyó en sus *Nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos, por Granada y sus contornos* un largo «Ensayo histórico sobre los árabes» que continúa esa línea de pensamiento y le introduce alguna novedad que preludia temas del romanticismo⁶⁵⁵. De Argote se tienen pocas noticias, aunque su obra conoció cierto renombre. Lo describió brevemente el botánico Simón de Rojas Clemente, que lo conoció en Granada en 1805, haciendo de él un interesante retrato:

«Doctor en Jurisprudencia, excelente filósofo, muy erudito, tiene finísimo gusto, mucho talento, travesura, actividad y exquisitos conocimientos en las

⁶⁵⁵ ARGOTE, *Nuevos paseos históricos*, I, 113-299, y II, 3-123.

bellas letras y Economía, su carácter y el de la Filosofía. Tiene buenos conocimientos mineralógicos»⁶⁵⁶.

Es la imagen misma de un ilustrado, interesado en ciencias y letras, miembro de una élite local interesada en su propia historia y en la promoción de sus riquezas naturales y su industria, y que utiliza criterios racionales y científicos para su investigación histórica: así, pone en duda la veracidad de la leyenda de la Cava, aceptada «por muchos de nuestros historiadores», ya que «la historia de España ofrece motivos bastante poderosos de interés y de política, que debieron hacer mayor impresión sobre aquel guerrero, que este pretendido agravio»⁶⁵⁷. Esta pretensión de racionalidad y verdad está también en el trasfondo de sus *Nuevos paseos*, escritos para contrarrestar la abundancia de leyendas e infundios históricos que esmaltaban la obra de su predecesor Velázquez de Echeverría, autor de los primeros *Paseos por Granada* (1764)⁶⁵⁸.

Argote pertenecía a la generación de ilustrados que se convirtieron sin dificultad en afrancesados. Durante la ocupación francesa de Granada (enero de 1810 - septiembre de 1812) entró en relación con

⁶⁵⁶ PELAYO, «Doctos granadinos del siglo pasado», pág. 22. Más información sobre Argote, en CARRASCO URGOITI, «Paseos» (Juan Velázquez de Echeverría) y «Nuevos Paseos por Granada» (Simón de Argote). Haz y envés de un libro guía»; CALATRAVA ESCOBAR, «Un retrato de Granada a principios del siglo XIX: los “Nuevos paseos” de Simón de Argote»; LÓPEZ TABAR, «El rasgueo de la pluma. Afrancesados escritores (1814-1850)», pág. 7, y BARRIOS ROZÚA, «El Generalife y las ruinas árabes de sus contornos. Un capítulo inédito de los Nuevos paseos de Simón de Argote», (en este excelente estudio se ha deslizado un leve error cuando se afirma que el trabajo de Argote sobre el origen de la peste era obra suya y de otros dos autores, Antonio y Juan Bautista Soldevilla; en realidad, estos dos fueron los censores que emitieron un parecer desfavorable a la publicación, véase el archivo de la Real Academia de Medicina, Signatura: 018(0753a), n.º de registro: 018(0753a) (http://bibliotecavirtual.ranm.es/ranm/i18n/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=1004699, consultado 30 abril 2020).

⁶⁵⁷ ARGOTE, *Nuevos paseos históricos*, I, pág. 146.

⁶⁵⁸ El presbítero granadino Juan Velázquez de Echeverría participó además en uno de los episodios falsarios que jalonaron la historia erudita de Granada en el siglo XVIII (BARRIOS AGUILERA, «Velázquez de Echeverría, Juan», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbc.rah.es, consultado 30 abril 2020); MORA y ÁLVAREZ BARRIENTOS, «Las falsificaciones granadinas del siglo XVIII. Nacionalismo y arqueología».

el gobernador militar francés, el general Sebastiani, y se incorporó, aunque brevemente, a la administración josefina; al retirarse el ejército francés, salió de la ciudad con las tropas, aunque volvió a Granada en algún momento no determinado⁶⁵⁹. El tercer volumen de sus *Nuevos paseos* se publicó, precisamente, en 1812 y corrió la misma suerte que su autor: con la retirada de los franceses, se perdieron prácticamente todos los ejemplares impresos⁶⁶⁰.

El «Ensayo histórico sobre los árabes» es un largo y a veces farragoso texto, que dedica una atención muy fugaz a determinados periodos de la historia y se alarga con complacencia en otros, preferentemente en todo lo que tiene que ver con la Granada andalusí. Como en el texto de fray Patricio de la Torre, también en éste la figura de ʿAbd al-Raḥmān I adquiere un viso sorprendente de soberano ilustrado, justo, pacífico y preocupado por sus súbditos, cuya llegada termina con el periodo de opresión y mal gobierno de los emires dependientes de Damasco. Durante el reinado del primer príncipe omeya, una sabia administración acrecienta la prosperidad del país y Córdoba crece extraordinariamente. Tal es el esplendor del cuadro descrito que, en una nota al pie, Argote considera necesario aclarar que todas las relaciones históricas de los árabes (en las que se supone está basada su exposición) son exageradas; no obstante, añade, «es preciso confesar que la Andalucía nunca ha sido más rica, ni ha estado más cultivada y llena de habitantes, que bajo su imperio»⁶⁶¹. Pero es en la descripción del reino de Granada donde Argote se extiende con mayor amplitud, dedicando loas continuas a la dinastía nazarí, «bajo la qual el reyno de Granada aumentó extraordinariamente su población y riquezas; y llegó al mayor grado de prosperidad á que podia aspirar en las instituciones y gobierno de la administracion

⁶⁵⁹ BARRIOS ROZÚA, «El Generalife y las ruinas árabes», págs. 31-36, sobre las relaciones de Argote con Sebastiani y la visita del rey José a Granada; véase también CALATRAVA ESCOBAR, «Un retrato de Granada a principios del siglo XIX».

⁶⁶⁰ BARRIOS ROZÚA, «El Generalife y las ruinas árabes», pág. 35.

⁶⁶¹ ARGOTE, *Nuevos paseos históricos*, I, págs. 166-167.

Mahometana»⁶⁶². La reserva con que se expresa esta alabanza, sugiriendo que un gobierno «mahometano» tiene unos límites ínsitos para el buen gobierno de la sociedad, no impide el reconocimiento de otros distinguidos logros. La Granada que describe es, como la Córdoba omeya, una nueva Atenas en la que florecen toda clase de saberes; pero, en la estela de Juan Andrés, Argote no aprecia la literatura de los árabes, que carece de valor porque no llegaron a traducir y a emular la de los griegos. Aun así, el renacimiento cultural de Europa en los siglos XI-XIII se debe a los árabes, que hicieron a Occidente el inestimable servicio de traducir los textos griegos que de otro modo se habrían perdido; lástima es, por otra parte, que los frutos de la cultura árabe se resientan de no estar presididos por la razón⁶⁶³. Como puede verse, Argote sigue de cerca alguna de las propuestas de Juan Andrés.

La ambivalencia de muchas de las observaciones de Argote respecto a la cultura y la sociedad árabes se deja sentir a menudo, pero alcanza una expresión singular en el epitafio que dedica a los nazaríes:

«Así acabó el Reino de los Musulmanes en España: de este modo quedó confundida la Religión infame del más feliz sectario, y tal fue la última escena en que desapareció de la Europa, después de ocho siglos, para no volver jamás, esta nación de guerreros, galanteadores hasta la adoración, supersticiosos hasta el fanatismo, y valientes hasta el frenesí»⁶⁶⁴.

Se unen en este párrafo la tradición de polémica contra el islam y la descalificación de la religión y su profeta, con un nuevo modo de apreciar las virtudes y defectos de los árabes, valientes guerreros, fervientes enamorados y supersticiosos fanáticos: obsérvese que de las tres cualidades, la única negativa es la relacionada con la religión. Como observaba el autor del ms., todo unía a moros y cristianos, excepto la religión.

⁶⁶² *Ibidem*, I, pág. 176.

⁶⁶³ *Ibidem*, II, págs. 104-123.

⁶⁶⁴ *Ibidem*, I, pág. 299.

De las otras dos singularidades del carácter «nacional» de los árabes, la relativa a su calidad de «galanteadores hasta la adoración» fue descrita con detalle por Argote en un texto demasiado largo para ser reproducido aquí, aunque merecería serlo. El argumento que desarrolla parte de la inclinación de los árabes granadinos hacia los placeres (un tópico de la literatura orientalista), lo que les llevó a un refinamiento tal en sus relaciones amorosas que fue entre ellos «donde tuvo su origen el entusiasmo de la caballería asociada con el amor; y los que buscaban el teatro de la guerra, y en su defecto el de la caza de las fieras, para ejecutar acciones que los hiciesen dignos de la correspondencia de sus damas»⁶⁶⁵. Lejos de afeminarse por su afición a las lides amorosas, continúa Argote, su ansia de gloria afirmaba su virilidad y se mostraba en batallas fingidas, continuadas en los juegos «de cabezas, cañas y alcancías» a que tan aficionados eran los españoles de los siglos de oro⁶⁶⁶.

De todo esto se desprende, para Argote, una consecuencia evidente:

«¿Cómo es posible, pues, fuesen tratadas con el rigor de la esclavitud, las que eran el objeto de la mayor emulación; y las que, como dice un historiador, poseían todo el arte de hacer valer sus atractivos, y de dar al menor de sus favores un altísimo precio, que no se podía solicitar ni merecer sino á costa de tiempo y de fatigas?»⁶⁶⁷.

Esta argumentación, un tanto alambicada, no deja de sorprender a un lector actual, pues no es usual que en los textos de carácter orientalista, como éste, se cuestione la veracidad de la opresión de las mujeres musulmanas. Argote lo hace situando a las granadinas en un marco de relaciones que remite a ideales caballerescos o a imágenes trovadorescas, que poco tenían que ver con las cosas que pasaban

⁶⁶⁵ *Ibidem*, II, pág. 60.

⁶⁶⁶ Sobre este tema, FUCHS, *Exotic Nation: Mauropophilia and the Construction of Early Modern Spain*, e IRIGOYEN GARCÍA, «Moros vestidos como moros»: *indumentaria, distinción social y etnicidad en la España de los siglos XVI y XVII*.

⁶⁶⁷ ARGOTE, *Nuevos paseos históricos*, II, pág. 61.

en Granada; pero lo notable es que manifestase tan a las claras su disposición a sustituir un estereotipo denigrante por otro positivo.

Argote conocía (y cita) las obras de Juan Andrés y Casiri, autor este último que le sirve para recurrir, por ejemplo, al granadino Ibn al-Ḥaṭīb; como Andrés, no sabía árabe⁶⁶⁸. Se ha visto que los primeros profesores de los Reales Estudios de Madrid no tenían unos grandes conocimientos de la lengua y se limitaron, como sus discípulos, a redactar alguna que otra gramática, inspirada evidentemente en las de orientalistas europeos como Thomas Erpenius (1584-1624) y Jacob Golius (1596-1667) o a recuperar, como hizo Patricio de la Torre, el diccionario de Pedro de Alcalá⁶⁶⁹. La única aportación de calidad científica notable (sobre todo para su época) fue la del franciscano José Antonio Banqueri (1745-1818), discípulo de Casiri y editor y traductor del tratado de agricultura de Ibn al-^cAwwām cuya censura, como se ha dicho antes, redactó Campomanes⁶⁷⁰. Aun así, la actividad arabística del siglo XVIII no llega a dar una producción de cierto relieve: sólo la obra de Casiri ha pasado a la posteridad como monumento fundador de una tradición erudita que le debe haber sacado a la luz los tesoros manuscritos de El Escorial. Los textos de Patricio de la Torre y Simón de Argote que aquí se han mostrado son, por otra parte, un testimonio elocuente de la evolución experimentada

⁶⁶⁸ Aunque no hace una relación de los libros que ha consultado, a lo largo del «Ensayo» cita, junto a estos dos autores, las *Antigüedades árabes de España* publicadas por la Academia de Bellas Artes y a Luis del Mármol, Juan de Mariana y el cónsul francés Chénier. Como curiosidad debe anotarse la cita que hace (pág. 79) de un artículo publicado en el *Journal des Savants* en 1794 sobre el viaje de un mercader árabe a la India en 236/850, «que comentó después Abu Saïd»: se trata de los *Aḥbār al-Šīn wa-l-Hind* (Noticias de la China y la India), dos textos de un ms. de la Biblioteca Nacional de Francia; el Abu Saïd citado es Abū Zayd al-Sīrāfi, autor del comentario al viaje del mercader, llamado Sulaymān.

⁶⁶⁹ JUSTEL, «El “Vocabulista” de Alcalá y su refundición por Patricio de la Torre».

⁶⁷⁰ MARTÍN ESCUDERO, «José Antonio Banqueri», *Diccionario Biográfico Español* / *www.dbe.rab.es*, consultado 1 mayo 2020). Se da la circunstancia de que Banqueri empezó a estudiar árabe en Portugal, donde coincidió y estudió con Pablo Hodar/Haddar, que había sido expulsado de España, como se ha indicado más arriba, por su implicación en el fraude de una cédula real; a su vuelta a España, amplió sus conocimientos con Casiri.

por la visión del pasado andalusí, que va a encontrar un intérprete de mayor ambición en la figura de José Antonio Conde (1766-1820).

Afrancesado como Argote, Conde habría de sufrir las consecuencias de su adhesión a José I y fue expulsado de la Real Academia –aunque posteriormente se le readmitió⁶⁷¹; también como Argote en Granada, tuvo que huir de Madrid con la retirada final del ejército napoleónico en marzo de 1813 y se exilió en Francia. Los paralelismos entre las dos trayectorias personales no lo son tanto en su producción escrita: Conde tenía un perfil más académico, tanto en su actividad profesional (fue bibliotecario y archivero) como en sus intereses científicos, y llevó a cabo un proyecto personal de trabajo que lo convirtió en el autor de la primera historia general de los árabes de España y de la primera monografía sobre la moneda andalusí⁶⁷². No se debe pasar por alto su incorporación temprana a los círculos ilustrados de la capital de España, donde desarrolló la mayor parte de su actividad. En ese sentido, hay que señalar que acudía a una tertulia en la que participaban, entre otros, Leandro Fernández de Moratín (1760-1828), Juan Tineo (1767-1829), sobrino de Jovellanos y que luego sería el albacea de Conde, Juan Antonio Melón (1758-1843), quien fuera promotor y director del *Semanario de Agricultura y Artes* mencionado más arriba en relación con el cultivo del argán y el científico e ingeniero canario Agustín de Betancourt (1758-1824)⁶⁷³.

⁶⁷¹ MONROE, *Islam and the Arabs*, págs. 50-66 (no es correcto, como afirma MONROE, que Conde fuera director de la Biblioteca Real y de la biblioteca de El Escorial); MANZANARES DE CIRRE, *Arabistas españoles del siglo XIX*, págs. 48-79; ALMAGRO GORBEA, «José Antonio Conde García», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rah.es); IDEM, «El “Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia”: pasado, presente y futuro»; GIL, «Contestación».

⁶⁷² La segunda de estas obras, *Memoria sobre las monedas árabes, principalmente las que fueron acuñadas en España bajo los príncipes musulmanes*, se publicó en Madrid en 1817 (CANTO GARCÍA, IBN HAFIZ IBRAHIM y MARTÍN ESCUDERO, *Monedas andalusies. Real Academia de la Historia. Catálogo del gabinete de antigüedades*, pág. 19).

⁶⁷³ Véanse PÉREZ MAGALLÓN, «Una carta de Juan Tineo a Leandro Fernández de Moratín»; RUMEU DE ARMAS, «Leandro Fernández de Moratín y Agustín de Betancourt. Testimonios de una entrañable amistad»; CALAMA y ROSELLÓN, «Juan Antonio Melón González», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rah.es).

Afrancesados algunos, liberales otros, el círculo de relaciones de Conde es muy representativo del ambiente intelectual de su época y da idea de su encaje en los ambientes cultivados de su época, tanto como en el ámbito de la erudición y el arabismo. Conde tuvo también contactos con orientalistas e historiadores extranjeros, lo que revela la proyección exterior de su obra, así como su propio interés en mantener lazos con profesionales no españoles; como ejemplo de ello se deben mencionar sus relaciones con el fundador del orientalismo moderno en Francia, Silvestre de Sacy (1758-1838), con el político e hispanista británico John Bowring (1792-1872) y con el también hispanista norteamericano George Ticknor (1791-1871)⁶⁷⁴.

La Historia de la dominación de los Árabes en España sacada de varios manuscritos y memorias arábigas se publicó muy poco después de la muerte de Conde; los tomos segundo y tercero fueron editados por su amigo y albacea Juan Tíneo⁶⁷⁵. La obra tuvo una difusión importante, tanto en España como en otros países. Se publicaron traducciones en francés y alemán en 1824 y 1825; en italiano, en 1836 y en inglés, en 1854⁶⁷⁶. Se trataba, en efecto, de una

⁶⁷⁴ A Sacy lo conoció en París y luego mantuvo correspondencia con él (DERENBOURG y BARRAU-DIHIGO, «Quatre lettres de Josef Antonio Conde à Silvestre de Sacy»). BOWRING conoció a Conde en Madrid, durante su viaje a España en 1819, y menciona la próxima publicación de la *Historia* en sus *Observations of the State of Religion and Literature of Spain* (Londres, 1819), destacando la importancia y calidad de su trabajo. GEORGE TICKNOR reconoce, en el prefacio de su influyente *History of Spanish Literature* (I, pág. vii) su deuda con Conde, que le orientó en sus primeras investigaciones durante su estancia en España en 1818; a su muerte, contribuyó con otros amigos de Conde a los gastos de su entierro.

⁶⁷⁵ En el tomo II, pág. 457, el editor hace constar las dificultades de su tarea, pues el texto original no había sido dispuesto totalmente por Conde para su impresión, por lo que solicita la indulgencia de los lectores; lo mismo hace al inicio del tomo III.

⁶⁷⁶ La traducción francesa, a cargo de Jules Lacroix de Marlès, un prolífico autor de historias de países muy diversos y de literatura popular, amplía el propósito inicial de Conde introduciendo textos de autores «cristianos»; de hecho, el traductor presenta la obra como «régigée sur l'histoire traduite de l'arabe en espagnol de M. Joseph Conde». Esta versión, más que traducción, se ha reeditado en 1847, 2004 y 2014; esta última es una adaptación, anotada, publicada en la colección Bibliothèque de la jeunesse chrétienne (www.data.bnf.fr, consultado 15 mayo 2020).

obra que por vez primera se proponía narrar la historia del periodo en su conjunto, recurriendo para ello a los textos escritos en árabe por los propios andalusíes. Es un cambio cualitativo de importancia fundamental y como tal fue reconocido, contribuyendo en buena medida al prestigio de su autor⁶⁷⁷.

Junto a otras características particulares de su obra, como el propósito declarado de tratar de emular el estilo de la prosa árabe con la suya, Conde continúa la trayectoria iniciada por Juan Andrés, a la que añade nuevas perspectivas producto de su experiencia vital y del entorno intelectual al que pertenecía. Su postura ante el relato historiográfico que tiene entre manos es, lo dice así al inicio de la *Historia*, la de escribir la historia de los vencidos, sepultada, como suele ocurrir, por la versión triunfadora de los vencedores⁶⁷⁸. Su decisión de recurrir para ello a las fuentes árabes no es sólo un ejercicio de metodología científica, sino una opción personal para dar voz a los derrotados; es tentador suponer que Conde, escribiendo desde el exilio parisino o desde el exilio interior a su vuelta a España, viera en su propósito una reivindicación de los andalusíes tanto como de los afrancesados y liberales, sometidos a la férrea censura del gobierno absoluto de Fernando VII⁶⁷⁹. Su descripción del régimen impuesto tras la conquista árabe de la península puede interpretarse como una velada crítica al que se sufría en la España de ese nefasto periodo; al

⁶⁷⁷ Esta situación cambió radicalmente tras la publicación, en 1849, de una larga y despiadada crítica del arabista holandés Reinhart Dozy (1820-1883), señalando todos los errores de la obra de Conde –sin duda muchos, pero en gran parte disculpables por el estado de los conocimientos en su época; sobre ello, MANZANARES DE CIRRE, «Gloria y descrédito de D. José Antonio Conde», y MARÍN, «Scholarship and Criticism: the Letters of Reinhart Dozy to Pascual de Gayangos (1841-1852)», donde se ponen en contexto ésta y otras duras críticas de Dozy.

⁶⁷⁸ CONDE, *Historia de la dominación de los Árabes en España sacada de varios manuscritos y memorias arábicas*, I, pág. III.

⁶⁷⁹ MARTINEZ-GROS ha hecho una lectura de la figura de Ibn Ḥafṣūn, el rebelde muladí contra los omeyas en el siglo IX, que explica cómo Conde estableció un paralelo entre esa rebelión y la de los guerrilleros españoles durante la guerra de la Independencia («Ibn Ḥafṣūn ou la construction d'un bandit populaire»).

enfaticar las bondades de los nuevos señores lo hace señalando su conducta hacia los vencidos cristianos:

«El libre ejercicio de su religión, la conservación de sus templos, y la seguridad de sus personas, bienes y posesiones, recompensaba la sumisión y el tributo que debían pagar á los vencedores. Y la fidelidad de estos en guardar sus pactos, y mantener justicia igual con todas las clases, sin distinción alguna, ganaba la confianza de los pueblos, así en común como en particular. Y en estas prendas, generoso ánimo y hospitalidad eran extremados los Árabes de aquellos tiempos»⁶⁸⁰.

Otro tema tratado en la introducción de la *Historia* debe traerse aquí a colación, ya que reaparece, como se ha visto más arriba, en la pluma del autor del ms., que quizá pudo leer a Conde en España o en Londres, a donde se trasladó desde Tánger –se verá después que su obra era bien conocida y apreciada por los exiliados liberales en la capital británica. Se lamenta Conde, en estas páginas introductorias, de que las bibliotecas españolas no contengan tantos manuscritos árabes como hubiera sido de desear y atribuye esta situación al menosprecio con que se habían mirado tradicionalmente la historia y la literatura de los árabes; no sólo se perdieron muchos manuscritos tras la conquista de Granada, quemados por erróneo prejuicio religioso o luego por incendios accidentales como el de El Escorial, sino que

«nunca se han aprovechado las ocasiones de adquirir manuscritos arábigos, trayéndolos de África, donde fueron á parar las obras de nuestros Andaluces, y donde van pereciendo olvidadas y desconocidas de sus bárbaros dueños. Por cierto que no hemos imitado la diligencia y esmero de los sabios de Holanda, Francia é Inglaterra en traer de Oriente y de Africa, cuantos manuscritos han podido adquirir, allegando estas riquezas literarias, que son ahora el principal ornato de sus bibliotecas»⁶⁸¹.

El manuscrito perdido es, de nuevo, el símbolo escrito de la desaparición de al-Ándalus y de la incuria a que se ha sometido su memoria.

⁶⁸⁰ CONDE, *Historia*, I, pág. VII.

⁶⁸¹ *Ibidem*, págs. v-vi.

Por último, y aunque no proceda del propio Conde, la introducción del volumen III de la *Historia*, debida a su editor Juan Tineo, contiene una notable interpretación de lo que entonces todavía no había sido consagrado con el nombre de «reconquista». Se lamenta Tineo de que haya sido necesaria su intervención para limar y corregir el texto manuscrito de Conde, tanto más cuanto que ese volumen trata de los acontecimientos de un periodo tan importante como el que presencié las grandes conquistas de los cristianos en Andalucía. A través de los relatos sobre estos hechos se puede observar, continúa, que españoles y árabes españoles compartían las mismas prendas de carácter, como el tesón, la constancia y el valor; unos y otros sólo se diferenciaban por la religión –como afirmaría después el autor del ms.– y de ahí que concluya que las guerras de esos tiempos fueron en realidad de españoles contra españoles, con los horribles resultados de una contienda civil⁶⁸². Nada más lejos de la que sería luego, en la historiografía, la imagen de la reconquista como mito fundacional de la historia de España. Sin llegar a alcanzar esa conclusión, el autor del ms. insistirá por su parte en los lazos que unían a los habitantes de la península ibérica en los siglos medievales y que hacían de ellos una sola familia; tanto él como Tineo replantean de forma radical la inserción en la historia de España de un al-Ándalus al que despojan de su carácter tradicional de elemento extraño y ajeno a la esencia hispánica. Con el tiempo, estas ideas cristalizarán en el «mito de al-Ándalus», que, con grandes altibajos y derivaciones múltiples, ha llegado hasta nuestros días⁶⁸³.

La obra de Conde tuvo repercusiones muy notables tanto en España como en otros países y contribuyó a difundir una imagen del pasado andalusí que ponía el acento sobre las cualidades más positivas de su cultura y sociedad; un pasado, también, que se prestaba a transformarse en materia literaria, coincidiendo con la creciente boga

⁶⁸² *Ibidem*, III, pág. III.

⁶⁸³ Véase TORRECILLA, *España al revés. Los mitos del pensamiento progresista*, capítulo 3.

de lo oriental entre los literatos europeos del romanticismo⁶⁸⁴. Se suele mencionar, como una de las obras significativas de esta tendencia orientalista entre los literatos españoles el drama *Aben Humeya*, estrenada en 1830 por Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862); sin embargo, conviene recordar que durante su destierro en el peñón de Vélez de la Gomera, junto a la costa del Rif, el autor granadino escribió, en 1818, *Morayma*, un drama situado en Granada y que debía a la lectura de Ginés Pérez de Hita y sus *Guerras civiles de Granada*, de donde sacó «un argumento alusivo cabalmente a mi país natal»⁶⁸⁵; no será la única obra inspirada por Pérez de Hita, que se tradujo a varios idiomas europeos en los primeros años del siglo XIX. Había, pues, en el ambiente una abierta receptividad hacia los temas legendarios y novelísticos vinculados a la «España árabe». La obra de Conde, con su intención de dar una versión fidedigna de los hechos históricos basándose en los textos árabes, vino a ampliar la perspectiva romántica y suministró un nuevo caudal de datos y sucesos tanto a historiadores como a literatos españoles y extranjeros⁶⁸⁶.

⁶⁸⁴ COMELLAS, «Argumentos poéticos para un debate político: la poesía del Siglo de Oro en los años del exilio romántico». Como indica SANTOYO («Francisco Martínez de la Rosa, autor y traductor: nueva visita a *Aben Humeya*», pág. 469) se da la circunstancia de que Chateaubriand publica *Les aventures du dernier Abencérage* en 1826, un año después de la aparición de la traducción francesa de la *Historia* de Conde; pero Chateaubriand había compuesto su novela histórica mucho antes, en 1809-10, inspirándose en parte en la obra de Ginés Pérez de Hita, cuya traducción francesa apareció en 1809 (ARIÉ, *Études sur la civilisation de l'Espagne musulmane*, pág. 183). CARRASCO URGOITI (*El moro de Granada en la literatura*, págs. 244, 250, 294, 302, 356, 367 y 375) ha estudiado la huella de Conde en Washington Irving y autores españoles como Martínez de la Rosa, Fernández y González y Zorrilla.

⁶⁸⁵ MARTÍNEZ DE LA ROSA, *Obras literarias*, IV, pág. 3. Véase SANTOYO, «Francisco Martínez de la Rosa, autor y traductor: nueva visita a *Aben Humeya*» (pág. 468, al referirse a *Morayma*, indica que este personaje es la última reina mora de Granada, mujer de Boabdil; pero en realidad la *Morayma* de Martínez de la Rosa es una hermana del sultán nazarí, viuda de un abencerraje); CARRASCO URGOITI, *El moro de Granada*, págs. 171-176.

⁶⁸⁶ LLORENS, *Liberales y románticos*, pág. 186. En 1826, SILVESTRE DE SACY publicó una larga reseña sobre la *Historia* de Conde y la traducción francesa de Marlès, muy crítica con esta última; respecto a Conde, junto a algunas observaciones de detalle, le reconoce el mérito de haber dado a conocer a los autores árabes; aunque se podría lamentar que no haya ido

Las referencias a Conde se van a multiplicar en el entorno del exilio liberal en Inglaterra, cuya producción literaria y cultural fue muy notable⁶⁸⁷. Ya se ha dicho que John Bowring, en sus *Observations of the State of Religion and Literature of Spain* anunciaba en 1819 la próxima publicación de la *Historia* de Conde, «the learned Orientalist, whose erudition and diligent research promise a most valuable and interesting narration»⁶⁸⁸; este anuncio se hace tras pintar un sombrío cuadro de la literatura española, con sus más preclaros ingenios en el exilio y la censura absolutista suprimiendo cualquier veleidad de pensamiento, y presenta a Conde como una esperanzadora excepción en el yermo cultural español. La noticia se reprodujo luego, con una gran parte del texto de Bowring (que no era muy extenso), en el *Monthly Magazine*⁶⁸⁹, dándole así una mayor repercusión. Además, al conocer la muerte de Conde, Bowring insertó, en un artículo sobre la poesía en España, un sentido párrafo en el que lamenta su desaparición y rememora los días en que lo trató, cuando Conde vivía en la oscuridad y la pobreza, pero dedicado con entusiasmo a sus tareas de investigación, sobre las que afirma que «his industry, his habits, and his learning had eminently qualified him for the task»⁶⁹⁰. A pesar de ello, la *Historia* de Conde tuvo que

más allá, afirma, no se le puede criticar por ello (*Journal des Savans*, marzo-abril 1826, páginas 144-154 y 217-227).

⁶⁸⁷ LLORENS, *Liberales y románticos*, y bibliografía citada en las notas siguientes. Para un panorama general, BRENNEKE, *Von Cádiz nach London. Liberalismus im Spannungsfeld von nationaler Selbstbestimmung, Internationalität und Exil (1820-1833)*.

⁶⁸⁸ BOWRING, *Observations*, pág. 13. Véase COMELLAS, «La historia literaria española según John Bowring: “Observations on the state of religion and literature in Spain” (1819), “Poetical literature of Spain” (1821-1822) y *Ancient Poetry and Romances of Spain* (1824)», y BOWRING, *Free Trade’s First Missionary. Sir John Bowring in Europe and Asia*, pág. 26.

⁶⁸⁹ Se publicó en el número de 1 de mayo de 1820, págs. 524-530.

⁶⁹⁰ Este artículo pertenece a una serie de tres que se publicó bajo el título «Poetical Literature of Spain»; el obituario de Conde apareció en *Retrospective Review*, III, part II, 1820, pág. 204. La revista no publicaba los nombres de sus colaboradores, pero hace tiempo que se identificó a Bowring como su autor: CAMPBELL, *The Retrospective Review (1820-1828) and the Revival of the Seventeenth-Century Poetry*, pág. 14. Sobre el contenido de la serie, COMELLAS, «La historia literaria española», págs. 402-403.

esperar a ser traducida al inglés hasta 1854, cuando ya las críticas de Dozy habían arruinado su reputación como historiador⁶⁹¹.

Por el contrario, en su edición española, la obra de Conde conoció un periodo de intensa difusión en los círculos de los exiliados liberales en Londres. Éstos formaban un grupo heterogéneo en el que destacaban personalidades con intereses intelectuales diversos, pero aglutinados por la condición del exilio y la oposición a las ideologías reaccionarias. Entre sus muchas actividades, consiguieron sacar a la luz una extensa serie de publicaciones periódicas en español (y algunas en inglés), que son hoy un testimonio inapreciable de la cultura española del XIX y del mundo del exilio. Dos de ellas interesan aquí: *Variedades o El Mensajero de Londres y Ocios de Españoles Emigrados*⁶⁹².

La primera de ellas fue una de las muchas empresas que el editor Robert Ackermann promovió con destino al público americano hispanófono y que encargó en esta ocasión a José María Blanco White (1775-1841), quien fue autor, traductor y adaptador de prácticamente todos los textos que aparecieron en la revista durante los breves años de su publicación (1823-1825)⁶⁹³. En *Variedades* publicó Blanco una amplia reseña de los dos primeros volúmenes de la obra de Conde, en

⁶⁹¹ Como puede comprobarse en la reseña de la traducción por el que sería luego (estaba entonces en los inicios de su carrera académica) eminente arabista británico WILLIAM WRIGHT (1830-1856), «On the Authorities for the History of the Dominion of the Arabs in Spain». WRIGHT no solo arremete contra la traductora de Conde, sino también contra éste y contra Pascual de Gayangos, reproduciendo una copiosa serie de errores señalados en las obras de ambos por Dozy, a quien considera el único historiador fidedigno sobre el periodo andalusí.

⁶⁹² LLORENS, *Liberales y románticos*, cap. VIII; DURÁN LÓPEZ y MUÑOZ SEMPERE, «Periódicos españoles en Londres: prensa “en” y “desde” el exilio»; VARELA SUANZES-CARPEGNA, «La prensa liberal española», págs. 333-335 (sobre *Ocios de Españoles Emigrados*); SOLER PASCUAL, «*Ocios de españoles emigrados*: una revista del exilio londinense»; COOKE, «Siete Cartas de Londres: aspectos de autonomía y moralidad en *Ocios de Españoles Emigrados*»; IDEM, «Nation, Myth, and History in *Ocios de Españoles Emigrados*»; MUÑOZ SEMPERE, «Cultural Identity and Political Disidence». Sobre *Variedades*, DURÁN LÓPEZ, «Blanco White aconseja a los americanos: *Variedades o El Mensajero de Londres*»; IDEM, «Dudas y brahmines: estrategias críticas de José María Blanco White en *Variedades o El Mensajero de Londres*».

⁶⁹³ Sobre la revista, LLORENS, *Liberales y románticos*, index; GARNICA SILVA, «José María Blanco y Crespo», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rah.es, consultado 10 mayo 2020).

varias entregas, a partir de enero de 1825⁶⁹⁴; la desaparición de la revista ese mismo año interrumpió el hilo de esta reseña, que sería reanudado más tarde por Pablo de Mendíbil en *Ocios de españoles emigrados* (lámina XXVI). Esta segunda revista tuvo una vida algo más larga: la fundaron los hermanos Jaime y Joaquín Lorenzo Villanueva y el exministro de Hacienda José Canga Argüelles y se publicó de 1824 a 1827.

El escritor y periodista Pablo de Mendíbil (1788-1832), exiliado desde 1813 a 1820 y de nuevo a partir del fin del Trienio, desarrolló una gran actividad publicística en Londres, donde dio también clases de español; allí murió sin haber retornado a España⁶⁹⁵. Colaboró con Blanco White en sus *Varietades* y se encargó de la sección literaria de los *Ocios*, donde, en 1825, publicó un largo artículo titulado «Influencia de los árabes sobre la lengua y la literatura de España»⁶⁹⁶, en el que dice haber utilizado la *Historia* de Conde como una de sus fuentes más importantes, junto a los *Orígenes de la lengua española* (1737) de Gregorio Mayans y *De la littérature du midi de l'Europe* (1813) de Jean-Charles Simonde de Sismondi. En realidad, el artículo sigue muy de cerca las líneas principales de la obra de Conde; incluso su planteamiento inicial está tomado del de la *Historia*, al lamentarse de que la historia la escriben siempre los vencedores, que condenan la causa de los vencidos por haberlo sido y desacreditan todos los logros que hubieran producido; de ahí, afirma, procede el descrédito que han sufrido su literatura y sus artes.

⁶⁹⁴ DURÁN LÓPEZ, «Dudas y brahmines», pág. 143; SAGLIA, «Entre Albión y el Oriente: orientalismo romántico y construcción de la identidad nacional en el exilio londinense» (http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/entre-albion-y-el-oriente-orientalismo-romantico-y-construccion-de-la-identidad-nacional-en-el-exilio-londinense-877282/html/8c3d6856-7da3-42e3-b1aa-68421dab31a2_3.html, consultado 9 mayo 2020).

⁶⁹⁵ VIDAL-ABARCA LÓPEZ, «Pablo de Mendíbil y Grao», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rae.es, consultado 7 mayo 2020). En los últimos años de su vida aceptó realizar tareas de espionaje para el embajador de Fernando VII, Francisco Cea Bermúdez, quizá con vistas a un posible regreso a España; los documentos sobre este asunto han sido publicados por ÁLVAREZ BARRIENTOS, «Pablo de Mendíbil (1788-1832), espía de Fernando VII». Véase, del mismo autor, «La crítica literaria del publicista Pablo de Mendíbil en Londres».

⁶⁹⁶ *Ocios de Españoles Emigrados*, XIII, abril de 1825, págs. 291-299.

El resto de su argumentación reproduce muchas de las cosas que ya había señalado Conde: el esplendor de al-Ándalus y su superioridad cultural sobre la Europa contemporánea, las huellas de esa excelsa herencia, presentes por doquier en España: cultivos, regadíos, edificios soberbios, préstamos en la lengua castellana y en la literatura... hasta en los usos cotidianos se encuentra ese rastro («existen todavía vivos los Árabes españoles en las diversiones, y aun en el traje del sencillo pueblo»⁶⁹⁷). Las alabanzas hacia la cultura árabe y el régimen tolerante con la población que dominaban, la poderosa influencia que ejercieron sobre los españoles, la comunidad que los unía en todos los planos, excepción hecha del religioso, son otros tantos ritornelos que van y vienen de Conde a Mendíbil. Éste se lamenta, como su predecesor, del abandono en que se ha tenido a la literatura y la historia de los árabes de España –aunque se felicita de que ya pueda contarse con la obra de Conde, la primera en su género⁶⁹⁸–, de donde extrae uno de sus argumentos más llamativos: la rima de los romances (entonces en plena efervescencia como muestra de la más auténtica poesía española) procede de los poemas árabes: el verso que no rima en asonante es el equivalente al primer hemistiquio de los poemas árabes. Mendíbil amplía esta perspectiva para señalar otras huellas, para él evidentes, de la influencia árabe en los escritos españoles: el abundante uso de refranes, la manía de moralizar con parábolas y alegorías, la minuciosidad y candidez de la narración y la sutileza mística de los autores ascéticos⁶⁹⁹.

Si no original en su mayor parte, el artículo de Mendíbil contribuyó a difundir las ideas de Conde, que ofrecían una visión alternativa

⁶⁹⁷ MENDÍBIL, «Influencia de los árabes», pág. 292.

⁶⁹⁸ *Ibidem*, pág. 295. Añade, en nota, que es lástima que hasta ese momento no se hayan publicado las traducciones de poesía árabe que Conde tenía preparadas y teme que se hayan perdido en las últimas «revueltas políticas». A este proyecto de publicar traducciones de poesía árabe se refiere CONDE (*Historia*, I, pág. XIX), anunciando que irían acompañadas de un prefacio en el que demostraba la gran influencia de la poesía árabe sobre la castellana.

⁶⁹⁹ MENDÍBIL, «Influencia de los árabes», págs. 297-299.

a la evaluación tradicional de la literatura castellana; por otro lado, el rescate de las huellas o influencias árabes en la producción literaria hispánica es un paso más allá en la línea trazada desde Juan Andrés. A través de Mendíbil, Conde establece que no sólo se debe recuperar la cultura de los árabes que vivieron en España y asumirla como gloria propia de la nación, sino que hay que reconocer que la influencia que ejerció esta cultura sobre la española la modificó profundamente y le dio su carácter más específico. Mendíbil lo proclama así, al término de su artículo: mientras no vea enteramente reemplazada esta «fisonomía oriental» por otra más noble, «tampoco tendré reparo en decir: primero moro, que renunciar a los hermosos títulos de gloria que los árabes nuestros abuelos han transmitido a la nación española»⁷⁰⁰.

Al año siguiente, Mendíbil volvió a ocuparse en la obra de Conde en *Ocios de Españoles Emigrados*, mediante la publicación de una reseña del tercer volumen de la *Historia*. Se ha dicho antes que de los dos primeros se había encargado José María Blanco White en la revista *Variedades*⁷⁰¹; como explica Mendíbil al inicio de su reseña, al cesar la publicación de esa revista, y puesto que tanto ella como *Ocios* se dirigían a un público sobre todo americano, pareció conveniente hacerla aparecer en la que había sobrevivido (por el momento)⁷⁰². Se trata de una reseña «en clave»: Mendíbil lee el texto de Conde como una metáfora de la historia de España que le ha tocado vivir. El periodo descrito en el tercer volumen de la *Historia* se corresponde con la decadencia de los almohades y el reino nazarí de Granada; para Mendíbil, como está lleno de divisiones y lucha internas, se trata de un «espantoso ejemplo contra los partidarios del poder absoluto». En efecto, los andalusíes de esa época no consiguieron dotarse de

⁷⁰⁰ *Ibidem*, pág. 299.

⁷⁰¹ Cosa que hizo con entusiasmo, según COMELLAS, «La construcción de la identidad literaria española en el exilio liberal: los artículos de José Joaquín de Mora en *The European Review* (1824-1826)», pág. 264.

⁷⁰² MENDÍBIL, «Análisis del tomo III y último de la *Historia* de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas por don José Antonio Conde».

«una lei, un pacto fundamental con los mismos estatutos y reglamentos que les dieron los Alakens, los Abderhamanes, los Hixems, y otros príncipes de buena memoria», o sea, aunque no lo dice así, una constitución, como fue la aprobada en Cádiz en 1812. Por esa razón, prosigue, desaparecieron hasta los últimos restos de

«tan ilustre nación (...) viéndose lanzadas las pocas familias que sobrevivieron a su ruina con tanta ignominia como crueldad, de la tierra misma que mejoraron con el cultivo, que ilustraron con sus grandes conocimientos y que hermosearon y enriquecieron con todas las producciones de la industria y de la sabiduría»⁷⁰³.

No es difícil trasponer esta descripción a la que podría hacerse de los exiliados liberales, expulsados, por el despotismo de un rey absoluto, del país a cuyo florecimiento cultural tanto habían contribuido.

Conde se había limitado a señalar el fin del reino nazarí de forma sucinta: «así acabó el imperio de los Muzlimes en España el día cinco de Rabie primero del año ochocientos noventa y siete»⁷⁰⁴ (hay que tener en cuenta, que a falta de otras indicaciones de Conde, quizá Tineo se limitó a dejar constancia de la fecha como punto final del recorrido histórico nazarí). Mendíbil, por su parte, y en consonancia con el tono de su artículo anterior, expresa en su reseña «la dolorosa impresión que siente el alma con el triste paradero de la dominación muzlímica en España»⁷⁰⁵, una sensación desde luego novedosa en el tratamiento de ese periodo histórico por parte de la historiografía española; recuérdese cómo Juan de Mariana mostraba su alivio por el fin de la «mengua y afrenta» que había sufrido la nación al ser sometida al dominio musulmán; o cómo para Argote, tan filoandalusí en algunos aspectos, el término del reino nazarí suponía la derrota y confusión de la «religión infame», expulsada por fin de tierras europeas. Mendíbil, que prefería una literatura con influencias árabes a francesas, proyecta probablemente la pérdida de al-Ándalus en la de

⁷⁰³ MENDÍBIL, «Análisis», pág. 147.

⁷⁰⁴ CONDE, *Historia*, III, pág. 260.

⁷⁰⁵ MENDÍBIL, «Análisis», pág. 345.

la España constitucional, ambas desaparecidas por el efecto de unas conquistas que acabarían con la libertad e incluso con la existencia de los vencidos.

También pertenecía al círculo de los liberales exiliados en Inglaterra el periodista, literato, político (y algunas cosas más) José Joaquín de Mora (1783-1864), que publicó en 1826 dos volúmenes con el título de *Cuadros de la historia de los árabes*⁷⁰⁶. A esta obra habían precedido, en 1824-1825, tres artículos sobre la poesía española que aparecieron, en inglés, en la revista londinense *The European Review*. En el tercero de ellos, Mora avanzaba su convicción de la importancia que la presencia árabe había tenido para conformar la identidad de los españoles y su literatura⁷⁰⁷. En cuanto a sus *Cuadros*, proceden de un encargo que le hizo Ackermann: publicar una versión aligerada de la *Historia* de Conde, a la que Mora añadió una primera parte sobre Arabia, Mahoma, el islam y las conquistas de la expansión árabe-islámica.

Se ha acusado a Mora de plagio⁷⁰⁸; desde luego su libro no indica las fuentes en que se basa, que sólo menciona en un anuncio publicado en una de las revistas de Ackermann que él dirigía: para la parte primera se había basado en Gibbon y para el resto, en Conde⁷⁰⁹. No obstante,

⁷⁰⁶ El editor de esta obra fue Ackermann, con quien Mora colaboró activamente durante sus años de estancia en Londres, como puede verse en la larga relación de sus obras recogida por VILAR Y VILAR, «José Joaquín de Mora», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rab.es, consultado 11 mayo 2020). Como Moreno de Guerra (y probablemente también el autor del ms.), Mora fue abierto partidario de la independencia de las colonias españolas en América y durante una etapa de su agitada y extraordinaria existencia participó activamente en la vida política y cultural de Argentina, Chile, Perú y Bolivia; véase ZAZO ESTEBAN, «José Joaquín de Mora, protestante ante la muerte», y GARCÍA CASTAÑEDA y ROMANO FERRER (eds.), *José Joaquín de Mora o la inconstancia: periodismo, literatura y política*.

⁷⁰⁷ COMELLAS, «La construcción de la identidad literaria española», pág. 265.

⁷⁰⁸ Es el caso de HENRY KAMEN, en *The Disinherited: The Exiles Who Created Spanish Culture*, págs. 74-75 (según cita de COMELLAS, «La construcción de la identidad literaria española», pág. 265).

⁷⁰⁹ Así lo explica RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, «Los *Cuadros Árabes* de José Joaquín de Mora», págs. 230-231. El capítulo 50 de *The Decline and Fall of the Roman Empire* de EDWARD GIBBON está dedicado, en efecto, a los primeros tiempos de la historia del islam.

y a pesar de que Mora omitiera esa información en la introducción a sus *Cuadros*, lo cierto es que su «versión» de la historia de los árabes en España es una reescritura del original, que transforma y recrea para despojarlo de todo su aparato historiográfico y convertirlo en una «inmensa novela de aventuras históricas»⁷¹⁰. El propio material con que se encontró para esta tarea se la facilitó enormemente, según su propia confesión:

«El carácter peculiar de la historia de los Árabes es el colorido poético de que están revestidas todas sus partes. En ella la verdad se presenta con la gracia y el interés de la novela, no sólo en los sucesos mismos, sino en las circunstancias que los acompañan; en las costumbres orientales transplantadas a la mansión de los bárbaros del Norte; en el arrojo de los caudillos; en la exaltación de los sentimientos; en la fuerza de las pasiones; en la grandeza de los personajes que aparecen en tan animada y curiosa escena»⁷¹¹.

No se conforma Mora, por otra parte, con adaptar a su estilo el de la *Historia* de Conde, sino que introduce a veces sus propias opiniones, como sucede con la desaparición de la presencia árabe en España; a diferencia de Mendíbil, Mora incluye un broche final que se aleja del pasado andalusí para apuntar hacia tiempos más modernos:

«Tal fue la suerte de los estados fundados por los Muslimes en España. Desde su salida de aquel país, el Mahometismo no ha dominado sino en pueblos degradados por la tiranía, y embrutecidos por la ignorancia»⁷¹².

Se desliza aquí uno de los temas que también apunta el autor del ms.: el esplendoroso pasado andalusí no ha tenido continuidad ni parangón y las sociedades islámicas contemporáneas yacen bajo el peso del despotismo y la barbarie⁷¹³.

⁷¹⁰ RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, «Los *Cuadros Árabes*», pág. 235.

⁷¹¹ MORA, *Cuadros de la historia de los árabes*, I, págs. x-xi.

⁷¹² *Ibidem*, II, pág. 338.

⁷¹³ MORA volvió al tema de la historia andalusí en la última de sus *Leyendas españolas*, publicada en 1840 y dedicada a la figura de don Opas; se trata en realidad de una sátira política (escrita en octavas reales) que utiliza su recreación de la «pérdida de España» para hacer una acerba crítica al clero, la iglesia y la monarquía (AMORES GARCÍA, «*Don Opas* de José Joaquín

¿Leyó el autor del ms. alguno de los textos hasta aquí enumerados? Pudo tener ocasión de ello: escribía en Londres en agosto de 1826 y es de suponer que estuvo en contacto con los ambientes en que se movían los exiliados liberales en la capital británica. Que los refugiados en Tánger habían mantenido contactos con los de Londres se ha hecho notar con anterioridad; las noticias publicadas en *El Español Constitucional* describen las dificultades de los españoles asilados en Marruecos de un modo que coincide con el del relato del autor del ms. Establecer una conexión directa entre los autores aquí examinados y el del ms. es imposible; pero su comunidad de pensamiento con alguno de ellos parece evidente, lo que no es de extrañar. La mayoría de los intelectuales exiliados en Londres aceptaban la impronta árabe como una de las señas de identidad de la historia de España y de su literatura; la excepción a este respecto que se suele señalar es la de Alcalá Galiano, que rechazaba la influencia del árabe en el castellano, aunque por otra parte admitía que en el sur de España se había dado, y aún continuaba, una estrecha comunión de costumbres, vida social, atuendos y fisonomías con las poblaciones norteafricanas que había impregnado naturalmente la producción literaria de los andaluces⁷¹⁴.

Este «filoarabismo» de los exiliados liberales encontró, por otra parte, un caldo de cultivo muy favorable entre los literatos ingleses del momento, que mostraron gran interés por los temas de carácter oriental y los relacionados con la historia árabe de España⁷¹⁵. Se trata de una tendencia generalizada en las letras europeas, coincidente con la expansión del movimiento romántico y su exaltación de temas medievales y exóticos; a la órbita de ese grupo de escritores se incorporó otro liberal exiliado, Telesforo de Trueba (1799-1835), educado

de Mora: las posibilidades de un modelo y de un tema legendario», y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, «Los Cuadros Árabes», págs. 227-228).

⁷¹⁴ ALCALÁ GALIANO, *An Introductory Lecture*, págs. 8-10, 12, 17 y 23. Véase LLORENS, *Liberales y románticos*, pág. 186, y SAGLIA, «Entre Albión y el Oriente».

⁷¹⁵ Para los nombres de autores y obras de esta temática, SAGLIA, «Entre Albión y el Oriente» y SANTOYO, «Francisco Martínez de la Rosa», pág. 469.

en Inglaterra y cuya abundante producción literaria se escribió casi toda en inglés. De los románticos ingleses recibió una fuerte influencia, pero también se inspiró en el Romancero, Calderón de la Barca o Ginés Pérez de Hita. Trueba es, por tanto, un notable caso de hibridación cultural, en la que se funden tradiciones literarias que él maneja con destreza y lo convierten en un autor singular, situado en la estela de Walter Scott y su exitosa novela histórica⁷¹⁶.

Para Trueba, como para otros de sus contemporáneos, españoles o no, al-Ándalus se había convertido en un motivo literario cuyas reminiscencias históricas se diluían en el fondo de un escenario poblado por personajes inventados o vagamente basados en figuras reales. La presencia de al-Ándalus en estas obras ofrece al autor la posibilidad de aunar al exotismo del pasado medieval el de la cultura árabe-islámica peninsular, cuyos restos monumentales tanto iban a atraer a los viajeros decimonónicos que visitaban España⁷¹⁷.

La importancia de la visión literaria de al-Ándalus corresponde también, por otra parte, a una época en que la historia todavía estaba lejos de haber alcanzado su autonomía de la literatura: como se ha visto antes, y como era usual en toda Europa, el interés académico por los estudios árabes se fundamenta en la lengua árabe y su literatura, que engloba la narración histórica; en España, la formación de historiadores y su profesionalización no llegará hasta los años cuarenta del siglo XIX⁷¹⁸. Se dirá que Conde escribió una historia y

⁷¹⁶ La obra de mayor difusión de TRUEBA fue la colección de relatos *Romances of History: Spain* (1830), inspirada en buena parte por los romances españoles (género ya conocido en inglés por la traducción de John Gibson Lockhart, publicada en 1823); de tema árabe/andalusí son las narraciones dedicadas a don Rodrigo, Covadonga, Roncesvalles, Clavijo y Aben Humeya. Sobre Trueba, GARCÍA CASTAÑEDA, *Don Telesforo de Trueba y Cossío (1799-1835). Su tiempo, su vida y su obra*.

⁷¹⁷ A este respecto puede mencionarse que la edición de 1841 de las *Ancient Spanish Ballads* fue ilustrada, entre otros, por David Roberts y Owen Jones, cuyas obras sobre la arquitectura islámica en España (y en el caso de Jones, específicamente sobre la Alhambra) tuvieron una enorme difusión.

⁷¹⁸ PEIRÓ MARTÍN, «La historiografía académica en la España del siglo XIX».

no sólo la tituló así, sino que su metodología es la de un historiador: recoger documentos fidedignos para establecer sobre ellos un relato verídico. Aun así, el propio Conde declara que sólo va a utilizar los documentos árabes, lo que ya de por sí limita su pretensión de objetividad. Por otro lado, su *Historia* es un ejercicio narrativo tradicional, con personajes bien definidos, arengas, diálogos, etc. El esqueleto argumental de Conde es, precisamente, el que facilitará a Mora la conversión de la *Historia* en una novelación del pasado⁷¹⁹.

Con todo, tanto para Conde como para Mendíbil y Mora, el relato de la presencia árabe en España tenía un significado más profundo y complejo que el de una literaturización simplificadora. Tocaba a cuestiones de identidad histórica puesta en cuestión y reevaluada en un periodo de convulsiones internas y externas; tenía, también, aspectos contradictorios, puesto que reivindicaban un pasado cuyo presente les era extraño, hasta el punto de que Mora condena su degradación y sometimiento a la tiranía. El pasado andalusí se interpreta, así, como un espejo de la historia española en la que afrancesados y liberales padecen el despotismo de su gobierno y son expulsados de su patria, como lo fueron los habitantes del reino de Granada y después los moriscos. Es destacable que la reseña de Mendíbil a la obra de Conde en *Ocios de Españoles Emigrados* fuera seguida de un «apéndice», muy probablemente redactado también por él, en el que se relatan con gran detalle las vicisitudes de la historia de los moriscos, basándose en la obra de Diego Hurtado de Mendoza; en ocasiones, el autor, que traza un horroroso cuadro de las persecuciones a que fueron sometidos, hace un inciso personal y lanza un lamento desgarrador a su patria desgraciada, cuya historia se forjó en «una guerra de religión,

⁷¹⁹ Cabe señalar que el estilo narrativo de Dozy sigue una línea similar; aunque se cuida de afirmar lo amplio de su base documental, renuncia a que la suya sea «una obra de ciencia árida y erudita» y escribe «sin temor a mezclar a los dramas de la vida pública los hechos íntimos, porque soy de los que piensan que se olvidan demasiado esos fugitivos colores, esos accesorios curiosos, esas minucias de las costumbres, sin las cuales la gran historia resulta pálida y sin vida» (Dozy, *Historia de los musulmanes de España hasta la conquista de los almorávides*, I, págs. 16-17).

la más tenaz y bien reñida que ofrece la historia del género humano. Tus proezas, tus triunfos, tus virtudes mismas debían hacerte fanática e intolerante»; para terminar, suplica al cielo que al ver los sufrimientos que todo ello ha causado, conceda a España la tolerancia y la «sana política» que, junto a los auténticos preceptos de hermandad del Evangelio, han hecho prosperar a otras naciones⁷²⁰. Aquí asoma otra vertiente de al-Ándalus como interferencia histórica, como causa última de la pérdida de España en los abismos del fanatismo. Para los exiliados que escriben sobre él, el pasado árabe se convierte en un repertorio de imágenes que trascienden las fronteras temporales y encarnan sus sueños de libertad y tolerancia. Es así cómo ‘Abd al-Raḥmān I resulta ser ejemplo de gobernante ilustrado y benefactor, cómo los sultanes nazaríes promueven las ciencias y las artes, cómo la tolerancia hacia los cristianos es signo de libertad de creencias y de rechazo al fanatismo inquisitorial. Es así, en resumen, cómo el oscuro gobernador de Tánger, Muḥammad Ū Mīmūn, es retratado por el autor del ms. como un dechado de virtudes cívicas, que lucha contra los enviados del déspota para proteger a los exiliados: Ū Mīmūn, «el moro liberal», es la antítesis de Fernando VII, «el rey felón»⁷²¹.

⁷²⁰ «Apéndice a la historia de los árabes en España: rebeliones y expulsión de los moriscos», pág. 62.

⁷²¹ Sobre el carácter y personalidad política del rey, véase LA PARRA, *Fernando VII*, páginas 11-31.

ANEXO

Soberanos de la dinastía ʿalawí (siglos XVII-XIX)

Muley al-Rašīd b. Šarīf
(1664-1672)

Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh
(1757-1790)

Muley Ismāʿīl b. Šarīf
(1672-1727)

Muley al-Yazīd b. Muḥammad
(1790-1792)

Muley Aḥmad b. Ismāʿīl al-Dahabī
(1727-1729)*

Muley Sulaymān b. Muḥammad
(1792-1822)

Muley ʿAbd Allāh b. Ismāʿīl
(1729-1757)

Muley ʿAbd al-Raḥmān b. Hišām
(1822-1859)

*A la muerte de Muley Ismāʿīl se abrió un periodo de anarquía de treinta años en los que el reinado nominal de sus dos sucesores directos les fue disputado constantemente por otros miembros de la familia ʿalawí, hasta la llegada al poder de Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh.

LÁMINA I



Francisco de Goya (1746-1828), *Fernando VII con el manto real*, 1814-1815; lienzo, 208 x 142,5 cm. Madrid, Museo Nacional del Prado (cat. P 735).

LÁMINA II



El mar de Alborán y el estrecho de Gibraltar (imagen de satélite), frontera natural entre la Península Ibérica y África (NASA, 2013).

LÁMINA III

Memorable triunfo del invicto Sidy Mahomed
O-mimón, insigne protector de los Europeos
liberales refugiados en África, y digno Bajá de
Tanger.

Artículo importante del asilo, persecución, Africa,
y gloriosa saluda de los emigrados españoles del país
de los incultivos, aménorada con un restase sobre la
constitución, forma de gobierno, leyes, religión y costum-
bres del imperio de Marruecos y el estado deplorado
de los bárbaros en febrero de 1826.

Portada manuscrita (fol. 1r) del *Memorable triunfo del invicto Sidy Mahomed O-mimón, insigne protector de los Europeos liberales refugiados en África, y digno Bajá de Tanger* (mss. de 1826). Madrid, Biblioteca Nacional de España (Afr 14499).

En la edad gloriosa de sus triunfos los Arabes conquistaron sus
 laberintos a Cordoba, las grandezas de Babilonia, el comercio
 de Siria, las riquezas de Cartago, los conocimientos de la India,
 las ciencias del Egipto, y las artes y bellas letras de Ede-
 na y de Roma. Cordoba fue el teatro de la cultura, el
 centro del lujo oriental, el santuario de Minerva, y la
 escuela general de toda ilustracion. Quando por las
 amenazas orillanas del Guadaluquiv se formaron los eminen-
 tes heroes que se ennoblecieron y enriquecieron con los
 pejes de una opulencia, heredando sus paradas glorias, y
 el inestimable patrimonio de su vasta literatura. Los
 Arabes dominante y cavando a los barbaros Europeos, a
 vez fueron oprimidos, y heredaron la barbarie de sus dis-
 cipulos, cuyas lecciones descendian a homo con altivez inter-
 lobable.

Degeneraron los Arabes, advirtiendo en los Berbericos
 cierta estupidez, y un grado de embrutecimiento mas
 arraigado que el de los docielos salvages. Son por lo tanto
 amigos del ocio funesto, detestan la laboriosa ocupacion,
 y tienen tan decidido horror a las letras, como ciega
 propension a las adivinaciones de la astrologia, y a los
 terrores del fatalismo, y a las extravagancias de las super-
 sticiones. Dados a la veaneria, a las purificaciones, labo-
 riosas, abluciones, y oraciones prescriptas en el coran son re-
 sibles en la holganza del serrallo, inabundables a las ve-
 lleras de lo espinitu. Su vida animal los consume, debili-

Memorable triunfo del invicto Sidy Mahomed O-mimón, insigne pro-
 tector de los Europeos liberales refugiados en África, y digno Bajá de Tanger
 (mss. de 1826), fol. 91r (copista 2). Madrid, Biblioteca Nacional de España
 (Afr 14499).

107

tolerancia, y el constante socorro de Candide
 y generoso amigo. La contrabestia ley del
 año le triunfo en Fez. Los Arabes consideren
 la magestad soberana del imperio, des
 precian las demandas incompatibles con
 ello, y rectificaron la idea del pacto so
 cial, y del regimen republicano el mas con
 forme al orden de naturaleza. El exem
 plo de las naciones ilustradas que conce
 den proteccion limitada, fue el funda
 mento de la respuesta a los Arabes
 de Fernando de Borbon, despues de infor
 maciones tan mas exactas. El Sultan con
 sultó: El Sultán se inclinó: los Dracogua
 se habian decidido: y senates catolicos, y
 juivicos protestantes, y de prescuidos te
 dics concordes en las consultas e informa
 ciones mancomunadas para desentorzar el
 gran error tragico politico de la berber
 ria. Permita el cielo que la tolerancia sea
 la base de la fraternidad universal, y el
 principio conservador de la sociedad, y de
 la felicidad y armonia de todos los hom
 bres.
 El Sr. Bruiarby para justificar su impresi
 on con el ministro Mabritense en la
 relacion del referido suceso tenia todos los

Memorable triunfo del invicto Sidy Mahomed O-mimón, insigne pro
 tector de los Europeos liberales refugiados en África, y digno Bajá de Tanger
 (mss. de 1826), fols. 108v-109r (copista 3). Madrid, Biblioteca Nacional
 de España (Afr 14499).

LÁMINA VII



Eugène Delacroix (1798-1863), *Mulay ʿAbd al-Raḥmān b. Hišām, sultán de Marruecos (1822-1859), y su séquito saliendo del palacio de Mequinez*, 1845; lienzo, 377 x 340 cm. Toulouse, Musée des Augustins.

LÁMINA VIII



*El teniente general Francisco Valdés Arriola (1788-1864), 1852; dibujado y litografiado por Carlos Múgica y Pérez (1821-1892); estampa publicada por PEDRO CHAMORRO Y BAQUERIZO, *Estado Mayor del Ejército Español*, vol. II, Madrid, 1852, frente a la pág. 417.*

LÁMINA X



J. P., *Alcazaba de Tánger* (residencia de *bajás* o gobernadores de la ciudad); fotografía a la albúmina, hacia 1881. Madrid, Biblioteca Nacional de España (Afrfot-LF/96).

LÁMINA XI



*Vista de Tánger, antes de 1834: el caserío, la bahía, el cabo Malabata, Gibraltar y Tarifa. A la izquierda, por su bandera, se distingue el consulado de España. Litografía de Eleonora Bernardini de Graberg (Lucca, 1773-1855), en JACOPO GRABERG DI HEMSÖ, *Specchio geografico, e statistico dell'impero di Marocco*, Genova, 1834, lámina frente a la pág. 38. Madrid, Biblioteca Nacional de España.*

LÁMINA XII



Detalle de la portada del antiguo consulado español en Tánger (1786). Fotografía de José Pérez Lázaro, 2002.

LÁMINA XIII



La caza del jabali en Marruecos; fotografiado a partir de una composición de Richard Caton Woodville, Jr. (1856-1927); en BUDGETT MEAKIN, The Land of the Moors. A Comprehensive Description, London, 1901, frente a la pág. 60.

LÁMINA XIV



J. P., *Vista del zoco Grande (o zoco Alto) de Tánger un día de feria; fotografía a la albúmina, hacia 1881.* Madrid, Biblioteca Nacional de España (Afrfo-LF/96).

LÁMINA XVI



William Grinsell Nicholl (1796-1871), *Busto retrato del general George Don (1756-1832), gobernador de Gibraltar entre 1814 y 1831, 1832. Parlamento de Gibraltar (Reino Unido).*

LÁMINA XVII



Thomas Whitcombe (1763-1824), *Buque de guerra británico frente al Peñón de Gibraltar*, principios del siglo XIX; lienzo, 50 x 72 cm. Denver (Colorado, EE UU), The Berger Collection of Denver Art Museum.

LÁMINA XVIII



*Retrato de Ali Bey (Domingo Badía), 1836; talla dulce; estampa dibujada y grabada por Mariano Sigüenza y Ortiz (muerto en Valencia en 1860) y publicada en el frontispicio del vol. I de *Viajes de Ali Bey el Abbassi (Don Domingo Badía y Leblich) por África y Asia durante los años 1803, 1804, 1805, 1806 y 180.* Traducidos del francés por P. P. (Valencia, Librería de Mallen y Sobrinos, 1836).*

LÁMINA XIX



Interior del mausoleo de Muley ʿAlī Šarīf (siglo xvii), fundador de la dinastía ʿalawí, en Risani (Tafilalet, Marruecos). Fotografía de José Pérez Lázaro, 2017.

LÁMINA XX



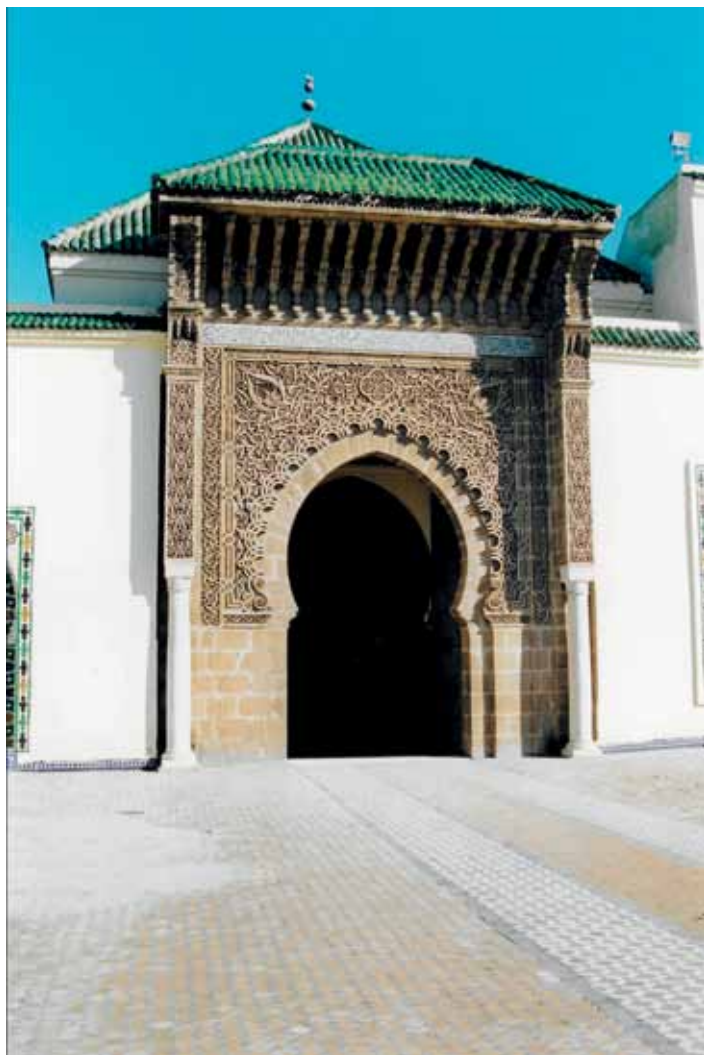
Eugène Delacroix (1798-1863), *Judía de Tánger en traje de ceremonia*, 1835; lienzo, 35 x 26 cm. Comercio de arte.

LÁMINA XXI



*Una calle del barrio judío (mellāh) de Tetuán («A Street in the Tetuan Mellah») a finales del siglo XIX; fotografiado en BUDGETT MEAKIN, *The Land of the Moors. A Comprehensive Description*, London, 1901, pág. 139.*

LÁMINA XXII



Portada del mausoleo de Muley Ismā'īl b. Šarīf (1672-1727) en Mequinez, Marruecos. Fotografía de José Pérez Lázaro, 2002.

LÁMINA XXIII



Árboles de argán (*Argania spinosa*) en los alrededores de Essaouira (Mogador). Fotografía de José Pérez Lázaro, 2003.

LÁMINA XXIV



*Mapa de las rutas caravaneras de Sabara a finales del siglo XVIII - comienzos del XIX (remarcada, la que partiendo de Fez iba a Timbuctú « Map shewing the Tract as followed by the Caravans from Fas to Timboctoo »), por James Gray Jackson, 1811; aguatinta, 270 x 360 mm; en JAMES GRAY JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco, and the Districts of Suse and Tafilalet*, London, 1814, lámina XI.*

LÁMINA XXV



Langosta de tierra («*Jeraada*) a *Locust, natural size*», diseño de James Gray Jackson, grabado por J. C. Stadler, 1811; aguatinta, 270 x 360 mm; en JAMES GRAY JACKSON, *An Account of the Empire of Morocco, and the Districts of Suse and Tafilalet*, London, 1814, lámina 3.

OCIOS
DE ESPAÑOLES EMIGRADOS.

PERIODICO MENSUAL.

TOMO I.

ABRIL, MAYO, JUNIO Y JULIO,

1824.

. Vitanda est
desidia
Hon. S. r. II. 3.



LONDRES:

**SE VENDE EN CASA DE LOS SS. DULAU Y COMPANIA; Y
TREUTTEL Y WURTZ, SOHO-SQUARE; BOOSEY
E HIJO, OLD BROAD-STREET.**

En la imprenta de A. Macintosh, 89, Great New Street.

Portada del primer tomo de *Ocios de españoles emigrados* (Londres, 1824), publicación periódica editada en Londres entre 1824 y 1827. Madrid, Biblioteca Nacional de España.

EDICIÓN

CRITERIOS DE EDICIÓN

La ortografía del texto, que presenta diversas peculiaridades, ha sido actualizada; no obstante, queda constancia de las formas originales del manuscrito corregidas según este criterio en el apéndice, que sigue a la edición (cfr. *infra*, págs. 583-586). De la misma manera, se han regularizado también la puntuación y la acentuación de acuerdo con los usos actuales.

Se han añadido igualmente, entre corchetes y en cursiva, los títulos de los párrafos, cuyo texto se ha reproducido en su lugar correspondiente, tal y como figuran en el índice inicial que ofrece el manuscrito.

Se han respetado las formas de los topónimos y antropónimos árabes que aparecen en el texto, así como los nombres de los sultanes de Marruecos, cuya forma más correcta se ofrece a lo largo del estudio introductorio y se recoge en el anexo al estudio (cfr. *supra*, pág. 463).

En el aparato crítico se señalan las irregularidades no ortográficas que se han corregido en la edición. Además, en algunas notas se han identificado personajes o circunstancias que no han sido objeto de atención en el estudio introductorio por tener una escasa importancia para el análisis y presentación del texto.

Se señalan entre corchetes las palabras introducidas para restaurar o completar el sentido de una frase.

Memorable triunfo del invicto Sidy Mahomed O-mimon, insigne protector de los europeos liberales refugiados en África y digno bajá de Tánger.

Noticia importante del asilo, persecución, defensa y gloriosa salida de los emigrados españoles del país de los monstruos, amenizada con un vistazo sobre la constitución, forma de gobierno, leyes, religión y costumbres del imperio de Marruecos y el estado deplorable de los bárbaros en febrero de 1826.

[1v] Escribála en Londres un amigo del célebre Shcilloge O-mimon en agosto de 1826.

Este resumen histórico se divide en tres capítulos y varios párrafos según el orden que siguen.

Capítulo 1.º

§ 1.º

Expatriación, fuga, reunión de muchos emigrados españoles en la plaza de Gibraltar, su sorpresa por la falta de permanente asilo y los padecimientos que precedieron a su judaica dispersión.

§ 2.º

Muley Abd-Rahaman les concede asilo en Marruecos.

§ 3.º

La resolución del sultán se funda en el parentesco de [2r] moros y españoles; este chiste es exacto.

§ 4.º

Superficial ojeada sobre Tánger, tranquilidad, goces, armonía, recreos y ocupaciones de los emigrados desde noviembre de 1823 hasta agosto de 1824.

§ 5.º

Derrotadas las expediciones de Tarifa, Marbella y Almería, corren los prófugos a Tánger, entran, termina la calma y comienza la furiosa persecución.

§ 6.º

Es destituido el cónsul Orué y recae el nombramiento de cónsul interino de España en Mr. Sourdeau¹, encargado de negocios de Francia, contra la voluntad y [2v] determinación expresa del bajá, que se portó con notable cordura, decisión y generosidad.

§ 7.º

Bosquejo del arrebatado carácter de Mr. Sourdeau² y del genio sublime y conducta heroica del grande O-mimon.

§ 8.º

Anuncio, nombramiento, arribo, arterías y maniobras del nuevo cónsul de España, D. Alejandro Briarly.

§ 9.º

Sutil intriga religiosa del bajá. La corte corrompida de Marruecos se intimida, no trata ya de entregar a los liberales y piensa con perfidia en pedir un indulto a Fernando de Borbón.

¹ Ms. «Surdeau».

² *Idem*.

[3r] § 10.º

Castigo ejemplar de Fr. Pedro del Rosario, su repentina prisión a la vista del cónsul español y violenta expulsión.

§ 11.º

Integridad del bajá y excesos del cónsul francés que paralizaron el privilegio de exportar bueyes y cebada concedido al veraz Luis XVIII.

§ 12.º

Cuidados del infatigable O-mimon; pintura de Muley Soliman en su elevación al trono, gobierno tiránico, rebelión de las tribus, prisión y muerte repentina.

§ 13.º

Testamento original de Muley Soliman; entronización de Muley Abd-Rahaman; su encierro en Fez: su [3v] viaje feliz a Marruecos y orden para que el bajá a su regreso se le reúna en Larache.

§ 14.º

Marcha de O-mimon; es nombrado general del ejército; pintura de la familia reinante, bravura de Muley Ismael; apatía de sus sucesores; noble osadía de las tribus alzadas, ofreciendo a O-mimon la corona imperial.

§ 15.º

El servil Sidy Mahomed Mingud sucede en el mando de Tánger y de la provincia, se desentiende de las instrucciones de O-mimon, que de pobre arriero lo [4r] levantó al grado de alcaide y segundo gobernador, se coliga con los cónsules francés y español y persigue a los emigrados.

§ 16.º

Dispone el emperador que Briarly se presente en Fez; su viaje; desengaño; sorpresa del sultán por la privanza del renegado Antonio

Piloti por la que decreta que doce de los emigrados grandes pasen a Larache; su regreso y consecuencias.

§ 17.º

Protección de los cónsules; grandeza de las naciones libres; paralelo entre el cónsul francés y americano.

[4v] § 18.º

Briarly estima imposible formar la lista de los desterrados a Larache que con ansia esperaban el codicioso Mingud y el alcaide de la escolta; los emigrados dan noticia de lo ocurrido al bajá; diferencia de las notas de los cónsules inglés y americano, que remitió originales al emperador, Sidy Mahomed Zenzamani alcaide almotacén y tercer gobernador de la Plaza y Provincia; resolución uniforme de dichas notas.

§ 19.º

Fuga improvisa del jefe y dos ayudantes de la expedición de Tarifa; cólera de Briarly; nuevas órdenes al [5r] apostadero estacionado en bahía; fórmanse dos procesos fantásticos.

§ 20.º

El sultán alza la detención a los emigrados, permitiéndoles salir del imperio; pero bandos del gobierno local de Gibraltar hacen impracticable la merced imperial; parangón entre el Lord Chatham³ y Sidy Mahomed O-mimon; embriaguez de Briarly; borrachera de O'Donnell⁴.

Capítulo 2.º

§ 1.º

Prisión molesta; holganza fastidiosa; ocupaciones y tareas de los emigrados; preludios de esterilidad, hambre [5v] y peste.

³ Ms. «Chatan».

⁴ Ms. «O-Donell».

§ 2.º

Constitución del imperio marroquí; poder absoluto del sultán; confusión de la Corte y del Palacio; regalías de los jerifes; bases en que estriba este monstruoso absolutismo.

§ 3.º

Gobierno; milicia; marina militar.

§ 4.º

Patrimonio imperial: ventas del fisco; punible avaricia de Muley Soliman; su peculio exorbitante guardado en Mequinez; su indolencia; cálculo aproximado de la población del imperio.

[6r] § 5.º Agricultura. § 6.º Ganadería. § 7.º Artes e industria. § 8.º Comercio. § 9.º Marina mercantil. § 10.º Comercio terrestre. § 11.º Medidas, pesos, monedas, minas. § 12.º Literatura de los marroquíes. § 13.º Condición de los negros en Marruecos.

§ 14.º

La poligamia, los matrimonios prematuros cuyo rito se describe, el repudio voluntario, la sodomía, el infanticidio, la falta de trabajo y de subsistencia y las plagas frecuentes son las causas de la despoblación de tan vasto y fértil imperio.

§ 15.º

Situación miserable de [6v] los judíos; su instrucción; trabajos; costumbres; vicios; matrimonio y entierros.

§ 16.º

Triste recuerdo de la patria; lectura útil de los historiadores y viajeros; desastres y funesto fin de las revoluciones; la teoría ingeniosa de las reacciones no es ya el producto del choque de los partidos, sino resultado del impulso del poder colosal europeo reconcentrado que sostiene a los agraviados y reformados y compra a los reformadores; frutos probables de la emigración.

[7r] Descripción de Tánger; gobierno de la provincia y plaza; empleados; ventas legales, trajes y manjares; caza y pesca; la circuncisión y abstinencia del vino no son necesarias para profesar el mahometismo; observancias religiosas; funerales; santones y profetas; Aysauas⁵; Darcauas⁶; Ramadán y prácticas cuadragesimales.

Capítulo 3.º

§ 1.º

Síntomas de la presente esterilidad; será espantosa; aridez de los campos, sensible falta de agua; avenida de los cadáveres ambulantes buscando alimento; [7v] aspecto horroroso de próxima peste.

§ 2.º

Mr. Sourdeau⁷ festeja la entronización del tartufo⁸ Carlos X pasando con pompa a Fez a renovar los tratados y presentar el regalo: precaución del bajá deteniéndose en la Corte durante la embajada; regresan juntos; el cónsul francés varía de conducta; fundamento verosímil de este inesperado cambio.

§ 3.º

Nuevo compromiso de los emigrados; prepárase la opinión del sultán, de los ministros, del administrador, [8r] del bajá y del pueblo a favor de las repúblicas de América, para que les fuese reconocida su independencia.

§ 4.º

Correspondencia de Moreno de Guerra con el comandante de la corbeta *María Isabel*, surta en la ensenada de Cabo Espartel; cuali-

⁵ Ms. «Aysaguus».

⁶ Ms. «Dracaguas».

⁷ Ms. «Saurdeau».

⁸ Ms. «tartuf».

dades apreciables de este marino; necesidad y ventajas del reconocimiento.

§ 5.º

Relaciones y alianza de Moreno de Guerra con Mr. Eduardo Tripland⁹; arribo, fuga y vuelta de la goleta mandada por Johnson¹⁰ a Tánger; satisfacción del bajá, su atención con el Comandante y entusiasmo del [8v] pueblo.

§ 6.º

Sorpresa de Briarly y su infame policía de cuño francés; carácter decidido del cónsul inglés abrazando la senda trazada por el gobierno, digna de recomendación; imprevisión e ineptitud de Briarly; millones disipados; empresas malogradas; ley del asilo en Marruecos; medios adoptados; victoria debida a la tolerancia.

§ 7.º

Peligrosa intriga de Briarly contra americanos y liberales prevalido de la privanza del renegado [9r] Antonio Piloti; la moral de los gabinetes y diplomáticos, identificada con los execrables aforismos políticos de Machiavelo; los diplomáticos usan de patrañas, enredos, engaños y cavilaciones imitando a sus amos; elogio de la franqueza de Canning¹¹; candor aparente de los últimos ministros del constitucional Fernando de Borbón, nacido de su amancebamiento con las sillas poltronas.

§ 8.º

Decentes regalos distribuidos por Mr. Eduardo Tripland¹² a todas las autoridades de la plaza de [9v] Tánger en nombre de la república

⁹ Ms: «Triplan».

¹⁰ Ms. «Thonson».

¹¹ Ms. «Coming». George Canning (1770-1827), político británico, Foreign Secretary y primer ministro.

¹² Ms. «Triplan».

de Colombia; gratitud de los moros; Piloti logra seducir al sultán, el que resiste condicionalmente el reconocimiento de la independencia americana y decreta la expulsión de los emigrados; panegírico del generoso gobierno inglés, que oyó sus plegarias y les franqueó seguro escape.

§ 9.º

Apelación patriótica al poderoso emperador de la Gran Bretaña Jorge IV; la constitución dada a Portugal y comunicada a España combinaría los intereses y futura prosperidad de estas naciones [10r] fraternalmente enlazadas; este golpe de necesaria política proporcionaría la felicidad de Europa, África y América y sería barrera impenetrable a las incursiones de los feísimos tártaros del norte de Asia y Europa, y de los hermosos y robustos negros del sur de África.

§ 10.º

La resolución intempestiva del sultán causa vivo pesar a O-mimon; exaltado arenga a los emigrados; su íntima alianza con el primer ministro; expediente robustecido con pruebas invencibles remitido al [10v] emperador; intrigas de Mr. Sourdeau¹³ y Briarly, desvanecidas por la energía del cónsul inglés y calma del americano que recibe bajo su protección a los náufragos y otros marineros de Colombia.

§ 11.º

Compasión del bajá con un emigrado; insultos autorizados por Briarly por esta causa; su temblor y terminación del obstinado bloqueo del puerto.

§ 12.º

Se intercepta la vedada comunicación del apóstata Piloti con Briarly; traducción de la carta al árabe; gravísimo sentimiento del fiel O-mimon; prudente sigilo [11r] y confidencial aviso al sultán.

¹³ Ms. «Saurdeau».

§ 13.º

El mencionado expediente visto por el sultán produjo una declaración tanto más lisonjera a los americanos y liberales, cuanto más depresiva de los vasallos de la casta borbónica que ejerce su despótica dominación más allá y más acá de los Pirineos; crímenes horribles de Fernando de Borbón, detestados por los mahometanos.

§ 14.º

El resentido O-mimon en odio de su amo maltrata, humilla, confunde, abate y anonada a su representante Briarly, forzándolo a firmar dos escrituras [IIV] de vergonzoso allanamiento y dudoso e injusto crédito, tan distantes de sus atribuciones como injuriosas a la soberanía absoluta de Fernando de Borbón.

§ 15.º

Degradación de Briarly y prostitución de las funciones de su empleo; tamaño desacato a la majestad del pueblo español hirió profundamente el amor propio de los liberales; los extranjeros aventureros e inmorales han devorado la desventurada España de tres siglos a esta parte; el olvido de nuestras leyes ha sido el origen de tantas desgracias.

[I2r] § 16.º

Generosidad de Mr. Tripland¹⁴; aumento del crédito de los americanos; sensibilidad de Mr. Douglas y de sus hijas; destierro de la facción episcopal de Tánger; conferencia de Moreno de Guerra con el bajá sobre el reconocimiento de la independencia de las repúblicas de América.

§ 17.º

La conducta de Moreno de Guerra abrazando el partido de los americanos fue conforme a sus opiniones y loable; la rivalidad exis-

¹⁴ Ms. «Triplan».

tente entre los hijos de la misma madre debiera ser discreta, separando los [12v] bastardos de los legítimos para el bien procomunal; oportunidad y ventajas de un tratado con Marruecos y las regencias berberiscas; es inoportuno y dañoso el empeño de enriquecer el Capitolio, que desde Rómulo hasta ahora ha esclavizado la tierra, temporal o espiritualmente; los nuncios son el veto del republicanismo.

§ 18.º

El bajá placentero comunica a Moreno de Guerra el desastroso fin del pérfido Piloti con demostraciones de puro placer y de bondad extraordinaria; congoja, inquietud y estremecimiento de Briarly con [13r] la nueva infausta; el remordimiento lo acompañará al sepulcro.

§ 19.º

Se vindica a O-mimon de las calumnias de sus émulos; su adhesión a los liberales fue la empresa más arriesgada que haya acometido ningún musulmán; el tiempo, las circunstancias y la superstición de sus compatriotas la contradecían; enumeración de los particulares beneficios que dispensó a los refugiados.

§ 20.º

Pintura horrorosa de Tánger y de todo el imperio; estragos indescibles del¹⁵ hambre y de la epidemia; generosidad de los corsarios colombianos; evacuación [13v] de Tánger por los liberales; nuestra despedida de la región de la mentira, del engaño, del peligro, del¹⁶ hambre, de la peste y del doble despotismo europeo y africano¹⁷.

¹⁵ Ms. «de la».

¹⁶ *Idem*.

¹⁷ Los fols. 14r y 14v están en blanco.

[151] Capítulo 1.º

§ 1.º [*Expatriación, fuga, reunión de muchos emigrados españoles en la plaza de Gibraltar, su sorpresa por la falta de permanente asilo y los padecimientos que precedieron a su judaica dispersión*]

Disuelto el orden social de España al fin de 1823, los constitucionales derrocados, forzados a dejar el suelo natal, hicieron retremblar todos los ángulos de la tierra con justas quejas contra los grandes Potentados de la Europa que los redujeron al estado indecible de la más degradante humillación, buscando un triste asilo que con dificultad hallaron. Iucintos¹⁸: ¿por qué olvidamos que mal perdidas las riendas del imperio, y no vencidos, sino domados con halagüeñas y seductoras promesas, nada teníamos que esperar de franceses pérfidos, de magnates ofendidos, de militares egoístas, de sacerdotes resentidos, de sañudos magistrados, de proletarios hambrientos? «Una salus victis nullam sperare salutem»¹⁹.

En tan terrible conflicto juzgaron que la plaza de Gibraltar sería lugar de permanente refugio, pero con sorpresa conocieron que sólo era tránsito para otros países. Así que los emigrados sufrieron allí trabajos espantosos, indecisos sobre el partido que debieran [15v] tomar. Porque éstos carecían de medios para dilatados viajes, aquéllos

¹⁸ Sic. Podría ser una alusión a la isla griega de Zacinto/Zakhiyntos (Zante), mencionada en la *Odisea*, y cuyos habitantes dieron asilo a romanos proscritos (CHATEAUBRIAND, *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, pág. 44). O, simplemente, una mala lectura de «sucinto».

¹⁹ *Eneida*, II, 354: «La única salvación para los vencidos es no esperar salvación alguna».

nutrían las esperanzas de la próxima amnistía, estotros que cifraban su subsistencia en las relaciones de familia y amigos resolvieron acogerse a la protección del emperador de Marruecos. Ni fue original el pensamiento: pues los expatriados ultras fueron con humanidad recibidos en el imperio y nuestra historia abunda en hechos antiguos y recientes que manifiestan la buena fe de los musulmanes en dar hospitalidad y seguro asilo a los desgraciados.

El barón de Ripperdá²⁰, ministro de Estado de Felipe V, prófugo de la Península, halló protección en Tetuán, donde vivió tranquilo, distinguido por los hijos de los árabes granadinos que arrojados de España fijaron su domicilio en aquel ameno vergel tan delicioso como agradable por la fertilidad del país, por la abundancia de aguas, por la hermosura de las huertas y jardines, por la excelencia de frutos y por la elevación de las sierras que, nevadas en el rigor del invierno, forman el tosco bosquejo de la bella Granada, risueña morada de sus padres.

[16r] § 2.º [*Muley Abd-Rahaman les concede asilo en Marruecos*]

El hebreo Cardoso escribió a a Muley Abd-Rahaman hijo de Muley Ishem que de gobernador de Fez había poco antes ascendido al trono, remitiéndole un decente regalo según la usanza del país y suplicándole que concediese hospitalidad y seguro asilo en su imperio a los españoles expatriados. Su Alteza Imperial le contestó con humanidad y gracia por medio del benemérito bajá de Tánger: que los emigrados españoles podían sin peligro residir en las tierras de sus abuelos. Esa resolución imperial se publicó en Tánger a mediados de noviembre de 1823.

§ 3.º [*La resolución del sultán se funda en el parentesco de moros y españoles; este chiste es exacto*]

Muley Abd-Rahaman, por este rasgo de benevolencia soberana fundado en las relaciones de parentesco de entrambas naciones, nos recuerda con placer el heroísmo de los árabes en la gloriosa época

²⁰ Ms. «Ríperdá».

de su grandeza y cultura y nos obliga a ver con sumo dolor el estado actual de su decadencia y degradación, que no tardará en confundirlos con los salvajes del Canadá; término fatal, al que retrogradan las naciones por la serie inevitable de los [16v] acontecimientos políticos y militares, que hacen transmigrar las luces y la ignorancia, el poder y las riquezas, de unas a otras naciones.

El largo periodo de la dominación musulmana en España, la franca tolerancia de los mozárabes²¹ entre los islamitas protegidos en religión y haciendas, el mutuo comercio en paz y la generosidad en admitir y honrar a los caudillos resentidos de los reyes de Castilla, Navarra y Aragón tan útiles en la guerra, las universidades, colegios, academias, y otros establecimientos públicos de la populosísima Córdoba, quizás la primera ciudad del islamismo, y los galanteos del amor llegaron a formar una familia hispano-árabe, en la que todo se hizo común, excepto la religión. La suerte de la guerra, el celo anti-evangélico e impolítico, expelieron de la península a moros, moriscos y judíos, los que se esparramaron por las costas del imperio de Marruecos y, con detenida observación sobre sus maneras, acento de voz, vestido lujoso, y apellidos conservados con gran estima, es imposible [17r] confundir su legítima procedencia. Un moro agricultor o jardinero en las faenas del campo es un perfecto valenciano. Un árabe guapo de chaqueta bordada, faja encarnada, jaique terciado al hombro y turbante de muselina, es el retrato del petimetre o majo andaluz, del conde o torero que derrama la sal y el donaire y divierte a la gente con su continente de jaque gracioso por la chupa corta y alamarada, por el ceñidor ajustado, por la capa de seda terciada al pecho, y sombrero calañés o blanco de ala descomunal.

Algunos viajeros han observado que todavía existen en las cumbres del Atlas y en el reino de Sus tribus españolas y portuguesas conocidas por los brazaletes, pendientes y otros dijes mujeriles y por las figurillas en forma de cruz con que suelen pintar y afean el

²¹ Ms. «muzárabes».

rostro, brazos y pecho, como nuestros encarcelados y presidiarios, lo que demuestra hasta la religión de sus progenitores. Estas tribus se componen de los infelices descendientes de las innumerables familias cautivas transportadas de España [17v] al interior del África y de los valientes portugueses prisioneros en la gloriosa invasión de la Mauritania paralizada por la derrota y desaparición del rey D. Sebastián, no menos que por otras expediciones más lejanas aunque más afortunadas, debidas en parte a los conocimientos náuticos de los comerciantes y pilotos de Ceuta, su primera conquista en agosto 19 de 1415, emporio entonces del comercio del Mediterráneo, con cuyo auxilio los atrevidos aventureros portugueses de mar y tierra se determinaron a doblar el cabo de Buena Esperanza²².

§ 4.º [*Superficial ojeada sobre Tánger, tranquilidad, goces, armonía, recreos y ocupaciones de los emigrados desde noviembre de 1823 hasta agosto de 1824*]

La humanidad, pues, de Muley Abd-Rahaman transformó a Tánger, célebre metrópoli de diócesis romana, posesión antigua de portugueses e ingleses y actual residencia de los cónsules, en ciudad semi-española. Esta plaza destruida no merece consideración, pero vista desde la bahía produce cierta ilusión, porque, situada en el declive de una montaña, ofrece risueña perspectiva y, examinada por dentro y alrededores, causa la más viva impresión y sorpresa. Sus muros ruinosos, su raro y anchuroso [18r] foso de sólida argamasa, que sirve de contraescarpa a la muralla interior y exterior, los cubos, las almenas, las torres, los castillos, la²³ alcazaba, el muelle derruido, los mármoles y columnas que se descubren en los cimientos de nuevos edificios, las monedas que con frecuencia se encuentran aun sin excavaciones, indican la venerable antigüedad de la miserable población árabe, que cierto desmiente las riquezas, el lujo, la civilización,

²² La fecha comúnmente admitida para la toma de Ceuta por los portugueses es el 21 de agosto de 1415.

²³ Ms. «el».

opulencia, las fuerzas navales y terrestres de las naciones guerreras, que sucediéndose en el dominio de esta soberbia plaza, la hicieron por su situación la más acabada fortificación que se conozca en los fastos de la arquitectura militar de tan remotos siglos. Si Ceuta no se hubiera entregado por la perfidia, resentimiento o cobardía del conde D. Julián; si se hubiera defendido con tanto honor como Tánger, los españoles pudieran haberse preparado para la guerra y derrotado a los árabes invasores antes que hubiesen refrigerado el ardor bélico y la sed insaciable de conquistas en las dulces aguas del Guadalete.

[18v] Los emigrados vivían vida tranquila en este murado recinto, distinguidos por los cónsules, atendidos por moros y judíos; tenían libre correspondencia con sus familias y amigos, recibían cuanto necesitaban por el correo de Tarifa, iban y venían de Gibraltar sin riesgo, siendo la suntuosa casa consular de España el punto de reunión que presidía D. Cenón Orué, protector de sus hermanos y diestro en sofocar tal cual reconvencción del gobierno español, de modo que no se conoció la persecución. No faltaba buena sociedad, que por momentos hacía olvidar la triste suerte de la emigración.

De sumo interés eran las ventajas que gozaban los emigrados. Moradas cómodas, víveres baratos y abundantes en dos zocos o mercados semanales, aguas saludables, y también minerales para los achacosos, proporcionaban regular subsistencia y los convenientes goces a todos. La honesta ocupación de la pesca y caza entretenía con deleite y provecho a muchos aficionados. El divertido paseo por las playas, ricas en [19r] mariscos y conchas, animaba a otros a recoger y formar preciosas colecciones, convirtiendo muchas de ellas en lindos aderezos y brillantes guirnaldas, que recompensaban el trabajo. Las algas fueron motivo de curioso entretenimiento y cierto que extendidas sobre papel ofrecían la deliciosa vista de frondosos, empinados y encopados árboles. Los amantes del sano ejercicio de cuerpo y alma recorrían las huertas y cármenes, los montes, llanuras, collados y valles que desde febrero parecían un continuado jardín poblado de lirios, azucenas, variedad de flores peregrinas, de exquisitas y extra-

ñas enredaderas que hermo세aban los cañizales y toscos vallados de las viñas y heredades; escudriñaban la naturaleza en el reino vegetal, escogían copia de raras semillas y admiraban la fecundidad del terreno inculto que grita contra la ociosidad de sus dueños. Los amigos de las antigüedades pasaban a Tánger el viejo, contemplaban sus ruinas y las del magnífico puente antiguo sobre el río tinguitano; dudaban que fuesen obras de [19v] los moros indígenas, aunque peritos en el arte militar, y las atribuían a las asombrosas de conquistadores orgullosos; visitaban después los vestigios de otro puente en el arroyo del Judío, formado de un solo arco angosto y larguísimo, que unía dos montañas casi en la desembocadura del mar, lo que prueba que sería río caudaloso en otros tiempos.

Inflamada la imaginación con el recuerdo de antigüedades sepultadas en el olvido o inaveriguables por la voracidad del tiempo, regresaban a la ciudad distraídos y cogitabundos; pero salían del interior encanto al divisar los decantados promontorios, Calpe y Abila, calculando el violentísimo empuje de las olas del indomable océano que rompieron la barrera impenetrable, mezclándose con las del Mediterráneo y abriendo el canal más apreciable de navegación que comunicó el occidente con el oriente, cuya profundidad desde el principio fue inmensa y su anchura de tres millas según las memorias de los escritores de la primera edad histórica; [20r] consideraban los destrozos que continuó el furioso elemento tragándose la ciudad de Bolonia en la costa occidental de Tarifa, opulenta por sus minas de plata y fábrica de moneda, y dando triplicado ensanche al estrecho de Gibraltar, memorable en los siglos fabulosos, antiguos, medios y modernos; y pasmados con los hechizos y encantos de las obras de la naturaleza, decían con Aristóteles: no es Dios la naturaleza; es, sí, el duende invisible que trastorna, desfigura, transforma, cambia y transmuta las cosas visibles para confusión de los erguidos filósofos que ven los efectos y, por lo común, desconocen las causas. «Natura domina est non divina».

Todos estos recreos, agradables pasatiempos y placenteras investigaciones se disfrutaban en bonanza a la sombra de los estandartes

de Mahoma y al abrigo de los coléricos enemigos y fingidos amigos de los cristianos, bajo los auspicios del justo, liberal y benéfico Sidy Mahomed O-mimon, digno bajá de Tánger, el caro objeto de mi perpetua gratitud.

[20v] § 5.º [*Derrotadas las expediciones de Tarifa, Marbella y Almería, corren los prófugos a Tánger, entran, termina la calma y comienza la furiosa persecución*]

Empero el precoz deseo de la reacción, los lisonjeros cálculos de los contrabandistas de Gibraltar y los malhadados trabajos de ciertas personas empeñadas en proyectos que desaprobaba la mayoría de los emigrados pensadores, tuvieron por fatal resultado la discordia (mal añojo, naufragio de los constitucionales), la derrota de tres expediciones desesperadas por falta de elementos, combinación y otras mezquinas causas, la muerte de patriotas eminentes, la pronta reunión de fernandinos y carlinos contra el común enemigo, no poco trastorno en la opinión pública y la persecución más atroz que vieran los mortales, cuyo horrible efecto se sintió sobremanera en Tánger, donde se refugiaron los que pudieron escapar de la cuchilla del enemigo.

Disipose nuestra tranquilidad pasando de la calma apacible a los turbulentos vaivenes del proceloso piélago. Con todo, el estruendo de la artillería de Tarifa que nos había presentado aéreas visiones entretenía el fundado temor de los males venideros, viendo en aquella indefendible plaza el indeleble monumento del arrojo y valor de un puñado de [21r] liberales y del terror pánico e impericia militar de las tropas aliadas de mar y tierra. La heroica Tarifa abandonada y entregada les causaba espanto. Los esclavos jamás fueron guerreros. El heroísmo es patrimonio de los libres.

Las tinieblas de la noche protegieron el corto tránsito de las dos barcas que conducían a los valientes fugitivos, anclando la una en la bahía, y estrellándose la otra en la costa. El jefe avisa su deplorable situación, corre la nueva infausta; y a la vez se interesaron y consternaron todos los emigrados franceses, italianos, portugueses y castellanos. La entrada ofreció obstáculos al parecer insuperables,

pero las oportunas gestiones de un patriota, el extremo compromiso de Orué, la recomendación del cónsul americano y la generosidad, filantropía y nobleza del bajá Sidy Mahomed O-mimon los libraron de la funesta alternativa en que se hallaban pues, a no ser admitidos, debían caer en poder del enemigo que los buscaba con ansia y perseguía con rabia.

§ 6.º [*Es destituido el cónsul Orué y recae el nombramiento de cónsul interino de España en Mr. Sourdeau, encargado de negocios de Francia, contra la voluntad y determinación expresa del bajá, que se portó con notable cordura, decisión y generosidad*]

Sourdeau²⁴, cónsul francés conocido por el cambio [21v] de opiniones políticas, había delatado al gobierno español la conducta liberal de Orué, comprobándola con el documento auténtico del impremeditado socorro de Tarifa que se frustró, y recibido por extraordinario el nombramiento de cónsul interino de España: ¡interminable desdicha! En Algeciras un bárbaro extranjero, el ingratisimo O'Donnell²⁵ que debiera haber expiado sus crímenes en infame patíbulo, degollaba cobarde nobles castellanos y en África un inmoral francés, el furibundo perseguidor del infeliz Montarlot²⁶, inhumano pretendía sacrificarlos.

Ancla de improviso en el puerto toda la escuadrilla reunida del bloqueo de Tarifa, sin duda para dar valor al informal nombramiento a fuerza de salvas que cierto eran amenazas; mas el representante de la gran nación, rodeado de oficiales de marina, se cubrió de rubor en presencia del impávido O-mimon, que no reconoció su misión declarando insubsistente el nombramiento exhibido, ya por la forma en que venía, y ya por las personas que lo presentaban, y mandando a Orué que continuase en el [22r] consulado hasta la resolución de S. A. I. Orué sin responsabilidad pudo y debió sujetarse y de pronto

²⁴ Ms. «Surdeau».

²⁵ Ms. «O'Donell».

²⁶ Ms. «Montarló».

se sujetó a esta juiciosa resolución. Orué contra el parecer de los patriotas que adoptara, cede a siniestras instancias y entrega el consulado en perjuicio de sí mismo, de los emigrados, que no supieron su inesperada determinación, y de la autoridad del bajá.

Orgullosa Sourdeau²⁷ con la victoria, se apodera de la secretaría y comienza a despachar con el intrigante Fr. Pedro del Rosario, conventual en el hospicio de la misión apostólica, profesor de árabe e intérprete de la Legación de España con competente dotación, además de la ración y vestuario de solda²⁸ franciscano. El primer acto de su administración se redujo a mandar quitar el timón a la barca del valeroso Borrasca, perteneciente a las expediciones de Tarifa y Almería y regalarla con todos sus efectos al emperador. Sorprendido O-mimon con el nuevo aspecto de cosas no pudo despreciar el regalo, pero oyó con agrado las quejas del despojado, remitiéndole [22v] al cónsul donante para preguntarle si era conforme al derecho de gentes dar lo ajeno y prometiéndole la restitución luego que presentase los títulos de propiedad.

Este raro ejemplo de justicia francesa fue seguido y sellado con la sanguinaria nota diplomática de la reclamación formada según su capricho, pasión y encono; aunque procuró hacer alarde de su beneficencia dispensando su patrocinio a cinco emigrados, recomendándolos al soberano absoluto de España, y pidiéndole por premio de sus servicios el indulto de soñados delitos y la facultad de regresar a sus hogares. Vista y examinada por los interesados la capciosa petición, la estimaron tan sincera como las capitulaciones y reales promesas del augusto príncipe que restableció el orden y el imperio de la ley en la península sobre los escombros del desorden y de la anarquía, con admiración del orbe entero. Sourdeau²⁹ recibió por recompensa la cruz de Carlos III y generalizó la reclamación.

²⁷ Ms. «Surdeau».

²⁸ *Sic.*

²⁹ Ms. «Surdeau».

§ 7.º [*Bosquejo del arrebatado carácter de Mr. Sourdeau y del genio sublime y conducta heroica del grande O-mimon*]

Es imposible delinear por una parte el espantoso cuadro de la persecución promovida contra todos los emigrados [23r] comprendidos, o no, en el exterminador decreto de Fernando de Borbón, que condenaba a pena capital a los expedicionarios con sus fautores y cómplices, por el condecorado cónsul galo-hispano, auxiliado con la altivez y pericia del reverendo intérprete, y con la vigilancia de la policía que todo lo minaba; y por otra parte bosquejar la deliciosa pintura de un Shcilloge, de un musulmán educado en la cordillera del Atlas situada al mediodía de Marruecos, del insigne O-mimon, que la fuerza natural de su genio, y a guisa del más fino político, entretenía la ira de sus capitales enemigos, oponía la maña al ímpetu, la verdad a la intriga, y el juicio y la discreción y el acierto, a la precipitación y atentados de sus descomedidos contrarios.

Tánger dejó de ser el domicilio de las musas para los emigrados españoles y ya fue el campo marcial en que diplomáticos estúpidos lidiaban con cortesanos incultos, maestros en el arte del fraude, de la perfidia y del engaño. Ya los sobresaltos, la zozobra, los recelos, el temor y la desconfianza los atormentaban por el día y espantaban por la noche. Ya los cónsules coligados desdeñaban [23v] su sociedad, procedían con miedo, temían desagradar a sus soberanos y miraban como proscriptos a los rebeldes invasores de Tarifa, Marbella y Almería, y como autores de desórdenes espantosos. Ya el mismo cónsul de los E.U. detenía su liberal impulso y evitaba el compromiso. Ya no quedaba más arbitrio que aventurar la seguridad personal, depositando la incierta esperanza en los cánones invariables del Alcorán, que consagran la fiel acogida, el religioso hospedaje. Y es así que, poniéndolos en ejecución, el observante O-mimon recibió con placer y acogió ufano bajo la inmediata protección imperial a los guerreros de las expediciones, no obstante el soberano decreto que se le había comunicado, previniéndole que no entregase ni permitiese salir a los

españoles reclamados. De este modo terminaron las espinosas contestaciones entre el cónsul americano y el ídolo de la Cesarina. Con tanto aparato perdieron su valor las fuertes e imponentes notas de Sourdeau³⁰, comprometiéndose más el intrépido bajá en la lid terrible que antes, entonces y después sostuviera con inimitable³¹ tesón contra cónsules, moros respetables y judíos [24r] ricos. El hebreo Mechinino, confidente del emperador y visitador de las aduanas del imperio, que por privilegio original vivía sobre la sangre de sus degradados hermanos, era el jefe de la intriga.

A pesar del terminante mandato de S. A. I. y del bloqueo del puerto, O-mimon no se arredró, prefiriendo el enojo de su señor al sacrificio de sus nobles sentimientos, y concede libre salida a cuantos desean escapar, dándoles escolta para que se embarquen donde les convenga con el loable objeto de burlar la vigilancia del crucero español. Una guardia de moros detiene y le presenta un corto número de emigrados prontos a embarcarse por paraje vedado, y lejos de tratarlos con la usual acrimonia de los mandarines europeos, se limita a recordarles la obligación de conformarse a las leyes del país, tanto más cuanto [que] no se les impedía la salida por cualquiera cala o ensenada con su licencia; y para significarles el vivísimo interés que tenía en protegerlos, sin saber el idioma castellano, prorrumpió así: «Mí ser tan liberal como ti», palabras sencillas en las que la falta de construcción gramatical denota el torrente de la [24v] sensibilidad del héroe que las articuló y son la más valiente expresión de los afectos que regulan los movimientos de su corazón y de los benéficos principios que dirigen sus acciones.

§ 8.º [*Anuncio, nombramiento, arribo, arterías y maniobras del nuevo cónsul de España, D. Alejandro Briarly*]

Los interesados en afligir³² a los liberales, como si para ellos fuera ganancia el mal presente o inminente del prójimo, anunciaron con

³⁰ Ms. «Surdeau».

³¹ Ms. «initable»

³² Ms. «añgir».

alegría el nombramiento del nuevo cónsul y dieron por fenecida la demanda de la entrega. La facción gobernante de España, que había renunciado a todas las reglas de la moral y aspiraba a hollar el derecho de gentes, fijó su atención en don Alejandro Briarly, el más idóneo para desempeñar el horrendo destino de detestable venganza. Su elección trae a nuestra memoria la reacción del 7 de julio, en la que este miserable tráfuga, perito en contrabandos y monopolios, obtuvo el renombre de conspirador y de ciego cofrade del nefando club³³ apostólico. Recibido el premio de sus servicios marcha a Tánger en fragata de guerra, con pompa de embajador, con facultades amplísimas y con medios suficientes para conseguir el fin y realizar el objeto primario y esencial de su misión, si posible fuera, [25r] con mayor velocidad que la del rayo destructor.

Apenas pisa tierra el galán de la farsa, cuando comienza a realzar el mérito y valor del regalo y la copia de moneda disponible para comprar a honrados españoles, gloriándose de verlos en cadahalsos desde el instante de su entrada. El comandante y oficiales de marina esperan impacientes el cargamento para conducirlo a Cádiz, temerosos de que el bajel zozobrase al ancla o cayese en poder de los argelinos que cruzaban hacia Cabo Espartel, haciendo escaramuzas precursoras del rompimiento. Mortal era la demora. El bullicioso enviado presenta las credenciales, toma posesión de su oficio, recibe las instrucciones de su antecesor, consulta con el intérprete y formaliza la reclamación pendiente, seguro del feliz éxito. El bajá, que se le había manifestado afable, no pudo oír tranquilo la bárbara petición y la desprecia altamente, y lo trata con desdén, y humilla su altanería. A ejemplo del jefe, se exaltan los moros, se mofan de la mezquindad del regalo y le cantan el *Trágala*. Los judíos aduladores entonan canciones patrióticas y le alteran la bilis. El imperio todo se escandaliza al verle hacer [25v] trizas del consulado de las Españas nombrando vice-cónsul y secretario a dos estúpidos proletarios, hermanos de la

³³ Ms. «Clud».

conocida matrona que introdujo con el negro velo de sobrina. La fragata huye de las ominosas aguas en que estuvo a pique de perecer por su mal estado y buena dirección de la bala que le asestó un chusco artillero moro en cierto día de salva, que sin tocarle el costado bastó para bañar y dejar pálidos a los guerreros de la fe. Es negocio difícil y en sí impracticable derribar el imperio de la opinión.

Informado de todas estas ocurrencias, el emperador escribió por conducto del bajá al necio Briarly, el que dando la fuerza que no tenían a las ambiguas expresiones de la carta, juzgó definido el asunto controvertido; y en el exceso de su criminal embriaguez, antes de dar lugar a la reflexión, hizo el obsequio de 500 duros al íntegro O-mimon con el ánimo de corromperlo y mejorar la negociación, llevándola al cabo con felicidad. Briarly, versado solamente en especulaciones de contrabando, en monopolios indecentes y en malas artes de seducir, conspirar y fraguar traiciones, ni conocía la política moruna, ni tenía idea exacta del carácter de los árabes, ni sabía los [26r] trabajos que con finura se hacían en Tánger por sus adversarios, ni tuvo más guía en sus operaciones que el superficial dato de la perfidia y codicia que dominan a los moros. El incorruptible Omimón admitió la fineza; pero manifestó luego el talego que la contenía a ciertos emigrados que se hallan en Londres, diciéndoles: «Ni esta cantidad, ni todo el dinero del mundo me retractarán de la protección que os he ofrecido». Briarly consumió el dinero como pólvora en salvas y logró ser en Tánger un árabe pordiosero.

§ 9.º [*Sutil intriga religiosa del bajá. La corte corrompida de Marruecos se intimida, no trata ya de entregar a los liberales y piensa con perfidia en pedir un indulto a Fernando de Borbón*]

El ilustre O-mimon conoció que por sí solo no podía sostener la peligrosa empresa que había acometido, atendiendo a la volubilidad del emperador, al temor que S. A. I. tenía a la Santa Alianza y a las continuas intrigas de los cónsules, que de consuno³⁴ con moros gran-

³⁴ Ms. «consumo».

des solicitaban su separación del mando; pero su sagaz industria le sugirió el medio capaz de imponer y amedrentar al gobierno marroquino. Conmueve la clerecía y hace que los ulemas y santones dirijan sumisas exposiciones a S. A. I. recordándole que se violaba el sagrado código, ora faltando a la hospitalidad acordada, ora entregando a los refugiados a la muerte: crimen imperdonable que castigaría Dios [26v] según las amenazas del Profeta escritas en el Corán. Esta maniobra religiosa en pueblo tan supersticioso produjo el deseado efecto y no se trató más de entregar a los emigrados. El gabinete de Marruecos tiene su política peculiar, cuyos más finos resortes manejó con destreza el precavido O-mimon en esta gran lucha que siempre honrará su memoria.

Las opiniones religiosas de los ulemas expresadas con energía y conformidad, trastornaron al ministerio marroquí, que vacilaba indeciso, tendiendo, por su codicia y desastroso estado de la hacienda imperial, a la entrega; mas, usando de su común perfidia, trabajó y divulgó copia de una carta del emperador a Fernando de Borbón, en la que con suma delicadeza indicaba S. A. I. que su real autoridad era desconocida y contrastada por los súbditos de la península y de ultramar; que estos disidentes gozaban seguro refugio en varias naciones cultas, sin perjuicio de la paz; que su lastimosa situación lo despojaba del título de rey pacífico de las Españas y no le permitía aventurarlo todo a las funestas consecuencias del desmedido vigor; que los reyes solían interponer su poderosa [27r] mediación, haciéndose recíprocas peticiones a favor de los reos refugiados en sus respectivos dominios, y nunca los entregaban, sino precediendo el perdón, pues de lo contrario se degradaba la dignidad real y violaba la sagrada regla de la hospitalidad. Esta epístola hería demasiado el orgullo de Fernando y su blanco no era otro que sacar el partido más ventajoso, recoger el regalo y ratificar los tratados, quedando sus forjadores en completa libertad de seguir la teológica opinión de los ulemas, sugerida y apoyada por las invencibles relaciones del respetable O-mimon.

§ 10.º [*Castigo ejemplar de Fr. Pedro del Rosario, su repentina prisión a la vista del cónsul español y violenta expulsión*]

Con verdadero paso de gigante corría la comenzada carrera el grave musulmán O-mimon, prosperaban sus combinaciones, tenían suceso sus cálculos; de suerte que se puso en actitud³⁵ hostil contra sus formidables enemigos y trató de dispersarlos, disipando la reunión en que se urdían todas las tramas de la persecución. Fr. Pedro del Rosario, socio nato y director de las maquinaciones, merecía todo el rigor de su justo enojo. Este oprobio de la frailía, reconvenido por interiores remordimientos, poco tiempo antes se había refugiado a la casa de un [27v] santón que, no dándole benévolo acogimiento, huyó como pudo corriendo y meticoloso al asilo consular de Francia, donde se mantenía oculto. Aparece el cónsul español, sale el escondido satélite y le sirve de guía, intérprete y criado, en todos sus ridículos y temerarios intentos. Porque los frailes de España pertenecen últimamente a la hez del pueblo, carecen de educación, retienen rústicos modales, adquieren maneras extravagantes en los conventos, no reciben la conveniente ilustración, desprecian la consideración, que no merecen, y declinando a la bajeza de su origen, los unos vagan, contrabandean, enamoran y asesinan; los otros patrocinan a criminales atroces, absolviéndolos en cada año de los mismos pecados y haciéndoles creer que con misas, novenas, rosarios y escapularios vuelan de las infames delicias de la vida presente a ser bienaventurados en el empíreo; y éstos, los menos, se dedican a la virtud y a las letras. Caducaron los frailes por sus enormes delitos y han hecho olvidar los servicios de los varones ilustres que los precedieron y no imitaron.

El almanaque³⁶ diplomático de Tánger consta [28r] de cuatro fiestas que celebran los mahometanos, siendo la principal la pascua del carnero en la luna de noviembre, brillante por el aparato de ceremonias y

³⁵ Ms. «aptitud».

³⁶ Ms. «almanach».

lucido concurso que preparan el degüello de la víctima en la próxima altura que mira al sur, y por la octava consagrada a la circuncisión de los infantes. Los cónsules celebran estas fiestas enarbolando las banderas, huyendo de los cerriles montañeses que hacen fuego en todas direcciones conduciendo en triunfo a los circuncidados y contribuyendo con regalos a las autoridades. En uno de tan señalados días el miserable Briarly remite por Fr. Pedro unas pesetas al administrador de la Aduana, moro grande, recomendable por sus riquezas y conexiones en la corte. Entra el mensajero con la insultante fineza que debiera consistir en efectos de té, café, azúcar y telas o pañuelos, la presenta, y el noble fezino la desprecia. Insiste el petulante emisario en que la acepte atendiendo a la pobreza de su amo, a la nulidad del erario y a la esperanza de mejor presente en la venidera pascua; pero la más severa repulsa lo confunde, compeliéndole [28v] a salir colmado de oprobio. El pundonoroso administrador, decidido amigo de los liberales, juzga que ha sido gravemente ofendido por las groseras instancias del fraile y desatención del cónsul y pidió al bajá la correspondiente satisfacción de tamaño insulto. La queja determinó al impertérrito O-mimon a castigar las demasías de Fr. Pedro, decretando su expulsión y ofreciendo al partido furioso poderoso ejemplo de terror y espanto. Sidy Mahomed A-jardan, comisionado para la pronta ejecución, marcha con pocos soldados, busca al reo, lo encuentra con el alucinado Briarly cerca de su casa, llama al cónsul como para hablarle de cosas importantes y no habían comenzado la plática, cuando el fraile desapercibido es asaltado por furibundos moros y llevado a empujones, arrastrado y sofocado al muelle, y desde allí al barco español preparado. Mucho sufrió en la violencia del arresto y embarque; mas por ella se preservó del castigo cruel de palos al que fue después condenado. El temor se apoderó de los despotillas europeos y pías mujeres dieron testimonio de tierna compasión.

La maledicencia de la facción servil atribuyó la [29r] tropelía irreligiosa del reverendísimo cazador al influjo de los liberales, atroz calumnia, común arma de ruin canalla. ¿No bastaba el suceso referido

para desterrarlo del imperio? ¿No era suficiente la parte principal que tuvo en la corrección de la querrela dirigida al emperador contra el bajá, reformándola, y suprimiendo la protesta del cónsul americano, que pulverizaba la acusación? ¿Ignora que vino a sus manos, que la confrontó con la que íntegra se conservaba en el arca consular, manual archivo de órdenes y documentos útiles, que mensualmente pasa al cónsul encargado del despacho ordinario, y comprobó por sí mismo y por la pericia de los talbes la superchería y criminal enmienda? ¿Fue crimen insignificante haber demandado la sangre de sus hermanos, deprimiendo la mansedumbre sacerdotal, conculcando la lenidad³⁷ evangélica? El discreto O-mimon, religioso en las observancias mahometanas, opinaba con sus gloriosos progenitores que la tolerancia estaba identificada con la justicia y misericordia de Dios, respetaba todos los cultos, fiel creyente y fatalista, execraba las apostasías y, por la idea [29v] sublime que había concebido del cristianismo, decía escandalizado que Fr. Pedro, corifeo de los perseguidores, deshonoraba su religión, y pertenecía a la clase de los impíos que con refinada hipocresía se jactan de religiosos y no conocen más Dios que su holganza.

Atentados de semejante naturaleza son consecuencia necesaria de la reunión de poderes o funciones incompatibles en una persona. Feliz fuera el género humano si los sacerdotes, aislados en el círculo del ministerio espiritual, no se mezclaran ni tuvieran voz ni voto en negocios seculares, sujetándose a los preceptos apostólicos. El sacerdocio, prostituido por ministros que desconocen la sólida e ilustrada piedad y soberbiamente detestado por burlones lógicos que no distinguen la institución santa de las personas que abusan, recobraría entonces su primitivo esplendor y la sociedad el poder soberano e independiente que no se le puede disputar. Lástima es que los misioneros apostólicos del imperio marroquí, abandonados los hospicios del interior y de la corte y reducidos a Tánger, hayan convertido las fatigas de la predicación y conversión de [30r] paganos en sórdido lucro, en

³⁷ Ms., tachado: «mansedumbre».

diversiones estrepitosas y en peligrosa ociosidad, sin olvidar el prurito de pedir y mendigar. En el año próximo pasado el presidente de la misión ofició a los cónsules católicos, excitando su devoción para que se subscribiesen a una limosna mensual que proveyera a la manutención del culto divino, pues Fernando de Borbón los tenía sumidos en el abismo de la pobreza. ¿No fuera más acertado privar a los moros de la vista de los dos espantajos que quedan en Tánger, que sirven de escándalo a los verdaderos creyentes, de ocasión de ruina espiritual a los judíos ritualistas y de gravamen a los cónsules?

§ 11.º [*Integridad del bajá y excesos del cónsul francés que paralizaron el privilegio de exportar bueyes y cebada concedido al veraz Luis XVIII*]

La majestuosa marcha del circunspecto O-mimon tendía a sostener la dignidad del imperio y las prerrogativas de su oficio, que por temor o cohecho desatendieran sus predecesores en el mando. No temía a los prepotentes, ni permitía cosa que perjudicase al señorío de la tierra. Inexorable con los magnates autores de los abusos y desórdenes, se complacía en reprimirlos, ora fuesen del resorte de su jurisdicción, ora gozasen del derecho de extranjería. Así que con razón [30v] asestó sus tiros contra Sourdeau³⁸, cuya altanería le era insufrible, y deseaba imponerle la misma pena que al reverendo expulso, por cómplice en los mismos entuertos. Luis XVIII, resuelta la invasión de España, consiguió del emperador de Marruecos el privilegio de extraer cebada y bueyes para el abasto del cuerpo del ejército que ocupara la Andalucía. Preséntase en Tánger por noviembre de 1823 el comisario francés encargado de recibir y remitir la cebada; mas fueron tan ruidosos los altercados entre el comisionado y el cónsul sobre el manejo y distribución del dinero, y tan descomedidos los insultos, que aquél fue arrestado por éste, y casi se paralizó la saca con deservicio de la nación francesa. El negocio de los bueyes pasó

³⁸ Ms. «Surdeau».

por contrata a un comerciante de París y quedó a cargo de una casa de comercio de Madrid. Llega en julio de 1824 el español apoderado para las compras y remesas de ganado y sale al encuentro Sourdeau³⁹ reclamando mitad de ganancia para gastos de oficina. Porque cada res, según el privilegio, adeudaba en la aduana 240 reales de vellón y por el traspaso 320. Tal es la diferencia de [31r] los derechos de exportación y tal fue la sabia economía del gobierno español y el patriotismo de los diplomáticos, que convirtieron el preponderante influjo que con justicia consiguió Carlos III en Marruecos en desnivel o ruina del comercio nacional, y en pro de monopolistas que amontonaron caudales inmensos y provocaron las iras de Muley El-Yecid.

Muley Mahomed, padre de este príncipe rebelde, fue el íntimo amigo y ciego idólatra de Carlos III, a cuya disposición entregó el imperio en los tiempos de paz y de guerra durante su largo reinado, y una carta del monarca español, que llamaba su primo, besaba tocada al pecho y cabeza, y anunciada al pueblo fezino o marroquino, era la ley suprema del estado. El anciano emperador a la cabeza de su ejército marchó a Tetuán para castigar la rebelión de Muley El-Yecid refugiado en la mezquita principal, santo e inviolable asilo. Porque los emperadores de Marruecos, augusta familia de los jefes descendientes del primer califa, y de la sangre de [31v] Fátima, son jefes soberanos de la religión y del estado con facultad de interpretar el Corán, dispensar y mitigar sus leyes, teniéndose por hijos legítimos de Mahoma, y reputando bastardos y cismáticos a los turcos. Muley Mahomed a la vista del asilo que proyectaba violar, repentinamente murió, víctima de su indiscreción y del fanatismo del ejército, que sin demora proclamó emperador al rebelado, recibiendo por premio la licencia de saquear la judería. Muley Sicziltan, intrépido soldado, como furioso ebrio cometió crueldades horrorosas, cortó cabezas con su alfanje, mandó suspender por los pies al vice-cónsul de España, que expiró al tercer día, decapitó al bajá de Tánger que consintió la fuga

³⁹ *Idem.*

del cónsul D. Antonio Salmón, que había escapado de Tetuán entreteniendo la curiosidad del tirano con el presente de un precioso veloz, declaró la guerra a Carlos IV, sitió por dos veces a Ceuta, y continuara las hostilidades, si la política de Floridablanca no le hubiera detenido promoviendo el alzamiento de Marruecos [32r] y proclamación de Muley Soliman. Muley el-Yezid se vengó de la nación española en odio de los abarcadores gaditanos que abusaran de las concesiones de su padre, tan beneméritos de la España, como Sourdeau⁴⁰ de la Francia.

El apoderado español resistió con denuedo la petición del cónsul francés y dio cuenta a su principal residente en Cádiz. Llega el comerciante, admite la gravosa condición, y se lamentó de la necesidad a que lo redujeron el impetuoso carácter y desenfrenada codicia de Sourdeau⁴¹. Comunicada la transacción al administrador, exige del apoderado 70 onzas de oro, total adeudo de aduana por las reses exportadas y le previene que cada res adeudaba 320 reales. El avaro francés, cuya autoridad fue interpelada, monta en cólera cual bravo león, entra con el judaizante intérprete en casa del administrador, lo colma de denuestos, motejándole de ladrón y mal servidor del emperador y le fuerza a besar el libro de los tratados y concesiones imperiales. El ofendido administrador [32v] formaliza queja ante el bajá, refiriéndole los desafueros cometidos por el insultante francés y reclamando la justicia y la vindicta pública de tan atroz agravio. O-mimon irritado desea y se inclina a decretar la expulsión del cónsul francés; pero prudente teme arriesgar la suerte de los emigrados, y eleva el escandaloso suceso al trono. Muley Abd-Rahaman, que había recibido gruesas sumas anticipadas, aprobó el celo del administrador y caducó el privilegio boyal. Mr. Villèle, regenerador de la hacienda francesa, fallará con su tino fiscal y mercantil este litis galo-hispano-africano.

Parecería increíble el conato de los desmoralizados ultras franceses al pillaje, si no hubiera sido el monopolio su divisa en la invasión de

⁴⁰ Ms. «Surdeau».

⁴¹ *Idem*.

España, con tanto exceso que los ultras españoles no menos degradados son contrabandistas mochileros en comparación. Apelamos a la chusma de monopolistas que entraron en la península con el ejército francés, cuyas especulaciones de [33r] compras y reventas de todo género de abastos a los comisarios e intendentes cómplices en la malversación observamos de cerca, y a la pública dilapidación de millones de francos que han empobrecido la Francia, reduciéndola al deplorable estado de impotencia, y de pesquisas poco decorosas a guerreros que sólo pelearon para repartirse el inmenso tesoro del trono y del altar. Justo castigo del cielo bien merecido de los verdugos de la Santa Alianza; fulminado contra la bárbara apatía con que constituyeron a Fernando de Borbón jefe de la facción homicida insaciable de sangre y de confiscos [...] ⁴²; contra la perfidia con que encadenaron al león de Castilla. Nos jactamos de no ser impíos como los ultras y adoramos la providencia de Dios que amenaza, aterra y mortifica a los déspotas en Europa, América y África.

§ 12° [*Cuidados del infatigable O-mimon; pintura de Muley Soliman en su elevación al trono, gobierno tiránico, rebelión de las tribus, prisión y muerte repentina*]

O-mimon, rodeado de cuidados y amarguras, tuvo la complacencia de disipar los alborotos nocturnos causados por las gestiones de algunos marineros españoles, que se suponía ser del número de matones y pagados [33v] asesinos del jefe de la expedición de Tarifa, tomando medidas enérgicas de seguridad; y el placer de ver arribar al puerto una corbeta americana de guerra con un diplomático de la República, cuya embajada se limitó a preguntarle si los emigrados tenían absoluta seguridad en Tánger, a lo que replicó: «Están tan seguros como en Londres o Filadelfia», y en vista de tan decisiva respuesta, le entregó carta para el emperador que, según se dijo, era medio de que se valía el gobierno republicano para inflamar los nobles sentimientos imperiales y prote-

⁴² Palabra ininteligible.

ger la causa de los refugiados. A la despedida, y últimas instancias del agente diplomático, contestó el bajá: «Si los emigrados temen, dudan o desconfían pueden libremente marcharse todos con la corbeta», por [lo] que fue aplaudido con expresiones de sensible gratitud.

Ardía el Imperio de Marruecos en su vasta extensión de 200 leguas, y considerable amplitud de 190 en facciones que habían llevado la devastación, el exterminio [34r] y el hambre por todas partes, con la guerra, la rebelión y la anarquía. Porque Muley Soliman, derrotado en los campos del honor, no obstante los socorros de España, por su valeroso antagonista, subió al solio por el atentado de los conspiradores, que desmintieron en Marruecos la magia e invulnerabilidad de que se gloriaba el victorioso Muley El-Yecid; se manifestó cruel perseguidor de los partidarios de Muley Yschem y de Muley Salema; se hizo proclamar emperador de Marruecos y rey de Fez y del Sus y, a fuer de hipócrita con el rosario en la mano, frecuente lectura del⁴³ Alcorán y constante asistencia a la mezquita, logró señalar los aciagos días de su dilatada dominación con crueldades inauditas, contribuciones exorbitantes, vejaciones indecibles y castigos horribles que no tienen ejemplo en las leyendas de los tormentos y martirios.

El administrador de la aduana de Tánger, que en noviembre de 1823 entorpeció la admisión de los emigrados deteniendo los equipajes y causándoles extravíos de entidad, que con dificultad y retribuciones obedeció la enunciada [34v] benéfica resolución de S. A. I., era tenido en toda la comarca por el viejo más duro e indomable de todos los moros, templado a prueba de gatos. Enriquecido con los robos de las aduanas labró suntuosa [casa] y luego fue requerido para que trasladase el remanente de los latrocinios a la tesorería; pero el avaro musulmán crecido en años y codicia se resistió alegando desinterés y pobreza. Obcecado burló de la prisión y palos, y cuando se jactaba del triunfo, mandó el bárbaro teócrata que se llenase de gatos el fondo de los anchos zaragüelles. Los fieros tigres oprimidos y azuzados no

⁴³ Repetido en el ms.

tardaron en desgarrar con sus tremendas uñas las nalgas del obstinado mahometano; mas prefirió el destrozo del cuerpo al desprendimiento del oculto tesoro. Muley Soliman por fin decretó la demolición de la casa y encontró en el hueco de las columnas el caudal que buscaba.

Príncipe tan hipócrita como inhumano, siguiendo las huellas de sus predecesores, hacía tráfico escandaloso con las dignidades y empleos, deponiendo y robando a los dignatarios y empleados, y reponiéndolos para que con más [35r] ahínco volviesen al saqueo de los pueblos, de modo que el imperio todo no saciaba su sagrada hambre. Así que las belicosas tribus de los Shcilloges que moran en las ásperas cordilleras del Atlas, irritadas sacuden el yugo de la obediencia y provocan la guerra. Muley Soliman sale a campaña con su ejército y sorprendido en Sayan sufre la más completa derrota y cae prisionero. El generoso montañés que lo aprisionó le restituyó la libertad y por ocultas sendas lo condujo a Mequinez. Cuando la noticia de la rota, hácese general el desorden anárquico y los triunfantes rebeldes proclaman a Muley Ybrahim, hijo del asesinado Muley El Yecid. El nuevo emperador guarnece a Fez, toma a Tánger y pone su cuartel general en Tetuán. Muley Soliman sigue a su competidor, hace alto en Alcazar-el-Quibir, se apodera de Tánger, y los valientes de Anchara hieren mortalmente en un choque a Muley Ybrahim, y muere al octavo día. Sucédele en la usurpación su hermano Muley Seid; es sitiado en Tetuán, y desprovisto de todo recurso proyecta [35v] regresar por la provincia del Rif a Fez. Lo consiguió, mas arredrados los rebeldes lo entregaron con la capital al ofendido tío, que lo perdonó y llevó en su compañía. Tetuán se sometió con los demás fuertes alzados.

Muley Soliman, con forzada política, confirmó en su mando al rebelde bajá de Tetuán Ben-Jucofs⁴⁴, confirió destinos de confianza a los principales cabos de la rebelión, desterró de Fez en abril de 1822 a los principales revolucionarios y marchó contra las intrépidas tribus que lo derrotaran. Dirigidas éstas por un santón de grande

⁴⁴ Sic por Ben/Ibn Yusuf.

reputación, acometen, dispersan el ejército y hacen prisionero a su soberano que, conducido a Marruecos y repuesto en el trono, murió de repente verdaderamente cautivo en las delicias del serrallo.

§ 13.º [*Testamento original de Muley Soliman; entronización de Muley Abd-Rahaman; su encierro en Fez: su viaje feliz a Marruecos y orden para que el bajá a su regreso se le reúna en Larache*]

Encontróse envuelta en el turbante del finado monarca una carta autógrafa por la que disponía que se diese el cetro a su sobrino Muley Abd-Rahaman, apoyando su disposición en razones de conveniencia pública y en notables textos del Alcorán, pues se lisonjeaba [36r] de ser más instruido y erudito que los talbes. Los moros no dudaron de la autenticidad del testamento solemne por la exclusión de los hijos del testado, acostumbrados a entronizar a los príncipes más audaces o más afortunados de la regia estirpe, marchando intrépidos por la senda que les trazaron sus aguerridos progenitores, quienes, si respetaron la dinastía augusta de los califas, que sembraron el terror en Asia, África y Europa, vengando la unidad de Dios, despreciaron en Bagdad y Damasco, en El Cairo y Córdoba, en Constantinopla y Marruecos el orden lineal de la sucesión, que formó el mayorazgo monárquico, modelo de las vinculaciones perpetuas, de los señoríos monstruosos, de los patronatos y capellanías, que la filosofía desterró de las Galias, y habría abolido en la liberal España con ventajas de jurisprudencia civil y canónica; quedando sólo la memoria de las enormes injusticias y punibles falsificaciones de magistrados ineptos [36v] y notarios venales cometidas a la sombra de figurados árboles genealógicos, y de los pergaminos genuinos o espúreos del archivo del feudalismo.

La postrimera disposición de Muley Soliman publicada con pompa religiosa en las principales mezquitas obtuvo legal sanción. Los sabios talbes, los fanáticos ulemas, el santón de grandes créditos de las cercanías de Arcila⁴⁵, penitente holgazán y visionario por lucro,

⁴⁵ Ms. «Arzilla».

Marruecos, Fez, Tánger y Tetuán aclamaron a Muley Abd-Rahaman con demostraciones de júbilo, pero el cuerpo de negros apoderado de Mequinez y de las reliquias del tesoro, Tafílete, los atrevidos Shcilloges, y otras tribus, sin entrar en discusiones políticas, ni pasar a nombrar otro sultán, continuaron la rebelión y las desgracias, de modo que el nuevo emperador, agotados todos los recursos y rodeado de formidables enemigos, se encerró en Fez, esperando el momento de ensangrentar el alfanje y obstruir para siempre los imperceptibles canales de las riquezas [37r] del imperio, entorpecido con las leyes de su predecesor que restringieron la exportación de granos y ganados, y paralítico⁴⁶ con las revueltas y asonadas de guerra que duraban desde junio de 1819.

El bravo O-mimon después de siete años de destierro y prisión, no por crímenes que cometiera, sino por su resistencia y noble oposición a los entuertos de príncipes bárbaramente despóticos, rompió las pesadas cadenas en las precedentes turbulencias, abrazó la causa de Muley Abd-Rahaman y fue el hombre de pro en la sutil intriga de su coronación. Nombrado bajá de Tánger, mantuvo en obediencia las provincias de Tingis y Anchara, observó de cerca y contuvo a Ben Jucebo⁴⁷, incansable revolucionario y rebelde perpetuo, remitió caudales y municiones de guerra a Fez y proporcionó a su señor los medios de rendir a Mequinez, de sojuzgar las tribus alzadas de la tierra llana y costas de poniente y de coronarse en Marruecos. Frecuentes salvas nos anunciaban [37v] estas victorias, que solían celebrar los moros corriendo la pólvora: ejercicio violentísimo limitado al escape de los caballos, a disparar las largas escopetas en la velocidad de la carrera, volver grupa, cargar y tornar a la desordenada carrera que ocasiona caídas mortales. Para definir estos triunfos decían los tintitanos con fingida sonrisa: «El emperador se ha comido tal pueblo o tribu»; valiente expresión que significa la barbarie con que se hace

⁴⁶ Ms. «paralíticos».

⁴⁷ Sic por Ben/Ibn Yusuf.

la guerra doméstica, pues los vencidos experimentan total saqueo, quedando muchas veces las personas de uno y otro sexo en absoluta desnudez. Orgulloso con la ruina de sus vasallos regresa el ayudado por Dios, y manda a O-mimon que se le reúna en Larache.

§ 14.º [*Marcha de O-mimon; es nombrado general del ejército; pintura de la familia reinante, bravura de Muley Ismael; apatía de sus sucesores; noble osadía de las tribus alzadas, ofreciendo a O-mimon la corona imperial*]

El sumiso Shcilloge, incapaz de faltar a la fe jurada, vanagloria que distingue su guerrera tribu, dispone el viaje, previene a los liberales contra la tormenta que les amenazaba durante su ausencia y les encarga que ostenten tristeza y se abstengan del paseo, [38r] porque convenía arrancar el regalo de las manos del cónsul español, confirmar los tratados, y entretener y burlar sus esperanzas. El menos reflexivo deducirá de aquí que el gobierno marroquí [está] circunscripto a la vil codicia de exigir tributos, recoger presentes y engañar con disimulo y estratagemas, o humillar con desdoro y altanería a los encargados de negocios, prevaliéndose de su misma impotencia y de la ventajosa situación de sus puertos, y degradar a las naciones cultas sujetas a vergonzosas prestaciones que, como tributos, pagan la Suecia y Dinamarca y, como regalos, las demás potencias cuyos pendones tremolan en Tánger. Porque la exaltación al trono de los monarcas que tienen relación de amistad con el imperio presenta la necesidad de nueva embajada a la capital, de ratificación de los tratados y de magníficos presentes, y la entronización de nuevo emperador reclama el mismo dispendioso ceremonial; regresando los cónsules con un león, tigre o avestruz para su soberano, y algunos caballos, mulas o rara piel para [38v] su servicio.

La marcha del liberal O-mimon fue notable por la animosidad de dos partidos que dividían la población. Estos predecían su desgracia: estotros renunciaban que se renovarían y estrecharían los vínculos de su amistad con el emperador. Las primeras noticias derrocaron el partido consular, pues el sultán no sólo recibió con particular agrado

a su fiel amigo, sino que lo honró poniendo sobre sus hombros la chilaba⁴⁸ imperial, ropaje semejante a la capa o manto monacal, el mayor signo de aprecio que suelen dispensar a sus súbditos aquellos déspotas. Después de varias entrevistas y conferencias, S. A. I., temeroso de perder el imperio, le confió el mando del ejército con facultades amplísimas para reducir a la debida obediencia por la fuerza, o admisibles capitulaciones, las tribus rebeldes que desolaban el país desde las fecundas campiñas de Fez hasta las encumbradas cordilleras del famoso Atlas, que circuye y atraviesa todo el imperio, terminando en la [39r] Sierra de las Monas o de Bullones, que domina el estrecho de Gibraltar. Este supremo mando militar sometió al vacilante trono de Muley Abd-Rahaman a la disposición del virtuoso O-mimon, el que con menos fidelidad y la común ambición hubiera complacido a los valientes montañeses empeñados en proclamarle emperador, evitado los peligros y derrotas que sufrió por la vergonzosa fuga de soldados indisciplinados, y preservado a los emigrados de males espantosos difíciles de contar.

El empeño de los montaraces era justo, fundado en las relevantes prendas y padecimientos del patriota O-mimon y en el odio, concebido de antiguo y jurado de presente, a la reinante dinastía que los condenara a perpetua servidumbre y duradera desdicha. Ya Muley Soliman cautivo les había concedido cuanto solicitaron, y facultado para que obrasen como mejor les pareciera, amenazándolos con su indignación, si tenían la osadía de trasladar el cetro a la familia de [39v] los Edrizes⁴⁹. Porque desde la general decadencia de los musulmanes, como la España árabe, así también el África se dividió en pequeñas monarquías que desmembraron el poder y gravaron los pueblos. En la desgraciada batalla que junto a Alcazar-el-Quibir [mantuvo] D. Sebastián tuvo por competidores cinco reyezuelos en fuerza de 8 000 combatientes, y si se detiene el caudillo lusitano y

⁴⁸ Ms. «chilabía».

⁴⁹ Los idrisíes, primera dinastía musulmana de Marruecos (s. VIII-X).

aguarda los aguerridos tercios que de Ceuta y Tánger salieron para reforzarle, la morisma con sus gritos y algazara habría perecido, las quinias de Portugal se hubieran enarbolado en Fez, y los delicados europeos comerían el pan biscocho del trigo fezino, que no tiene semejante ninguna región del globo.

Cansados los mauritanos de las violencias y opresión de tantos tiranos, acabaron con ellos, reunieron el poder imperial y real, y lo confiaron a la ilustre familia de los jerifes, pero no mejoraron de fortuna. Porque los jerifes, príncipes prostituidos, santones hipócritas y bárbaros déspotas, se sumergieron en los [40r] placeres del serrallo, se dedicaron a las sutilezas de la teología, del fatalismo y a los éxtasis de devoción en las mezquitas, se precipitaron en la cobranza del diezmo, en la exacción de garramas y en la percepción de cuantiosas dádivas, promovieron la anarquía, aumentaron el desorden, aprobaron el desenfreno de los bajaes y abandonaron todos los medios de fomentar la felicidad procomunal, obligando a los maltratados vasallos a detestar la dominación de los potentados y el señorío de los régulos que tejen y cortan el delgado hilo del que pende la vida y dicha del género humano, con más furia que las inexorables parcas.

Muley Ismael, que subió al solio en el último periodo de la centuria décima séptima, cambia de política, combate los descomunales abusos, reasume toda la autoridad despótica, y se hace objeto de terror a los suyos y de espanto a los extranjeros. Novador no rutinerio, organiza un respetable ejército de negros para restablecer el orden y mantener la tranquilidad [40v], y equipa flotillas de galeotas y cárabos que cruzan o acechan desde los puertos o calas de la costa y roban y cautivan impunemente a los navegantes, hallándose entonces la Europa divertida con la guerra infausta que terminó después en el general armamento ocasionado por la muerte del hechizado Carlos II. Cual astuta raposa, el mahometano emprendedor sitia a Ceuta, plaza abandonada por el gobierno de los exorcistas y energúmenos, avanza las baterías hasta el lugar que se llama Ángulo en la fortificación exterior bajo los fuegos de la soberbia muralla real que todavía conserva

las señales de los balazos de cañón y arcabuz, advierte que no puede rendir el valor de los bravos soldados de Castilla y del heroico vecindario de Portugal y convierte el sitio en estación militar de perfidia y matanza. Porque resuelto a vengar los agravios y desacatos de los magnates y bajaes, sacrificándolos con disimulo, hacía con ellos lo que David con Urías, sirviéndole con previa inteligencia [41r] los gobernadores del campo y de Ceuta, de instrumento de venganza.

Conspirado el imperio contra este monstruo de la naturaleza, singular por las artes con que dirigió las riendas del gobierno en su largo y sostenido reinado, lo confinó a la región del olvido, valiéndose de un renegado francés que lo asesinó en Marruecos. El fraile presidente de la misión apostólica de esta capital mereció su amistad y confianza y reconviniéndole sobre su crueldad, le dijo el sultán: «Tu rey manda seres racionales que conocen el bien y obedecen las leyes; pero yo gobierno brutos que jamás oyen la razón, obran siempre el mal, no respetan la autoridad, ni ceden sino al palo y al alfanje». El marqués de Ledesma con los veteranos de Italia levantó el sitio de Ceuta en 1727 comenzado en 1696 y batió a los bárbaros, los persiguió y aterró de manera que no osaron presentarse y ocupar los inmediatos montes hasta pasados muchos años. Sin embargo, los españoles que cultivaban [41v] antes 120 heredades en la circunferencia de tres leguas, estimaron más conveniente abandonar aquellos fértiles campos, limitándose al alcance del cañón, y consumiendo en complicadas e inútiles obras de fortificación, que dejaron indefensa la plaza de norte a sur, más millones que los que costaría la entera conquista del África.

Los sucesores de Muley Ismael no siguieron su política, antes por el contrario, desviándose del rumbo trazado, consagraron el ocio y la hipocresía de sus padres; redujeron el ejército a 8 000 soldados de caballería e infantería, mitad de negros y la otra de distinguidos oudayas, a las cortas guarniciones de las plazas marítimas que reciben auxilios pecuniarios y tierras en usufructo y a la milicia nacional indefinida, que requerida sale a campaña; aniquilaron las fuerzas marítimas, hicie-

ron tratados de paz con los soberanos de Europa y descubrieron la rica mina de tributos y presentes que tanto aduló su avaricia. Así que finados los caudillos y veteranos en las actuales revueltas, el intrépido O-mimon [42r], encargado de la difícil comisión que le confió Muley Abd-Rahaman, provocó a las invictas tribus con soldados bisoños y gente colecticia que no resistían la primera descarga. Abandonado, por lo común lograba retirarse no por su intrepidez, sino porque los rebeldes lo respetaban como a su libertador y admiraban en él al héroe de cuya conservación pendía la salud del estado. Los resueltos montañeses conferencian con su ídolo y se deciden a dejar las armas, aclamándole emperador, único medio de calmar las pasiones, reunir los ánimos, restablecer el orden y salvar la patria.

La propuesta de los atrevidos serranos no era una de aquellas teorías metafísicas que mal aplicadas minan los fundamentos de las monarquías, sino el parto de la sana razón, que mostraba la incompatibilidad de la degenerada familia de los jerifes con la seguridad y bienestar de los descendientes de Ismael. El cambio de dinastía es la cura radical de todas las disensiones intestinas. Un nuevo soberano de regia stirpe, o ciudadano [42v] sobresaliente por sus servicios, instrucción y virtudes exaltado al trono, que no tenga desafueros que olvidar, méritos que premiar, ni rutinas anticuadas que seguir, es la poderosa medicina, el cauterio restañador de las profundas llagas de la sociedad abiertas en las revoluciones y reacciones. La Gran Bretaña de convulsiones desoladoras retrogradó a la deseada calma adoptando este sistema. El estado turbulento de grandes naciones asoladas reclaman igual medida. La sangre de un tirano y la expulsión de su parentela han solido ser la semilla que ha germinado la libertad y engrandecimiento de los imperios; pero semejantes horrores pueden evitarse refrenando en tiempo la tiranía. No hay nación conocida que arrebatada del impulso de su conservación y del tenor de las leyes reguladoras del orden no haya destronado y decapitado déspotas en odio del gobierno torticero. Los países dominados por los sarracenos han sido el gran teatro de las ilustres matanzas, que con toda propiedad manifiestan [43r] el peculiar

carácter de Ismael: su mando contra todos y las manos de todos contra él. Y O-Mimon resistiendo las sencillas ofertas de sus compatriotas declinó, en noble homicida de su patria, en fidelísimo esclavo de su señor y en indirecto perseguidor de los infelices emigrados.

§ 15.º [*El servil Sidy Mahomed Mingud sucede en el mando de Tánger y de la provincia, se desentiende de las instrucciones de O-mimon, que de pobre arriero lo levantó al grado de alcaide y segundo gobernador, se coliga con los cónsules francés y español y persigue a los emigrados*]

No padecen tanto los débiles pupilos fiados en los días de la triste orfandad al cuidado de un tutor cruel y disipador, como sufrieron los refugiados entregados a la custodia del rústico y venal Sidy Mahomed Mingud, segundo gobernador de Tánger, inseparable camarada del obcecado Briarly y cómplice y patrono de sus inicuas maniobras. Las pesquisas, la detestable policía, las continuas quejas, las repetidas delaciones, el bloqueo del puerto, el concurso de fementidos serviles y la dorada llave comprometieron al imbécil gobernador a dictar y a notificar órdenes tan duras que privaron a los emigrados de la necesaria recreación del paseo por los campos y de la distracción nocturna; porque sólo se les permitía salir los domingos y jueves a comprar en el [43v] zoco alto, y en los demás días pasear por dentro^{5º} de la plaza, retirándose al anochecer. El bárbaro apoyaba su rigor en la responsabilidad que se le exigiera en caso de grave mal o muerte alevosa de algún refugiado; y si fuera éste el motivo, sería racional la precaución, ya por el atentado referido de los marineros, ya por la facilidad de caer en las emboscadas de los fieros montaraces, y ya por la tendencia de los árabes a aporrear y matar cristianos; no habiendo faltado quien se ofreciera a asesinar al detestado Briarly por la corta cantidad de 2 000 reales, como por su capricho hiciera el santón, que descargando la

^{5º} Ms. «dedentro».

pesada porra sobre la cabeza del aturdido Sourdeau⁵¹ lo dejó tendido en la marina; crimen horrendo que la sagacidad de Muley Soliman castigó poniendo al reo a la disposición del cónsul francés, el que no sólo perdonó sino también regaló al intrépido y malvado santón.

El incorruptible administrador de la aduana ostentó afectos más generosos, publicando sin recelo que el [44r] bajá al partir había hecho tanto a Mingud como a él mismo el especial encargo de defender a los refugiados y mandándoles que no permitieran se les tocara el pelo de la ropa. Así hablaba este musulmán con Sidy Mahomed Montalbe en la puerta de la gran mezquita a tres emigrados⁵².

[45r] Capítulo 2.º

§ 1.º [*Prisión molesta; holganza fastidiosa; ocupaciones y tareas de los emigrados; preludios de esterilidad, hambre y peste*]

No era ya necesario buscar nuevas aventuras, ni peregrinar con la nota alarmante de filósofos reformadores, aunque el caballero de la triste figura prosiguiera batiendo molinos de viento. Había pasado la tempestad horrible y sobrevenido la serenidad apacible con la modesta holganza. El horizonte despejado continuaba con las interrumpidas recreaciones, que no prestaban el antiguo deleite [45v] por la idea del cautiverio altamente impreso en el ánimo, como cansado y prolongado por un ilustre aristócrata de la Gran Bretaña. Los emigrados pesarosos desterraron el ocio y mitigaron el quebranto dedicándose a tareas útiles y curiosas observaciones, ora enseñando lenguas y matemáticas a la juventud culta, ora indagando las costumbres del país. Y si la pintura de la persecución, y la descripción de los caracteres de personas tan dañinas a la sociedad, como la nube de piedra a las frondosas arboledas [46r]

⁵¹ Ms. «Surdeau».

⁵² Aquí se interrumpe el texto. El fol. 44v está en blanco. Faltan los parágrafos 16 a 20, que figuran en el índice inicial.

cargadas de verdes frutas y a los fértiles campos vistosos con la copia de dorados panes, no habrá dejado de lastimar el sensible corazón de nuestros lectores, es justo que distraigan su atención cansada y se recreen con el fruto de las divertidas investigaciones del intervalo pacífico que duró hasta nuestra expulsión. Un episodio de esta naturaleza entrelaza los acontecimientos, nota el tiempo y prepara con oportunidad la continuación y fin del resumen histórico que publicamos, mucho más interesante en los últimos que en los [46v] primeros sucesos.

La seca primavera de 1825, menos deliciosa en Tánger que la del año precedente, pronosticaba la esterilidad de la tierra, el hambre y la epidemia que desolan la región de los vagos fatalistas. La escasez de flores, la falta de agua, la aridez de los árboles, la caída prematura de las verdes naranjas y limones, la ruina inminente de la cosecha, la mala calidad de las carnes, la penuria de trigo, cebada y aldora, las repetidas rogativas de los mahometanos [47r] que salían en procesión por las calles, cantando presos por el tono de las letanías y regresaban a la mezquita donde acababan su fervorosa oración; las particulares de los hebreos y constante clamor contra el rigor del tiempo, que contemplaban castigo de Dios, y por todas partes anunciaba un loco profeta, no sólo consternaban el ánimo más fuerte, sino infundían terror pánico y compelían a retraer la vista de tan melancólicos objetos y circunscribir la mente al examen de la constitución de un [47v] imperio, cuyo jefe ni provee de remedio ni presta recurso a los pueblos en las calamidades generales.

§ 2.º [*Constitución del imperio marroquí; poder absoluto del sultán; confusión de la Corte y del Palacio; regalías de los jerifes; bases en que estriba este monstruoso absolutismo*]

El sultán de Marruecos es el déspota favorecido, el hijo predilecto de Mahoma, el ayudado por Dios, el árbitro supremo de la religión y del estado, el señor absoluto de las vidas y haciendas de sus vasallos, y su voluntad soberana, la ley ambulante. Porque⁵³ la

⁵³ Ms. «Por».

miscelánea extravagante del Alcorán, o código universal que regía las cosas divinas y humanas, está [48r] sujeta a su interpretación y dispensa. La superstición, el fatalismo y la seducción son la divisa de la corte y la marca del imperio. El palacio es el centro de la disolución y discordia por el serrallo, el origen de la licencia desenfrenada por la codicia, y la fuente perenne de las venganzas y decapitación por la tiranía. Los resortes de la obediencia son la fuerza, la perfidia y los premios y penas de la vida venidera. La sucesión suele ser turbulenta y funesta a los príncipes, que [48v] no son llamados al trono por el derecho, desconocido y menos practicado, de rigurosa agnación. Los ministerios recaen en favoritos o personajes comerciantes, monopolistas y especuladores con sus capitales, oficio y relaciones con los diplomáticos extranjeros. La turba de los jerifes blancos y negros es por lo común confinada a la remota provincia de Taflete, donde vive sin distinción ocupada en el trabajo para subsistir. Muley Abd-Rahaman ha consignado su gratitud a su predecesor señalando mil ducados morunos, que cada uno [49r] vale algo más de trece reales de vellón, a su numerosa familia. Algunos jerifes más afortunados entran en la carrera de los empleos. El privilegio común a todos los de la familia reinante habidos de mujeres legítimas o de concubinas negras es el de ser santos por nacimiento, jactándose de este título, que comunica a la mujer más querida, y la hacen con esto santa y benéfica curadora de los enfermos por ensalmos y aplicación de la sal usual. Un emigrado que padecía mal de ojos fue visitado por un jerife con sus dos [49v] mujeres y compadecida la santa pidió sal y tardó un largo cuarto de hora orando absorta y restregando la frente y rostro del paciente. Concluida la operación, los cristianos de la casa no sabían dónde sepultar la sal endiablada temerosos de caer en poder del demonio.

§ 3.º [*Gobierno; milicia; marina militar*]

El gobierno del imperio es fundamentalmente militar. El sultán gobierna y domina vastas regiones por medio de alcaides principales y subalternos encargados del mando del ejército, de las provincias y pla-

zas marítimas. En las [50r] fórmulas de la expedición de los despachos no han adoptado todavía las secretarías de palacio la voz oriental de bajaes introducida de hecho y por imitación. Los alcaides principales en casos arduos deciden y obran después de haber oído el dictamen de los otros alcaides reunidos en consejo. Los bajaes dan o rehúsan el cumplimiento a las órdenes o cartas del emperador, limitándose el más sumiso a consultar. Con frecuencia pasan a la rebelión manifiesta o disimulada, que los convierte en déspotas independientes hasta que [50v] pierden la cabeza y los caudales robados. Siete años había sido rebelde el viejo Ben Yusefa⁵⁴ y muriera siéndolo no obstante las diligencias y mandatos de Muley Abd-Rahaman y los créditos y destreza de Sidy Mahomed O-mimon, si la perfidia y ambición del segundo alcaide gobernador de Tetuán no lo hubiera vendido y entregado para que muriese en Tánger, sufriendo palos y jurando por Alá, cogida fuertemente su cana barba, que no se holgaría el sultán con su dinero. Hay además cadís o jueces letrados que dirimen [51r] los litis civiles y fallan las causas criminales, pero los reos se presentan en el tribunal apaleados y moribundos. El proceso comienza por palos y concluye con la vida y despojo total del criminal, supuesto o verdadero. Unos y otros empleados son pobrísimos por la dotación, mas opulentos por las adehalas dependientes de su antojo.

Ya se ha dado noticia superficial de la milicia activa y nacional, no siendo susceptible de cabal exactitud una cosa de suyo incierta y desorganizada. El emperador cuenta con todos sus [51v] vasallos para la guerra exterior, y con los que se mantienen fieles para la interior sujeción y castigo de las tribus rebeldes. Expedida la orden, cada distrito apronta su contingente, marcha al lugar designado y se incorpora el ejército, sigue su ruta, es pagado por la tesorería, y continúa en campaña si no falta la paga o los víveres. Porque como no hay provisiones de boca y guerra, almacenes de repuestos, hospitales, ni más cuarteles que tiendas, con la misma facilidad se congrega que se

⁵⁴ Sic por Yūsuf.

disuelve el desordenado montón de soldados de infantería [52v]⁵⁵ y caballería, compuesto de 20, 40, 50 y 100 combatientes con su cabo, que recuerda el orden gradual de los decuriones y centuriones de la milicia romana, aunque no su valor y disciplina. Muley Soliman, que confió el sitio de Tetuán en 1821 a la milicia activa y urbana de Tánger, mandó pagar a cada soldado 29 reales de vellón por semana, y no consiguió con todo esto que los indisciplinados tinguitanos estrechasen el sitio y rindiesen a los sitiados. Los degenerados berberiscos, ni conocen el arte militar, ni podrían resistir la incursión de los negros. Muley Abd-Rahaman [53r] con dificultad sostendrá la corona en paz; es verosímil que sea víctima de la actual revolución.

La marina imperial se halla reducida a una pequeña goleta que monta seis cañones y otros barcos menores. O-mimon compró una goleta sarda para armarla; y el sultán escribió últimamente al cónsul americano para que se construyesen algunos buques de guerra en los astilleros de Estados Unidos. Algunos cónsules europeos trataron de paralizar este armamento. Porque si los moros impotentes [53v] acababan de detener en la bahía de Tánger al buque sardo que llegó con los peregrinos de La Meca y de obligar por esto al rey de Cerdeña a enviar cónsul y regalo y hacer tratados; si el rey de Nápoles, intimidado, mandó que recalase en la misma bahía un navío de tres puentes con pliegos para el gobierno marroquí ofreciéndole enviar pronto al encargado de negocios, es de temer que los bárbaros, equipada una flotilla, interrumpen la navegación con perjuicio del comercio. Mas si se considera que carecen de arráeces⁵⁶ inteligentes, de [54r] pilotos experimentados y de marineros diestros, es creíble que no prospere la atrevida empresa y que los buques de guerra que puedan adquirir zozobren todos al embate del viento y de las olas en alta mar, o anclados en los puertos, como ordinariamente les sucede y sucedió en el invierno pasado con dos buques, el uno mercante que se hizo pedazos

⁵⁵ El fol. 52r está en blanco.

⁵⁶ Ms. «arráez».

en el muelle de Tánger, y el otro de guerra que naufragó en las aguas de Gibraltar. La misma insubordinación que distingue las tropas de tierra caracteriza las tripulaciones y artilleros [54v] de la marina.

§ 4.º [*Patrimonio imperial: ventas del fisco; punible avaricia de Muley Soliman; su peculio exorbitante guardado en Mequinez; su indolencia; cálculo aproximado de la población del imperio*]

Las rentas del estado son harto cuantiosas en razón de las atenciones ordinarias y extraordinarias que gravitan sobre las cajas del fisco. La contribución única o diezmo de todas las producciones de la agricultura y ganadería y los rendimientos de las aduanas forman el ingreso principal. La cobranza de la tasa territorial pende del celo y responsabilidad de los bajaes que sin dispendio la hacen efectiva y sólo en casos de retardación envían comisionados o salen con fuerza armada, si las hordas se resisten [55r] al pago. Los derechos de las aduanas se exigen por los administradores acompañados de escribanos en cuya presencia se registran y recuentan todos los géneros y efectos que se importan o exportan con tanta nimiedad que se hace insufrible la diligencia del registro. Todos los géneros de importación están cargados con un diezmo, o medio si son pertenencia de moros; y los de exportación se sujetan a la tarifa que llega y excede de la mitad de su valor. Muley Abd-Rahaman, para mejorar este campo de la pública administración y precaver el contrabando, sigue el [55v] sistema de nombrar administradores a caballeros distinguidos y riquísimos para quienes este honor es carga insoportable, de la que ninguna excusa los exime, ni aun ofertas de considerables sumas. Los bajaes, como superintendentes generales de las provincias, luego que se reúnen cantidades de entidad encargan el cambio de moneda a los judíos, siendo de su cargo responder por las quiebras que se noten en la tesorería imperial, donde se remiten con toda seguridad.

Aumentan además las entradas del erario [56v]⁵⁷ el pecho personal que pagan anualmente los judíos, el derecho de 100 reales que satisface

⁵⁷ El fol. 56r está en blanco.

cada uno de estos infelices la primera vez que sale del imperio, y de 2 000 si es judía. El hebreo acaudalado del país o de Gibraltar que pide licencia para vestir a la flamenca y pasar calzado por el círculo de la mezquita, contribuye con 3 000 reales de vellón. Las continuas confiscaciones, esta pena impuesta sin formalidad de juicio a los empleados y vasallos inobedientes, engruesan el patrimonio del sultán. De aquí proviene que las mejores casas y heredades del territorio [57r] son suyas y percibe los alquileres y arrendamientos. La piedad mal entendida, como entre cristianos, así entre los árabes, introdujo la costumbre de hacer por testamento donaciones a las mezquitas, de modo que gran parte de los predios rústicos y urbanos les pertenecen y se administran por cuenta del teócrata, que lucra no poco, después de mantener el culto y los ulemas, que más bien sostiene la superstición popular. Los buques que naufragan en las costas con el cargamento o parte que se salva corresponden al fisco, si no se pacta [57v] lo contrario en los tratados de paz; pero los súbditos de soberanos y repúblicas que [no] tienen tratados ni cónsules sufren el peso de esta dura ley, no desconocida de naciones cultas aunque proscripta por la humanidad.

Demasiado sencillo y nada gravoso aparece el plan de rentas indicado. Las líneas de registros y contra registros no molestan a los traficantes, ni detienen a los trajinantes. El resguardo militar no persigue las caravanas que parten de Fez a Argel, y de Marruecos a Tombuctú⁵⁸. Los [58r] empleados efectivos, retirados y cesantes, jamás dirigirán al trono plegarias ni proyectos de devastación. Fueran más dichosos que los europeos los esclavos de África, si su despótica constitución lo permitiera. Mas sobre las contribuciones referidas, las adehalas⁵⁹ y forzosas prestaciones son inmensas, y el comercio interior no es libre. Los distritos proveen de víveres y de tiendas de campaña al cupo de gente que les toca en tiempo de guerra, y los

⁵⁸ Ms. «Tomboctau».

⁵⁹ Ms. «adeulas».

mantiene hasta el punto señalado en la convocatoria. Las [58v] provincias acuden al sultán con todo género de servicio cuando las visita. Los regalos son de tabla en la pascua del carnero, ya al emperador por los bajaes, y ya a éstos por los particulares. Los jeques de las tribus entorpecen el tráfico, cobrando un impuesto arbitrario de las caravanas que transitan por su término. El mismo sultán se somete a este vergonzoso tributo si no lleva más fuerza que la que manda el jeque, y éste anuncia el atentado a su tribu, diciéndole: *Dios nos lo trajo, Dios nos lo entregó*. El mayor mal que destruye [59r] las fortunas de los árabes es el constante pillaje, que está en razón directa de los enormes gastos y pompa oriental de los bajaes, de la codicia de los subalternos y superchería de las fuerzas venales.

A los enunciados ingresos que componen el incierto importe de las rentas de la corona, es indispensable añadir los veinte y cinco mil duros anuales que contribuye Dinamarca y veinte mil Suecia, en virtud de los pactos vigentes, y se exigen con tanta violencia, que el cónsul anterior de Suecia [59v] fue expulsado por haber demorado el pago, que satisfizo el actual y continúa pagando so peligro de perder magnífica casa y hermoso huerto que llama su paraíso, franqueó a los emigrados, le sirve de recreo y desea le sirva de sepulcro. Tampoco son despreciables los regalos insinuados de los cónsules de las potencias cristianas; aunque consistiendo en efectos preciosos, suele el sultán distribuir los que no excitan su curiosidad entre los palaciegos que merecen su confianza. Antes fueron más frecuentes y lujosos los regalos y donativos especiales [60r] de municiones, armas y barcos; pero las cortes de Europa y los mismos cónsules han conocido que la perfidia mahometana se propasa con los dones y cede al cañón; por lo que con sobrada razón han disminuido tan degradantes y mal correspondidas gabelas, cuya base es la misma impotencia de los exactores y rivalidad de los donadores.

Estas son las pingües rentas que llenan las arcas del indolente déspota de Marruecos, el que cifra su efímero poder en atesorarlas, aunque se hunda el imperio. Así que mira con indiferencia [60v] la organización

del ejército, el restablecimiento de la marina, la reparación de las plazas; observa con placer la ruina total de los soberbios arrecifes romanos de tanta solidez que pedazos enteros se conservan en la dirección de Fez a Marruecos, el cambio de los caminos en senderos difíciles, la falta de puentes y calzadas que obstruye el tránsito en tiempos lluviosos, la dificultad insuperable de la correspondencia epistolar que facilitaría el establecimiento de correos, y el estado deplorable de las artes y ciencias, de la agricultura, fábricas y [61r] comercio que vuelan al abismo. Ve con deleite la carestía que desola a sus vasallos, el hambre que los devora y hace morir en los campos y poblaciones, y consultado por O-mimon sobre los medios de remediar la necesidad de centenares de familias moribundas, les niega el hospedaje y el socorro en Tánger, y responde blasfemo: «Pues que Dios los ha abandonado, y yo también».

De este modo cruel reunió el hipócrita Muley Soliman el tesoro de treinta millones de pesos que depositó en Mequinez, disminuyó la revolución y [61v] consumió el rebelde ejército de los negros, de suerte que Muley Abd-Rahaman sólo encontró algunas masas de plata reservadas de la rapacidad soldadesca. Ya no es extraño que las rentas del estado asciendan a 80 o 100 millones anuales según el cómputo aproximado del viajero español Ali Bei, que no conoció el pormenor de las entradas, ni examinó con atención ningún otro viajero. Ya no es de maravillar que la población total del imperio, que, por cálculos casi exactos, aunque no estadísticos, subía a seis millones en 1790, por las pestes, hambres y menoscabo de [62r] subsistencias padecidas desde entonces no llegue en el día a cinco millones. Son espantosas las calamidades que en los 40 años precedentes ha sufrido Marruecos, y el hambre rabiosa y la epidemia actual podrán arrabatarle un tercio de toda clase de vivientes.

§ 5.º [*Agricultura*]

Hacia verter copiosas lágrimas el aspecto hórrido de la muerta agricultura. La escasez de tierras labrantías y la abundancia de malezas, zarzas y matorrales que cubren los collados y valles más a pro-

pósito para la labor indicaban la insensibilidad [62v] y vituperable vicio de los vagos holgazanes que los poseen. Los instrumentos de la labranza parecen hechos para tormento de los que los usan. El arado asido al pescuezo de los bueyes con tomizas de palmera fatiga a los animales, desespera al gañán y araña la tierra. Los azadones, escardillos, guadañas y demás utensilios salen de la misma fragua y de los mismos talleres. Los campos sembrados no aguardan otras labores que la clemencia o inclemencia del tiempo, que les da y quita la cosecha; bendiciendo siempre a Dios, que premia su fe y [63r] buenas obras con la copia de frutos y castiga sus pecados, substrayéndoles el pan cotidiano. Las faenas de la cosecha son simples. Como las labores se reducen a pequeñas suertes, desconocen la trilla con yeguas. Los que cortan las espigas y abandonan la paja las desgranar a fuerza de trancazos en eras dispuestas de antemano. Los que siegan los trigos y cebada hacen manojos y hacecitos y los recogen para desgranarlos en las casas. Limpio el grano del trigo, de la cebada y aldora, se encierra en silos, que son sus almacenes y graneros. Estos depósitos o profundos hoyos, [63v] cavados en la tierra con la figura de grandes tinajas, se visten con las cañas secas de las mieses, se llenan y con pesadas piedras cuadradas se cierra la boca estrecha, se cubre de tierra, se apisona, e impide la filtración de las aguas y la humedad. Las entradas de los pueblos se minan con estos escondites y conservan los granos por mucho tiempo sin detrimento. El aldora suele fermentarse, y en este estado se muele, se mezcla con harina de cebada, y da el pan negro, que es el alimento ordinario de la pobretería. La falta de propiedad y la [64r] constante prohibición de la extracción de granos tienen destruida la agricultura, porque el fatalismo es un ente ideal desestimado del propietario que libremente dispone del fruto de sus sudores. Los moros en España fueron fatalistas y soberbios agricultores. Los segadores mahometanos usan de un cuero que los defiende desde el cuello hasta las rodillas idéntico en la forma al que preserva a los segadores andaluces de la molestia de las aristas. Moros y españoles son una familia. Semejante degeneración nos induciría a dudar de los [64v] conocimientos científico-agrarios consignados

en las asombrosas acequias y admirable distribución de las aguas y riegos que fertilizan aún las encantadoras vegas de Valencia y Granada, pasmosa obra de la sabiduría de sus infatigables mayores, si la historia no nos demostrase que el despotismo regido por la ilustración hace felices a los pueblos, así como ensayado por la tiranía anonada a los hombres, los envilece y asemeja a los brutos, identificándolos con ellos en necesidades y goces.

En el estío el fuego voraz quema los pastos, [65r] incendia los montes, abrasa las frondosas arboledas y amenaza las poblaciones. No se conoce el provechoso plantío de árboles y la madera necesaria para los edificios se mendiga del extranjero. Las viñas se plantan y cultivan con extrañeza: un hoyo profundo recibe dos sarmientos; el terreno entre lo plantado no se beneficia; las vides nunca forman cepa: se semicavan y no binan; se podan limpiando y despuntando el largo sarmiento y mueren cuando deberían producir sazonados frutos, o en el año de su plantación, como sucedió a la del cónsul [65v] americano convertida por falta de cultivo y riego en lastimoso matorral. En las huertas y cármenes se nota igual desorden. Los amontonados árboles frutales son la imagen de las apiñadas columnas de la grandeza de Córdoba. En vano se buscará la simetría y proporción de distancias tan necesarias para la hermosura y conveniente atracción del jugo nutricio.

Empero la feracidad sola de la pingüe tierra con este módico auxilio produce todas las semillas y legumbres, las hortalizas y frutas, prescindiendo [66r] de las olorosas flores, silvestres verduras, sabrosas raíces y aromáticas yerbas, que voluntariamente ofrece al gusto, al deleite y al olor. El incomparable trigo de Fez, único en su especie, nos recuerda la generosidad y planes guerreros del Rey Católico, el que tomada Granada heredó a uno de los ilustres campeones del ejército con los centenares de molinos de esta capital, donde se muelen las apreciables harinas que con ardor buscaban los aguerridos tercios de Castilla. La fresca cebada y el cálido aldora, parecido a la zahína en la mata y grano, [66v] los garbanzos y habas, el alpiste, maíz y lentejas

se dan en abundancia, las patatas, chirivías, lechugas, repollos, apio, rábanos y nabos, calabazas, tomates y pimientos, cebollas, espárragos, chícharos, judías verdes, madroños, alcauciles y palmitos no faltaban en los mercados. Las ricas ciruelas, los pérsigos, brevas o abacoras e higos, variedad de delicadas uvas, peras, manzanas, melones, sandías, moras, granadas, membrillos, aceitunas, nueces, almendras, castañas, azufaixas, naranjas, limas y limones, lisonjaban el paladar y excitaban el apetito. Larache proveía los [67r] zocos de Tánger del pescado de [...] ⁶⁰lagos y de criadillas de tierra. Las dos Mamoras, de grandes bellotas dulces como el almíbar; y Tafiote de azucarados dátiles. El tabaco de buena calidad, y el verdor y lozanía de las higueras y de las pitas plantadas por los portugueses manifiestan que todos los frutos coloniales podrían aclimatarse en tan fecundo suelo. La costa occidental fue célebre por la frondosidad de las cañas y delicadeza del azúcar. En cambio de esta producción dieron los genoveses a los lisogratanos ⁶¹ las columnas de mármol blanco [67v] que sirven de tropiezo en la ⁶² Alcazaba. Hay además en el interior dilatados olivares que suministran abundante aceite. En las quebradas de las cordilleras del Atlas abunda un arbusto de la familia de los espinos, cuyo fruto comen las cabras y depuesto el hueso es recogido por los moros, los que lo muelen y sacan un aceite tan gustoso en toda fritura, como insufrible en el cocido y ensalada. El lino silvestre deleita y el cultivado cubre todas las necesidades de los naturales. Las tentativas de un aficionado han mostrado que las cosechas de [68r] cáñamos y algodones serían fuente perenne de sólida riqueza.

§ 6.º [*Ganadería*]

La vida pastoril es la pasión dominante de los árabes, y su grata ocupación la cría de ganados. Las hordas errantes peregrinan con sus hatos, mantienen las necesarias bestias de carga y las ovejas, carneros

⁶⁰ Palabra ilegible.

⁶¹ *Sic.*

⁶² Ms. «el».

y corderillos, y las cabras, machos y chotillos, y las vacas, bueyes y becerrillos los divierten y alimentan. Las tribus fijas en las grandes montañas y el resto de la población se dedican a este lucroso ejercicio. Moro rico se dice aquel que tiene [68v] mil y más cabezas de ganado de toda especie, y acomodado, el que con fincas, corta labor y pequeña cabaña sostiene su familia. Marruecos, Fez y Mequinez son el teatro en que brillan estos moros acaudalados aunque no faltan proporcionalmente en las demás ciudades. No descuidan los colmenares, que les dan abundancia de miel y de cera. Los fuertes mulos y las preciosas mulas sirven para el tráfico, acomodan para los viajes y recrean en el paseo. Los camellos son utilísimos para las caravanas que atraviesan los áridos y [69r] desiertos arenales; porque como cabras, no desdeñan ningún pasto y toleran la sed. Un propietario de más de cien camellos es cosa común en Berbería. Los dromedarios velocísimos se destinan para comunicar prontos e interesantes avisos y hacen jornadas de treinta leguas o correr tanto como puede resistir el aliento del jinete. Es increíble la fortaleza de las enanas burras y burros más apacibles que los grandes. Hay moro trabajador que lo pasa bien con su manso y gracioso asnillo conduciendo géneros del muelle al almacén, efectos del [69v] zoco a la casa y agua de la fuente a las cocinas. No se desvelan los berberiscos en la cría de yeguas, en el cuidado de los potros, en la elección de los caballos padres, ni en la mezcla y mejoramiento de las castas; pero no descuidan este ramo importante de la defensa del país. El emperador ha destinado muchas y espaciosísimas dehesas para tan útil objeto. De ellas salen caballos suficientes para la casa imperial, para el ejército, para los regalos y para la numerosa milicia activa de las provincias marítimas. No les daremos la preferencia que les negó [70r] Ali-Bei; mas podemos asegurar que es casta fina y fuerte y que sobran caballos comparables por el brío, fogosidad y perfecta figura, con los mejores que beben las aguas del Guadalquivir. La fama de la caballería de los Númidas nos inclina a juzgar que el África de los desiertos fue y es madre fecunda de excelentes caballos. Es verdad que al oriente de los desiertos hay caballos más afamados que suelen vender los árabes con demasiado crédito, con aparato judicial y con

presentación del árbol genealógico del soberbio animal; mas estosros mejorados [70v] y tratados con conocimientos veterinarios, los igualarían o sobrepujarían; porque el clima es más benigno e indisputable la mayor salubridad de los aires, aguas y pastos. Si los marroquíes no domaran tan fuera de sazón a los potros, si los dejaran crecer y llenar, si no los maltrataran de todos los modos posibles, descubrirían, ya en la alzada, ya en la belleza de las formas, y ya en la ligereza y poder, la marca de los verdaderos caballos árabes y disputarían la posesión de la decantada raza a los habitantes de la Arabia Pétreá, a los [71r] moradores del Cairo y a los mamelucos del Egipto.

§ 7.º [*Artes e industria*]

Las artes, industria y comercio van retrogradando a la cuna. La arquitectura civil y religiosa, única que conocen, pende de los diseños de la tradición. Las mezquitas, de forma igual, son espaciosas, constan de un solo altar y de alta torre, que remata en aguja, vistosas por los azulejos. Las casas uniformes, de angosta y torneada entrada, carecen de cómoda repartición, siendo en realidad oscuros calabozos de las infelices africanas. Las norias, pozos y acueductos demuestran la destreza de los [71v] obreros que por otra parte no saben construir un puente ni formar represas⁶³. Muley Soliman pidió al gobierno español un maestro de obras, que todavía permanece en Tánger, para contener en su álveo y recalzar el puente del río que baña la provincia de Tafílete. El cónsul de Suecia mantiene un carpintero de Tarifa para concluir las obras de la casa y los hermosos emparrados de la huerta. Las suntuosas casas de los cónsules han sido fabricadas por arquitectos españoles. Las fraguas no son cierto las de Vulcano [72r], pero de ellas salen, aunque no la armadura de Aquiles⁶⁴, los cuchillos, gumías y largos cañones de escopeta, armas tan inútiles como aquéllas para contrastar la moderna táctica de la guerra. Las herramientas de

⁶³ Ms. «repesas».

⁶⁴ Ms. «Achiles».

la labor, los instrumentos de la carpintería y los utensilios del servicio doméstico merecen desprecio. La talabartería subministra las hondas, sillas y demás arreos de montar con los mezuquinos aparejos de las bestias de carga. Las alfarerías dan todo género de loza basta y vidriada, tinajas, botijas, cántaros, ollas, pucheros [72v] y azulados velones. Las tenerías son miserables y los cordobanes y suelas de tan mala calidad como de sobresalientes los tafiletes por su duración y permanente colorido. Los moros limitan su zapatería al exclusivo calzado de chinelas amarillas y encarnadas, colores vedados a los judíos, que se vengan de sus opresores adquiriendo solos todo el lucro de la zapatería por su pericia en hacer toda clase de calzado. Toda la ganancia de la sastrería por su habilidad y la de sus mujeres e hijas costureras, y toda la ventaja del arte de platería [73r] trabajando los pendientes, brazaletes y otros adornos, que con profusión usan las encastilladas bellezas del África.

En las poblaciones de consideración hay fábricas de lienzos crudos, y otras telas para toallas regulares, y túnicas interiores del sexo femenino, fuertes y entretejidas de colores. Benefician las lanas y hacen jaiques, fajas y burda raja para las chilabas⁶⁵ de la gente ordinaria. Los telares son sencillos y las obras previas al tejido, tanto en la preparación del lino como de la lana, manifiestan que los embrutecidos obreros no han olvidado enteramente [73v] la rutina trazada por la pericia de los árabes cultos. Las alfombras grandes y pequeñas, apreciables por la consistencia y variedad de dibujos y colores, forman otro ramo de su industria. Conocen bien el arte de dar permanentes coloridos y muchos operarios se ocupan en las tintorerías. Se labran en Rabat esteras de junco tan durables por la doble textura como hermosísimas por la disposición de los cuadros y resalte de los colores. Los sombreros de paja de baja copa y ala desproporcionada, comunes en el estío y particularmente usados por [74r] las aldeanas, no son obra de delicado gusto por la figura, aunque de solidez y

⁶⁵ Ms. «chilabías».

comodidad en la región ardorosa. Hacen jabón de mediana calidad y escasea con frecuencia.

Fez es célebre por la finura y transparencia de los jaiques, de lana, algodón y seda, que llaman la atención de los extranjeros, no menos que los pañuelos y fajas de seda. Los gorros encarnados, este renglón de consumo universal, antigua manufactura toledana, los turbantes, los tafletes, las graciosas babuchas o chinelas, los tapices y cojines, las obras finas de talabartería, las platerías de mayor lujo, las cererías, y la reunión de todos los artífices, artesanos y fabricantes de conocida habilidad y crecidos fondos, le dan la preferencia sobre Marruecos⁶⁶, que con la traslación de la corte perdió la primacía, gran parte de su opulencia, y al menos un tercio de la población que contaba en el reinado del emperador Muley Ismael, de quien vocifera el vulgo que viniera al grado de total consunción por haber enriquecido el Imperio con la increíble [75r] prole de seiscientos jerifes de ambos sexos. Bárbaro ejercitó su inaudita potencia recompensando al estado de las quiebras que le causara su tiránica violencia.

§ 8.º [*Comercio*]

El comercio de los marroquinos, ni es de consecuencia, ni capaz de influir en los mercados de Europa. Sin embargo Fez y Marruecos⁶⁷, Mequinez y Tafiote, Tetuán y Tánger, Rabat y Mogador, se distinguen más o menos por la importancia del activo tráfico. Santa Cruz y Mazagán se han habilitado últimamente para la navegación y comercio. El primero de estos [75v] puertos está situado en la extremidad occidental del imperio y el segundo pertenece a la provincia más abundante en trigo candial, semillas y granos, y para su fomento ha sido nombrado administrador de la aduana el intrigante viejo Muhinin, hebreo versado en especulaciones mercantiles. Los demás puertos de las costas de poniente, incluso Larache, están en completa ruina.

⁶⁶ Es decir, Marrakech.

⁶⁷ *Idem.*

Los géneros y efectos de ventajosa importación, por Tetuán, Tánger y Mogador, consisten en granas, paños, elegantes⁶⁸ murcelinas, cocos, endebles pañuelos [76r] de seda franceses, algodón y sedas en rama, té, café, azúcar, mucho hierro, tablazón, quincalla, papel cuya invención se atribuye a los árabes y trabajó en Ceuta antes que en Europa, municiones y pólvora de contrabando. En Tánger se admiten vinos y licores para el abasto de los cónsules sin derechos, pues su introducción es prohibida por la ley. Por los mismos puertos se exportan cueros, raras pieles, marfil, alfombras, tafiletes, babuchas ordinarias y finas, bueyes, mulas, dátiles, gallinas, huevos, naranjas, limones, miel, cera, almendra, gomas, [76v] yerbas de tinte, jaiques y fajas de seda y lana, monas y perdices vivas sobre manera primorosas, y oro en polvo. Por Tetuán y Tánger se extraen cada año dos mil bueyes con cinco duros de derechos por cabeza para la provisión de Gibraltar, siendo este negocio lucroso para los ingleses hasta en el pago de los derechos que suele convertirse en útil permuta por cañones, balas, bombas, cureñas, carros, fusiles y pólvora, artículo ruidoso y desolador conocido de los moros y usado en la defensa de Algeciras sitiada por los españoles con sorpresa de [77r] los sitiadores y de los europeos que desconocían el sutil elemento, cuya invención hizo después la más asombrosa revolución en la ciencia militar.

Fez y Mequinez reciben los géneros importados por Tetuán y Tánger, y Marruecos por Mogador. Santa Cruz es frecuentado por los canarios, franceses e italianos, que extraen con utilidad plumas de avestruz, dientes de elefantes y otras producciones de las desiertas regiones meridionales que tampoco faltan en los zocos de Mogador. La plaza de Gibraltar es el gran mercado de Berbería; y como [77v] sea mucho más lo que introduce que lo que saca, lleva siempre la doble ganancia del comercio y de la navegación. Porque los moros pagan el exceso de la introducción con oro en polvo y toscamente acuñado pero sin liga, y no navegan. Barcos ingleses o sardos son

⁶⁸ Ms. «elefantes».

los únicos que recalán en los puertos del imperio y además de los viajes comunes transportan a Alejandría los vagamundos que van y vienen de la peregrinación de La Meca prevenida por la ley, estimada por la devoción y recompensada con prerrogativas [78r] y el enorme privilegio de dar al peregrino que ha visitado tres veces y saludado las reliquias del profeta más crédito en juicio, que al dicho conforme de diez testigos. Como enjambres zumban por las ciudades vagos, mendigos y andrajosos hasta que reúnen fondos suficientes para cumplir con el sagrado deber. El buque que conduce tan molesta carga va sobrecargado con millones de insectos que engendra la inmundicia y no ahogan las aguas del Mediterráneo.

§ 9.º [*Marina mercantil*]

La marina mercantil de los marroquíes se [78v] halla reducida a pocos y pequeños jabeques, faluchos y cárabos, y por lo regular zozobran en bonanza. La navegación costanera es arriesgada y la entrada de los puertos peligrosa. Aquélla por los cabos y lajas, que no nadan corrientes y mareas: ésta por los bancos que forman las avenidas de los caudalosos ríos que desaguan en el mar. Las ocultas lajas comienzan fuera del isleo del castillo de Santa Catalina de Ceuta, donde vimos en 1789 un navío de guerra español varar, y salir ileso por la habilidad de D. Melchor de Mesa, quizás el [79r] marinero más práctico y atrevido de la compañía de mar de aquella plaza. Las glorias de la nación exigen que se transmita a la posteridad la memoria del famoso marinero que siendo absolutamente iliterato trazó el plan de quemar la escuadrilla de galeotas morunas surta en el río de Tetuán y esperó prevalido de la obscuridad de la noche, batiendo solo y matando los moros que las custodiaban y poniéndoles fuego por su mano, pues la tropa que lo seguía huyó y se embarcó; mas en el parte que rindió al gobernador no lastimó a los cobardes. [79v] Carlos III premió esta presa con una pensión de cinco reales para sí, su mujer [e] hijos. No tardó en sacar de la bahía de Tánger un navío cargado de trigo, por lo que fue distinguido con grado militar. Se le dio el mando de un jabeque de 16 cañones y persiguió y batió

a las órdenes del intrépido Barceló los grandes jabeques argelinos. Durante el sitio de Gibraltar apresó 16 buques ingleses⁶⁹. Agregado a la escuadra, fue el práctico que dirigió los navíos para batir el monte a la vela. Mandando D. Bruno Ezeta en Algeciras le confió el [8or] difícil encargo de traer de Málaga un respetable convoy, se hizo a la vela, ancló en Fuengirola y en una noche rascando la punta de Europa entraron todos los buques con sorpresa de nuestros marinos y de los ingleses, que con fragatas, bergantines y balandras cruzaban el Estrecho, esperándolo para apresarlos. Ya grande aprendió a leer y escribir, adquirió regular conocimiento del pilotaje e inteligencia⁷⁰ de las cartas; mas sus viajes marítimos por Levante no pasaron de Barcelona, a donde llevó al general Urrutia; y por poniente, de Canarias [8ov]. Murió graduado de teniente coronel en Granada; algunos prosperaron con sus servicios y él habría sido más dichoso en otra nación, si es que hay una sola, que circunscriba la recompensa al mérito y desprece a los pretendientes. Aun Mogador defendido de los vientos por una isleta próxima, presidio de los personajes y prisión de Sidy Mahomed O-mimon, no presta bastante seguridad a los buques. Tánger sería la mejor bahía si se estableciese el muelle arruinado y limpiara el fondeadero. Fragatas y urcas anclaban antiguamente en la [8Ir] inmediación del puente derruido que dista ya trescientas toesas de la playa. Se han hecho propuestas para este fin al emperador, pero ha respondido, que si malo como está el puerto causa celos a los nazarenos⁷¹, bonito y reparado sería objeto de su ambición. En enero de este año salió de Gibraltar una expedición científica en dos botes con práctico, para reconocer las dos costas del Estrecho, fijar el sitio de las lajas salientes y encubiertas, contra las que se han estrellado muchos barcos, y marcarlas en las cartas para noticia de los navegantes.

⁶⁹ Se refiere al gran asedio de Gibraltar, 1779-1783.

⁷⁰ Ms. «intendencia».

⁷¹ Ms. «nazadanos».

[81v] § 10.º [*Comercio terrestre*]

Si como marineros y pasajeros son tímidos y llorones en los peligros del mar los inexpertos moros, como codiciosos trajinantes acometen peligrosísimas empresas con increíble valor. Todo el tráfico interior pende de cortas recuas de mulas y pequeñas caravanas de camellos que transportan los géneros y efectos de unas a otras partes. Un arriero bien armado con dos o más mulas carga dátiles en Tafílete y los vende en las capitales o puertos. Las relaciones mercantiles entre las ciudades, hordas fijas y ambulantes y aduares [82r] se sostienen por capitalistas y comerciantes que permutan las telas burdas y miserables artefactos del país con los granos y ganados, cera, miel, lanas y grasas de la gente rústica demasiado parca en el comer y vestir, porque carece de necesidades facticias y el uniforme traje nacional y religioso es un obstáculo que impide el lujo. Cuando se reúnen muchos efectos se emplean caravanas numerosas de camellos y mulas para la facilidad y seguridad del transporte, singularmente si es destinado a lugares distantes a riesgo de [82v] caer en alguna emboscada de salteadores.

Este mezquino tráfico dispone a los ricos comerciantes de Tetuán, Fez y Mequinez para remitir sus géneros en grandes caravanas a Tremecén⁷², Argel, Túnez y Trípoli, las que regresan cargadas de seda, paños, algodón y dinero, con lo que se reaniman los labradores, respiran los pastores y continúan sus obras los artífices y fabricantes. Los marroquinos hacen tan dilatada peregrinación con la precaución necesaria para librarse de los ladrones y montaraces rebeldes y de los asaltos de [83r] leones y demás animales que con fiereza atacan y devoran a los caminantes. Los que se descuidan en el tránsito de la inmensa y desierta campiña que se atraviesa desde Orán a Argel, uno de los antiguos graneros del mundo, perecen. Pocos años hace que un viajero inglés acompañado de un soldado de Orán fue embes-

⁷² Ms. «Tremicen».

tido en esta travesía por león y leona, que criaban y custodiaban sus leoncillos. El soldado experimentado previene al bravo inglés del peligro y entrambos se preparan para la lid. Cada cual de los dos celosos animales arremete a su presa: el moro con tiro de pistola [83v] derriba la bestia feroz; el inglés con un puñal parte el corazón del rey de los animales. Las pieles presentadas para recibir el galardón fueron el testimonio de su intrepidez y triunfo.

Estas especulaciones mercantiles no son más que el previo ensayo de la gran expedición que podría trasladar al imperio marroquí riquezas incomparables. El lucrativo mercado de los moros está en el centro y más allá de los desiertos. Tombuctú⁷³, Bambara, Sudán⁷⁴ y la Guinea son la fuente inagotable de sus tesoros. Así que los ministros del emperador [84r] y los capitalistas de mayores fondos de Fez, Mequinez, Rabat, Marruecos y Mogador forman las soberbias caravanas que, pertrechadas de víveres y agua, provistas de serio armamento y cargadas de despreciable mercancía y mucho tabaco, marchan como trozos de ejército, campan en tiendas o toldos, salen de la jurisdicción del imperio, entran en los desiertos, se guían por las estrellas, paran en sitios conocidos, descansan en las islas del desierto, pobladas de blancos y negros independientes y gobernados por jeques y reyezuelos, toman refrescos, prosiguen el [84v] viaje y a las sesenta jornadas llegan a Tombuctú⁷⁵ situado más allá del interminable desierto de Sahara⁷⁶. Del mismo modo caminan y con los mismos trabajos, sea cual fuere el lugar a que se dirijan más próximo o remoto. En el penoso tránsito encuentran siempre hermanos de religión más pobres y desnudos y luego que llegan a las poblaciones del exclusivo color negro, son tratados con interesado hospedaje, recibidos con cautela y despojados de las armas durante el tiempo de los trueques y permutas

⁷³ Ms. «Tombociou».

⁷⁴ Ms. «Soudan».

⁷⁵ Ms. «Tomboctou».

⁷⁶ Ms. «Zahara».

de sus efectos por alhajas, plumas de avestruz [85r], marfil, gomas y granos de oro. De ida y vuelta las caravanas recogen además de los salvajes que pueblan y cultivan las multiplicadas islas del desierto, pieles y preciosidades que produce el terreno o sacan del caudaloso río del oro a cambio de bagatelas; no siendo insignificante la multitud de negros esclavos que traen para venderlos con los otros renglones en los zocos del imperio. La sobriedad de los moros endurecidos con la fatiga, semidesnudos y acostumbrados a los ardores del sol y la resistencia de los camellos facilitan la difícil y expuesta [85v] especulación que hace millonarios a muchos mahometanos. Menores expediciones enriquecen a los susis, marroquíes y fezinos tratando con las tribus limítrofes o menos lejanas. Porque así como la mar abunda en islas grandes y pequeñas que dan comodidad y asilo y refrescos a los navegantes, así también los inmensos arenales que del este al oeste parten el África en dos porciones sumamente desiguales, tienen islas mayores y menores que prestan alivio, víveres y descanso a los fatigados viajeros y ánimo para [86r] seguir esta especie de terrestre navegación en la que el violento huracán sepulta bajo montes de arena a centenares de hombres, y a la vuelta del tiempo el furioso aquilón los desentierra, ofreciendo a trajinantes más afortunados el singular espectro de aquellos infelices transformados en momias.

§ 11.º [*Medidas, pesos, monedas, minas*]

El codo es la medida común de los géneros. Los mercaderes en los zocos con un palo de esta dimensión despachan las telas. El al mud es la medida ordinaria de los granos, y tres o cuatro equivalen a la hanega de Castilla, pues disminuyéndose o aumentándose [86v] su cupo por la autoridad, varía la proporción conocida con detrimento del tráfico y daño del incauto negociante. La medida castellana que guardan en las aduanas es la usual para la medición de los granos que reciben y venden al extranjero. El peso consta de libras, arrobas y quintales que exceden en más de un tercio al de Castilla. Los licores se venden por galones y botellas, y los aceites y el jabón como en España.

Las monedas corrientes, de pésimo cuño, se reducen a cuartos de cobre, de los que seis hacen el blanquillo, y sesenta y dos la peseta de cara. Las de [87r] plata se dividen en onzas, que tres valen por cuatro reales de vellón, y en medias pesetas. Antes hubo ducados y blanquillos de plata que con dificultad se encuentran ya, y no circulando vienen a ser monedas imaginarias, como el ducado y maravedí⁷⁷ de oro de y de calderilla castellanos. Muley Abd-Rahaman en 1825 por una ordenanza determinó que los pesos duros y onzas de oro de España, que sólo valían unos 18 reales y las otras 17 pesos de 15 reales, pasaran por todo su valor, lo que trastornó el agio y ganancia cierta de los europeos, moros y judíos [87v] en el cambio de moneda. Una letra de Gibraltar pagada en Tánger tenía el quebranto de 10 por 100. Actualmente se halla en Fez un húngaro aventurero que ha conseguido licencia del emperador para establecer fábrica de fundición de cañones, señalando para este objeto mensual dotación, pero por ahora lo tiene ocupado en acuñar monedas de plata tan mezcladas y de baja ley que los moros resisten su circulación. Es regular que también altere la moneda de oro de 4 reales de vellón, única que gira en el círculo del comercio, apreciable por carecer de mezcla y llegar a los [88r] 24 quilates. Esta funesta alteración que jamás produjo buen resultado, fomentará las revueltas, en las oscilaciones perecerá el húngaro novador o sucumbirá el déspota.

Por el hilo de nuestra narración consta la procedencia del oro y plata que se acuña toscamente en África, deduciéndose que los moros ignoran el arte de fundir y amalgamar los metales y el de beneficiar las minas⁷⁸. Varios cerros y collados despiden el cobre que necesitan. Sería curioso indagar si en esta parte del África existen géneros de [88v] plomo, hierro, azogue, plata y oro. Calculando por comparación y algunos datos, es indudable que en las entrañas de las sierras y montañas se encierra toda clase de metales. La provincia litoral del

⁷⁷ Ms. «mar.».

⁷⁸ Ms. «ruinas».

Rif parece la continuación del reino de Granada cortado por el agua, pero idéntico en sierras y montes, en volcanes y terremotos y aun en la producción del esparto en la costa fronteriza de Almería; por lo que no puede dejar de ser tan abundante como aquél en preciosos metales y exquisitos mármoles. El monte Atlas que con sus cordilleras [89r] y alturas domina el desierto y los mares Océano y Mediterráneo, conteniéndolos según la antigua opinión, es la continuación de Sierra Morena que por sus ramificaciones y cúspides elevadas toca al Pirineo y descuella sobre las olas del Tirreno y del Atlántico, quizás unida al Atlas por Calpe y Abila en el siglo de oro, cuando el diluvio de Deucalión no había desfigurado la faz de la tierra, ni desquiciado y hundido parte de esta inmensa montaña en los profundos abismos del estrecho de [89v] Gibraltar. Así que será igualmente rico en minerales intactos. Por fortuna el Atlas se ha preservado del incendio que abrasó y liquidó los metales del Pirineo. Hemos presenciado una superficial excavación en la que se manifestó tanta copia de globulillos de azogue que se llenaron algunos pomos. Acaso sea esta región africana lo que fuera la España para el mundo viejo y la América esclava para el nuevo, pues independiente y aguada, ha de ser el tormento de la presente generación caduca que ha [90r] perdido la piedra filosofal, el eje de las fábricas, la brújula del comercio, el móvil de las artes, la ciencia del gobierno y meticulosa cerró el Templo de Jano.

[91r]⁷⁹ § 12.º [*Literatura de los marroquinos*]

En la edad gloriosa de sus triunfos los árabes conquistadores trasladaron a Córdoba las grandezas de Babilonia, el comercio de Tiro, las riquezas de Cartago, los conocimientos de la India, las ciencias del Egipto y las artes y bellas letras de Atenas y de Roma. Córdoba fue el teatro de la cultura, el centro del lujo oriental, el santuario de Minerva y la escuela general de toda ilustración. Paseando por las amenas orillas del Guadalquivir se formaron los eminentes héroes

⁷⁹ El fol. 90v está en blanco. A partir de 91r, la escritura cambia de mano.

que se ennoblecieron y enriquecieron con los despojos de sus opresores, heredando sus pasadas glorias y el inestimable patrimonio de su vasta literatura. Los árabes, dominando y enseñando a los bárbaros europeos, a su vez fueron oprimidos, y heredaron la barbarie de sus discípulos, cuyas lecciones desdeñan ahora con altivez intolerable.

Degeneraron los árabes; advirtiéndose en los berberiscos cierta estupidez y su grado de embrutecimiento más arraigado que el de los dóciles salvajes. Son por lo tanto amigos del ocio funesto, detestan la laboriosa ocupación y tienen tan decidido horror a las letras, como ciega propensión a las adivinaciones de la astrología, a los delirios del fatalismo y a las extravagancias de la superstición. Dados a la Venus, a las purificaciones, lavatorios, abluciones y oraciones prescritas en el Corán, son sensibles en la holganza del serrallo, insensibles a las bellezas del espíritu. Su vida animal los consume, debilita [91V] y arrebatada en medio de la carrera y contentos bajan al sepulcro, viendo en la muerte la pérdida de un mal serrallo y el hallazgo de otro mejor al antojo del profeta grande, ministro del Altísimo. Sus consultas con los médicos emigrados tenían por fin la póstula de medicinas activas y tónicas para complacer a la mora infeliz que entraba de semana. Esta es en general la carnal literatura de la morisma.

Los talbes toman el título de sabios; pero su saber es leer y escribir con regularidad. Estudian el Alcorán y leen los expositores de la parte legal, pues de ellos salen los cadís y escribanos. Aquéllos dirimen las controversias en audiencias públicas y diarias, excepto las pascuas y viernes del año; y éstos en sus oficios otorgan las escrituras y autorizan los contratos. Las fórmulas son sencillas, reducidas a la explicación del convenio y de sus condiciones, como la fecha del día, mes y año. Los consultores, notarios y amanuenses de los bajaes y cadíes se escogen entre estos letrados. Moderadas tarifas refrenan la codicia de los escribanos; aunque varios emigrados que por medio de estas escrituras se libraron de la mala fe de los moros, pagaron exorbitantes derechos.

Los ulemas son los doctores de la religión. Su profesión los obliga a la inteligencia de los dogmas, moral y ceremonias del culto. Leen

constantemente los expositores de teología, donde se envuelven en absurdas investigaciones, amargo fruto de las tareas de los metafísicos Avicena [92r] y Averroes, comentadores de la filosofía del peripato. Sus funciones son la lectura del Alcorán o la predicación en las mezquitas, el orden y aparato de los ritos, el entierro y preces cantadas a los finados y la convocación a la oración por la sonora voz de los muecines, que desde la alta barandilla de la torre cantan cinco veces entre el día y la noche: «Dios es Dios y Mahoma su profeta. Despertaos, preferid la oración al sueño». Algunos ulemas adquieren crédito por su natural elocuencia, viva imaginación, frases elegantes y energía de acción, en la que cierto son extremosos. No difieren de los demás en el traje nacional, que confunde al soberano con el aldeano. Sólo el color verde distingue al sultán.

Mantienen en las ciudades principales escuelas de primeras letras. Un moro anciano con caña en mano preside a los niños enseñándolos a desfigurar los dificultosos y complicados caracteres del alfabeto: efímero aprendizaje que da imperfectísima instrucción. Los pobres niños, apiñados en una estancia baja, húmeda, sucia y mal parada, consumen las horas meneando los cuerpecillos y gritando desde que entran hasta que salen. Después de mucho tiempo aprenden a leer y escribir el árabe vulgar y a recitar las máximas y preces del Corán. El actual idioma de los árabes, así como el de los griegos, ha degenerado en obscuro e informe dialecto, que dista mucho de sus primitivas lenguas, de modo que se requiere paciencia, prolijo estudio y conocimiento exacto de la sintaxis, términos genuinos, modismos anticuados y palabras provinciales y extrañas para poseerlas con perfección. Sucedió en Tánger que las órdenes del emperador ofrecían dificultades [92v] superiores al alcance del bajá y de los talbes, las que fácilmente resolvía el hebreo Omimon, profesor y maestro del árabe culto, entre cuyos discípulos sobresalía Miss Glorvina Mullowny⁸⁰, joven apreciable por su talento, prendas

⁸⁰ Ms. «Mis Glowinna Molounny».

y constante aplicación. Porque en Fez y Marruecos se aprende la lengua por principios, se explican en las escuelas los elementos de la gramática, y directores y cursantes aspiran a mayor instrucción. Es verdad que en las dos capitales no se ha olvidado del todo la memoria de la literatura de sus padres. Aún copian y pretenden imitar los perfectos modelos, que en todo género de los conocimientos humanos trabajaron y se conservan cuidadosamente. Todavía pudiera ser motivo de viajes científicos para los investigadores de las costumbres orientales y la ilustración de la historia de España y de Marruecos el examen de los manuscritos de la famosa biblioteca de Fez que no han perecido. La gramática, elocuencia, poesía e historia llaman la atención de los moros eruditos y las canciones vulgares, refranes y romances del heroísmo excitan el lucro de los farsantes y cancioneros. Aquéllos disertan, componen y transmiten a la posteridad memorias tristes y horrorosas; y éstos discurren por los aduares y ciudades, congregan la gente al toque de tamboril y la divierten y chupan el dinero saltando, bailando, cantando y representando un romance de héroe verdadero o fingido. Rara vez recitan diálogos entre dos con tal viveza y contorsiones que parecen energúmenos. En los zocos aparecen siempre estos extravagantes cómicos mulatos o negros. He aquí la comedia en su [93r] cuna. Manifiestan afición a la música, pues suavizan las fatigas del camino y los trabajos del campo cantando coplas y romances. Hay compañías de musicantes, que tocan el tambor, la gaita, bandurria, chirimía, campanillas y platillos y cantan acompañando a los bailarines. También se presentan cuadrillas de negrillos cantando y bailando. Los musicantes son llamados a los festejos de las bodas y bailes particulares y su paga consiste en la pinta o dádiva de los concurrentes a la danzarina; pues los hombres no bailan y se precipitan en obsequio de la bella judía que con más indecencia baila el molimola, danza lúbrica de la Guinea.

Ben Othman brilló en el reinado de Muley Mahomed por su rara ilustración. Fue autor de la célebre carta a la corte de Francia que Mahomed no quiso dirigir a Luis XVI, resentido porque no había

respondido a otra que le escribió. En ella renuncia al título de sultán por no devolverlo al rey de las Galias, criticando la adulación de las Regencias y la lisonja del visir que sin anuencia del Gran Señor lo honraban con semejante nomenclatura, reservada por Alá para recompensar con ella a sus fieles servidores en la otra vida. Nombrado embajador de España, pasó por Ceuta a la península. En Madrid se hizo lugar, trató con el ministro Floridablanca, consiguió que se acuñasen en la casa de moneda cantidad considerable de monedas de oro de valor de diez duros con sello berberisco, que ya han desaparecido, y concluida felizmente la negociación, regresó recibiendo de los españoles particulares obsequios en todos los pueblos de la carrera [93v]. Conocía la política, tenía finos modales, poseía la historia, escribió su viaje y habría continuado siendo útil a las letras y a su patria, si poco después de haber vuelto de la embajada no empuñara el cetro el bárbaro Muley El-Yecid.

§ 13.º [*Condición de los negros en Marruecos*]

Los negros de Berbería se dividen en libres y esclavos. Los libres gozan de todos los derechos de ciudadanos, forman la porción principal o fuerza de más confianza del ejército y optan a todas las dignidades y empleos. Jerifes de esta casta por influjo del serrallo obtienen el favor del sultán y logran comisiones de importancia. Uno de ellos, joven de hermosa figura, se presentó en Tánger con especial encargo, fue distinguido como agente y príncipe favorito del emperador y manifestó tal inclinación hacia los liberales que los visitó y solicitó llevar en su compañía a la capital a un jefe de los que estaban refugiados, prometiéndole que abogaría por todos en la corte.

Los esclavos son más afortunados en esta parte del África que en las islas y continente de América. La codicia de los cristianos sacrifica a los pobres negros y la generosidad de los mauritanos dulcifica su servidumbre y les prepara medios fáciles de pasar a la libertad. Porque los amos benignos los destinan al servicio doméstico y a las labores del campo, tratándolos como a los demás trabajadores

y criados. Las negras más felices, aplicadas a la lavandería, cocina y cuidado de las criaturas, pasan vida cómoda, suben al estado legal de concubinas y al de mujeres legítimas y su color no es obstáculo que entibia, sino incentivo que fomenta el amor [94r] conyugal. La concubina que logra dar a luz un mulatillo recobra su libertad; ley cierto liberal, que obliga al padre a rendir este homenaje al objeto de su amor, recompensándole las molestias de la preñez y los trabajos del parto; ley recomendable y conveniente para castigar la crueldad de ciertos europeos, que después de abusar de su tiránico dominio, corrompiendo las vírgenes negras, las revenden con el fruto del vedado comercio y traspasan el inhumano derecho a fieros verdugos que perpetúan las cadenas y angustias de la madre y del hijo. Las concubinas que consiguen el lugar de legítimas esposas participan del rango de sus esposos y brillan en el serrallo imperial y en los serrallos particulares, adornadas con exquisito primor y preferidas a las ninfas de color blanco. Es ya locura la desenfrenada afición de los moros a las negras. Ningún magnate viaja sin abundante provisión de graciosas negritas. Ningún poderoso deja de tener copia de ellas. El ministro del sultán que llegó a Tánger a fines de 1825 traía muda completa para toda la semana. En Larache no se ven sino negros y mulatos. La población del imperio dentro de pocos años tendrá mayor número de negros que de blancos. Lástima es que la mezcla de castas deteriore y desfigure el hermosísimo color de los naturales del país, en el que existen tribus enteras donde las mujeres son tan blancas, tan finas y tan bien formadas como pueden serlo las celebradas georgianas. Protegen tanto los moros la libertad de los negros, que habiéndose huido y renegado el negrito de un emigrado, liberal vocinglero y [94v] servil malvado, no pudo conseguir la restitución de su propiedad a pesar de las diligencias del cónsul francés, que lo protegía, y después abandonó a la furia de los musulmanes. Briarly franqueó su casa y amistad a este infame delator que tranquilo pasea por Cádiz y Sedy Mahomed O-Mimon recogió al negrito, dándole plaza entre sus domésticos.

§ 14.º [*La poligamia, los matrimonios prematuros cuyo rito se describe, el repudio voluntario, la sodomía, el infanticidio, la falta de trabajo y de subsistencia y las plagas frecuentes son las causas de la despoblación de tan vasto y fértil imperio*]

La progresiva despoblación del vasto imperio de Marruecos nos invitó a indagar las causas de tan raro fenómeno, comparándolo con la facultad concedida a los mahometanos para tener cuatro mujeres legítimas y número indefinido de concubinas; resultando de nuestras observaciones que la poligamia, las nupcias prematuras, el libelo del repudio y los crímenes horribles del infanticidio y sodomía son los abismos en los que se sepulta la generación. La lascivia extraviada es la raíz próxima de la infecundidad; así como las pestes, las plagas de langosta, la declinación general de las artes, agricultura e industria, obstruyendo los medios de subsistir y el trabajo de los artesanos y jornaleros, disminuyen constantemente la masa de la población.

La poligamia, aunque consagrada por el ejemplo de los patriarcas del pueblo judaico, es tan contraria al pacto de la unión entre hombre y mujer que destruye su naturaleza. El polígamo roba a la sociedad el fruto de la procreación, la paz a su familia, incurre en la ira mujeril y cae envenenado, o temprano queda inútil para el trabajo con lucro de la prostitución y ruina de la casa. Los moros que oyen la razón, detestan la pluralidad [95r] de mujeres y gozan de tranquilidad, educando las caras prendas del reconcentrado amor. Es común sin embargo el tránsito a otras nupcias. La mujer vieja rinde al anciano esposo, y este ser privilegiado, contradiciéndose, se casa con una joven que por lo regular se hace infeliz e infecunda. Visitando a un anciano ochentón respetable por su cana barba y amabilidad, nos mostró una mora vieja y otra muchacha y dijo: «A mi pesar he tomado esta morita, cediendo a las instancias del ama grande, que la trata y mimaba como cariñosa madre». No otro es el imperio de la rancia costumbre.

La clausura inviolable del sexo femenino obliga a los solteros a buscar la futura esposa valiéndose de la potestad paterna o de la mediación de personas que los atan con vínculos de fácil solución. Convenida la novia y obtenido el beneplácito de los padres se pactan los esponsales y el tiempo de las bodas. Estas se anuncian entre los ricos y poderosos conduciendo con pompa y acompañamiento la donación del esposo, que se compone de bueyes, vacas, algún carnero, y de ropas, cebada, aldora, miel, lienzos y pañuelos de seda cargados en una o dos bestias con su banderola encarnada. El contrato matrimonial se celebra en presencia de la parentela y del talbe, que lo autoriza con la escritura de la dote y del ajuar que produce sus efectos en los casos de repudio, muerte del uno de los consortes y de la herencia de los hijos. Las bodas se festejan con convite y paseo de la novia enjaulada, la que montada así en mula ricamente enjaezada [95v] baja a la playa, asiste a la corrida de los caballos y descargas con que es obsequiada, marchando de esta forma al ósculo del esposo. Los parientes convidados y amigos velan, mientras que los novios están en el lecho nupcial, divirtiéndose a unos y otros el tosco concierto y alegres cantares de los musicantes, que terminan con el deseado tiro del desposado, feliz anuncio de la virginidad de su consorte y de la consumación del matrimonio. La música es seguida del incómodo y penetrante sonido del morterete, que destierra de la vecindad el delicioso sueño de la madrugada. La morisca cabalgada recuerda la solemne conducción de la esposa a la casa del esposo usada por los romanos. Las naciones más bárbaras solemnizaron el pacto primordial, del que pende la conservación y multiplicación de la especie humana.

Las moritas de once años contraen matrimonio en Tánger y las de nueve y diez en Fez, Marruecos y Mequinez, convirtiéndose el contrato matrimonial en funesto juego de prematuros abrazos, de brutal ayuntamiento, de continuos repudios, de fuente de la esterilidad y de semillero de prostitutas. Porque no previniendo las flechas de Cupido el amor honesto, el trato precavido, la edad proporcionada, no pasa

la llama de Venus de voraz incendio, que con el primer parto, o sin ningún fruto abrasa la semilla de la fecundidad. La veleidad propia de los años juveniles engendra pronto el fastidio, que no contenido por la ley, no refrenado por la razón, no impedido por la procomunal utilidad, para en la rescisión [96r] del contrato. La confusión y trastorno de las obligaciones y deberes del hombre en la sociedad, y la subversión de todos los elementos del derecho natural sugirieron a los delirantes autores del Corán la ley permisiva del repudio al antojo de los moros. Porque son tan libres en pronunciar el divorcio que un capricho es la única regla de las ignominiosas expulsiones, no quedando a las afligidas expulsas más arbitrio que la mendicidad o torpe ganancia, procediendo los maridos con cautela en el repudio de las que llevan bien dote y tienen prole. La misma noche de las bodas pudiera el fementido mahometano despedir e infamar a la consorte; pero no sucede semejante chasco, pues la túnica interior tinturada presentada a los vigilantes, si es señal equívoca de que se jacta el bárbaro, es testimonio cierto de la inocencia e integridad de su compañera. Sin duda Mahoma apreciaba demasiado y siguió y amplió en esta parte la legislación de Moisés, olvidando las causas, las restricciones y la necesidad del libelo que formalizan el repudio.

Los infanticidios serían menos frecuentes si hubiera costumbres y justicia; aquéllas precaverían el atentado y ésta castigaría el horrendo crimen. Es, cierto, notable que el inexorable juez falle contra el ladrón la cruel amputación de manos y pies y se compadezca del inhumano infanticida abrumado de miseria. Es reparable que el desentierro de un muerto y robo de la mortaja enfurezca al magistrado de modo que entregue el delincuente a la [96v] furia del populacho, para que sea el juguete de sus denuestos, el blanco de lluvias de pedradas, y precipitado de la alta muralla expire estrellado en las rocas y escombros de la playa, como aconteció en Tánger; y demuestre clemencia con el pobre holgazán que derrama la sangre de los parvulillos. Es extraño que el homicidio de un judío se compense con la multa de cinco duros, y la leve inobediencia, la ligera censura de las acciones públicas del déspota y de sus agentes se venguen con palos, confiscación de bienes

y decapitación. Así que la misma naturaleza ofendida con tamaños⁸¹ desacatos hechos a la moral universal mortifica a los fieles creyentes con pestes desoladoras, con secas espantosas, con devoradoras langostas. La viborezna generación en el breve periodo de seis lustros ha visto por dos veces la guadaña mortal segando jóvenes y ancianos, por tres el cielo árido esterilizando la tierra, y por cuatro las sutiles sierras de las langostas, de estos temibles insectos verdiparduscos, que como densas nubes cubren el sol y en el conato de pasar a España caen y se ahogan en las playas, anticipan las más abundantes cosechas, cortando las verdes mieses en la plácida primavera.

Los sodomitas hacen alarde del prepostero deleite sin temor del castigo y el menor desmán se corrige con quinientos o mil palos.

§ 15.º [*Situación miserable de los judíos; su instrucción; trabajos; costumbres; vicios; matrimonio y entierros*]

El horror que inspira la degradación de los moros se [97r] aumenta a vista de la degeneración de los miserables hebreos, que como los cautivos de Babilonia se acuerdan de la patria de sus abuelos, lloran inconsolables la pérdida, desean con ahínco instaurar las antiguas sinagogas en la liberal España, no han olvidado la sorpresa insultante del inquisidor Torquemada y conservan odio mortal a los frailes y a la Inquisición. Porque el fanático inquisidor, sorprendiendo a Fernando el Católico con un crucifijo debajo del manto, le dijo: «Judas vendió a este Señor por treinta dineros y vos lo vais a revender por treinta mil ducados». Esta era la suma ofrecida por los judíos, que halagaba la codicia del precursor de los déspotas extranjeros y detenía el decreto de la expulsión. El atroz desacato de Torquemada tolerado por el arredrado soberano explica la condición ínsita de un fraile, que según los chistosos españoles, es un animal desvergonzado que asoma la cabeza por ventana de lana. Los adustos frailes, los veteranos del Papa, nada hallan sagrado ni en los cielos ni en la tierra. Impudentes,

⁸¹ Ms. «tan maños».

ora atacan el Vaticano, anatematizan y declaran hereje al sucesor de Pedro: ora retroceden y enseñan su dominio absoluto sobre lo temporal y espiritual; ora⁸² minan los cimientos de los tronos y de la sana moral, santificando el regicidio y la tiranía y predicando la obediencia pasiva y entronizando la superstición. Los frailes inquisidores, esta casta homicida, esta familia tenebrosa, intrusos en la viña santa contra las ordenanzas de Dios, hicieron a Tolosa en las cruzadas transpirenaicas el horrible teatro de los incendios, el sepulcro de los infelices albigenses y la cuna de las insignias [97v] de pública infamia, que convertidas en sambenitos deshonraron después las familias de los desventurados castellanos que no perecieron en los freideros y quemaderos. Ellos desolaron la Europa, tiñeron de rojo las aguas del Rhin, desmoralizaron el orbe, despoblaron la España, robaron, quemaron y confinaron a los desgraciados judíos españoles a la servidumbre africana, que por espacio de tres siglos les ha arrancado profundos suspiros y maldiciones execrables, que recrearon y recrean a los impíos autores y patronos de tan impolítica proscripción.

Los pobres hebreos en Berbería son el perpetuo ludibrio de la morisma que los abruma y veja con impunidad absoluta; el objeto del pillaje de los bajaes, que les imponen en casos de apuros personales contribuciones extraordinarias, y las bellas hebreas, el blanco de la insaciable lascivia de los bárbaros. Poseen la lengua castellana anticuada, cual se halla en las Biblias traducidas por sus rabinos. Tienen escuelas de primeras letras, en las que aprenden los niños el hebreo, el árabe y el castellano. Los sabios no manifiestan grande conocimiento de la Biblia y el Talmud; pero no carecen de las nociones exactas de los rituales que reglan las fiestas, ayunos y circuncisión. Usan de correcto almanaque⁸³. Su instrucción está limitada a los referidos libros, a una historia absurda de la vida del hijo del carpintero y a la relación fastidiosa de los cuentos fabulosos de su venidero engran-

⁸² Ms. «oran».

⁸³ Ms. «almanak».

decimientos, hablando siempre con entusiasmo de la nación judaica y teniéndose en más que el resto del género humano. [98r] En los tiempos del victorioso David no fueron los judíos más orgullosos que lo son dispersos por todo el mundo y esclavos en Marruecos.

Los jóvenes dispuestos, de malos barberos se transforman en pésimos curanderos, que saquean a sus hermanos y matan a sus enemigos. Porque el moro enfermo respeta los aforismos de Hipócrates y el judío calenturiento no desprecia la medicina. En las dolencias desaparece la teoría del fatalismo, prevaleciendo el deseo de la propia conservación. Cada europeo bien vestido es para los mahometanos un Galeno. Los trajes finos y bastos por su figura, color y adornos dan ocasión de transcendentales errores a cultos y bárbaros, verificándose que:

«Vir bene vestitus pro vestibus esse peritus
Credetur a mille quamvis idiota sit ille»⁸⁴.

El judío Fersí ha conseguido en Tánger la reputación de médico y logrado el estéril y penoso empleo de cirujano de los ejércitos imperiales, jactándose de ser discípulo del médico español Sola, enviado por la corte de Madrid a la de Muley Soliman para curar cierta enfermita de la real estirpe y detenido en Tingis con motivo de la última peste. El bárbaro Fersí, embustero de profesión, a pretexto de los estuches que maneja bien en delicadas operaciones, del miserable botiquín que le produce ciento por ciento, y de la pobre biblioteca compuesta de la farmacopea, de los comentarios de Dioscórides y de otros libros viejos españoles [98v] de medicina y cirugía, que no comprende, porque no entiende el idioma, se ha hecho célebre en toda la comarca. Celoso manifestó odio encarnizado a los médicos emigrados, sin perdonar al desgraciado Montarlot⁸⁵, que se hizo arbolario y curandero con aceptación de los tingitanos. Aunque falsamente acusado de robo incurriera

⁸⁴ «El que va bien vestido, por muchos es considerado, y aunque sea un idiota, por sabio es tenido». En el Ms. «quambis».

⁸⁵ Ms. «Montarló».

en las iras del bajá, que le recetó fuerte dosis de palos, quedando impune la calumniosa hebrea que hizo la delación, no decayó de su aprecio y continuó asistiéndole en los ataques de pecho. El terror pánico que el preocupado O-mimon tenía a los médicos, que conocen los venenos y en momentos de despecho pudieran prescribírselos, motivó la preferencia. Don Gaspar Mateos concibió esperanzas de ser su médico de cámara. Llamado con premura por Sidy Mahomed O-mimon, sacó del baúl los mejores trapos, se engalanó, y de esta guisa lleno y relleno de visiones subió, se presentó y oyó con sorpresa: «En la cuadra hay un caballo malo, examina el mal de que adolece y cúralo». El médico de cámara no rehusó el oficio de albéitar.

Los hebreos moran en juderías o barrios separados protegidos por el gobierno con permanente guardia. Poseen predios urbanos y no se les prohíbe la adquisición de los rústicos; pero el peligro del pillaje y el riesgo de perder los bienes con la vida los confina en los trabajos de las artes mecánicas, al tráfico y a las especulaciones mercantiles, en compañía con [99r] moros ricos, o girando de su cuenta, sostenidos por comerciantes de Gibraltar y Marsella, que exponen sus géneros a quiebra infalible. En Tánger viven mezclados con los moros, y los más acomodados ocupan casas espaciosas de su propiedad decentemente amuebladas. Como los católicos por abuso colocan las cruces e imágenes en las plazas y puertas de las casas, así los judíos no menos supersticiosos abren un agujero en el muro exterior de la puerta, encierran en él las tablas de la ley escritas en tosco pergamino, y lo tocan y besan al salir y al entrar⁸⁶. La mayor parte de los judíos son pobríssimos y se dedican a servir de intérpretes y criados en las casas de los cónsules y de camalos⁸⁷ en el transporte de los efectos, fardos, botas, cajas y sacos a las casas o almacenes.

En lo tocante a la religión y culto gozan de entera libertad. Se reúnen en las sinagogas, es leída o explicada la santa escritura por los sabios,

⁸⁶ Esto es, la *mezuzá*.

⁸⁷ Según el *Diccionario de la lengua española* de JOSÉ ALEMANY Y BOLUFER (Barcelona, 1917), «En Marruecos, alhamel», es decir, «mozo de cuerda».

solemnizan sus fiestas, cesan del trabajo en los sábados y pascuas, usan de sus ritos en la circuncisión, matrimonio y entierros, y de la legislación mosaica en causas religiosas y en los peculiares juicios permitidos a sus rabinos y jeques, que para esto, para la ejecución de las órdenes del gobierno y evacuar las comisiones que les comete, cuentan con el auxilio de la autoridad local. Porque los herederos de las contiendas de Esaú y Jacob son obstinados, intrigantes, litigiosos y tan insubordinados, que Muley Soliman, cansado de los alborotos y ruidosa competencia [99v] que promovieron sobre la preferencia de las tres sinagogas de Tánger, castigó su loca discordia, mandándolas derribar. Siempre pierden el templo los obcecados hijos de Abraham, pero la maña sacerdotal levanta el pendón de la seducción en cualquier sitio o lugar.

Desde la niñez se dedican a la usura, a la mentira, al robo, de modo que con indecible impudencia resisten la más seria reconvención. En cada casa suele haber tantos peculios cuantas son las personas. Causaba lástima verlos tan maltratados por los cónsules, andar descalzos por los zocos, sufrir insultos, vejaciones y palizas de los moros; pero su temeridad, fraudes, robos y desvergüenza vencen la barbarie de sus señores. Estos enormes vicios pueden atribuirse a falta de educación y exceso de degradación, aunque nada se aventure en imputarlos a las máximas y costumbres de la nación intolerante que mereció la execración de todos los pueblos. Con todo, respetamos las virtudes y sabiduría de los hebreos, que superiores a los perjuicios de la educación y al impulso de las tradiciones inconexas con el texto de la ley, saben hermanarse con el resto de los mortales, deseando que los berberiscos restituidos a los hogares paternos se mejoren con los atractivos de la libertad y de la ilustración.

En la Iberia libre, educados e instruidos, entablarían relaciones con sus deudos los grandes y fidalgos, y no se [100r] despedazarían en los celos, envidia y pleitos⁸⁸ que los consumen y embrutecen en África. Jamás olvidaremos el escandaloso litis de Benasayas y Belido: aquél,

⁸⁸ Ms. «plitos».

comerciante franco y descuidado; éste un cajero hábil, amañado a la superchería francesa. La liquidación de cuentas fue la ruina del principal y la opulencia del subalterno. Benasayas, vencido en el tribunal de Tánger, apeló al emperador y por la mediación del bajá, al que regaló las ricas joyas de su mujer, consiguió marchar a Fez, no obstante⁸⁹ las maniobras del cónsul francés que defendía a su prosélito y agente Belido; mas encontró al ministro cohechado y la causa fue devuelta, cometiéndose su revista y fallo decisivo al bajá y seis comerciantes de Tetuán, tres moros y tres judíos. Horroriza el método seguido por este tribunal especial; de nada sirvieron las relaciones exactas de los fondos girados y géneros recibidos, firmadas por los comerciantes de Marsella, y el infeliz Benasayas fue condenado a la tortura para que declarara contra sí mismo. Cárcel hórrida, palos abundantes y denuestos prepararon el martirio de la miel y de las moscas. Medio desnudo, untado con miel y fuertemente maniatado, fue varias veces sacado de la cárcel y amarrado a un poste en el rigor del sol para que las inmundas sabandijas se lo comieran. Resistió tan molesto suplicio, fue despojado de todo y puesto en libertad. Cierta contrabandillo de cincuenta mil duros introducido por la bandera blanca⁹⁰ ganó con costas este litigio, que repartió el caudal de Benasayas entre el [100v] bajá, Abensur el tragador y Belido: ganando más que todos el injusto Sourdeau⁹¹. Celébrase la justicia moruna: he aquí sus estragos. El alfanje taja la balanza de Astrea.

Los judíos, cautos para precaverse de las sorpresas y rapacidad de sus hambrientos opresores, encubren las especulaciones mercantiles, escribiendo con el alfabeto hebraico el idioma castellano en las correspondencias. Sería inútil detenernos en describir las purificaciones legales, la aversión a las carnes de los animales inmundos, el previo juicio del sabio en las permitidas, la circuncisión, el repudio y otras

⁸⁹ Ms. «n obstante».

⁹⁰ Debe referirse a la bandera (blanca) de la monarquía en Francia, que sustituyó a la tricolor durante el periodo de la restauración borbónica (1814-1830); es, por tanto, una alusión a la supuesta participación del cónsul francés en negocios de contrabando.

⁹¹ Ms. «Surdeau».

costumbres, que amalgaman las dos familias hijas de un mismo padre; bastando para saciar la curiosidad el ligero diseño de los matrimonios y entierros.

Los esponsales se celebran con mucha formalidad, hallándose presentes el sabio y los padres, o hermano mayor que hace sus veces, difuntos aquéllos. Se estipula el tiempo de las bodas y cierta cantidad, que pierde cualquiera de los dos que rescinda el contrato. No es lícito al esposo tratar a la esposa con intimidad, ocupándose en el trabajo o marchando a una plaza de comercio. La esposa ricamente adornada descansa el día del compromiso, sentada en la cama, recibiendo el parabién de los parientes y amigos. Las nupcias se bendicen por medio de los ritos y se festejan de la manera más extravagante. La pobre novia se compone, se pinta, se carga de [101r] trajes, collares y pendientes de gigante, y abrumada con tantos atavíos se coloca a la caída de la tarde en una silla puesta sobre alto tablado, dejándose manejar cual insensible muñeca. Fatigada con esta tortura se mantiene con los ojos cerrados y sin movimiento, rodeada de inmenso gentío que concurre a verla. Entrada la noche desciende del potro y es conducida a la casa del marido con procesión notable por las cantinas, alumbrado de miserables bujías y gritería universal. Todo el aparato ritual termina con la gran cena que condena a la infeliz hebrea a ocho días de ridículas ceremonias y del fastidioso lecho, sintiendo sobremanera el corte de la cabellera o el denso velo que ha de cubrirla mientras viva. Es imponderable la prostitución de las judías en África. La suma pobreza y las discordias domésticas en que se cruzan de padre a hijos execraciones, maldiciones y blasfemias que ningún gitano sonó, exasperan a las jóvenes, que se desquitan prostituyéndose. Esto no obstante⁹², abundan candorosos Oseas que sin ser del linaje de los profetas, amparan a las conocidas meretrices y procrean hijos de las fornicaciones. El sanedrín⁹³ de Tetuán per-

⁹² Ms. «nobstante».

⁹³ Ms. «sanhedrín».

sigue, castiga y hace vagar a las prostitutas y le placería apedrear a los adúlteros.

Cuando el jactancioso Fersí, que ni por diversión se decide a recoger la odorífera manzanilla que tapiza los prados en las primaveras, concede rotamente a sus hermanos [I0IV] pasaporte para el seno de Abraham, la gente judaica que debiera conformarse con los decretos de Dios se entrega a los extremos del dolor, clamando, llorando, exhalando sollozos, eructando alaridos y lacerándose los rostros. Las furias no se arrebatarían a tamaño frenesí tan extraño a un viajero, que no halló semejante en la antigüedad. Desde la fundación del judaísmo existieron plañideras alquilonas que conmovían la región del viento con amargos llantos y fingidos excesos de ajena pena. La casa mortuoria del moro se estremece con los fuertes aullidos de los dolientes, desgarrándose las moras sus rostros, lo que llaman ellos hacer metralla. Los asiáticos, más finos y supersticiosos amantes, saltan denodados y ahogan su dolor en la hoguera fúnebre que reduce a cenizas el cadáver del finado, y el loco viviente que holla las leyes inviolables de la naturaleza. Ni los países civilizados se han preservado de los usos molestos, irracionales y gravosísimos que todavía sostiene en los funerales el respeto a la venerable tradición, aunque sólo sirvan para redoblar el quebranto y desmembrar los capitales. Si el muerto va al hoyo, y el vivo al bollo, la sencillez pudiera reglar los obsequios fúnebres con lucro de la sociedad. Porque sea cual se quiera nuestra creencia, la felicidad en los campos elíseos no se consigue sino por la beneficencia, la liberalidad y el ejercicio de las virtudes. Los judíos entierran los muertos rezando preces y luego que los ha cubierto la [I02R] tierra, salen del cementerio, les vuelven las espaldas, cogen puñados de flores o tierra y concluyen la oración final tirándolos atrás y recobrando la suspensa alegría. Todo el luto se limita a esta emblemática despedida; el color negro no llama la atención; no se interrumpen los negocios; los herederos pugnan; los cadís ganan y los bienes hereditarios jamás salen de las manos del infiel depositario que con una sed de agua satisface al clamor de los

interesados. Como los grandes pescados se comen a los chicos, los judíos ricos se comen a los pobres, insultando su miseria con abundantes limosnas en la fiesta de las cabañas.

§ 16.º [*Triste recuerdo de la patria; lectura útil de los historiadores y viajeros; desastres y funesto fin de las revoluciones; la teoría ingeniosa de las reacciones no es ya el producto del choque de los partidos, sino resultado del impulso del poder colosal europeo reconcentrado que sostiene a los agraviados y reformados y compra a los reformadores; frutos probables de la emigración*]

Como el melancólico Ovidio confundido entre bárbaros sármatas mitigaba su dolor escribiendo tristes elegías para captarse la benevolencia de los cortesanos y la gracia del emperador, que justamente firmó su destierro, así nosotros en la grotesca Tánger alimentábamos el veneno de la forzada confinación leyendo historiadores y viajeros, y rectificando la idea de las revoluciones y reacciones, que no siguen el curso detallado por el sabio Benjamin de la Francia; que son por desgracia teatro de las pasiones y venganzas del partido prepotente, del olvido de los beneficios, de la rotura de los lazos de la amistad y de las relaciones de la sangre; que la libertad y el despotismo son modas que circulan y pasan como las de las damas; que después de sangrientas [102v] escenas y constantes injusticias prosperan los malvados y domina un déspota; que las flaquezas y superstición inseparables de la miseria humana hieren con más fuerza a los ídolos del vértigo, distando mucho la verdadera sabiduría y el patriotismo de los proletarios vocingleros que vomitan las llamas del encendido Etna. Aunque más fuertes que el suave poeta del arte de amar, que de la desenfadada libertad cayó en la bajeza de la vil adulación, pestilencial ejemplo que han imitado los bastardos constitucionales que no interrumpieron el respetuoso homenaje a la tiranía, con todo, nuestro ánimo decaía alguna vez; de cuando en cuando el recuerdo de la cara patria nos abismaba y hacía participar en África de la vehemente pena que sentía en Francia el amigo de las musas, pintando su tristísima despedida de la soberbia Roma. Prevenidos contra el vergonzoso choque de los partidos que

promovía en Londres la tea de la mortal discordia y nos robaba el reposo sin pretenderlo, procurábamos entretener los peligrosos ocios de la emigración, analizando el alzamiento del año de 20 en su origen, declinación y turbulento éxito, buscando la raíz del mal para aviso de la presente y futura generación y dejando a la posteridad el juicio decisivo de las personas que adquirieron derecho a la fama póstuma o a la execración de todos los siglos. Y como esta pesarosa tarea transtornaba el sentido y quebrantaba el corazón, [103r] se suspendía con frecuencia, recobrándose el espíritu lastimado con la vista de los extraños objetos, que hacían tan agradable como provechoso el paseo⁹⁴.

[105r] Capítulo 3.º

§ 1.º [*Síntomas de la presente esterilidad; será espantosa; aridez de los campos, sensible falta de agua; avenida de los cadáveres ambulantes buscando alimento; aspecto horroroso de próxima peste*]

Con el Ramadán pasó la seca primavera. Los preludios de la esterilidad se hicieron más sensibles. Los campos áridos negaban el pasto a los animales y las aguas filtradas de los arenales no llenaban los arcaduces. Las fuentes de la ciudad destilaban gota a gota; un tropel de moros y judíos las circuían y los duros fontaneros repartían abundantes palos si no se les cohechaba. El manantial de la Alcazaba se agotó y los pozos se secaron, hiciéronse profundas excavaciones, limpiáronse las norias y aljibes abandonados, pero en vano. Los espantosos resquebrajos de la tierra indicaban que el ardiente sol penetrando en sus más interiores abismos había convertido las aguas en vapores. Esta penuria fue ventajosa a los pobres, que desde luego se ocuparon en traer cargas de agua de los manantiales de las honduras y de las fuentes herrumbrosas de la montaña, que principa en el arroyo del Judío y remata en Cabo Espartel. Nuestro forzado

⁹⁴ Los fols. 103v, 104r y 104v están en blanco. El fol. 105r (y hasta el final del ms.) es de otra mano. Falta la «Descripción de Tánger» que figura en el índice inicial al final de parágrafo 16.

destierro fue ya insoportable. El espectro horroroso de la epidemia [105v], inmediata consecuencia del⁹⁵ hambre, nos afligía y la vista lastimosa de familias hambrientas y desnudas, que desertaban de lo interior, redoblaba el miedo, la angustia y aflicción.

§ 2.º [*Mr. Sourdeau festeja la entronización del tartufo Carlos X pasando con pompa a Fez a renovar los tratados y presentar el regalo: precaución del bajá deteniéndose en la Corte durante la embajada; regresan juntos; el cónsul francés varía de conducta; fundamento verosímil de este inesperado cambio*]

Los peligros que nos rodeaban eran nada menos que de muerte: ya natural, causada por la temida peste, ya violenta, con la que nos amenazaba el despiadado cónsul de las Españas. Con todo, andaba enfrenada su furia de reclamar y perseguir, campaba la tranquilidad y Sidy Mahomed O-mimon se detenía en la corte para contrastar las intrigas del cónsul francés, que por la exaltación de Carlos X al solio de la Francia en la que la maniobra de una pequeña facción sentó a Hugo Capeto, tronco de la dinastía restablecida, debía partir a la capital del imperio para renovar los tratados y entregar el regalo. Mr. Sourdeau⁹⁶ marchó a Fez con gran comitiva. Mingud, la escolta, dos oficiales del estado mayor de la guarnición de Cádiz, el vicecónsul y el célebre comisario de la cebada lo acompañaban. La negociación se concluyó sin que el cónsul francés pudiera burlar la vigilancia del bajá, que ni por un momento [106r] desamparó al sultán temiendo nueva sorpresa del renegado Piloti. Sidy Mahomed O-mimon y Mr. Sourdeau⁹⁷ regresaron juntos a Tánger: aquél más fuerte y liberal que antes fuera, y éste curado de espanto y resuelto a vivir encantado cual Quijote con su Dulcinea. La posterior sombría conducta del cónsul francés fue un enigma inextricable. Los unos la atribuyen al temor a ser expulsado por el victorioso bajá y los otros

⁹⁵ Ms. «de el».

⁹⁶ Ms. «Surdeau».

⁹⁷ *Idem*.

a las severas órdenes que había recibido prohibiéndole toda intervención en el asunto de las reclamaciones. Uno y otro es creíble, porque sus insultos, escándalos y atentados pudieron ofender los efímeros restos de la delicadeza y humanidad de los ministros de las Tullerías y habían encendido la cólera del resentido O-mimon, de modo que no se detuviera en remitirlo enjaulado para diversión del populacho de París en la menagería de Carlos X⁹⁸.

§ 3.º [*Nuevo compromiso de los emigrados; prepárase la opinión del sultán, de los ministros, del administrador, del bajá y del pueblo a favor de las repúblicas de América, para que les fuese reconocida su independencia*]

La serie de los sucesos volvió a comprometer nuestra existencia. Considerables acontecimientos en los que variaron y se dividieron los cónsules, abrazando diferentes opiniones, llegaron a formar un partido poderoso, que se sostuvo y nos defendió, aunque no pudo evitar transeúntes riesgos, ni detener el decreto imperial que para siempre nos arrojó de la peligrosa [106v] mansión de los bárbaros. El ciudadano José Moreno de Guerra, pagando el tributo de la gratitud al gobierno de la nueva patria que lo había adoptado, se esmeró en preparar con sutil manejo la opinión de los musulmanes, haciéndoles palpar las ventajas que reportaría al⁹⁹ imperio reconociendo la independencia de todas las repúblicas de América y admitiendo en los puertos a los corsarios colombianos con las presas. El prospecto deslumbró al administrador de la Aduana, prometió elevarlo al conocimiento del emperador, condescendió en la entrada de los buques e instó para que se presentara un comisionado con facultades amplias, ofreciéndose a negociar el tratado. Tan importante novedad se notificó a los comandantes de los buques de Colombia que cruzaban por aquellos mares, pero ninguno recaló al puerto, ni contestó a las cartas del aviso. El grave musulmán cumplió su promesa, pues hecha

⁹⁸ Referencia al zoo del Jardín de Plantes de París, fundado en 1794.

⁹⁹ Ms.: «el».

la misma invitación al bajá, luego que llegó de la capital, se presentó en los mismos términos, y el cónsul americano, que se hallaba presente, sostuvo la indicación, considerándola imprescindible de los intereses de su república. Con [107r] poderes y medios el cónsul de Guatemala trata con Muley Abd-Rahaman, quedan reconocidas entonces las repúblicas americanas y el cónsul español hubiera comunicado la sorpresa a la corte de Madrid.

§ 4.º [*Correspondencia de Moreno de Guerra con el comandante de la corbeta María Isabel, surta en la ensenada de Cabo Espartel; cualidades apreciables de este marino; necesidad y ventajas del reconocimiento*]

El ciudadano Pedro Dartarl¹⁰⁰, comandante de la corbeta colombiana, la *María Isabel*, en la correspondencia con Moreno de Guerra manifestó la necesidad y utilidad de semejante reconocimiento y los deseos de anunciar a la república el medio de realizarlo con prontitud; pero no recibió los oportunos avisos que se le dirigieron por Sidy Mohamed Ajurdan que no lo encontró en la ensenada de Jeremías, desde donde hacía el crucero. Ya había hecho rumbo a América el hábil y generoso marino, que daba asilo en el buque a los emigrados, deseaba reunir los liberales europeos con los americanos y apreciaba la ventajosa empresa de Moreno de Guerra: porque la paz con Marruecos facilitaba de un golpe la seguridad y permanencia de los apostaderos y estaciones de buques, que situados por la extensión de las costas podrían interceptar la navegación, el comercio y correos marítimos de los españoles. Un crucero en Mogador y Santa Cruz y otro en Tánger interrumpían la navegación del Mediterráneo y Atlántico y proporcionaban [107v] a los buques que cruzaban sobre las costas del reino de Aragón y Galicia víveres, refrescos, calas y ensenadas, puestos donde hacer aguada y conducir o vender las presas,

¹⁰⁰ Lectura dudosa; quizá: Dartard o Darthard. No se han identificado ninguna de estas variantes.

permaneciendo constantemente bloqueada la bahía de Cádiz, Ceuta observada y las islas Baleares y Canarias en perpetuo sobresalto.

§ 5.º [*Relaciones y alianza de Moreno de Guerra con Mr. Eduardo Tripland; arribo, fuga y vuelta de la goleta mandada por Johnson a Tánger; satisfacción del bajá, su atención con el Comandante y entusiasmo del pueblo*]

Por este sensible accidente no desistió de su loable designio el cónsul guatemalteco, antes bien se alió con Mr. Eduardo Tripland¹⁰¹, y de consuno resolvieron continuarlo. Este benemérito inglés se había hecho célebre en Gibraltar por su beneficencia con los emigrados, por su prudencia en contrariar la decantada expedición del desgraciado Bazán que tenía en expectación toda la península, impidiendo el auxilio de los corsarios para la temeraria invasión, y por su adhesión a la causa de la libertad americana. Sin su influjo y relevantes servicios los colombianos no hubieran mantenido el crucero ni difundido el terror en el Mediterráneo. Los preámbulos de la negociación entablada no habían tenido transcendencia; pero el deseado arribo de la goleta mandada por Johnson¹⁰² en ausencia del bajá y de Mingud, y su tímida fuga en el instante mismo en que por la mayoría de los votos de los cónsules el almotacén determinara darle entrada, [108r] despertó al soñoliento Briarly y aterró al cónsul francés. Informado Johnson¹⁰³ de la favorable sentencia consular, de la que por privilegio imperial dependía la decisión sanitaria, vuelve sin dilación, ancla, tremola la bandera republicana, se despliegan¹⁰⁴ los pendones inglés y norteamericano, salta en tierra el bizarro comandante, se sorprende con la fina atención de Sidy Mahomed O-mimon; y admira en todos los habitantes el más sincero entusiasmo por la independencia de las Américas.

¹⁰¹ Ms.: «Triplan».

¹⁰² Ms.: «Jhonson».

¹⁰³ *Idem*.

¹⁰⁴ Ms.: «desplegan».

§ 6.º [*Sorpresa de Briarly y su infame policía de cuño francés; carácter decidido del cónsul inglés abrazando la senda trazada por el gobierno, digna de recomendación; imprevisión e ineptitud de Briarly; millones disipados; empresas malogradas; ley del asilo en Marruecos; medios adoptados; victoria debida a la tolerancia*]

Esta sería la razón por que la detestable policía se halla en todas partes, observa las relaciones y movimientos de todos y cuenta sendas patrañas al Consejo galo-hispano. Enfurecido, Briarly oficia al cónsul inglés preguntándole el motivo que lo había inducido a levantar el pabellón; a lo que contestó Mr. Douglas¹⁰⁵ con entereza, rebatiendo la necedad de la pregunta; cambia de política, sigue diferente rumbo y reasume la sensibilidad reprimida que no perdiera. El amable Don en el mando interino de la plaza de Gibraltar no seguía la rígida senda prescripta por el Lord Chatham. El benéfico Don le había comunicado la orden del gobierno, que no sólo sancionaba el asilo concedido a los cinco emigrados refugiados en la casa consular, sino que disponía [108v] que fuesen trasladados con toda seguridad al país que eligieran a expensas del tesoro público. Beneficio que disfrutaron dos de ellos, habiéndose fugado los tres en el modo y las causas ya enunciadas. Gracia digna de un gobierno justo y liberal que, prescindiendo de la condición y opiniones de los mandatarios, preserva el honor nacional y compensa los entuertos de aquéllos con mercedes extraordinarias que reclaman imperiosamente el indeleble reconocimiento de los oprimidos.

Un acontecimiento de tanta importancia imprevisto por Briarly patentiza su notoria ineptitud para la diplomacia, la falta de previsión y la dilapidación de los caudales destinados para corromper a los agentes del sultán, precipitándolos a cometer en África una maldad común en Europa. Briarly, con fuerzas marítimas respetables, con amenazas, con el concurso de la Francia, con el coloso de la Santa Alianza, con

¹⁰⁵ Ms.: «Doglas».

regalos efectivos, con ponderadas promesas de buques de guerra, de plazas fuertes y dádivas de cañones, es vencido en la loca embajada por hombres proscriptos y mendigos, que se defendieron con la razón, el sufrimiento, la [109r] sabiduría y el constante socorro de cándidos y generosos amigos. La controvertida ley del asilo triunfó en Fez. Los árabes conocieron la majestad soberana del imperio, despreciaron las demandas incompatibles con ella y rectificaron la idea del pacto social y del régimen republicano, el más conforme al¹⁰⁶ orden de naturaleza. El ejemplo de las naciones ilustradas que conceden protección ilimitada fue el fundamento de la respuesta a la carta arabesca de Fernando de Borbón, después de informaciones las más exactas. El sultán consultó; el bajá se informó; los darcauas¹⁰⁷ se habían decidido; y sensatos católicos y juiciosos protestantes, y despreocupados judíos concordes en las consultas e informes se mancomunaron para desenlazar el gran enredo trágico político de la Berbería. Permita el cielo que la tolerancia sea la base de la fraternidad universal y el principio conservador de la sociedad y de la felicidad y armonía de todos los hombres.

§ 7.º [*Peligrosa intriga de Briarly contra americanos y liberales pre-
valido de la privanza del renegado Antonio Piloti; la moral de los gabi-
netes y diplomáticos, identificada con los execrables aforismos políticos
de Machiavelo; los diplomáticos usan de patrañas, enredos, engaños y
cavilaciones imitando a sus amos; elogio de la franqueza de Caning;
candor aparente de los últimos ministros del constitucional Fernando
de Borbón, nacido de su amancebamiento con las sillas poltronas*]

Briarly, para justificar su imprevisión con el ministerio matritense en la relación del ruidoso suceso, tenía todos los [109v] datos concier- nientes para recriminar a Moreno de Guerra, que por indiscreción harto sensible había dejado en poder de su vice-cónsul la copia del expediente remitido a la república, dos obritas de mérito sobre la revolución y

¹⁰⁶ Ms.: «a el».

¹⁰⁷ Ms.: «Dracaguas».

gobierno republicano de América y otros documentos importantes. Este monstruo de la revolución española logró introducirse en la casa consular de España y pudo revelar al cónsul el secreto principal y los pasos preliminares de que tenía puntual noticia; pero no bastaba el asombroso descubrimiento; convenía revestirlo con esperanza de un porvenir halagüeño; interesaba anunciar las diligencias practicadas para conjurar la tormenta; importaba encarecer las negociaciones entabladas con el emperador por medio del renegado Piloti; era sobre todo necesario instar por dinero contado y cuantiosos presentes para salir del intrincado laberinto. Coligado con Mr. Sourdeau¹⁰⁸, fecundo en invenciones absurdas, soñaron una fábula y estimaron que obtendría entero crédito en el país de los monstruos. Despachó pues un correo al apóstata Piloti, representando con vehemencia al sultán que la tierra firme de América obedecía a Fernando de Borbón, que los rebeldes eran dueños solamente de siete islas; que los barcos corsarios pertenecían a los emigrados de Tánger, comprados y armados por ellos en Gibraltar, y que abusando de la protección se habían hecho indignos de ella; que portándose como vasallos rebelados y guerreros [Ilor] alteraban la buena correspondencia que existía entre los dos estados y provocarían el rompimiento si no se entregaban. Este tejido de patrañas prosperó, consiguiendo el pérfido renegado circunvenir al estúpido sultán en la segunda sorpresa. No es raro que los cónsules mientan y forjen vistas de imposturas, imitado el ejemplo de sus amos. Fernando el Católico se jactaba de haber engañado no una, dos y tres veces, sino cinco al rey de Francia; Luis XVIII, en el año próximo pasado, fue argüido de la dolencia fernandina por un representante del pueblo inglés en la Cámara de los Comunes. Fernando de Borbón promulgando el decreto de 4 de mayo de 1814, examinando por sí mismo el manifiesto en forma de decreto de 30 de septiembre de 1823, preguntando y oyendo la explicación que el ministro Manzanares¹⁰⁹

¹⁰⁸ Ms. «Surdeau».

¹⁰⁹ Salvador Manzanares, ministro durante el trienio liberal, ejecutado en 1831. Véanse ÁLVAREZ VÁZQUEZ, «Salvador E. Manzanares Fernández (1788-1831). Datos biográficos para

le hizo en presencia de sus colegas de ciertas expresiones tocantes a la libertad, seguridad, etc., corrigiendo lo que les aseguró en tono de confianza y amistad que no le permitirían cumplir, resuelto como estaba a ejecutar fielmente lo que prometiera, firmándolo con la enmienda y mandándolo publicar, y retractándose en 1.º de octubre con la sanción y promulgación de otro decreto contradictorio, ha obtenido el renombre del más solemne impostor [IIIV] que se conozca en las crónicas de las testas coronadas; así como el burlado consejo de sus ministros la nomenclatura de los más diestros, advertidos y previsores estadistas de que hagan mención los fastos de los Secretarios de Estado desde Pirro hasta el eclipse gaditano. La diplomacia es el arte de mentir, por más que el insigne filósofo y consumado político Canning pretenda reducirla a la franqueza digna de la moral de naciones cristianas y cultas. La diplomacia por esto debería ser el resultado del candor y de la buena fe como destinada a formar, canjear y ratificar los tratados y estipulaciones de los soberanos; mas por desgracia es el producto de la doctrina de Maquiavelo¹¹⁰ y el fruto del cañón sazonado con la fortuna de la guerra. De hecho no podrá dudarse que la ley del más fuerte sea el primer principio del derecho natural, el segundo la dominación y el tercero la venganza.

§ 8.º [*Decentes regalos distribuidos por Mr. Eduardo Tripland a todas las autoridades de la plaza de Tánger en nombre de la república de Colombia; gratitud de los moros; Piloti logra seducir al sultán, el que resiste condicionalmente el reconocimiento de la independencia americana y decreta la expulsión de los emigrados; panegírico del generoso gobierno inglés, que oyó sus plegarias y les franqueó seguro escape*]

El proyecto de captar la voluntad de los musulmanes y facilitar el reconocimiento de los gobiernos republicanos de América ocupaba

entender la insurrección liberal de 1831 en Gibraltar y el Campo de Gibraltar», y ALBERTOS CARRASCO, «Salvador Manzanares (Bretún, 1788-Estepona, 1831)».

¹¹⁰ Ms. «Machiabelo».

el ánimo de Mr. Tripland¹¹¹. Con este objeto regresó a Tánger, fue presentado al bajá por el cónsul inglés y distribuyó [III] decentes regalos en nombre de la república de Colombia a todas las autoridades de la plaza. Los moros admiraron esta inusitada largueza y se confirmaron en la opinión que habían concebido de las riquezas de los americanos, creciendo el deseo de tratarlos como amigos y aumentándose el odio a los españoles peninsulares, que consideraban dependientes y súbditos de la Francia. El benéfico Tripland¹¹², que ya había dirigido al gobierno inglés una enérgica representación de los emigrados de Tánger, pidiendo que se les auxiliase para salir de la prisión insoportable, proporcionó la marcha de algunos en esta ocasión; mas circunstancias imprevistas la impidieron y al tiempo de partir recibió recado del bajá con la noticia infausta de que el sultán había determinado no tratar con las repúblicas de América hasta que fuesen reconocidas por Argel y mandaba que los emigrados españoles saliesen de Tánger, luego que arribaran los corsarios, pues eran suyos comprados y armados con su dinero en Gibraltar, pero que no obstante se les permitiese tomar víveres y refresco y hacer aguada siempre y cuando recalasen en los puertos del imperio. El bajá sentido y pesaroso cita a todos [IIIV] los refugiados, les notificó la orden y concedió tiempo ilimitado para disponer el viaje sin peligro. El cónsul inglés y Mr. Tripland¹¹³ fueron los mensajeros de la triste nueva al humano Don, el que desahogó su tierna compasión previniendo al vice-cónsul que habilitase a cinco emigrados para pasar a Gibraltar. Poco después el gobierno inglés le remitió la representación indicada, para que informara sobre su contenido y de repente se rompieron las cadenas, extendiéndose a todos el permiso que ya no negara prevía la fianza acostumbrada.

¹¹¹ Ms. «Triplan».

¹¹² *Idem*.

¹¹³ *Idem*.

§ 9.º [*Apelación patriótica al poderoso emperador de la Gran Bretaña Jorge IV; la constitución dada a Portugal y comunicada a España combinaría los intereses y futura prosperidad de estas naciones fraternalmente enlazadas; este golpe de necesaria política proporcionaría la felicidad de Europa, África y América y sería barrera impenetrable a las incursiones de los feísimos tártaros del norte de Asia y Europa, y de los hermosos y robustos negros del sur de África*]

El justo, noble y generoso proceder del gabinete de S. James nos impele a loar la real munificencia de Jorge IV, padre de la patria, protector de los infelices que no la tienen. ¡Ojalá que su filantrópico ministerio promueva la deseada regeneración de las Españas! ¡Ojalá que el impulso regenerador que acaba de anunciar al afortunado Portugal su próxima felicidad, sintiéndose en la cima del Moncayo haga retemblar todo el ámbito de la monarquía española y derroque el fiero despotismo que corroe sus entrañas al encantador y uniforme grito de viva la constitución portuguesa!¹¹⁴ ¡Pluguiese al cielo que perpetua alianza entre ingleses y españoles sellada con [112r] pacto íntimo e indesquiciable valorase la común máxima que nos transmitieron nuestros mayores: «Con todo el mundo guerra y paz con Inglaterra»!¹¹⁵ Entonces el imperio ibero circunscripto por los límites naturales del Pirineo y costas de uno y otro mar recobraría su primitiva grandeza. Entonces castellanos y portugueses renovarían los proyectos de los reyes de la primera dinastía, de consuno con sus íntimos aliados ocuparían la España Transfretana, se indemnizarían de la necesaria y política desmembración de las Américas y la antigua línea divisoria sería el punto de contacto y de emulación para las

¹¹⁴ Referencia a la Carta Constitucional de la Monarquía Portuguesa de 1826, segunda de las constituciones de Portugal.

¹¹⁵ Eslogan que data del siglo XVII (SANZ CAMAÑES, *Diplomacia hispano-inglesa en el siglo XVII*, págs. 29-30), aunque algunos lo sitúan en el contexto de la firma del tratado hispano-inglés de 1750 (ALCALÁ GALIANO, *Historia de España*, I, pág. 269).

hazañas militares. Entonces el guerrero de Waterloo¹¹⁶, a la cabeza de invencibles y victoriosos ejércitos, después de haber eclipsado las glorias de Belisario, triunfante en el Pirene diría a los tártaros del norte: «Jamás volveréis a desbistar las amenas regiones que vuestros destructores progenitores saquearon, incendiaron, embrutecieron»; y coronado de trofeos en el Atlas a la gran familia negra: «Prestaos cual seres racionales a la cultura, proscibid el comercio nefando que resiste naturaleza y guardaros de atravesar el desierto que nos separa sino por razón de civilización y comercio». Si la faz del mundo [112v] ha de cambiarse de improviso; si los sucesos futuros se prevén¹¹⁷ con certidumbre: ¿no es un deber sagrado de la poderosa nación defensora de las luces, de la libertad, de la tolerancia, vencer obstáculos, acometer soberbias empresas, armar a los valientes, que sólo desean el restablecimiento del orden social y apoderarse de barreras impenetrables a las violentas incursiones de bárbaros bicolores, que pudieron barbarizarnos, como aconteció en los calamitosos tiempos de Honorio el imbécil, y de Rodrigo el perdido? Volvamos a Berbería.

§ 10.º [*La resolución intempestiva del sultán causa vivo pesar a O-mimon; exaltado arenga a los emigrados; su íntima alianza con el primer ministro; expediente robustecido con pruebas invencibles remitido al emperador; intrigas de Mr. Sourdeau y Briarly, desvanecidas por la energía del cónsul inglés y calma del americano que recibe bajo su protección a los naufragos y otros marineros de Colombia*]

El famoso O-mimon, sobresaltado y ofendido de la determinación imprevista del sultán, desplegó toda la fuerza de su genio, manifestando a los emigrados que sentía sobremanera no tener ejércitos disponibles para marchar a su frente, invadir la península, desplomar la tiranía galo-hispana y confundir las proezas de sus antepasados guerreando por la libertad. Arrebatado del estro belicoso los anima

¹¹⁶ Ms. «Watterloo».

¹¹⁷ Ms. «preveeen».

a continuar la gloriosa lucha, indicándoles que valía más morir en los campos del honor que tolerar los trabajos de la emigración. Cerciorado de su pobreza los excitó a buscar asilo y los socorros de las naciones ricas que auxilian a los desgraciados. Coléricamente exaltado disimuló la justa indignación, que los predisponía [113r] a tomar ejemplar venganza de los pérfidos seductores, que abusando de la imbecilidad del emperador, habían detenido la noble carrera y entorpecido los generosos esfuerzos que mostraban su decisión en obsequio de los liberales y su tesón invencible en defender a los americanos y reconocer su independencia.

Oportunamente había llegado a Tánger el primer ministro del sultán, íntimo amigo del bajá. La amistad de estos personajes no era vínculo cortesano que pudieran disolver las intrigas y regalos. Fundábase en los pasaportes que Sidy Mahomed O-mimon franqueaba al ministro, como jeque de las animosas tribus de los Shcillges, con el que sus caravanas transitaban sin ser molestadas, robadas ni cargadas con derechos y en la solicitud y esmero con que el ministro sostenía a O-mimon en la corte. Así relacionados se coligaron de buena fe para derribar al infame Piloti y desengañar al emperador. Bien informado de la serie de los negocios pendientes, el ministro recibió al cónsul de España y lejos de oír la fastidiosa arenga del intérprete, decía al bajá: «Este gran pícaro te engaña».

La discusión y conferencia prepararon un expediente apoyado en documentos incontrastables, en hechos ciertos y en datos exactos.

[113v] Las malas artes y ofertas de los falaces diplomáticos francés y español cayeron por tierra. El cónsul inglés preconizó con ardor la justicia de la causa de los liberales y de los americanos y detalló los crímenes del pérfido Piloti, doble espía en España y despreciable apóstata en África. El cónsul americano zahirió con firmeza las calumnias de sus imprudentes rivales y acriminó sus arterías. Desplomóse el insostenible edificio de la mentira y la verdad triunfante llegó al solio y acatada por el sultán trató de poner término a la seducción, coto a la maldad y fin a la persecución.

O-mimon inflexible, superior al espionaje y a las amenazas, puso la tripulación de la presa española que naufragó en los bancos de Larache y la de otra que por el temporal arribó a Tánger bajo la protección del cónsul americano, despreciando las demandas del frenético Briarly que las reclamaba. Los rebeldes y piratas de Colombia en el falso concepto del estúpido Briarly, eran en el recto juicio del político bajá nobles ciudadanos y los únicos españoles dignos de este nombre.

§ 11.º [*Compasión del bajá con un emigrado; insultos autorizados por Briarly por esta causa; su temblor y terminación del obstinado bloqueo del puerto*]

Compadecido el bienhechor O-mimon de los infortunios de cierto emigrado que deseaba reunirse con su familia en Gibraltar le facilitó el viaje; pero viéndoles embarcar desde su hermosa azotea el incansable acechador dispuso que una de las barcas saliera en [114r] pos del falucho. Las sospechosas maniobras advirtieron al patrón del peligro. Lo comunicó al pasajero, el que, satisfecho del atentado, voló a tierra. Los moros sobresaltados en la marina gritan, dan parte al bajá y éste en el repentino arrebató de la sorpresa e indignación exclama: «Que venga el cristiano»; y no sosegó hasta que lo vio, animó, consoló e hizo volver del espanto en que yaciera. Reconvenido el cónsul español, no negó la orden que había dado al comandante de la barca para hacerse a la vela, pero pretendió justificarse con la increíble suposición de tener instrucciones para apresar el falucho por ser propiedad de un español vendida fraudulentamente en Gibraltar. Con tan notable insulto las barcas hicieron rumbo a Cádiz y cesó el tenaz bloqueo de diez y ocho meses. Empeñado O-mimon en patrocinar al emigrado, le pagó el viaje para Tetuán, recomendándolo a aquel bajá con el fin de que desde allí navegara con seguridad a Gibraltar; mas el bergantín *Jason* cruzaba desde la Almina de Ceuta hasta la boca del río, y regresó a Tánger execrando la hazaña¹¹⁸ persegui-

¹¹⁸ Ms. «lazaña».

dora¹¹⁹. Demasiado sirvieron estos alarmantes hechos para corroborar la mencionada información y persuadir al voluble sultán que los puertos del imperio estaban [114v] bloqueados y hostilizados por fuerzas marítimas al mando de Briarly, siendo imposible a los emigrados cumplir su soberana resolución sin riesgo inminente de caer en poder de sus encarnizados enemigos y perecer en ignominiosos cadahalsos.

§ 12.º [*Se intercepta la vedada comunicación del apóstata Piloti con Briarly; traducción de la carta al árabe; gravísimo sentimiento del fiel O-mimon; prudente sigilo y confidencial aviso al sultán*]

El troglodita Briarly, sobornando a famélicos renegados y traspasando las ordenanzas que reservaban al bajá el despacho de los correos a la corte, mantenía correspondencia con Piloty y se gloriaba de coronar el triunfo sobre los liberales y americanos. Confiado en las promesas del apóstata, en la continuación del engaño en que cayó el emperador y en sus necias ofertas, no proveyó las funestas consecuencias de la vedada comunicación, tan franca como distante de la recibida práctica de cifras que harían difícil su inteligencia al que careciese de la clave, ¡vergonzosa falta! El novel diplomático creyó que los árabes iliteratos no podrían entender el idioma de Castilla, ni seguir las huellas del gobierno español, interceptando correos, abriendo cartas y sancionando este criminal abuso para procesar, encarcelar y matar. Opinó que sólo él sería capaz de recoger con perfidia la carta de un emigrado, adquirir por ella noticia puntual de la expedición del infeliz Bazán y delatarlo para que lo arrojaran a la bahía de [115r] Gibraltar; pero se engañó el apostólico Briarly. Porque el resentido O-mimón no dormía y si celoso de los fueros de su autoridad sentenció en Fez al conductor del correo del cónsul francés a pena de palos, con anuencia del sultán que le entregó los pliegos y el reo, hacía las más exquisitas diligencias para intercep-

¹¹⁹ El bergantín *Jason*, construido en 1819, se encontraba en junio de 1826 escoltando un convoy en el Estrecho de Gibraltar; véase [http://www.todoavante.es/index.php?title=Jason_\(1819\)](http://www.todoavante.es/index.php?title=Jason_(1819)) (consultado 11 julio 2018).

tar las cartas de Briarly y Piloti; lo que consiguió mediante oportuno aviso. Cerciorado de la salida de uno de los correos extraordinarios que tomaban la ruta de Tetuán para salir del término de su jurisdicción en la primera jornada, destaca fuerte escolta de caballería en su seguimiento; mas el perseguido, ligero de pies, escapó y fue preso el desdichado que traía la correspondencia de Piloti. Con prudente reserva procedió el bajá, cometiendo la interpretación y traducción al árabe del aprehendido contrabando epistolar a cierto español de toda su confianza y al judío Omimon que poseía el árabe culto y la lengua castellana. Hecha fácilmente la traducción y presentada al bajá, se llenó de asombro y de indignación al notar que los dos correspondientes concordantes detestaban la maldita secta de Mahoma; que Piloti insistía en la entrega de los liberales, la que se verificaría regalando al emperador 1.500 fusiles, y añadiendo que [115v] si se descubría la intriga antes de su terminación o se frustraba por algún accidente, no les quedaba más recurso que la fuga. Nada llamó más la atención del observante Omimon que la palabra secta, ni se satisfizo hasta que por medio de la más clara explicación entendió su significado. Mucho sintió el tolerante Omimon la inoportuna burla de la religión mahometana, cuando él respetaba todos los cultos; pero ahogó su sentimiento, guardó el mayor sigilo y con religiosa vehemencia comunicó el importante secreto al sultán.

§ 13.º [*El mencionado expediente visto por el sultán produjo una declaración tanto más lisonjera a los americanos y liberales, cuanto más depresiva de los vasallos de la casta borbónica que ejerce su despótica dominación más allá y más acá de los Pirineos; crímenes horribles de Fernando de Borbón, detestados por los mahometanos*]

Algún grado de publicidad tuvo esta pesada ocurrencia, que sujetó al desapercibido Briarly al rigor y exaltada venganza del religioso y verdadero creyente Sidy Mahomed Omimon. Porque autorizado por el emperador en fuerza de las informaciones remitidas para reprimir sus violencias, sofocar sus imposturas y proteger a los emigrados en la salida, lo trató como mereciera, forzándolo a pasar por humillaciones inauditas en los fastos diplomáticos. Ya

desde los principios de la tragedia espantosa habían los musulmanes desaprobado y mirado con extrañeza la conducta del gobierno español, no por la [116r] precipitada remoción de Orué, sino por el nombramiento de dos extranjeros que sucesivamente obtuvieron el consulado, lo que obligó al sagaz O-mimon a decir que sólo un castellano viejo debería ser admitido por cónsul. Esta fundada opinión cundía y se arraigó en Berbería atendidas las circunstancias de la invasión francesa y permanente ocupación de la España. Los franceses en Tarifa recordaban a los moros la decantada conquista del África proyectada o fingida por Napoleón y convenía según sus cálculos políticos la deseada reacción, que derrotándolos llevara el espanto más allá de los Pirineos. De estos antecedentes combinados con la deferencia y sumisión de Briarly a Sourdeau¹²⁰ y de las fuerzas de mar y tierra españolas a las francesas, infirieron que la España estaba mezclada; que no era nación soberana, que dominada, ni podía tratar, ni ser reconocida como independiente; que había perdido la existencia política; que no era aquella poderosa nación que felizmente gobernó Carlos III; y que sólo los liberales expatriados y americanos gloriosamente alzados eran los verdaderos españoles, que sostenían la gloria e independencia nacional, cuyo poderoso ejemplo con el tiempo seguiría [116v] la benemérita familia liberal oprimida en España, acabando con el tirano y desarraigando la tiranía. Es imposible, nos decía el advertido Sidy Mahomed A-Jardan, explicar todo el contenido de la orden del sultán: la España está mezclada, no es libre, está sojuzgada y el emperador no reconoce más españoles que a vosotros. Sin duda conocieron los mahometanos los dos horrendos crímenes cometidos por Fernando de Borbón en las dos invasiones francesas, dejando en la primera huérfano el trono y entregándose él mismo al formidable enemigo y llamándolo en la segunda y poniendo bajo sus impuros pies el santo suelo que pocos años antes consiguiera su libertad y regara en

¹²⁰ Ms. «Surdeau».

abundancia y fertilizara la sangre de los mismos invasores. Fernando de Borbón, reo de delitos capitales que ningún pueblo perdonó, es el solo parricida, el único tirano, el afortunado déspota que ha sabido orlar sus sienes con la corona a despecho del odio nacional, de violentas convulsiones, del eterno cautiverio, y de millones de humanos extranjeros que maldicen su existencia.

§ 14.º [*El resentido O-mimon en odio de su amo maltrata, humilla, confunde, abate y anonada a su representante Briarly, forzándolo a firmar dos escrituras de vergonzoso allanamiento y dudoso e injusto crédito, tan distantes de sus atribuciones como injuriosas a la soberanía absoluta de Fernando de Borbón*]

O-mimon lo detestaba; O-mimon revestido de poderes ilimitados, ya que no podía contribuir directamente al destronamiento del hadado usurpador de los derechos [117r] imprescriptibles de la generosa nación española, se deleitó en humillar, abatir y degradar a su representante. Oigamos con asombro la más atrevida e insultante de sus políticas hazañas. Cita al destituido Orué y le manda que sin demora presente la liquidación de las cuentas del consulado, incluyendo en ella el atraso de sus pagas justamente devengadas. Recogido este documento, lo cita de nuevo, comparece y poco después entra Briarly emplazado para aquella audiencia. Sobresáltase el cónsul a la vista de el excónsul, saluda confuso al bajá, toma el asiento inmediato y advirtiéndole que estaba destinado para el cadí, le señala su lugar. Después de los cortos cumplimientos arabescos O-mimon con sañudo semblante le manifestó que tanto Orué como los demás emigrados debían salir del imperio, siendo la voluntad soberana del sultán que partiesen con toda seguridad y no encontrasen tropiezo en el viaje, ora se dirigieran a Gibraltar, ora navegasen a Londres, ora hicieran rumbo a Filadelfia u a otro puerto de las repúblicas de América. Aturdido Briarly contestó: «Ningún peligro corren en la navegación, pues los buques del rey mi amo no persiguen más que el contrabando. No tienes razón, replicó el bajá; el contrabando que con rabia buscan esos barcos ni es tabaco, ni algodón manufacturado; los

emigrados son el único [117v] contrabando cuya aprehensión fuera tan grata a la facción liberticida; el obstinado bloqueo y crucero no han tenido otro fin. Desengáñate; tu cabeza responde; sobre ti ha de gravitar el menor daño que sufran. Pasó el tiempo de tus supercherías y enredos; no me fio de tus vanas palabras; desconfío de tus falaces promesas; es indispensable, supuesta tu mala fe, que formes público instrumento, por el que te allanes a sufrir en tu persona la misma pena que se imponga a cualquiera de ellos, en el caso de ser aprisionado; y que firmado por ti y sellado con el sello consular quede hoy mismo en mi secretaría». El severo continente del firme O-mimon no dio lugar a pretextos, reprimió toda excusa. La repulsa, la resistencia, el raciocinio son desconocidos de los cobardes malandrines en las horas de cruda batalla. Convencido el degradado y mudo Briarly en otorgar la escritura de allanamiento, se mandó al perseguido Orué que saliese y dejase expedito el imponente tribunal; mas por un recado confidencial se le previno que esperara para instruirse de las resultas del siguiente juicio verbal y comunicarlas a los emigrados.

No padece tanto un reo condenado a la horca en los agoniosos momentos que dilatan la ejecución, como sufriera el tremebundo Briarly en la presencia de los dos jueces de turbante, resueltos [118r] a administrar justicia seca y decididos a vengar el profanado Corán. Danle a leer el papel de la liquidación, en el que no había más partidas que deudas a moros, judíos y el lindísimo atraso de veinte y dos pagas al afortunado Orué. Conmuévase todo, censura la cuenta, pondera las sumas considerables recogidas por Orué, menciona el soberbio regalo destinado a Muley Abd al-Rajaman que había desaparecido en su casa con desdoro de la corte de Madrid y detrimento del sultán y se niega a pasar por la liquidación informal. El bajá lo refrena, prescinde de los reparos alegados y de las partidas de cargo y data, le hace entender que no es juez de Orué, le recuerda las ofertas de pagar las deudas del consulado, encarece el derecho de los acreedores súbditos del imperio incluso Orué por la protección que gozaba, y le circunscribe a que reconozca la firma y haga formal obligación del pago total. Briarly, espantado, cedió y en aquel día entregó las dos escrituras de allana-

miento y obligación. El bajá placentero refirió a Orué el pormenor de los entuertos y desafueros con que se había vengado del cónsul español.

§ 15.º [*Degradación de Briarly y prostitución de las funciones de su empleo; tamaño desacato a la majestad del pueblo español hirió profundamente el amor propio de los liberales; los extranjeros aventureros e inmorales han devorado la desventurada España de tres siglos a esta parte; el olvido de nuestras leyes ha sido el origen de tantas desgracias*]

En hora buena sea sumido en fétido calabozo, muera en la hedionda mazmorra, pierda la cabeza al golpe del brillante acero el insigne diplomático que embestido por indómitos salvajes sostiene el decoro del soberano y de la nación que [118v] representa. He aquí el honrado ciudadano que perece con tanta gloria como el militar en los campos de Marte, noble víctima de la probidad, del amor nacional y del valor cívico que debiera caracterizar a todos los mandatarios. He aquí la noble víctima agradable a los ojos de la patria y de su presidente, que preservarán su memoria de las injurias del tiempo. Pero que un novel diplomático falto de virtudes sociales, de ciencia, de conocimientos, de experiencia, se encargue de peligrosa embajada, dilapide millones, engañe a dos naciones, desacredite a su soberano, y lejos de conseguir el objeto de su misión, concluya la negociación sometiéndose a bajezas indignas, que no supo precaver ni con firmeza resistir, es descomunal entuerto, que por propia conveniencia debiera castigar el tirano de las Españas sepultando la memoria del vil facedor entre los horrores e ignominia en afrentoso patíbulo. El estúpido Briarly impune, cónsul general, y encargado de negocios en Marruecos después de tantos atentados y tamaño vilipendio, es uno de los muchos diplomáticos españoles que durante el curso no terminado de la revolución han sido por su notoria ineptitud el juguete de los congresos y fuera de ellos han contrariado las miras del gobierno improvisor que los empleó ¿Qué más pudo hacer semejante aventurero, que hollar [119r] la patria que no le dio el ser? ¿Qué más hiciera sino devolverle deservicios en recompensa de los honores, empleos

y comisiones que le confió? Cara patria, perdona mi extravío. No, no es tu suprema voluntad que te gobiernen extranjeros ni brillen en los destinos que reservaste a tus hijos, ¿por qué, pues, sufres tanta afrenta, tanta sinrazón, tan brutal dominación? Respondan los que me tienen atada al carro de la servidumbre. Hablen a voz en cuello los seres desnaturalizados que pisotearon erguidos las máximas, principios y reglas de mi respetable, antigua y liberal legislación, en la que la barbarie goda se admira compensada con la sujeción del soberano a las leyes, con la soberanía de la nación en elegirlo de entre los ciudadanos, de decretar las contribuciones, de conceder cartas de naturalización y en la consonancia del clero, que sin aspirar a fueros, privilegios, exenciones ni al derecho consuetudinario de diezmos, jamás se separó de aquél en la defensa de las libertades patrias.

§ 16.º [*Generosidad de Mr. Tripland; aumento del crédito de los americanos; sensibilidad de Mr. Douglas y de sus hijas; destierro de la facción episcopal de Tánger; conferencia de Moreno de Guerra con el bajá sobre el reconocimiento de la independencia de las repúblicas de América*]

A la sazón apareció Mr. Tripland¹²¹ en Tánger para determinar sobre la presa detenida en el puerto; pero habiéndola encontrado casi sin carga ni jarcia la regaló al emperador, con lo que afianzó más la estimación de los americanos y mejoró el estado de cosas [119v] tocantes al reconocimiento, de modo que cuando la república del norte de América había consumido sumas de mucha consideración estaba distante de igual proporción. Facilitó también viaje a dos emigrados en una goleta inglesa. Las benéficas hijas del cónsul inglés manifestaron en esta ocasión su generosidad auxiliando con decentes socorros a los refugiados necesitados, que por experiencia conocían y habían necesitado de su largueza. En el consulado todos fueron despachados gratis. Mr. Douglas a nuestra despedida hizo ostentación de cierto género de sensibilidad digno de elogio y de reconocimiento.

¹²¹ Ms. «Triplan».

O-mimon, que con su prudencia y carácter inflexible venciera a todos sus enemigos, desterrando por último de Tánger la facción episcopal tan anti-liberal como el reverendísimo Vélez¹²², del que parecía fiel retrato el obispo tingitano en cuerpo y alma, celebró su triunfo con el ciudadano José Moreno de Guerra por medio de una conferencia secreta, en la que se trató sobre el reconocimiento de las repúblicas de América. La discusión fue detenida, las fuertes reconvencciones del cónsul guatemalteco contra la voluble condición del sultán dignamente satisfechas y el resultado favorable. «Venga –concluyó O-mimon– un comisionado a Gibraltar, pongámonos en mutua correspondencia [120r] y yo me constituyo responsable de la buena acogida que hallará en el emperador y del feliz éxito del tratado bajo las bases honoríficas e indefectibles que ligan a los americanos del norte con este imperio. Me prometo de tu amistad que instruyas a todos los ministros existentes en Londres de mi franqueza, adhesión y decisión por la independencia y felicidad de las Américas, previniéndoles que no me dejen feo en el regalo que presenten al sultán».

§ 17.º [*La conducta de Moreno de Guerra abrazando el partido de los americanos fue conforme a sus opiniones y loable; la rivalidad existente entre los hijos de la misma madre debiera ser discreta, separando los bastardos de los legítimos para el bien procomunal; oportunidad y ventajas de un tratado con Marruecos y las regencias berberiscas; es inoportuno y dañoso el empeño de enriquecer el Capitolio, que desde Rómulo hasta ahora ha esclavizado la tierra, temporal o espiritualmente; los nuncios son el veto del republicanismo*]

El ciudadano José Moreno de Guerra, admitiendo la carta de naturaleza y despacho de cónsul de Gibraltar con que lo distinguiera

¹²² Se trata del franciscano Rafael de Vélez (1777-1850), que fue obispo de Ceuta (1817-1824), muy famoso por sus opiniones absolutistas y sus publicaciones al respecto, entre ellas una *Apología del altar y el trono* (1818). Véase su biografía en *Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa Calpe*, Madrid, 1929 (www.filosofia.org/enc/eui/e670702.htm, consultado 28 enero 2017).

el gobierno de la república de las provincias unidas del centro de América, confirmó la opinión que había adoptado como diputado a Cortes y renovó su oposición al sistema tortuoso, impolítico y desastroso que había adoptado la corte de Madrid con respecto a la independencia americana, ya en la furia despótica, ya en la imprevisión constitucional. El español libre abrazando el partido de sus hermanos de ultramar manifiesta su amor a la madre patria y a la libertad uniéndose de buena fe a la fracción que gloriosamentealzada sostiene la independencia, guerreando [120v] contra el despotismo. La funesta animosidad engendrada por las discordias intestinas obstruye esta comunicación que no malogra, aunque detiene el noble impulso de la revolución. Hay muchos españoles tan beneméritos como Moreno de Guerra, que merecen igual aprecio y trabajan sin interés por la causa de los independientes. Los sucesos de Tánger son el garante de esta aserción. Fueron muchos los emigrados que contribuyeron con sus conocimientos y decisión a la empresa del reconocimiento por parte de Muley Abd-Rahaman. Quizás fue ésta la primera vez que los moros se encantaron con la vista y explanación de los mapas de América y África, admiraron la facilidad de viajar desde Mogador y Santa Cruz a los puertos de Colombia y conocieron la importancia de un tratado de paz y de comercio. Otros emigrados residentes en Argel, Túnez y Trípoli, después de haber practicado semejantes diligencias, avisaron que aquellas repúblicas deseaban tratar con las nuevas repúblicas de América.

Los enunciados tratados son de tanta trascendencia e interés en las presentes circunstancias que debieran llamar la atención de los gobiernos republicanos y proporcionar estos enlaces a costa de algún sacrificio. Se precipitan en mandar ministros al Capitolio [121r] para pagar agentes y nuncios que diseminen las preocupaciones, promuevan las usurpaciones del formidable imperio romano, contraríen la marcha liberal de las reformas útiles y concluyan su misión por medio de escandalosa expulsión, imitando el ejemplo de Chile; y no piensan en asegurar la vida y fortunas de los súbditos

que navegan y naufragan en las costas de África o forzados por temporales recalán en los puertos. El estado actual de guerra con España reclama imperiosamente esta prudente y necesaria medida. Es inútil oponer que los bárbaros no tienen fuerzas de mar, ni de tierra. Sus calas, ensenadas y bahías y puertos en los dos mares, y su falta de comercio les ofrece en la guerra toda la ventaja, de modo que por esta razón pagan tributos Suecia y Dinamarca y las demás potencias cuantiosos regalos. Su misma barbarie los hace temibles, porque no conocen medio entre la paz y la guerra, y la nación que no tiene cónsules en estos estados hace a sus súbditos en los casos referidos infelices víctimas del pillaje y crueldad de los salvajes. Con la paz, las escuadras de buques menores y los corsarios dañarían infinito a los españoles y no sería difícil comprometer a las regencias levantinas y al mismo imperio de Marruecos en [121V] una guerra con España. La plaza de Gibraltar es surgidero inseguro y los buques americanos sufren allí perpetua cuarentena. Las averías que experimentan los barcos en la navegación de América a Europa podrían repararse en los puertos más próximos de las costas de África. El intrépido Dartarl¹²³ se vio precisado a arribar a una de las islas Canarias para reparar el buque que maltratado peligraba y tuvo la felicidad de ser protegido por los naturales, pero habría evitado toda zozobra carenándolo en Santa Cruz, haciendo aguada, tomando refrescos y renovando los víveres. Olvídense por ahora los americanos del Vaticano e inviertan los millones que anhela la codiciosa curia en hermanarse con los berberiscos y prevenir las intrigas de los cónsules de España. Con todo el patronaje del cónsul americano y no obstante los regalos de Mr. Tripland¹²⁴, anunciamos que las presas que las borrascas arrojen a los puertos o costas de Marruecos henchirán las arcas del emperador.

¹²³ Quizá: «Dartard».

¹²⁴ Ms. «Triplan».

§ 18.º [*El bajá placentero comunica a Moreno de Guerra el desastroso fin del pérfido Piloti con demostraciones de puro placer y de bondad extraordinaria; congoja, inquietud y estremecimiento de Briarly con la nueva infausta; el remordimiento lo acompañará al sepulcro*]

Dos días después de la cesión confidencial llamó con premura y bien entrada la noche el bajá a Moreno de Guerra, previniéndole que lo esperara con intérprete. Sube a la¹²⁵ alcazaba acompañado de dos soldados con bastante sobresalto, se presenta; observa gran gozo en los tertulios y más tranquilo saluda a O-mimon [122r], el que le dijo: «Te he citado en esta hora intempestiva no para afligirte con malas nuevas, sino para comunicarte una que vale por muchas. Dios bendito ha castigado a Piloti, nuestro común enemigo. Salía de Fez con ánimo de fugarse por Larache; pero en medio del camino cayó en las manos de un alcaide comisionado, el que le cortó la cabeza y la condujo a la capital. Luego que llegues a Londres publica este suceso, y no temas asegurar que el sultán, desengañado, está por nosotros y sostendrá la justa causa que hemos abrazado y terminado¹²⁶ con dicha, arrojando riesgos inminentes». Respondióle Moreno de Guerra: «Si aún vivo, lo debo a V. E., mi reconocimiento será indeleble».

Sonriose el bajá y le preguntó la causa de su detención, ofreciéndole dinero y cuanto necesitase, a lo que replicó que nada necesitaba, que estaba detenido por la falta de viento favorable, y correspondiendo a tanta civilidad, finura y generosidad, se despidió dándole mil y mil gracias. En la misma noche se hizo público en Tánger el trágico fin del renegado Piloti. La noticia del inesperado suplicio del pérfido apóstata, y la procesión fúnebre de su cabeza por las calles de Fez conmovió la población, espantó al tímido Briarly y disgustó a algunos cónsules. Sobrecogido de pánico terror [122v] indagó, inquirió la verdad de la fatal ocurrencia, examinó a moros y

¹²⁵ Ms. «al».

¹²⁶ Ms. «terminando».

judíos y quedó con todo esto en la más afanosa incertidumbre. Los remordimientos de su conciencia le harían ver en el decapitado la mancomunidad de los crímenes y temería la violenta venganza del sultán. Ni la sombra homicida de Piloti dejará de seguir noche y día al espantadizo Briarly, ni se aplacarán sus manes hasta el momento en que expíe sus atentados en afrentoso patíbulo. Las credenciales del inexperto cónsul no lo autorizaban para maldecir la secta mahometana; por lo que se pierde la cabeza en África, el horrendo club apostólico, lavándose las manos como Pilatos, hará misericordia con la célebre matrona que lo solaza, señalará alimentos a la mujer e hijos que el inhumano parricida abandonó en su patria y maldecirá de veras la liberal Berbería, sepulcro del despotismo español.

§ 19.º [*Se vindica a O-mimon de las calumnias de sus émulos; su adhesión a los liberales fue la empresa más arriesgada que haya acometido ningún musulmán; el tiempo, las circunstancias y la superstición de sus compatriotas la contradecían; enumeración de los particulares beneficios que dispensó a los refugiados*]

Pudiera cierto argüírse nos de notable omisión si no vindicásemos el liberalismo del incomparable Sidy Mahomed O-mimon, confundiendo la maledicencia de sus émulos y detractores. Es innegable que según la costumbre general del imperio admitió algunas finezas de los emigrados y las estimó en más que los pomposos regalos de los cónsules. No por esto fue la codicia el móvil de su noble proceder. La calumnia [123r] sola mancharía su reputación con tan absurda nota. Las pobres demostraciones de los emigrados jamás igualaron al primer presente del cónsul español y ningún refugiado lo regaló durante la desecha borrasca que comenzó en febrero de 1825 y acabó en el mismo mes de 1826. El liberalismo del generoso O-mimon fue obra de la naturaleza. Dotado de alma grande, nació liberal y la fuerza de su genio lo ha hecho resplandecer en Marruecos como el inexpugnable antemural del imperio y la roca impenetrable contra la que se estrellará el despotismo europeo. O-mimon no es un musulmán que atesora y esconde los preciosos metales acuñados

devolviéndolos a las entrañas de la tierra. Consume cuanto posee con honor, nada adquiere con bajeza y se gloria en la pobreza que patentiza su desinterés. «Quisiera tener una onza de oro –decía a un emigrado que lo visitó con su hijo– para darla a este niño, pero no tengo un maravedí disponible».

Su liberalidad no tuvo límites. Si Mr. Sourdeau¹²⁷ reclama los caudales recaudados en Tarifa trasladados de la aduana a la casa consular de España y recontados en presencia del administrador y escribanos, sofoca la fuerte reclamación y defiende con noble desinterés a los expedicionarios. Si los sepultureros de la constitución que Fernando de Borbón hechizó en Cádiz [123v] y el árbitro supremo de la caja de los empréstitos y de las rentas nacionales aparecen en Tánger con el fin de conferenciar, trabajar y publicar el manifiesto de sus desaciertos y de las desventuras de la patria, que paralizó la discordia de opiniones; si se susurra en la tertulia del bajá que habían repartido entre sí las reliquias del tesoro, enterrando el fisco con la libertad, desestimó el vago cuento y no molestó a los soñados millonarios. El bajá de Tetuán hubiera celebrado el hallazgo y robado sin misericordia a los errantes caballeros, del mismo modo que saqueó al andante Bertrán de Lis¹²⁸, de cuyo despojo escapó Moreno de Guerra, compañero de viaje más digno de loa que los vocingleros y desorganizadores que hirieron de muerte el pacto constitucional.

Generoso con el desgraciado Montarlot¹²⁹ perseguido y acechado por el violento Sourdeau¹³⁰ y patrocinado por Orué, tomó parte en su defensa, lo sacó de la casa en que estaba escondido, lo consoló, regaló y consiguió una orden del sultán para que nadie lo incomodase. Franco con los italianos emigrados, les dio casa junto a su palacio, les concedió permiso para establecer fábrica de pólvora y venderla

¹²⁷ Ms. «Surdeau».

¹²⁸ Ms. «Beltrán de Lis».

¹²⁹ Ms. «Monsarló».

¹³⁰ Ms. «Surdeau».

por su cuenta y les comendó al emperador para que los admitiera y dotara como a empleados en aquel ramo. Humano con todos, [124r] obtuvo facultad de socorrer a los emigrados menesterosos con la mona o ración diaria. Amigo fidelísimo y compasivo, distinguió con su confianza a varios refugiados y sobre su responsabilidad le hizo donación del adeudo de los derechos de cien bueyes, importante 32 000 reales que no se verificó por falta de exportación del ganado. Camarada de Moreno de Guerra, le permitió extraer todo género de provisiones para el rancho de la fragata sin derechos y mandó que no se detuviera ni registrara el equipaje en la aduana. La familia de Orué fue su ídolo y se anticipaba a sus urgencias. Orué, sobrecargado de deudas, no hubiera salido de África sino mediante la¹³¹ estratagema de su bienhechor. Su decisión por la independencia americana, la lucha sostenida para destruir la sorpresa galo-hispana y desquiciar la prianza de Piloti son acciones que jamás olvidarán liberales ni americanos.

Empero el singular mérito de Sidy Mahomed O-mimon es superior a todo encarecimiento, atendidas las circunstancias y el tiempo en que se dispensó la protección a infieles habidos por revolucionarios y rebeldes a su soberano. Porque tuvo que lidiar contra una corte sumida en la miseria y agitada por la [124v] rebelión, en la que todo fuera espanto, hambre, desorden y confusión. La volubilidad del emperador, la codicia ministerial y las incursiones de los rebeldes pesaban sobre la cabeza de O-mimon, idolatrado jeque de las valerosas tribus alzadas y acusado de cohecho en la causa de los americanos y liberales. El tiempo guerreaba contra su admirable conducta y exponía su filantropía a los impetuosos ataques del torrente de la superstición y preocupaciones de sus astrólogos y adivinos paisanos. La funesta seca de dos años, el¹³² hambre general, la fiebre maligna que comenzaron a devorar el imperio desde la escasa cosecha de

¹³¹ Ms. «el».

¹³² Ms. «la».

1825 debieran haberlo intimidado; pues los alucinados mahometanos, siguiendo el ejemplo de los paganos, atribuyen las plagas espantosas al trato y comunicación con los cristianos y en iguales circunstancias los han expulsado de Tánger. Con todo, el despreocupado Skeslløge supo vencer los prejuicios de la educación, el imperio irresistible de la religión y contener a los santones, profetas y al populacho con tal vigor, que no acaeció la menor desgracia. Paseábamos por las azoteas y no fuimos insultados, cuando antes costaba esta curiosidad y desahogo la vida o golpe mortal. Subíamos a la¹³³ alcazaba y si en los primeros días los moritos alborotados nos tiraban piedras [125r] y cantaban la común copla cuyo sentido era éste: «los cristianos fritos y los judíos en la sartén»; logramos convertir la fiera aversión en pueril cariño, haciéndoles aprender de memoria estotra cantina: «anda morena, tu ventana cerrada me causa pena»; la que cantaron después al vernos, siguiéndonos con alegría y placer hasta dejarnos en los prados. Las hermosas mujeres del bajá se asomaban al mirador y nos saludaban con atención y regocijo.

§ 20.º [*Pintura horrorosa de Tánger y de todo el imperio; estragos indecibles del hambre y de la epidemia; generosidad de los corsarios colombianos; evacuación de Tánger por los liberales; nuestra despedida de la región de la mentira, del engaño, del peligro, del hambre, de la peste y del doble despotismo europeo y africano*]

Es imposible describir los estragos que hizo el¹³⁴ hambre canina en toda la región de Marruecos. Veíase la bahía de Tánger poblada de buques cargados de trigo, cebada, higos y pasas. Cada casa era un almacén. La alhóndiga fue sin interrupción un mercado concurrido. No cesaban las caravanas de ciento, doscientos y trescientos camellos que conducían trigo a Fez. Estas bestias hambrientas se comieron todos los vallados de las viñas y heredades, no perdonando

¹³³ Ms. «al»

¹³⁴ Ms. «la»

las espinosas tunas, ni pitas. Flotillas de goletas, jabeques y faluchos llenaban el estrecho con rumbo a Larache, Mazagán¹³⁵ y Mogador. Las gentes del interior buscaban paso en los puertos. Siete aduares de moribundos y desnudos espectros circuían a Tánger y los crueles porteros les vedaban la entrada en la ciudad, lastimándolos con enormes [125v] palizas. Los moros y moras se despojaron de todas sus prendas para comprar pan. Las alfombras, pendientes, brazaletes y grilletes se trocaron por trigo. No quedó en los campos raíz saludable o venenosa, dulce u amarga, que escapara de la diligencia de los pobres desesperados. Las calles y cercanías de la población se tornaron en muladar de inmundicias, que exhalaba fetidez intolerable. Hombres y animales muertos espantaban en la ciudad y en los campos. Agravose el horror con la maligna fiebre que desde enero aumentó la aflicción y la mortandad. Los comandantes de los buques corsarios de Colombia respetaron la propiedad moruna, aunque transportada por barco español, Moreno de Guerra franqueó certificados y eficaces recomendaciones mediante las que navegaban los españoles con seguridad y los moros no experimentaron dificultad ni interceptación en tan necesario tráfico. Esta amistosa correspondencia granjeó crédito y estimación a los americanos.

La peste liberal evacuó a Tánger en los días 21 y 22 de febrero del presente año, pues aunque quedaron allí tres emigrados a quienes no convino por entonces salir, ni conservan las semillas del contagio temible ni sentirán sufrir el yugo clerical en España, ni causarán celos ni sospechas al humillado cónsul. La notoria [126r] beneficencia del cónsul sueco sostiene a dos de ellos con dos jóvenes. La casta de los poltrones evita el peligro y no teme contagio ni hambre.

Adiós, África falaz; adiós, voluble Muley Abd-Rahaman; adiós, bárbaro Briarly; adiós, inhumano Sourdeau¹³⁶. Respirando en la patria de los libres dudamos aún de nuestra existencia; y cierto no existiéra-

¹³⁵ Ms. «Magazán».

¹³⁶ Ms. «Surdeau».

mos si tú, oh¹³⁷ noble, liberal y virtuoso Sidy Mahomed O-mimon, hubieras sido presa de los poderosos enemigos que decretaron tu ruina. Los venciste¹³⁸ con gloria y nos salvaste¹³⁹ con honor. Por esto tu nombre correrá de generación en generación, merecerás lugar distinguido entre los héroes famosos y la memoria de tus raras hazañas se conservará en los fastos de la historia. Tú serás el ídolo de nuestro corazón. La clara estirpe de los liberales reconocidos cantará himnos en tu loor. Pluguiese al cielo que fueras dichoso; que dieras la libertad a tus conciudadanos esclavos y que renovaras los rasgos inexplicables de tu beneficencia con el desgraciado, que arrebatado por la furia del fracaso despótico e interceptado el curso y prevenido el rumbo de la fuga llegue por desgracia a reclamar tu clemencia, mendigar tu patronaje y pedir tu protección. Vive, sí, vive para tormento de los déspotas y consuelo y amparo de los libres.

¹³⁷ Ms. «O».

¹³⁸ Ms. «vencistes».

¹³⁹ Ms. «salvastes».

APÉNDICE A LA EDICIÓN

Lecturas del manuscrito modificadas en la edición

Se recogen en el siguiente repertorio, agrupadas por fenómenos, las lecturas originales del manuscrito (no siempre meras variantes gráficas) que han sido sustituidas por las formas actuales, según el criterio adoptado en la edición.

«B» EN LUGAR DE «V»

brabura, abaricia, buelta, cabilaciones, ribalidad, declibe, escabaciones, vaibene, tubo, benébolo, conserban, conserbaba, tubieran, bejaciones, beja, desprobisto, brabo, revolucionario, cautiban, agrabios, cultibaban, olvidar, juebes, interbalo, faborecido, berosímil, revolución, embiar, precaber, carabanas, combocatoria, marabillar, cabados, conserban, enbilece, cultiban, semicaban, chiribías, brebas, ubas, obejas, bacas, atrabiesan, belocísimo, Guadalquibir, Alcazar-el-Quibir, bidriada, biniera, barar, comboy, bestir, trabesía, brabo, salbajes, benden, rebueltas, Minerba, extrabagancias, laboratorios, embuel-

ven, combocación, resolbía, joben, todavía, motibo, favor, favorito, llebar, labandería, combeniente, obserbaciones, nobia, conserbación, jubeniles, equíboca, olvidando, precaberían, parbulillos, serbidumbre, serbir, ebacuar, berlos, debuelta, sirbieron, precaberse, primabera, ba (del verbo ir), buelben, benebolencia, beneno, malbados, bomitan, probechoso, bentajosa, nueva, nobedad, sostubo, favorable, vuelbe, prebisión, efectibos, controbertida, bolberéis, desbastar, reserbaban, boluntad, banas, nuebas, promueban, conmobió.

«C» EN LUGAR DE «CC»

transación.

«C» EN LUGAR DE «S»

disperción, confución, baces, sencible, imprevisión, compación, cierras, recidir, invación, poseción, ilución, precidía, confución, viciones, encenada, expreciones, demacias, expulción, apostacias, converción, invación, exclución, discusiones, obcervó, opreción, éxtacis, concerva, montañeces, proviciones, estrechacen, incurción, comicionados, cenderos, tráncito, recervadas, escacez, insencibilidad, utencilios, ciegan, mieces, concignados, poceción, exclucivo, profución, provición, demaciado, acilo, dimención, Cierra (Morena), desición.

«CC» EN LUGAR DE «XC»

eccede.

«CS» EN LUGAR DE «X»

procsima.

«G» EN LUGAR DE «J»

viage (-s), viageros, gefe, trages, lisongera (-os), magestad, redugeron, diges, egercicio, mugeriles, obgeto, extrangero, sugetarse, sugetó, ageno, parage, mensagero, mugeres, sugetándose, magestuosa, extrangería, egército, redugeron, pillage, equipages, sugetas, ropage, redugeron, personajes, sugesión, traginantes, hospedage, lisongeaban, gínete, pilo-

tage, pasageros, salvages, aprendizage, homenaje, mugeril, herege, agugero, egecución, bugías, linage, algibe, forgen, cangear, espionage, pasagero, patronage, grangeó, alfange.

«H» EN LUGAR DE «J»

cohines.

«H» INNECESARIA

harriero, hallá, hallí, hurcas, havrasó.

«H» OMITIDA

omicida, olganza, orizonte, reúsan, adealas, arina, baía, uracán, echos, echo, ambrientos, exalando, alagüeno, desaogó, abilitase.

«L» EN LUGAR DE «R»

plurito.

«S» EN LUGAR DE «C»

intersepta, simientos, velocidad, impasientes, credensiales, circunscisión, prínsipe, selo, osio, sebada, Serdeña, siruelas, sélebre, vosifera, enriquesido, sentenares, desición, persecusión.

«S» EN LUGAR DE «X»

espatriación, espedición/es, esecrables, estrangero, espatriados, escavaciones, esquisitas, estrañas,

estremo, espiado, esterminador, esposiciones, próximo, escitando, espiró, esportadas, esterminio, estravíos, esportación, espedida, estrañeza, escitaban, esportan, estraen, esclusivo, espuesta, esceden, esquisitos, escavación, espositores, esponen, espulsado, extensión, ausilio, espensa, esplicación, espresiones, ausiliase, escitó, escusa.

«S» EN LUGAR DE «Z»

escaramusas, mesclaran, mescla, mesquitas, reyesuelos, mescladas, soco.

«V» EN LUGAR DE «B»

aprovar, árvitro, arvitrio, arriuvo, cantava, caveza, circunscrivir, comprobar, concevir, cordovanes, covardía, corveta, cuvierto, déviles, desaprovar, dever, deveres, escribir, faltava, gavinete, glovo, gobernador, gobernante, gobernar, gobierno, havrasar, haver, hávil, havilitado, havitantes, laverinto, livertad, liverticida, lograva, orve, precaver, providad, prueva, quebrantava, reveldes, recibir, savandijas, saber, saviduría, savio, soberano, sobervia, soberviamente, sobervio, transtornava, vagatelas, vajeza, vandera, vastardos, vella, vellezas, vendecir, veneficien-

cia, venéfico, veneficio, veneplácito, verval, vien, vilis, vinar, viscocho, visoños, vivorezna, vondad.

«X» EN LUGAR DE «G»

aflixirte.

«X» EN LUGAR DE «J»

exército, entretexidas, texido, exercitó, enxambres, influxo, embaxada, exemplo, dexado, executar, oxalá, exemplar, lexos, baxo, dexando, dexase, execusión, recoxidas, baxezas, dexten, dixo, conduxo, dexará, baxeza, caxa, próximo, xerife, xaique, xabeque.

«X» EN LUGAR DE «S»

taxa, exfuerzos.

«X» EN LUGAR DE «XC»

exeso.

«Z» EN LUGAR DE «C»

cruzero, juezes, azequias, zepa.

«Z» EN LUGAR DE «S»

corzarios, guiza, gozazen, pezquizas, pesquizas, pezarosos, fer voroza, toezas, descansan, vizir, abraza.

De la misma manera, se han modificado en la edición las siguientes formas: *prorrogativas* (corregido en *prerrogativas*); *ocecado* (corr. *obcecado*);

usufruto (corr. *usufructo*); *suceptible* (corr. *susceptible*); *advitrario* (corr. *arbitrario*); *anuales* (corr. *anuales*); *abuja* (corr. *aguja*), *consumpción* (corr. *consunción*), *escseso* (corr. *exceso*), *imediación* (corr. *inmediación*), *enriquecieron* (corr. *enriquecieron*), *honrraban* (corr. *honraban*), *obtan* (corr. *optan*), *numpcias* (corr. *nupcias*), *comvite* (corr. *convite*).

Asimismo ocurren en el manuscrito las variantes gráficas siguientes: *freqüentes*, *delinqüente*, *freqüencia*, *alhagaba*, *deshonrraron*, *tradicciones*, *consequencia*, *enrredo*, *seducción*, *imfortunios*, *imformaciones*, *honrrado*, *reservastes*, *alhagüeñas*, que han sido sustituidas en la edición por sus correspondientes actuales.

Se ha observado asimismo, y corregido, el uso frecuente de la disyuntiva *u* en lugar de *o* (*genuinos u espúreos*, *cruzan u acechan*, *en alta mar u anclados*, etc.). Igualmente, se ha constatado una única ocurrencia de la copulativa grafiada con *i* (corregida en *y* en la edición).

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA CITADA

ABASCAL, JUAN MANUEL, ROSARIO DIE y ROSARIO CEBRIÁN, *Antonio Valcárcel Pío de Saboya, Conde de Lumiares (1748-1802)*, Madrid-Alicante (Real Academia de la Historia-Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert), 2009.

ABITBOL, MICHEL, *Histoire du Maroc*, Paris (Perrin), 2009.

ABITBOL, MICHEL, «Le Maroc et le commerce transsaharien du XVII^e siècle au début du XIX^e siècle», *Revue de l'occident musulman et de la Méditerranée*, 30 (1980), págs. 5-20.

ABUN-NASR, JAMIL M., *A History of the Maghrib in the Islamic Period*, Cambridge (University Press), 1987.

ADAMS, ROBERT, *The Narrative of Robert Adams: a Barbary Captive*, ed. Charles Hansford Adams, Cambridge (University Press), 2005.

AGROUR, RACHID, «Contribution à l'étude d'un mot voyageur: chleuh», *Cahiers d'Etudes Africaines*, 208 (2012), págs. 767-811.

AGUADÉ, JORGE, «Sobre el consumo de acrídidos en Marruecos», *Al-Qanṭara*, XI (1990), págs. 239-246.

AGUADÉ, JORGE, «Sobre los gnāwa y su origen», *Estudios de Dialectología Norteafricana y Andalusí*, 4 (1999), págs. 157-166.

AKNĪNAḤ, AL-^cARABĪ, «Igurwian», *Ma^clamat al-Magrib*, Rabat (Maṭābi^c Salā), 1984, vol. II, s. v.

ALAOUI, MOULAY ABDELHADI, *Le Maroc face aux convoitises européennes 1830-1912*, Salé, 2001.

ALBARRÁN, JAVIER, «Al-Qarawiyyin: historia de una biblioteca en Fez», *Al-Andalus y la historia*, 7 de febrero de 2019 (www.alandalusylahistoria.com).

ALBEROLA ROMÁ, ARMANDO, «Plagas de langosta y clima en la España del siglo XVIII», *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* (Colegio de Michoacán), 33, n.º 129 (2011), (http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=So185-39292012000100002)

ALBERT SALUEÑA, JESÚS, «Las reformas del ejército marroquí en el siglo XIX y la participación española», en Francisco Javier Martínez Antonio e Irene González González (eds.), *Regenerar España y Marruecos. Ciencia y educación en las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX*, Madrid (CSIC), 2011, págs. 89-122.

ALBERTOS CARRASCO, FRANCISCO JAVIER, «Salvador Manzanares (Breitún, 1788-Estepona, 1831)», *Jábega*, 90 (2002), págs. 91-103.

ALBURQUERQUE GARCÍA, LUIS, «Literatura de viajes y siglo XVIII español: repaso y sistematización», *Miriada Hispánica*, 9 (septiembre 2014), págs. 37-68.

ALCALÁ GALIANO, ANTONIO, *An Introductory Lecture Delivered in the University of London on Saturday, November 19, 1828*, London (John Taylor), 1828.

ALCALÁ GALIANO, ANTONIO, *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de edad de la reina doña Isabel II, redactada y anotada con arreglo a la que escribió en inglés el doctor Dunham*, Madrid (Sociedad Literaria y Tipográfica), 1845.

ALCALÁ GALIANO, ANTONIO, *Recuerdos de un anciano*, Barcelona (Biblok Book), 2014 (reimpresión de Madrid, 1878).

ALCALÁ VENCESLADA, ANTONIO, *Vocabulario andaluz*, Andújar, 1933.

ALEMANY Y BOLUFER, JOSÉ, *Diccionario de la lengua española*, Barcelona (Ramón Sopena), 1917.

ALI BEY [DOMINGO BADÍA Y LEBLICH], *Viajes por Marruecos*, ed. Salvador Barberá, Madrid (Editora Nacional), 1984.

ALI BEY [DOMINGO BADÍA Y LEBLICH], *La Quimera constitucional de Alí Bey*, presentación de Bernabé López García en edición bilingüe, traducción francesa de Cecilia Fernández Suzor, Tánger (Khbar Bladna), 2010.

ALMAGRO GORBEA, ANTONIO, «Las antigüedades árabes en los dibujos de la Academia de San Fernando», *El legado de al-Andalus. Las antigüeda-*

des árabes en los dibujos de la Academia. Catálogo de la exposición, Madrid (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando), 2015, págs. 13-29.

ALMAGRO GORBEA, MARTÍN, «El “Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia”: pasado, presente y futuro», en Martín Almagro Gorbea (dir. y ed.), *El Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia*, Madrid (Real Academia de la Historia), 1999, págs. 15-173.

ALMAGRO GORBEA, MARTÍN, «José Antonio Conde García», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rab.es).

ALMARCEGUI, PATRICIA, *Alí Bey y los viajeros europeos a Oriente*, Barcelona (Bellaterra), 2007.

ALVAR EZQUERRA, MANUEL, *Tesoro léxico de las hablas andaluzas*, Madrid (Arco/Libros), 2000.

ÁLVAREZ BARRIENTOS, JOAQUÍN, «La crítica literaria del publicista Pablo de Mendíbil en Londres», en Fernando Durán López y Victoriano Gaviño Rodríguez (eds.), *Estudios sobre filología española y exilio en la primera mitad del siglo XIX*, Madrid (Visor Libros), 2016, págs. 275-306.

ÁLVAREZ BARRIENTOS, JOAQUÍN, «Pablo de Mendíbil (1788-1832), espía de Fernando VII», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 23 (2017), págs. 287-296.

ÁLVAREZ CHILLIDA, GONZALO, *El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002)*, Madrid (Marcial Pons), 2002.

ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ, coord., *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, vol. 12 de Josep Fontana y Ramón Villares (dirs.), *Historia de España*, Barcelona-Madrid (Crítica-Marcial Pons), 2013.

ÁLVAREZ VÁZQUEZ, Manuel, «Salvador E. Manzanares Fernández (1788-1831). Datos biográficos para entender la insurrección liberal de 1831 en Gibraltar y el Campo de Gibraltar», *Almoraima. Revista de estudios campogibraltares*, 25 (2001), págs. 335-356.

AMORES GARCÍA, MONTSERRAT, «Don Opas de José Joaquín de Mora: las posibilidades de un modelo y de un tema legendario», *Bulletin Hispanique*, 101 (1999), págs. 125-146.

AMZID, MOHAMED, *Les traces de la langue espagnole dans le Nord du Maroc, ancienne zone espagnole: le cas de Tanger*, Villeneuve d'Ascq (Presses Universitaires du Septentrion), 1997.

ANDRÉS, JUAN, *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, vol. I, Madrid (Antonio de Sancha), 1784.

«Apéndice a la historia de los árabes en España: rebeliones y expulsión de los moriscos», *Ocios de Españoles Emigrados*, XXVIII (1826), págs. 61-75, y XXIX (1826), págs. 147-161.

ARAMA, MAURICE, *Delacroix. Un voyage initiatique. Maroc, Andalousie, Algeria*, Paris (Eddif), 2006.

ARBULU BERTUREN, MARÍA BEGOÑA, «Las primeras traducciones manuscritas y editadas de *Il principe*», *Ingenium. Revista de Historia del Pensamiento Moderno*, 7 (2013), págs. 3-28.

ARGOTE, SIMÓN DE, *Nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos, por Granada y sus contornos*, [Granada] (Francisco Gómez Espinosa de los Monteros), 1806.

ARIÉ, RACHEL, *Études sur la civilisation de l'Espagne musulmane*, Leiden (E. J. Brill), 1990.

ARNABAT, RAMÓN, «El exilio cotidiano: sociedad, violencia y guerra civil en el siglo XIX español», *Cahiers de Civilisation Espagnole Contemporaine*, 21 | 2018, mis en ligne le 25 janvier 2019.

ARNAOUT, GHASSAN MAÂROUF, *Asylum in the Arab-Islamic Tradition*, Geneva (Office of the United Nations High Commissioner for Refugees), 1987.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, «El alcaide Dris», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Nordafricani*, Cagliari (G. Fossataro), 1965, págs. 139-146.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, «El alcaide Dris en Europa», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, 30 (1994), págs. 21-35.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, «La amistad de Mawlāy Muḥammad b. ʿAbd Allāh hacia Carlos III», *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán*, 3 (1966), págs. 57-62.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, *Cartas árabes de Marruecos en tiempo de Mawlāy Yazīd (1790-1792)*, Tetuán (Cremades), 1959.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, «Cartas árabes de Mawlāy Muḥammad b. ʿAbd Allāh, relativas a la embajada de Ibn ʿUṭmān de 1780», *Hespéris-Tamuda*, 11 (1961), págs. 327-335.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, «Cómo se fugó de Marruecos el alcaide Dris», *Homenaje a Guillermo Guastavino Gallent*, Madrid (Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogo), 1974, págs. 417-27.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, «La correspondencia de Pedro Wyk, cónsul de Suecia en Tánger, con los hermanos Salmón», *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, 26 (1977), págs. 61-82.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, «Datos relativos a la actuación de Muḥammad b. ʿUṭmān en 1790», *Hespéris-Tamuda*, IV (1965), págs. 133-157.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, «Datos sobre el comercio entre España y Marruecos en tiempo de Mawlāy al-Yazīd», *Hespéris-Tamuda*, XIII (1972), págs. 95-138.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, «Datos sobre una moneda marroquí acuñada en España», *Al-Qanṭara*, IV (1983), págs. 183-263.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, «Un embajador marroquí de finales del siglo XVIII: Muḥammad b. ʿUṭmān», *Awrāq*, 3 (1980), págs. 118-130.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, «La estancia en España de Muḥammad Ibn ʿUṭmān (1971-1792)», *Hesperis-Tamuda*, IV (1963), págs. 119-192.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, «Un intento frustrado del Alcaide Dris para fugarse de Marruecos», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 78 (1975), págs. 541-556.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, «Marruecos de la muerte de Mawlāy Yazīd a la afirmación de Mawlāy Sulaymān (1792-1797)», *Al-Andalus-Magreb*, I (1993), págs. 67-76.

ARRIBAS PALAU, MARIANO, «Muḥammad b. ʿUṭmān designado gobernador de Tetuán a finales de 1792», *Hespéris-Tamuda*, II (1961), págs. 113-128.

AUDOIN-ROUZEAU, FRÉDÉRIQUE, *Les chemins de la peste. Le rat, la puce et l'homme*, Rennes (Presses Universitaires), 2003.

ÁVILA, MARÍA LUISA, MIRIAM FONT UGALDE y CONCHA DE LA TORRE DE BENITO, *Manuscritos árabes y fondo antiguo de la Escuela de Estudios Árabes*, Granada (Escuela de Estudios Árabes-CSIC), 2007.

AL-BAKRĪ, ABŪ ʿUBAYD, *al-Mugrib fī dīkr bilād Ifrīqiyā wa-l-Magrib, wa-huwa ġuz' min Kitāb al-Masālik wa-l-mamālik. Description de l'Afrique Septentrionale*, ed. W. M. De Slane, Alger, 1857.

BALDWIN, GEORGE, *Political Recollections Relative to Egypt*, London (W. Bulmer and Co.), 1802.

BAR-ACHER, CHALOM, «Relations judéo-musulmanes dans le Maroc du XVIII^e siècle», *Les relations entre juifs et musulmans en Afrique du Nord*, Paris (CNRS), 1980, págs. 77-93.

BARBERÁ, SALVADOR, «Introducción» a Ali Bey [Domingo Badía y Lebllich], *Viajes por Marruecos*, ed. Salvador Barberá, Madrid (Editora Nacional), 1984, págs. 9-109.

BAROJA, PÍO, *Memorias de un hombre de acción. Los caminos del mundo*, Madrid (Rafael Caro Raggio), 1921.

BAROJA, PÍO, *Memorias de un hombre de acción. Los contrastes de la vida*, Madrid (Rafael Caro Raggio), 1920.

BARRIOS AGUILERA, MANUEL, «Velázquez de Echeverría, Juan», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rah.es).

BARRIOS ROZÚA, JUAN MANUEL, «El Generalife y las ruinas árabes de sus contornos. Un capítulo inédito de los *Nuevos paseos* de Simón de Argote», *Al-Qanṭara*, xxxv (2014), págs. 29-59.

BARRUCAND, MARIANNE, *Urbanisme princier en Islam. Meknès et les villes royales islamiques post-médiévales*, Paris (Paul Geuthner), 1985.

AL-BAZZĀZ, MUḤAMMAD AL-AMĪN, *Ta'riḥ al-awbi'a wa-l-mağā'āt bi-l-Magrib fi l-qanayn al-tāmin wa-l-tāsi' ašar*, Rabat (Ġāmi'at MuḤammad al-Hāmis), 1992.

Véase también EL BAZZAZ, MOHAMMED AMINE.

BEAUCLERK, GEORGE, *Journey to Morocco in 1826*, London (Poole and Edwards), 1828.

BEAUREPAIRE, PIERRE-YVES, «Réflexions sur les “loisirs” antiquaires des consuls», *Cahiers de la Méditerranée*, 93 (2016), págs. 35-47.

BECKER, JERÓNIMO, *España y Marruecos. Sus relaciones diplomáticas durante el siglo XIX*, Madrid (Raoul Péan), 1903.

BECKER, JERÓNIMO, *Historia de Marruecos. Apuntes para la historia de la penetración europea, y principalmente de la española, en el Norte de África*, Madrid, 1915.

BEERMAN, ERIC, «¿Quién era el General que Goya retrató?», *Revista Complutense de Historia de América*, 19 (1993), págs. 195-208.

BEHROUZI, NITZA, «Jewish North African Head Adornment: Traditions and Transition», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LI (1996), págs. 63-77.

BEN EL FASSI, ABDESLAM, «Marruecos y la Gran Colombia. El imperio cherifiano en la estrategia militar y diplomática del libertador Simón Bolívar», en *Actas del III Coloquio Internacional de Estudios sobre África y Asia del 1 al 4 de noviembre de 2001*, Málaga (UNED), 2002, págs. 97-108.

BENHIMA, YASSIR, «Les crises climatiques au Magrib al-Aqṣā d'après la littérature hagiographique (XII^e-XIII^e siècle)», en François Clément (dir.), *Histoire et nature. Pour une histoire écologique des sociétés méditerranéennes (Antiquité et Moyen Âge)*, Rennes (Presses Universitaires), 2011, páginas 231-239.

BENÍTEZ, CRISTÓBAL, *Mi viaje por el interior de África*, Tánger (Imprenta Hispano-Árabe de la Misión Católico-Española), 1899.

BEN SRHIR, KHALID, *Britain and Morocco during the Embassy of John Drummond Hay, 1845-1886*, London (Routledge), 2005.

BERNAD MORALES, FRANCISCO JAVIER, «Francisco Valdés: notas para la biografía de un revolucionario romántico mostoleño», *Actas del Cuarto Congreso del Instituto de Estudios Históricos del sur de Madrid «Jiménez de Gregorio»*, Madrid, 2006 (www.franciscobernad.es)

BERTHIER, PIERRE, *La bataille de l'Oued el-Makhazen dite bataille des trois rois (4 août 1578)*, Paris (CNRS), 1985.

BERTHIER, PIERRE, «La canne à sucre, richesse de l'ancien Maroc», *Comptes rendus des séances de l'Académie des inscriptions et Belles-Lettres*, 108-2 (1964), págs. 376-386.

BEVILACQUA, ALEXANDER, *The Republic of Arabic Letters. Islam and the European Enlightenment*, London (Belknap Press of Harvard University Press), 2018.

BLANCO VALDÉS, ROBERTO L., *Rey, corte y fuerza armada en los orígenes de la España liberal, 1808-1823*, Madrid (Siglo XXI), 1988.

BLUM, HESTER, *The View from the Masthead. Maritime Imagination and Antebellum American Sea Narratives*, University of North Carolina Press, 2008.

BOOKIN-WEINER, JEROME, «Corsairing in the economy and politics of North Africa», en G. Joffé (ed.), *North Africa: Nation, State and Region*, London - New York (Routledge), 1993, págs. 3-33.

BORNET, ÉDOUARD, *Les algues de P.-K.-A. Schousboe, récoltées au Maroc et dans la Méditerranée de 1815 à 1829*, Paris, 1891.

BOUDCHAR, MOHAMED REDA, «España vista por un embajador marroquí del siglo XVIII: Ibn ʿUtmān al-Maknāsī», *Norba. Revista de Historia*, 29-30 (2016-2017), págs. 45-56.

BOUM, AOMAR Y MICHAEL BONINE, «The Elephant Plume: Ostrich Feathers, African Commercial Networks and European Capitalism», *The Journal of North African Studies*, 20 (2015), págs. 5-26.

BOUMEDIENNE, SAMIR, *La colonisation du savoir: une histoire des plantes médicinales du Nouveau Monde, 1492-1750*, Vaulx-en-Velin (Éditions des Mondes à faire), 2016.

BOURQIA, RAHMA, «Don et théatralité: réflexion sur le rituel du don (*hadiyya*) offert au sultan au XIX^e siècle», *Hespéris-Tamuda*, 31 (1993), págs. 61-75.

BOWRING, JOHN, *Observations of the State of Religion and Literature of Spain*, London, 1819.

BOWRING, JOHN, «Poetical Literature of Spain», *Retrospective Review*, III, part II, 1820, págs. 195-215.

BOWRING, PHILIP, *Free Trade's First Missionary. Sir John Bowring in Europe and Asia*, Hong Kong (University Press), 2014.

BRAVO LÓPEZ, FERNANDO, *En casa ajena. Bases intelectuales del anti-semitismo y la islamofobia*, Barcelona (Bellaterra), 2012.

BRAVO NIETO, ANTONIO, «Dos palacios del barroco tardío en Marruecos: las legaciones diplomáticas de España en Larache y Tánger», *Boletín de Arte* (Universidad de Málaga), 34 (2013), págs. 33-54.

BRENNEKE, CHRISTIANA, *Von Cádiz nach London. Liberalismus im Spannungsfeld von nationaler Selbstbestimmung, Internationalität und Exil (1820-1833)*, Göttingen (Vandenhoeck & Ruprecht), 2010.

BRIARLY, ALEJANDRO, *Memoria sobre algunas de las causas del abandono y estado deplorable en que se halla la Marina española, presentada al Supremo Congreso Nacional*, s. l., 1813.

BRIARLY, ALEJANDRO, *Observaciones que en forma de introducción dirigió a las Cortes el Capitán de Navío de la Armada Nacional Don Alejandro Briarly, con la traducción de varios artículos de la Ordenanza general de la Marina Británica que las acompañaban*, Madrid, 1821.

BRIARLY, ALEJANDRO, *Observaciones sobre la posibilidad y necesidad de mejorar la navegación del río Guadalquivir*, Sevilla, 1814.

BRIARLY, ALEJANDRO y GREGORIO GONZÁLEZ AZAOLA, *Navegación del Guadalquivir. Prospecto del plan y Compañía de Navegación del Guadalquivir*, Madrid, 1813, 1815 y 1816.

BROOKS, LOUISA, *A Memoir of Sir John Drummond Hay*, London (J. Murray), 1896.

BROSSE, MONIQUE, «Littérature marginale: les histoires des naufrages», *Romantisme*, 1972, n.º 4, «Voyager doit être un travail sérieux», págs. 112-120.

BROWN, JAMES A. O. C., *Crossing the Strait. Morocco, Gibraltar and Great Britain in the 18th and 19th centuries*, Leiden (E. J. Brill), 2012.

BUENDÍA, PEDRO, «¿Es el verde el color del Islam? Simbolismo religioso y connotaciones políticas del color verde en el Islam», *Le Muséon*, 125 (2012), págs. 215-240.

BUFFA, JOHN, *Travels through the Empire of Morocco*, London (J. J. Stockdale), 1810.

BUNES, MIGUEL ÁNGEL DE, *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII. Los caracteres de una hostilidad*, Madrid (CSIC), 1989.

BURGOS, CARMEN DE, *En la guerra*, Valencia, s. f.

BUTRÓN PRIDA, GONZALO, «Resistencia e internacionalismo liberal en Cádiz en la segunda restauración fernandina», *Historia Contemporánea*, 52 (2016), págs. 79-104.

BUTTAY, FLORENCE, *Histoires véridiques de l'imposteur Giorgio del Giglio, qui renia la foi chrétienne et prétendit servir Soliman le Magnifique*, Paris (Payot), 2018.

CABANELAS, DARÍO, «Tres arabistas franciscanos de los siglos XVII y XVIII», *Homenaje a la profesora Elena Pezzi*, Granada (Universidad), 1992, págs. 19-28.

CABRAL CHAMORRO, ANTONIO, «El jardín botánico Príncipe de la Paz en Sanlúcar de Barrameda: una institución ilustrada al servicio de la producción agraria y forestal», *Revista de Estudios Andaluces*, 21 (1995), págs. 165-188.

CADENAS Y VICENT, VICENTE, *Extracto de los expedientes de la orden de Carlos III, 1771-1847*, VIII, Madrid (Hidalguía), 1985.

CAGIGAS, ISIDRO DE LAS, *Tratados y convenios referentes a Marruecos*, Madrid (Instituto de Estudios Africanos), 1952.

CAILLÉ, JACQUES, «L'abolition des tributs versés au Maroc par la Suède et le Danemark», *Hespéris*, XLV (1958), págs. 203-238.

CAILLÉ, JACQUES, *La mission du capitaine Burel au Maroc en 1808*, Paris (Institut des Hautes Etudes Marocain), 1953.

CAILLÉ, JACQUES, *Le consulat de Tanger (des origines à 1830)*, Paris (A. Pedone), 1967.

CAILLÉ, JACQUES, «Mathieu de Lesseps au Maroc», *Hespéris-Tamuda*, II (1961), págs. 279-310.

CAILLÉ, RENÉ, *Voyage à Tombouctou*, Paris (La Découverte), 1985.

CALAMA Y ROSELLÓN, ARGIMIRO, «Juan Antonio Melón González», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rah.es).

CALATRAVA ESCOBAR, JUAN, «Un retrato de Granada a principios del siglo XIX: los “Nuevos paseos” de Simón de Argote», *Demófilo. Revista de cultura tradicional de Andalucía*, 35 (2000), págs. 95-110.

CALDERWOOD, ERIC, *Colonial al-Andalus. Spain and the Making of Modern Moroccan Culture*, Cambridge (Mass.)-London (Harvard University Press), 2018.

CAMPBELL, JANE, *The Retrospective Review (1820-1828) and the Revival of the Seventeenth-Century Poetry*, Waterloo (Canada), 1972.

CAMUS BERGARECHE, BRUNO, «Lingua franca y lengua de moros», *Revista de Filología Española*, LXXIII (1993), págs. 417-426.

CANTO GARCÍA, ALBERTO, TAWFIQ IBN HAFIZ IBRAHIM y FÁTIMA MARTÍN ESCUDERO, *Monedas andalusíes. Real Academia de la Historia. Catálogo del gabinete de antigüedades*, Madrid (Real Academia de la Historia), 2000.

CAÑAS FORJA, SERGIO y REBECA VIGUERA RUIZ, «Forja de identidades tras el cruce de fronteras: liberales y carlistas en el exilio europeo del siglo XIX (1814-1872)», *Aportes*, n.º 101 (2019), págs. 7-45.

CAÑETE, CARLOS, *Cuando África comenzaba en los Pirineos. Una historia del paradigma africanista español (siglos XVI-XX)*, Madrid (Marcial Pons), 2021.

CAPEL, HORACIO, «Los diccionarios geográficos de la Ilustración española», *Geocrítica*, VI (1981) (www.ub.edu/geocrit/geo31.htm)

CARABAZA, JULIA M., «Algunos arabismos en la traducción del *Kitāb fī ādāb al-ḥisba* de al-Saqāṭī (II)», *El saber en al-Andalus*, II (1999), págs. 29-44.

CARABAZA, JULIA M.^a, EXPIRACIÓN GARCÍA SÁNCHEZ, J. ESTEBAN HERNÁNDEZ BERMEJO y ALFONSO JIMÉNEZ RAMÍREZ, *Árboles y arbustos de al-Andalus*, Madrid (CSIC), 2004.

CARMONA PORTILLO, ANTONIO, «Acción conjunta mar y tierra para levantar un cerco en los años finales del siglo XVIII», *Revista Universitaria de Historia Militar*, 4 (2013), págs. 154-173.

CARO BAROJA, JULIO, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Madrid (Arión), 1962.

CARRASCO URGOITI, SOLEDAD, *El moro de Granada en la literatura*, Granada (Universidad), 1989.

CARRASCO URGOITI, SOLEDAD, «“Paseos” (Juan Velázquez de Echeverría) y “Nuevos Paseos por Granada” (Simón de Argote). Haz y envés de un libro guía», en *Estudios de literatura española de los siglos XIX y XX. Homenaje a Juan María Díaz Taboada*, Madrid (CSIC), 1998, págs. 174-179.

CARRÈRE D'ENCAUSSE, HÉLÈNE, *La Russie et la France. De Pierre le Grand à Lénine*, Paris (Fayard), 2019.

CARRILLO, JUAN L. y MARÍA PAZ TORRES, *Ibn al-Bayṭār y el arabismo español del XVIII*, Benalmádena-Málaga (Ayuntamiento), 1982.

CASTEL, JORGE, *La actividad de España en Marruecos desde principios del siglo XIX hasta la paz de Tetuán de 1860 (1800-1860)*, Madrid (Cuadernos de Historia de las Relaciones Internacionales y Política Exterior de España), 1954.

CASTELLANOS, MANUEL PABLO, *Apostolado seráfico en Marruecos, o sea, historia de las misiones franciscanas en aquel imperio desde el siglo XIII hasta nuestros días*, Madrid-Santiago de Compostela (Librería de don Gregorio del Amo), 1896.

CASTELLANOS, MANUEL PABLO, *Descripción histórica de Marruecos*, Orihuela (Imprenta de Santa Ana), 1884.

CASTELLS, IRENE, «La resistencia liberal contra el absolutismo fernandino (1814-1833)», *Ayer*, 41 (2001), págs. 43-62.

CASTELLS, IRENE, *La utopía insurreccional del liberalismo. Torrijos y las conspiraciones liberales de la década ominosa*, Barcelona (Universidad Autónoma), 1989.

CASTILLO LARRIBA, RICARDO, *Los franciscanos y el colonialismo español en Marruecos: José María Lerchundi y Francisco María Cervera (1877-1926)*, Tesis doctoral, Universidad de Alcalá, 2014.

CASTRILLO MÁRQUEZ, RAFAELA, «Descripción del imperio de Marruecos por Carlos Batier y Noticias de la ciudad de Tetuán, por Francisco Pacheco. Trabajos realizados en 1797, a solicitud del consejero real don Francisco de Zamora», *Sharq al-Andalus. Estudios árabes*, 7 (1990), págs. 15-29.

CENIVAL, PIERRE DE, «Lettre de Louis XVI à Sidi Mohammed ben Abdallah (19 décembre 1778)», *Mémorial Henri Basset. Nouvelles études nord-africaines et orientales*, Paris (Librairie Orientaliste Paul Geuthner), 1928, págs. 175-198.

CERAROLS RAMÍREZ, ROSA, *Geografías de lo exótico. El imaginario de Marruecos en la literatura de viajes (1859-1936)*, Barcelona (Bellaterra), 2015.

CERDEIRA, CLEMENTE, *El Habus. Curso de perfeccionamiento de oficiales del Servicio de Intervención*, Tetuán (Martínez), 1928.

CHAOUCH, KHALID, «British Travellers to Morocco and their Accounts, from mid-16th to mid-20th Centuries: A Bibliography», *Working Papers on the Web*, 7 (2004) (<http://extra.shu.ac.uk/wpw/morocco>).

CHAOUCH, KHALID, «English Travel Accounts as a Source of Moroccan History», *Middle Ground. Journal of Literary and Cultural Encounters*, 2 (2008), págs. 8-31.

CHAOUCH, KHALID, «The Na(rra)tive Role of Local Translations in Turn-of-the-Century American Accounts on Morocco», en A. Boudlal, R. Erguig, A. Sabil y M. Yeou (eds.), *Cultures and Languages in Contact*, Rabat (Editions & Impressions Bouregreg), 2016, págs. 135-160.

CHATEAUBRIAND, FRANÇOIS-RENÉ DE, *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, Paris (Julliard), 1964.

CHEGRAOUI, KHALID, «La imatge del Marroc entre els viatgers europeus del 1790 al 1825», en Alberto López Bargados (ed.), *Ali Bei. Un pelegrí català per terres del'islam*, Barcelona (Proa), 1996, págs. 111-125.

CHÉNIER, LOUIS DE, *Recherches historiques sur les Maures et histoire de l'empire de Maroc*, Paris, 1787.

CHÉNIER, LOUIS DE, *Un chargé d'affaires au Maroc. La correspondance du consul Louis Chénier 1767-1782*, ed. Pierre Grillon, Paris (S.E.V.P.E.N.), 1970.

CHIPULINA, NEVILLE, «The People of Gibraltar. 1790ss. Aaron Cardozo» (<http://gibraltar-social-history.blogspot.com.es/>)

CHIPULINA, NEVILLE, «The People of Gibraltar. 1850 – G. Fort - Coos-Coo-Soo» (<https://gibraltar-intro.blogspot.com/2016/10/1850-g.html>)

CLAY, HENRY, *The Papers of Henry Clay, Secretary of State 1825*, ed. J. F. Hopkins, Kentucky University Press, vol. 4, 1972.

CLIMENT BUZÓN, NARCISO, *Historia social de Sanlúcar de Barrameda. En busca de nuestro pasado. Entre sombras ilustradas y miedo a la libertad (1759-1833)*, Sanlúcar de Barrameda (ASEHA), 2009.

C. M-V., «Capitán de navío», *Revista General de Marina*, 232 (marzo 1997), pág. 328.

COCHELET, CHARLES, *Nauffrage du brick français «La Sophie», perdu, le 30 mai 1819, sur la côte occidentale de l'Afrique, II*, Paris (P. Mongie Ainé), 1821.

COELLO, FRANCISCO, «Reseña general del Rif», *Revista de Geografía Comercial*, x, núms. 125-128 (1894), págs. 1-11.

COHEN, ARÓN, «“Razas”, tribus, clases: acercamientos africanistas a la sociedad marroquí», en Joan Nogué y José Luis Villanova (eds.), *España en Marruecos*, Lleida (Milenio), 1999, págs. 225-248.

COMELLAS, MERCEDES, «Argumentos poéticos para un debate político: la poesía del Siglo de Oro en los años del exilio romántico», *eHumanista*, 37 (2017), págs. 143-171.

COMELLAS, MERCEDES, «La construcción de la identidad literaria española en el exilio liberal: los artículos de José Joaquín de Mora en *The European Review* (1824-1826)», en Salvador García Castañeda y Alberto Romero Ferrer (eds.), *José Joaquín de Mora o la inconstancia. Periodismo, política y literatura*, Madrid, 2018, págs. 255-272.

COMELLAS, MERCEDES, «La historia literaria española según John Bowring: “Observations on the state of religion and literature in Spain” (1819), “Poetical literature of Spain” (1821-1822) y *Ancient Poetry and Romances of Spain* (1824)», en José Manuel González Herrán *et alii* (eds.), *La historia en la literatura española del siglo XIX*, Barcelona (Universitat), 2016, págs. 395-415.

COMÍN, TOMÁS DE, *Apuntes de un viajero o cartas familiares escritas durante la insurrección del reino de Méjico en 1811, 12, 13 y 14*, Madrid (Miguel de Burgos), 1843.

COMÍN, TOMÁS DE, *Estado de las islas Filipinas en 1810*, Madrid (Repullés), 1820.

COMÍN, TOMÁS DE, *Ligera ojeada o breve idea del imperio de Marruecos en 1822*, Madrid (Hiperión), 1995 (1.ª ed., 1825).

CONDE, JOSÉ ANTONIO, *Historia de la dominación de los Árabes en España sacada de varios manuscritos y memorias arábigas*, Madrid (Imprenta que fue de García), 1820.

CONROTTE, MANUEL, *España y los países musulmanes durante el ministerio de Floridablanca*, Sevilla (Espuela de Plata), 2006 (1ª ed., 1909).

CONSTANTINE, STEPHEN, *Community and Identity: The Making of Modern Gibraltar since 1704*, Manchester (Univeristy Press), 2009.

COOKE, PETER, «Nation, Myth, and History in *Ocios de Españoles Emigrados*», en Daniel Muñoz Sempere y Gregorio Alonso García (eds.), *Londres y el liberalismo hispánico*, Madrid-Frankfurt (Iberoamericana Ver-vuert), 2011, págs. 95-110.

COOKE, PETER, «Siete *Cartas de Londres*: aspectos de autonomía y moralidad en *Ocios de Españoles Emigrados*», en Alda Blanco y Guy Thomson (eds.), *Visiones del liberalismo. Política, identidad y cultura en la España del siglo XIX*, Valencia (Universidad), 2008, págs. 43-63.

El Corán, ed. Julio Cortés, Barcelona (Herder), 1999.

CÓRDOBA NIETO, MONTSERRAT, «Salud pública y entomofagia: claves de seguridad alimentaria», en Ariana Expósito Gázquez y Francisco Javier López Fernández (eds.), *Organización y estructura sanitaria*, Almería (ACCI), 2016, págs. 55-60.

COSTA, JOAQUÍN, «Discurso», *Intereses de España en Marruecos. Discursos pronunciados por los señores D. Francisco Coello, D. Joaquín Costa, D. Gabriel Rodríguez, D. Gumersindo de Azcárate, D. Eduardo Saavedra y D. José de Carvajal en el meeting celebrado en el Teatro de la Alhambra el día 30 de marzo de 1881*, Madrid (Imprenta de Fortanet), 1881, págs. 12-48.

COSTA, MARÍA TERESA, *La financiación exterior del capitalismo español en el siglo XIX*, Barcelona (Universitat), 1982.

CRESPO-BLANC, ANA, MENCHU COMAS y JUAN CARLOS BALANYÁ, «Clues for a Tortonian reconstruction of the Gibraltar Arc: Structural

pattern, deformation diachronism and block rotations», *Tectonophysics* 683 (2016), págs. 308-324

CURTIS, JAMES, *A Journal of Travels in Barbary in the year 1801*, London (T. N. Longman), 1803.

CUSTINE, MARQUIS DE, *L'Espagne sous Ferdinand VII*, vol. III, Paris (Ladvocat), 1838.

AL-DAHĀNĪ, °ABD AL-ILĀH, *Al-Magrib wa-maḍīq Ġabal Ṭāriq 1684-1815. Muḥāwala li-fahm °alāqāt al-Magrib bi-maġāli-hi l-baḥrī*, Tesis doctoral, Universidad Muḥammad V, 2003-2004.

DAKHLIA, JOCELYNE, *Le dīwan des rois: le politique et le religieux dans l'Islam*, Paris (Aubier), 1998.

DAKHLIA, JOCELYNE, «Harems et despotisme», *Annuaire de l'EHESS*, 2011-2012 (<https://journals.openedition.org/annuaire-ehess/21849?lang=en>).

DAKHLIA, JOCELYNE, «Pouvoir du parasol et pouvoir nu», *Bulletin du Centre de recherche du château de Versailles*, 2005, URL: <http://journals.openedition.org/crcv/233> ; DOI: (<https://doi.org/10.4000/crcv.233>).

DAKHLIA, JOCELYNE, «Des ruines au patrimoine: itinéraire marocain», en R. Cattedra, P. Garret, C. Miller y M. Volait (dirs.), *Patrimoines en situation. Constructions et usages en différents contextes urbains: Exemples marocains, libanais, égyptien et suisse*. Nueva edición [en línea] Beyrouth / Rabat, 2010 (<http://books.openedition.org/ifpo/864>).

DAMOISEAU, LOUIS, *Voyage en Syrie et dans le désert*, Paris (Hippolyte Souverain), 1833.

DAVIES, J. D., reseña de W. SOLER y A. GANADO, *The Charting of Maltese Waters: a Historical Account*, Malta, 2013, (www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/00253359.2015.1061271).

D'AUGUSTIN, FERDINAND, *Souvenirs du Maroc. Rassemblés lors d'un voyage en l'an 1830, par...*, trad. Khalid Lazaare, Fès, 2004.

DEGORGUE, VICTOR, «Le capitaine du Génie Antoine Burel (1773-1850)», (<http://www.araire.org/Le-capitaine-du-Genie-Antoine>).

DELACROIX, EUGÈNE, *Souvenirs d'un voyage dans le Maroc*, ed. L. Beaumont-Maillet, B. Jobert y S. Join-Lambert, Paris (Gallimard), 1999.

DE-MAURI, L., *5000 proverbi e motti latini*, Milano (Hoepli), 2006.

DERENBOURG, HARTWIG y LOUIS BARRAU-DIHIGO, «Quatre lettres de Josef Antonio Conde à Silvestre de Sacy», *Revue Hispanique*, XVIII (1908), págs. 258-278.

DEVERDUN, GASTON, *Marrakech des origines à 1912*, Rabat (Éditions techniques nord-africaines), 1959.

DÍAZ MARÍN, PEDRO, «Actividades y estrategias económicas de la burguesía alicantina en los años cuarenta del siglo XIX», *Investigaciones de Historia Económica*, 15 (2009), págs. 137-170.

DÍAZ-TRECHUELO, MARÍA LOURDES, *La Real Compañía de Filipinas*, Sevilla (CSIC), 1965.

DJAÏT, HICHEM, *L'Europe et l'islam*, Paris (Seuil), 1978.

DJBILOU, ABDELLAH, *Tánger, puerta de África. Antología de textos literarios hispánicos 1860-1960*, Madrid (CantArabia), 1989.

DOLS, MICHAEL W., *The Black Death in the Middle East*, Princeton (University Press), 1997.

DOMÍNGUEZ, RAMÓN JOAQUÍN, *Diccionario Nacional, Gran Diccionario Clásico de la Lengua Española (1746-47)*, Madrid, 1853 (5.^a ed.).

DOZY, REINHART, *Historia de los musulmanes de España hasta la conquista de los almorávides*, Madrid-Barcelona (Calpe), 1920.

DRAGUE, GEORGES (seud. de Georges Spillmann), *Esquisse d'histoire religieuse du Maroc. Confréries et zaouïas*, Paris (Peyronnet), 1951.

AL-DU^cAYYIF, MUHAMMAD B. ^cABD AL-SALĀM, *Ta'riḥ al-dawla al-sa'īda*, Rabat (Dār al-Ma'tūrāt), 1986.

DUFOUR, GÉRARD, *Juan Antonio Llorente en France (1813-1822)*, Genève (Dorz), 1982.

DURÁN LÓPEZ, FERNANDO, «Blanco White aconseja a los americanos: *Varietades o El Mensajero de Londres*», en Antonio Cascales (ed.), *Blanco White, el rebelde ilustrado*, Sevilla (Universidad), 2009, págs. 54-92.

DURÁN LÓPEZ, FERNANDO, «Dudas y brahmines: estrategias críticas de José María Blanco White en *Varietades o El Mensajero de Londres*», en Daniel Muñoz Sempere y Gregorio Alonso García (eds.), *Londres y el liberalismo hispánico*, Madrid-Frankfurt (Iberoamericana Vervuert), 2011, págs. 125-151.

DURÁN LÓPEZ, FERNANDO y DANIEL MUÑOZ SEMPERE, «Periódicos españoles en Londres: prensa “en” y “desde” el exilio», en María José Ruiz Acosta (ed.), *La prensa hispánica en el exilio de Londres (1810-1856)*, Salamanca (Comunicación Social), 2016, págs. 45-77.

DZIUBINSKI, ANDRZEJ, «Intentos de establecer relaciones diplomáticas entre Colombia y Marruecos en los años 1825 -1827», *Estudios Latinoamericanos*, 3 (1976), págs. 51-67.

EICKELMAN, DALE F., *Knowledge and Power in Morocco. The Education of a Twentieth Century Notable*, Princeton (University Press), 1992.

EL AJLAOUI, EL MOUSSAOUI, «Maroc pré-saharien. Techniques d'exploitation minière et métallurgique dans les mines d'argent, de cuivre et de plomb», en Alberto Canto García y Patrice Cressier (eds.), *Minas y metalurgia en al-Andalus y Magreb occidental. Exploración y poblamiento*, Madrid (Casa de Velázquez), 2008, págs. 37-55.

EL ALAOU, NARJYS, «Paysages, usages et voyages d'*Argania spinosa* (L.) Skeels (XI^e-XX^e siècles)», *Journal d'Agriculture Traditionnelle et de Botanique Appliquée*, 41 (1999), págs. 45-79.

EL BAZI, MOHAMED AZIZ, «Ibn Huḍayl al-Fazaṛī, Abū l-Ḥasan», *Biblioteca de al-Andalus*, 3, Almería (Fundación Ibn Tufayl), 2004, págs. 476-480.

EL BAZZAZ, MOHAMMED AMINE, «La peste de 1798-1800 au Maroc», *Hespéris-Tamuda*, xxiii (1985), págs. 57-82.

ELBOUDRARI, HASSAN, «L'exotisme à l'envers: les premiers voyageurs marocains en Occident (Espagne, xvii-xviii siècles) et leur expérience de l'alterité», en *D'un Orient l'autre. Les métamorphoses successives des perceptions et connaissances*, I, Paris (Anacharsis), 1991, págs. 377-401.

EL HAMEL, CHOUKI, *Black Morocco. A History of Slavery, Race, and Islam*, Cambridge (University Press), 2013.

EL HOUR, RACHID, «Darqāwa», *Encyclopaedia of Islam, THREE*, K. Fleet, G. Krämer, D. Matringe, J. Nawas and E. Rowson, eds. (http://dx.doi.org/10.1163/1573-3912_ei3_COM_25890.)

EL HOUR, RACHID, *Las sociedades del Magreb y al-Andalus (siglos xi-xiv). Una visión desde las fuentes hagiográficas*, Rabat (Bouregreg), 2010.

EL HOUR, RACHID y MANUELA MARÍN, *Memoria y presencia de las mujeres santas de Alcazarquivir (Marruecos). Transmisión oral y tradición escrita*, Salamanca (Universidad), 2018.

EL KOCHE, BOUBKEUR, ed., *Regarde, voici Tanger: mémoire écrite de Tanger depuis 1800*, Paris (L'Harmattan), 1996.

EL MANSOUR, MOHAMED, *Morocco in the Reign of Mawlay Sulayman*, Wisbech, Cambridgeshire (MENAS Press), 1990.

Embaxada de la corte de España al rey de Marruecos en el año de 1799, Madrid (Imprenta de Sancha), 1800.

ENGLISH, CHARLIE, *The Book Smugglers of Timbuktu*, London (William Collins), 2018.

ENNAJI, MOHAMED, *Expansion européenne et changement social au Maroc*, Casablanca (EDDIF), 1996.

ENNAJI, MOHAMED, «Le Maroc et l'Atlantique durant les temps modernes», A. M. Kaddouri, ed., *Le Maroc et l'Atlantique*, Rabat (Université Mohammed V), 1992, págs. 95-120.

ENNAJI, MOHAMED, «Réforme et modernisation technique dans le Maroc du XIX^e», *Revue du monde musulman et de la Méditerranée*, 72/1 (1994), págs. 75-83.

EPALZA, MÍKEL DE Y ABDEL-HAKIM SLAMA-GAFSI, *El español hablado en Túnez por los moriscos o andalusíes y sus descendientes: material léxico y onomástico documentado, siglos XVII-XXI*, Valencia (Universitat), 2010.

ERZINI, NADIA, «*Hal yašlah li-taqanšut* (Is He Suitable for Consulship?): The Moroccan Consuls in Gibraltar during the Nineteenth Century», *The Journal of North African Studies*, 12/4 (2007), págs. 517-529.

ESPINO JIMÉNEZ, FRANCISCO MIGUEL, «Prensa y liberalismo radical en el Cádiz de las Cortes: la actividad periodística de José Moreno de Guerra», *Investigaciones Históricas*, 36 (2016), págs. 113-146.

ESTÉBANEZ CALDERÓN, SERAFÍN, *Manual del oficial en Marruecos. Cuadro geográfico, estadístico, histórico, político y militar de aquel imperio*, Madrid (Ignacio Boix), 1844.

«Extrait d'une lettre de M. Delaporte, vice-consul de France à Tanger, à M. le baron Silvestre de Sacy, en date du 3 Septembre 1823», *Journal Asiatique*, IV (1824), págs. 56-57.

FAROUK, AHMED, «Critique du livre de Lempriere par un témoin de l'époque», *Hespéris-Tamuda*, XXVI-XXVII (1988-1989), págs. 105-137.

FÉLIX, ANTONIO, *Labor de las Escuelas Hispano Franciscanas en Tánger*, Tánger (Misión Católica), 1930.

FENTON, PAUL B. y DAVID G. LITTMAN, *L'exil au Maghreb. La condition juive sous l'Islam*, Paris (PUPS), 2010.

FERHAT, HALIMA, *Le soufisme et les zaouyas au Maghreb. Mérite individuel et patrimoine sacré*, Casablanca (Toubkal), 2003.

FERNÁNDEZ, PAZ, *Arabismo español del siglo XVIII: origen de una quimera*, Madrid: Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, 1991.

FERNÁNDEZ-DAZA ÁLVAREZ, CARMEN, «Francisco Fernández Golfín, los años del exilio (1823-1831)», en *Actas de las IV Jornadas de Almendralejo y Tierra de Barros (9-10 noviembre 2012)*, Almendralejo (Asociación Histórica de Almendralejo), 2013, págs. 13-84.

FERNÁNDEZ DURO, CESÁREO, *Documentos correspondientes a la expedición a la costa oeste de África en busca de Santa Cruz de Mar Pequeña, a bordo del vapor «Blasco de Garay»*, Archivo Naval, Madrid, ms. 1932.

FERNÁNDEZ ROMERAL, FORTUNATO, *Los franciscanos en Marruecos*, Tánger (Misión Católica), 1921.

FERRER BENIMELI, JOSÉ ANTONIO, «Pedro Pablo Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rah.es).

FIERRO, MARIBEL, «Al-Andalus en el pensamiento fascista español. La revolución islámica en Occidente de Ignacio Olagüe», en Manuela Marín (ed.), *Al-Andalus/España: historiografías en contraste. Siglos XVII-XXI*, Madrid (Casa de Velázquez), 2009, págs. 325-349.

FORT, G[LORVINA], *Coos Coo Soo. Letters from Tangier, in Africa*, Philadelphia (J. S. M'Calla), 1859.

FOUCAULD, CHARLES DE, *Reconnaissance au Maroc 1883-1894*, Paris (Challamel), 1888.

FRADERA, JOSEP MARIA, *Filipinas, la colonia más peculiar. La hacienda pública en la definición de la política colonial, 1762-1868*, Madrid (CSIC), 1999.

FROST, ALAN, «Matra, James Mario (Maria) (1746-1806)», *Australian Dictionary of Biography, Supplementary Volume, MUP*, 2005 (<http://adb.anu.edu.au/biography/matra-james-mario-maria-13084>).

FUCHS, BARBARA, *Exotic Nation: Maurophilia and the Construction of Early Modern Spain*, Philadelphia (University of Pennsylvania Press), 2009.

FUENTES, JUAN FRANCISCO, «Imagen del exilio y del exiliado en la España del siglo XIX», *Ayer*, 47 (2002), págs. 35-56.

FUENTES FOS, CARLOS DAMIÁN, *Ilustración, neoclasicismo y apología de España en la obra de Juan Andrés Morell (1740-1817)*, Tesis doctoral, Universidad de Valencia, 2015 (<http://roderic.uv>).

GÁMEZ DUARTE, FELICIANO, «Un asunto particular. Los navieros gaditanos frente a los corsarios insurgentes latinoamericanos», en Alberto Ramos Santana y Gonzalo Butrón Prida (eds.), *Intervención exterior y crisis del antiguo régimen en España. Actas del Congreso conmemorativo del 175 aniversario de la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis, El Puerto de Santa María 1998*, Huelva (Universidad), 2000, págs. 165-191.

GÁMEZ DUARTE, FELICIANO, *Del uno al otro confín. España y la lucha contra el corso insurgente hispanoamericano (1812-1828)*, Cádiz (Diputación Provincial), 2008.

GÁMEZ DUARTE, FELICIANO, «El enemigo a las puertas. Corsarios insurgentes en el golfo de Cádiz, 1817-1828», en *Andalucía contemporánea. Actas del III Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba 2001, III, Córdoba (Universidad), 2003, págs. 191-200.

GARCÍA-ARENAL, MERCEDES (ed.), *Entre el Islam y Occidente. Los judíos magrebíes en la Edad Moderna. Judíos en tierras de Islam, II*, Madrid (Casa de Velázquez), 2003.

GARCÍA-ARENAL, MERCEDES y FERNANDO RODRÍGUEZ MEDIANO, «Los libros de los moriscos y los eruditos orientales», *Al-Qanṭara*, xxxi (2010), págs. 611-646.

GARCÍA CAMPRA, EMILIO, «Pablo Iglesias González», *Diccionario Biográfico de Almería*, (<http://www.dipalme.org/Servicios/IEA/edba.nsf/xlecturabiografias.xsp?ref=244>.)

GARCÍA CASTAÑEDA, SALVADOR, *Don Telesforo de Trueba y Cossío (1799-1835). Su tiempo, su vida y su obra*, Santander (Diputación Provincial), 1978.

GARCÍA CASTAÑEDA, SALVADOR y ALBERTO ROMANO FERRER (eds.), *José Joaquín de Mora o la inconstancia: periodismo, literatura y política*, Madrid (Visor), 2018.

GARCÍA FRANCO, VICENTE, «Orígenes contemporáneos de la política exterior española en Marruecos, 1800-1845 (Esbozo y apuntes para un estudio)», *Awraq*, ix (1988), págs. 37-66.

GARCÍA LEÓN, JOSÉ MARÍA, «Francisco Fernández Golfín», *Diccionario Biográfico Español* (www.rab.dbe.es).

GARCÍA LEÓN, JOSÉ MARÍA, «Gibraltar y la causa liberal española durante el reinado de Fernando VII», *Almoraima. Revista de Estudios Campogibraltareños*, 5 (1991), págs. 67-78.

GARCÍA SÁNCHEZ, LAURA, «El palacio de la Aduana de Barcelona, testimonio artístico de la vida de la ciudad», *Arte y Patrimonio*, 2 (2017), páginas 59-83.

GARCÍA VALDÉS, CELSA CARMEN, «Domingo Badía y Lebllich», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rah.es).

GARCÍA VALDÉS, CELSA CARMEN y MICHAEL MCGAHA, *Ali Bey en Marruecos. Tragedia*, Pamplona (Universidad de Navarra), 1999.

GARNICA SILVA, ANTONIO, «José María Blanco y Crespo», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rah.es).

GATELL, JOAQUÍN, *Viajes por Marruecos*, ed. e intr. Francisco Javier Martínez Antonio, Madrid (Miraguano), 2012.

GELLÉRI, GABOR, «Absences et présences de l'art de voyager dans la France du XVIII^e siècle», *Lumen*, 34 (2015), págs. 55-69.

GEMAYEL, NASSER, IGNACIO SAADÉ y ANTOINE KHATER, «Miguel Casiri, impulsor del arabismo en España», *Encuentro Islamo-Cristiano*, 312 (abril 1998), págs. 1-12.

GIL, JUAN, «Contestación», *Real Academia Española. La investigación de los arabismos del castellano en registros normales, folklóricos y bajos, discurso leído el día 20 de mayo de 2018 en su recepción pública por el Excmo. Sr. D. Federico Corriente y contestación del Excmo. Sr. D. Juan Gil*, Madrid (Real Academia Española), 2018.

GIL NOVALES, ALBERTO, *Diccionario biográfico de España (1808-1833). De los orígenes del liberalismo a la reacción absolutista*, Madrid (Fundación Mapfre), 2010.

GIL NOVALES, ALBERTO, *Las sociedades patrióticas (1820-1823). Las libertades de expresión y de reunión en el origen de los partidos políticos*, Madrid (Tecnos), 1975.

GIL PÉREZ, JAVIER y ÓSCAR GARRIDO GUIJARRO, «La isla Perejil, la perla decimonónica del Mediterráneo», *Historia Actual Online*, 2014, págs. 25-39.

GINÉ JANER, MARTA, «“Atala” de Chateaubriand en la traducción de Pascual Genaro Ródenas (1803)», (http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/atala-de-chateaubriand-en-la-traduccin-de-pascual-genaro-rdenas-1803-0/html/01d19f68-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html).

GIOVANNONI, AUGUSTIN, ed., *Écritures de l'exil*, Paris (L'Harmattan), 2006.

GIRÓN PASCUAL, RAFAEL, «Vistiendo al infiel. El comercio del bonete de grana en el siglo XVI» (<https://www.youtube.com/watch?v=KJj5Qf3bJHc>).

GIRÓN SIERRA, ÁLVARO y JESÚS BARQUÍN SÁNCHEZ, «Clemente y Bou-telou en la Sanlúcar de Terán y Godoy. Botánica, agricultura y mecenazgo», en Jorge Pascual Hernández (coord.), *Bicentenario de Esteban Bou-telou y Simón de Rojas Clemente*, Sevilla (Consejería de Agricultura y Pesca), 2007, págs. 169-194.

GLICK, THOMAS F., «Moriscos and Marranos as Agents of Technological Diffusion», en Graham Hollister-Short y Frank A. J. L. James (eds.), *History of Technology*, vol. 17, London-New York (Bloomsbury Academic), 1995, págs. 113-126.

GÓMEZ FONT, ALBERTO y SAID A. MESSARI, *Tánger en blanco y negro*, Madrid (Instituto Cervantes, Biblioteca Nacional), 1995.

GÓMEZ MURGA, EZEQUIEL, «La captación del artesano inglés Nathan Wetherell», en *II Jornadas Andaluzas de Patrimonio Industrial y de la Obra Pública*, Cádiz, 25-27 de octubre de 2012, 2014, (<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4803041.pdf>).

GÓMEZ ROMÁN, ANA MARÍA, «Gusto y coleccionismo de “antigüedades árabes” en España durante el siglo XVIII», en *Arte e identidades culturales. Actas del XII Congreso del Comité Español de Historia del Arte*, Oviedo (Universidad), 1998, págs. 141-147.

GONZÁLEZ, BERNARDO ANTONIO, «The Travel Writer in Disguise: *Ali Bey* and the Construction of a National Hispano-Arabic Discourse», *Journal of North African Studies*, 24 (2019), págs. 17-43.

GONZÁLEZ CASTRILLO, RICARDO, «Un filoarabista de mediados del siglo XVIII. Faustino de Muscat y Guzmán», *Anaquel de Estudios Árabes*, 26 (2015), págs. 121-145.

GONZÁLEZ HIDALGO, JOSÉ L., *Tánger en la literatura española*, Madrid (ICMA), 1993.

GONZÁLEZ-RIPOLL NAVARRO, MARÍA DOLORES, *Bajo pólvora y estrellas. Churruca y otros marinos vascos de la Ilustración*, San Sebastián (Museo Naval), 2000.

GONZÁLEZ VÁZQUEZ, ARACELI, «Discursos europeos del siglo XVII sobre la apostasía y la conversión al Islam: un texto del cautivo francés Germain

Mouïette sobre Bernard Bausset y los catorce leones del sultán Mulay Ismail de Marruecos», *Cuadernos de Historia Moderna*, 2015 (40), págs. 153-174.

GONZÁLEZ VÁZQUEZ, ARACELI, «Entre sultanes y leones: la ejecución de la pena capital por parte del sultán Mawlāy Ismā'īl (1672-1722)», en *Septem! Homenaje a Alberto Gómez Castanedo*, Santander (Acanto), págs. 277-294.

GOTTREICH, EMILY, *The Mellah of Marrakesh. Jewish and Muslim Space in Morocco's Red City*, Bloomington (Indiana University Press), 2007.

GOZALBES CRAVIOTO, CARLOS, «Tánger el viejo – Tandja el Balía y las atarazanas. El enigma de unas fortificaciones norteafricanas», *Cuadernos del Archivo Central de Ceuta*, 19 (2010-2011), págs. 47-65.

GRABERG DI HEMSÖ, JACOPO/JACQUES, *Observations authentiques sur la peste du Levant et sur la vertu spécifique de l'huile d'olive contre cette effrayante maladie*, Florence, 1841.

GRABERG DI HEMSÖ, JACOPO/JACQUES, *Précis de la littérature historique du Moghrib-el-Aksa*, en Jean-Louis Miége y Romain H. Rainero, *Le Maroc. Écrits de Graberg de Hemsö (1776-1847)*, Rabat (La Porte), 2002, págs. 91-110.

GRABERG DI HEMSÖ, JACOPO/JACQUES, *Specchio geografico, e statistico dell'impero di Marocco*, Genova (Pellas), 1834.

GRABERG DI HEMSÖ, JACOPO/JACQUES, *Sur la peste de Tanger en 1818-1819. Lettre de Monsieur Jacques Graberg de Hemso à Monsieur le dr. Louis Grossi*, Tanger-Gênes, 1820.

GRABERG DI HEMSÖ, JACOPO/JACQUES, «Vocabulary of Names of Places &c., in Moghribu-l-Aksá, or the Empire of Marocco», *The Journal of the Royal Geographical Society*, VII (1837), págs. 243-270.

GRICE-HUTCHINSON, MARJORIE, *El cementerio inglés de Málaga y otros estudios*, Málaga (Fundación Cementerio Inglés de Málaga), 1989.

GUASTAVINO GALLEN, GUILLERMO, «La bibliografía hispano-africana en el siglo XIX», *De ambos lados del Estrecho (Estudios breves hispano-africanos)*, Tetuán (Edit. Marroquí), 1955, págs. 219-236.

GUO, LI, *The Performing Arts in Medieval Egypt. Shadow Play and Popular Poetry in Ibn Dāniyāl's Mamluk Cairo*, Leiden (E. J. Brill), 2021.

HALL, LUELLE J., *The United States and Morocco, 1776-1956*, Metuchen, N. J. (The Scarecrow Press), 1971.

HARRAK, FATIMA, «Mawlay Isma'īl's Jaysh al-[°]Abid: Reassessment of a Military experience», en Miura Toru y John Edward Philips (eds.), *Slave Elites in the Middle East and Africa: a comparative study*, London (Kegan Paul International), 2000, págs. 177-196.

HARRAK, FATIMA, «Sharifism and the sharif-s in the reign of Muhammad b. Abdallah (1757-1797)», *Hespéris-Tamuda*, xxx (1992), págs. 17-35.

HAY, JOHN DRUMMOND, *Western Barbary. Its Wild Tribes and Savage Animals*, London (John Murray), 1844.

HAY, JOHN DRUMMOND, *Marruecos y sus tribus nómadas*, intr. Bernabé López García, Barcelona (RVF), 2013.

HERNÁNDEZ JUBERÍAS, JULIA, *La península imaginaria. Mitos y leyendas sobre al-Andalus*, Madrid (CSIC), 1996.

AL-ḤIMYARĪ, *Kitāb al-Rawḍ al-miṣṭār fī ḥabar al-aqtār*, ed. Iḥsān [°]Abbās, Beirut (Maktabat Lubnān), 1975.

HIRSCHBERG, H. Z. (J. W.), *A History of the Jews in North Africa. From the Ottoman Conquest to the Present Time*, Leiden (E. J. Brill), 1981.

HOFFMANN, MONIKA, *Ein marokkanischer Diplomat des 18. Jahrhunderts am spanischen Hofe*, Diplomarbeit, Johannes-Gutenberg-Universität Mainz, 1984.

HORTA RODRÍGUEZ, NICOLÁS, «Aportación a la oscura biografía del guerrillero don Saturnino Abuín, llamado “El Manco”», *Revista de Historia Militar*, xxiii (1979), págs. 7-40.

HOSOTTE-REYNAUD, MANON, «Un ami méconnu et deux oeuvres inédites d'E. Delacroix», *Hespéris*, xl (1953), págs. 534-539.

HUGO, ABEL, *Histoire de la Campagne d'Espagne en 1823*, Paris (Le Fuel), 1825.

IANNETTONE, GIOVANNI, *Il Marocco negli atti consolari del Regno delle due Sicilie (dal trattato del 1782 a quello del 1834)*, Napoli (Cymba), 1967.

IBN FAḌL ALLĀH AL-[°]OMARĪ, *Masālik al-abṣār fī mamālik al-amṣār. L'Afrique, moins l'Égypte*, trad. Maurice Gaudefroy-Demombynes, Paris, 1927 (reimpr. Frankfurt am Maim, 1993).

IBN HUḌAYL, *Gala de caballeros, blasón de paladines*, trad. María Jesús Viguera, Madrid (Editora Nacional), 1977.

IBN [°]UTMĀN AL-MIKNĀSĪ, MUḤAMMAD, *Al-Iksīr fī fikāk al-asīr*, ed. Muḥammad al-Fāsī, Rabat (al-Markaz al- Ġāmi'ī li-l-Baḥṭ al-[°]Ilmī), 1965.

IBN ZAYDĀN, °ABD AL-RAḤMĀN, *Iḥāf a'lām al-nās bi-ḡamāl aḥbār ḥāḍirat Mīknās*, vol. V, Casablanca, 1990 (reproducción de la edición de Rabat, 1933).

AL-IDRĪSĪ, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, ed. y trad. R. Dozy y M. J. De Goeje, Leyde, 1866 (reimpr. Frankfurt, 1992); idem, *Géographie d'Édrisi*, trad. Amédée Jaubert, Paris, 1836 (reimp. Frankfurt, 1992).

IRIGOYEN GARCÍA, JAVIER, «*Moros vestidos como moros*»: *indumentaria, distinción social y etnicidad en la España de los siglos XVI y XVII*, Barcelona (Bellaterra) 2018.

ISLA, JOSÉ FRANCISCO DE, *Cartas familiares del P. Joseph Francisco de Isla escritas a su hermana doña Hirschberg María Francisca de Isla y Losada*, Madrid (Viuda de Ibarra), 1785-89.

ISLA PALMA, CRISTINA, «Paisaje cultural. El esparto en Almería», *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 66 (2008), págs. 48-49.

IZQUIERDO BENITO, RICARDO, *Alfonso VI y la toma de Toledo*, Toledo (Diputación), 1986.

JACKSON, JAMES GREY, *An Account of the Empire of Morocco, and the Districts of Suse and Tafilalet*, London (W. Bulmer), 1809 y 1814.

JACKSON, JAMES GREY, *An Account of Timbuctoo and Housa Territories in the interior of Africa*, London (Longman), 1820.

JACKSON, JAMES GREY, «Observations relatives à l'Afrique, faites au sujet de l'Essai sur la Géographie de l'Afrique, de M. de Larenaudière», *Journal Asiatique*, 11 (1827), págs. 183-192.

JACKSON, JAMES GREY, «Sur la conformité de l'arabe occidental ou de Barbarie, avec l'Arabe oriental ou de Syrie», *Journal Asiatique*, 4 (1824), págs. 193-200.

JAMES, DAVID, «The "Manual de Artillería" of al-Ra'īs Ibrāhīm b. Aḥmad al-Andalusī, with Particular Reference to Its Illustrations and Their Sources», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 41 (1978), págs. 237-257.

JOMARD, EDME-FRANÇOIS, *Remarques et recherches géographiques sur le voyage de M. Caillié dans l'Afrique centrale*, en RENÉ CAILLIÉ, *Journal d'un voyage à Tombouctou et à Jenné, dans l'Afrique centrale*, Paris (Imprimerie Royale), 1830, III, págs. 147-354.

JOVER ZAMORA, JOSÉ MARÍA, *España en la política internacional. Siglos XVIII-XX*, Madrid (Marcial Pons), 1999.

JUNQUERA MARTÍNEZ, ALEJANDRO y JOSÉ RAMÓN MORALA, «Léxico de origen italiano en documentos notariales del Siglo de Oro», *VenPalabras* 2 (2019), págs. 187-234.

JUSTEL CALABOZO, BRAULIO, «La gramática de la lengua arábigo-erudita y su infundada atribución a Patricio de la Torre», *Sharq al-Andalus*, 7 (1990), págs. 31-35.

JUSTEL CALABOZO, BRAULIO, *El médico Coll en la corte del sultán de Marruecos (año 1800)*, Cádiz (Universidad), 1991.

JUSTEL CALABOZO, BRAULIO, *El toledano Patricio de la Torre, monje escorialense, arabista y vice-cónsul en Tánger*, El Escorial (Ediciones Escorialenses), 1991.

JUSTEL CALABOZO, BRAULIO, «El “Vocabulista” de Alcalá y su refundición por Patricio de la Torre», *Sharq al-Andalus*, 1 (1984), págs. 35-46.

KÄMPE, FREDRIK, *Cooperating with Competitors. Swedish Consuls in North Africa and Sweden’s Position in the World, 1791-1802*, Master’s Thesis, Uppsala University, 2014 (<http://www.diva-portal.org/smash/get/diva2:722193/FULLTEXT01.pdf>).

KATZ, JONATHAN G., *Murder in Marrakesh. Émile Mauchamp and the French Colonial Adventure*, Bloomington (Indiana University Press), 2006.

KEATINGE, MAURICE, *Travels through France and Spain to Morocco, by Colonel Maurice Keatinge: comprising a narrative of the author’s residence in that empire, with an account of the British Embassy to the Court of Morocco under the late George Payne, Esq., Consul-General*, London (Henry Colburn), 1817.

KEMNITZ, EVA-MARIA VON, *Portugal e o Magrebe (séculos XVIII/XIX). Pragmatismo, inovação e conhecimento nas relações diplomáticas*, Lisboa (Ministério dos Negócios Estrangeiros), 2010.

KENBIB, MOHAMMED, *Juifs et musulmans au Maroc 1859-1948. Contribution à l’histoire des relations inter-communautaires en terre d’Islam*, Casablanca (Université Mohammed V), 1994.

KENBIB, MOHAMMED, *Juifs et musulmans au Maroc. Des origines à nous jours*, Paris (Tallandier), 2016.

KNINA, ABDESLEM, *Image(s) française(s) du Maroc avant le Protectorat (XVII^e-XX^e siècles)*, Tesis, Universidad de Avignon, 2015 (<https://tel.archives-ouvertes.fr/tel-01315181/document>).

KOEHLER, HENRY, «Les exécutions sanglantes de Moulei Ismaël et les captifs chrétiens, d'après un manuscrit inédit de son temps», *Bulletin Hispanique*, 35 (1933), págs. 428-447.

LAGOS-POPE, MARÍA-INÉS, ed., *Exile in Literature*, Cranbury (Bucknell University Press), 1988.

LAMBERT, ELIE, *Histoire d'un tableau: l'Abd er-Rahman, sultan du Maroc, de Delacroix*, Paris (Larose), 1953.

LA PARRA, EMILIO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España*, Madrid (Síntesis), 2007.

LA PARRA, EMILIO, *Fernando VII. Un rey deseado y detestado*, Barcelona (Tusquets), 2018.

LA PARRA, EMILIO, «Los inicios del anticlericalismo español contemporáneo (1750-1833)», en Emilio La Parra López y Manuel Suárez Cortina (eds.), *El anticlericalismo en la España contemporánea. Para comprender la laicización de la sociedad*, Madrid (Biblioteca Nueva), 2007 (2.^a ed.), páginas 17-68.

LA PARRA, EMILIO, «Intransigencia y tolerancia religiosa en el primer liberalismo español», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 44 (2014), páginas 45-63.

LA PARRA, EMILIO, «La canción del Trágala. Cultura y política popular en el inicio de la revolución liberal en España», en Serge Salaün et Françoise Étienvre (eds.), *La réception des cultures de masses et des cultures populaires en Espagne: XVIII^e-XX^e siècles*, Paris, 2009 (<http://crec-paris3.fr/wp-content/uploads/2012/07/LivreRCM.pdf>).

LAREDO, ABRAHAM, *Les noms des juifs du Maroc. Essai d'onomastique judéo-marocaine*, Madrid (CSIC), 1978.

LAREDO, ISAAC, *Memorias de un viejo tangerino*, Rabat (La Porte), 1994 (reimpresión de Madrid, 1935).

LAROU, ABDALLAH, *Les origines sociales et culturelles du nationalisme marocain (1830-1912)*, Paris (François Maspero), 1977.

LARRIBA, ELISABEL y GÉRARD DUFOUR, *El Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párrocos (1797-1808)*, Valladolid (Ámbito), 1997.

LARZUL, SYLVETTE, «Daumas Général Eugène, el-Kader Emir Abd, *Dialogues sur l'hippologie arabe: Les chevaux du Sahara et les mœurs du désert* (édition intégrale établie par François Pouillon), Arles, 2008», *Revue des mondes musulmans et de la Méditerranée* [Online], 130 | February 2012.

LAVEDÁN, ANTONIO, *Tratado de las enfermedades epidémicas, pútridas, malignas, contagiosas y pestilentes*, Madrid (Imprenta Real), 1802.

LA VÉRONNE, CHANTAL DE, *Vie de Moulay Isma'il, roi de Fès d'après José de León (1708-1728)*, Paris (Geuthne), 1974.

La ville antique de Baelo, cent ans après Pierre Paris, dossier en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 47 (2017), págs. 7-230.

LEBEL, ROLAND, *Le Maroc chez les auteurs anglais du XVI^e au XIX^e siècle*, Paris (Larose), 1939.

LEBEL, ROLAND, *Les voyageurs français du Maroc: l'exotisme marocain dans la littérature de voyage*, Paris (Larose), 1936.

LE BRUN, CARLOS, *Retratos políticos de la revolución de España*, Filadelfia, 1826.

LE BRUN, CARLOS, *Vida de Fernando Séptimo, rey de España, o colección de anécdotas de su nacimiento y de su carrera privada y política*, Filadelfia, 1826.

LEJARZA, FIDEL, «Nuestro pasado en el Mogreb», *Mauritania*, 1, n.º v (1928), págs. 135-137 y 1, vi (1928), págs. 158-160.

LEMPRIÈRE, G. [WILLIAM], *Voyage dans l'empire de Maroc et le royaume de Fez, fait pendant les années 1790 et 1791*, traduit del'anglais par M. de Sainte-Suzanne, Paris (Tavernier, Cordier et Legras), 1801.

LENTZ, THIERRY, «Les relations franco-marocaines sous le Consulat et l'Empire», *Napoleonica. La Revue*, 2/2008 (n.º 2), págs. 28-63 (<http://www.cairn.info/revue-napoleonica-la-revue-2008-2-page-28.htm>. DOI: 10.3917/napo.082.0003).

LÉON L'AFRICAIN, *Description de l'Afrique*, ed. y trad. Alexis Epaulard, Paris (Maisonnette), 1980.

LE TOURNEAU, ROGER, *Fès avant le protectorat. Étude économique et sociale d'une ville de l'occident musulman*, Casablanca (Société Marocaine de Librairie et d'Édition), 1949.

LÉVI-PROVENÇAL, E., «Alphonse VI et la prise de Tolède», *Hespéris*, XII (1931), págs. 33-49.

LEVY, SIMON, «Hara et mellah: les mots, l'histoire et l'institution», en Abd al Ahad Sebti (coord.), *Histoire et linguistique. Texte et niveaux d'interprétation*, Rabat (Université Mohammed V), 1992, págs. 41-50.

LEVY, SIMON, «Le journal de Bendelac: analyse de la langue du document», *Revue Maroc-Europe*, 1 (1991), págs. 27-38.

LICHTENBERGER, ACHIM, «“Une mer sans eau”: le Sahara et la Méditerranée en concepts», en Dieter Halle, Achim Lichtenberger y Helmut Reifeld (eds.), *Mer sans eau. Le Sahara, espace liant l'Afrique subsaharienne à la Méditerranée*, Rabat (Konrad-Adenauer-Stiftung), 2015, págs. 57-80.

LINARES, MARIANO, *Manifiesto de las operaciones militares en la plaza de Tarifa en el mes de agosto de 1824*, reeditado con notas de Wenceslao Segura González en *Al Qantir*, 2 (2004).

LLORENS, VICENTE, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra 1823-1834*, Valencia (Castalia), 1968 (2.^a ed.).

LLORENS, VICENTE, *Memorias de una emigración (Santo Domingo, 1939-1945)*, Sevilla (Renacimiento), 2006.

LLORENTE, JUAN ANTONIO, *Anales de la Inquisición de España*, Madrid (Imprenta de Ibarra), 1812.

LOKKEGAARD, FREDE, *Islamic Taxation in the Classical Period*, Copenhagen (Branner & Korch), 1950.

LÓPEZ ALONSO, JUAN LUIS, «Guadalajara en la guerra de la Independencia: Antonio Piloti», *Atienza de los Juglares*, 76 (2015), págs. 5-19.

LÓPEZ BARGADOS, ALBERTO, «Ali Bey en el contexto de la literatura de viajes», en *Ali Bei, un pelegrí català per terres de l'Islam*, Barcelona (Proa), 1996, págs. 97-109.

LÓPEZ GARCÍA, BERNABÉ, «Los españoles de Tánger», *Awrāq*, 5-6 (2012), págs. 1-46.

LÓPEZ LILLO, ANTONIO, «Los árboles de la Ilustración: en los espacios ajardinados», *Anales de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia*, 2001-2002, págs. 561-585 (www.uv.es/rseapv/Anales).

LÓPEZ MARTÍN, JAVIER, «La evolución de la artillería entre los siglos XIV y XVI con especial atención a los manuscritos de Walter de Milemete y los primeros usos de la artillería en Europa», en Isabel Cristina Ferreira

Fernandes (ed.), *Fortificações e território na Península Ibérica e no Magreb (séculos VI a XVI)*, II, Lisboa (Colibri-Campo Arqueológico de Mértola), 2003, págs. 601-617.

LÓPEZ TABAR, JUAN, «El exilio de los afrancesados: reflexiones en torno al real decreto de 30 de mayo de 1814», *Spagna Contemporanea*, 16 (1999), págs. 7-22.

LÓPEZ TABAR, JUAN, «El rasgueo de la pluma. Afrancesados escritores (1814-1850)», en Christian Demange et alii (eds.), *Sombras de mayo. Mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)*, Madrid (Casa de Velázquez), 2007, págs. 3-20.

LÓPEZ Y ESPILA, LEÓN, *Los cristianos de Calomarde y el renegado por fuerza*, Madrid (Fernández Angulo), 1835.

LORCIN, PATRICIA M. E., *Imperial Identities. Stereotyping, Prejudice and Race in Colonial Algeria*, London-New York (I. B. Tauris), 1995.

LOUREIRO SOUTO, JORGE LUIS, «El asesinato de Víctor Darmon y la crisis hispano-marroquí de 1844», *Revista de Historia Militar*, 116 (2014), págs. 243-282.

LOUREIRO SOUTO, JORGE LUIS, *Los conflictos por Ceuta y Melilla: 600 años de controversias*, Tesis doctoral, UNED, 2015.

LOURIDO DÍAZ, RAMÓN, «El estudio de la lengua árabe entre los franciscanos de Marruecos. Fr. Pedro Martín del Rosario (1771-1854)», *Archivo Ibero-Americano*, LXI (2001), 283-370, reproducido en M. V. Alberola Fioravanti, F. de Ágreda Burillo y B. López García (eds.), *Ramón Lourido y el estudio de las relaciones hispanomarroquíes*, Madrid (AECID), 2010, págs. 153-211.

LOURIDO DÍAZ, RAMÓN, «Intentos fracasados de Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh en la creación de una marina mercante (1778-1790)», *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, 20 (1971), págs. 45-66.

LOURIDO DÍAZ, RAMÓN, «El mar como elemento básico en la realización del proyecto político de Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh», en A. M. Kaddouri (ed.), *Le Maroc et l'Atlantique*, Rabat (Université Mohammed V), 1992, págs. 207-227.

LOURIDO DÍAZ, RAMÓN, *Marruecos en la segunda mitad del siglo XVIII. Vida interna: política, social y religiosa durante el sultanato de Sīdī*

Muḥammad b. Allāh [sic] (1757-1790) *con el exterior*, Madrid (Instituto Hispano-Árabe de Cultura), 1978.

LOURIDO DÍAZ, RAMÓN, *Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo XVIII. Relaciones político-comerciales del sultán Sīdī Muḥammad b. Allāh* [sic] (1757-1790) *con el exterior*, Madrid (AECI), 1989.

LYDON, GHISLAINE, *On Trans-Saharan Trails. Islamic Law, Trade Networks, and Cross-Cultural Exchange in Nineteenth-Century Western Africa*, New York – Cambridge (University Press), 2009.

LYDON, GHISLAINE, «Writing Trans-Saharan History: Methods, Sources and Interpretations Across the African Divide», *The Journal of North African Studies*, 10, 3-4 (2005), págs. 293-324.

MAGHNIA, ABDELGHANI, «Soltân et-tolba, une forme de théatralisation chez les étudiants de l'Université Qarawiyîne», *Horizons Maghrébins*, 58 (2008), págs. 54-64.

AL-MANŠŪRĪ, ʿUṬMĀN, *Al-ʿAlāqāt al-magribiyya al-burtugāliyya* (1790-1844), vol. II, al-Muḥammadiyya, 2005.

Manual de medicina doméstica o colección de recetas útiles, traducido del inglés, London (R. Ackermann), 1826.

MANZANARES DE CIRRE, MANUELA, *Arabistas españoles del siglo XIX*, Madrid: (Instituto Hispano-Árabe de Cultura), 1972.

MANZANARES DE CIRRE, MANUELA, «Gloria y descrédito de D. José Antonio Conde», *Anuario de Estudios Medievales*, 6 (1968), págs. 553-563.

MARFIL NAVARRO, ROCÍO, *Parámetros de calidad y componentes con interés nutricional del aceite de argán (Argania spinosa)*, Tesis doctoral, Universidad de Granada, 2008.

MARGLIN, JESSICA M., «Between Tolerance and Persecution: North Africans on North African Jewish History», en François Pouillon y Jean-Claude Vatin (eds.), *After Orientalism. Critical Perspectives on Western Agency and Eastern Re-appropriations*, Leiden (E. J. Brill), 2015, págs. 64-73.

MARIANA, JUAN DE, *Historia de España*, Madrid (M. Ravadeneyra), 1854.

MARÍN, MANUELA, «“Amar a cristianos moras”: ecos de un tema cervantino en textos españoles sobre Marruecos (s. XIX-XX)», *Bulletin Hispanique*, 109 (2007), págs. 235-262.

MARÍN, MANUELA, «¿Un empeño imposible? Aprender árabe en España para entenderse en Marruecos (siglos XIX-XX)», en Francisco Javier Martínez

Antonio e Irene González González (eds.), *Regenerar España y Marruecos. Ciencia y educación en las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX*, Madrid (CSIC), 2011, págs. 253-275.

MARÍN, MANUELA, «Exploración y colonialismo: José Álvarez Pérez, cónsul de España en Mogador en el siglo XIX», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, XVII, n.º 450 (2013) (<http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-450.htm>).

MARÍN, MANUELA, «La hija del cónsul: Glorvina Fort, una norteamericana en Tánger (ca. 1824-31)», *Clepsydra*, 22 (2022), págs. 9-29.

MARÍN, MANUELA, «“Hombre al moro”: fugas del presidio de Melilla en el siglo XIX (1846-1869)», *Hispania*, LXX, n.º 234 (2010), págs. 45-74.

MARÍN, MANUELA, «Knowledge, Kinship and Mysticism: the Formative Years of Sulaymān al-Ḥawwāt (d. 1231/1816)», *Jerusalem Studies in Arabic and Islam*, 31 (2006), págs. 325-342.

MARÍN, MANUELA, «Des migrations forcées: les savants d'al-Andalus face à la conquête chrétienne», en Mohammed Hammam (coord.), *L'occident musulman et l'occident chrétien au Moyen Age*, Rabat (Université Mohammed V), 1995, págs. 43-59.

MARÍN, MANUELA, *Mujeres en al-Ándalus*, Madrid (CSIC), 2000.

MARÍN, MANUELA, «Movilidad social y ciencias islámicas: ejemplos biográficos andalusíes de la Baja Edad Media (siglos XII-XIV)», en Herminia Vasconcelos Vilar y Maria Filomena Lopes de Barros (eds.), *Categorias sociais e mobilidade urbana na Baixa Idade Média. Entre o Islão e a Cristandade*, Lisboa (Colibri-CIDEHUS), 2012, págs. 11-34.

MARÍN, MANUELA, «Nota sobre *ḡarād*», *Al-Qanṭara*, xv (1994), páginas 253-256.

MARÍN, MANUELA, «Orientalism and Colonialism: Julián Ribera (1858-1934) and the Spanish Embassy to Morocco in 1894», en *Scritti in onore di Biancamaria Scarcia-Amoretti*, Roma (Sapienza-Università di Roma), 2008, II, págs. 785-795.

MARÍN, MANUELA, «Scholarship and Criticism: the Letters of Reinhart Dozy to Pascual de Gayangos (1841-1852)», en Cristina Álvarez Millán y Claudia Heide (eds.), *Pascual de Gayangos: A Nineteenth-Century Spanish Arabist*, Edinburgh (University Press), 2008, págs. 68-85.

MARÍN, MANUELA, «Tetuán en la literatura colonial española (1859-1912)», en Mohamed Reda Boudchar y Ahmed Saidy (coords.), *Homenaje al Dr. Jaafar Ben el Haj Souلامي*, Tetuán (Asociación Tetuán-Asmir), 2015, págs. 41-57.

MARÍN, MANUELA, *Testigos coloniales. Españoles en Marruecos (1860-1956)*, Barcelona (Bellaterra), 2015.

MARÍN, MANUELA, «Violence in Islamic Societies through the Eyes of non-Muslim Travellers: Morocco in the 19th and Early 20th centuries», en Christian Lange y Maribel Fierro (eds.), *Public Violence in Islamic Societies*, Edinburgh (University Press), 2009, págs. 276-291.

MÁRMOL CARVAJAL, LUIS DEL, *Descripción general de Africa*, vol. I, Madrid (Instituto de Estudios Africanos), 1953 (ed. facsímil).

MARTIN, CHRISTOPHE, «L'institution du sérail. Quelques réflexions sur le livre XVI de *L'Esprit des lois*», *Revue Montesquieu*, 5 (2001), págs. 41-55.

MARTÍN CORRALES, ELOY, «Alí Bei i la política espanyola davant la Mediterrània musulmana», en Alberto López Bargados (ed.), *Alí Bei. Un pelegrí català per terres del'Íslam*, Barcelona (Proa), 1996, págs. 61-76.

MARTÍN CORRALES, ELOY, «Aproximación al estudio del corsarismo español en el litoral norteafricano en el siglo XVIII», *Aldaba*, 9 (1987), páginas 25-39.

MARTÍN CORRALES, ELOY, «Ceuta en el siglo XVIII. De presidio a ciudad portuaria sin puerto», en Fernando Villada Paredes (coord.), *Historia de Ceuta. De los orígenes al año 2000*, Ceuta (Instituto de Estudios Ceutíes), 2009, II, págs. 64-117.

MARTÍN CORRALES, ELOY, «Les Espagnols au Maroc (1767-1860): le défi de travailler avec l'autre», *Cahiers de la Méditerranée*, 84 (2012), páginas 197-212.

MARTÍN CORRALES, ELOY, «La flotte marocaine et le commerce de cabotage espagnol (1797-1806)», *Maroc-Europe*, 20 (1992), págs. 71-80.

MARTÍN CORRALES, ELOY, «El patriotismo liberal español contra Marruecos (1814-1848). Antecedentes de la guerra de África de 1859-60», *Illes i Imperis*, 7 (2004), págs. 11-43.

MARTÍN ESCUDERO, FÁTIMA, *Las monedas de al-Andalus. De actividad ilustrada a disciplina científica*, Madrid (Real Academia de la Historia), 2011.

MARTÍN ESCUDERO, FÁTIMA, «José Antonio Banqueri», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rab.es).

MARTÍN ESCUDERO, FÁTIMA, «Miguel Casiri de Gartia», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rab.es).

MARTÍN POLO, FERNANDO, *Simón de Rojas Clemente*, Valencia (Universitat), 2016.

MARTÍNEZ ALMIRA, MAGDALENA, «El tratado de paz de 1767 entre España y Marruecos. Un instrumento jurídico de extraterritorialidad», en *Le droit par-dessus les frontières. Il diritto sopra le frontiere*, Napoli (Jovene), 2003, págs. 215-266.

MARTÍNEZ ANTONIO, FRANCISCO JAVIER, «Breve análisis de la historiografía tradicional sobre la sanidad española en Marruecos (siglos XIX y XX)», en Ricardo Campos, Luis Montiel y Rafael Huertas (coords.), *Medicina, ideología e historia en España (siglos XVI-XXI)*, Madrid (CSIC), 2007, págs. 135-146.

MARTÍNEZ ANTONIO, FRANCISCO JAVIER, «Estudio biográfico de Joaquín Gatell», en Joaquín Gatell y Folch, *Viajes por Marruecos*, Madrid (Miraguano), 2012.

MARTÍNEZ DE PISÓN CAVERO, JOSÉ MARÍA, «El debate abolicionista en el primer liberalismo español», *Cuadernos Electrónicos de Filosofía del Derecho*, 35 (2017), (<https://ojs.uv.es/index.php/CEFD/article/view/9434>).

MARTÍNEZ DE PISÓN CAVERO, JOSÉ MARÍA, «El pensamiento liberal español y la independencia de América. Flórez Estrada y Blanco White», *Anuario de Filosofía del Derecho*, XXVII (2011), págs. 137-159.

MARTÍNEZ-GÓMEZ, PEDRO *et alii*, «Posibilidades del cultivo del argán [*Argania Spinosa* (L.) Skeels] en el Sureste español», *Revista de Fruticultura*, 66 (noviembre-diciembre 2018), págs. 26-41.

MARTINEZ-GROS, GABRIEL, «Ibn Ḥafṣūn ou la construction d'un bandit populaire», *Revue des mondes musulmans et de la Méditerranée*, 129 (2011), págs. 139-152.

MARTÍNEZ RIAZA, ASCENSIÓN, «“Para reintegrar la nación”. El Perú en la política negociadora del Trienio liberal con los *disidentes* americanos, 1820-1824», *Revista de Indias*, LXXI (2011), págs. 647-692.

MARTÍNEZ TORRES, JOSÉ ANTONIO, «La “saca” de moneda, paños y bonetes desde España hacia el Mediterráneo y el Atlántico africano (siglos

xvi-xviii)», en José Antonio Martínez Torres (dir.), *Circulación de personas e intercambios comerciales en el Mediterráneo y el Atlántico (siglos xvi, xvii, xviii)*, Madrid (CSIC), 2008, págs. 215-234.

MARZAGALLI, SILVIA, «De l'intérêt d'être consul: quelques observations à partir de l'expérience américaine en Méditerranée», *Cahiers de la Méditerranée*, 98 (2019), págs. 95-111.

MAS GARRIGA, JORDI, «El Consulado británico: un edificio olvidado de la medina de Tánger», *Recerca en Humanitats 2017*, María Bargalló Escrivá (coord.), Tarragona (urv), 2017, páginas 153-169.

MASSÉ, ALEXANDRE, «“Servir à l'État”, trouver des moyens de subsistance ou suivre une “brillante carrière”. Avantages et désavantages d'être consul pendant le premier xix^e siècle (1814-1852)», *Cahiers de la Méditerranée*, 98 (2019), págs. 31-146.

MATAR, NABIL, «Abdallah ibn 'Aisha and the French Court, 1699-1701: an Ambassador without Diplomacy», *French History*, 29 (2015), págs. 62-75.

MATAR, NABIL, *An Arab Ambassador in the Mediterranean World. The Travels of Muhammad ibn Uthmān al-Miknāsī*, Abingdon-New York (Routledge), 2015.

MATAR, NABIL, *British Captives from the Mediterranean to the Atlantic 1563-1760*, Leiden (E. J. Brill), 2014.

MATAR, NABIL, *Europe Through Arab Eyes 1578-1727*, New York (Columbia University Press), 2009.

MATEO DIESTE, JOSEP LLUÍS, «Una hermandad en tensión. Ideología colonial, barreras e intersecciones hispano-marroquíes en el protectorado», *Awrāq*, 5-6 (2012), págs. 79-96.

MATEO DIESTE, JOSEP LLUÍS, «Imágenes y ambivalencias de la política española hacia la esclavitud en Marruecos (1880-1930)», *Historia y Política*, 31 (2014), págs. 255-280.

MATEO DIESTE, JOSEP LLUÍS, *Recordando a las tatas: mujeres domésticas y esclavitud en Tetuán (s. xix-xx)*, Granada (Comares), 2021.

MATEO DIESTE, JOSEP LLUÍS, *Salud y ritual en Marruecos. Concepciones del cuerpo y prácticas de curación*, Barcelona (Bellaterra), 2010.

MAZIANE, LEILA, «Les captifs européens en terre marocaine aux xvii^e et xviii^e siècles», *Cahiers de la Méditerranée*, 65 (2002), págs. 311-327.

MCMURTRY, R. GERALD, «The Influence of Riley's *Narrative* upon Abraham Lincoln», *Indiana Magazine of History*, 30 (1934), págs. 133-38.

MEAKIN, BUDGETT, *Life in Morocco and Glimpses Beyond*, 1905 (<http://www.gutenberg.org/ebooks/18764>).

MENDÍBIL, PABLO DE, «Análisis del tomo III y último de la Historia de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas por don José Antonio Conde», *Ocios de Españoles Emigrados*, XXIII (1826), págs. 147-165; XXIV (1826), págs. 261-275 y XXV (1826), págs. 331-347.

MENDÍBIL, PABLO DE, «Apéndice a la historia de los árabes en España: rebeliones y expulsión de los moriscos», *Ocios de Españoles Emigrados*, XXVIII (1826), págs. 61-75 y XXIX (1826), págs. 147-161.

MENDÍBIL, PABLO DE, «Influencia de los árabes sobre la lengua y la literatura de España», *Ocios de Españoles Emigrados*, XIII, abril de 1825, págs. 291-299.

MESA FERNÁNDEZ, ELISA, *El lenguaje de la indumentaria. Tejidos y vestiduras en el Kitāb al-Aḡānī de Abū l-Faraḡ al-Iṣḡahānī*, Madrid (CSIC), 2008.

MESSAOUDI, ALAIN, *Les arabisants et la France coloniale 1780-1930*, Lyon (ENS Éditions), 2015.

MESSAOUDI, ALAIN, «Gaétan Delphin (1857-1919)», en François Pouillon (ed.), *Dictionnaire des orientalistes de langue française*, Paris (IISMME-Karthala), 2012, pág. 300.

MESSAOUDI, ALAIN, «Jacques Denis Delaporte (1777-1861)» en François Pouillon (ed.), *Dictionnaire des orientalistes de langue française*, Paris (IISMME-Karthala), 2012, págs. 292-293.

MENÉNDEZ NAVARRO, ALFREDO y ALFONSO ZARZOSO ORELLANA, «José Masdevall Terrades Llobet», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rab.es).

MÉTALSI, MOHAMED, *Tánger. Suerte e infortunio de una villa*, Madrid (Abada), 2019.

MICHAUX-BELLAIRE, EDOUARD, «Les confréries religieuses du Maroc», *Archives Marocaines*, 27 (1927), págs. 1-80.

MICHAUX-BELLAIRE, EDOUARD, *Villes et tribus du Maroc. Vol. VII. Tanger et sa zone*, Paris (Ernest Leroux), 1921.

MICHEL, NICOLAS, *Une économie de subsistances: le Maroc précolonial*, El Cairo (Institut français d'archéologie orientale), 1997.

MIÈGE, JEAN-LOUIS, «Bonaparte, l'Égypte et le Maroc», *Cahiers de la Méditerranée*, 57 (1998), págs. 307-319.

MIÈGE, JEAN-LOUIS, *Chronique de Tanger 1820-1830. Journal de Bendelac*, Rabat (La Porte), 1995.

MIÈGE, JEAN-LOUIS, *Le Maroc et l'Europe*, Paris (Presses Universitaires de France), 1961-62.

MIÈGE, JEAN-LOUIS, «Les réfugiés politiques à Tanger, 1796-1875», *Revue Africaine*, CI (1957), págs. 129-146.

MIÈGE, JEAN-LOUIS, «Tánger. La guerre de d'Espagne et les corsaires colombiens», en *Études Maghrébines. Mélanges Charles-André-Julien*, Paris (Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Paris-Sorbonne), 1964, págs. 104-110.

MIÈGE, JEAN-LOUIS, y Georges Bousquet, *Tanger porte entre deux mondes*, Paris (ACR), 1992.

MIÈGE, JEAN-LOUIS, M'HAMMAD BENABOUD y NADIA ERZINI, *Tétouan, ville andalouse marocaine*, Paris (CNRS) - Rabat (Kalila wa Dimna), 1996.

MIÈGE, JEAN-LOUIS y ROMAIN H. RAINERO, *Le Maroc. Écrits de Graberg de Hemsö (1776-1847)*, Rabat (La Porte), 2002.

MILLER, SUSAN GILSON, «The Colonial Hunt in Nineteenth Century Tanger», en *Tanger 1800-1956: Contribution à l'histoire récente on Maroc*, Rabat (Faculté des Lettres et des Sciences Humaines), 1991, págs. 191-203.

MILLER, SUSAN GILSON, «Finding Order in the Moroccan City: The *hubus* of the Great Mosque of Tanger as an Agent of Urban Change», *Muqarnas*, 23 (2005), págs. 265-283.

MINTZ, SIDNEY, *Sweetness and Power. The Place of Sugar in Modern History*, New York (Penguin Books), 1986.

MIRETE NAVARRO, JOSÉ LUIS, «Maquiavelo y la recepción de su teoría del estado en España (siglos XVI y XVII)», *Anales de Derecho Universidad de Murcia*, 19 (2001), págs. 139-144.

MITJANA, RAFAEL, *En el Magreb-el-Aksa. Viaje de la Embajada española a la Corte del Sultán de Marruecos, en el año 1900*, Valencia (F. Sempere), 1905.

MOHAMED, MOHAMED HASAN, *Between Caravan and Sultan: the Bayruk of Southern Morocco. A Study in History and Identity*, Leiden (E. J. Brill), 2012.

MOLINA, LUIS, «Nota sobre *murūs*», *Al-Qanṭara*, IV (1983), págs. 283-300.

MOLLARET, HENRI H., «Le cas de la peste», *Annales de Démographie Historique*, 1989, págs. 101-110.

MONTAGU, MARY, *Embassy to Constantinople. The Travels of Lady Mary Wortley Montagu*, intr. Dervla Murphy, ed. Christopher Pick, London (Century), 1988.

MONTES RAMOS, JOSÉ, *El sitio de Ceuta, 1694-1727: el ejército de Carlos II y Felipe V*, Madrid (Aguilar), 1999.

MONTOYA OLIVER, JOSÉ MIGUEL, «El argan (*Argania spinosa* [L.] Skeel. Potencial silvopastoril y de repoblación en España», *Anales del Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas*, 9 (1984), págs. 141-152.

MORA, GLORIA Y JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS, «Las falsificaciones granadinas del siglo XVIII. Nacionalismo y arqueología», *Al-Qanṭara*, XXIV (2003), págs. 533-546.

MORA, JOSÉ JOAQUÍN, *Cuadros de la historia de los árabes: desde Mahoma hasta la conquista de Granada*, Londres (R. Ackermann), 1826.

MORAL ITUARTE, LEANDRO DEL, «Un intento frustrado de acondicionamiento del Guadalquivir. La actuación de la Real Compañía de Navegación en la primera mitad del siglo XIX: nuevas aportaciones y replanteamiento geo-histórico de un tema polémico», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 25 (1989), págs. 327-353.

MORALES, GABRIEL DE, «La embajada de don Francisco Salinas y Moñino y el arreglo de 1785», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXII (1913), págs. 185-225.

MORALES LEZCANO, VÍCTOR, *Historia de Marruecos*, Madrid (La Esfera de los libros), 2006.

MORIARTY, GERALD PATRICK, «Lemprière, William», *Dictionary of National Biography*, 1885-1900, vol. 33 ([https://en.wikisource.org/wiki/Lempri%C3%A8re,_William_\(DNB00\)](https://en.wikisource.org/wiki/Lempri%C3%A8re,_William_(DNB00))).

MORRISON, LUCY Y STACI STONE, *A Mary Shelley Encyclopedia*, Westport-London (Greenwood Press), 2003.

MOSCOSO GARCÍA, FRANCISCO, «El estudio del árabe marroquí en España durante el siglo XIX. La obra de Manuel Bacas Merino», *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, 57 (2008), págs. 269-293.

MOSCOSO GARCÍA, FRANCISCO, «El P. Pedro Martín del Rosario, intérprete, traductor, profesor de árabe y autor de una gramática y un diccionario de árabe marroquí perdido y probablemente encontrado por el P. Lerchundi. Tánger, 1800-1824», *Archivo Ibero-Americano*, 78, n.º 286 (2018), páginas 31-59.

MOSCOSO GARCÍA, FRANCISCO, «Un pionero en los estudios de árabe marroquí: el P. Fr. Patricio José de la Torre. Refranes y adagios», *Studia Orientalia*, 111 (2011), págs. 185-250.

MOSCOSO GARCÍA, FRANCISCO, «El siglo XVIII español y el estudio del árabe. El árabe dialectal en la *Gramática* del padre Cañes», *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 22 (2017), págs. 165-186.

MUBĀRAK, ZAKĪ, «Min al-ġāliya al-hulandiyya bi-Tiṭwān. °Ā'ilat bn Dalak al-yahūdiyya (1827-1899)», en *Tiṭwan qabl al-ḥimāya (1860-1912)*, Tetuán (Kullīyat al-Ādāb wa-l-°Ulūm al-Insāniyya), 1994, págs. 150-158.

MUÑOZ SEMPERE, DANIEL, *La Inquisición española como tema literario: política, historia y ficción en la crisis del Antiguo Régimen*, Woodbridge (Tamesis) 2008.

MUÑOZ SEMPERE, DANIEL, «Cultural Identity and Political Disidence: The Periodicals of the Spanish Liberal Exiles in London (1810-41)», en Constance Bantman y Ana Cláudia Suriani da Silva (eds.), *The Foreign Political Press in Nineteenth Century London: Politics from a Distance*, London (Bloomsbury Academic), 2018, págs. 33-50.

NABTI, MEHDI, *La confrérie des Aïṣawa du Maroc en milieu urbain: les pratiques rituelles et sociales du mysticisme contemporain*, Tesis doctoral, EHSS, París, 2007.

NACIRI, MOHAMED, «Calamités naturelles et fatalité historique», *Hespéris-Tamuda*, LII (2017), págs. 25-48.

NAGY, LAURENT, «Un conspirateur républicain-démocrate sous la restauration: Claude-François Cugnet de Montarlot. Origine de l'élaboration d'une culture révolutionnaire», *Annales Historiques de la Révolution Française*, 370 (2012), págs. 131-156.

NARVÁEZ LÓPEZ, FRANCISCO, «Orígenes del topónimo Rio de Oro», *Revista Aldaba*, 40 (2015), págs. 129-146.

AL-NĀŠIRĪ, *Kitāb al-Istiṣā li-ahbār duwal al-Magrib al-aṣṣā*, Casablanca, 2001, vols. VII y VIII.

NÉKROUF, YOUNÈS, *Une amitié ourageuse. Moulay Ismaïl et Louis XIV*, Paris (Albin Michel), 1987.

NOEL, EUGENIO, *Lo que vi en la guerra. Diario de un soldado*, Barcelona (La Neotipia), 1912.

NORMAN, DANIEL, *Islam and the West. The Making of an Image*, Oxford (One World), 2000 (1.^a ed. 1960).

NÚÑEZ DE ARENAS, MANUEL, «Españoles fuera de España. La expedición de Vera en 1830 (según documentos inéditos de Policía)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, xc (1927), págs. 610-666.

OVERZAUCHER, ELISABETH y KARL GRAMMER, «The Case of Moulay Ismael. Fact or Fancy?», *PloS One*, 2014 (<https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC3925083>).

OCAÑA TORRES, MARIO L., *El curso marítimo español en el Estrecho de Gibraltar (1700-1802)*, Cádiz (Instituto de Estudios Campogibraltares), 1993.

ORTEGA GÁLVEZ, MARÍA LUISA, *Ciencia y civilización: la expedición de Bonaparte y el Egipto moderno*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 1997.

ÓVILO, FELIPE, *La mujer marroquí. Estudio social*, Madrid (Imprenta de Manuel G. Fernández), 1886.

PACHECO, FRANCISCO, «Noticias de la ciudad de Tetuán», en Rafaela Castrillo Márquez, «*Descripción del imperio de Marruecos* por Carlos Batier y *Noticias de la ciudad de Tetuán*, por Francisco Pacheco. Trabajos realizados en 1797, a solicitud del consejero real don Francisco de Zamora», *Sharq al-Andalus. Estudios árabes*, 7 (1990), págs. 15-29.

PARADELA ALONSO, NIEVES, *El otro laberinto español. Viajeros árabes a España entre el siglo XVIII y 1936*, Madrid (Siglo XXI), 2005.

PARK, THOMAS K. y AOMAR BOUM, *Historical Dictionary of Morocco*, Oxford (The Scarecrow Press), 2005.

PEGENAUTE, LUIS, «*El corsario* de Byron en la traducción de Teodoro Llorente y Vicente W. Querol (1863)» (<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmccg46j8>).

PEIRÓ MARTÍN, IGNACIO, «La historiografía académica en la España del siglo XIX», *Memoria y Civilización*, 1 (1998), págs. 65-196.

PELAYO, ELÍAS, «Doctos granadinos del siglo pasado», *La Alhambra*, I, n.º 2 (1898), págs. 19-25.

PENNEL, C. R., «Meeting the Sultan: Personal Encounters with the Commander of the Faithful», *The Journal of North African Studies*, 9/1 (2004), págs. 22-35.

PENNEL, C. R., «The Social History of British Diplomats in North Africa and How it Affected Policy», en Markus Mösslang y Torsten Rlotte (eds.), *The Diplomat's World. The Cultural History of Diplomacy*, Oxford (University Press), 2008, págs. 347-380.

PENZ, CHARLES, *Chroniques du vieux Maroc. De 1789 à Lyautey*, Casablanca (A. Moynier), 1953.

PENZAC, DANIEL, «La peste à Smyrne au XVIII^e siècle», *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, 28 (1973), págs. 1031-1093.

PÉREZ, JOSEPH, *Los judíos en España*, Madrid (Marcial Pons), 2005.

PÉREZ GARZÓN, JUAN SISINIO, *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño*, Madrid (CSIC), 1978.

PÉREZ MAGALLÓN, JESÚS, «Una carta de Juan Tíneo a Leandro Fernández de Moratín», *Castilla. Estudios de Literatura*, 18 (1993), págs. 123-138.

PESLE, OCTAVE, *La théorie et la pratique des Habous dans le rite malékite*, Casablanca (Imprimeries réunies), 1941.

POMMEREAU, ALAIN DE, «The Invention of the Moroccan Carpet», François Pouillon y Jean-Claude Vatin, eds., *After Orientalism. Critical Perspectives on Western Agency and Eastern Re-appropriations*, Leiden (E. J. Brill), 2015, págs. 218-235.

POSAC JIMÉNEZ, MARILÓ, «Alejandro Briarly: de oficial de la Royal Navy a cónsul de España en Tánger durante la Década Absolutista», *La dimensión humana. Biografías en Ceuta, el norte de África y el estrecho de Gibraltar. XIX Jornadas de historia de Ceuta*, Ceuta (Instituto de Estudios Ceutíes), 2017, págs. 453-491.

POSAC JIMÉNEZ, MARÍA DOLORES, «Dos versiones contradictorias sobre el ataque del coronel Francisco Valdés a Tarifa, en 1824», *Almoraima. Revista de Estudios Campogibraltareños*, 13 (1995), págs. 341-350.

POSAC JIMÉNEZ, MARÍA DOLORES, «Frustrados intentos para incorporar la ciudad de Ceuta a la causa liberal (1824-1828)», en *Homenaje al profesor*

Carlos Posac Mon, Ceuta (Instituto de Estudios Ceutíes), 1998, III, páginas 105-119.

POSAC JIMÉNEZ, MARÍA DOLORES, «El éxodo español en Marruecos durante la primera mitad del siglo XIX», *Revista de Hespérides, Asociación de Profesores de Geografía e Historia de Bachillerato de Andalucía*, 13 (2011), págs. 50-57.

POSAC JIMÉNEZ, MARÍA DOLORES, «Tánger refugio de los liberales españoles durante los primeros años de la década absolutista (1823-1826)», en Eduardo Ripoll Perelló (ed.), *Actas del Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»*, Ceuta, 1987, Madrid (UNED-Ayuntamiento de Ceuta), 1988, III, págs. 231-241.

POSAC MON, CARLOS, «Las actividades de los corsarios sudamericanos en aguas del Estrecho de Gibraltar (1816-1827)», en Eduardo Ripoll Perelló (ed.), *Actas del Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»*, Ceuta, 1987, Madrid (UNED-Ayuntamiento de Ceuta), 1988, III, págs. 255-264.

POSAC MON, CARLOS, «La difícil neutralidad de Marruecos en los años iniciales del siglo XIX», *Hespéris-Tamuda*, xxii (1984), págs. 27-66.

POSAC MON, CARLOS, «Proyección en Marruecos de la guerra de la Independencia (1808-1814)», *Hespéris-Tamuda*, xxvi-xxvii (1988-1989), págs. 139-169.

PRADELLS NADAL, JESÚS, «Los cónsules españoles del siglo XVIII. Caracteres profesionales y vida cotidiana», *Revista de Historia Moderna*, 10 (1991), págs. 209-262.

PRATT, MARY LOUISE, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, London-New York (Routledge), 1992.

PUENTE, CRISTINA DE LA, «Free Fathers, Slave Mothers and their Children: A Contribution to the Study of Family Structures in al-Andalus», *Imago Temporis. Medium Aevum*, 7 (2013), págs. 27-44.

AL-QADDŪRĪ, °ABD AL-MAČĪD, *Sufarā' °arab fī Ūrūbba 1610-1921. Al-Wā'ī bi-l-tafāwut*, Amman (al-Ahliyya), 2006.

QUINTANA, MANUEL JOSÉ, *Obras inéditas*, Madrid (Medina y Navarro), 1872.

RAMÍREZ ALEDÓN, GERMÁN, «El compromiso valenciano con el liberalismo. Entre la defensa del orden constitucional y los «intereses materia-

les» (1808-1874)», en *Actas del Simposio Reino y Ciudad. Valencia en su historia (18 de abril-15 de julio 2007)*, Madrid (Fundación Caja Madrid), 2008, págs. 365-408.

Recuerdos de Tánger. Colección de fotografías tomadas de monumentos, trajes, etc. de dicha ciudad, acompañada de las Cartas Marroquíes que escribió el Dr. Antonio Almagro Cárdenas, edición de Bernabé López García, Tánger (Litograf), 2018.

REIMANN, BRIGITTE, *Franziska Linkerhand*, Madrid (Errata Naturae), 2016.

Relation de ce qui s'est passé dans les trois voyages que les religieux de l'ordre de Notre-Dame de la Mercy ont fait dans les etats du Roy pour la redemption des captifs en 1704, 1708 et 1712, Paris, 1724.

RENAUD, H. P. J., «La peste de 1799 d'après des documents inédits», *Hespéris*, I (1921), págs. 160-182.

RENAUD, H. P. J., «La peste de 1818 d'après des documents inédits», *Hespéris*, III (1923), págs. 13-35.

RENAUD, H. P. J., «Un nouveau document marocain sur la peste de 1799», *Hespéris*, V (1925), págs. 83-90.

RIERA PALMERO, JUAN, «Antonio Lavedán (fl. 1771-1819) y la Real Academia de Cirugía de Valladolid», *Anales de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valladolid*, 51 (2014), págs. 161-198.

RIERA PALMERO, JUAN y LUIS RIERA, «Antonio Lavedán», *Diccionario Biográfico Español* (www.rah.es).

RILEY, JAMES, *An Authentic Narrative of the Loss of the American Brig Commerce, Wrecked of the Western Coast of Africa in the Month of August, 1815*, Hartford (The Author), 1817.

ROBERTS, PRISCILLA H., «Nineteenth Century Tangier: Its American Visitors: Who They Were, Why They Came; What They Wrote», en *Tanger 1800-1956. Contribution à l'histoire récente du Maroc*, Rabat (Les Editions Arabo-Africaines), 1991, págs. 135-167.

RODRÍGUEZ CASADO, VICENTE, *Jorge Juan en Marruecos*, Madrid (Revista General de Marina), 1941.

RODRÍGUEZ CASADO, VICENTE, *Política marroquí de Carlos III*, Madrid (CSIC), 1946.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, AGUSTÍN R., *Antonio Barceló. Mucho más que un gran corsario*, Madrid (EDAF), 2016.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, AGUSTÍN R., «Los desconocidos corsarios del Estrecho 1799-1801», *Revista General de Marina*, 267 (nov. 2014), páginas 637-646.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, BORJA, «Los *Cuadros Árabes* de José Joaquín de Mora», en Piero Menarini (ed.), *Romanticismo 10. Romanticismo y exilio. Actas del X Congreso del Centro Internacional de Estudios sobre el Romanticismo Hispánico*, Bologna (Il Capitello del Sole), 2009, págs. 223-238.

RODRÍGUEZ MEDIANO, FERNANDO, «La expansión geográfica de la *ṭarīqa* de al-Ŷazūlī según una fuente biográfica marroquí», en Concepción Vázquez de Benito y Miguel Ángel Manzano Rodríguez (eds.), *Actas XVI Congreso UEAI*, Salamanca (AECI-CSIC), 1995, págs. 315-355.

RODRÍGUEZ MEDIANO, FERNANDO, *Familias de Fez (s. XVI-XVII)*, Madrid (CSIC), 1995.

RODRÍGUEZ MEDIANO, FERNANDO, «El perfil intelectual de un arabista ilustrado español: José Carbonel y Fogasa», *eHumanista*, 43 (2019), páginas 30-44.

RODRÍGUEZ MOHEDANO, RAFAEL y PEDRO, *Historia literaria de España*, Madrid (Joaquín Ibarra), 1781.

ROLDÁN CAÑAS, JOSÉ y MARÍA FÁTIMA MORENO PÉREZ, «La ingeniería y la gestión del agua de riego en al-Andalus», *Ingeniería del Agua*, 14/3 (2007), págs. 223-236 (https://www.researchgate.net/publication/277044748_La_ingenieria_y_la_gestion_del_agua_de_riego_en_Al-Andalus).

ROSANDER, EVA EVERS, *Mujeres en la frontera. Tradición e identidad musulmanas en Ceuta*, Barcelona (Bellaterra), 2004 (1.ª ed. en inglés, 1991).

ROSENBERGER, BERNARD, *Société, pouvoir et alimentation. Nourriture et précarité au Maroc précolonial*, Rabat (Alizés), 2001.

ROSENBERGER, BERNARD, «Saints et mines dans le sud du Maroc (XVI^e-XVIII^e siècles)», en Alberto Canto García y Patrice Cressier (eds.), *Minas y metalurgia en al-Andalus y Magreb occidental. Exploración y poblamiento*, Madrid (Casa de Velázquez), 2008, págs. 57-69.

ROSENBERGER, BERNARD y HAMID TRIKI, «Famines et épidémies au Maroc au XVI^e et XVII^e siècles», *Hespéris-Tamuda*, XIV (1973), págs. 108-176 y XV (1974), págs. 5-104.

ROUSSIER, PAUL, «Les derniers projets et le dernier voyage de Domingo Badía (1813-1818). Post-Scriptum aux voyages d'Ali Bey», *Revue Africaine*, 71 (1930), págs. 36-112 y 300-374.

RUIZ ACOSTA, MARÍA JOSÉ, «“*El Español Constitucional*”», en María José Ruiz Acosta, ed., *La prensa hispánica en el exilio de Londres (1810-1850)*, Salamanca (Comunicación social), 2016, págs. 187-198.

RUIZ ACOSTA, MARÍA JOSÉ (ed.), *La prensa hispánica en el exilio de Londres (1810-1850)*, Salamanca (Comunicación social), 2016.

RUIZ JIMÉNEZ, MARTA, *El liberalismo exaltado. La Confederación de comuneros españoles durante el trienio liberal*, Madrid (Fundamentos), 2007.

RUIZ ORSATTI, RICARDO, «Una familia de tangerinos notables. Alejandro Rey Colaço», *Mauritania*, XVI, n.º 191 (octubre 1943), págs. 281-283.

RUIZ ORSATTI, RICARDO, *Relaciones hispano-marroquíes. Un gran amigo de España: el sultán Mohamed-ben-Abdalá. El monopolio de Casablanca. Floridablanca y la primera moneda marroquí acuñada fuera de Marruecos*, Madrid (Instituto de Estudios Políticos), 1944.

RUIZ ORSATTI, RICARDO, «Tetuán hace medio siglo», *Mauritania*, XIV, n.º 160 (marzo 1944), págs. 68-69.

RUMEU DE ARMAS, ANTONIO, «Leandro Fernández de Moratín y Agustín de Betancourt. Testimonios de una entrañable amistad», *Anuario de Estudios Atlánticos*, XX (1974), págs. 267-303.

RZEWUSKI, WACLAV SEWERYN, *Impressions d'Orient et d'Arabie. Un cavalier polonais chez le bédouins, 1817-1819*, Paris (José Corti-Muséum National d'Histoire Naturelle), 2002.

SABIR, AHMED, *Taknarit. Diccionario Español-Amasigh Amasigh-Español*, Rabat (Imprimerie Al Maarif Al-Jadida), 2011.

SACY, SILVESTRE DE, «Historia de la dominación de los árabes en España (..) por el dr. Don José-Antonio Conde.- Histoire de la domination des Arabes et des Maures en Espagne et Portugal (...) par M. de Marlès», *Journal des Savans*, marzo-abril 1826, págs. 144-154 y 217-227.

SÁEZ, CASIANO, «Escuelas de árabe y arabistas franciscanos», *Mauritania*, XIV, n.º 168 (mayo 1941), págs. 155-156.

AL-ŞAFFĀR, MUĤAMMAD B. ʿABD ALLĀH, *Disorienting Encounters. Travels of a Moroccan Scholar in France in 1845-1846*, trad. Susan Gilson Miller, Berkeley (University of California Press), 1992.

AL-ŞAFFĀR, MUĤAMMAD B. °ABD ALLĀH, *Riĥlat al-Şaffār ilā Fransā* (1845-1846), ed. Susan Miller y Ḥālid Ibn al-Şagīr, Abū Ḥabī (Al-Mu'assasa al-°Arabiyya li-l-Dirāsāt wa-l-Našr), 2007.

SAGARRA, JOSEP MARIA DE, *Memorias*, Barcelona (Anagrama), 1998.

SAGARRA Y BALDRICH, JOSEPH, *Compendio de la historia de la España Transfretana*, Barcelona (Herederos de Bartholomé Giralt), 1766.

SAGLIA, DIEGO, «Entre Albión y el Oriente: orientalismo romántico y construcción de la identidad nacional en el exilio londinense», en José María Ferri Coll y Enrique Rubio Cremades (coords.), *La península romántica: el Romanticismo europeo y las letras españolas del XIX* [Palma de Mallorca], 2014, págs. 79-91 (http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/entre-albion-y-el-oriente-orientalismo-romantico-y-construccion-de-la-identidad-nacional-en-el-exilio-londinense-877282/html/8c3d6856-7da3-42e3-b1aa-68421dab31a2_3.html).

SALMON, GEORGES, «La Qaçba de Tanger. Description et histoire», *Archives Marocaines*, 1 (1904), págs. 97-126.

SÁNCHEZ CÁCERES, RUBÉN, «Trabajos del científico ilustrado Simón de Rojas Clemente y Rubio en Sanlúcar de Barrameda (1803-1809)», *Cartare. Boletín del Centro de Estudios de la Costa Noroeste de Cádiz*, 3 (2013), páginas 1-39 (<https://ceconoca.wordpress.com/cartare-revista-de-humanidades>).

SÁNCHEZ CARRIÓN, JOSÉ MARÍA, *La embajada inacabada de Jorge Juan en Marruecos*, Madrid (Colegio Oficial de Ingenieros Navales y Oceánicos de España), 2017.

SÁNCHEZ HITA, BEATRIZ, «La restauración del absolutismo y el obligado silencio de la prensa liberal. Los casos de *El Redactor General* (15-VI-1811/18-V-1814), la *Abeja Española* (12-IX-1812/31-VIII-1813) y *El Duende de los Cafés* (1-VIII-1813/14-V-1814)», *El Argonauta español* [En ligne], 13, 2016 (<http://argonauta.revues.org/2379>)

SÁNCHEZ MANTERO, RAFAEL, «Gibraltar, refugio de liberales exiliados», *Revista de Historia Contemporánea*, 1 (1982), págs. 81-107.

SÁNCHEZ MANTERO, RAFAEL, «El exilio liberal en tiempos de Fernando VII», en Amancio Isla *et alii* (eds.), *Invadidos, exiliados y desplazados en la historia*, Valladolid (Universidad), 2009, págs. 107-124.

SÁNCHEZ MANTERO, RAFAEL, *Liberales en el exilio. La emigración política en Francia en la crisis del Antiguo Régimen*, Madrid (Rialp), 1975.

SÁNCHEZ MANTERO, RAFAEL, «Los refugiados políticos», en Rafael Sánchez Mantero, *Estudios sobre Gibraltar. Política, diplomacia y contrabando en el siglo XIX*, Cádiz (Diputación Provincial) 1989, págs. 33-56.

SÁNCHEZ MARIANA, MANUEL, «Scidiac, Elías», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rah.es).

SÁNCHEZ-MEJÍA RODRÍGUEZ, MARÍA LUISA, «Benjamin Constant en España (1820-1825)», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 32-33 (1998), págs. 109-122.

SANTOYO, JULIO-CÉSAR, «Francisco Martínez de la Rosa, autor y traductor: nueva visita a *Aben Humeya*», en Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (eds.), *Traducción y traductores. Del romanticismo al realismo*, Berlin (Peter Lang), 2006, págs. 463-488.

SANZ CAMAÑES, PORFIRIO, *Diplomacia hispano-inglesa en el siglo XVII*, Cuenca (Universidad de Castilla-La Mancha), 2002.

AL-SAQATĪ, *Libro del buen gobierno del zoco*, ed. y trad. Pedro Chalmeta y Federico Corriente, Almería (Fundación Ibn Tufayl), 2014.

SARMIENTO, MARTÍN, *Memorias para la historia de la poesía, y poetas españoles*, Madrid (Joaquín Ibarra), 1775.

SARRIONANDIA, PEDRO HILARIÓN y ESTEBAN IBÁÑEZ ROBLEDÓ, *Diccionario Español-Rifeño Rifeño-Español*, Barcelona (Bellaterra), 2007.

SAVORY, ISABEL, *In the Tail of the Peacock*, London (Hutchinson and Co.), 1903.

SCHROETER, DANIEL J., *Merchants of Essaouira: Urban Society and Imperialism in Southwestern Morocco, 1844-1886*, Cambridge (University Press), 1988.

SCHROETER, DANIEL J., *The Sultan's Jew. Morocco and the Sephardi World*, Stanford (University Press), California, 2002.

SCHWARZ, SUZANNE, *Slave Captain. The Career of John Irving in the Liverpool Slave Trade*, Liverpool (University Press), 2008.

SCHWARZ, SUZANNE, «Narrative of the Shipwreck of the Anna 1789-90», *The Yale University Library Gazette*, 82 (2008), págs. 155-176.

SERELS, MITCHELL M., *A History of the Jews of Tangier in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, New York (Sepher-Hermon), 1991.

SERRANO MANGAS, FERNANDO, «La armada española frente a la oleada de corsarios colombianos de 1826», *Revista de Historia Naval*, 1/2 (1983), págs. 117-128.

SERRANO RUANO, DELFINA, «Ibn Farḥ al-Qurṭubī», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.es).

SERRAT Y BONASTRE, FRANCISCO DE ASÍS, *Tánger 1916-1924. Radiografía de la ciudad del Estrecho en vísperas del Estatuto*, ed. e intr. Bernabé López García, Granada (Almed), 2017.

SHAFIK, AHMED, «Ibn Dāniyāl's Shadow Plays in Egypt: the Character of Ṭayf al-Khayāl», *Al-Andalus-Magreb*, 21 (2014), págs. 117-136.

SHOEMAKE, JOSH, *Tanger. A Literary Guide for Travellers*, London-New York (I.B. Tauris), 2013.

SIGMOND, J. P., *Inventaris van het archief van het Nederlandse Consulaat-General te Tanger, 1815-1830*, Den Haag (Nationaal Archief), 1987.

SIMAL, JUAN LUIS, *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*, Madrid (Centro de Estudios Políticos y Constitucionales), 2012.

SIMAL, JUAN LUIS, «Exilio y liberalismo internacional, 1814-1833. Una propuesta de interpretación», *Seminario de investigación Departamento de Historia Contemporánea (UCM) 29 de marzo 2011* (https://www.ucm.es/data/cont/media/www/pag-13888/juan_luis_simal.pdf).

SIMAL, JUAN LUIS, «Fernando VII, “el tirano de España”: liberales exiliados contra la monarquía borbónica», en José Martínez Millán, Concepción Camarero Bullón y Marcelo Luzzi (eds.), *La corte de los Borbones. Crisis del modelo cortesano*, Madrid (Polifemo), II, 2013, págs. 823-843.

SIMAL, JUAN LUIS, «Guerra de opinión: la monarquía española y la opinión pública internacional (1814-1823)», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 22 (2016), págs. 303-327.

SIMONET, FRANCISCO JAVIER, *Influencia del elemento indígena en la cultura de los moros del reino de Granada*, Tánger (Imprenta de la Misión Católica), 1895.

SIMOU, BAHIJA, *Les reformes militaires au Maroc de 1844 à 1912*, Casablanca (Université Mohammed V), 1995.

SLOUSCH, NAHUM, «Études sur l'histoire des juifs du Maroc», *Archives Marocaines*, IV (1905), págs. 45-411, y VI (1906), págs. 1-167.

SOARES, MARINA DE OLIVEIRA, *O harém ao rés do chão. Imaginário europeu e representações médicas sobre o lugar-segreto, 1599-1791*, São Bernardo de Campo, Universidad Federal do ABC, 2017 (<https://doi.org/10.7476/9788568576816>).

SOLA, SERAFÍN, «Observacion de una fístula lacrimal completa curada con el sedal por el metodo de Petit, seguida de algunas reflexiones generales sobre este afecto», *Periódico de la Sociedad Médico-Quirúrgica de Cádiz*, 1 (1820), págs. 245-255.

SOLER PASCUAL, EMILIO, «Antonio Beramendi y Freyre. Un diplomático en los inicios del siglo XIX», *Revista de Historia Moderna*, 13-14 (1995), págs. 355-366.

SOLER PASCUAL, EMILIO, «Ocios de españoles emigrados: una revista del exilio londinense», en Antonio Mestre Sanchis y Enrique Giménez López (eds.), *Disidencias y exilios en la España moderna*, Alicante (Caja de Ahorros del Mediterráneo-Universidad de Alicante), 1997, II, págs. 833-848.

STACHERA, SIMEON CZESLAW, *Franciscanos y sultanes en Marruecos. Relaciones entre el poder (al-sultān) y la obra religiosa y humanitaria de los Frailes Menores*, Granada (Facultad de Teología), 2013.

STAGL, JUSTIN, *A History of Curiosity. The Theory of Travel 1580-1800*, London-New York (Routledge), 1995.

STEARNS, JUSTIN K., *Infectious Ideas. Contagion in Premodern Islamic and Christian Thought in the Western Mediterranean*, Baltimore (Johns Hopkins University), 2011.

STEVENS, DALLAL, «Shifting Conceptions of Refugee Identity and Protection. European and Middle Eastern Approaches en Susan Kneebone», Dallal Stevens y Loretta Baldassar (eds.), *Refugee Protection and the Role of Law. Conflicting Identities*, Abingdon (Routledge), 2014, págs. 73-97.

STILLMAN, YEDIDA, *Arab Dress. From the Dawn of Islam to Modern Times. A Short History*, Leiden-Boston (E. J. Brill), 2000.

SUHRKE, ASTRI, «Refugees and Asylum in the Muslim World», en Robin Cohen (ed.), *The Cambridge Survey of World Migration*, Cambridge (University Press), 1995, págs. 457-460.

TABOADA, HERNÁN G. H., «La sombra del Oriente en la independencia americana», en Silvia Nagy-Zekmi (ed.), *Moros en la costa. Orientalismo*

en *Latinoamérica*, Madrid-Frankfurt am Main (Iberoamericana Vervuert), 2008, págs. 25-40.

TALAVERA CUESTA, SANTIAGO, *La fábula esópica en España en el siglo XVIII*, Cuenca (Universidad de Castilla-La Mancha), 2007.

TAMBURINI, FRANCESCO, «Las armas italianas del sultán: la política exterior del reino de Italia en el imperio jerifiano a finales del siglo XIX», en Francisco Javier Martínez Antonio e Irene González González (eds.), *Regenerar España y Marruecos. Ciencia y educación en las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX*, Madrid (CSIC), 2011, págs. 123-139.

TAYLOR, J., *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la côte d'Afrique, de Tanger à Tétouan*, Paris (Librairie de Gide Fils), 1832.

The Annual Register, or a View of the History, Politics, and Literature for the year 1798, London, 1800.

The Edinburgh Magazine or Literary Miscellany, julio 1797.

The Popular Encyclopedia, being a General Dictionary of Arts, Sciences, Literature, Biography, History, and Political Economy, Glasgow, 1837.

THOMSON, ANN, *Barbary and Enlightenment. European Attitudes towards the Maghreb in the 18th Century*, Leiden (E. J. Brill), 1987.

THOMSON, ANN, «L'Empire ottoman, symbole du despotisme oriental?», en Isabelle Gadoin y Marie-Élise Palmier-Chatelain (eds.), *Réver d'Orient, connaître l'Orient*, Lyon (ENS Éditions), 2008, págs. 177-196.

TICKNOR, GEORGE, *History of Spanish Literature*, New York (Harper and Brothers), 1849.

TORRA FERRER, DAVID, «La amistad entre Mawlāy Muḥammad y Carlos III», *Tamuda*, IV (1956), págs. 213-228.

TORRE, PATRICIO DE LA, y MIGUEL GARCÍA ASENSIO, *Ensayos sobre la gramática y la poética de los árabes*, Madrid (Antonio de Sancha), 1787.

TORRECILLA, JESÚS, *España al revés. Los mitos del pensamiento progresista (1790-1840)*, Madrid (Marcial Pons), 2016.

TORRECILLA, JESÚS, *Guerras literarias del XVIII español. La modernidad como invasión*, Salamanca (Universidad), 2008.

TORRES, MARÍA PAZ, «Pablo Hodar, escribiente de árabe en la Biblioteca Real y su relación con dos falsificaciones del siglo XVIII», *Al-Andalus-Magreb*, 6 (1998), págs. 209-235.

TORRES BALBÁS, LEOPOLDO, «Las mazmorras de la Alhambra», *Al-Andalus*, IX (1944), págs. 198-218.

TORRES CAMPOS, RAFAEL, *Estudios geográficos*, Madrid (Fortanet), 1895.

URQUIJO GOITIA, JOSÉ RAMÓN, *Diccionario biográfico de los ministros españoles en la Edad Contemporánea (1808-2000)*, (www.humanidades.cchs.csic.es/ih/paginas/jrug/diccionario/ministros/index.htm).

URTEAGA, LUIS, *Vigilia colonial. Cartógrafos militares españoles en Marruecos (1882-1912)*, Barcelona (Bellaterra), 2006.

VALBERT, G. [seudónimo de Victor Cherbuliez], «Un voyageur français au Maroc», *Revue des Deux Mondes*, 86 (1888), págs. 670-681.

VALCÁRCCEL, CARMEN, «Juan Andrés y la literatura española: la tesis árabe y la polémica sobre el Barroco», en Pedro Aullón de Haro, Jesús García Gabaldón y Santiago Navarro Pastor (eds.), *Juan Andrés y la teoría comparatista*, Valencia (Biblioteca Valenciana), 2002, págs. 245-265.

VALDÉS FERNÁNDEZ, FERNANDO, «De embajadas y regalos entre califas y emperadores», *Awraq*, 7 (2013), págs. 25-41.

VALDIVARES Y LONGO, RAMÓN, *La Iberiada. Poema épico a la gloriosa defensa de Zaragoza bloqueada por los franceses*, Madrid (E. Aguado), 1825.

VALENSI, LUCETTE, *Fables de la mémoire. La glorieuse bataille des trois rois*, Paris (Seuil), 1992.

VALENSI, LUCETTE, *On the Eve of Colonialism. North Africa before the French Conquest*, New York-London (Africana Publishing Company), 1977.

VALERA CANDEL, MANUEL, «Actividad científica realizada por los liberales españoles exiliados en el Reino Unido 1823-1833», *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, LIX (2007), págs. 131-166.

VALLEJO GARCÍA-HEVIA, JOSÉ MARÍA, «Campomanes y la Real Compañía de Filipinas: sus vicisitudes de organización y funcionamiento (1790-1797)», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 63-64 (1993-1994), págs. 847-896.

VARELA-OROL, CONCHA, «Martín Sarmiento y los estudios orientales: la edición de la *Bibliotheca Arabico-Hispana* de Casiri», *Revista General de Información y Documentación*, 22 (2012), págs. 9-33.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, JOAQUÍN, «La prensa liberal española en Londres y París ante la constitución de Cádiz, 1824-1830», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 22 (2016), págs. 329-339.

VERGARA, GABRIEL MARÍA DE, *Cantares populares recogidos en diferentes regiones de Castilla la Vieja y particularmente en Segovia y su tierra*, Valladolid (Maxtor), 2010 (reimpresión de Madrid, 1912).

VERGNIOT, OLIVIER, «De la distance en histoire. Maroc - Sahara occidental: les captifs du hasard (xvii^e-xx^e siècles)», *Revue de l'occident musulman et de la Méditerranée*, 48-49 (1988), págs. 96-125.

VICENTE, ÁNGELES, «La presencia de la lengua española en el Norte de África y su interacción con el árabe marroquí», *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana*, 9 (2011), págs. 59-84.

VIDAL-ABARCA LÓPEZ, JUAN, «Juan de Mendíbil y Grao», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rah.es).

VIGUERA MOLÍNS, MARÍA JESÚS, «El caballo a través de la literatura andalusí», en *Al-Andalus y el caballo*, Barcelona (Lunweg), 1995, págs. 99-112.

VIGUERA MOLÍNS, MARÍA JESÚS, «Luces sobre al-Andalus: *sapere aude*», *Antigüedad, arqueología y arte en el reinado de Carlos III* (<https://www.almendron.com/artehistoria/historia-de-espana/edad-moderna/carlos-iii-un-rey-ilustrado/iii-antigüedad-arqueologia-y-arte-en-el-reinado-de-carlos-iii/3/>).

VILADRICH, MERCÈ, «“La Constitución de los Pueblos de Occidente”. Une proposition inédite du voyageur Alí Bey l'Abbasside pour le Maroc dans l'Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona (AHCBC, Col. Toda, Ms B.162-II)», *Revue des mondes musulmans et de la Méditerranée*, 113-114 (2006), págs. 345-383.

VILAR, JUAN BAUTISTA, «La emigración liberal en el norte de África», *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*, Madrid (Síntesis), 2012 (2.^a ed.), págs. 154-162.

VILAR, JUAN BAUTISTA, «Fernando VII, la Inquisición y los judíos de Gibraltar», *Maguen-Escudo* (Caracas), 33 (1973), págs. 6-10 y 34 (1973), págs. 10-13.

VILAR, JUAN BAUTISTA y MARÍA JOSÉ VILAR, «José Joaquín de Mora», *Diccionario Biográfico Español* (www.dbe.rah.es).

VILAR, MARÍA JOSÉ, *Ceuta en el siglo XIX a través de su cartografía histórica y fuentes inéditas. De presidio fortificado a ciudad abierta, portuaria y mercantil (1800-1912)*, Murcia (Universidad), 2002.

VILLANOVA, JOSÉ LUIS, «La visión de Tetuán en relatos de viajeros españoles durante el Protectorado en Marruecos (1912-1956)», en Ferran Izquierdo Brichs y Thierry Desrues (coords.), *Actas del primer congreso del Foro de Investigadores sobre el Mundo Árabe y Musulmán (FIMAM)*, Barcelona, 2005.

VILLANUEVA FARPÓN, JORGE, «*Evitarán la compañía de los poderosos*»: *praxis política y religiosa de la tariqa darqawiyya de Marruecos en los discursos precoloniales y coloniales europeos (1800-1956)*, tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2017.

VILLAVERDE AMIEVA, JUAN CARLOS, «The collections of Aljamiado manuscripts», *A Companion to Aljamiado Literature*, Hereth Bamford & Alberto Montaner (eds.), Brill [en preparación].

VILLAVERDE AMIEVA, JUAN CARLOS, «Los manuscritos aljamiado-moriscos: hallazgos, colecciones, inventarios y otras noticias», en Alfredo Mateos Paramio (coord.), *Memoria de los moriscos. Escritos y relatos de una diáspora cultural*, Madrid (SECC), 2010, págs. 91-128.

VILLAVERDE AMIEVA, JUAN CARLOS, «Un papel de Francisco Antonio González sobre “códices escritos en castellano con caracteres árabes” (Real Academia de la Historia, año 1816) y noticia de las copias modernas de *Leyes de Moros*», en Raquel Suárez García e Ignacio Ceballos Viro (eds.), *Aljamías. In memoriam Álvaro Galmés de Fuentes y Jacob M. Hassán*, Gijón (Trea), 2012, págs. 131-214.

VILLAVERDE VEGA, NOÉ, *Tingitania en la antigüedad tardía (siglos III-VII). Autoctonía y romanidad en el extremo occidente mediterráneo*, Madrid (Real Academia de la Historia), 2001.

VIÑAO FRAGA, ANTONIO, «Disciplinas académicas y profesionalización docente: los Reales Estudios de San Isidro (1770-1808)», en Eve-Marie Fell y Jean-Louis Guereña (eds.), *L'Université en Espagne et en Amérique Latine du Moyen Age à nos jours, II*, Tours (Presses Universitaires François-Rabelais), 1998, págs. 303-323.

WESTERMARCK, EDVARD, *Marriage Ceremonies in Morocco*, London (Macmillan), 1914.

WESTERMARCK, EDVARD, *Pagan Survivals in Mohammedan Civilisation*, Amsterdam (Philo Press), 1973 (1.^a ed., 1933).

WESTERMARCK, EDVARD, *Ritual and Belief in Morocco*, London (Macmillan), 1926.

WRIGHT, WILLIAM, «On the Authorities for the History of the Dominion of the Arabs in Spain», *The Journal of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland*, 16 (1856), págs. 346-356.

YĀQŪT AL-ḤAMAWĪ, *Muğam al-buldān*, Beirut, 1977.

AL-ZĀHIDĪ, MĀLIKA, «Ibn ʿUṭmān», *Maʿlamat al-Magrib*, XVIII, Rabat (Maṭābiʿ Salā), 2003, págs. 5981-5982.

ZAPPÍA, ANDREA, «Una nuova frontiera. La penetrazione commerciale genovese in Marocco durante el sultanato di Mohammed III (1757-1790)», en Matteo Barbano, Alessia Castagnino y Emanuela Locci (eds.), *Attraverso la Storia – Percorsi mediterranei*, Roma (BastogiLibri), 2016, págs. 88-107.

ZAVALA, IRIS M., «La prensa exaltada en el trienio constitucional: “El Zurriago”», *Bulletin Hispanique*, 69 (1967), págs. 365-388.

AL-ZAYYĀNĪ, ABŪ L-QĀSIM, *Al-Turğumāna al-kubrā fi aḥbār al-maʿmūr barran wa-baḥran*, ed. ʿA. K. al-Filālī, al-Muḥammadiyya (Wizārat al-Anbāʿ), 1967.

ZAZO ESTEBAN, ALBERTO, «José Joaquín de Mora, protestante ante la muerte», *Castilla. Estudios de Literatura*, 7 (2016), págs. 127-143.

ZYTNIKI, COLETTE, «Babouches et nus pieds: perceptions antagonistes des frontières juridico-politiques entre juifs et musulmans dans le Maroc pre-colonial», en Michel Bertrand y Natividad Planas (eds.), *Les sociétés de frontière: de la Méditerranée à l’Atlantique, XVI^e-XVIII^e siècles*, Madrid (Casa de Velázquez), 2011 (<https://books.openedition.org/cvz/1080>).

ZYTNIKI, COLETTE, *Les Juifs du Maghreb. Naissance d’une historiographie coloniale*, Paris (Presses Universitaires de la Sorbonne), 2011.

ÍNDICES

Adviértase que, en las formas árabes transliteradas, el artículo *al-* no se tiene en cuenta para el orden alfabético. Asimismo, debido a su gran abundancia, no se han registrado los topónimos España, Marruecos y Tánger.

ANTROPÓNIMOS

- Abarodi: 94, 167, 170.
 °Abd al-Qādir, emir: 368.
 °Abd al-Raḥmān (I) b. Mu°āwiya, emir de al-Ándalus: 440, 461.
 °Abd al-Raḥmān b. °Aš°āš: 48, 204.
 °Abd al-Raḥmān b. Zaydān: 168, 169.
 Abensur, Isaac: 72, 95, 547.
 Abraham: 546, 549.
 Abū Bakr, califa: 290.
 Ackermann, Robert: 451, 456.
 Adams, Robert: 227, 250.
 Aḥmad al-Manšūr al-Ḍahabī, sultán sa°dī: 356.
 Aḥmad al-Rifī: 345.
 Aḥmad b. Sulaymān, véase *Antonio Piloti*.
 Alarcón, Pedro Antonio de: 425.
 Alcalá, Pedro de: 443.
 Alcalá Galiano, Antonio: 11, 64, 67, 78, 420, 458.
 Alfonso VI, rey de León y Castilla: 210.
 °Alī b. Abī Ṭālib, califa: 290.
 Ali Bey: 14, 25, 26, 30, 33, 158, 217, 220, 242, 246, 248, 249, 518, 522.
 Véase también *Domingo Badía y Lebllich*.
 Álvarez Pérez, José: 320.
 Andrés, Juan: 430-432, 435, 441, 443, 446, 454.
 Ángeles, Diego de los: 259.
 °Antara: 411.
 Aquiles: 523.
 Aranda, Pedro Pablo Abarca, conde de: 246, 332.
 Argote, Simón de: 424, 438-455.
 Aristóteles: 38, 39, 484.
 Asoosey (~ al-Sūsī): 240.
 Astrea: 38, 547.
 Averroes: 39, 413, 535.
 Avicena: 39, 413, 535.
 Aviraneta, Eugenio de: 17, 79.
 Badía y Lebllich, Domingo: 14, 26, 73, 75, 158, 217, 220, 224, 230-232, 242-244, 246, 248, 249, 253, 280, 284, 292, 297, 303, 305, 306, 308, 310, 311, 334, 335, 337, 338, 343, 344, 345, 347, 348, 358, 359, 364, 365, 376, 411.
 Véase también *Ali Bey*.
 Baldwin, George: 401-403.

- Banqueri, José Antonio: 443.
- Barceló, Antonio: 34, 35, 191, 528.
- Baroja, Pío: 17, 56, 59, 317, 318.
- Barrada, Ali: 240.
- Bayrūk: 239.
- Beale: 221.
- Beauclerk, George: 83, 84, 106, 165, 217, 218, 221, 231, 236, 240, 241, 248, 249, 279, 281, 283, 288, 294, 295, 296, 311-313, 325, 350, 360, 371, 389.
- Bejarano, Aḥmad b. Qāsim: 287.
- Belido: 95, 546, 547.
- Belisario: 39, 562.
- Bellay, Joachim de: 39.
- Benasayas: 95, 96, 546, 547.
- Benchimol: 147.
- Bendelac, Abraham: 19, 20, 23, 46-49, 51-55, 65, 70, 72, 76, 78, 82, 93, 94, 97, 98, 125, 126, 134, 136, 137, 139, 148, 149, 154, 159, 167-169, 177, 180, 184, 188, 197, 202, 204, 205, 275, 344, 389.
- Benoliel, Judah: 83, 98, 132, 190.
- Benuya: 54.
- Ben Yūsuf (~ Yusefa ~ Jucebo ~ Jucofs): 171, 501, 503, 513.
- Beramendi, Antonio de: 135, 150, 212.
- Berchtold, Leopold: 401-403.
- Bertrán de Lis, Manuel: 58, 183, 577.
- Betancourt, Agustín de: 444.
- Blanco White, José María: 451, 452, 454.
- Borja Tarríus, Bernardo de: 17, 55, 56, 79, 85, 213, 318.
- Borrasca: 51, 140, 487.
- Bowring, John: 445, 450.
- Bremond, Tomás: 270.
- Briarly, Alejandro: 53, 65, 92, 101, 103, 126, 142-153, 159, 175-179, 191, 200-203, 205, 207, 228, 392, 470-472, 475-478, 489, 490, 491, 494, 509, 538, 555-557, 562, 564, 565-570, 575, 576, 580.
- Brown, Dr.: 83, 221.
- Buffa, John: 106, 108, 110, 217, 218, 221-223, 225, 231, 237, 238, 241, 284, 297, 313, 325, 338.
- Burel, Antoine: 217-219, 224, 225, 231, 241, 285, 286, 288, 375, 392.
- Burgos, Carmen de: 417, 418, 420.
- Caillé, Jacques: 128, 131, 241.
- Caillié, René: 198, 199.
- Calderón de la Barca, Pedro: 459.
- Campo Alange, conde de (Manuel de Negrete): 135.
- Campomanes, conde de (Pedro Rodríguez de Campomanes): 432, 443.
- Canga Argüelles, José: 452.
- Cañes, Francisco: 432.
- Capeto, Hugo: 552.
- Cardoso, Aaron: 98, 99, 480.
- Cardoso, Isaac: 99.
- Carlos II, rey de España, 506.
- Carlos II, rey de Inglaterra: 218.
- Carlos III, rey de España: 260, 261, 266, 429, 434, 487, 497, 527, 567.
- Carlos IV, rey de España: 498.
- Carlos V, emperador: 342.
- Carlos X, rey de Francia: 159, 474, 552, 553.
- Carstensen, Johan Arnold: 118.

- Casaccia, Antonio Benedetto: 234.
- Casiri, Miguel: 429-433, 435, 438, 443.
- Castells, Irene: 50.
- Catalina de Württemberg, reina de Westfalia: 367.
- Cervantes, Miguel de: 39, 423.
- Chateaubriand, François René de: 40, 41.
- Chénier, Louis de: 32, 33, 248, 256, 265, 280, 324, 325, 327, 338, 386, 387.
- Clemente, Simón de Rojas: 359, 438.
- Cochelet, Charles: 75, 86, 87, 104, 132, 133, 159, 217, 219, 220, 225-228, 231, 233, 238, 239, 241, 243, 247, 249, 250, 251, 273, 388, 395-397.
- Colaço, Jorge José: 53, 76, 82, 118, 153, 154, 396, 403.
- Coll, José Antonio: 80, 81, 222, 230, 393, 394, 400.
- Collado, Luis: 287.
- Comín, Juan de: 29.
- Comín, Tomás de, 14, 26, 27-32, 217, 225, 230, 231, 242, 248, 263-265, 273, 284, 288, 289, 292, 304-306, 318, 322-324, 332, 344, 347, 348, 365, 366, 373, 375.
- Conde, José Antonio: 444, 445-457, 459, 460.
- Constant, Benjamin: 41, 550.
- Cordero de la Cruz, José: 69.
- Costa, Joaquín: 418, 421.
- Coutinho, Luís Pinto de Sousa: 402.
- Cugnet de Montarlot, Claude-François: 56-60, 80, 81, 134, 486, 544, 577.
- Curtis, James: 111, 217, 218, 221, 231, 237, 241, 400.
- Dakhliá, Jocelyne: 409.
- Damoiseau, Louis: 368.
- Darmon, Victor: 116.
- Dartarl, Pedro: 185, 186, 554, 574.
- D'Augustin, Ferdinand: 104, 108, 109.
- Daumas, Eugène: 368.
- David: 37, 507, 544.
- D'Ehrenhoff, Johan Mathias: 85, 106-108, 112, 118.
- D'Ehrenhoff, Selim: 118.
- Delacroix, Eugène: 104, 105, 107, 108, 217, 219, 221, 231, 309, 329, 345.
- Delaporte, Jacques: 113, 197, 198.
- Delgado, Francisco: 52-54, 77, 82, 83, 180.
- Deucalión: 38, 417, 533.
- Dioscórides: 544.
- Díaz del Castillo, Bernal: 241.
- Díaz Morales, Francisco: 163, 199.
- Don, George: 83, 123, 360, 556, 560.
- Don Julián: 483.
- Douglas, James Sholto: 122-124, 128, 129, 166, 184, 477, 556, 571.
- Doutté, Edmond: 116.
- Dris, caíd: 245, 246.
- Al-Ḍuʿayyif: 117.
- Erpenius, Thomas: 443.
- Esaú: 37, 546.
- Estébanez Calderón, Serafín: 116, 247.
- Ezeta, Bruno de: 35, 528.
- Fátima, hija de Mahoma: 290, 497.
- Felipe V, rey de España: 480.
- Fernández Bazán, Antonio: 50, 142, 555, 565.

- Fernández de Híjar, Pilar: 332.
- Fernández de Moratín, Leandro: 332, 444.
- Fernández Duro: Cesáreo, 320.
- Fernández Golfín, Francisco: 55, 88, 173, 184, 191, 200.
- Fernando II, rey de Aragón y de Castilla: 39, 40, 520, 542, 558.
- Fernando VII: 10, 11, 13, 16, 25, 29, 55, 63-65, 99, 101, 103, 126, 129, 138, 142, 162, 163, 165, 179, 189, 192, 194, 201, 203, 207, 212, 283, 301, 446, 461, 470, 475, 477, 488, 491, 492, 496, 499, 557, 558, 566-568, 577.
- Fersí: 81, 82, 95, 544, 549.
- Figueroa, Manuel: 213.
- Floridablanca, conde de (José Moñino): 263, 265, 266, 498, 537.
- Fort, David M.: 229.
- Fort, Glorvina: 113-115, 217, 225, 228, 229, 230-232, 235, 240, 242.
Véase también *Glorvina Mullowny*.
- Fraissinet, Jean F.: 20.
- Frías, Rafael: 51, 53.
- Galeno: 544.
- García Asensio, Miguel: 433, 434.
- García Figueras, Tomás: 21.
- Al-Gassānī: 262.
- Gassūs, Ḥadū, véase *Hadoud Kissouse*.
- Gatell, Joaquín: 78, 320.
- Al-Gazāl, Aḥmad: 261.
- Geoffroy, Jean-Baptiste: 234.
- Géricault, Théodore: 226.
- Gibbon, Edward: 456.
- Gil Novales, Alberto: 42.
- Godoy, Manuel (príncipe de la Paz): 161, 249, 359, 360, 363.
- Golius, Jacob: 443.
- Gómez de Butrón, Fernando: 163, 164.
- Gómez Labrador, Pedro: 152.
- González, Bernardino: 432.
- González Azaola, Gregorio: 144, 145.
- González Salmón, Antonio: 270, 359, 406, 498.
- González Salmón, hermanos: 118.
- González Salmón, Juan Manuel: 130, 246.
- Graberg di Hemsö, Jacob (~ Jacopo): 71, 73, 75, 103, 104, 107, 109, 112, 113, 196, 217, 223, 224, 227, 230, 231, 233-236, 242-244, 247, 250, 251, 282, 320, 329, 348, 349, 356, 361, 365, 366, 371, 374, 376-378, 380, 382, 384, 395, 397, 398, 399, 406, 409.
- Grimaldi Pallavicini, Pablo Jerónimo: 270.
- Hamar: 239, 243.
- Hamet: 237.
- Hardan, Hamet: 240.
- Ḥasan I, sultán de Marruecos: 296.
- Hay, Edward Drummond: 85.
- Hay, John Drummond: 87, 88, 107, 110, 116, 118, 281, 327, 368, 405.
- Herbelot, Barthélemy de: 428.
- Hipócrates: 544.
- Honorio, emperador: 39, 562.
- Hurtado de Mendoza, Diego: 460.
- Hutchison, John: 237.
- Ibn al-^cAwwām: 433, 443.
- Ibn Farḥ al-Qurṭubī: 209.

- Ibn al-aṭīb: 443
 Ibn Gānim: 287
 Ibn Zaydān: véase °Abd al-Raḥmān b. Zaydān
 Al-Idrīsī: 358
 Al-Ifrānī: Muḥammad, 356
 Iglesias González, Pablo: 50, 52
 Infantado, duque del: 436
 Irving, James: 237
 Ismael: 508, 509
 Jackson, James Gray: 158, 217, 218, 223, 230, 231, 235, 242-244, 246, 247, 249, 280, 283, 300, 304, 305, 313, 316, 319, 322, 330, 349, 350, 355, 361, 363, 370, 371, 380, 385, 392, 405, 406, 407
 Jacob: 37, 546
 Johnson, capitán: 185, 188, 475, 555
 Jomard, Edme-François: 198
 Jorge IV, rey de Inglaterra: 60, 122, 165, 476, 561
 José I, rey de España: 11, 135, 444
 Jovellanos, Gaspar Melchor de: 444
 Juan VI, rey de Portugal: 154
 Juan, Jorge: 160, 261
 Judas: 40, 542.
 Keatinge, Maurice: 217, 218, 221, 231, 236, 241, 242, 350, 361.
 Kissouse, Hadoud / Gassūs, Ḥadū: 240, 241.
 Lacanina, Francisca de: 76.
 Lady Fatima: 114.
 Laing, Alexander Gordon: 198.
 Laredo, Isaac: 322.
 Lavedán, Antonio: 403.
 Lede, marqués de (Juan Francisco de Bette): 259, 507.
 Lemprière, William : 111, 158, 217-219, 221, 222, 231, 235-237, 241, 244-246, 256, 280, 302, 303, 304, 338, 347, 370, 388, 409.
 León, José de: 257, 258.
 León Africano, Juan: 248, 334, 370.
 Levy, Simon: 23.
 Linares, Mariano: 51, 53.
 Llorens, Vicente: 12, 15, 16.
 Llorente, Juan Antonio: 40.
 López, Francisco: 54.
 López, Juan Jacinto: 42, 43, 76, 118, 153, 154.
 López Baños, Miguel de los Santos: 53, 77, 179.
 López Menéndez, Juan: 213.
 López y Espila, León: 213.
 Lord Byron: 40.
 Lord Canning: 475, 557, 559.
 Lord Chatham: 123, 472, 556.
 Lourido, Ramón: 20, 47, 69, 101, 103, 136, 137.
 Luis XIV, rey de Francia: 258.
 Luis XVI, rey de Francia: 32, 264, 536.
 Luis XVIII, rey de Francia: 70, 471, 496, 558.
 Luyando, José: 136, 146.
 Macnin (~ Mechinino ~ Muhinin), Meir: 94, 97, 98, 128, 137, 138, 144, 177, 190, 371, 489, 525.
 Véase también *Meir Cohen*.
 Mahoma: 201, 283, 290, 303, 325, 456, 485, 497, 511, 535, 541, 566.

- Maitland, John: 186.
 Mālik b. Anas: 376.
 Al-Mandarī (~ al-Manzarī), Sīdī ʿAlī: 424.
 Manzanares, Salvador: 558.
 Maquiavelo (~ Machiavelo), Niccolò: 39, 475, 357, 559.
 Marconchini, Antonio: 50-53, 55-57.
 María Cristina, reina regente: 10.
 Mariana, Juan de: 428, 455.
 Mármol, Luis del: 248, 327.
 Martín del Rosario, Pedro: 20, 69, 70, 71, 86, 87, 93, 101-103, 126, 132, 136, 140, 141, 149, 173, 175-178, 228, 234, 251, 433, 471, 487, 493, 494, 495.
 Martín el Empecinado, Juan: 194, 195.
 Martínez Campos, Arsenio: 415.
 Martínez de la Rosa, Francisco: 449.
 Masdevall, José de: 400.
 Massieu, abate: 430.
 Mateos, Gaspar: 55, 61, 80, 179, 545.
 Matra, James; 221.
 Mayans, Gregorio: 452.
 Meir Cohen ben Macnin (~ Maqnin): 96.
 Melón, Juan Antonio: 444.
 Mendíbil, Pablo de: 452-455, 457, 460.
 Mendizábal, Blas de: 118, 134, 135.
 Menoyo, Pedro: 195.
 Mesa, Melchor de, 34-36: 527.
 Michaux-Bellaire, Édouard: 340.
 Miège, Jean-Louis: 18-20, 47, 65, 189, 197.
 Minerva: 533.
 Moisés: 541.
 Mondéjar, marqués de: 436.
 Montagu, Lady Mary: 333.
 Montaña, Pedro Pablo: 266.
 Montarlot, véase *Cugnet de Montarlot*.
 Montero, Luis: 80.
 Montesquieu, Barón de (Charles-Louis de Secondat): 254, 279, 329, 431.
 Mora, José Joaquín de: 456, 457, 460.
 Moreno de Guerra, José: 17, 24, 41, 43, 49, 54, 55, 57, 61-63, 71, 79, 127, 163, 165, 179, 183-185, 187, 191, 192, 199, 202, 203, 344, 474, 475, 477, 478, 553-555, 557, 571-573, 575, 577, 578, 580.
 Mornay, conde de (Charles-Edgar): 221.
 Moüette, Germain: 226.
 Muḥammad b. Marzūq, Abū ʿAbd Allāh: 295, 296.
 Muḥammad b. ʿUṭmān (~ Ben Othman) al-Miknāsī: 80, 261-266, 393, 413, 536.
 Muley ʿAbd al-Raḥmān (~ Rahaman ~ Rajaman) b. Hišām, sultán de Marruecos: 24, 32, 97, 98, 139, 166, 168-171, 181, 207, 221, 271, 275-278, 291, 295, 307, 308, 390, 463, 469, 471, 480, 482, 498, 502, 503, 505, 508, 512-515, 518, 532, 554, 569, 573, 580.
 Muley ʿAbd al-Salām: 221.
 Muley ʿAbd al-Salām b. Maššī: 267, 296.
 Muley Hišām (~ Yschem), sultán de Marruecos: 271, 272, 500.
 Muley Ibrāhīm, hijo de Muley Sulaymān: 273.
 Muley Ibrāhīm, hijo de Muley al-Yazīd: 274, 501.

- Muley Ismā'īl (~ Ismael), sultán de Marruecos: 24, 32, 33, 80, 253-260, 278, 337, 471, 504, 506, 507, 509, 525.
- Muley Maslama (~ Salema): 271, 272, 500.
- Muley Sa'īd (~ Seid): 197, 501.
- Muley Sicziltan: 270, 497.
- Muley Sulaymān (~ Soliman), sultán de Marruecos: 24, 27, 31, 80, 81, 97, 115, 131, 143, 156, 159, 165, 170, 181, 197, 224, 254, 266, 271-276, 281, 285, 289, 290, 291, 295, 297, 304, 307, 312, 393, 394, 399, 413, 471, 463, 473, 498, 499, 500-502, 505, 510, 514, 515, 518, 523, 544, 546.
- Muley al-Yazīd (~ El-Yecid ~ el-Yezid), sultán de Marruecos: 24, 34, 261, 262, 265-272, 274, 463, 497, 498, 500, 501, 537.
- Mullowny, Glorvina: 74, 105, 106, 113, 114, 229, 270, 535.
Véase también *Glorvina Fort*.
- Mullowny, John: 105, 125-129, 139, 141, 171, 178, 189, 228, 229, 230, 270.
- Murat, Joachim: 224.
- Murray: 83, 221.
- Napoleón I, emperador: 57, 219, 224, 285, 286, 302, 567.
- Nelson, Horatio: 144.
- Nijssen, Charles: 19, 20.
- Noé: 38.
- Noel, Eugenio: 420, 421.
- Ockley, Simon: 428.
- O'Donnell, José: 50, 472, 486.
- Omimon, judío de Tánger: 73, 95, 201, 535, 566.
- O-mimon (Sidy Mahomed), véase *Ū Mimūn al-Garwānī*.
- Orué, Cenón de: 47, 51, 53, 69, 75, 76, 85, 88, 103, 105, 106, 118, 126, 127, 129, 134-144, 146, 159, 164, 165, 174-176, 180, 189, 204, 207, 470, 483, 486, 487, 567-570, 577, 578.
- Oseas: 37, 548.
- Ovidio: 38, 550.
- Ouvrard, Gabriel: 36.
- Ouvrard, Victor: 36, 97.
- Padró, Francisco: 400.
- Park, Mungo: 248.
- Payne, George: 221.
- Pellow, Thomas: 226.
- Pérez, Ángel: 65.
- Pérez, Juan Antonio: 80.
- Pérez de Hita, Ginés: 449, 459.
- Pilatos: 576.
- Piloti, Antonio: 67, 113, 184, 191-203, 234, 287, 384, 472, 475, 476, 478, 552, 557-559, 563, 565, 566, 575, 576, 578.
- Pirro: 38, 559.
- Pizzi Frangeschi, Mariano: 434.
- Posac, María Dolores: 18, 147.
- Potocki, Jan: 263.
- Quintana, Manuel José: 28, 29, 225.
- Reyes Católicos: 262.
- Ribera, Julián: 415.
- Riego, Rafael del: 58.
- Riley, James: 227, 228, 250, 251.
- Ripperdá, Juan Guillermo, barón de: 32, 46, 67, 203, 480.
- Rocher, Jean-Baptiste du: 237.

- Rodrigo, rey: 39, 562.
 Rómulo: 478, 572.
 Rose, Benjamin: 227.
 Rzewuski, Waclaw Seweryn: 367, 368.
 Sacy, Silvestre de: 32, 113, 264, 445
 Sagarra, Joseph de: 32, 259, 298.
 Sale, George: 428.
 Salinas y Moñino, Francisco: 160, 261.
 Salmon, Georges: 345.
 San Carlos, duque de (José-Miguel de Carvajal-Vargas): 134.
 Sánchez, Franco [Francisco]: 245.
 Sancho II, rey de León y Castilla: 210.
 San Juan, Francisco de: 256.
 Santana: 82, 83.
 Sarmiento, Martín: 429.
 Sayf b. Dī Yazan: 411.
 Schousboe, Peter: 109, 112, 358.
 Scidiac, Elías: 400.
 Scott, Walter: 459.
 Sebastián I, rey de Portugal: 253, 326, 482, 505.
 Sebastiani, Horace: 440.
 Shelley, Mary: 218.
 Shelley, Percy: 218.
 Sidi Hamet: 239.
 Sidī Hāšim de Ilig: 239.
 Sidī Muḥammad b. ʿAbd Allāh (~ Sidi ~ Muley Mahomed): 24, 81, 93, 158, 221, 260-262, 264, 265, 267-270, 286, 289, 291, 354, 375, 379, 381, 391, 497, 536,
 Sidy Mahomed Ahardan (~A-jardan ~ Ajurdan): 92-94, 153, 189, 494, 554, 567.
 Sidy Mahomed Mingud: 92, 178, 471, 472, 509, 510, 552, 555.
 Sidy Mahomed Montalbe: 92, 510.
 Sidy Mahomed Zenzamani: 92, 94, 472.
 Simonde de Sismondi, Jean-Charles: 452.
 Simonet, Francisco Javier: 437.
 Simpson, Diego: 125.
 Simpson, James: 125, 139.
 Simpson, John: 125.
 Sola, Serafín: 81, 82, 132, 222, 273, 395-398, 403, 404, 544.
 Soler, hermanos: 118.
 Soria, Francisco: 55, 56, 213.
 Sosa, Antonio de: 327.
 Soult, Jean-de-Dieu: 195.
 Sourdeau, Jean-Edouard: 66, 70, 86, 88, 95, 104, 106, 115, 126-134, 137-141, 146, 148, 152, 159, 162, 174-177, 180, 190, 198, 199, 203, 228, 250, 251, 389, 395, 397, 470, 474, 476, 486-489, 496-498, 510, 547, 552, 558, 562, 567, 577, 580.
 Ṭariq b. Ziyād: 421.
 Taylor, Isidore-Justin (barón): 363.
 Ticknor, George: 445.
 Tinaones, Juan: 251.
 Tineo, Juan: 444, 445, 448, 455.
 Torre, Patricio de la: 69, 433-436, 440, 443.
 Torquemada, Tomás de: 40, 542,
 Torrijos, José María: 55.
 Tott, François (barón de): 321.
 Toulon, Cesarine: 130, 148, 489.
 Toulon, Louis Hippolite: 130.

- Tripland, Edward: 62, 123, 182, 185, 186, 189, 190, 475, 477, 555, 559, 560, 571, 574.
- Trueba, Telesforo de: 458, 459.
- Ū Mīmūn al-Garwānī, Muḥammad: 15, 21, 23, 24, 62, 74, 82, 92, 97, 124, 138, 141, 143, 149, 153, 161-172, 175, 178, 183, 189, 190-192, 201, 202, 206-208, 288, 344, 461, 469, 470-472, 476-478, 485-489, 491-496, 498, 499, 503-505, 508, 509, 513, 514, 518, 528, 538, 545, 552, 553, 555, 562-569, 572, 575, 576, 578, 581.
- Urías: 37, 507.
- Urquijo, Mariano Luis de: 406.
- Urrutia, José Ramón de: 528.
- Usea, Antonio: 82.
- Valdés, Cayetano: 144.
- Valdés, Francisco: 49, 50-53, 55, 63, 77, 78, 88, 137, 140, 147, 174, 176, 179, 191, 212.
- Van Halen, Juan: 183.
- Vaudoncourt, Frédéric Guillaume de: 56, 57.
- Velázquez de Echeverría, Juan: 439.
- Vélez, Rafael de: 572.
- Venus: 326, 534, 541.
- Viale, Giovanni: 152, 153.
- Víctor Manuel I, rey de Cerdeña: 366.
- Victoria, reina del Reino Unido: 368.
- Villanueva, Jaime: 452.
- Villanueva, Joaquín Lorenzo: 452.
- Villèle, Jean-Baptiste de: 498.
- Virgilio: 37.
- Vulcano: 38, 523.
- Walton, William: 29.
- Wetherell, Nathan: 145.
- Wilson, Robert Thomas: 122, 184, 191.
- Al-Zamaḥṣarī: 209.
- Zamoleti, Ángela, 193.
- Zamoleti, Josefa: 193.
- Al-Zayyānī: 285.
- Zigers, Jonás Francisco: 245, 246.
- Véase también *Drís*.

TOPÓNIMOS

- Abila: 341, 417, 484, 533.
Abukir: 144.
Acapulco: 27.
África: 9, 17, 21, 38, 107, 118, 143, 161, 187, 195, 198, 227, 242, 243, 314, 317, 321, 326, 341, 342, 368, 382, 383, 385, 386, 399, 404, 415, 418, 420, 423, 424, 436, 447, 448, 469, 476, 482, 486, 499, 502, 505, 507, 516, 522, 524, 531, 532, 537, 546, 548, 550, 556, 561, 563, 567, 573, 574, 576, 578, 580.
Agadir: 188, 226, 300, 336, 363, 378, 385.
Véase también *Santa Cruz*.
°Alam, monte: 2.
Alcazarquivir (~ Alcazar-el-Quibir): 237, 253, 336, 501, 505.
Alejandría: 396, 401, 402, 527.
Algarbe: 199.
Algeciras: 35, 286, 486, 526, 528.
Alhucemas, peñón de: 27, 205.
Alicante: 28, 29.
Almadén: 369.
Almería: 50-52, 59, 65, 134, 141, 417, 420, 470, 485, 487, 488, 533.
América: 11, 12, 16, 27, 78, 107, 182, 184, 186, 187, 321, 324, 474, 476, 477, 499, 533, 537, 553-555, 558, 559-561, 568, 571, 572, 573, 574.
Andalucía: 36, 37, 418, 421, 423, 440, 448, 496.
Al-Ándalus: 9, 415, 416, 419, 424, 426, 427, 429, 430, 437, 438, 447, 448, 453, 455, 459, 461.
Anğara (~ Anchar): 170, 501, 503.
Arabia; 365, 456.
Arabia Pétreá: 523.
Aragón: 39, 58, 481, 554.
Aranjuez: 359, 360.
Arcila: 260, 294-296, 336, 502.
Véase también *Assila*.
Arequipa: 89, 163.
Argel: 288, 289, 327, 382, 516, 529, 560, 573.
Argelia: 276, 354, 368, 391, 423.
Asia: 436, 476, 502, 561.
Assila: 336.
Véase también *Arcila*.
Atenas: 427, 441, 533.
Atlántico, océano: 162, 181, 341, 417, 533, 554.

- Atlas, cordillera: 162, 169, 245, 274, 327, 357, 369, 370, 371, 417, 481, 488, 501, 505, 521, 533, 562.
- Azemmur: 236.
- Babilonia: 427, 533, 542.
- Baelo Claudia (~ Bolonia): 342, 484.
- Bagdad: 278, 502.
- Baleares: 555.
- Bambara: 382, 530.
- Barcelona: 32, 528.
- Bélgica: 16.
- Berbería: 233, 310, 522, 526, 537, 543, 557, 562, 567, 576.
- Bética, cordillera: 417.
- Brasil: 219.
- Brescia: 192.
- Buena Esperanza, cabo: 300, 482.
- Buenos Aires: 53.
- Bullones, sierra: 505.
- Cádiz: 16, 42, 46-48, 61, 65, 82, 130, 144, 154, 212, 359, 455, 490, 498, 538, 552, 555, 564, 577.
- Calpe: 341, 342, 417, 484, 533.
- Canadá: 41, 481.
- Canarias: 35, 187, 528, 555, 574.
- Cartago: 427, 533.
- Casablanca: 234.
- Castilla: 210, 308, 481, 499, 507, 520, 531, 565.
- Cerdeña: 71, 114, 234, 366, 514.
- Ceuta: 32, 34, 35, 43, 72, 82, 142, 149, 163, 191, 195, 199, 200, 205, 206, 213, 259, 260, 267, 410, 482, 483, 498, 506, 507, 526, 527, 537, 555, 564.
- Chile: 573.
- China: 300.
- Ciudad Rodrigo: 194.
- Colombia: 127, 185, 187, 188, 476, 553, 559, 560, 562, 564, 573, 580.
- Constantinopla: 502.
- Copenhague: 144.
- Córdoba: 61, 144, 278, 423, 424, 426, 427, 430, 432, 440, 441, 481, 502, 520, 533.
- Damasco; 440, 502.
- Darro, río: 369.
- Debdú: 234.
- Dinamarca: 72, 107, 121, 156, 157, 160, 304, 306, 504, 517, 574.
- Draa: 199.
- Dukkāla: 348, 349, 353.
- Egipto: 286, 301, 346, 365, 396, 401-403, 427, 523, 533.
- El Cairo: 278, 402, 502, 523.
- El Escorial: 432, 433, 438, 443, 447.
- Espartel, cabo: 52, 66, 474, 490, 551, 554.
- Essaouira: 71, 83, 98, 170, 312, 336, 378.
- Véase también *Mogador*.
- Estados Unidos: 16, 105, 121, 125, 128, 181, 182, 186, 227, 288, 488, 514.
- Estambul: 265, 278, 333.
- Etiopía: 208.
- Etna: 550.
- Europa: 11-13, 40, 41, 60, 107, 114, 116, 157, 160, 216, 243, 244, 247, 251, 260, 276, 287, 301, 335, 347, 350, 353, 355, 358, 362, 363, 368, 370, 371, 375, 378-380, 382, 384, 391, 397-399, 401, 403, 408, 418, 428, 431, 432, 435, 437, 438, 441, 453, 459, 476, 479, 499, 502,

- 506, 508, 517, 525, 526, 528, 543, 556, 561, 574.
- Fez: 30, 31, 101, 149, 159, 171, 178, 179, 188, 197, 200, 202, 208, 224, 273, 276, 284, 286, 296, 312, 318, 336, 337, 352, 370, 373, 374, 378, 382, 391, 400, 413-415, 423, 471, 474, 480, 500, 501, 503, 505, 506, 516, 518, 520, 522, 525, 526, 529, 530, 532, 536, 540, 547, 552, 557, 565, 575, 579.
- Filadelfia: 43, 61, 228, 229, 499, 568.
- Filipinas: 27, 29, 30, 242.
- Francia: 16, 17, 18, 20, 33, 39, 41, 57, 58, 71, 79, 107, 114, 116, 121, 128, 129, 132-134, 151, 174, 181, 187, 188, 198, 215, 219, 226, 234, 239, 243, 258, 264, 285, 363, 368, 387, 431, 444, 445, 447, 470, 486, 493, 498, 499, 536, 550, 552, 556, 558, 560.
- Fuengirola: 528.
- Galias: 264, 502, 537.
- Galicia: 57, 554.
- Gambia: 322.
- Garb: 349.
- Gibraltar, 14, 16, 17, 43, 46, 48-50, 52-54, 61, 62, 68, 74, 75, 82, 83, 89, 98, 99, 123, 125, 128, 150, 166, 181, 182, 184, 185, 187, 190, 214, 216, 219, 221, 222, 240, 245, 288, 306, 316, 318, 339, 341-343, 360, 379, 417, 469, 472, 479, 483-485, 505, 515, 516, 526, 528, 532, 533, 545, 555, 556, 558, 560, 564, 565, 568, 572, 574.
- Gibraltar, campo de: 99.
- Gironde: 219.
- Granada: 9, 369, 417, 420, 424-426, 428, 430, 432, 438-441, 443, 444, 447, 449, 454, 460, 480, 520, 528, 533.
- Gran Bretaña: 40, 98, 167, 183, 218, 243, 363, 476, 508, 510, 561.
- Grecia: 322.
- Guadalete, río: 483.
- Guadalquivir, río: 144, 145, 364, 366, 522, 533.
- Guatemala: 62, 127, 184, 554.
- Guelmím: 239.
- Guinea: 382, 530, 536.
- Guinea, golfo de: 322.
- Gurugú, monte: 418.
- Hacho, monte: 341.
- Ĥāĥa: 349.
- Holanda: 19, 107, 109, 135, 157, 447.
- Huete: 194.
- Ilig: 239.
- India: 243, 427, 533.
- Indias Occidentales: 322.
- Inglaterra: 15-17, 20, 24, 29, 30, 41, 43, 53, 56, 60, 61, 78, 79, 86, 89, 114, 116, 135, 165, 188, 215, 222, 237, 249, 285, 321, 362, 379, 380, 387, 401, 404, 447, 450, 456, 459, 561.
- Irlanda: 218.
- Isly: 100, 287.
- Italia: 16, 237, 356, 379, 507.
- Jamaica: 219, 241.
- Jeremías, ensenada: 554.
- Judío, arroyo del: 340, 484, 551.
- La Haya: 19.
- La Mamora: 260, 336, 352, 521.
- La Meca: 106, 210, 238, 267, 298, 299, 396, 514, 527.
- Larache: 66, 172, 179, 180, 201, 202, 205, 207, 221, 238, 251, 260, 270, 286, 289,

- 292, 295, 306, 324, 336, 368, 391, 405, 471, 472, 502, 504, 521, 525, 538, 564, 575, 580.
- Lisboa: 99, 234, 236, 402, 403.
- Londres: 11, 22, 54, 89, 99, 136, 163, 182, 203, 245, 403, 420, 428, 447, 451, 452, 458, 469, 491, 499, 551, 568, 572, 575.
- Lucus, río: 405.
- Lyon: 218.
- Macael: 369.
- Madrid: 13, 21, 42, 81, 145, 183, 193, 194, 263, 265, 266, 332, 400, 403, 430, 433, 443, 444, 497, 537, 544, 554, 569, 573.
- Mágreb: 254, 276, 300, 327, 409, 421.
- Al-Mahdiyya: 389.
- Mahón: 19.
- Málaga: 35, 50, 84, 528.
- Mallorca: 144.
- Malta: 265.
- Manila: 27.
- Mantua: 430.
- Marbella: 50, 57, 65, 141, 470, 485, 488.
- Marrakech: 83, 188, 221, 235-237, 240, 245, 274, 312, 313, 331, 336-338, 347, 350, 356, 378, 382, 388, 415.
Véase también *Marruecos*.
- Marruecos (= Marrakech): 471, 488, 498, 502, 503, 507, 526, 518, 522, 525, 526, 530, 536, 540.
Véase también *Marrakech*.
- Marsella: 19, 116, 219, 545, 547.
- Mauritania: 226, 482.
- Mazagán (~ al-Ġadida): 97, 99, 116, 336, 378, 391, 525, 580.
- Medina: 208.
- Mediterráneo, mar: 17, 34, 35, 46, 157, 161, 181, 203, 217, 226, 286, 300, 341, 368, 369, 379, 396, 399, 401, 416, 417, 482, 484, 527, 533, 554, 555.
- Melilla: 27, 195, 205, 206, 372, 420.
- Mequinez: 169, 171, 259, 272, 273, 312, 331, 336, 337, 378, 382, 473, 501, 503, 515, 518, 522, 525, 526, 529, 530, 540.
- México (~ Méjico): 27, 29, 61, 242.
- Mogador: 83, 99, 109, 133, 170, 187, 218, 226, 227, 234, 237, 243, 245, 249, 251, 300, 312, 313, 317, 320, 336, 349-351, 355, 378-380, 382, 385, 391, 397, 525, 526, 528, 530, 554, 573, 580.
Véase también *Essaouira*.
- Monas, sierra de las: 342, 505.
- Montarlot les Champlitte: 58.
- Nápoles: 152, 265, 514.
- Navarra: 481.
- Norteamérica: 108.
- Noruega: 85, 121, 398.
- Ocaña: 265.
- Orán: 529.
- Oro, río de: 373, 418.
- Oriente Medio: 317.
- Oudya: 202.
- Pacífico, océano: 27.
- Países Bajos: 19, 121, 154.
- Palma de Mallorca: 145, 150.
- París: 113, 132, 198, 218, 250, 384, 402, 428, 497, 553.
- Perejil, isla: 143.
- Piamonte: 57.
- Pirineos: 477, 533, 561, 566, 567.

- Portugal: 16, 29, 42, 57, 76, 107, 111, 114, 121, 153, 347, 476, 506, 507, 561.
- Puente del Congosto: 194.
- Al-Qaşr al-kabîr: 336.
Véase también *Alcazarquivir*.
- Rabat: 117, 237, 240, 251, 268, 296, 312, 317, 336, 347, 349, 374, 378, 382, 389, 391, 524, 525, 530.
- Reino Unido: 111, 121, 218.
- Rif: 94, 369, 417, 449, 501.
- Rhin, río: 543.
- Risani: 291.
- Rodalquilar: 418.
- Roma: 39, 109, 322, 427, 533, 550.
- Rusia: 135, 367.
- Safi: 236, 295.
- Sahara: 227, 385, 418, 530.
- Salé: 245, 286, 312, 349, 388, 389, 391.
- San Lorenzo de El Escorial: 429, 438.
- Sanlúcar de Barrameda: 359, 360, 362, 403.
- San Roque: 99.
- Santa Cruz (= Agadir): 187, 188, 245, 336, 378, 379, 525, 526, 554, 573, 574.
Véase también *Agadir*.
- Santo Domingo: 12, 15.
- Sevilla: 145, 192, 430.
- Sierra Morena: 369, 417, 533.
- Siria, 367:
- Sudán: 382, 384, 530.
- Suecia: 56, 71, 72, 76, 85, 103, 107-109, 121, 139, 153, 155-157, 166, 168, 234, 304, 306, 398, 406, 504, 517, 523, 574.
- Sūs: 234, 243, 327, 349, 356, 361, 371, 392, 481, 500.
- Tafilalet (~ Tafilete): 243, 275, 277, 291, 292, 348, 349, 352, 373, 378, 503, 512, 521, 523, 525, 529.
- Tajo, río: 195.
- Tarifa: 13, 49-52, 59, 65, 66, 75, 76, 77, 82, 89, 100, 125, 137, 141, 174, 176, 212, 342, 373, 470, 472, 483-499, 523, 567, 577.
- Tarudant: 225, 236, 245, 320, 355.
- Temsamān: 94.
- Tenerife: 228.
- Tetuán: 54, 67, 72, 97, 214, 239, 266-268, 270, 281, 286, 295, 312, 336, 338, 339, 349, 355, 375, 378, 379, 424, 425, 480, 497, 498, 501, 503, 513, 514, 525-527, 529, 547, 548, 564, 566, 577.
- Timbuctu / Tombuctú: 113, 197-199, 217, 220, 223, 239, 243, 250, 382, 384, 516, 530.
- Tingis: 81, 345, 503, 544.
- Tiro: 427, 533.
- Tirreno, mar: 533.
- Toledo: 9, 194, 195, 210, 423.
- Tolosa (Francia): 543.
- Toscana: 244.
- Tremecén: 382, 529.
- Trinidad: 144.
- Trípoli: 113, 118, 318, 382, 529, 573.
- Túnez; 287, 318, 321, 382, 403, 424, 529, 573.
- Valencia: 421, 426, 520.
- Valladolid: 403.
- Vaticano: 543, 574.

Vejer: 213.

Vélez de la Gomera, peñón de: 27, 205,
449.

Venecia: 157.

Viena: 152, 402, 403.

Wadi Nun: 225.

Waterloo: 562.

Westfalia: 367.

Wight, isla: 219.

Zayān (~ Sayan): 273, 501.

ÍNDICE

<i>Dedicatoria</i>	7
I. Introducción	9
1. Marruecos, refugio del exilio liberal español	16
2. Un nuevo texto para la historia de los liberales en Marruecos: <i>Memorable triunfo del invicto</i> <i>Sidy Mahomed O-mimon</i>	21
II. Los refugiados en Tánger	45
1. La vida en Tánger de los refugiados liberales	63
2. Relaciones sociales: contactos con la población local. Musulmanes y judíos	89
3. Relaciones sociales: otros refugiados. Misioneros católicos. Los cónsules	100
III. Cónsules, exiliados y conflicto político	121
1. Los protagonistas del conflicto	121
2. El bajá de Tánger, Muḥammad Ū Mīmūn	161
IV. El conflicto de los refugiados españoles en Tánger	173
1. La evolución del conflicto	173
2. Tramas: los corsarios colombianos y otros actores y conspiraciones	181
3. Marruecos, tierra de asilo	204

V. Marruecos y los marroquíes, vistos por un liberal español . . .	215
1. El autor del <i>Memorable triunfo</i> y los viajeros a Marruecos entre 1785 y 1832	215
2. La historia de Marruecos	252
3. La sociedad marroquí	278
Los resortes del poder	278
La población de Marruecos: sus habitantes y categorías	308
4. El país. Una geografía de recursos y bienes	335
Riesgos y penurias	385
5. Usos, costumbres, saberes	408
6. Un espejismo histórico: al-Ándalus/España y Marruecos	416
ANEXO	
Soberanos de la dinastía ʿalawí (siglos XVII-XIX)	463
EDICIÓN	
Criterios de la edición	467
<i>Memorable triunfo del invicto Sidy Mahomed O-mimon, insigne protector de los europeos liberales refugiados en África y digno bajá de Tánger</i>	469
APÉNDICE A LA EDICIÓN	
Lecturas del manuscrito modificadas en la edición	583
Fuentes y bibliografía citada	587
ÍNDICES	
Antropónimos	643
Topónimos	653

ACABOSE DE IMPRIMIR
EN LOS
TALLERES DEL SERVICIO DE PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO
A 23 DÍAS DE DICIEMBRE DEL AÑO 2022
TARDE SED TVTO



ediuno

Ediciones de la
Universidad de Oviedo